

Zia Haider Rahman

A la luz de lo que sabemos



A LA LUZ DE LO QUE SABEMOS

ZIA HAIDER RAHMAN

ZIA HAIDER RAHMAN

A la luz de lo que sabemos

Traducción de
Vicente Campos

Galaxia Gutenberg

ZIA HAIDER RAHMAN
A la luz de lo que sabemos

Traducción de Vicente Campo
Galaxia Gutenberg

Título de la edición original: *In the Light of What We Know*

Traducción del inglés: Vicente Campos González

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal. 361, 2º i.®
08037-Barcelona
info@galasiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: noviembre 2016

© Zia Haider Rahman, 2013

Reservados todos los derechos

© de la traducción: Vicente Campos, 2016

Se reproducen las siguientes citas de otras obras: extracto del poema «Entierro en casa» («*Home Burial*») de *The Poetry of Robert Frost*, editado por Edward Connery Lathem © Henry Holt and Company, 1930.1939,1969 © Robert Frost, 1958, © Lesley Frost Ballantine, 1967. Autorización concedida por Henry Holt and Company, LLC, reservados todos los derechos; extracto de «Little Gidding» de *Cuatro Cuartetos*, de T. S. Eliot © T. S. Eliot, 1942 © Esme Valerie Eliot, renovado en 1970. Reproducción autorizada por Houghton Miffl in Harcourt Publishing Company, reservados todos los derechos; extracto de «Amor sin fin» («*Unending Love*») de *Rabindranath Tagore: Selected Poems*, traducido al inglés por William Radice (Penguin, 1985) © William Radice, 1985 Fotografía del cap. 22: Albert Einstein y Kurt Gödel paseando © Leonard Mccombe/The LIFE Picture Collection/Getty

Images

© Galaxia Gutenberg, S.L., 2016

Imagen de portada: © Philip Mckay / Arcángel Images

Conversión a formato digital: Maria García

ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-XXXXX-XX-X

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.cordicencia.com; 91702 19 70 / 93 272 04 45)



ZIA HAIDER RAHMAN

Nació en una zona rural de Bangladesh a la sombra de la guerra de 1971. Emigro con su familia a Londres donde gracias a su capacidad de estudio consiguió becas y ayudas hasta entrar en la Universidad de Oxford para estudiar matemáticas. Su éxito en Oxford le permitió ampliar estudios en Munich, Cambridge y Yale. Trabajo en Goldman Sachs como banquero de inversión y posteriormente estudio Derecho y se convirtió en abogado especializado en derechos humanos. *A la luz de lo que sabemos* es su primera novela.

Una mañana de septiembre de 2008, el narrador de *A la luz de lo que sabemos* recibe una visita inesperada en su casa de Londres. El visitante está en los huesos, tiene el aire de un indigente. El narrador, un banquero de cuarenta años, especializado en inversiones de riesgo, tarda unos minutos en reconocer en él a un viejo amigo de los años de universidad que desapareció hace tiempo en misteriosas circunstancias.

Cuando los dos amigos empiezan a hablar da inicio un viaje por momentos hilarante y siempre sorprendente, íntimo y extraño. Un viaje que, desde Kabul a Nueva York y desde Londres a Islamabad, recorre los caminos de la amistad y la traición, las diferencias muchas veces insalvables de clase y de raza, la dificultad del encuentro con quien es distinto, el exilio como condición

permanente del ser humano incluso en el propio país, cuando uno ya no siente como suyo el país en el que nació y vive aún. Un viaje también a través de las grandes finanzas, las organizaciones internacionales, la crisis económica y la guerra.

El resultado es una de las grandes novelas de nuestro tiempo, sobre lo que ocurre en el mundo de hoy mismo. Una novela en la que «las ideas y la provocación abundan en cada página» (James Wood, *The New Yorker*), de las que Salman Rushdie definió alguna vez como una «novela sobre todo».

Para Lily

Nuestra dedicación a la historia, según la tesis de Hilary. era una dedicación a imágenes prefabricadas, grabadas ya en el interior de nuestras mentes, a las que no hacemos más que mirar mientras la verdad se encuentra en otra parte, en algún lugar apartado, todavía no descubierto por nadie.

—W.G. SEBALD, *Austerlitz*[\[1\]](#)

1

LLEGADA O MAL COMIENZO

El exilio es algo curiosamente, cautivador sobre lo que pensar, pero terrible de experimentar. Es la grieta imposible de cicatrizar impuesta entre un ser humano y su lugar natal, entre el yo verdadero y su verdadero hogar: nunca se puede superar su esencial tristeza. Y aunque es cierto que la literatura y la historia contienen episodios heroicos, románticos, gloriosos e incluso triunfantes de la vida de un exiliado, todos ellos no son más que esfuerzos encaminados a vencer el agobiante pesar del extrañamiento. Los logros del exiliado están minados siempre por la pérdida de algo que ha quedado atrás para siempre.

—EDWARD W. SAID,
Reflexiones sobre el exilio[\[2\]](#)

De niño, sentía pasión por los mapas. Me pasaba horas enteras mirando Sudamérica. Africa o Australia, y me sumía en ensoñaciones sobre las glorias de la exploración. En aquellos tiempos había muchos espacios en blanco en la tierra, y cuando daba con uno que me parecía particularmente atractivo en un mapa (y todos lo parecían), ponía el dedo encima y decía: «cuando crezca, iré ahí»—.

—JOSEPH CONRAD,

El corazón de las tinieblas

No figura en ningún mapa, los lugares verdaderos nunca aparecen en ellos.

—HERMAN MELVILLE,
Moby Dick

A primeras horas de una mañana de septiembre de 2008, apareció en el umbral de nuestra casa en South Kensington un hombre de tez morena, demacrado y harapiento, cuyos pómulos sobresalían de una barba descuidada, Rondaba los cuarenta y muchos o quizá los cincuenta y pocos, me pareció, y debía de medir poco más de uno ochenta, un par de centímetros menos que yo. Llevaba una chaqueta Berghaus cuyos cierres de velero colgaban sueltos y las mangas le dejaban las muñecas al descubierto, revelando una franja de piel más pálida por encima de la mano derecha, donde debía de haber llevado un reloj. Sus desgastadas botas de excursionista iban atadas con cordones dispares, y de los bolsillos abultados de los pantalones *cargo* asomaban las puntas de objetos inidentificables. Llevaba una pequeña mochila, y uno de los extremos de una bolsa de lona se apoyaba contra la puerta.

El hombre parecía un tanto alterado y hablaba, en su estado, no de manera incoherente, pero sí con una seriedad chirriante, sin conceder la menor importancia a las presentaciones, como si reanudara una conversación interrumpida. Transcurrieron unos momentos sin que yo interviniera mientras procuraba identificar algo de su aspecto que me resultaba familiar, pero lo que de repente me paralizó fue un nombre alemán que no había oído desde hacia casi dos décadas.

En aquel momento, los detalles de esos instantes no se grabaron de manera individual en mi conciencia; sólo más tarde, cuando empecé a consignarlos por escrito, cedieron al empeño de la memoria, Había pasado mi vida profesional en las finanzas, un trabajo en el que cuentan las sutilezas, como los pequeños movimientos en los tipos de cambio de los que podía depender la suerte de millones de dólares, de libras o de yenes. Pero me parece pertinente reconocer que, sea cual sea el éxito profesional que haya tenido —sea cual sea el que hubiera tenido hasta entonces— no se debe tanto a mi atención al

detalle, que es una cualidad bastante frecuente en el sector financiero, cuanto a una comprensión de la imagen de conjunto en la que emergen pautas generales y se hacen risibles oportunidades de negocio completamente nuevas. Pero al enfrentarme a la tarea de reproducir mis conversaciones con Zafar, de recopilar y presentar todo el material que me aportó, incluidos numerosos cuadernos de notas largos y puntillosos, y de investigar por mi cuenta donde fuera necesario, ha sido la cuestión de representarlos detalles lo que más trabajo me ha costado, los detalles, para ser preciso, de su historia, que es —a riesgo de expresarlo en términos tan melodramáticos que el propio Zafar los habría reprobado— un relato que cuenta la descomposición de varias naciones, la guerra en el siglo XXI, la entrada por matrimonio en la aristocracia inglesa y las matemáticas del amor.

No había oído el nombre del matemático austroamericano del siglo XX Kurt Gödel desde un fin de semana de julio en Nueva York, a principios de la década de 1990, cuando había ido de visita desde Londres para pasar un mes de formación en la sede central de un banco de inversiones que me había contratado hacía poco. En parte, le debo la contratación por aquella firma, de la que más tarde me convertiría en socio, a Zafar, que ya era un operador de derivados en las oficinas que tenía el banco en Wall Street y que se había ganado rápidamente una reputación como brillante aunque imprevisible genio de las finanzas.

Como Zafar, yo era estudiante de matemáticas en Oxford, pero, por decirlo suavemente, ahí era donde empezaba y acababa cuanto teníamos en común. Mis orígenes eran los de un privilegiado, Mi padre nació en el seno de una familia terrateniente acomodada de Pakistán, donde conoció y se casó con mi madre. De allí, los recién casados fueron a Princeton. donde nació, lo que me convirtió en ciudadano americano, y donde mi padre obtuvo su doctorado antes de instalarse en Oxford para ocupar una cátedra de física. No soy ningún genio y sé que, sin la mejor educación inglesa, no habría podido aprovechar como lo he hecho las oportunidades que se me fueron presentado.

Por su parte. Zafar llegó a Oxford en 1987, con una peculiar educación, en gran medida improvisada sobrela marcha con su propio esfuerzo, tras haber abandonado por aburrimiento, *o por* acoso, una escuela tras otra. Su familia emigró a Gran Bretaña cuando no tenía más que cinco años, pero luego, a los

doce, o a los diez, según el nuevo recuento, él dejó Gran Bretaña para regresar al Bangladés rural durante unos años.

A él, con su mero acceso a Oxford debía de parecerle, como suele decirse, que había llegado muy lejos. Durante nuestro primer trimestre allí, mientras pasábamos el rato en la Sala de estudiantes junto a las ventanas que daban al jardín del patio, noté que la pronunciación de Zafar de los nombres de varios matemáticos continentales —Lebesgue, Gauss, Cauchy, Legendre y Euler— era incorrecta hasta lo grotesco. Aunque mi primera reacción, me avergüenza un poco reconocerlo, fue que me pareció gracioso, no tardé en darme cuenta de que los errores de Zafar indicaban que su aprendizaje había sido autodidacta, a diferencia del mío, que llevaba la impronta de excelentes maestros. Debo admitir que sentí cierta envidia por entonces.

No obstante, la mayor diferencia entre nosotros, cuya importancia no descubrí hasta dos años después de nuestro primer encuentro, radicaba en nuestras clases sociales. Como he mencionado, mi padre era profesor en Oxford, y mi madre, tras mandar a su único hijo a la universidad, había vuelto a ejercer como fisioterapeuta, y se había sumergido en el reciclaje necesario para ponerse al día y recuperar el tiempo perdido durante los años que se había dedicado a criarme. Mi abuelo materno había sido embajador de Pakistán en Estados Unidos y se había movido en los círculos cosmopolitas de la élite de ese país; su mejor amigo había sido Muhammad Asad, el embajador paquistaní en la ONU desde poco después de 1947, un hombre cuyo nombre original era Leopold Weiss, judío austrohúngaro nacido en lo que hoy es Ucrania. Por la rama paterna, mi abuelo era un industrial cuya fortuna familiar, basada en propiedades y arrendamientos de tierra, incrementó con los beneficios de empresas de transportes.

A lo largo del curso, Zafar vino más de una vez a comer a casa de mis padres, una mansión victoriana de tres plantas con fachada a la calle, como muchas en esa zona de Oxford, aunque algo más espaciosa que los hogares de la mayoría de profesores. Hasta el día de hoy, cada vez que vuelvo allí, siento una paz de espíritu y una liviandad peculiares cuando recorro el amplio arco que traza el camino de entrada, mientras la grava cruje bajo mis pisadas, hasta la vidriera de la gran puerta de la fachada.

En su primera visita, Zafar se quedó en el umbral, limpiándose los pies una y otra vez, mientras sus ojos recoman el gran salón de un lado a otro, con

la boca ligeramente abierta. A todas luces, como suele pasarle a la gente, se había quedado pasmado ante la cantidad de libros que había por todas partes: estanterías colgadas allá donde lo permitían las paredes, volúmenes que se amontonaban por el suelo, incluso dispuestos como acordeones en la escalera pegada a la pared. En la sala de estar, ejemplares antiguos de revistas y publicaciones científicas, suscripciones de mi padre, se acumulaban en archivadores en estanterías que rayaban las paredes como las líneas de un cuaderno de notas. Los ejemplares más recientes se desparramaban en pequeños montones en un aparador y por el suelo. Zafar lo recorrió todo con la mirada, pero ésta fue a fijarse en la pared del fondo, que estaba cubierta con la colección que tenía mi padre de mapas antiguos, colgados y enmarcados, del subcontinente indio durante el Raj británico, una región que hoy abarca desde Pakistán hasta Bangladés pasando por India. Zafar se acercó a los mapas y quedó claro que su atención se había concentrado en uno en concreto, un mapa de la esquina noreste del subcontinente. Transcurrieron los minutos mientras lo contemplaba en silencio. Sólo cuando llegó la hora de pasar al salón de verano para la comida y mi padre apoyó la mano en el hombro de Zafar, se despertó mi amigo de su intensa concentración.

Cuando salimos de casa. Zafar sugirió que, en lugar de coger un autobús, regresáramos andando a la facultad, y me pareció bien, dando por supuesto que él quería hablar de algo. El matemático Kurt Gödel acostumbraba a dar paseos, que emprendía al crepúsculo para volver pasada la medianoche, y descubrió que las mejores ideas se le ocurrían durante ese lapso. Albert Einstein, que sentía un profundo afecto por Gödel, y que estaba también en el Institute for Advanced Study de Princeton. decía que durante sus últimos años, cuando el matemático ya no estaba muy implicado en la investigación, iba diariamente al instituto sólo por el privilegio de regresar a casa andando con Kurt.

Creí que Zafar quería hablar, pero lo cierto es que permaneció en silencio todo el trayecto por Banbury Road. Tuve la sensación de que buscaba no tanto una forma de expresarse con palabras cuanto de aclararse las ideas, Me acordé del mapa que tan obviamente había atraído a mi amigo, y aunque quería preguntarle qué era lo que le había llamado la atención, era reacio a interrumpir su silencio contemplativo, Al llegar a Broad Street, cuando nos acercábamos ya a las puertas de la facultad, habló. Tienes que conocer a mis

padres, dijo, ni una palabra más.

Transcurrió un año antes de que lo hiciera. El día que Zafar terminó sus exámenes finales, en dos años en lugar de en tres, cuando a mí todavía me faltaba un año para presentarme a ellos, me comentó que sus padres llegaban a las siete y media la mañana siguiente. Me pidió que quedáramos en la entrada norte de la facultad, para ayudarle a cargar sus pertenencias, tras lo cual sería muy bienvenido, dijo, si les acompañaba a un café en Headington para desayunar algo, antes de que los tres, sus padres y él, emprendieran el viaje de vuelta a Londres.

A las siete y media del sábado, Oxford estaba, yo espero que siga estando todos los sábados por la mañana, sumido en una quietud perfecta. Era raro que sus padres llegaran tan temprano, después de todo, el viaje desde Londres les habría llevado sólo una hora aproximadamente. La única explicación que se me ocurría era que Zafar se avergonzaba de ellos y no quería que otros los conocieran, y que por eso lo había organizado para que lo recogieran a esa hora.

Encontré a Zafar y a su padre cargando ya bolsas y cajas en un Datsun Sunny. Su padre, que lucía barba y llevaba gorro musulmán, unos cómodos Hush Puppies y un suéter verde de cuello de pico, me saludó con una sonrisa, ladeando lo cabeza en lo que pareció un gesto bastante respetuoso. *Asalaam-u-alaikum*, dijo, antes de ponerse a hablar en urdu. un idioma que yo sabía que los bangladesies de cierta edad sabían hablar pero que, hoy en día, es, en general, el idioma de los paquistaníes. Supuse que Zafar le habría comentado que mi familia era de origen paquistaní. Cuando le respondí que mi urdu era muy— pobre, el padre de Zafar pareció decepcionado, pero entonces me cogió la mano entre las suyas y, con bastante inseguridad, repitió *helio* unas cuantas veces.

La madre de Zafar, que estaba junto al coche con un sari añil que se había subido por encima de la cabeza, me saludó también con un *Asalaam-u-alaikum*, pero mostraba una seguridad en sí misma que no vi en el padre. Señalando a los edificios de piedra arenisca que nos rodeaban, algunos de los cuales llevaban ahí varios cientos de años, comentó lo viejo que parecía todo en Oxford. ¿Es que no podían pagar nada más nuevo?, preguntó con seriedad. Miré a Zafar, que, estoy convencido, había oído la pregunta, pero su mirada rehuyó la mía. Me di cuenta de que durante los dos años que había pasado en

Oxford, una ciudad que estaba a menos de cien kilómetros de Londres, ésa era la primera vez que lo visitaban, y lo hacían la mañana que se iba sigilosamente de allí.

La pronunciación de sus padres de *Asalaam-u-alaikum* parecía bastante forzada, aunque pude reconocerla como la que adoptaban ciertos musulmanes piadosos, sobre todo muchos de los que han realizado la peregrinación, el viaje debido, a la ciudad santa de La Meca. Allí, entre una multitud de miles de musulmanes procedentes de todo el mundo, ese saludo adquiere supuestamente un significado especial como mediador en una Babel de idiomas: el nigeriano saluda al malasio y el blangadesí al uzbeko. Tal vez la pronunciación árabe de la expresión sea una afirmación del espíritu de fraternidad. Mientras estaba allí y Zafar y" su padre acababan de cargar las últimas cajas, me pregunté si lo que le avergonzaba de sus padres era su religiosidad, aunque ahora sé, tras haberme enterado de algo del propio giro religioso que experimentó Zafar, que eso era improbable. Creo que aunque le avergonzaban sus padres, se avergonzaba todavía más de sentirse avergonzado.

Mi propio padre había alentado en mí cierta comprensión hacia las manifestaciones numinosas de la fe, aunque sin renunciar nunca a la autoridad de la ciencia. Es musulmán, mi padre, no un fanático, sino un creyente tranquilo. Siempre ha asistido a las oraciones de los viernes, que para él cumplen una función social y le ayudan a conservar un vínculo con sus raíces, Aunque algunas relaciones cedieron a la abrasión del tiempo y la distancia, de otras se apartó deliberadamente porque, explicaba, anhelaba ver a su hijo firmemente asentado en Occidente. Aparte del ritual de los viernes, mi padre no reza, ni siquiera una vez al día. mucho menos las cinco que manda el islam suní. Nunca ha llevado el gorro musulmán, mi padre, y nunca ha mostrado ni una pizca de arrepentimiento por beber alcohol. Sólo bebe de vez en cuando, «sin falta en los bautizos y los Bar mitzvá», le gusta decir. «Oh, mira — comentará al coger una botella de puro de malta de quince años del aparador —, este whisky sin duda se ha hecho mayor. Bauticémoslo en el nombre del padre y del hijo.»

Aparte de esas irreverencias que. todo hay que decirlo, siguen la estela de una larga tradición paquistaní que se remonta hasta el propio fundador del país, Jinnah, del que era bien conocida su querencia por el whisky, mi padre

se describía entonces y se sigue describiendo ahora como creyente. Cuando una vez le pregunté, cómo un físico podía creer en Dios, su respuesta fue que la física no podía explicarlo todo y no respondía a la pregunta: ¿por qué estas leyes y no otras? Para él. no bastaba contemplar el mundo simplemente tal y como era. Yo tendría que decidir, me dijo, si la ciencia me bastaba.

Por su parte, mi madre sólo sentía desprecio por la religión. El islam, decía, oprimía a las mujeres y animaba a la gente a aceptar un destino terrible en el mundo a cambio de la promesa de un fantasioso más allá de felicidad eterna, A ella no le iban esos opiáceos.

La madre de Zafar me interesó más que su padre. Mientras escribo estas páginas, recuerdo un artículo fascinante, que descubrí en una publicación en casa de mis padres y que ahora es fácil de conseguir en internet. El artículo, escrito por el primatólogo Frans de Waal, explica sus estudios del reconocimiento del parentesco entre los chimpancés. De Waal y su colega Lisa Parr. según el artículo, propusieron a sus sujetos chimpancés la tarea de relacionar retratos digitalizados de chimpancés hembras desconocidas con retratos de la progenie de éstas. Asombrosamente, descubrieron que los chimpancés eran capaces de vincular los rostros de madres e hijos y por tanto de establecer un reconocimiento de parentesco independientemente de la experiencia previa que tuvieran con los individuos en cuestión.

Si me hubieran propuesto la misma tarea, estoy convencido de que no habría sabido relacionar a Zafar con su madre, porque no veía que guardaran ningún parecido. En el aspecto de su padre reconocí una flacidez en la mirada, una redondez en la cara y una inclinación en la cabeza también presentes en Zafar. Pero su madre, con su mirada resuelta y penetrante, la cara enjuta y alargada y la boca tensa, me parecía completamente ajena a mi amigo.

Cuando nos topamos con un rostro, lo vemos como un todo mediante un proceso de integración de las partes que tiene lugar, según opinión de algunos científicos y médicos, en los nervios ópticos mucho antes de que haya llegado al cerebro cualquier información transmitida. Así, la abundancia de información, que de otro modo sería abrumadora, alcanza la retina y es destilada en ese tracto de fibras detrás del ojo hasta convertirla en una señal reconocible que nuestra inteligencia es capaz de absorber. Cuando vemos una hilera de letras, por ejemplo en el eslogan de una valla publicitaria, no podemos evitar leer la palabra, no vemos cada letra por separado, sino que,

de forma instantánea, captamos la palabra completa y, además, su significado. Mientras yo estaba allí, aquella mañana de junio en Oxford, el rostro de la madre de mi amigo no ofrecía ningún signo de semejanza con el de Zafar, como si sus respectivas caras fueran palabras escritas en idiomas distintos.

Siempre lamentaré haberme excusado para no acompañarles a desayunar a Headington. Por entonces, e inmediatamente después, me dije que había percibido que mi amigo, en el fondo de su corazón, no quería que fuera. Pero lo cierto es que yo mismo, para mi propia vergüenza, me sentía incómodo por lo que estaba pasando él. Más intensa aún fue la desconcertante sensación que tuve durante esos instantes de que se había abierto una brecha entre él y yo por razones que no era capaz de captar en todos sus matices.

Desde aquel día, Zafar no volvió a mencionar a sus padres. Si la amistad tiene un precio, tal vez se trate, de que en el fondo siempre hay un sentimiento de culpa. No niego que yo no haya sabido hacer ciertas cosas, que no haya sido capaz, por ejemplo, de ofrecer apoyo en momentos de necesidad, o de dar un paso adelante cuando es lo que debería hacer un amigo, que he fallado como amigo. Pero mis remordimientos por las cosas que no he hecho palidecen frente, a mi sentimiento de culpa por un acto que sí cometí y sus consecuencias.

Aun así, no es sólo el sentimiento de culpa lo que me lleva a la mesa, a coger la pluma y enfrentarme a la historia de Zafar, a mi papel en ella y a nuestra amistad. Más bien, se trata de algo que no puede describirse ni de lejos con una palabra sino que, al menos eso espero, cobrará forma a medida que avanzo. Todo esto parece bastante pertinente —como debe— cuando recuerdo el tema de la antigua obsesión de mi amigo. Descrito como el descubrimiento matemático más importante, del último siglo, es un teorema con el sencillo mensaje de que, por más lejos que podamos llevar nuestro conocimiento, no alcanzaremos los límites de lo que es verdad, ni siquiera en matemáticas. En cierto sentido, me he sentado para aventurarme por un territorio ignoto, sin la menor certeza de que pueda descubrirse algo.

Cuando apareció delante, de mí en la entrada de nuestra casa, mi desaliñado amigo pronunció el nombre de Gödel con claridad y correctamente, y al instante recordé una luminosa tarde de domingo en Nueva York cuando le insinué que me había puesto a su altura en conocimientos matemáticos. Yo había dado por supuesto que el dominio de las matemáticas

de Zafar debía de haber flaqueado porque, tras licenciarse con las calificaciones más altas en Oxford, dejó por completo sus estudios en la materia, para sorpresa de propios y extraños, y se fue a hacer Derecho a Harvard, mientras que yo, por mi parte, tras acabar tercero y tomarme un año libre, proseguí con cursos de posgrado en economía y matemáticas aplicadas.

Aquel domingo de hace tantos años, la insinuación, mientras paseábamos por una calle de Greenwich Village flanqueada de árboles, dio lugar por su parte a lo que por entonces pareció la críptica respuesta de que las matemáticas estaban llenas de belleza. Me sentí obligado a preguntar cuáles creía él que eran las matemáticas más bellas que él se había encontrado, y tal vez era eso lo que pretendía, que le planteara esa pregunta, pero la verdad es que no puedo asegurarlo. El Teorema de Incompletitud de Gödel fue su respuesta, sin la menor vacilación, y aunque yo recordaba bien la formulación del teorema, no supe sin embargo adivinar por qué él lo consideraba especialmente hermoso. En cualquier sistema dado, hay enunciados que son ciertos pero que no puede demostrarse que lo son. Eso afirma el teorema. Así de fácil. En sus implicaciones, es un teorema chocante, por supuesto, y un tiempo después, es decir durante las semanas que siguieron a su reaparición repentina ante nuestra puerta, años después de aquel día de julio en Nueva York, Zafar me explicaría en términos sencillos por qué el Teorema de Incompletitud de Gödel le importaba tanto, y por qué, si se me permite introducir mi propia opinión, el mundo cometía una estupidez al no prestarle atención en una era de dogmas.

Caminando con él por aquella calle neoyorquina, pensé que tal vez esa belleza, tal como él la percibía, podría radicar en la demostración del teorema más que en su enunciado. Pero no recordaba la prueba del inquietante resultado de Gödel —no estoy ni siquiera seguro de que llegara a conocerla— y di por sentado que después de su alejamiento de las matemáticas unos años antes, Zafar también se habría olvidado de todo. Me equivocaba, claro, porque cuando le incité, él, al modo de un niño emocionado, empezó a construir una argumentación, colocándolas piezas aparentemente irrelevantes del rompecabezas en todas las esquinas. Apenas encajadas unas pocas piezas, la imagen fragmentaria de una demostración se alzó hacia mí. Entonces capté cierta belleza, por desgracia tan incipiente que, no puedo afirmar si en realidad la vi o si simplemente me había dejado llevar por la euforia de mi

amigo. Pero al poco, su animada exposición se interrumpió cuando nos encontramos con un colega y, por así decirlo, nos perdimos.

Paseábamos mucho por las calles de Nueva York. una ciudad a la que yo volvía por razones de trabajo casi cada mes, y también, más adelante, por las de Londres. Muchos de esos paseos perviven en la memoria, pero si alguno destaca sobre los demás, también hay razones para recordar otros dos.

El primero fue cerca de Wall Street y, aunque podría considerarse de poca importancia en lo que se refiere a la historia de Zafar, lo conservo como un buen recuerdo, pese a las circunstancias actuales. Durante la mayor parte del paseo, mi amigo me estuvo instruyendo, ayudándome a memorizar un poema de e. e. cummings, *en algún lugar al que nunca he viajado*, mientras hablaba de sus ritmos y cadencias y diseccionaba sus imágenes en una secuencia. Su memoria era un prodigioso almacén de poesía. y ese poema era su respuesta a mi petición de algunos versos con los que cortejar a la mujer que iba a convertirse en mi esposa.

El segundo paseo fue de una naturaleza completamente distinta, un paseo desconcertante, porque reveló una cara de Zafar de cuya existencia yo no tenía la menor idea hasta entonces, aunque ya lo conocía desde hacía casi una década. Fue en 1996, y mi esposa y yo nos habíamos instalado en nuestro nuevo hogar en South Kensington, mientras que Zafar había vuelto de Nueva York y vivía en Londres. Al final de la jornada laboral, con las corbatas desanudadas alrededor del cuello, quedábamos para tomar una copa rápida en un pub de Notting Hill, aunque nuestros encuentros se iban espaciando paulatinamente. Yo me tomaba unas cervezas y Zafar, como siempre, pedía una copa de champán. Su elección habría parecido bastante pretenciosa si no fuera porque él no sabía beber, no le gustaba mucho el alcohol y, además, como me explicó en una ocasión, el champán le resultaba agradable porque tenía toda la chispa de la limonada con gas sin los perturbadores efectos de ésta en su estómago. En la facultad, como era de esperar, su preferencia dio lugar a algunas burlas, pero quiero creer que, con el tiempo, su costumbre pasó a ser vista como una extravagancia encantadora.

Al cabo de una hora, salimos por Portobello Road de camino al cruce donde íbamos a separarnos; yo cogería un taxi de vuelta a casa, y él iría a ver a Emily. Más tarde supe que los problemas con Emily ya pasaban por sus peores momentos entonces, y ahora me asombra pensar que. mientras

estábamos sentados charlando en el pub, él no revelara nada de esas dificultades.

Íbamos caminando por la calle cuando una voz tronó: Eh, colega. Zafar y yo nos dimos la vuelta y vimos a dos hombres apoyados en una barandilla, mirándonos. Los dos llevaban las cabezas rapadas y téjanos, y los dos exhibían músculos de levantadores de pesas. El primero, el que parecía haber hablado, era unos centímetros más alto que el otro e iba sólo con una camiseta blanca, pese a la época del año, mientras que el segundo llevaba una chaqueta de cuero desabrochada, que no podía ocultar parte del sobrepeso alrededor de su tronco. El alto con camiseta blanca, obviamente el macho alfa de la pareja, fijó su atención en mi amigo. Una expresión de incredulidad apareció en la cara del hombre.

—¿Hablas inglés? —le preguntó a Zafar.

Zafar lo miró, volvió la cabeza hacia el hombre más bajo y luego, de nuevo, hacia el macho alfa, antes de responder con el acento inglés más puro y arrogante, simulado a la perfección:

—No sabe cuánto lo siento. Pero no hablo ni una palabra. Que tengan buen día.

Zafarme tocó el codo, nos dimos la vuelta y seguimos andando. A los pocos pasos, le pregunté en voz baja de qué coño iba todo eso. Cuando Zafar me respondió, me dijo que desde mi posición yo no había visto lo que él.

—¿Que era qué? —le pregunté.

—El hombro del hombre de la camiseta —dijo.

—¿El qué? ¿Que se la había arremangado hasta el hombro?

—Dejando al descubierto una esvástica y, debajo, el símbolo C18 —añadió.

Yo sabía qué significaba la esvástica, pero no tenía ni idea de qué era C18.

—C18 —me explicó Zafar— significa Combat 18. El i corresponde a la primera letra del alfabeto y el 8 a la octava.

—¿Y? —pregunté.

—AH son las iniciales de Adolf Hitler y Combat 18 es un grupo neonazi especialmente violento.

—Oh —dije sin ningún entusiasmo.

Tres manzanas más adelante, Zafar giró bruscamente y se metió en una

callejuela que nos alejaba de Portobello Road, diciéndome que quería dar un rodeo. Me pareció raro, dado que, él ya llegaba un poco tarde a la cena con Emily.

Cuando habíamos recorrido la mitad de la callejuela vacía, oí el ruido de pisadas sobre los adoquines, me di la vuelta y vi a los dos *skinheads*, que nos seguían. Zafar me dijo que no abriera la boca y se detuvo de golpe. Los hombres se nos acercaron.

—¿Te crees muy gracioso? —le dijo el hombre con la camiseta blanca a Zafar—. Eres un listillo, ¿eh?, sucio paqui de mierda.

—¿Es usted racista? —le preguntó Zafar.

—Y tú un repondón con labia, ¿a que sí?

Zafar no le contestó sino que se volvió hacia mí y dijo:

—¿Ves el hombro de este caballero?

Yo miré aquel hombro, y el hombre, el macho alfa, también. Se miró su propio hombro.

Y de repente el hombre estaba en el suelo. Se ahogaba, tosía y se atragantaba cogiéndose el cuello, mientras por la boca le salía un sonido ronco y espantoso.

El hombre con la chaqueta de cuero se quedó pasmado. Zafar le dijo que atendiera:

—Le he dado un puñetazo a tu amigo en el cuello —dijo Zafar—. Puedes optar entre pelearme conmigo o pedir ayuda y salvar a tu amigo.

El hombre no se movió.

—¿Tienes teléfono? —le preguntó.

El hombre asintió.

Zafar me tocó entonces el codo y seguimos camino por la callejuela, dejando a nuestras espaldas los doloridos jadeos del hombre tendido en el suelo y los balbuceos de su amigo al teléfono. Me quedé de piedra.

De vuelta en Portobello Road, le pregunté si creía que acudirían a la policía.

—En un tribunal, sería la palabra de dos trajeados y sumisos sudasiáticos, contra la de dos matones *skinheads*, uno de ellos con una esvástica y un símbolo de Combat 18 tatuados. ¿Qué iban a decir?, ¿que nosotros buscamos pelea?

Entonces nos separamos. Sólo más adelante, cuando las imágenes de aquella tarde vuelven a mi memoria, me planteé ciertas preguntas. Zafar ¿había intentado evitar a los dos hombres o en realidad había buscado pelea?, ¿se había metido en la callejuela para eludir a los *skinheads* o para plantarles cara?

Aquella tarde de 1996, descubrí una cara de Zafar que era desconocida para mí. Pero no sabía cómo interpretarla. Lo que había sucedido parecía casi ridículo, pero era real. Si alguien me lo hubiera contado, no me lo habría creído.[3]

Mientras escribo, me doy cuenta de que el regreso de Zafar aquella mañana de septiembre de 2008 no fue sólo bienvenida porque avivaba los rescoldos de nuestra temprana amistad, que nunca habían dejado de arder, sino también porque me daba la oportunidad de cambiar la obsesión que ocupaba mis propios pensamientos. No es fácil romper desde dentro los hábitos de pensamiento. La llegada de Zafar coincidió con una época de reflexión en mi vida, precipitada en cierta medida por las turbulencias en los mercados financieros y la amenazante perspectiva de verme convocado ante una comisión parlamentaria o del Congreso, todo lo cual me producía, en tanto socio *júnior* de la firma, sensación de impotencia. Esas sensaciones, no me cabe duda, resultan desconocidas para muchos hombres y mujeres de mi trabajo, quienes, como los toreros, adquieren confianza en sí mismos sometiendo a la gran bestia, al toro o al oso, que es el mercado. Pero en 2008, mis sueños no tenían que ver con conseguir más riqueza sino con recuperar en lo posible el control en mi vida personal.

En gran medida, mi introspección se intensificó a la par que aumentaba la distancia entre mí y mi esposa, una mujer que ya no me despertaba ninguna pasión y a la que, en el fondo, me costaba respetar. Cuando la conocí, ella acababa de entrar en el mundo de las finanzas tras pasar un año enseñando en una escuela de un pueblo keniano cerca de Kisumu, en las orillas del lago Victoria. Por entonces hablaba mucho de aquellos niños, a los que estaba claro que amaba. Me habló de Oneka, de ocho años, que levantaba con valentía la mano para responder a una pregunta que ella había planteado a la clase y cuando ella lo veía y le hacía un gesto con la cabeza, el pequeño Oneka decía: *No lo sé*. Se refería a los niños por sus nombres, les mandaba postales, y me contaba lo mucho que le gustaría volver y pasar más tiempo allí, que iba a ir

apartando un poco de lo que ganara en las finanzas para conseguir la libertad y hacerlo pronto. A medida que nuestro amor florecía, se convenció de que, cuando llegara la hora, me persuadiría para que la acompañara. Pero, quince años más tarde, su idealismo se había difuminado y se dedicaba a las finanzas con el vigor del converso. La última vez que nuestra conversación había tocado, apenas rozado, el tema de la época que había pasado en África, de sus sueños de entonces, percibí en sus ojos una mirada de vergüenza. Si esa incomodidad se hubiera debido al fracaso de su sueño de volver con aquellos niños, yo la habría consolado con ternura: ¿no se dice que cuando los mortales hacen planes, los dioses se ríen? Pero lo que vi era que su incomodidad se debía a haber sido alguna vez tan idealista, era un gesto de menosprecio a su propia ingenuidad.

Las estadísticas frías e insensibles nos dicen que ahora es tan probable que los matrimonios acaben en divorcio como que no. Muchos de nuestros amigos estaban separándose o ya se habían divorciado, pero mi esposa y yo nos habíamos considerado desde hacía mucho protegidos contra los malos vientos que estaban alejando a tantas parejas a nuestro alrededor. Incluso nos consolábamos con historias inventadas pero inspiradas en hechos reales sobre cómo esos matrimonios fallidos estaban condenados desde, el principio, que esta pareja divorciada no compartía los suficientes intereses, o que aquella otra estaba perdida de antemano por una rivalidad que nos parecía haber detectado desde el primer momento.

La razón de nuestra fe en la perdurabilidad de nuestra vida en común, para mí está muy claro ahora, se asentaba en el valor que concedíamos a la afinidad y semejanza de nuestros orígenes culturales. Mi esposa y yo éramos ambos hijos de inmigrantes paquistaníes, musulmanes, y teníamos fe en que nuestra unión era la unión de algo más grande que nosotros mismos, que sobreviviría, incluso florecería, debido a una historia de generaciones que se entretecía en nosotros. Nunca imaginamos que la fuerza de nuestra fe hubiera sido simplemente fruto del deseo personal.

Semanas de cavilaciones habían alimentado un creciente temor a lo que depararía el futuro, así que la reaparición de Zafar supuso un alivio y una distracción, aunque más tarde acabaría siendo mucho más que eso. Verlo de nuevo restauró en mí el sentido de una continuidad con algo anterior a mi matrimonio, anterior incluso a mi trabajo, un periodo de posibilidades sin

límite. Sentí un renacimiento de cosas olvidadas a lo largo de los años de agotadora dedicación a los agobios profesionales mientras observaba cómo la vida se alejaba del hogar. Verlo bastó para desatar en mí una tormenta eléctrica de asociaciones que habían permanecido latentes durante años, y recuperé la renovada sensación de belleza atemporal que había conocido durante mis estudios. Las matemáticas, como había dicho Zafar hacía muchas lunas en Nueva York, no podían reprimir su propia belleza.

En aquellos tiempos me había parecido extraordinario que mi brillante amigo hubiera optado por abandonar su carrera en matemáticas para ponerse a estudiar Derecho, y cuando una vez le pregunté por qué había cambiado el chip tan abruptamente, me respondió simplemente que podría ser interesante. Kurt Gödel había derivado hacia la locura a lo largo de su vida, y cerca *ya* de su final confiaba a su paciente esposa la tarea de probar primero lo que iba a comer él por temor a ser envenenado, de manera que cuando ella cayó gravemente enferma y ya no pudo realizar esa función. Gödel murió de hambre. Creo que Zafar tuvo cierto presentimiento de la locura que podría aguardarle en las matemáticas, aunque ese peligro, ahora lo sé. nunca le abandonó del todo. De manera que ahora veo así a mi amigo: un ser humano que huye de fantasmas mientras persigue, sombras. Eso también explícalos vaivenes de su vida laboral, unos cambios de dirección que. yo iba a observar en su mayor parte desde lejos, a medida que con el tiempo nuestra amistad perdía sus anclajes, tal vez como los van perdiendo todas las amistades universitarias.

A través de una red de amigos y conocidos, me iba haciendo una idea de las andaduras de Zafar, pero incluso antes de desaparecer, curiosamente no se sabía gran cosa de él. En algún momento de 2001, Zafar se perdió de vista por completo, transformándose desde entonces en tema de rumores esporádicos, algunos a todas luces descabellados, como que se había convertido al catolicismo y se había casado con una aristócrata inglesa, que había sido visto en Damasco. Túnez o Islamabad, que había matado a un hombre o tenido un hijo y, por ridículo que parezca, que espiaba para la inteligencia británica.

Aquel día de 2008, cuando Zafar reapareció en mi puerta, se quedó un momento inmóvil, durante un instante de silencio suspendido, esperando a que le hiciera pasar, y noté la chispa del reconocimiento en su mirada. La casa no había cambiado mucho desde la última vez que había puesto el pie en ella,

hacía ya casi una década. Me preguntó si había arreglado la pata de la otomana del estudio. Me reí. Una de las esquinas de la otomana seguía calzada con libros.

—¿Conservas la pata?

—Sigue bajo la mesa —respondí.

—Yo la arreglaré, pero hoy no. Tengo que dormir.

Una hora después lo dejé en la habitación de invitados, volví a recoger su ropa y encontré una pequeña pila al lado de su bolsa de lona. Zafar murmuraba en sueños.

Durante un minuto intenté descifrar lo que decía, pero no pude.

Llevé su colada a la lavandería, donde me fijé en las tallas de su pantalón y su camisa (ahora me hubiera gustado revisar los bolsillos, pero no lo hice). Luego, antes de volver al despacho para cumplir con unas cuantas horas inanes, me pasé por un Gap con la intención de comprarle algo de ropa nueva, como la que llevaba, pantalones *cargo* y camisas de franela. Había llegado hasta la caja antes de darme cuenta de que distraídamente había elegido unos pantalones caquis y una camisa azul de algodón. Los gustos en el vestir de un banquero son prácticamente lo único previsible en el sector.

Aquel primer día, durmió hasta bien entrada la tarde y luego se dio un largo baño.

Sentado a la mesa de la cocina, recién afeitado y envuelto en un albornoz, comió una tortilla de jamón y champiñones que le había preparado, acompañados de café y zumo de naranja. Comía despacio, incluso con cuidado. Todavía parecía mayor de lo que era, aunque no tanto como lo había parecido al presentarse ante nuestra puerta. Unas arrugas irradiaban desde sus ojos, los carrillos le colgaban de la mandíbula como alforjas desgastadas en un caballo viejo, y me pregunté qué habría pasado, en cuestión de una década, en la vida del hombre que yo conocía para que ahora pareciera tan acabado.

Cuando terminó de comer, recogió el cuchillo y el tenedor, empujó el plato hacia delante y empezó su historia.

2

EL BIENESTAR GENERAL DE NUESTRO IMPERIO ORIENTAL

La cuestión de nuestra política en la frontera noroeste de India es de suma importancia, dado que afecta al bienestar general de nuestro imperio oriental, y resulta especialmente interesante en el momento actual, cuando se están llevando a cabo operaciones militares de una escala considerable contra una coalición de tribus independientes a lo largo de la frontera.

Debe entenderse que la situación actual no es meramente un repentino estallido de violencia por parte de nuestros turbulentos vecinos, sino que es consecuencia de sucesos acontecidos en años pasados.

En las páginas siguientes, he intentado ofrecer un breve resumen histórico de sus diversas fases, con la esperanza de atildar en cierta medida a los lectores a comprender la situación general y a formarse una opinión correcta de la política que debe adoptarse en el futuro.

—GENERAL SIR JOHN ADYE.

Iridian Frontier Policy: An Historical Sketch, 1897

Cuando llevaron a Mahmoud Wad Ahmed encadenado ante Kitchener tras su derrota en la Batalla de Átbara, Kitchener le dijo: ¿Por qué has venido a saquear y asolar mi país? Era el intruso el que planteaba la pregunta a la persona de aquella tierra, y el dueño de la tierra agachó la cabeza y nada dijo. Que sea también mi caso... Sí. mis

estimados señores, he venido como un invasor a sus propios hogares: una gota del veneno que ustedes han inyectado en las venas de la historia. «Yo no soy Otelo. Otelo era una farsa.»

—TAYEB SALEH,
Season of Migration to the North

El viernes 22 de marzo de 2002. subí a bordo de un Cessna bimotor en un aeródromo en las afueras de Islamabad. Ya acomodados estaban tres pasajeros y. separados por una cortina todavía atada, dos miembros de la tripulación, Mary Robinson, la Alta Comisionada de la ONU para los Derechos Humanos, se sentaba con un grueso expediente sobre el regazo y su precario peinado rozaba el casco curvo del avión. Sila Jalaluddin. esposa de Mohammed Jalaluddin se sentaba frente a ella y, cuando entré, hizo un gesto con la cabeza al reconocermé, pero después no entablamos conversación. Detrás de ellas había otro par de asientos. En uno había un joven al que no reconocí, con traje y corbata, y con un maletín metálico apoyado en la parte inferior de la pierna. El otro asiento permanecía vacío, esperándome. Yo iba de camino a Kabul, con un propósito todavía sólo vagamente definido. Me habían pedido que fuera el Relator de la ONU para Afganistán, y Emily, que trabajaba para Jalaluddin en la nueva agencia de reconstrucción que él dirigía, Pero mis funciones eran tan poco concretas que no pude evitar pensar que iba para encontrarme con Emily. La tarea que debía cumplir, al menos tal como constaba en la documentación, era servir de asesor para un departamento de la nueva administración afgana. Había incontables asesores en Kabul, tantos como perros callejeros en Mumbai; los asesores incluso contaban a su vez con asesores, y ninguno de ellos tenía menos cargo que «asesor especial» o «asesor *sénior*».

Poco después de despegar, un reactor de la Fuerza Aérea estadounidense se colocó a nuestra altura. Un rayo de sol se asomó desde la cúpula de cristal de su cabina y llameó antes de apagarse. El avión iba a escoltarnos durante todo el viaje. Un F-15 Eagle, me gustaría decir, aunque, ¿qué sé yo? Era un caza. Una imagen perfectamente reconocible. Sí, se colocó a nuestro lado exactamente como hacen los cazas en todas las películas. Uno percibe la sensación de potencia no por el momento que vive sino a través de la luz

concentrada de las incontables descripciones filmicas del poder militar estadounidense. ¿Qué senador inteligente no sabe que puede reunir el apoyo de un pueblo predispuesto a creer que puede hacer las cosas que sus chicos, las versiones heroicas de sí mismos, hacen en la pantalla grande? La realidad no es rival para la fantasía. Pero no creas que los senadores y congresistas creen otra cosa; ¿cuántos de esos senadores, ellos mismos criados con una dieta de imágenes de satélite de miras en cruz de láser rojo cerniéndose sobre bases enemigas, de siluetas agazapadas de soldados de operaciones especiales entrando en tiendas enemigas en el desierto, una dieta de furtivas acciones encubiertas y victorias; cuántos senadores han desarrollado su concepción de lo que América puede hacer a partir de lo que han visto en las pantallas de cine americanas?

Amo América por una idea. La realidad es importante, pero ambigua. En Senegal, hay un edificio donde tenían a los esclavos antes de mandarlos al Nuevo Mundo. Se construyó el mismo año que se redactó la Declaración de Independencia americana. Amo América por la idea clara de lo que subyace detrás de la realidad borrosa. Sin la idea, los placeres de América serían mero accidente, simples hechos transitorios soltados al desgaire por la mano del destino para que se los lleve el viento. ¿Y cuál es esa idea? Es la de esperanza, la grandiosa y audaz idea que hace que el británico se ruborice de vergüenza. Puede que sea una idea que no le importe a todo el mundo, pero es la que yo necesito, la que quiero. Amo ese país porque primero se fija en adonde vas, no en de dónde vienes; por su esplendoroso optimismo frente a las resistencias grises de Europa, más puras aún en Gran Bretaña, de manera que en América me siento —soy— un ser sexual. Antes del 11S, yo era invisible, asexual. ¿Cómo es posible que después del 11S de repente se fijaran en mí, es más, no sólo se fijaban sino que, me consideraban atractivo, me lanzaban una segunda mirada, me evaluaban, incluso me guiñaban el ojo? ¿fue el efecto secundario de haber dejado de ser un mueble del fondo, el que se fijaran, o acaso era algo más enfermizo? ¿Esta persona entre nosotros ya no era el sumiso indio, el dócil paquistaní, el cipayo, sino un hombre completo? Antes del 11S, yo estaba oculto detrás del muro de la culpabilidad colonial después de haber sido emasculado por una historia de sometimiento.

Zafar parecía que se dejaba llevar por su encomio de América, y es posible que se me escapara una sonrisa. Al cabo de unos momentos, reanudó

su relato.

Con el F-15 Eagle a nuestro lado, prosiguió, sobrevolamos parte del terreno más espectacular que había visto en mi vida. Los aviones pequeños no suelen volar a mucha altura, las sombras oblicuas del sol matinal acentuaban el relieve de la tierra, y los dos aviones proyectaban a su vez sombras huidizas sobre el paisaje, así que no era muy difícil imaginarnos entretejiendo urdimbres entre las montañas y colinas del noreste de Afganistán. En algún punto no muy lejano, en la inmensidad de las montañas de Tora Bora. se nos decía por entonces, se hallaba Osama Bin Laden, un hombre perseguido incluso antes de su orgullosa reivindicación y, pensábamos, alguien que no tardaría en ser encontrado, Mientras miraba por la ventanilla veía una tierra más inhóspita y más hermosa que nada que hubiera visto hasta entonces en Bangladés, y entendí cómo este lugar tan difícil de habitar hizo brotar un romance que lo condenó a las intrigas de Occidente. El Afganistán de ahí abajo era austero, no había hierba, ni una brizna, no era ni exuberante ni verde ni húmedo, como lo era Blangadés. sino que sólo se veía una tierra de tonos terrosos y polvorientos. Mientras mi hermosa región de Sylhet cantaba la canción de las estaciones, de un ciclo anual, la desolación yerma y mellada de Afganistán entonaba un canto fúnebre de asombro antiguo, los accidentes abruptos de la tierra preparados para recibir a jinetes caídos, al viajero perdido y a todas las tribus masacradas, Entendí por qué. el europeo se sintió atraído hacia un lugar así, vi por qué quiso recorrer las incontables rutas de la seda que se entrecruzaban en este trecho de Asia Central, y, en mi oído interior, oí los sermones de los colonialistas y los poscolonialistas británicos que compartieron el pan con los nativos para volver a casa con algunas historias maravillosas tras haber sobrevivido a las montañas y a las hordas musulmanas, o proclamando la humanidad de los afganos y subrayando con ilimitada compasión la necesidad de tender puentes entre las culturas.

A una distancia prudencial, el avión seguía el contorno de un terreno escarpado, quebrado aquí y allá por un esporádico y abrupto afloramiento rocoso, e imaginé que si cerraba un ojo, podía extender el dedo y pasarlo por el filo mellado. Pensé en los mapas acotados que utilizan montañeros y guías de senderismo, mapas que mediante líneas que unen puntos de la misma altura te dan una imagen en dos dimensiones del relieve tridimensional del mundo conocido. Hubo una época en que veías ese mismo concepto reflejado en los

mapas del tiempo de la televisión, en las isóbaras, esas líneas curvadas que señalaban zonas con la misma presión atmosférica, antes de que todo se hiciera aún más sencillo con brillantes soles con pétalos, como los que dibujaría un niño, y nubes burbujeantes. Los mapas, los acotados y todos los demás, nos intrigan porque son metáforas: herramientas que nos dan una idea de algo cuya verdad es mucho más rica pero sin los cuales no percibiríamos nada y nunca nos orientaríamos. Eso es lo que hacen misteriosamente los mapas: eliminan información para proporcionar, al menos, cierta información.

—Como el plano del metro de Londres —dije.

Nunca te aclara, prosiguió Zafar, dónde está en la superficie ninguna estación dada.

En cierto sentido, no es un mapa sino un diagrama; no es topográfico sino topológico y la cuestión es siempre: ¿qué uso se imaginó para este mapa? Harry Beek, el hombre que lo diseñó, debió de darse cuenta de que cuando vas en un tren subterráneo, la verdad es que no te importan mucho ni la ubicación geográfica ni las distancias. Como se sabe, si sigues el plano, para ir de Bank Station a Mansión House, tomarías un tren de la Central Line hasta Liverpool Street, transbordarías a la Circle Line y te bajarías al cabo de cinco estaciones, en Mansión House. Pero cuando sales a la superficie, si miras la calle descubres que no te has desplazado ni cuatrocientos metros. El plano te ayuda a desplazarte por su propio mundo esquemático y te requiere abandonar la realidad de asfalto, edificios y parques, Sólo después, sales y de nuevo encuentras Londres.[4]

Las reflexiones sobre mapas topográficos me vinieron a la cabeza en aquella cabina mientras contemplaba los valles desde las alturas. No hablé con los demás pasajeros, apenas si intercambié algún comentario amable, y cuando el sol brillante se alzó desde detrás de una nube, escondí la cara en el ejemplar del *Infierno* de Dante, que me había enviado Emily cuando estuve hospitalizado. Una vez estuve ingresado en un hospital psiquiátrico.

Si los ojos de Zafar reflejaron una confirmación de la acusación latente que yo percibí en sus palabras, la verdad es que no la vi. Me acordaba, claro. Pero era un recuerdo desagradable, por varias razones, y me avergüenza reconocer que entre el aterrizaje de Zafar ante mi puerta y el momento de la conversación en que me recordó el hecho, ni una vez me había acordado de ningún detalle de aquel episodio. Más bien al contrario, lo había borrado de

mi memoria.

Llegamos, prosiguió, a la base aérea de Bagram en las afueras de Kabul. La línea del contorno montañoso se alzaba bajo el sol, pero era un sol impotente, brillante pero sin calor, de forma que cuando se abrió la puerta del avión y salí detrás de Mary Robinson y Sila Jalaluddin, el aire frío de marzo me golpeó como una bofetada gélida en la cara. Así fue cómo me recibió Afganistán.

Un Land Rover me llevó cerca de Shar-e-Naw al AfDARI el Instituto para la Reconstrucción, la Ayuda y el Desarrollo Afgano, una organización que, no tardé en comprender, todavía tenía que hacerse merecedora de su grandilocuente nombre. El vehículo aceleraba en todos los cruces: en aquellos días, se había dado orden a los soldados de la ISAF[5] para que nunca se detuvieran durante sus trayectos, con lo que el caos se adueñó de una ciudad infestada de Land Rovers, Pajeros, Land Cruisers y los monstruosos Humvees. En el AfDARI un ordenanza me condujo a la casa de invitados indicándome con gestos el camino, Pasamos por delante de un baño compartido fuera del dormitorio, con un retrete y un gran cubo de agua en cuya superficie flotaba una taza de hojalata. La habitación estaba vacía, salvo por una cama individual, una pila de mantas y, junto a la cama, una mesita de tres patas, aunque una, me fijé, parecía proceder de otra mesa, con un color y una forma bastante diferentes, y también distinta altura, lo que inclinaba ligeramente la mesita. La pintura que se descascarillaba de las paredes sugería otra historia, y yo ya sentía que ese lugar ocultaba una acusación contra alguien. El ordenanza señaló una toma de corriente cerca de la puerta, agitó la mano y negó con la cabeza. O bien no funcionaba o bien no podía usarla; supuse que se trataba de lo segundo, dado que si no funcionaba, lo habría descubierto por mi cuenta y él no tendría que preocuparse. En el rincón de enfrente, una *bukhari*. una estufa de queroseno que acabaría viendo en todas partes, pero que todavía no había sido encendida, A mi espalda, me fijé que la puerta de la habitación tenía cerradura y llave. Había ventanas que daban al patio, con unas cortinas a medio correr. Al otro lado de la habitación, había lo que parecía otra ventana, que daba a la parte de atrás. Cuando di un paso para acercarme, vi que el armario que había junto a la cabecera de la cama, un mueble de aglomerado, estaba encajado bajo la manija de una puerta vio habían calzado con unos trozos de madera, se diría que para elevarlo a la altura necesaria. Lo

que al principio me había parecido una ventana era en realidad la parte superior de una puerta, y el armario hacia las veces de improvisado cierre. Era, me fijé, una vía de salida. A través del cristal, vi la silueta de un árbol sin hojas, cuyas ramas se dividían interminablemente, oscuras como si las hubieran sumergido en alquitrán, y me vino a la cabeza la imagen en rayos X de un pulmón canceroso y ennegrecido, una de esas imágenes pensadas para meternos miedo.

Lo primero que supe del AfDARI me lo contó el director del programa. Suleiman, que vino a verme a mi habitación avanzada la tarde, poco después de mi llegada. El AfDARI había sido creado por la agencia australiana para la ayuda exterior, con la aquiescencia de los talibanes, unos años después de la retirada soviética a principios de la década de 1990, aunque su financiación procedía de distintas fuentes. Participaba en diversas y pequeñas actividades de asistencia y desarrollo básicamente concentradas en Mazar-e-Sharif, Kandaliar y, por supuesto, Kabul, pero ahora se estaba viendo marginada por la UNAMA.[6] me explicó Suleiman. Era un joven alto, sin barba, e iba vestido con ropa occidental, lo que planteaba la inevitable cuestión de si su aspecto había sido distinto en la época de los talibanes, es decir, hacía sólo unos meses. Me contaría que había pasado dos años en la Universidad de Indiana, en Estados Unidos, lo que indicaba que debía de pertenecer a una familia bien relacionada, y ahora era el segundo del instituto. El rasgo más distintivo de Suleiman era, con diferencia, sus ojos, no su color de un gris claro, ni sus grandes pestañas arqueadas, sino la manera en que se movían, sus desplazamientos rápidos de un lado a otro, hacia la puerta, las ventanas. V, más tarde, en el exterior, a su alrededor. Recordaban a los de los pequeños mamíferos, ratones o conejos, las especies que comparten hábitat con depredadores y saben que las únicas ventajas con las que cuentan son permanecer en un estado de alerta continuo y sus veloces patas, ventajas que podrían darles unos pocos segundos de margen decisivos. Si hubiera traslucido el menor indicio de un lado oscuro, yo lo habría interpretado como una prueba de su miedo.

Esa noche, después de que se fuera Suleiman, me aventuré por las calles, buscando algún sitio donde dar un bocado antes de acostarme. Me presenté al guarda, Suaif, cuyo inglés era más fluido de lo que dejaba entrever al principio. Me recordó que tenía que cumplir el toque de queda y señaló en la

dirección de un local donde podría comer algo. Ya había anochecido en las calles y se habían encendido farolas de queroseno aquí y allá. Suaif me llamó cuando cruzaba la calle y me dio un chal. Marzo es frío, sobre todo cuando cae la noche, así que los que seguían perlas calles se envolvían en chales o, en algunos casos, en abrigos occidentales que no les sentaban bien, con ribetes de piel sintética apagada y mortecina. Caminé un poco por el vecindario. En una cantina cercana, sentado con la espalda apoyada en la seguridad de un rincón, cené un poco de kebab y un buen trozo de pan caliente. En la pared lateral, un mosaico de espejos me daba una visión de mí mismo y de hombres, jóvenes y mayores, algunos con barba, con las cabezas cubiertas con *lungees o pawkuls*, los típicos turbantes y tocados, otro anciano que me recordaba a mi padre, todos mirándome con suspicacia, con mis zapatos negros resplandecientes, y el pliegue marcado y desafiante de mis pantalones deslizándose por debajo del chal como el filo de una espada. Bien, es toda una metáfora, ideal para despertar al orientalista: trillada, burdamente obvia, periodística, tosca y, frente a la ignorancia, contundentemente eficaz. Cené y pensé que Suaif tal vez me había dado el chal como protección frente a algo más que el frío, un escudo para despuntar algunas de aquellas miradas suspicaces.

A las siete de la mañana siguiente llamaron a la puerta. Ya estaba despierto. Había hecho la cama, me había lavado y vestido y llevaba una hora escribiendo en mi cuaderno. Ése era siempre el mejor momento para escribir, para reflexionar y pensar en el día anterior, para descubrir lo que pensaba tras una noche de dejar que el cerebro inconsciente, el mejor cerebro, revisase las impresiones de lo vivido. Las matemáticas eran así, ¿no? Es asombroso que puedas acostarte con un problema, el problema más difícil del mundo, con el que te has estado peleando todo el día anterior. Pero puedes levantarte al día siguiente con la solución perfectamente clara. Hasta es posible que recuerdes un momento en tu sueño en el que lo resolviste, cuando incluso dijiste, en tu coma, ¡Eureka!, y después de despertarte, por un momento te preguntas si es una fantasía, si has elaborado la ficción de haber resuelto el problema sólo para tu propia satisfacción durante el sueño, pero sabes que es real porque cuando repasas esta recién descubierta solución, ahora introducida en tu mente consciente, cuando rebuscas un bolígrafo y una hoja para anotar todo, ves que funciona, confirmas el sueño.

Al oír la llamada a la puerta, me guardé el cuaderno en un bolsillo y abrí.

Un niño de diez u once años entró con una bandeja con una taza de té y lo que parecía un bizcocho. Miró la mesa tambaleante antes de dejarlo todo sobre la cama.

Me preguntó si mañana querría un desayuno más abundante. El inglés del chico, de un fuerte acento, era sencillo y claro, con la exuberante confianza de los jóvenes, sin la vergüenza que llega con la edad. Me dijo que limpiaría la habitación cuando yo saliera. Le sonreí, pero no creo que él notara mi incomodidad. ¿Qué había que limpiar ahí?, pensé.

Siempre me siento incómodo delante de quienes limpian, nunca he sido capaz de desembarazarme de la idea de que debería levantarme y ayudarles. En una ocasión, lo reconocí durante una cena que daban unos amigos de Emily, una velada de jóvenes profesionales que se pavoneaban y presumían. Uno de los asistentes estaba buscando una nueva limpiadora, lo que dio lugar a una conversación sobre ese viejo cliché —la dificultad de encontrar servicio estos días—, aunque esa manera de expresarlo se evitaba visiblemente. Cuando hice el comentario —el de que siempre me sentía incómodo cuando aparecía la limpiadora— tuve una rápida respuesta de un abogado recién llegado de los condados de los alrededores de Londres, un joven que lucía un pañuelo de seda en el bolsillo de la chaqueta.

—Pero si todo el mundo tiene sirvientes en India. Se ve por la tele a todas horas.

—Incluso los sirvientes tienen sirvientes —dije.

—¿De verdad?

—Pero ¿quién le corta el pelo al barbero?

—¿Perdona?

—En la aldea en la que sólo hay un barbero —me expliqué.

—Exacto —dijo el joven recorriendo la mesa con la mirada.

Para él, yo era indio y mi marco de referencia para tales cuestiones domésticas debía ser también India. Déjalo, pensé, disculpándole. ¿Cómo va él a saberlo? Para cierto tipo de ingleses, el subcontinente sigue siendo India. Con todo, no recibí ni una sola mirada de complicidad de ninguno de los sentados a la mesa, una mirada que dijera que yo también era británico. Pero había otra presunción que era más difícil de sobrellevar: la de clase.

Por supuesto, hay limpiadoras en el servicio de las familias acaudaladas en los pueblos y ciudades de India y del sur de Asia, limpiadoras, cocineras,

guardas, jardineros y demás personal. Pero la fuente de la incomodidad que siento delante, de limpiadores no tiene nada que ver con India, nada que ver con la etnia ni la tradición, esas cosas que soban llamar cultura, como si ése fuera el principio y el fin de la cultura. Porque fuera cual fuese el lugar del mundo en que viviéramos, tanto Londres como la aldea de Bangladés, mi propia familia nunca tuvo sirvientes: otras familias, sí. Mi familia *eran* los sirvientes.

Cuando el chaval afgano salía de la habitación, esbozó una sonrisa tan falsa que me dejó con una sorprendente sensación de pena, Solo en mi habitación, a medida que el día se abría fuera, mis pensamientos se concentraron en los tres hombres que había conocido. Sulaif, Suleiman y el pequeño, tres generaciones de afganos que ahora estaban al servicio de sus salvadores. Por todo el sur de Asia hay una clase de hombres, y en algunas zonas cada vez más de mujeres, que trabajan para el hombre blanco, le llevan la carga y cumplen sus órdenes en esos rincones conflictivos. Brotan de la tierra donde se libran las guerras como si los bombardeos y los morteros hubieran fertilizado el suelo para cultivar estos cuerpos de agentes, desde un equipo de peones a oficinas de asistentes administrativos. Siempre habrá nativos que comprenden la paz extranjera, ¿y quién va a culpar a padres cuyos hijos están muriendo por la guerra? Los mercados sensatos, incluidos el financiero, promueven la asignación de recursos, como dicen en el lenguaje de los economistas. Ésa es la leche materna de la prosperidad del mundo. Pero aquí eso se produce en su estado de naturaleza. Los Toyota Land Cruisers llegan a raudales, remolcando sacos de tesoros, y la reconstrucción necesita obreros y los hombres tienen familias que alimentar. Creer en el grandioso proyecto no sólo tiene que ver con elegir una idea y no otra: La diferencia, se le dice a todos, es el alimento y la seguridad. ¿Qué es lo que cuesta creer de eso? De manera que la necesidad engendra la clase tapón, de intermediarios y confidentes nativos, con la misma urgencia con la que una madre mataría para salvar a su hijo. ¿Ese chico del té, o aquel joven, Suleiman, crecerán para exigir su herencia, y en qué creerán que consiste ésta? ¿Intentarán restaurar cuanto comparten con sus compatriotas o, de tanto rendir pleitesía, han acabado despreciándose a sí mismos hasta el punto de que sólo pueden plantearse conseguir la autoridad de sus amos, conservando las mismas estructuras, los mismos contratos comerciales, el mismo gobierno impuesto y

la misma cultura del poder, mientras que odian a todo hombre que les recuerde su propia y vulgar identidad?

No habían transcurrido ni cinco minutos desde que se fuera el chico cuando se presentó Suleiman con más té. Dejó las dos tazas en la mesita de noche, bajo un charco de luz matinal, e insistió en que me sentara en la cama, el único sitio donde sentarse, mientras él permanecía de pie.

Le dije que algo en el nombre del instituto me había inquietado.

—¿Se refiere al Dari de AfDARI?, es ingenioso ¿a qué sí? —preguntó Suleiman.

—Sí, gracioso. Pero el dari es sólo una de las lenguas que se hablan en Afganistán.

—Así es —respondió Suleiman.

—No puede decirse que sea muy inclusivo.

—No estaba aquí cuando se fundó el instituto —dijo Suleiman—, pero supongo que los australianos se quedaron a gusto cuando se les ocurrió el nombre.

—¿Nadie dijo nada? —pregunté.

—¿Se refiere a los afganos?

—Sí.

—Estoy seguro de que sí —dijo—. Algo así como: *Muy bien es un nombre muy ingenioso. Ahora, por favor, dennos el dinero.* Podemos hablar de esto de camino.

—¿De camino adonde?

—Quiero enseñarle la ciudad.

Fuera, en el patio, Suleiman me presentó a Suaif, el guarda. No mencioné que ya nos conocíamos. Era obvio que la clase y el estatus se anteponían a la jerarquía de la edad, pero a mí me resultaba imposible dirigirme a Suaif por su nombre de pila; todavía vacilo un poco al hacerlo ahora. Me recordaba a mi padre. Tenía el mismo aspecto de estar perdido, fuera de lugar, que él, como si esperara algo. Suaif había sido profesor de ingeniería, explicó, en la Universidad de Kabul.

—¿Qué fue de su empleo? —pregunté.

—Oh, sigue existiendo, pero el salario no merece la pena. Me pagan más la ONU y estas oenegés.

¿Había percibido yo repugnancia en la pronunciación de aquellas palabras, *la ONU y estas oenegés*? Lo mismo pasaba con los chóferes que conocí y con el personal en general; las agencias de ayuda habían puesto precio a las cabezas de los nativos que sabían inglés. Las clases profesionales habían dejado las cátedras universitarias, las escuelas y los despachos y habían sido reclutados para el servicio doméstico de los recién llegados. Los salarios aumentaron; la producción no, así que los precios no pudieron hacer otra cosa que dispararse.

Suleiman y yo subimos a uno de los Land Cruisers de la ONG, junto con un chófer, y fuimos a la cima de una colina desde donde el machacado Intercontinental Hotel se asomaba sobre la ciudad. Al apearnos, nos echamos los chales alrededor del cuello, mientras exhalábamos vaharadas de condensación por las bocas, una humedad que quedaba colgada del polvo ceniciento que lo envolvía todo.

—Tengo entendido que va a abrir un Four Seasons —dijo Suleiman.

—¿El hotel?

—Sí —respondió Suleiman.

—A propósito, cuántas estaciones hay en Afganistán, o al menos, en esta parte del país.

—Cuatro.

Tanto de lejos como de cerca. Kabul, como un fractal, era la imagen de una ciudad cubierta de cicatrices de guerra. Había contemplado muchas ciudades del sur de Asia desde un punto elevado, desde azoteas planas sobre un océano ondulante de un tejado tras otro donde todavía sobresalían gavillas de refuerzos de cemento armado, incrustadas en las protuberancias de los pilares de carga que llegan hasta lo más alto de los edificios. Ese exceso de refuerzos, junto con unos cimientos de poca profundidad, medidas de patente redundancia, eran signos de la esperanza de aumentar la altura de un edificio con el tiempo y el dinero de una economía en crecimiento. Los libros te explicarán la historia de las edificaciones de Kabul; incluso es posible que la ciudad tuviera un futuro en el pasado. Pero si los edificios servían de referencia, su pasado reciente estaba habitado por un pueblo machacado que tenía la certidumbre de que no podía confiar en el futuro.

Por el amor de Dios, ¿qué pintaba yo en Kabul? Me encontraba en Dacca cuando me llamó Emily. Yo ejercía el Derecho, me dedicaba a demandar a

multinacionales y a funcionarios públicos por casos de corrupción; intentando propiciar reformas en los procedimientos administrativos de instituciones públicas, como la Oficina de ONG. En el momento en que Emily llamó, yo estaba en una reunión con un antiguo ministro de economía de Bangladés y un alto funcionario del gobierno británico, que había volado desde Londres con el propósito exclusivo de ultimar los detalles de un compromiso de su gobierno —el dinero— en un proyecto cuyo objetivo era desarrollar el sector de los pequeños negocios, Las PYMES, las denominaban ellos, las pequeñas y medianas empresas. El funcionario del gobierno británico había creído necesario realizar aquel viaje de dos días para, como se me dio a entender, asegurarse de que yo codirigiría el proyecto; no se fiaban del expolítico. El apareamiento del recinto de la ONG, una ONG que había fundado el expolítico *para devolver algo al pueblo*, según él mismo me había dicho, suscitándome la pregunta de qué habría dicho aquel hombre acerca de para qué había servido su carrera política..., en fin, aquel aparcamiento había aparecido más de una vez en relatos sobre abultados sobres marrones entregados por hombres que se apeaban de Land Cruisers sólo el tiempo necesario para cerrar un trato. Respondí la llamada de Emily en ese aparcamiento.

Estaba en la reunión y era una reunión importante —¿no se nos induce a que creamos que algo es importante cuando todos los demás parecen creer que lo es?—, y aun así respondí la llamada y salí. Nunca apagaba el móvil. ¿Necesitaba tanto hablar con ella que siempre lo dejaba encendido por si llamaba? Y cuando llamó, me disculpé: es una llamada de Afganistán, recuerdo que les dije, y recibí los oohs y aahs cómplices, porque eso era lo único que tenías que decir en 2002, *Afganistán*, y la simple palabra servía de argumento incontestable. Salí a aquel aparcamiento mancillado de favores comprados y vendidos, y escuché su voz.

—Tienes que venir —dijo—. Podrías cambiar de verdad las vidas de veinticinco millones de personas.

¿Pensaba Emily que Afganistán era el único lugar que importaba?, ¿creía que podría adularme, para persuadirme de que fuera? Peor aún, ¿pensaba que cualquiera podría *cambiar de verdad* la situación? Si, lo creía. Todos lo creían, todos los miembros de las fuerzas invasoras de nuevos misioneros lo creían. Eran un ejército en todo menos en el nombre, no el ejército que lleva

armas y abre camino, ni tampoco uno que lleva comida o medicinas. Pero llegaban repartiendo consejos, con la arrogancia de creerse que ellos cambiarían todo de verdad. Sí, tenían buenas intenciones. Pero lo único bueno que garantizaba la carencia de maldad es una conciencia limpia. Sabía que Emily se lo creía, y cuando vi con claridad que era así, cuando comprendí que lo creía, de repente, como si me hubieran cortado un cable por dentro, me vino una idea a la cabeza, una idea que todavía no era una intención sino más bien una pregunta, planteada en las lenguas de mi infancia y con las líneas perfectamente nítidas de las matemáticas. Una idea tan potente como las que surgen en la opresión: ¿quién parará a esta gente?

En este mismo momento me pillas precisamente en pleno intento de cambiar algo, respondí, para una población de ciento veinte millones, más o menos. Si me estás diciendo, proseguí, que puedo quintuplicar el cambio por persona, supongo que no puedo discutirlo.

Ésa era la mujer cuya llamada yo aguardaba a todas horas y aun así, al recibir esa llamada, mientras estaba en el aparcamiento de una ONG ubicada en el barrio diplomático de Gulshan, en Dacca, mientras escuchaba la voz de mi amada, empecé a sentir arcadas por algo que se revolvía en mi interior, muy dentro de mí, algo que era más grande que nosotros, la insignificante nadería del *nosotros*. Por eso un mes más tarde me encontraba en Afganistán, una respuesta ni más ni menos clara que si me hubiera abierto las entrañas.

Esta parte del mundo no era más que otro tablero de ajedrez, del mismo modo que yo no era más que una pieza, pero así son las cosas en esta historia, una sucesión de oscuros trechos de camino. Kabul, una ciudad de guerra, había vertido su parte de sangre británica con creces. Se había librado la primera guerra anglo—afgana. que en sí era un paso más en la larga marcha de la arrogancia colonial militar británica, y cuando digo británica me refiero a que las clases de oficiales las componían británicos; la tropa era reclutada de poblaciones indias. El día de Año Nuevo de 1842, al final de la guerra, el general Elphinstone se rindió a los nativos pese a las quejas de sus oficiales. Tras haber conseguido garantías sobre la seguridad de los enfermos y los heridos, que se quedarían en Kabul, Elphinstone emprendió el viaje de vuelta a India con los demás. Pero en cuanto el último soldado británico hubo abandonado la ciudad, los enfermos y los heridos fueron masacrados. En cuanto a los soldados que se fueron, agotados primero por la batalla y más

tarde por el arduo trayecto en pleno invierno, fueron emboscados y aniquilados en los estrechos pasos de montaña mientras se tambaleaban con la nieve hasta las rodillas. Murieron 16,000. El general Elphinstone, en una vergonzosa y muy poco británica exhibición de cobardía, se rindió en persona a los afganos, aunque bien sabía que ninguno de sus hombres salvaría la vida. Uno de los que lo consiguió fue el cirujano William Brydon, que sobrevivió sorprendentemente después de que una espada le destrozara parte del cráneo. Al llegar a la zona segura en Jalalabad, cuando le preguntaron dónde estaba el ejército, dio la famosa respuesta: *Fo soy el ejército*. Cuando Elphinstone murió en cautividad unos meses después, su cadáver fue enviado a la guarnición británica de Jalalabad, donde fue enterrado en una tumba anónima.

A nuestros pies se extendía la deshecha ciudad en ruinas envuelta en una polvorienta luz matinal. Por la Upper Garden Road, la misma sinuosa carretera que nosotros habíamos recorrido para llegar a esta atalaya en la colina, un anciano subía adelantando una pierna tras la otra, hasta que un detalle se hizo visible: le faltaba un pie.

También Suleiman miraba hacia allí, aunque ahora me pregunto si había seguido mi mirada, porque la imagen, tan frecuente allí habría pensado yo, difícilmente le habría llamado la atención a él.

—Esto es lo que nos ha dado la guerra —dijo.

Le pregunté a Suleiman si había alguna razón para la esperanza.

—Tal vez para mí mismo la haya —respondió con un egoísmo brutal.

La sinceridad me impresiona tanto como a cualquiera, pero cuando hay un indicio de que un hombre me cuenta demasiado de sí mismo, mi reacción instintiva es sospechar de él. ¿Me está adulando? ¿Está a punto de hacer otra confidencia? Creo que Suleiman percibió mi incomodidad. Sonrió sin que viniera a cuento. Podía adoptar dos vías, pensé, ambas variantes que limitaban el impacto de lo que acababa de decir: o cortar en seco o ampliar el comentario. No siguió ninguna, optando por hacer una observación que debería haberme alertado si me hubiera fijado más atentamente en sus palabras ensayadas, por no decir redactadas previamente.

Afganistán no tiene el petróleo de los jazaros, dijo, y no estamos dispuestos a prostituir a nuestras mujeres como los tailandeses. A diferencia de la de los occidentales, la nuestra no es una pobreza espiritual sino material. Cuando se satisfagan nuestras necesidades en ese aspecto, no tendremos los

dilemas ni las crisis del hombre occidental.

Finalmente, volvimos a subir al Land Cruiser y descendimos de vuelta a la ciudad, donde Suleiman quería llevarme por Wazir Ákbar Khan, una zona donde los extranjeros, las ONG y los corruptos habían empezado a comprar inmuebles. Cada dos por tres le ordenaba al chófer que aminorara la velocidad pero sin detenerse cuando pasábamos por casas que, explicó, se sabía que eran ahora propiedad de los talibanes, aunque la escritura estuviera a nombre de paquistaníes que negaban cualquier relación con ellos.

—Debe de ser bastante fácil hacerles llegar un mensaje —dije.

—¿Un mensaje? —preguntó Suleiman.

—Con los talibanes por todas partes, incluso en Kabul, debe de ser bastante fácil hacerles llegar un mensaje, ¿no?

Suleiman me miró como si calculara algo antes de asumir de nuevo su papel como guía. Señaló otras casas, que antes pertenecían a los talibanes pero que habían sido adquiridas por occidentales porque se había disparado su valor en el mercado, y entre los compradores se contaban las misiones diplomáticas y su personal, cuyas adquisiciones inmobiliarias habían multiplicado la financiación de los talibanes. En 2002, la propiedad inmobiliaria era floreciente, incluso en Kabul, como en el resto del mundo.

—En Wall Street hay un dicho —comenté—: cuando la sangre corre por las calles, compra inmuebles.

—Me gusta la frase. Sí, es totalmente acertada. Ahora todos esos extranjeros tienen propiedades aquí y tienen un doble motivo para querer que la ISAF siga presente. Se trata de eso, ¿no? Romper los huevos para hacer una tortilla.

Miré al chófer.

—¿Qué pasa?, ¿no cree que él esté de acuerdo? —preguntó Suleiman—. En todo caso, ¿qué importa lo que yo opine? No soy una amenaza para nadie. Ya ve. carezco de poder.

—Pero usted es el número dos del AfDARI —dije.

—Bueno, ya hablaremos del AfDARI —respondió mirando al chófer, cuyos ojos centellearon desde el retrovisor.

3

EL PUNTO DE PARTIDA O LA CASA DEL DUELO

En 1971, el estado de Bengala, por entonces oficialmente denominado Pakistán Oriental, declaró su independencia como Bangladés; Pakistán Occidental mandó tropas para sofocar la rebelión. Hasta la intervención armada de India en diciembre de 1971, las tropas paquistaníes libraron una guerra con los bengalíes. Los cálculos aproximados refieren tres millones de muertos, diez millones de refugiados desplazados a India, el número de mujeres violadas superó las 200.000 y los embarazos resultantes los 25.000.

—DOROTHY Q. THOMAS y REGAN E. RALPH,
«Rape in War: Challenging the Tradition of Impunity»

Nosotros, los americanos, estamos al tanto de lo que está sucediendo en Camboya y Vietnam del Sur porque este país tiene grandes intereses en ellos. Pero Bangladés es un caso distinto. No hay implicación ni compromiso americanos allí, nada que aborde las necesidades de esa nación joven y empobrecida. Y por eso, el recuerdo de lo que sucedió allí puede que se esté diluyendo ya en muchos de nosotros. Pero lo acontecido nunca lo olvidará el pueblo de Bangladés, sobre todo las mujeres...

—GARRICK UTLEY,
NBC News, febrero de 1972

Así empezó la exposición de Zafar de los sucesos en Afganistán, y aunque yo no podía haber imaginado adonde iría a parar en última instancia, sí me había quedado claro que tenía una historia que contar, una revelación por partes. Ahí estaban las digresiones, los rodeos, los análisis minuciosos vías reflexiones generales, todas desviaciones de un argumento central. Estoy convencido de que nada en su relato estaba fuera de lugar, nada sobraba, aunque a veces pareciera incompleto u oscuro. Si me deja la sensación de ser manipulado, también me da la impresión de que había un método y, detrás de éste, una intención.

No negaré que ya he alterado su narración, no los detalles de cada episodio, en absoluto, ni tampoco el orden en que sucedieron las cosas, sino el orden en el que él las relató. Aunque pretendo conservar el sentido de su estructura e intención, no puedo evitar el preguntarme si el orden que dio el propio Zafar a su exposición, que empezó remontándose tan atrás, con un viaje de la infancia, y que dejó el inicio de la historia de Afganistán para mucho más adelante, estaría de hecho movido por un deseo —un deseo invisible, como habría dicho él—, el deseo de posponer el tratamiento de la cuestión de Kabul y todo lo que conllevaba. Aunque, en ese sentido, supongo que también podría afirmarse que yo adelanto la historia afgana de Zafar para postergar las cosas que yo mismo temo encarar.

Si compusiera una biografía normal, seguiría un orden cronológico, abordando al sujeto desde el primer recuerdo hasta concluir en su final documentado. Además, si escribiera sobre alguien famoso o siquiera meramente conocido, alguien con una posición destacada en algún sentido, un gran compositor alemán, por ejemplo, podría argumentar, con razón, recurriendo al mero recordatorio de la importancia del sujeto en su campo, que estaba liberado de toda obligación de explicar mis motivos para emprender un estudio del mismo.

Cualquiera que me conociera hace una década —y también hace un año— no me habría tomado por un filósofo. Y aunque ahora tampoco es que sea Sócrates, mi mente deriva hacia las grandes cuestiones de la vida y su sentido cuando intento plantearme qué es lo que me mueve con la suficiente fuerza para asumir la tarea de escribir estas líneas, esta cosa, algo que ya promete ocupar una considerable porción de mi tiempo y que, en su momento, me exigirá no retirarme cuando la retirada forma manifiestamente parte de mi

personalidad.

Los héroes, del tipo que sea, ellos son el material de la biografía. Pero no digo nada nuevo si afirmo que nuestro interés por las vidas de los héroes no se debe tan sólo al impacto que tuvieron en la historia sino también, en un sentido más personal, a que tenemos la esperanza de aprender algo que nos sirva a nosotros mismos. ¿Qué es la vida buena?, ¿cómo vivir? Esta antigua pregunta de la filosofía puede ser académica para un hombre sólo hasta el día que se le presenta de la siguiente forma: ¿cómo voy a vivir *yol*? Afirmar que no merece la pena vivir una vida que no se pregunta por sí misma es, en mi opinión, llevar las cosas un poco demasiado lejos. Sin embargo, lo que ahora sé es que una vida que no se ha examinado puede hacer que algunos caigan en una especie de desilusión casi incurable de la que resulta difícil salir. Zafar diría que nadie es el autor de su propia vida. Puede que tenga razón. Pero aunque yo haya pensado de otro modo, ahora estoy convencido de que, para algunos de nosotros, es esencial mantener intacta la ilusión de que esa autoría es posible. Eso implica una vida heroica. El cómo se viva, con grandeza o trivialmente, es otra cosa, pero debe tratarse de una vida puesta a prueba, llevada al límite y cumplida. Yo nunca he vivido una vida así.

Con todo, seamos claros. Zafar no es un objeto natural para una biografía y, en última instancia, la razón de mi iniciativa actual no se basa en una investigación biográfica al uso. Más bien, su razón se encuentra en la relación íntima y privada entre dos personas, de manera que el ámbito sobre el que su vida tuvo importancia e impacto, el ámbito que ahora atrae mi interés es, egocéntrico que es uno, el de mi propio yo. Esa conclusión parece inevitable, más aún cuando se enfrenta a la pregunta: ¿hasta qué punto se siente uno responsable de las consecuencias de un acto?

Hay un viejo chiste sobre la culpa: los católicos creen que Dios inventó la culpa para ellos, pero los judíos sostienen que son ellos los que la merecen. La culpa es un rasgo de la teología católica y es una especie de piedra de toque para el humor judío. Pero, por lo que yo sé, la culpa no tiene la misma importancia en el islam que en el judeocristianismo, y ciertamente no forma parte de los rasgos que definían a mi familia cuando yo crecía. No había arrepentimiento semanal de los pecados.

No tengo ningún sentimiento de culpabilidad por lo que hice en las finanzas. No caben muchas dudas de que la crisis financiera se transformará en

crisis económica y es probable que siga una recesión. La gente perderá sus casas, sus empleos. Pero díganme cómo voy a sentirme culpable por hacer algo que no sólo era legal sino que estaba activamente fomentado por los gobiernos de todas partes. Nunca vendí hipotecas a compradores de casas; compraba grandes cantidades de ellas a bancos comerciales, distribuía los paquetes en lotes que luego se vendían a sociedades de inversión, y todo eso se hacía legalmente y sin siquiera una mirada suspicaz de los reguladores. Si debo sentirme culpable, es probablemente por algo que no debería haber hecho, cuando sabía que no debía hacerlo, y cuando ese algo ha acabado dañando a otros. Pero, incluso en ese caso, ¿cómo voy a ser responsable de todas las consecuencias?

La analogía con la biografía es pertinente, no tanto por el sujeto cuanto por el proceso. Hay algo parecido a un archivo del que extraigo la información. Están mis propios recuerdos de conversaciones y sucesos, y luego están las grabaciones que hice yo mismo de mis charlas con él. Pero también hay algo más personal. Una mañana, al bajar a desayunar, encontré una bolsa de plástico en la mesa de la cocina llena de ellos, por docenas: cuadernos de todas clases, encuadernados en cuero o tela, o pegados, la mayoría no más gruesos que un talonario de cheques, todos lo bastante pequeños para caber en el bolsillo de una chaqueta o de unos pantalones *cargo*. Estaban numerados, aunque no con el mismo utensilio de escritura, algunos con lápiz y otros con bolígrafo azul o negro. Los llevé al estudio, donde empecé a leerlos despacio. Despacio, digo, porque no eran fáciles de leer. Se trataba de textos densos, no simples recopilaciones de sucesos sino también el registro de ideas, pensamientos y lecturas, fragmentos de libros y notas a esos fragmentos. Al volver sobre ellos, una y otra vez, encontré descripciones de incidentes que entrelazaban las ideas, relacionando una idea con otra. Asombrosamente, sólo había frases bien construidas y completas, ninguna suelta, ni garabatos, ni tachaduras.

Había asimilado más de ellos de lo que era consciente en aquel momento, su contenido y su forma se fundían tan bien que su influencia en mí y lector, mucho después de que los hubiera dejado, consistía en dirigirme hacia su tema principal y, además, condicionar mi pensamiento para que buscara el tipo de preguntas que había planteado el propio Zafar. Son lecciones, pero nada en ellas delata la menor intención de que se consideren como tales, a no ser que

se tratara de lecciones para sí mismo. En especial, sus cuadernos contienen ciertos largos pasajes independientes, y, al buscar la forma de definirlos, me veo remitido al diccionario, donde se me recuerda que la palabra *ensayo* connota en inglés otras como *esfuerzo* y *tentativa*, y por tanto aquí resulta perfectamente oportuno considerar que estamos ante uno de esos ensayos, en este caso sobre el tema de la influencia de un escritor sobre otro, que empieza con una observación que Zafar hizo evidentemente mientras leía una entrevista con una escritora. Mi amigo observa que cuando se le pregunta a una escritora cuáles son los autores que más le han influido, en realidad suele responder a otra pregunta: ¿cuáles son sus autores favoritos? (Zafar se refería en el texto siempre a una escritora.! La pregunta general implícita es: ¿cuáles o de quién son los libros a los que más se parece su obra? La respuesta de la escritora se limita por descontado a las influencias que ella misma percibe, pero hay problemas en la forma en que se mide o se entiende la influencia de por sí. La imitación o las similitudes en el estilo o incluso el contenido pueden ser la forma en que un lector percibe esa influencia, pero esos detalles puede que no capten la mayor influencia que un escritor ejerce sobre otro. Cuando Dick Fosbury ideó su salto, el Fosbury *flop*, no imitaba a nadie. Hasta entonces, un saltador de altura no habría sobrevivido a un salto a lo Fosbury porque todavía no había zonas de caída blandas elevadas y un salto así habría acabado con un cuello roto. La influencia de los saltadores de altura previos sobre Fosbury no puede rastrearse en la imitación de éste del salto de nadie. Zafar sostiene que la mayor influencia en una escritora puede encontrarse en sus inclinaciones psíquicas como escritora. Leer a Philip Roth, escribe Zafar, puede liberarte de inhibiciones que te impedían escribir sobre un deseo desatado, sobre las tentaciones del poder y la inmanencia de la rabia, o leer a Naipaul puede convencerte de aprovecharte del ego que quiere ser amado, arrastrarlo fuera de ti, ponerlo contra la pared y fusilarlo. Un escritor puede cambiar el yo que escribe de otro. Esas influencias es posible que sean más difíciles de medir, pero sin duda tienen mucha mayor repercusión y, en opinión de Zafar, son mucho más interesantes.

La licencia que me tomo para ordenar su relato según mi propio criterio me la concedió indirectamente el propio Zafar. En sus cuadernos, en un fragmento en que reflexiona sobre las narraciones que imponemos a nuestras vidas, escribe que cuando los antiguos veían grupos de estrellas en el cielo,

las unían dándoles un orden que evocaba una forma que ya reconocían, algo que tenía un significado para ellos, y en esa configuración leían propiedades de la noche celeste. Nuestros recuerdos no nos visitan cronológicamente, y el relato que formamos uniendo esos recuerdos implica elecciones que tienen el fin de configurar un todo y encontrar una pauta.

Es posible, por tanto, que escriba con una vaga aspiración de que el proceso sirva para iluminarme sobre mi propio yo. una especie de escucha a escondidas de uno mismo, una escucha al modo que Zafar habría pretendido, como si escribir fuera la manifestación de una esperanza de alcanzarse a uno mismo en medio de todo lo que nos rodea. Pero incluso al hacer esta observación ya estoy cediendo a mi propensión a adelantarme a los acontecimientos, porque sólo más tarde, sólo después de revisarlo todo, incluidas mis conversaciones con Zafar y algunas conversaciones con mi padre —buena parte de las cuales sin duda acabarán en estas páginas—, me he sentido movido a emprender la actual tarea.

Lo anterior, esta pequeña reflexión propia, se ha hinchado en exceso y aun así creo que sólo es el principio de algo, algo más breve, espero. Lo que digo es que mi amigo ha ejercido una gran influencia sobre mí. en mi pensamiento y por tanto en la página, una influencia cuya importancia, creo, podría aumentar aún más.

Entonces, ¿dónde empezó Zafar sino en Kabul? Su relato se iniciaba tratando de algo muy anterior, otro viaje, de su infancia, un terrorífico viaje en tren de vuelta a Sylhet, la región de Bangladés donde nació. El relato de mi amigo empezaba en las mismas raíces — eso sí lo entiendo— de lo que iba a suceder mucho más tarde.

Mi infancia, dijo Zafar, había estado salpicada de pequeñas señales, que sólo percibí tenuemente sin llegar a entenderlas, que indicaban que las personas a las que llamaba madre y padre no eran mis progenitores biológicos. Siempre he tenido la sensación de que en el abismo emocional que mediaba entre mis padres y yo había algún significado, pero durante un tiempo quedó fuera de mi alcance un concepto más elaborado que diera cuenta del mismo. Llegué a creer que la sensación tenía algo que ver con el enorme salto cultural y social que yo había dado en una sola generación, alejándome de la vida de mi padre: la de un campesino en su juventud, luego cobrador de autobuses en Londres y más tarde camarero. Yo me había apartado de esa vida

sin tener que tomar demasiadas decisiones para entrar en la mía propia, una que estaba soltando lastre y se abría a posibilidades inimaginables, va incluso en mi infancia.

Al desprenderme por mi cuenta del orden dado de las cosas, me metí en algo antinatural y subversivo, no sólo contra mis padres sino también contra las expectativas del mundo, que eran tan obvias para mi como las pistas que dejaban los adultos para que fueran descifradas. Ví a una madre que se tomaba la molestia de hablar con mi profesora, la señorita Turner, cuando iba a recoger a su hijo de ojos azules al final de la jornada escolar. Las dos mujeres podían estar riéndose de cualquier cosa, o la señorita Turner tal vez preguntara cómo iban las clases de piano del chico. Y luego, el día siguiente, cuando la señorita Turner hablaba con el niño en el aula, yo percibía en su voz la sutil nota de deferencia que me aclaraba todo lo que necesitaba saber sobre el mundo y sus expectativas.

Encontraba consuelo en las matemáticas, que me estimulaban la mente, hurtaban en ella y la vaciaban de todo. Captaba atisbos de una especie de verdad. Recuerdo la primera vez que me enfrenté a una división larga, que se presentaba en un libro como un simple proceso: algo que hacer, aunque no se entendiera. Pero yo no dejaba de preguntarme por qué funcionaba. Damos mucho por sentado, mucho de lo que nos dan los demás, y se nos dice que hagamos lo que se nos manda, y nosotros lo aceptamos. Y debe ser así. Carezco del tiempo o, ya puestos, de la inclinación para comprobar que la tierra sea básicamente esférica, pero cuando veo la curvatura del horizonte desde un avión, creo que he visto algo que es coherente con lo que se me ha contado como verdad, que el planeta es curvo como una pelota. Pero ¿cómo podemos saber que aceptamos algo que no deberíamos sin saber el porqué? En las matemáticas, el porqué lo es todo. ¿Cómo, o mejor, por qué, el proceso mecánico de la división larga funciona calculando cuántas veces contiene un número a otro, resolviendo el resto y luego lo que te llevas?, ¿por qué creía alguien que siempre funcionaría? ¿qué estaba pasando?

De camino a la escuela una mañana gris, tuve una revelación: la idea de una base numérica. La idea nunca se manifestó con esas palabras, y sólo más adelante supe que había otras bases como los binarios y hexadecimales. Entiendo la relación, pero lo que se me escapa todavía es cómo la mente puede hacer el viaje, cómo recorre el trayecto entre dos ideas; lo que no

entiendo es cómo la contemplación de una división larga llevó al órgano del cráneo a una comprensión de las bases numéricas. Entendía que si sumamos, restamos, multiplicamos y dividimos números, nos apoyamos en una base diez para representarlos, pero esta base es completamente arbitraria, la elegimos nosotros por entero. A los números no les importa.

Ese era el tipo de pensamiento al que me dedicaba desde niño y, por entonces, veía en esa propensión de mi mente la raíz de todas las tensiones entre mis padres y yo. Durante largo tiempo sentí, que es tanto como decir que lo pensé conscientemente, que nuestras dificultades eran obra mía. culpa mía, que había causado a mis padres un pesar que justificaría el trato que me daban, la violencia, Ahora sé, claro, que el inculparse a uno mismo es una reacción bastante frecuente entre los niños que viven circunstancias como las mías.

Para la mayoría de la gente llega un día, creo, en que ven a sus padres a través del mismo prisma con el que miran a los demás, como seres humanos que están solos y en su mundo, con sus propias aspiraciones vitales y con todos los defectos que desnudan las esperanzas frustradas. Esa epifanía puede producirse en un instante, en una fracción de segundo, en el que todo se condensa y se despliega a la vez, Cuando llega podría, supongo, resultar turbador, como si el cielo se levantara por fin el velo. Recuerdo lo que enseña el islam: que el día del juicio no se reconoce ningún lazo familiar y que cada uno de nosotros se presenta solo ante el creador, con lo que haya hecho.

Un momento así que recuerdo, aunque no fue el primero, lo viví el día que me enteré de que tenía plaza en la universidad.

Durante la semana anterior a esa fecha, la señora Fraenkel me dio una palmada en el hombro cuando me la crucé en el bullicioso pasillo de la escuela. La señora Fraenkel era una profesora de historia cuyo aspecto físico justificaba una pausa. Siempre parecía asfixiada por el mismo suéter de lana gris y marrón, con su cabello malva ahuecado como un nido abandonado y tan reseco que podía prenderse en llamas en cualquier momento. Su dentadura descuidada, como un bocado de cigarrillos rotos, le privaba de la desenvoltura para esbozar una sonrisa que se prolongara más que un instante.

De hecho, nunca me dio clases, pero, dado que los candidatos a entrar en Oxford eran una rareza en mi instituto, le debió de llegar el rumor de mi solicitud en la sala de profesores. Mientras los alumnos desfilaban de camino a sus aulas, la señora Fraenkel, cuyos dedos y rostro conservaban restos de

tiza, me preguntó cómo pensaba ir a la entrevista en Oxford. Podía aprovechar y que me llevara una familia de amigos suyos, me sugirió, y me explicó que el hijo de sus amigos, alumno de una escuela cuyo nombre no me decía nada, también optaba a la entrada en Oxford. Más tarde supe que la señora Fraenkel se pluriempleaba como profesora privada, y supe que era así como había conocido a la familia en cuestión.

—Él chico es bastante inteligente, pero no juega en tu liga —dijo.

Tal vez ése era el comentario más amable que alguien podía hacerme, previendo, como ahora creo que hizo la señora Fraenkel. La angustia que sentiría al reunirme con esa gente imponente. Es el tipo de comentario que debe hacerse aunque no creas que sea cierto. Por entonces, yo no sabía nada de lo que he acabado sabiendo sobre las clases altas, que me parecían o bien gordos con pelucas polvorientas, medio yacentes o montados sobre algún desgraciado caballo, en pinturas con marcos dorados, o bien tipos delgados que recoman sigilosamente el globo, saqueaban y descubrían fuentes de ríos que hacía mucho ya eran conocidas por gente que no contaba para nada. Con esas ideas en la cabeza, resultaba sencillo desdeñarlos. Pero las clases medias —es decir, los intelectuales, los escritores, profesores, médicos y abogados, y todos aquellos cuyo trabajo está vinculado a la transmisión de palabras, escritas o habladas, pero sólo después de años de estudio— me intimidaban por el poder concreto que ostentaban. Parecían mantener una relación natural y prefijada con lo que yo amaba, el mundo en el que me sentía seguro, el de la imaginación, de los libros y las ideas. Cuando miraba con atención a las personas que estaban en la biblioteca pública, ninguna de ellas se ajustaba a mi imagen de la élite intelectual, que nunca iba a la biblioteca sino que tenía, creía yo, infinitas estanterías llenas de libros en su casa.

A las siete de la mañana del día de mi entrevista, hice un trayecto de una hora en autobús desde Willesden Green a High Street Kensington. En el lugar acordado, me recogió el amigo de la señora Fraenkel. Dentro del coche, en el asiento del conductor, iba una mujer de mediana edad que me habló con fuerte acento francés. Olí el perfume. Su cabello corto seguía la línea de su cuello blanco, un collar de perlas se extendía por encima del cuello de su blusa, y los dedos esbeltos de una mano sostenían el volante mientras los de la otra reposaban sobre su muslo, con las puntas justo por debajo de la línea de su falda. No recuerdo cómo se llamaba. En el asiento a su lado iba su hijo,

Laurent, me habían dicho. Al entrar, Laurent volvió la cabeza hacia mí, me lanzó una sonrisa confiada y encantadora, Y reanudó la conversación con su madre. El coche parecía desplazarse sin hacer ningún ruido, como mercurio sobre acero, pero lo que recuerdo con más viveza es que pude cruzar las piernas.

No tenía gran cosa que decir a aquella gente, y ellos parecían muy ocupados hablando de los preparativos de la futura instrucción de Laurent. Me informaron de que no sólo le gustaba la esgrima sino que era «esgrimista». Al salir de las afueras de Londres, me perdí en el libro que había llevado conmigo, el primer volumen de *Mechanisms in Modern Engineering Designs* de Iván Artoholevsky, traducido del ruso al inglés en 1975. Unos años antes me había topado con el volumen en una diminuta librería de segunda mano en Marylebone al precio de dos botellas de leche. Era una delicia absoluta, un compendio de diseños de mecanismos de palanca con páginas y más páginas de preciosos diagramas. El anciano librero, que en mi imaginación era el mismo Ezra Cohén cuyo nombre estaba grabado en el escaparate, me explicó que el libro había sido distribuido por la Unión Soviética en todo el tercer mundo, a precios rebajados como parte de sus esfuerzos de propaganda. Cuando le manifesté mi sorpresa por lo bien informado que estaba, el señor Cohén se encogió de hombros. Soy un viejo socialista y me gustan los libros, dijo.

Un viejo socialista que mencionaba la política de propaganda rusa, incluido este ejemplo, una colección de diagramas de ingeniería y mecánica para la construcción de puentes y máquinas para elevar cauces de agua e irrigar la tierra. No me quedé a hablar con el señor Cohén porque ya estaba temiendo la vuelta a casa con un libro en lugar de dos botellas de leche, y además escrito originalmente en ruso, con símbolos y diagramas.

Desde entonces me he imaginado una conversación en la que yo permanecía en silencio y escuchaba al señor Cohén, con todos aquellos libros a su alrededor, hablándome, no sobre la construcción de puentes, no sobre la ruptura de las cadenas que sujetan a los pobres, sino explicándome lo que ahora he acabado comprendiendo: que la idea es la cosa y que las palabras no pueden hacer más.

Después de la entrevista, decidí concederme un momento antes de volver junto a Laurent y su madre, y fui a dar un paseo por Oxford, alrededor de la

Cámara Radcliffe (dos vueltas), bajo el Puente de los Suspiros, hasta el Parque de los Ciervos del Magdalen College. Todo era tal y como yo lo había visto en los libros de la biblioteca pública que había cerca de mi casa en Londres, aunque ahora un futuro en Oxford era algo más que una vana ilusión. Pero había algo nuevo e inesperado.

Mientras caminaba por las calles, un pensamiento me volvía una y otra vez a la cabeza. Un pensamiento que me cogía desprevenido, abalanzándose hacia mi desde detrás de las paredes y por las esquinas, como un bromista; un pensamiento que me siguió por la ciudad al recorrer sus calles adoquinadas y pasar junto a sus paredes de arenisca: nunca más sería pobre.

Era a principios de diciembre, y a media tarde la luz ya se difuminaba. Volví al Eastgate Hotel, donde la madre de Laurent se había instalado para pasar el día. Cuando llegué, ella y Laurent tomaban el té junto a la chimenea en el salón del hotel.

—¿Cómo ha ido? —me preguntó ella mientras Laurent daba un bocado a un panecillo.

—Me han dado plaza —dije.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Laurent con la boca llena de bollo. Su madre le clavó una mirada penetrante.

—Creo que la universidad me ha ofrecido una plaza —dije.

—No —dijo Laurent—, no te lo comunican hasta más adelante, por correo, Primero haces el examen de ingreso, que tú harías el mes pasado, ¿no?

—Sí —respondí.

—Luego te hacen una entrevista y después te informan por carta.

—Una de las profesoras asociadas, de *las fellows*, se llaman así, *fellows*, ¿no?

—Sí.

—Una de *las fellows* dijo que esperaban verme el próximo otoño.

—¿Qué fue exactamente lo que dijo el *fellow*? —preguntó Laurent.

—Bueno, ella, que era una mujer, dijo que les complacía informarme de que tenía una plaza para estudiar matemáticas en el *college* y que esperaban que la aceptara, y verme el próximo otoño.

Siguió entonces un incómodo silencio, a medida que iban asimilando la información. Ahora no soy ya tan ingenuo, y hasta es posible que tampoco lo

fuera entonces, como para no ver su incredulidad, aunque en aquel momento hasta a mí mismo me costaba creérmelo cuando me oí decirlo.

—Debes sentirte exultante —dijo la madre de Laurent.

—Estoy contento —dije— pero sobre todo estoy hambriento.

No estaba seguro de llevar encima la suficiente calderilla para comprar nada que comer en ese hotel caro.

Cuando volví a Londres avanzada la tarde, mi padre abrió la puerta. Era un martes, el único día de descanso que tenía como camarero. De niño, los martes yo volvía a casa andando con la idea de que mi padre estaría allí y yo probablemente haría algo que le enfadaría. Entrado ya en la madurez, he sentido una angustia recurrente los martes, que no menguó con el paso del tiempo hasta estos últimos años, cuando salí de los ciclos pautados del mundo laboral de manera que un día se solapaba con el siguiente, los fines de semana dejaron de enmarcar la semana y todos los días se tomaron anónimos.

En la puerta, mi padre no dijo nada sobre la entrevista. Por entonces pensé que tal vez simplemente se había olvidado o que no había entendido cuánto se jugaba en ella. En la cocina, mi madre estaba picando hojas de cilantro mientras tintineaba la tapa sobre la sartén con arroz, dejando escapar vaharadas de vapor. Me preguntó cómo había ido la entrevista, a lo que respondí que la universidad me había ofrecido una plaza para estudiar. Ella sonrió y con un giro idiomático que nunca he olvidado, y cuya traducción al inglés creo que conserva perfectamente el sentido, dijo: Muy bien. Eso me justificará a ojos del resto de la familia. Percibí que detrás de ese comentario subyacía una larga historia, una historia que yo ya sospechaba que mi mente no estaba preparada para oír sin pagar un precio. Mi padre se limitó a decir: Eso está muy bien, ¿has comido?

Me sorprendió entonces que mi padre no hubiera olvidado la entrevista y que tal vez sí fuera consciente— de su importancia, y que posiblemente por eso, en la puerta de entrada, no pudo reunir el valor para preguntarme sobre cómo me había ido.

No sé si fue simplemente el hecho de escuchar de nuevo a Zafar después de todos esos años, pero debo confesar que su voz y su forma de hablar me sonaban hermosos. Leer sus cuadernos y revisar las grabaciones ha sido un placer que, de vez en cuando, ha llegado a sumirme en un estado de hipnótico sosiego, a pesar de saberlo que acabó pasando y que todo iba trazando

espirales hacia la violencia, Al escribir este texto, no puedo negar que mi propia lengua, sobre la página, respira, en muchos lugares, al ritmo de la suya, como —y no me molesta reconocerlo— la sincronía de movimientos y la imitación especular de las posturas de las parejas. Zafar hablaba con frases equilibradas, patentemente elaboradas, tanto que a veces incluso sonaban ensayadas, aunque eso no debe considerarse una crítica, teniendo en cuenta que seguramente se había pasado la mayor parte de su vida reflexionando sobre las cuestiones que exponía.

A veces, la estructura de su habla delataba una sensibilidad sudasiática, como si hubiera aprendido gramática inglesa de manuales Victorianos. No había motivos para pensar que su dominio del inglés no fuera fluido. Pero siempre creí que podía detectar una esporádica inflexión díscola en el acento y, además, notaba, en la construcción de sus frases —la ocasional caída en lo demasiado rebuscado, tal vez—, que el inglés era su segunda lengua, aunque estoy seguro de que había dejado de usar hacía mucho la lengua de su infancia, el sylheti, un idioma emparentado con el asamés y el bengalí aunque con su propia escritura, según me dijo.

Recuerdo que en la universidad le pregunté si el sylheti era una lengua distinta o sólo un dialecto del bengalí. Max Weinreich, el lingüista de yidis, cuando escribió sobre la diferencia entre una y otro, afirmó que un idioma era un dialecto con un ejército y una marina, me respondió Zafar, Pero no tiene razón: he descubierto que, en realidad, el propio Weinreich atribuye el comentario a uno de sus estudiantes. Sin embargo, no he sido capaz de encontrar el origen de algo que mi amigo me dijo más tarde, al final de esa misma conversación, cuando nos separamos. Un exiliado, dijo Zafar, es un refugiado con una biblioteca.

Mi busca de citas en internet y en libros no dio ningún resultado. Me gusta creer que fue una observación propia de Zafar, no tanto porque ofrezca una perspectiva incisiva — como muchas citas, provoca, pero no satisface, aunque con eso basta—, sino porque las palabras podrían aplicársele perfectamente a él mismo. Zafar era un exiliado, un refugiado, si no a causa de una guerra, sí de la guerra, pero también por la sangre. Se vio empujado, creo, a buscar un hogar en el mundo de los libros, un mundo poblado de ideas, cuya compañía se ofrece gratis y limpia y con la promesa de que las preguntas no quedarán mucho tiempo sin respuesta o serán reemplazadas por mejores preguntas.

—Ésa no era la primera vez —le dije a Zafar—, Dijiste que no era la primera vez que veías a tus padres como individuos, personas con sus propias esperanzas individuales.

—No, claro que no lo era —dijo Zafar.

Le serví más café. Dio un sorbo, dejó la taza y reanudó su relato.

La primera vez, dijo, fue unos años antes, cuando todavía no me habían mandado de vuelta a Bangladés. Los sábados mi padre iba a trabajar a la una de la tarde, no como los demás días, cuando entraba a las nueve. El Gobernador, que era como mi padre llamaba siempre al dueño, reconocía el trabajo extra que tenía el personal los sábados. El restaurante, en el centro del West End londinense, permanecía abierto hasta mucho más tarde él sábado, hasta la madrugada del domingo de hecho, para servir a los que iban a los clubes y a los pubs, que entraban tambaleándose a tomarse un curry.

Los sábados por la mañana, prosiguió Zafar, mi padre y yo teníamos por costumbre acercarnos a la biblioteca. De camino, él compraba el *Daily Mirror* y el *Sun*, que se leía en la biblioteca infantil mientras yo hojeaba los libros. Muchos bibliotecarios de aquella época se negaban a tener algunos diarios porque las chicas que aparecían en la Página 3 infringían, por así decirlo, las normas de vestimenta de la biblioteca.

Yo sacaba mi pequeño cuaderno y buscaba las cosas que había anotado en él durante la semana. Buscaba las palabras que me había encontrado y desconocía porque habían desbordado a mi desgastado diccionario Collins. un pequeño volumen que no abultaba más que la palma de mi mano; echaba un vistazo a las estanterías y escogía otro montón de libros que llevarme a casa. A veces, mis peticiones mandaban a los bibliotecarios a buscar libros de la sección de adultos, una sala grande y separada al otro lado del vestíbulo de entrada. Mi padre se sentaba y leía en silencio mientras todo eso sucedía a su alrededor. Guardo recuerdos felices de esas horas, Pero las cosas cambiaron un día que iba a ser el último en que fuimos andando juntos a la biblioteca.

En la mesa del vestíbulo, devolví los libros que había acabado de leer la semana anterior. La bibliotecaria siempre pronunciaba mal mi nombre y decía Zaf-far, en lugar de Zaf-far. Yo no la corregí la primera vez porque ya le estaba bastante agradecido sólo porque recordara mi nombre. Después de eso, claro, fue imposible señalarle el error.

Ella dijo: hola, Zaf-far y yo la saludé, pero entonces, al volverme hacia la

biblioteca infantil se me ocurrió una idea, sin previo aviso. En aquel momento tenía nueve años.

Pensé que debía entrar en la biblioteca de adultos, no en la infantil. Aunque la prohibición de la entrada a menores de dieciséis parecía cumplirse a rajatabla en aquella biblioteca —tal vez en todas las bibliotecas públicas de aquellos tiempos—, algo me dijo que el personal no me lo impediría. No me malinterpretes. Me he topado con antiintelectuales en los lugares más insospechados, gente que inesperadamente se pone como loca ante el menor tufillo de ambición, algunos porque no pueden soportar a un negrata pedante, por así decirlo, y otros porque el amor ajeno al conocimiento les duele visiblemente. Y en Gran Bretaña por entonces, claro, saber qué posición te correspondía era algo que exigían no sólo las clases altas sino todas las clases. Aun así, yo estaba convencido de que aquella bibliotecaria no me detendría. Creo que mi padre ya había percibido que se estaba preparando algo. Como era de esperar, no buscó mi mirada. Más tarde, cada vez que pensé en la razón por la que me enviaron de vuelta a Bangladés, recordaba ese momento, por más que no pudiera encontrar una relación directa.

—Creo que hoy iré a la otra biblioteca —dije—. Necesito buscar una cosa.

Todo ocurrió despacio. Mi padre no levantó la vista del suelo.

—Bueno, ven a buscarme cuando hayas acabado —dijo él.

Se dio la vuelta y lo vi entrar en la biblioteca infantil con los dos diarios enrollados, metidos bajo el brazo, con la cabeza gacha. Vi a un hombre que podría haber pensado que su vida era poca cosa, no mucho más que un puñado de hábitos que pautaban el tiempo de su estancia en la tierra. Si había emoción en el heroísmo solitario de un trabajador, él no la conocía. He pensado que mi padre creía que no tenía derecho a su rabia contra las desigualdades de la vida, dado que su vida era la envidia de muchos de los que había dejado en Bengala. Ahora sé que también cargaba con un enorme sentimiento de culpa por haber sobrevivido a las atrocidades de la guerra de 1971. Pero aquel sábado por la mañana, mientras él entraba en la biblioteca infantil, creo que sentí que se le rompía el corazón. Ver cerrarse una puerta que no puede volverse a abrir jamás es más que suficiente, estoy seguro, para romper cualquier corazón.

Zafar se había quedado en silencio y me pareció ver tristeza en su rostro,

pero pensé que también era probable que se tratara de una reacción exclusivamente mía, al proyectar en él mi propia tristeza, como dirían los psicoterapeutas. Me cuesta imaginar todo eso, pues las circunstancias de la vida de Zafar son muy distintas a mis propias experiencias, pero tal vez el anhelo de sentir la certidumbre del amor de los propios padres no se atenúa con el tiempo.

Algo de lo que dijo me suscitó una duda. Zafar se había referido en dos ocasiones a que lo habían enviado de vuelta a Bangladés, poco después de su duodécimo cumpleaños, y me preguntaba si había mencionado el detalle para dar paso al tema, tal vez para que yo le hiciera alguna pregunta al respecto.

En la universidad y durante los años que se prolongó nuestra amistad hasta su desaparición, nunca reuní el valor de preguntarle directamente sobre su familia o su infancia. A decir verdad, ni siquiera hablamos nunca de aquel día en que sus padres fueron a Oxford. No se trataba de que no me interesara mucho, más bien al contrario, mi interés había crecido con los años. De hecho, tiendo a pensar que uno de los rasgos de una amistad en desarrollo es que los desvelos de uno se remontan cada vez más atrás en el tiempo y con más profundidad y no se da por satisfecho con preguntar simplemente cómo le va a su amigo sino que siente interés e inquietud por todas las cosas y toda la gente, por el lugar de trabajo, el amor y la familia, que ejercen o han ejercido alguna influencia sobre la vida de la persona por la que uno se preocupa cada vez más. Yo nunca le pregunté cómo estaban sus padres ni cómo les iba. por más que él me preguntara sobre los míos muchas veces.

Había una barrera invisible en medio, y era Zafar el que la había levantado. No sé cuándo surgió, pero ya estaba allí en la universidad, erigida al amparo de la oscuridad. Él nunca daba información sobre su familia, y tal vez esa ausencia absoluta había levantado ese muro invisible. Incluso cuando yo todavía no era consciente de que no podía preguntarle sobre su infancia, sabía que no debía hacerlo. Y aun así, ahora ahí estaba mi amigo, refiriéndose dos veces a los años en que lo habían mandado fuera.

Si ya he alterado el orden de su relato al adelantar el hilo que lleva a los sucesos de Kabul, se debe en parte a que es el punto donde finalmente desemboca la historia de Zafar. Eso sería razón suficiente, pero lo cierto es que yo mismo estoy vinculado a esos sucesos..., he estado a punto de añadir: *de formas que no podía prever.*

Pero, incluso si eso fuera verdad —el que no pudiera prever mis vínculos con los sucesos a los que él llegaría al final—, no sería *correcto*. Porque ¿cuál es el lugar de la obligación y el deber? ¿Hasta qué punto *debe* prever uno las consecuencias de sus propios actos?, ¿y hasta qué punto otras causas que se combinan con nuestros actos, y por tanto enturbian su papel, nos exoneran? Si Zafar empezó con la infancia, ¿estaba apuntando una dase de causas más amplia, el principio de todos los hilos de su relato? Siento aversión a trazar vínculos entre la infanda y el hombre adulto; cuando lo he visto casi siempre me ha parecido engañoso e interesado, por no decir una hipótesis que no sólo no se ha demostrado sino que es indemostrable. ¿Qué pretendía mi amigo?, ¿qué quería decir?

Al principio, era reacio a interferir en su narración. Pero a medida que escuchaba cómo desplegaba sus relatos de infancia, hasta llegar al tema del abismo que le separaba de su familia y del mundo que le rodeaba, me daba la impresión de que el episodio de que lo enviaran de vuelta a su país de niño era vital. Era una prueba del abismo que, antes o después, se había abierto entre sus padres y él, y, sin duda, habría ensanchado esa brecha. Me convencí de que, visto que Zafar parecía haberse atascado, yo podía darle un nuevo impulso a su narración induciéndole a volver sobre el tema. Quería saber más acerca de las razones de sus padres para mandarlo a Bangladés y de las experiencias que vivió allí, así que le pregunté: ¿por qué te enviaron de vuelta?

Cuando me miró, sentí, como me ha pasado a menudo en su compañía, que me estaba analizando, como si rastreara el contexto del que había emergido mi pregunta. Ladeó la cabeza, parpadeó y me miró los lados de la cara antes de fijar la mirada en mis ojos.

—Mis padres no eran de esos que creen que hay que darle explicaciones a sus hijos —dijo.

—Pero debieron dar alguna.

—Que sería bueno para mí, tal vez, el conocer algo de mis raíces —dijo.

—¿Qué tiene tanta gracia? —pregunté. Zafar se estaba riendo.

—Es una traducción de lo que dijeron, y la traducción permite conjeturar que tal vez había algo concreto que yo tendría que saber.

—¿Y por qué es eso gracioso?

—Porque el bengalí original no contiene tal sugerencia.

—Me parece que no te entiendo.

—Yo era un niño. No vivía en un hogar feliz. Hacer preguntas era un acto agresivo.

—Así que no sabes por qué te mandaron allá.

—Sólo mucho, mucho más adelante, cuando supe más cosas, se me ocurrió la posibilidad de que ellos habían querido que yo pasara un tiempo con alguien en concreto. Para dios, creo que mandarme a Bangladés era la mayor muestra de cariño que podían darme. ¿Quieres que te explique el viaje?

En el aeropuerto de Dacca, dijo Zafar, me recogió un tío lejano, un joven inquieto cuya cabeza brillaba por el pringue de aceite y cuyos índice y pulgar parecían permanentemente entretenidos en separar un tupido bigote. El hombre paró un *rickshaw* y regateó con el conductor mientras yo subía mi bolsa al estribo del vehículo y me encaramaba con dificultades al asiento; por entonces no era alto, mi estatura estaba por debajo de la media de un niño de doce años en Gran Bretaña, más o menos media lo que un chaval de diez. Mi nuevo tío saltó a mi lado y el tufo del aceite de mostaza de su pelo me asaltó la nariz.

Hoy, la autopista que va del aeropuerto a la ciudad se llama Airport Road. En 1981, ya se había puesto el asfalto de la Mymenisngh-Dhaka Road. pero estaba cubierta de baches donde se acumulaba el agua. Yo había llegado en el apogeo de la estación de las lluvias, y aunque las nubes se habían retirado a aquella hora, sus efectos eran bien visibles. Por todas partes, las carreteras habían sido machacadas por la subida de las aguas, e incluso los pequeños trayectos dentro de la capital eran incómodos, hasta peligrosos.

Mi tío parecía alegrarse de verme. Te has convertido en el *Londoni sahib*. me dijo, pellizcándome la camisa y la corbata. Yo me agarraba con fuerza al traqueteante *rickshaw*, convencido de que o mi bolsa o mi cuerpo acabarían expelidos de aquella caja de acero y hojalata que zarandeaba todos mis huesos. Apoyó la mano en mi rodilla mientras no paraba de parlotear entre risas incontenibles, y sus ojos se movían con visible deleite, hasta que me preguntó si mis padres habían mandado algo para él. No habían mandado nada. Quise decirle que lo sentía, pero su rostro expresó tan gráficamente la frustración de sus expectativas que me quedé sin voz. El resto del viaje transcurrió en silencio.

En la estación de tren fue a comprar un billete mientras yo esperaba en el andén. Un grupo de chicos, de mi edad aproximadamente, parecían burlarse de

un vendedor de fruta, que intentaba ahuyentarlos sin conseguirlo, como si fueran palomas.

Por delante tenía un largo viaje a través de la mitad del país. Ahora recuerdo a mis padres cuando me hicieron pasar por todo eso. los recuerdo en el aeropuerto de Heathrow despidiéndose de mí con la mano mientras yo atravesaba las puertas de embarque, sus miradas serias en las que yo buscaba una sonrisa. ¿Habrían previsto lo peligroso que sería el viaje?

Una hora más tarde, mi tío volvió, me dio el billete y no le pregunté si le habían devuelto algo de cambio del dinero que le había dado. El tren con destino a Sylhet saldría alrededor de las cuatro de la tarde, dijo, y yo sólo tenía que seguir a los demás pasajeros. Luego desapareció entre la multitud sin volverse a mirar. Al verlo desvanecerse en la muchedumbre tuve la impresión de que latida adulta consistía en eso: encuentros con gente que pasa fugazmente y quiere algo, y que yo, como todos, no soy más que un breve carneo en las vidas ajenas. El comportamiento de mi tío podía interpretarse de diferentes maneras, pero para mí estaba claro que ese hombre me había ayudado aunque yo no había hecho nada para ganarme o recompensarle la ayuda.

Esperé el tren mientras contemplaba la gente a mi alrededor. Algunos habían empezado a mirarme, para ellos era objeto de curiosidad; mi chaqueta y corbata (que no me sentaban bien ni encajaban en el escenario), mis zapatos pulidos, el cuello almidonado..., todo en mí llamaba la atención.

A las cuatro en punto, subí al tren. Cuando llegué al peldaño superior, me di la vuelta. A lo largo del andén había una masa oscilante de pelo negro como una larga ola de seda. De repente sentí los primeros estremecimientos de lo que más adelante llegaría a reconocer como afinidad, una sensación que me alarmó, la de que yo formaba parte de un grupo de personas por las razones más básicas, simples de entender para los sentidos e irracionales. Todos se parecían a mi. Pero sólo eso no era razón suficiente para la inquietud por mi parte.

Años más tarde vería una imagen similar, una masa agitada de cabezas, algunas con turbantes y otras con gorros, rodeando un Toyota Land Cruiser blanco con rótulos de las Naciones Unidas en los costados, en el centro de Kabul, en Afganistán, y me acordaría de aquel momento en la estación de Dacca.

Por ahora, estaba de camino de vuelta al lugar donde había pasado mis primeros días. Todavía conservaba vagos recuerdos de la aldea. Sentado contigo, aquí y ahora, mi indeciso amigo, no puedo recordar esas memorias en sí, apenas unas ondulaciones en la superficie de la mente de un niño pequeño, pero sí soy capaz de entender que aquellos primeros días de mi vida pusieron en marcha profundas corrientes que emergerían con los años, y que llegan incluso hasta hoy mismo, aquí y ahora. Cumplidos los doce, todavía conservaba de mis primeros años cierta idea esquemática de dónde estaban las cosas, pero sólo por sus relaciones entre sí: el estanque delante, los troncos de cocotero entrecruzados extendidos por encima, el bosque detrás de la cabaña de la cocina, el exuberante pomelo que crecía más allá del tejado de otra cabaña, un tejado de hojalata. Pero hoy sabemos que el cerebro de un niño carece de las herramientas para almacenar recuerdos duraderos, sus recuerdos no se fijan, como las huellas en barro húmedo. Y aunque algunos recuerdos se acumulan, otros se desalojan y sustituyen. A día de hoy, los recuerdos adquiridos en mi adolescencia se han sobrescrito en mis recuerdos de niño.

También quedan los cuadernos que he llevado desde la infancia. En ellos hay un registro de cosas, algunas arraigadas y otras sólo incipientes, todas ellas exhibiendo signos que centelleaban con un significado intangible, como extrañas huellas dejadas en las vestiduras de los muertos, Aquellos años en Bangladés fueron en conjunto años de tranquilidad. Sin duda, empezaron con horror y acabaron con dolor —ya llegaré a eso—, pero entre la llegada y la partida fueron años sosegados, y no hay nada que contar acerca de ellos salvo esto: la paz. un día sí y otro también, no da para recuerdos sino que se sumerge en una bruma de sensaciones de calidez, como largos veranos de juego y abundancia. Pero ¿alguien puede dudar que lo que más necesita un niño es precisamente paz y estabilidad? Si le preguntas a alguien cómo ha sido su infancia, no tienes que esperar una respuesta para saber si fue feliz, porque en el momento en que la persona cuestionada reflexiona antes de responder, su pausa demuestra que no tiene nada que decir, que sólo conserva una impresión general sin sucesos concretos, como si dijera que estuvo bien, que fue una infancia feliz. Pero a aquellos que tuvieron una infancia infeliz, sus rostros siempre los delatan. Sus rostros siempre tienen algo que decir, porque pasó algo, cosas, algo que recordar o que olvidar, aunque prefieran no hablar de

ello.

Tenia doce años y viajaba solo por un país que no era ni el mío ni tampoco extranjero para mí, un viajero cuyo mundo se movía a su alrededor. ¿Acaso no estamos, como nos dicen los libros infantiles, viajando por el espacio a miles de kilómetros por segundo, volando hacia el exterior todavía a causa de aquella primera explosión centrífuga? Mi trayecto al noreste me parecía carente de una dirección consciente, al menos, en cualquier caso, no por mi parte, de manera que, sentado en el tren, se me metió en la cabeza la idea de que mi cuerpo estaba sometido a la mediación de una energía en la tierra, transmitida a lo largo de kilómetros y kilómetros de arrozales, desde bosques y colinas desconocidos, desde pérgolas de jardines y cascadas, cuyo aliento se alzaba del verdor y la tierra roja, por lagos, estanques y un laberinto de canales. Me convencí de que ahí se ocultaba un sentido, aguardando mi regreso, un sentido al modo en que las matemáticas pueden revelar sus secretos en los lugares más impensables, cuando, por un instante, sientes como si la luz se derramara sobre todas las cosas, no porque hayas dado con una solución sino porque lo que te había desconcertado durante tanto tiempo, días o puede que sólo durante unas horas, de repente cobra sentido.

—Meena, ¿cuándo has vuelto?

Mi esposa estaba en la puerta de la cocina, alta, hermosa, con su aspecto de actriz de cine, sin el abrigo, descalza. Podía llevar un rato ahí. Le había mandado un *email* un poco antes informándola de que Zafar había aparecido apenas ella había salido para el trabajo. (Al pensarlo ahora, es perfectamente plausible que Zafar hubiera estado vigilando y esperase a que Meena se marchara antes de llamar al timbre.)

—Hola, chicos —dijo ella, sonriendo—. Por Dios bendito, ¿dónde has estado? —Recorrió la cocina a saltitos y se inclinó para darle un beso en la mejilla.

Por primera vez vi sonreír a Zafar, por primera vez desde que había aparecido esa mañana en mi puerta, hacía ya tantas horas. La mayoría de las caras se transforman al sonreír. Algunas se vuelven hermosas. Otras incluso pierden su aire amenazante, un aire que de repente se vuelve inverosímil en ellas desde el principio. Era como si se hubiera borrado de mi mente toda huella del ser humano irreconocible que se había presentado ante mi puerta, Todavía más llamativo es hasta qué extremo nuestro aprecio por una persona

se ve afectado por su sonrisa. Nos quedamos indefensos ante nosotros mismos, ante un instinto que es lo contrario del instinto de volar, como si nos hubiera anegado una inundación de endorfinas dejándonos con ganas de más, el efecto concreto de la sonrisa de Zafar, debo decirlo, consistía en hacerte cómplice de cómo estaba jugando contigo.

—He andado por aquí y por allá —respondió Zafar.

—Ser tan vago no es propio de ti, Zafar. Lo esperaría de Emily, pero no de ti. ¿Dónde fue tu última parada? En algún lugar exótico, espero.

Así era Meena, Meena, que sabía lo que quería, a veces sólo lo que quería. Yo llevaba horas, por no decir años, sentado con Zafar, escuchando cómo se iba desplegando una historia, y llega Meena y salta al décimo capítulo, directa al grano, adieta al drama, y va y saca a colación el nombre de Emily. Durante los años que hace que la conozco, una docena en los que se ha ido modelando por el rigor de la banca de inversiones —o *i-banking* como ella la llama ahora—, Meena ha pasado de ser un espíritu sensible y generoso a convertirse en un maestra en el arte de conseguir que las salidas de tono suenen simplemente a descuidos. Es como si oyera a Zafar, porque estoy seguro de que él me recordaría lo que yo mismo he dicho: el cambio de Meena se había producido en los años que llevaba casada conmigo.

—Afganistán —respondió Zafar.

—¡Qué emocionante!

Pero ya incluso mientras lo decía, algo en su voz delataba que la respuesta no la había sorprendido en absoluto.

—¿Y qué te llevó allí?, ¿o debería decir quién? Anda, cuéntalo todo.

Mirándolos a los dos, me hizo pensar en el encanto que destilaba mi amigo, un encanto que no podría despacharse de buenas a primeras como un rasgo infantil por la sensación que transmitía de que mantenía un férreo control del mismo. Zafar gustaba a las mujeres. Recuerdo ahora un paseo por Central Park hace años, cuando yo estaba en Nueva York por trabajo, el mismo paseo, de hecho, en el que me sugirió el poema que más tarde le recitaría a Meena. Recuerdo que nos pararon dos personas, un joven apuesto y una joven muy bella, que iban tranquilamente en bicicleta. Parecían sólo unos años más jóvenes que nosotros, tal vez estudiantes universitarios, pero en aquel momento de la vida unos años de más se toman como un mundo de experiencia. Los dos se habían perdido y preguntaban direcciones, pero antes

de que pudiera responderle a la chica, Zafar me interrumpió.

—Perdona, pero tengo una pregunta —dijo mirando a la mujer.

Él y yo vestíamos nuestros trajes elegantes, con los cuellos de las camisas desabotonados, mientras que la joven, vestida con lycra, estaba a horcajadas sobre la barra de la bicicleta. Tenía una cara y una figura que más tarde Zafar describiría como irresistibles.

—La horquilla que llevas —dijo Zafar— en tu largo cabello castaño, ¿no la llevas siempre, te la has puesto así ahora para evitar que el pelo te caiga sobre la cara mientras vas en bici. ¿no?

—Tienes razón —dijo ella, asintiendo con una sonrisa—. Es para mantener el pelo apartado de los ojos.

El joven también sonreía. Estoy seguro de que Zafar se fijó. ¿Cómo, pensé yo, había reunido el valor para decir *largo cabello castaño*? Yo le di a la chica la dirección que había preguntado, pero incluso mientras me escuchaba miraba a Zafar y seguía sonriéndole.

Cuando estaban a punto de darse la vuelta para marcharse, Zafar habló otra vez.

—Me gustaría decir una cosa más.

—¿Ah sí? —dijo la joven.

—Si este hombre es tu novio, ciertamente puede considerarse muy afortunado.

No creo que jamás haya llegado a entender cómo Zafar era capaz de reunir el valor para decir cosas así y además salir bien parado. Tal vez lo primero implica lo segundo.

La joven sonrió y dejó que su peso recayera sobre el pedal de la bicicleta. Cuando se alejaba, dándonos la espalda, dijo:

—No es mi novio.

—Me llamo Zafar, ¿y tú?

Ella se detuvo, y al momento también su acompañante, y los dos retrocedieron hacia nosotros.

—Eva —dijo la joven.

—Encantado de conocerte, Eva.

Zafar me presentó y prosiguió:

—Puedes seguir las indicaciones que te ha dado mi amigo o podrías pasear

un rato con nosotros antes de reanudar tu jornada.

El joven se reía.

—No sé si te interesa —dijo—, pero yo me llamo Bruce.

—Hola, Bruce —dijo Zafar sonriéndole—. Claro que me interesa. Sin ti, Eva tal vez ni habría parado a dos jóvenes para preguntarles una dirección.

Al oír esas palabras, se nos escapó una carcajada a todos.

Meena quería detalles sobre Afganistán.

—¿Cómo estás, querida? —preguntó Zafar.

—Menudo provocador estás hecho. No puedes andar por ahí soltando esas palabras como el que no quiere la cosa —dijo ella.

—¿Qué palabras? —le pregunté yo.

—Afganistán —dijo ella lanzándome de paso una mirada de desdén.

—Cuéntanoslo todo y cuéntanoslo ahora —dijo mientras se dirigía hacia el mueble bar.

—Sigues siendo una impaciente, veo —dijo mi amigo.

—La vida es breve, Zafar...

—Y la paciencia llega a los que esperan —dijo él.

—Meena —interrumpí—, ¿por qué no le sirves uno a Zafar?

—¿Whisky? —le preguntó ella, y Zafar asintió.

Meena buscó mi mirada y aunque Zafar no nos prestaba atención a ninguno de los dos en ese momento, pensé lo que he pensado con frecuencia cuando estoy con él: que era pese a todo consciente de que lo estaban observando. Meena había fruncido el entrecejo con una preocupación Inequivocamente sincera, como si dijera: Dios mío, tiene un aspecto penoso. Pensé para mí: pues si lo hubiera visto antes de dormir, antes de lavarse y afeitarse.

Cuando ahora, transcurridos ya tantos meses, recuerdo ese momento en que Meena buscó mi mirada para corroborar su preocupación por Zafar, me sorprende no sólo su ternura sino el lazo instantáneo entre ella y yo, por breve que fuera, forjado por la sinceridad de su súplica. Ahora pienso que tal vez fue eso lo que nos había faltado al no haber tenido hijos, un proyecto común del que preocuparnos y al que amar más allá de nosotros mismos o el uno al otro, algo que podría haber servido para acercarnos. Por descontado, ya sé que los hechos contradicen una visión tan romántica de la familia, sé que muchos matrimonios fracasan durante el año que sigue al nacimiento del

primer hijo, pero dado que Meena y yo nunca lo tuvimos, quedaba cierto espacio para ese tipo de especulaciones.

—¿Te lo ha contado ya? Van a despedirlo —le dijo a Zafar.

Dejó un vaso largo de whisky delante de él.

—No lo sabemos —dije.

—Abre los ojos y tómate un trago a ver si espabilas —dijo Meena—, ¿Has visto el *email* de hoy?

—He visto muchos *emails*.

—¿El mal redactado que trataba de *email* mal redactados?

—El mensaje sobre el uso de obscenidades en emails, sí, lo vi —dije.

Meena no respondió, La empresa había mandado un aviso contra el uso de lenguaje obsceno en emails, y el aviso había llegado a las noticias financieras que fue cómo, supongo, Meena se enteró.

—¿Todavía te dedicas a los Títulos Respaldados por Hipotecas? —preguntó mi amigo.

—En la misma medida que todos los demás, que es prácticamente nada. El negocio se ha ido al garete. Ahora todo consiste en cerrar posiciones compensándolas, posiciones que todos creen que nunca deberían haberse tomado. Pero, ¿dónde estaban ellos en los buenos tiempos?, colgados del teléfono pidiendo más, gritando en los parqués bursátiles que les dieran más y más. Nunca tenían suficiente. ¿Dónde estaban los cabrones entonces?

—Cuando dices ellos —preguntó Zafar—, ¿a qué ellos te refieres?

—A todos ellos: banqueros, inversores, consumidores, incluso los malditos reguladores descerebrados..., el mundo entero estaba dándose un atraco.

—Pero en realidad no estás pensando en todos, ¿verdad que no?, ¿quiénes son *ellos*?

Tenia razón, claro. Había un grupo al que detestaba por encima de todos los demás, un grupo que atraía la mayor parte de mi rabia. Yo era un socio nuevo en la firma. El último en entrar, el primero en salir. Mi carrera se había cimentado en títulos respaldados por hipotecas, obligaciones colateralizadas mediante deuda, derivados de crédito, y todos los demás instrumentos que ahora iban a acabar en la hoguera, mientras que mi propia firma se preparaba para atarme a la estaca y satisfacer así la sed de sangre de la gente. Éste era un

castigo temporal, los aldeanos salen enloquecidos por la noche para purgar sus propias almas, pero con el alba vuelven a sus viejas costumbres en la perversa creencia de que se han purificado con el sacrificio.

En el trabajo, cuando me acercaba a un grupo de socios enzarzado en una conversación, ésta se interrumpía. Se habían apropiado de las carteras de negocio de mi equipo y las habían repartido en lotes a los operadores de la sección de renta fija. La mitad de mi equipo había sido despedida y a mí me habían recomendado que no me hiciera notar, incluso que me tomara unas vacaciones. Sabía bien cómo acababa todo eso: un *email* del socio *sénior* sugiriendo una charla, en la que, por supuesto, hablaría sólo él.

En cierto sentido, era mi rabia la que había complicado el que tomara la decisión. Y menuda decisión érala que me esperaba: filtrar información a los reguladores sobre los delitos de la firma o no. Lo que pasa dentro de la firma no sale de ésta. O eso decían las convenciones. Pero no era una convención que yo suscribiera, no cuando inmunizaba a la firma contra el debido examen, cuando proporcionaba el velo del secreto tras el cual los banqueros deshonestos realizaban sus sórdidos negocios, protegidos por un círculo más amplio de banqueros que, si no activos en el fomento de asuntos turbios, eran cómplices por no poner fin a la quiebra pese a saber que se avecinaba. No pretendo exonerarme. Yo estaba al tanto, por ejemplo, de un programa de transacciones que eran simplemente inmorales, y había formado parte de ese círculo que desviaba colectivamente su mirada en el momento oportuno.

La Autoridad de Servicios Financieros del Reino Unido era, en privado, el hazmerreír de los banqueros. Defendían una regulación basada en principios, decían, con una leve insinuación que dejaban caer con orgullo en cada conferencia, en cada comunicado de prensa, pero en realidad no servían para nada, y nosotros lo sabíamos. Contratábamos a los reguladores que habían sido previamente supervisores para que dirigieran nuestros departamentos legales. Se los robábamos al gobierno con los lucrativos salarios del sector privado. Y dado que ellos sabían que ése era el tipo de futuro que aguardaba a los escogidos, se mostraban dóciles y aplicaban con laxitud la *legalidad* con nosotros mucho antes de haber puesto el pie en nuestras oficinas. En 2000, hubo cincuenta y nueve condenas judiciales por transacciones con información privilegiada en Estados Unidos. En el mismo periodo, en el Reino Unido, no hubo ni una sola. Está todo ahí, en internet, si lo buscas. Pero de eso se

trataba. Nadie buscaba nada. Todos los que se dedicaban a las finanzas confiaban en la total indiferencia de la gente y de la prensa ante lo que en realidad estaba pasando.

Al hombre de la calle le da igual mientras consiga su hipoteca o su préstamo. ¿No dicen que para que triunfe el mal, basta con que los hombres de bien no hagan nada?

Y ahora yo me encontraba en una posición desde la que podía filtrar algo a los reguladores, que, para empezar, nunca tuvieron los medios o la habilidad para detectar estos manejos. No tenía por qué esperar a que me llegara la carta de la comisión del Congreso. No necesitaba ningún juzgado porque podía informar directamente a los reguladores. Podía contarles un par de cosas que darían para algo más que unas cuantas columnas en los periódicos ahora que la gente empieza a caer en la cuenta de en qué medida su vida personal cuelga de los hilos de las finanzas y lo vulnerable que es a la suerte de éstas.

Algunas filtraciones requieren valor. Están, por ejemplo, las filtraciones de funcionarios de bajo rango en los departamentos de urbanismo de los gobiernos africanos, hombres a los que les cuesta llegar a fin de mes y alimentar a sus familias, que se enfrentan a la penuria, o a algo peor, si los identifican. Pero mientras me oculte en el anonimato, cuando no corro peligro de que mi sustento se vea afectado, ningún peligro de verme condenado a la indigencia, una filtración es una cobardía. Yo nunca he necesitado el dinero del mundo financiero.

Con lo cual no quiero decir que, por alguna noble razón, el dinero no ejerciera ninguna influencia sobre mí. Nada excepcional ni delicado merecía mi lealtad. Nunca fui el artista ni el mendigo de una novela de Somerset Maugham, nunca el peregrino del Arte o de Dios obsesionado con un viaje que renegara de las preocupaciones materiales.

Los socios se forraron gracias a mí, le expliqué a Zafar. Les hicimos ganar miles de millones, mi equipo y yo. Eso es mucho, mucho más de lo que están perdiendo ahora. Yo abrí esta vía de negocio cuando no era más que una idea, cuando Wall Street todavía estaba intentando averiguar cómo ponerle precio a esos instrumentos. Tú estuviste allí al principio, por el amor de Dios. ¿Recuerdas que te llevé a rastras a una charla de presentación en Lehman, cuando yo estaba empeñado en convencer a Wall Street? Tú les enseñaste las matemáticas y ellos se lo tragaron. Y ahora mi firma, tu antigua firma, me trata

como basura aunque ni uno solo de ellos abrió la boca cuando todo marchaba, y se forraban. ¿Crees que van a devolver el dinero que ganaron?, ¿y a quién iban a devolvérselo? Todo el mundo ganó dinero con esas operaciones, Todos.

—¿Creías que eran tus amigos? —preguntó Zafar.

—No creía que fueran hipócritas.

—¿Y algunos de ellos eran tus amigos?

—Sí, algunos eran mis amigos.

—Con amigos como éstos... —dijo Meena—. ¿Crees que hay amigos en las finanzas?

—¿Y por qué no? —pregunté.

—¿Y qué me dices de amigas? —preguntó Meena volviéndose de nuevo hacia Zafar.

Mi amigo sonrió y, a pesar de la charla sobre los engaños y dobles juegos en el trabajo, tuve que admitir cuánto había echado de menos aquella sonrisa. ¿Qué tenía aquel semblante?, ¿cuántas veces había bloqueado y confundido a otro con aquella sonrisa? Esa sonrisa era una réplica a preguntas cuyas respuestas serían de otro modo insuficientes, y en ella, en los grandes ojos y en la inclinación de la cabeza, se reflejaba una cualidad interior de la que hoy parece anacrónico hablar, pero ahí estaba: una bondad de espíritu. Si quisiera definirlo con palabras quizá mayores, diría que era compasión.

—¿Sales con alguien? —preguntó ella.

—Tendría que caber apretada en mi mochila.

Meena se rió.

Zafar siempre se había llevado bien con ella, y ella con él. Siempre había habido un tono fraternal en su afectuosa familiaridad. Y supongo que los dos tenían más en común, en sus orígenes sociales me refiero, que ella y yo.

—Te quedarás, ¿no, Zafar? —dijo ella.

Mi amigo asintió y le dio las gracias a mi mujer.

—Quédate un tiempo —dijo ella—. Tanto como quieras, claro, pero al menos un poco.

Zafar no me miró para comprobar si yo estaba de acuerdo o le animaba a quedarse, y supuse que él sabía que mi bienvenida se daba por sentada siempre. Lo que tal vez no supiera era que me sentí desbordado por una oleada de emoción, que el recuerdo de la intensidad de un afecto que yo le había

tenido a ese hombre volvía resonando a través de los años transcurridos, sin perder un ápice de su potencia pese a la incomodidad que sentía al tratar de mi situación en el trabajo. Le había echado de menos, sobre todo el año anterior. Había oído rumores sobre él aquí y allá, algunos incluso a través de conocidos de Meena, pero no tenía una idea clara de qué había sido de él últimamente, como si al viajar por el mapa del mundo hubiera llegado al filo y lo hubiera cruzado. Quería saber qué había pasado, pero sólo ahora entiendo de dónde procedía buena parte de la intensidad de mi curiosidad. Me preocupaba por él, claro, y no creo que jamás llegara a entenderlo y afrontarlo.

Pero si me lo hubieran preguntado entonces, mientras estaba sentado en la cocina aquel día con las dos personas a las que la vida más me había acercado, si me hubieran preguntado qué fue lo que despertó mi desmedido *interés*, les habría contestado esto: visto que mis propias decisiones me habían llevado a un matrimonio sin amor ni hijos, por no mencionar a un materialismo que nunca parecía saciado, habiendo tomado decisiones que misteriosamente no consiguieron expresar mis más profundos anhelos, creía que la vida de Zafar tal vez podría servirme para hacerme una idea de cómo podrían haber sido las cosas, para peor, que no para mejor. A un primitivo nivel sociopsicológico, ¿acaso no es ésa una de las antiguas funciones de los amigos y colegas: nos muestran el camino, o nos advierten de las rutas que no llevan a ningún sitio, y siempre nos tranquilizan mediante sus errores, que nosotros nunca cometeríamos? Y así por la gracia de Dios vamos saliendo adelante. Habría dicho algo como eso y habría sido una mentira más persistente que piadosa, la mentira que nos contamos a nosotros mismos.

Nunca he alardeado de conocerme a mi mismo, y tal vez el autoconocimiento sea ilusorio si, como decía Zafar, no hay camino posible del yo al yo, pero lo que diría ahora es que mi amigo había ocupado un lugar totémico en mi imaginación, era el símbolo de una idea que yo habría querido que fuera verdad, tanto si él mismo la creía o no. Para mí, Zafar era la prueba de que no somos prisioneros de las vidas que llevamos, de que, aunque con cada elección nos alejemos de las vidas potenciales que no vivimos, no estamos condenados por las circunstancias ni el azar al aquí y ahora ni al esto es lo que hay. La ironía radica en que él mismo menospreciaba la voluntad y el papel que ésta desempeñaba en el trazado de nuestro rumbo en el mundo. Pero la ironía, curiosamente, sólo agudiza nuestro interés.

—Es muy amable por tu parte, Meena —dijo mi amigo.

—Excelente —dijo ella—. Tendrías que tomar notas —añadió volviéndose hacia mi—. Incluso buscar una grabadora, uno de esos dictáfonos, porque estoy segura de que Zafar tiene algunas historias que contar, ¿no, Zafar?

Ella le sonrió de nuevo.

—Pero ahora —anunció—, lamentándolo mucho, tengo que dejaros. Debo hacer unas llamadas a Nueva York. Os veo por la mañana, chicos.

Meena se llevó la botella de whisky.

La cocina pareció quedarse vacía. Zafar jugueteaba con el vaso que tenía delante. Me levanté, a buscar otra botella de whisky del fondo del aparador.

—¿Te están investigando? —preguntó Zafar.

—¿Qué te hace pensarlo?

—El *email* que mencionó Meena.

—Era un aviso general para toda la empresa que enviaron hoy como recordatorio para el personal de que no use tacos en los emails.

—Los dos sabemos que los *emails* como ése en realidad van de otra cosa.

—Pues dímelo, Zafar, Dime de qué van.

—Son recordatorios a miles de empleados de que sus *emails* pueden acabar haciéndose públicos en el curso de procedimientos judiciales. Son un recordatorio para que no pongan por escrito ni dejen constancia de ciertas cosas. Pero eso tú ya lo sabes: Meena no habría hecho el comentario sobre el *email* cuando lo hizo si no pensara que sabías lo que significaba en realidad. ¿Cree ella que hay algún tipo de acción judicial al caer?, ¿investigaciones?

—Tendrás que preguntárselo.

La conversación se interrumpió. Sé que me estaba mirando fijamente, e imagino que comprendió que no me apetecía hablar del tema, todavía no. Era demasiado pronto, demasiado precipitado.

—Ella tiene razón, ¿sabes? —dije sirviéndome un whisky—, ¿dónde cono has estado, Zafar? Por el amor de Dios, simplemente desapareciste. Oí todo tipo de historias. Y quién sabe si una décima parte de ellas son ciertas.

Cuando me sentaba a la mesa, Zafar sacó lo que parecía un móvil.

—Es una DVR, una grabadora digital de voz —dijo—. Puedes escuchar las conversaciones que hay. Cógela. O, mejor, quédatala.

Zafar miró su vaso y lo adelantó un par de centímetros. El whisky se rizó en ondulaciones que se desplazaron adelante y atrás.

Era, sin duda, un gesto extraño —sacar esa DVR y dármela—, pero si estaba intrigado por saber qué había grabado, estaba más sorprendido todavía por el hecho de que Zafar me diera algo que probablemente era privado. Conversaciones, dijo. Lo que implicaba a otras personas además de a él. Eso no encajaba para nada con la idea que yo tenía de aquel hombre. Pero no creo que la trascendencia de aquel momento se hiciera patente hasta más tarde, cuando llegué a comprender que él quería descargarse de algo, y que este gesto físico, este despojamiento, era un signo, una forma de marcar el principio.

—¿Tienes otra cosa que beber?

Entonces sonreí en lo que debía de ser la primera vez que lo hacía desde que lo había vuelto a ver. Había una botella de champán en la nevera, que llevaba un año ahí dentro, esperando algo que celebrar. La abrí, puse dos copas sobre la mesa y lo serví.

Zafar acarició uno de los botones de la grabadora con el índice, visiblemente absorto, antes de pulsarlo. Una diminuta luz roja se encendió. Una diminuta luz.

La cocina era inmensa, demasiado grande para una pareja. Meena y yo podíamos desplazarnos por la casa casi sin vernos, una libertad que daba el dinero. Podíamos pasar el uno del otro la mayor parte del tiempo, lo que volvía tremendamente difíciles los minutos en que nos resultaba imposible evitarnos. La cocina se había convertido en un espacio que abandonar una vez había cumplido la función que hubiera justificado tu visita. Era un espacio estéril, inerte. No había rastros que indicaran que se prepararan regularmente desatamos o comidas, ni siquiera de. que se comiera nada allí, ninguna botella de aceite de oliva con tapón viscoso sobre la encimera junto a la cocina. En el aparador se guardaban sartenes Le Creuset cuyo interior seguía inmaculado como nieve recién caída en un patio sin niños. En todos los sentidos, era lo contrario de la atestada, cálida y fragante cocina de la casa de mis padres, sin trazas del hogar alrededor del que come una familia. No había niños y por tanto tampoco trozos sueltos de papel con espirales, círculos y garabatos de cera, ni trofeos de los esfuerzos de las criaturas sujetos a la puerta de la nevera con imanes. De hecho, no había ni imanes, ni siquiera magnetismo.

Ahora, la vajilla suda de la cena de Zafar estaba en el fregadero, y el mango de una sartén abandonada se alzaba por encima como la empuñadura de una bayoneta, el único signo de vida en la cocina. Aquí todo estaba limpio, todo era acero, mármol y granito y una iluminación perfecta para cenas perfectas de grupos de parejas perfectas. Y yo estaba ahí sentado con un viejo amigo —me entra la risa al pensarlo—, el hombre más extraño que he conocido, mientras mi carrera se desmoronaba, mi esposa se reía y la vida se escapaba cada vez más a mi control. Así es como lo sentía entonces: la vida se me escapaba. Si se me hubiera pedido que concretara esa sensación, habría dicho que los progresos profesionales me habían dado una dirección y un objetivo, y ahora, con su derrumbamiento a cámara lenta, habría hablado de la pérdida de la sensación de dominio. Pero aquello distaba de ser verdad: no tienes que esperar a perder algo para preguntarte si alguna vez mereció la pena. No es extraño que no fuera yo el autor de esas palabras sino que las encontré en los cuadernos de mi amigo.

—¿Te importa tu trabajo más de lo que creías? —preguntó Zafar.

—¿Es eso lo que piensas?

—Es una pregunta.

—Siempre me ha importado mucho.

—Nunca te hizo falta el dinero, ¿verdad que no?

—El dinero es útil.

—Recuerdo que compraste esta casa antes incluso de empezar a trabajar.

Zafar miró alrededor de la cocina. Había comprado aquella gran casa con el dinero de mi abuelo.

—¿Era por el prestigio? —preguntó Zafar—, ¿por el respeto de tus colegas?, ¿por la oportunidad de ganar tu propio dinero?, ¿o tal vez fue por las matemáticas? Es divertido.

¿no?

Me sentía incómodo, pero incluso ahora no sabría decir por qué. Por debajo de sus preguntas se percibía a veces el filo cortante de una amenaza; tal vez era el abogado que llevaba dentro.

—Siempre hemos sido sinceros el uno con el otro, ¿no? —dijo Zafar.

Lo miré. ¿Había ironía en sus palabras?

—Era por todas esas cosas —respondí—, pero eso no tiene nada de malo,

¿no? Es lo que quiere todo el mundo —dije.

—Retos, prestigio, algo difícil, un poco de matemáticas, y, encima, un poco de dinero de bolsillo..., ésas son las cosas que sacas de las finanzas, pero no son las razones por las que te dedicas todavía a ellas.

—Sigue.

—El error que cometes es el mismo que comete todo el mundo con las finanzas — prosiguió Zafar.

—Que es...

—No comprenden que cambian a la gente. Todos creen que el tipo que gana dinero a espuestas, como un loco, ese *master* del universo, quiere en realidad la pasta, cuando lo cierto es que el dinero no le importa nada. Muy pronto ya ni siquiera quiere lo que el dinero puede comprar, sino que lo que desea es lo que representa, lo que sustituye.

Zafar se detuvo ahí, en medio de la argumentación de una idea, me pareció, y vi, por primera vez desde su reaparición, aquella vieja calma repentina que asomaba en sus ojos cuando se dejaba llevar por sus pensamientos.

—Todo el mundo —prosiguió— quiere que su vida represente algo distinto de lo que es: unos ochenta años, en Occidente en cualquier caso, ochenta años de trabajar, comer, dormir, cagar, reproducirse y morir. Vidas de abotonarse y desabotonarse... ¿de quién es la frase?

—No lo sé. Pero dime, ¿por qué son las finanzas tan distintas de cualquier otra cosa?

—No lo son, pero resulta más fácil ver lo que pasa en realidad porque el dinero da poder sobre los demás, y el mayor poder es provocar envidia, y la envidia de los demás confirma las elecciones que uno ha hecho. Otros caminos que se siguen en esta vida también hacen lo mismo.

—Todo eso suena demasiado New Age para mi gusto. Incluso un poco simplista.

Pero, al decirlo, la brusquedad de mis palabras sólo hizo que confirmarnos a ambos lo incómodo que me sentía con la conversación.

Mi amigo llenó hasta el borde las copas de champán.

—Piensa en todos esos números y en la base diez —dijo él.

—Sí, justamente. Me gustaría volver a la historia que estabas contando. Mira. La luz roja está encendida —dije señalando con la cabeza la DVR que

estaba encima de la mesa.

—Elegimos marcas para representar los números, sobre una pantalla o una página — prosiguió Zafar— porque necesitamos algo que podamos contener en nuestra percepción. La base no es relevante para la naturaleza de los números, pero sí para nosotros sólo porque nos proporciona iconos para los números.[7] Necesitamos iconos aunque oculten la verdad del número, es más, los necesitamos *porque* ocultan la verdad del número. Esa verdad sobrepasaría nuestra comprensión. Si te pido que pienses en un elefante..., mira, hagamos un experimento. Piensa en un elefante. ¿Qué ves?, ¿qué tienes en la cabeza?

—Un elefante. Tengo un elefante en la cabeza —respondí.

—Ahora piensa en el número quince.

Hizo una pausa y entonces añadió:

—¿En qué estás pensando?

—En el número quince.

—Mal. Lo que tienes en la cabeza es una imagen de los numerales uno y cinco, del quince, ¿no?

—Así es.

—Eso no es el número quince sino una representación.

—Pero ¿no es cada palabra una representación de la cosa en sí?

—Si, pero no te pido que pienses en las palabras, sino que pienses en cosas: un elefante y el número quince. Y cuando pensaste en el quince, uno— cinco, no pensaste en el número, sino en una representación del mismo. En otras palabras, piensas en algo que te requiere invocar a un código completamente ajeno a la cosa en sí para así romper su misterio, en este caso el código es la base diez. Es más, pensaste en un uno seguido de un cinco. Eso sólo tiene sentido como una representación del número quince y sólo si tienes una base diez. Pero, ¿dónde está el código en la imagen del elefante? No hay. Pensabas en un elefante concreto, el elefante que tenías en la cabeza. En el caso del número quince fuiste que recurrir a los numerales uno y cinco. Es como si los números dijeran: para vemos, para hacerte siquiera una somera imagen de nosotros, tienes que elegir.

—¿Y a qué tiene toda esta explicación? —pregunté. Estaba irritado.

—Todo esto es demasiado abstracto —prosiguió Zafar—, esta historia de

que nuestras vidas representen otra cosa. Lo único que sabemos es que no queremos que representen nada. Así que nos lanzamos de cabeza a ser héroes. A ser la hostia forrándonos en Wall Street o una estrella del rock o un superabogado de derechos humanos. Que tiene a ser como hacer que nuestras vidas representen algo que nuestra inteligencia puede entender, evitándonos así el tener que enfrentarnos con lo que tememos que sea la verdad, o lo que temeríamos si nos diéramos la ocasión de planteárnoslo, es decir, que somos accidentales pedazos de carne, chuletas de cordero sin sentido.

»Estás perdiendo tu empleo, tu carrera y algo no va bien entre Meena y tú. Debes de estar perdiendo la sensación de control que siempre tuviste, o creías que tenías.

—Muy profundo. Ya me siento mucho mejor, gracias. Pero tienes razón. Todo es demasiado abstracto. Quiero volver a la historia que *tú* estabas contando. Háblame de Bangladés, de los años que pasaste allí de niño. Por favor.

Zafar dio un sorbo de champán antes de reanudar su historia. Nunca podías meterle prisa, al menos, yo no sabía cómo.

Bangladés, o Bangladés, significa «bengalílandia». La nación limita con el estado indio de Bengala Occidental, cuyos habitantes hablan bengalí, y que, de hecho, son bengalíes. Pero no existe ningún estado de Bengala Oriental. Y eso que los dos himnos nacionales, el de India y el de Bangladés, los escribió un bengalí. el poeta Rabindranath Tagore, que, como nunca se cansan de recordar los bengalíes a los occidentales, ganó el premio Nobel de literatura en 1913. El rasgo de ser bengalí no es, por tanto, el que diferencia y distingue a Bangladés.

Si buscas algo distintivo de Bangladés, no tienes que ir muy lejos porque el país está cubierto de agua, un tercio de su superficie queda bajo ella durante las lluvias. ¡Imagínatelo! A cada tres pasos que das metes el pie en el agua. La tierra es una inmensa confluencia de ríos, el suelo empapado y limoso donde los deltas de tres grandes ríos del mundo se entrelazan. Y si eso no fuera agua bastante, cada año irrumpe el monzón del Océano Índico y vacía el cielo sobre el país entero hinchando los ríos hasta que rebosan, restallan como un látigo y excavan nuevas rutas alrededor de las colinas y por el terreno.

La Tierra de los Tres Ríos habría sido un nombre más distintivo para el país, un nombre más cargado de sentido. No son ríos normales. No están bien

asentados. Sus cursos cambian continuamente, sus afluentes se retuercen y serpentean como la cola de un dragón en éxtasis, anegando las orillas e irrumpiendo en los hogares improvisados de los pescadores y sus familias. El Brahmaputra nace en el norte del Himalaya. En China, se enreda a lo largo del borde oriental de la cordillera, a través del Tíbet, antes de entrar a raudales en Bangladés, donde cambia su nombre por el de Jamuna.

El sagrado Ganges nace en el glaciar de Gangotri en el Himalaya central y se abre paso por las llanuras del norte de India hasta Bangladés, donde se divide en muchas ramas y sus habitantes le dan otros nombres, muchos distintos, como si los cambios de nombre aplacaran a los ríos.

El tercer río, el más bengalí de todos ellos, también recibe varios nombres antes de desembocar en el océano Índico. El Barak se forma en los rincones de los estados del noreste de India, desde Assam, Manipur y Mizoram y, cuando entra en Bangladés se divide en dos para dar lugar al Surma y al Kushivara. Estos dos ríos se reúnen de nuevo corriente adelante, tras recibir el agua de legiones de afluentes menores, para formar el poderoso Meghna, un río monstruoso.

Yo iba en un tren que avanzaba por una red de puentes y vías sobrepuestas sobre esa inmensa trama de ríos y afluentes. Cruzamos muchos puentes. La mayoría crujía dolorosamente mientras los recorríamos con lentitud antes de aumentar la velocidad al llegar a la otra orilla. Cuando cruzábamos uno, me asomé y vi el armazón oxidado de un vagón de tren que sobresalía del río marrón, como si señalara con un dedo retorcido hacia el río culpable del accidente.

A veces, el tren se detenía y esperaba a que el ganado saliera de las vías. Los pastores no se daban ninguna prisa en apartar a los animales y el maquinista a veces se apeaba y recorría los vagones, inspeccionando el chasis del tren, como si necesitara que lo revisaran. En un par de ocasiones, él y el pastor compartieron un *biri*. uno de los cigarrillos de Bangladés.

A veces, el tren reducía la velocidad hasta casi detenerse antes de entrar en una curva muy pronunciada, cuando se inclinaba precariamente y podías ver las vías de hierro sobre las traviesas durmientes justo debajo de la ventana. Parecía que en esas curvas cerradas la vía más exterior había sido colocada más alta que la interior, y me pregunté si acaso sería más seguro que el tren acelerara en lugar de frenarse. De hecho, me parecía que los ingenieros (de la

era victoriana, aunque por entonces yo no lo sabía) habían pensado que los trenes entraran en la curva a gran velocidad y, por consiguiente, colocaron el rail exterior más elevado que el interior, A la velocidad suficiente, el impulso de verse arrastrado hacia el exterior por la fuerza centrífuga de tomar una curva se compensaría por la fuerza de ser arrastrado hacia abajo debido a la inclinación de las vías descompensadas, con lo cual se conseguía un desplazamiento suave, como en los trenes de alta velocidad que recorren la Europa continental hoy en día.

Durante una hora dibujé diagramas esquemáticos en mi pequeño cuaderno de un vagón que se inclinaba hacia dentro, en lugar de hacia fuera, bajo el impulso de la fuerza centrífuga al entrar en una curva gracias a sostener el vagón en un soporte que le permitía rodar, y poniéndole un peso por debajo. Por entonces no necesitaba ni conocía palabras como las que uso hoy para describir lo que hice. Pero incluso mientras dibujaba mis diagramas, cada vez que el tren se introducía lentamente en una curva, me levantaba y daba cinco pasos hacia el otro lado del vagón, por la remota posibilidad de que mi propio peso pudiera suponer la menor diferencia e impedir que el tren se volcara por completo.

Realicé esa maniobra de enderezamiento dos veces antes de fijarme en que otro chico del vagón hacía lo mismo. Parecía de mi misma edad, aunque ahora creo que debía de ser un poco mayor. El chico viajaba con sus padres, que parecían ancianos, oscuros como la noche, con la piel curtida pegada a los huesos, dando la impresión de bolsas rellenas con perchas de abrigos. No sabría decir si se limitaba a imitarme o si había llegado a la misma conclusión en cuanto a la necesidad de hacer de contrapeso a la inclinación del tren. Sus padres lo miraban y cuando sus miradas se cruzaron con la mía, se sonrieron entre ellos.

El chico se me acercó y me ofreció un mango. Era más pequeño que los que había visto en las tiendas de fruta indias de Londres, y además amarillo, sin los tonos rojos y verdes que señalaban que no estaba maduro. El chico estaba tan cerca que veía las huellas que parecían meniscos en la fruta donde sus dedos la sostenían. Incluso olía el dulzor del mango.

Metí la mano en el bolsillo del pantalón. Saqué un paquete sin abrir de caramelos de menta Polo que me habían dado mis padres en Londres y se lo ofrecí. Él negó con la cabeza, pero yo insistí, le cogí la mano izquierda y le

abrí los dedos con los míos. Él sonrió y volvió junto a sus padres, ofreciéndoles de inmediato los Polos.

Saqué mi navaja y pelé con cuidado el mango, haciendo muescas en su superficie antes de arrancar las tiras de piel, que sostenía entre el pulgar y la parte plana de la hoja de la navaja.

Cuando llegamos a Srimangal, se vació la mayor parte del vagón. La ciudad, un importante centro comercial de la región de Sylhet, era evidentemente la parada más cercana a los destinos últimos de muchos de los pasajeros. Al salir de Srimangal, pasamos por grandes plantaciones de pina y también por lo que ahora imagino que serían naranjales. Las pinas estaban maduras y listas para que las recogieran, o casi, pero las naranjas se veían verdes Y jóvenes todavía.

Cuando conocí al abuelo de Emily, el anciano me agasajó con una historia sobre sus años combatiendo en la campaña de Birmania. Emily y su madre alzaron la rusta al techo, pues habían escuchado la historia unas cuantas veces. Según la apreciación del propio anciano, la guerra fue el momento de gloria de Sir Hugh. Desde entonces, él había ascendido poco y laboriosamente durante la mayor parte de las cinco décadas transcurridas como esforzado abogado de a pie, pues le había eludido el honor de ser ascendido al distinguido rango de *Queen's Counsel* (el tratamiento de Sir derivaba de un inmerecido título de *baronet*). Su esposa, una mujer severa con una reputación temible, había ascendido en las clases políticas, ayudada por una más que privilegiada posición como punto de partida en las clases sociales, y, como baronesa elocuente en la Cámara de los Lores, había controlado con mano de hierro la política conservadora en cuestiones sociales, defendiendo la familia, por ejemplo, cuando la consideraba amenazada por una sociedad permisiva.

¡La campaña de Birmania! Tuve que contenerme, estaba a un paso de que se me escapara una risa incontrolable. Esto no puede ser real. Esta gente no es real. Son caricaturas. Con esas cuatro palabras, la campaña de Birmania, me había olvidado de que lo que ya sabía de las vidas privadas de esas personas, las vi das ocultas que los hacían reales, fatalmente reales.

Sir Hugh me contó su historia sobre las naranjas de Sylhet que le salvaron la vida. Fue simplemente eso. Mientras estaba en la guarnición de Sylhet, justo al otro lado de la frontera birmana, por entonces parte de la India británica, el joven soldado se puso gravemente enfermo. Al futuro padre de la madre de

Emily lo cuidó y le devolvió la salud una ingesta regular de zumo de naranjas de Sylhet. Sir Hugh pareció animarse al recontar esta historia. y me pregunté si pensaba que las naranjas de Sylhet nos acercaban en algún sentido.

Entonces Zafar se calló. Pareció distraerse y se recostó en la silla. Yo quería escuchar la historia y esperaba que no interrumpiera su narración por el peligro, además, de perder el hilo. Cuando empezaba sus digresiones yo nunca sabía si simplemente se le había ocurrido algo trivial pero de interés y quería compartirlo, o si, como en la prueba de un teorema matemático más largo, meramente había dado un paso a un lado para establecer un lema o una proposición menor antes de volver a la demostración del teorema principal, donde aplicaría el nuevo lema o proposición.

El tiempo parece ralentizarse, dijo Zafar, en momentos de crisis, de tensión o de angustia. El tiempo se ralentiza, o eso creemos, durante un accidente de coche, o cuando una persona cae de una gran altura a una red, ésta colocada para ciertos experimentos científicos dirigidos a explorar esa experiencia de ralentización del tiempo. La experiencia de que el tiempo se ralentiza se entiende hoy en día como una función de la creación de recuerdos. Según la ciencia, parece que en momentos de tensión, unos grupos de neuronas conocidos como amígdalas entran en actividad. Asociado con ésta se dispara el número de recuerdos registrados por el cerebro en cada diminuto intervalo de tiempo, en cada instante, podría decirse. La sensación de cuánto tiempo transcurrió durante un acontecimiento depende del número de recuerdos asociados con él por el cerebro; cuantos más recuerdos, por instantáneos que sean, más prolongado será el tiempo que se percibe que ha transcurrido. Por eso pensamos que el tiempo se ralentizó, cuando en realidad tomamos no una foto, sino un álbum de fotografías entero, en un abrir y cerrar de ojos.

A primera hora de la noche, cuando la luz se retiraba y las nubes del monzón se confabulaban detrás de las colinas, llegamos a un puente en el que el tren frenó hasta parar del todo. Transcurrió una hora —o tal vez fueron diez minutos— y, un tanto irritado por la prolongada parada, decidí bajar del vagón a estirar las piernas y ver qué pasaba por mi mismo.

Nos habíamos detenido junto a un pueblo diseminado a lo largo de las orillas del río desde dónde se elevaban las vías hacia el puente, bajo una luna visible, liberada de las lejanas nubes, casi llena, en realidad, y fosforescente. Cuando me bajé del tren, me fijé en la principal vía del pueblo, unos

doscientos metros de una amplia carretera de tierra. Las lluvias la habían pulido, levantando los filos de los ladrillos que habían incrustado en la tierra, sin ningún orden de mosaico sino colocados aquí y allá para que sirvieran de tracción a los *rickshaws* y los carros. Bajo la luz que se desvanecía, se empezaban a encender lámparas de queroseno en las chabolas de tejados de hojalata a ambos lados de la calle, mientras los hombres se acuclillaban junto a cestos de pescado y verduras.

A cierta distancia, en la parte delantera del tren, el maquinista y su ayudante estaban enzarzados en una animada discusión con un grupo de hombres. Pasaba algo. Al acercarme, y para mi asombro, descubrí que entendía lo que estaban hablando. Debería haber esperado oír sylheti a partir de cierto momento, pero no estaba preparado. Evidentemente, estábamos en Sylhet, cerca del final del viaje, tras dejar atrás el centro comercial de Srimangal y ya dentro de la provincia. El chico de mi vagón que me había regalado el mango se había colocado al borde del grupo, dándome la espalda. Me acerqué a él y le pregunté, en sylheti, qué pasaba. Se dio la vuelta y me sonrió, tal vez complacido al oírme hablar la lengua, y explicó que la gente del pueblo creía que el puente era inseguro. Dicen, me explicó el niño, que una hora antes de que llegáramos se cayó una viga de hierro del puente, así que ahora se ha debilitado.

Unos cuantos vecinos estaban cerca de la orilla y me acerqué para ver qué miraban. El río, abajo, se había ensanchado hasta el punto de multiplicar varias veces la largura del tren, y fluía rápido. En la estación del monzón, los ríos se hinchan, muchos hasta casi desbordarse, y algunos fluyen con tanta fuerza que es imposible navegarlos en barco. Por encima del río, abarcándolo de una orilla a la otra, apoyado en varias columnas, había un puente reticulado de hierro. Recuerdo que pensé que era tan alto como los edificios de pisos en los que viciamos en Londres, en los que yo vivía antes.

Recuerdo la altura de esos edificios. Recuerdo que allí oí que Joya había muerto. Joya venía a vera mi madre con frecuencia, con sus dos hijos pequeños, aunque yo nunca había notado que existiera ninguna relación especial entre ella y mi madre. Cuando mi madre la conoció, me contó que los hijos de Joya eran mestizos. Yo ya sabía lo que significaba, pero lo que me entristeció fue la nota de desdén que percibí en la voz de mi madre. Yo siempre agradecía la presencia de cualquier visita que apartara de mí la

atención de mi madre y, los martes, de mi padre, A veces, cuando Joya se iba tarde de nuestra casa, prometía que encendería y apagaría la luz de su salón, cuya ventana podíamos ver desde nuestro piso, para que supiéramos que había cruzado la urbanización sin contratiempos. Fue idea de Joya. Mi madre no parecía molestarse en mirar, o tal vez sabía que yo miraría. Joya se tiró por una ventana de su piso un día y cayó sobre la alambrada de tela metálica que separaba la zona de juegos de cemento. Mi madre me lo contó y pareció preocupada esa noche. El sábado siguiente, mientras mi padre y yo atravesábamos la urbanización de camino a la biblioteca, conté las once plantas de altura hasta la ventana del salón de Joya.

La pequeña multitud de vecinos, el maquinista y el ayudante, caminaban por el puente. Yo me uní al chico, mi nuevo amigo, y nos desplazamos con el grupo por las vías y hacia el río. Mientras caminábamos, el maquinista se asomaba de vez en cuando sobre las barandillas e iluminaba con una linterna el costado del puente, mientras su ayudante daba fuertes martillazos a los raíles. El puente reverberaba con unos sonidos que parecían proceder de la estructura superior de hierro, no del vientre profundo de vigas y travesaños. Habíamos recorrido un tercio del puente cuando uno de los vednos señaló a gritos el punto donde la viga se había caído. Siguió una discusión, la mayor parte de la cual no entendí. En la otra orilla del río había un grupo de luces titilantes, donde el puente alcanzaba la orilla. Le pregunté a un hombre que estaba en el borde del grupo si el tren pararía allí. Había otro pueblo en ese extremo, explicó y, dado que allí tenían un teléfono, el maquinista pararía para recoger los mensajes.

Le dije al niño, en mi torpe sylheti. que yo cruzaría el puente andando hasta la otra orilla del río y volvería a subirme al tren allí.

—Me gustaría ir contigo —dijo él—. Pero tengo que volver con mis padres. ¿Dónde está tu familia?

—En Bilaath —respondí. *Bilaath*, o *Vilayet* o *Vilayato*. como lo han transcrito a las lenguas occidentales, deriva del persa y el turco otomano, en los que la palabra significaba provincia con gobernador o distrito. En bengali. la palabra se utiliza para referirse a Gran Bretaña. De hecho, un nombre coloquial en inglés para Gran Bretaña, *Blighty*, que ahora se ha vuelto un tanto arcaico y se reserva sobre todo para las comedias, deriva de la palabra *Bilaath*, que era un término corriente en India durante la época del Raj

británico.

—¿Tienes hermanos?

Supongo que ahora puede parecer una pregunta curiosa, pero entonces no lo era. La amistad es uno de los misterios de la vida.

—No —respondí.

El chico sonrió y se dirigió hacia el tren.

—¿Puedes echarle un ojo a mi bolsa? —le pregunté.

—Claro. No te preocupes.

Avancé por el puente, mientras el primer pueblo que dejaba atrás se empequeñecía a mis espaldas, hacia una zona sin iluminar entre dos colmenas de actividad humana. Por debajo de mí, el río hinchado se agitaba en la oscuridad, lanzando hacia arriba arcos blancos de reflejos de luz de luna. De sus profundidades pareció elevarse un gruñido.

No estaba lejos de mi destino final. El plan era que en la estación me recogería otro de mis tíos, el hermano de mi padre.

En la otra orilla del río, llegué a un segundo núcleo de vida humana, unas cuantas chabolas y puestos de venta. Las farolas de queroseno producían un resplandor trémulo sobre las superficies. Me llegó el olor acre del aceite de mostaza y oí su chisporroteo.

El vendedor freía una mezcla de cebollas y guisantes con unas especias y olía, como dirían los británicos, estupendamente. En todo el día no había comido nada más que el mango que me había dado el chico. Le hice un gesto al anciano tras el puesto indicándole que me gustaría un poco de lo que estaba cocinando. Él cogió mi dinero y envolvió una ración en un pequeño cono de papel de periódico. Desde el puente, el tren pitó y oí el bufido intermitente de los pistones que tiraban de las ruedas. Todos los olores, vistas y sonidos —de la sartén que tenía delante, del tren sobre el agua, del río que gemía, de la hilera de faroles resplandecientes, de la solitaria luna...—, todo lo que apelaba a mis sentidos me llegaba como un conjunto indiferenciado, como si se hubiera fundido en la noche.

El bocado estaba delicioso y pedí cuatro más: uno para mí y tres para el chico y sus padres.

Si cierro los ojos, todavía puedo oír los sonidos: el gemido, el crujido y el restallido de las vigas al combarse, el pitido agudo de los cables al salir volando, el choque de un vagón al golpear la torre, el de otro estrellándose

contra el muelle en la base, y luego el sonido del agua, no el de una salpicadura sino como si el torrente que bramaba se hubiera abalanzado de un salto desde abajo y triturado al vagón que caía entre sus dientes. Hacia la mitad del puente las vigas habían cedido y la luz de la luna resaltaba sus filos. El río se había llevado al tren, separando los vagones que sobresalían como dientes en el agua.

Los vecinos de ambas orillas corrieron a ayudar, lanzando sus frágiles barcas al río. Yo descendí a la orilla, y casi me caí entre el fango y la tierra suelta. Me dio la impresión de que tardaba una eternidad y cuando llegué a la orilla, cuerpos y todo tipo de objetos ya eran visibles en las olas grises bajo la luz de la luna.

Quería ayudar y me encaramé a una barca con otros dos. Pero todos debían de saber que los pasajeros tenían pocas posibilidades de sobrevivir al brutal impacto.

Por descontado, esperé a mi nuevo amigo y a sus padres, pero no volví a verlos. Tal vez sobrevivieron, tal vez los rescató otra barca y los llevó a la orilla, pero iban en el vagón delantero, como yo, y ese vagón habría recibido el impacto por delante y por detrás, entre el río y el resto del tren.

Zafar sirvió más champán a ambos.

Bebimos en silencio.

—Nunca me has contado nada de todo esto —le dije a mi amigo.

—¿Tendría que haberlo hecho? —respondió—. Hay muchas cosas de las que no hemos hablado, ¿no?

Sé que bajé la mirada cuando lo dijo. Sé que busqué el tallo de la copa, la levanté y bebí, ¿era por vergüenza?

—¿Llegaste a casa aquella noche? —le pregunté—. Porque ibas a tu casa, ¿no?

—Amigo mío, me conoces lo bastante bien para saber que no podría utilizar la expresión *mi casa* sin rodearla de tantas prevenciones que acabara por no significar nada. Yo volvía a la aldea de mi padre, a la finca familiar, el lugar en el que había vivido de pequeño, el lugar donde creía que había nacido.

Después del accidente del tren, pasé las horas siguientes intentando ayudar, pero era un forastero, un niño pequeño de Bilaath, que no sabía manejar una barca, que no tenía fuerzas para sacar un cadáver del agua.

Cuando empecé a darme cuenta de que en realidad era una molestia, me retiré. Los vecinos eran increíbles, rápidamente habían controlado la situación y parecían saber qué hacer exactamente, como si su conciencia colectiva conservara los medios para hacer frente a una adversidad como aquélla.

Empecé a caminar por la vía hacia la estación de Kulaura, donde se suponía que debía esperarme mi tío, el hermano de mi padre. Por supuesto busqué el teléfono del que me habían hablado, pero cuando lo encontré, un hombre lo ocupaba intentando ponerse en contacto con la ciudad de Sylhet para informar del desastre a las autoridades, y mis propias urgencias me parecieron menores. Había perdido la bolsa, claro. No me quedaba nada más que un fajo de billetes en el bolsillo, una navaja, el pasaporte, un cuaderno y un lápiz.

Me quité de la cabeza lo que acababa de ver porque me abrumaba y no sabía qué pensar. Llegaba la noche profunda y aunque no sería fría, sabía que me daría miedo la oscuridad.

Las nubes se habían dispersado, revelando la noche azul que mantenía separadas a las estrellas. Había tantas estrellas... Los habitantes de una ciudad las ven muy raramente, de vacaciones, cuando sus sentidos se ven confundidos por muchas nuevas sensaciones a la vez. No pueden imaginar una oscuridad clara, ni cómo emergen las estrellas sólo cuando todo lo demás en el mundo se difumina.

Lo recuerdo muy bien, pero también sé que no puedo traer a la memoria el tipo de percepción que tuve entonces, la forma en que vemos las cosas de niños. Veía la luna casi llena y comprendía que aunque la llamábamos luz de luna, no es, al fin y al cabo, más que luz del sol y que siempre vivimos en el resplandor de una estrella, sea reflejo o no. ¿No dicen que incluso el petróleo es tan sólo la energía comprimida del sol?

Dos personas pueden ver lo mismo de manera diferente —eso es obvio—, pero la idea de que la misma persona pueda ver lo mismo de manera completamente distinta, no sé. tiene algo que me perturba, abre un vacío entre mí y aquellos tiempos, como una silla vacía entre dos personas.

Aproximadamente una hora más tarde llegué a un paso a nivel, un trecho de asfalto desmenuzado. A lo lejos, sobre una franja de tono malva que ribeteaba una colina recortándola sobre el filo del cielo, vi una luz que se movía a la velocidad de una estrella. Se fue haciendo más brillante hasta que se dividió

en dos. El coche era un Land Rover blanco, según descubriría, y trabajaba para la ONU, de manera muy similar a los Land Cruisers y Pajeros tan ubicuos entre las organizaciones de ayuda en el tercer mundo hoy en día. Al acercarse, le hice señas y, después de explicarle mi apuro al conductor y ofrecerme a pagarle algo, me subí, Me llevaría al pueblo, lo que suponía un desvío considerable, me explicó, y a sus patronos no les haría gracia si se enteraban. Comprendí lo que quería decir.

Fue un trayecto espantoso, por carreteras totalmente inadecuadas para coches, y cuyo estado había empeorado incluso por las lluvias.

El conductor me dejó a más de un kilómetro de la aldea. Él no la conocía pero sí le sonaba la oficina de correos que yo fui capaz de nombrar y fue ahí donde me hizo bajar, antes de reemprender su camino. Mientras veía cómo se alejaba, me sorprendió lo raro que resultaba ver un inmenso coche blanco en una región del mundo que, yo ya lo sabía, carecía de electricidad, de agua potable, de carreteras decentes, que distaba todavía varias generaciones de la modernidad.

A partir de la oficina de correos de ladrillo y con tejado de hojalata, sólo había una ruta posible, siguiendo la carretera de tierra desmenuzada, que se estrechaba hasta convertirse en poco más que un sendero. Éste entraba más adelante en una espesura de matorrales de bambú, en la que el sendero se compactaba ya que quedaba protegido de las lluvias por los altos tallos colgantes que se alzaban con fuerza, golpeándose unos a otros, recortando el cielo que se extendía por encima en jirones negros y azulados incrustados de estrellas.

Entre el bambú y los matorrales crecían plantas de pinas silvestres, en lo que al principio me parecieron trechos de oscuridad, pero que con el tiempo descubriría que eran parcelas de tierra, a menudo en montículos elevados y que por tanto drenaban bien, que recibían rayos de luz a la hora del día en que el sol está más alto. Eran rojas, esas pinas, con restos del amarillo y el verde de las que conocemos, pero con un tono de rojo ocre, como flores de óxido. Y no eran los frutos monstruosos que se encuentran en los supermercados de por aquí, sino pequeñas, poco más grandes que una naranja, lo que era perfecto para introducirse en los pequeños espacios a los que llegaba la luz a la tierra. En los meses posteriores, cuando veía una pina brillando en un cono de luz del sol, me abría paso entre la maleza, me ponía a su lado y miraba hacia arriba

para ver lo que veía la piña, para encontrar el sol que había encontrado su fruto.

Cuando ahora recuerdo aquellas piñas, siempre pienso en una granada de mano. Es una imagen que he visto en algún sitio, casi con toda seguridad más tarde, una imagen sobrescrita en los recuerdos que ya tenía.[8]

Esto es lo que recuerdo. Hay una mujer acucillada junto a una hoguera, envuelta en el sari, y sopla a través de un trozo de bambú a la base del fuego. Había menos oxígeno en su aliento, se me ocurre ahora, que en el aire que la rodeaba, dado que era aire exhalado. Pero salía rápido por la caña de bambú de manera que las llamas se avivaban.

De adolescente, de vuelta en Gran Bretaña, creía que lo que había visto en mi infancia era una representación de un principio, el de un país natal sin política, que esos recuerdos construyeron una imagen de un tiempo y un lugar, que las cosas que había visto, las cosas que había probado y olido, que cuanto había acabado asentándose en el depósito de la memoria, conformaban un arco a partir del cual podría recrearse un mundo entero. Pero esa convicción fue diluyéndose a medida que crecía. Era una idea ambiciosa como punto de partida, pero incluso más que una ambición era simplemente una equivocación en su raíz, una premisa falsa: la de creer que es posible recrear un mundo. Fuera cual fuese el motivo, el caso es que perdí la fe en esa idea cuando fui interpretando el sentido de los recuerdos con más precisión. Algunas piñas crecen silvestres en un rincón de una remota parte del mundo: remota para mí.

Recuerdo un chiste sobre un matemático, un físico y un ingeniero que van en tren en Escocia. Al mirar por la ventana, el ingeniero ve algo que llama su atención.

«Mirad —dice—, ¡es una oveja negra! Parece que las ovejas en Escocia son negras.»

El físico niega con la cabeza. «Tonterías —dice—. Lo único que sabemos es que hay alguna oveja negra en Escocia.»

El matemático mira a sus dos amigos, suspira y con toda seriedad comenta: «Lo único que sabemos es que hay al menos una oveja en Escocia que tiene un lado negro».

En cada etapa, el mundo que irrumpe a través de nuestros sentidos se esfuerza por encontrar un punto de apoyo en nuestro cerebro. Podríamos comparar los recuerdos a los mensajes grabados en una cinta, pero

confundiríamos el mensaje, con el medio, o al revés, porque la memoria es la propia cinta. Cuando escucho mis recuerdos ahora, creo que lo único que me cuentan son historias sobre ellos. Lo único que sé es que en un rincón de la provincia de Sylhet en Bangladés. conmovido primero por la visión de pinas, había un niño, que se puso de lado para encarar el sol.

Cuando la espesura del bosque dio paso a un espacio despejado, vi un campo largo y ancho, con el aspecto ordenado de un cultivo. En su extremo más lejano ascendía hasta un montículo, sobre el cual había un árbol bajo y achaparrado de largas ramas que se desplegaban como las varillas de un paraguas.

Eran berenjenas, como acabé por descubrir, lo que se cultivaba en aquel campo, y durante las cuatro estaciones siguientes, cuando crecían y llegaban a la altura de mi pecho. *yo* ayudaba a recogerlas. Aun lado del campo, en un surco del suelo, que no tenía ninguna otra marea que lo señalara, estaba la tumba de mi abuelo.

Cuando, en 2005, murió el rey Fahd de Arabia Saudi lo enterraron al día siguiente en una tumba sin marcar, según las austeras prácticas de la variedad wahabí del islam dominante allí. Arabia Saudi no declaró ningún periodo de duelo oficial, no se arrió la bandera nacional y las oficinas gubernamentales no cerraron. La idea es que volvamos a Dios con nada, cada uno presentándose igual que los demás; la muerte, el gran igualador, trata igual al rey y al indigente. En el otro extremo del espectro, permítame añadir de pasada, si visitas los cementerios otomanos de Estambul, como los inmensos recintos en Eyüp y Karacaahmet, no sólo verás estelas de elaborado tallado señalando el lugar de la muerte del musulmán, sino que también encontrarás muchas lápidas coronadas con esculturas de sombreros y ornamentos de la cabeza que corresponden a la posición del difunto en vida: el fez del pacha, el tocado *bórk* del jenízaro y los *bashlyks* de los cortesanos. La clase y el cargo de los otomanos se conservaban en la muerte, una herejía, habría que pensar, a ojos de los musulmanes saudíes.

El montículo al final del campo pertenecía, como averiguaría más adelante, a la familia, pero era donde, con la bendición de mi abuelo, los hindúes de la zona llevaban a morir sus vacas, en una parte del mundo donde, históricamente, la variedad de las prácticas religiosas, no sólo el hinduismo. el budismo y el islam, sino diversas variantes de cada una ellas, se habían

desarrollado en paralelo. De hecho, muchas se mezclaron dando lugar a fes sincréticas, lo que es visible incluso hoy en día en las prácticas de los sylhetis musulmanes en Londres. Mis propios padres, recuerdo, asistieron en una ocasión a una convención de un gurú hindú o *swami*, celebrada en el Wembley Arena, y mi madre solía visitar a faquires hindúes en Londres para que le adivinaran el futuro. Todo esto, por cierto, no importa mucho porque sólo lo aprendería más adelante y sólo más tarde aún captaría la trascendencia de tales detalles en la guerra de 1971.

Entonces, al salir del bosque de bambú vi a mi izquierda el campo y el montículo, como te decía, A mi derecha quedaba la aldea. Mi cuerpo sintió que se relajaba, y noté que los tendones de las piernas empezaban a ceder al cansancio. Me acerqué al racimo de casas y chabolas de barro que constituían la finca de mi familia, las casas de mis abuelos y sus hijos. Tal vez podía considerarlo una especie de hogar. Algo de la infancia me llegó, no un recuerdo sino un eco escuchado muchos años después.

La luz de luna proyectaba un polvo blanco azulado sobre la zona y vi la luna misma que rebotaba de la superficie de piel tirante del estanque para romperse sobre las hojas de los cocoteros, metamorfoseándolas en antorchas de verde aterciopelado. De vez en cuando, oía los saltos mortales de los peces del estanque, mientras alrededor procedente de todas partes y de ninguna a la vez me llegaba el canturreo de los grillos, los gecos y las ranas de zarzal, fundido en un único ronroneo.

Un recuerdo en mi interior intentaba abrirse paso hasta la conciencia. Pero saber que en el pasado viste las mismas cosas, un paisaje, una aldea y una casa, de un modo completamente distinto a como las veías ahora, y saberlo sin ser capaz de traer a la memoria el recuerdo mismo, puede causar una sensación de incorporeidad. Es como si con el transcurso del tiempo, el cuerpo se hubiera dividido en dos, como si se hubiera producido una mitosis del hombre y su memoria, que primero separa al niño de su yo más infantil y más tarde al adulto del joven, como la imagen de la evolución humana: del primate que va a gatas, pasando por el salvaje semihumano, encorvado, hasta llegar al orgulloso heredero de la tierra, el *Homo sapiens*, que camina erecto, cada uno de ellos apareciendo tras abandonar a sus predecesores, cada etapa nada más que una preparación para la siguiente, y al final la infancia queda atrás, dejada de lado.

Entonces vi una figura en la galería de la casa principal, sentada en el escalón. Distinguí el destello de un largo cabello negro, iridiscente en la oscuridad, y la caída de un sari blanco sobre la figura doblada. La cabeza de la mujer se apoyaba en sus brazos cruzados, que a su vez abrazaban sus rodillas encogidas. No me ha visto, pensé, me quedé allí, asimilando los regalos de mis sentidos, con los grillos puntuando el aire, el bosque alzándose por detrás de las cabañas, las copas de los árboles entretejiéndose en la urdimbre azul de la noche, una luna resplandeciendo en el cielo y otra flotando sobre la superficie del estanque. Cogí una piedra suelta y la arrojé al estanque para ver cómo removía el agua en una vibrante luminosidad, con una notable precisión geométrica.

La mujer estaba ahora a unos pasos de la galería, los blancos de sus ojos captaban la luz, el pelo brillaba, intenté imaginar qué aspecto debía de tener yo para ella, pero estaba demasiado cansado y lo único que veía era mi propio cuerpo desmoronándose.

Los dos nos acercamos caminando y cuando estuvimos delante, nos detuvimos un instante, mirándonos el uno al otro. Por entonces ella mediaba la veintena, era esbelta y hermosa, y no creo que yo olvide jamás la ternura de su mirada. Levantó la mano y la ahuecó para cogerme la mejilla luego la dobló por detrás de mi nuca y me acercó a su pecho, abrazándome con fuerza. Mi cuerpo cedió y el agotamiento del día se abatió de repente sobre mí. Así es cómo empecé los siguientes cuatro años de mi vida en una aldea de la esquina noreste de Bangladés. Fueron los años más felices de mi vida, pero empezaron con lágrimas.

4

BIENVENIDO A CASA O LA MADRE DE LOS EXILIADOS

El conocimiento, en especial el conocimiento poco grato, no puede ser totalmente ocultado mediante ningún artificio ni siquiera a aquellos que no lo buscan. La sabiduría, dijo Esquilo hace mucho, llega a los hombres quieran o no. La casa de las ilusiones es de construcción barata, pero vives sometido a corrientes de aire y puede derrumbarse en cualquier momento, y seguramente es más prudente sacar nuestros muebles a tiempo a la intemperie que quedarse dentro hasta que nuestra vivienda se desmorone a nuestro alrededor. Es, y debe serlo a largo plazo, mejor que un hombre vea las cosas como son en lugar de ignorarlas.

—A.E. HOUSMAN

La imagen de la condición humana aquí presentada es, en muchos sentidos, perturbadora. Puede que eso sea una razón para que algunos no lean el libro, tal vez aquellos que no estén familiarizados con la forma del discurso filosófico, o los jóvenes, o los muy susceptibles, y aquellos que tienen propensión a la depresión. Ruego al posible lector que lo tenga presente.

—SAUL SMILANSKY,
filósofo, *Free Will and Illusion*, nota del autor

De corazón me dediqué a la sabiduría, y también a entender las locuras y los desvaríos. Y supe que aun esto era aflicción de espíritu, pues en la mucha sabiduría hay mucho sufrimiento; y quien añade ciencia, añade dolor.

—ECLESLASTÉS, 1: 17-18

En el mes que transcurrió antes de que Zafar hablara por primera vez de Emily, él y yo establecimos con naturalidad una rutina. Yo le di un juego de llaves para que entrara y saliera cuando quisiera y, tras insistirle, se instaló en la buhardilla de nuestra casa, que manteníamos como un piso prácticamente independiente para las visitas y contaba con un dormitorio grande, un lavabo y un cuartillo bajo una ventana que daba al sur y que servía de estudio—salón. Tenía incluso una *kitchenette*. aunque Zafar corma conmigo y, al principio, también con Meena cuando estaba en casa a la hora.

La empresa de Meena, como muchos bancos de inversión, se estaba llevando la peor parte en la caída en los mercados de bonos y acciones. La mía había tenido algunas pérdidas debido a su considerable implicación en títulos respaldados por hipotecas y otras líneas de negocio vinculadas a los mercados *subprime*, de alto riesgo, pero las pérdidas habían sido limitadas porque habíamos identificado un aviso de alarma y habíamos estado atentos cuando sonó. Aun así, por más modestas que fueran las pérdidas, yo estaba en el medio.

No es que no contara con apoyos. Varios socios, entre ellos algunos *seniors*, habían hecho un aparte conmigo, aunque sólo individualmente, para decirme que reconocían que la firma entera había apoyado plenamente mi proyecto de levantar el negocio de los títulos respaldados por hipotecas y que ahora sería una hipocresía que alguien sugiriera que yo debía ser el chivo expiatorio por el hundimiento de ese sector.

Yo pasaba menos tiempo en el trabajo, la mayor parte ayudando al grupo de derivados a deshacerse de sus posiciones. Y ahora, con el desplome del mercado de derivados hipotecarios, me quedaba más tiempo Ubre, más tiempo—no se me escapa la ironía— *en casa*, esa casa, la mía, la casa donde, si no fuera por la llegada de Zafar, habría querido pasar menos tiempo. ¿Pasar el tiempo? Yo sabía qué hacer con el dinero, cómo sembrar y recoger en los

mercados, pero con el tiempo ¿qué haces?, ¿cómo inviertes el tiempo?, ¿y cómo aprendes a hacerlo?

De hecho, hubo una época, no hace tanto, en la que el trabajo dominaba por completo la vida, en la que yo era mi trabajo, cuando me producía tal placer que trabajar era la forma de recuperarse del propio trabajo. Pero eso se ha acabado. Todo ha cambiado.

En aquel primer momento tras el regreso de Zafar, parte de este nuevo tiempo lo pasaba con él, a veces en casa. Pero a menudo íbamos a dar largos paseos, por diversos lugares, junto al río, o en Hampstead Heath o por las plazas georgianas de Bloomsbury tras quedar en el British Museum o la British Library.

Aunque hablábamos de vez en cuando sobre mi trabajo y los mercados financieros en general, a mi nunca me apetecía y, además, quería saber más de su vida. Mi interés, empecé a darme cuenta, procedía de esa zona del alma a la que pueden llevarnos las circunstancias, donde nos sentimos obligados a reevaluar las cosas, las que tenemos por más obvias, las más básicas: el papel del amor, el significado del trabajo, el paso de los días y de una vida entera, *el viejo orden*, como lo describiría Zafar. La frase *ya no estoy cómodo con el viejo orden* la había utilizado Zafar con frecuencia hacía años y hoy sé, tras buscarla en internet, que procede de un poema llamado «El viaje de los Reyes Magos» de T. S. Eliot, que nació en St. Louis, Misuri, pero convirtió a Inglaterra en su hogar. La referencia de Eliot a la incomodidad del mago con la vieja dispensa se entiende que refleja su propia incomodidad, tras su conversión al catolicismo inglés, rodeado de ateísmo y de un cristianismo superficial. No sé cuánto de eso sabía Zafaren nuestros años universitarios, cuando parecía soltar la frase a la que se le presentaba la menor oportunidad. Sonaba pretenciosa en boca de un estudiante, aunque, claro, yo no tenía ni idea de la referencia. Pero ahora me pregunto si es posible que, en comentarios desperdigados aquí y allá, comentarios como ése, uno pudiera haber percibido los diminutos primeros pasos de la marcha de cuanto iba a desplegarse a lo largo de los años posteriores. Una tendencia muy humana nos lleva a buscar rótulos que indiquen antes de tiempo lo que es el presente. Por ejemplo uno es apenas capaz de oírse a sí mismo por encima del griterío de economistas y políticos que afirman haber visto hace mucho los indicios del desastre financiero y económico, por no decir que lo habían previsto.

En un restaurante mal iluminado de Knightsbridge. Zafar habló de Emily. No empezó por cuándo la conoció sino por la tarde en que conoció a su familia, a su madre y a su hermano. Ahora entiendo, claro, que su relación con Emily nunca fue una relación con una persona ni tampoco un compromiso con una única familia. En esa relación con una familia concreta. Zafar encontró una versión de Inglaterra, e incluso de Occidente (aunque nunca expuso su relato en términos tan rimbombantes), una versión que le había obsesionado. En esa relación se había visto obligado a enfrentarse a sus demonios, como suele decirse. Él habría dicho que éste era un análisis incompleto y, justo es reconocerlo, su propia explicación no despachaba los problemas de su vida con una simplicidad tan burda.

Nada de lo que pueda decir sobre mis sentimientos en los primeros días que siguieron a su reaparición da realmente cuenta de la profundidad de mi deseo de hablar con él y de escucharle. Todavía tenía que entenderlo yo mismo o, al menos empezar a entenderlo. Había algunas razones obvias, y ya las abordaré, pero no justificaban la sensación de urgencia y de implicación. Sin embargo, el párrafo precedente pone de manifiesto algo que no había visto claramente antes, algo que ayuda a explicar un poco más.

En Zafar yo siempre había percibido una manera de estar, un posicionamiento hacia *el mundo*, que él tenía una posición frente a lo que le rodeaba, donde los otros me parecían que meramente adoptaban posturas ante la gente que conocían. Sé que en realidad el contraste no era tan marcado como lo he expresado, pero lo redacto de un modo que deje más claro la idea subyacente. Por mi parte, nunca me había planteado mi propio posicionamiento, ni siquiera si tenía uno: no sabía cuál era la posición que asumía frente al mundo. Si todo esto suena vago, dejémoslo así, al menos por el momento.

Lo que yo sabía de Emily y su familia antes de cierta tarde de mediados de los años noventa en la South Asia Society de Nueva York, el día en que yo creí por un tiempo que Zafarla había conocido, era fruto básicamente de rumores y de su reputación, aunque algunos detalles me llegaron de primera mano. Robín y Penelope Hampton-Wyvern tenían dos hijos. Emily y James. James era un año menor. Los padres se divorciaron cuando Emily y James eran adolescentes, aunque ya antes del divorcio corrían chismes de un matrimonio infeliz. Los Hampton-Wyvern —Penélope (que conservó el apellido de

casada), Robín y la nueva esposa de éste. Auné— vivían en el barrio de Kensington y todos eran conocidos en los círculos sociales más rancieros de esa parte de Londres.

Yo los conocí en la escuela. James era un chico desgarrado por entonces, que iba erguido en su ropa como un esqueleto de alambre, con una pelambarrera ondulada que siempre tenía la pinta de haber sido puesta en su sitio con unos cuantos machetazos de peine. La primera vez que lo vi —en Eton donde los dos estábamos internos— fue en una cancha deportiva un día frío, en un partido de fútbol contra Winchester, al que yo asistía a regañadientes como espectador, obligado a ir para apoyar al equipo. James estaba con las rodillas pegadas, moviendo la cabeza pero sin seguir las mareas de la acción en el campo sino una fuerza más remota, con todo el aspecto de hallarse en cualquier sitio menos en el partido. A mí todavía me gustaba el béisbol, un legado de los años americanos, pero no me decía gran cosa el fútbol — el soccer, lo llamaba, como en Estados Unidos— con sus patadas y golpes. En eso, James Y yo encontramos una causa compartida. Aunque yo era dos años mayor que él, acabamos llevándonos bien. A él lo consideraban un solitario, al que le gustaba pescar y cazar y que evitaba los deportes de equipo tanto como era posible en la escuela. La historia oculta es que le había afectado mucho el divorcio de sus padres y se había encerrado en sí mismo. Tal como son los chicos, y más los de las escuelas privadas, este tipo de observación nunca se hacía en voz alta, pero la idea latente entre sus colegas quedaba en evidencia por el hecho de que cuando se filtró la noticia de que los padres de James se habían divorciado, los chavales de su residencia le mostraron una atención desacostumbrada, invitándole a todas sus actividades y en general atenuando el tipo de guasas punzantes que caracterizan el haber crecido en una escuela como ésa.

El padre, Robin Hampton-Wyvern, era un juez del Tribunal Supremo que se había hecho un nombre como exitoso *Queen's Counsel* en materia tributaria antes de ser ascendido a la magistratura. Robin era un hombre alto, con una mirada penetrante atenuada hasta cierto punto por una tez rubicunda; Somerset Maugham habría dicho que tenía un color subido, si he entendido bien el sentido de la frase, Dudo en describirlo como inglés porque creo que tenía algo de escocés, descendiente de los Bruce, según parece, aunque puede que no sean más que habladurías. Tampoco creo que importe. (También corría el

rumor de que un antepasado se había cambiado el nombre, añadiendo un apellido u otro. Hampton o Wyvern. para diferenciarse de un pariente con fama de canalla. Por supuesto, el gesto tiene que ver con la genealogía; los Sajonia-Coburgo-Gothas vienen a la memoria.) El hombre era un caballero afable que no mostraba las reticencias de otros abogados a ayudar a amigos y conocidos con asesoría legal. Mis propios padres le habían pedido en una ocasión que les recomendara un abogado para aconsejarles sobre cómo crear fideicomisos familiares para los fondos enviados por mis abuelos en Pakistán. Robín se empeñó en ocuparse del asunto en persona y se negó a aceptar ningún pago. Mi abuelo hizo que Harrods le mandara cuatro cajas de whisky puro de malta. Zafar adopta una perspectiva que yo considero bastante cínica sobre la generosidad de Robín y la cree un medio con el cual éste establecía lazos de deudas de gratitud con otros, a quienes podía recurrir si y cuando se presentaba la necesidad. No cabe duda de que aquellos a los que aconsejaba, amigos y vecinos que pertenecían al mismo círculo social, eran gente prominente y con influencia en una amplia gama de senderos de la vida, pero tiendo a atribuirle unas intenciones más generosas, a falta de pruebas palmarias de lo contrario. Zafar sostiene que la gente puede verse movida a actuar en ciertas circunstancias no por la expectativa consciente de la reciprocidad sino según motivos condicionados de los que no se dan cuenta. Enfocado de ese modo, es decir en ásperos términos psicológicos de motivos inconscientes, resulta difícil de discutir, pero sigo teniendo mis dudas para formarme una imagen negativa de una acción que sirve para algo bueno (lo que diría Zafar, no lo convierte en una «buena acción») y sustituirla por una endeble creencia en que los motivos que subyacen a la acción puedan ser impuros. Y todavía me siento menos inclinado a despreciar un acto positivo cuando el que lo realiza no tiene ni idea de sus propios objetivos egoístas inconscientes. He sacado esto a colación, puede que extendiéndome demasiado sobre la cuestión, porque este asunto, la cuestión de los límites entre la conciencia y el autoengaño, han preocupado a Zafar. Él ha hablado al respecto, y sus cuadernos vuelven una y otra vez sobre el tema.

Cuando Zafar conoció a Emily, yo no sabía gran cosa de Penélope. Sí mis padres hablaron alguna vez de ella, no fue en mi presencia. Se sabía, claro, que su madre era la baronesa Hardwick, que hablaba en la Cámara de los Lores de cuestiones sociales, y había sido designada por Margaret Thatcher.

En su época, la baronesa había sido una habitual de la prensa local del Royal Borough of Kensington and Chelsea, donde había sido un incondicional paladín de los valores familiares y advertía a las madres solteras y a los padres delincuentes que se reformaran o se largaran, tras haber hecho cuanto estaba en sus manos, se decía, para aprobar una nueva política de vivienda que pretendía desalentar la mudanza de chusma al barrio.

He visto una fotografía de la baronesa, una imagen bastante curiosa colgada en el baño privado anexo al dormitorio de Emily en su apartamento, un lugar de por sí ya bastante raro para eso, me parece. La baronesa aparece fotografiada con el dalái lama, los dos solos, juntos. El fondo indica que la imagen se tomó probablemente en la Cámara de los Lores; me pareció reconocer el salón, he estado en la Cámara para cenar con un amigo de mi abuelo. En la fotografía, la baronesa se esfuerza visiblemente por sonreír. Parece un poco perdida, como si estuviera en terreno desconocido. El dalái lama parece en su propia casa.

Zafar describió una vez a los Hampton-Wyvern como descendientes de la estirpe que puebla las laderas de las colinas de la aristocracia, una tierra de nadie, cuyos logros dan a los que llegan más alto un escudo de legitimidad. Emily era alumna de Wycombe Abbey, una de las principales escuelas inglesas para chicas, que mantenía lazos con Eton: las hermanas de varios etonianos asistían a la escuela. Le habían dado una beca —una rebaja de la matrícula— como reconocimiento a su propensión general a sobresalir en todo lo académico.

Tras el divorcio de los Hampton-Wyvern, mis padres mantuvieron cierta relación con Penélope, debida en parte a otra relación más antigua e indirecta que teníamos con la familia, la segunda vía de mi contacto con ellos. Penélope era amiga de Aisha Marwan, una *socialite* paquistaní de una familia militar que conocían mis padres. Mi abuelo y el padre de Aisha habían servido en las fuerzas armadas, y ambos habían sido rápidamente ascendidos en el vacío dejado por la oficialidad británica al retirarse en 1947. Mis padres hospedaban a Aisha durante unos días en Oxford e incluso le dejaban el uso exclusivo del apartamento que conservábamos en Kensington cuando se presentaba en el Reino Unido, en una excursión anual, «para tomarlas aguas de la civilización, querida». Pero mis padres nunca la acogieron con mucho cariño, la acomodaban porque era su deber, y la aceptaban como una visita

divertida. Ella y su marido, un hombre al que raramente mencionaba, mantenían una granja de sementales en las afueras de Lahore. donde, por lo que sabíamos, ella pasaba la mayor parte del tiempo, montando a caballo y bebiendo Pimm's cuando no asistía a suntuosas fiestas en la ciudad.

El objetivo de Aisha en la vida era hacer circular la información en sociedad como si fuera hemoglobina en el cuerpo. Hablaba de todo lo que había oído y visto, cotilleaba de sus amigas más íntimas y de sus peores enemigas, sobre conocidos y sobre gente a la que no había visto nunca pero que parecía muy viva en su imaginación. La emoción con la que contaba lo ya sabido evidenciaba para mí una completa indiferencia por la distinción entre información de primera y de segunda mano, así que nunca quedaba claro si ella había estado de hecho presente cuando, por ejemplo, el anterior presidente de Pakistán, el general Musharraf, presuntamente se había emborrachado en un baile de oficiales y, dijo ella, se meó en el lavamanos del aseo de señoras mientras le tiraba los tejos a la esposa del embajador de Noruega. Yo nunca saqué gran cosa de sus historias y creo que la excitación de mis padres también fue disminuyendo poco a poco. Sin embargo y llamativamente, Aisha contaba muy poco de Penélope.

Cuando Zafar me hablaba de Emily y su familia, y, ya puestos, de todo lo demás, había momentos en que me daba la impresión, lo había como si estuviera hablando a una tercera persona, alguien que desconociera su historia por completo. En aquel momento, yo todavía no había leído sus notas; sólo más tarde vi que su narración oral se inspiraba en gran medida en sus escritos, como si, al menos en parte, estuviera recitando. Y ahí estaba la grabadora, una presencia que ejercía un poder mágico en nuestra conversación. Cada vez que la encendía. Zafar, en el mejor de los casos, se limitaba a asentir con la cabeza para indicar que se había dado cuenta, como si, me parece ahora, comprendiera por qué me había acostumbrado a ella. Entre sus palabras recitadas y mi gesto de encender la grabadora, yo hacía mi propia confesión. Y cuando parecía dirigirse a una tercera persona, tal vez se trataba de una forma de hacerme escuchar como si lo que decía fuera nuevo, enunciado por primera vez, a partir de cero.

Creemos que conocemos bien a muchas personas, tenemos la sensación de saber qué son, qué los mueve en el mundo. ¿De cuántos pensamos así? Podríamos contarlos. Pero cuando pensamos en cuánta gente a su vez creemos

que nos tiene calados, las cosas se vienen abajo. ¿Quién nos conoce de verdad?, ¿nuestros padres? Mientras crecía, tal vez los míos, sí. Durante mi adolescencia, incluso en la universidad, mis padres hacían un seguimiento en directo de mi vida, pero ahora creo que en realidad lo que habían era vigilar mi crecimiento. Estaban, como diría Zafar, asistiendo en primera fila al desarrollo y las necesidades temporales del niño hasta que llegara a la madurez, cuando esa criatura levanta el vuelo, de una manera no muy distinta a otros primates. En algún momento del camino, imperceptiblemente, como el que supera el punto medio de un túnel, emergí a la madurez y la independencia para descubrir que mis padres se habían apartado de mi vida, volviendo a las suyas. Ellos me conocían, por así decirlo, dentro de ciertos parámetros.

Y entonces mis preocupaciones pasaron a ser brevemente *nuestras* preocupaciones, las de Meena y yo, aunque esa luna de miel de armonía, esa unidad de esperanzas, amores y temores fue efímera (aunque lo bastante prolongada para que el emparejamiento hubiera tenido descendencia, si hubiera existido una intención compartida al respecto). Y ahora mis preocupaciones me pertenecen de una forma tan clara y exclusiva a mi y sólo a mi que, cuando vuelvo la mirada a aquellos días de ensueño con Meena, me pregunto si no serían meramente un autoengaño, una bruma de ilusión fruto de las endocrinas, una suspensión de las facultades mentales que desbrozaba el camino para el emparejamiento. Había pasión. Sabe Dios que hubo pasión. Creíamos que esa pasión era la prueba de la profundidad de nuestro amor mutuo, cuando en realidad dejaba al descubierto la intensidad de la soledad que nos había empujado al uno hacia el otro, que nos había predispuesto a la intimidad del acto y la fantasía que lo alimentaba.

Pero ese deseo iluso es sólo una de las variedades del autoengaño para animarnos a creer que conocemos a otro ser humano y, de paso, que nos conocemos a nosotros mismos. Esa fe en haber calado a los demás se pierde cuando empiezas a pensar en cuántos crees que te conocen de verdad a ti. El número mengua a ojos vistas.

Mi amigo se me presenta ahora como varios Zafar. Está el Zafar de nuestros años de facultad, el Zafar que reapareció ante mi puerta, el Zafar que me reveló su propia historia, y otro Zafar en las páginas de sus cuadernos. Tal vez siempre había sido demasiado múltiple y diverso para conocerle, pero me parece más probable —parafraseando algo que leí en aquellos cuadernos—

que la verdad sea más sutil y que las únicas respuestas que escuchamos cada uno de nosotros son las de las preguntas que somos capaces de formular.

Aun así, una cosa es ignorar cuanto había sucedido durante los años en que había estado desaparecido y otra muy distinta no haber visto nada de lo que había pasado ante mis propios ojos. Creía que yo le había presentado a Emily, pero hasta en eso me equivocaba, algo que uno pensaría imposible.

Poco después de que le pidiera la mano a Meena, se reunieron mis padres y los suyos. Mi familia fue a Wolverhampton desde Oxford. Mi abuelo iba con nosotros: por teléfono, desde Pakistán, había insistido en que mis padres pospusieran la visita a los de Meena una semana de manera que él pudiera volar a Londres y acompañarnos. Yo soy el mayor de sus nietos, y el primero que iba a casarse. Yo ya había conocido a los padres de Meena, y me parecieron una gente encantadora. El padre tenía una tienda de alimentación en un barrio de Wolverhampton, donde vivían y donde había nacido ella. Su familia era originaria del Punjab, como la mía. Pero, a diferencia de la mía, sus antepasados se fueron del Punjab a Kenia en el torbellino de emigraciones masivas en busca de trabajo en otras partes del Imperio británico. En Inglaterra, su madre se quedó en casa, que estaba encima de la tienda, y crió a Meena y a sus dos hermanas mayores, que ya se habían casado y hacían su vida. Reunidos en un salón lleno de sofás, todos hablamos en inglés, básicamente por mi, aunque Meena reconoce que su urdu chirría un tanto. Pero de vez en cuando, la reunión saltaba al urdu y entonces parecía que en el salón crecía la intimidad gracias al idioma y las referencias compartidas. Todo fue muy fluido, me pareció.

Durante el trayecto de vuelta, mis padres dijeron que habían pasado un rato agradable y que les parecía que los padres de Meena eran buena gente, pero que lo que de verdad importaba era si Meena y yo encajábamos. Eres tú el que debe juzgarlo, dijo mi madre. Mi padre no habló mucho, con lo que era como si permitiera, me pareció, que mi madre ofreciera la visión conjunta. Pero, ya en casa, avanzada esa noche, mi abuelo hizo un aparte conmigo en la biblioteca.

—Es un encanto de chica —dijo mi abuelo—, *bette*. y tu madre tiene toda la razón en que lo principal es que te guste a ti, no que nos guste a nosotros, ni ella ni su familia, que, por supuesto nos gusta, son buena gente, No estoy diciendo que te estés casando por debajo de tu nivel si te casas con Meena,

Esas ideas son simplemente inaceptables en estos tiempos modernos en los que vivimos. Ahora estamos por encima de esos prejuicios.

Se acomodó en un sillón y dejó su whisky en la mesa. Yo me senté.

—Pero hablemos a corazón abierto, de abuelo a nieto, ¿te parece, *bette*?

Mi abuelo se dirigía a mí como «*bette*», un término afectuoso en urdu que yo creía que se reservaba para los hijos. Mis propios padres se dirigían a mí por mi nombre, aunque de vez en cuando mi madre me llamaba «cariño» en inglés, que era, claro, la lengua en la que nos comunicábamos.

—Por supuesto —dije—. Debes saber que tus opiniones me merecen un gran respeto.

—Espero habérmelo ganado, *bette*. En ti hay mucho de tu padre, ¿lo sabes? Sí, mucho. Él tiene, *mashallah*, un matrimonio estupendo, como bien sabes, pero pienso lo siguiente: en no poca medida se debe a un encuentro de mentalidades, un marco cultural compartido, ya me entiendes. Puede que parezcan muy modernos y, de hecho, tus padres son gente muy moderna, *bette*. Pero creo..., y es en esto donde tú debes decidir solo, que lo han tenido bastante fácil.

—¿En qué sentido?

Entonces mi abuelo hizo una pausa y apartó la mirada.

—Han podido dar por sentados los valores que comparten y la posición social que ocupan, sin tal vez reflexionar sobre el papel que han desempeñado esos detalles en su matrimonio y, ya puestos, en sus vidas.

—Que es...

Una vez más se abrió una brecha entre nosotros cuando sus ojos se apartaron de los míos, y de repente me pregunté si, en lugar de buscar las palabras lo que estaba haciendo no sería morderse la lengua.

—Una posición social compartida es un pegamento que une a las personas, te fija en un cuadro más amplio de familia y amigos y personas de mentalidad similar.

Mi abuelo hablaba con diplomacia, pero su mensaje quedaba meridianamente claro. Yo iba a casarme por debajo de mi nivel y él creía que eso podía dar lugar a problemas. Yo amaba a mi abuelo, pero mientras miraba al viejo soldado sentado en el sillón, al titán de la industria paquistaní, veía a un hombre cuyas casas estaban atestadas de sirvientes respetuosos, un hombre que no podía soportar «todas estas colas que tiene que hacer uno en Londres y

Nueva York». Él no era, al fin y al cabo, nada moderno. Fui capaz de consolarme con la idea de que tal vez no podía esperarse una actitud moderna de un hombre de su edad, alguien que había vivido con ideas que nunca necesitaron definirse, ni someterse a ningún examen.

Pero su sugerencia de que el éxito del matrimonio de mis padres se cimentaba en un estatus de clase compartido sí me inquietó. Yo sabía que otras familias preferirían que su hijo se casara con alguien de fuera, con un occidental —que siempre quería decir un blanco—, antes que con un paquistaní de clase o linaje inferior. Pero eso pasaba en las demás familias, en la mía no, ¿o sí?

Yo había acabado viendo a mi padre como un académico torpón, tierno, con la cabeza siempre perdida en sus pensamientos, y a mi madre como una mujer dinámica, lanzada y segura de sí. Eran dos personas con amigos en círculos variados que giraban a su alrededor, cuyo compromiso con la educación y los valores de la modernidad era tangible en las ideas que manifestaban, con palabras, con sus suscripciones a *Amnesty*, *The New York Review of Books* y el *New Statesman*. Pero ¿estaba tan claro que ellos se habían liberado del prejuicio clasista de mi abuelo, tanto como creía que lo había hecho yo mismo? El mundo, al avanzar, había obligado a hombres como mi abuelo a hablar de cosas que antes se callaban; enfrentados a la vulgar mención de dase, tales hombres tensaban las palabras de las que disponían. ¿Era posible que el mundo que mutaba no hubiera llevado a mis padres tan lejos, que no hubieran asumido el haber roto con el pasado, ni se hubieran liberado por entero de las dejas expectativas?

Pero recordé el relativo silencio de mis padres en el coche cuando volvíamos de Wolverhampton y las pocas palabras que pronunciaron. Fue el comentario de mi madre: *Son buena gente, dijo, pero que lo que de verdad importa es que Meena y tú encajéis*. Mientras mi abuelo acunaba su whisky, pensé en ese «pero» clavado en medio de la frase pronunciada por mi madre, el eje de sentido del que ahora la duda irradiaba en círculos.

Me casé con Meena por amor. Cuando nos casamos, Meena tenía unos gustos y unos propósitos simples, que yo veía en aquella mochila desgastada y con manchas que llevaba colgada del hombro, y me encantaba la franqueza despojada que destilaba. Ahora tiene equipaje. Un bolso de Gucci que siempre factura y una maleta de cuero que puede llevar en cabina, con un abultado

broche dorado cuyo logo de Prada nunca deja de centellear.

Década y media más tarde, han cambiado mucho las cosas. Lo que siento ahora no es una familiaridad cargada de cinismo. Tampoco esa familiaridad que, se nos dice, desgasta las relaciones, esa rutina monótona y el embotamiento de los sentidos al presenciar los mismos rituales, los mismos comportamientos, un día sí y otro también. No fue la familiaridad nuestra desgracia sino más bien el cambio. Zafar no estaba de acuerdo con esto y decía que el cambio ya estaba dentro de mí, como una energía potencial que siempre estuvo ahí. Con el tiempo, dijo, era inevitable que Meena me pareciera imperfecta. Cada hombre, dijo, lleva consigo su propia pira, lo que sonaba a otra de sus referencias literarias. Pero creo que Meena y yo cambiamos. En el pasado me preguntaba si habría entendido mal algo al principio, si no habría sabido interpretar algún signo, si habría cerrado los ojos mientras tenía el corazón abierto. Pero he dejado de hacerme esas preguntas. Durante, un tiempo habíamos caminado juntos, y entonces en algún punto del camino cada uno fue por su lado.

El estado actual de nuestra relación era insostenible. íbamos a pasar por el ritual de las parejas más modernas, la separación temporal. A su regreso de un rápido viaje de trabajo al extranjero, en lugar de volver a casa se instaló en uno de los apartamentos con servicio de su empresa en Knightsbridge. Estaba claro que habría más cambios. Aunque tengo que aceptar que la presencia de Zafar, el escuchar su historia, y el dejar que entrara en mi vida alguien a la vez extraño y familiar, influyeron en el ritmo e incluso en la dirección que tomaban mis propios asuntos. Para ser preciso, eso —él— ha influido en cómo veo las cosas. ¿No es eso marcar una dirección? Cómo uno ve el pasado, cómo ve el presente, ¿acaso no señalan el camino por delante? ¿O vamos a darles la razón a esos administradores de fondos que hay detrás de los ridículos anuncios de fondos de inversión, en los que ensalzan su historial subrayándolo en negrita mientras ocultan en la letra pequeña la realidad de que los resultados pasados no sirven de referencia para el futuro y que nada hay tan inseguro como un valor bursátil?, ¿el hacer que la mitad de letra del texto sea más pequeña puede evitar la contradicción inherente del conjunto?

Nací en 1969 en la ciudad de Princeton, en Nueva Jersey, donde vivíamos a unas calles de Library Place, en una zona tranquila y arbolada de la ciudad salpicada de casas victorianas y coloniales de dos Y tres plantas, algunas

pintadas con colores pastel, todas con patios espaciosos.

Había otros licenciados que se habían casado, algunos ya con hijos, pero a diferencia de esas familias, que vivían en apartamentos, mis padres y yo vivíamos en una casa que mi padre pudo comprar inmediatamente gracias a la generosidad de mi abuelo. Fui a la guardería y a la escuela primaria en Princeton, por sus calles serenas y hermosas, en el tipo de vecindario internacional que encuentras en ciertas ciudades universitarias de Estados Unidos. La mayoría de mis compañeros de clase eran hijos de profesores, de hecho me cuesta recordar a alguno que no lo fuera. Todavía mantengo contacto con algunos de los amigos que hice allí y he sabido que muchos de nuestros compañeros ocupan puestos respetables, unos se convirtieron también en profesores, otros se hicieron abogados, banqueros y políticos. Dos son miembros del Consejo de Asesores Económicos del presidente, lo cual es una representación desproporcionada para una única escuela primaria americana.

A través de los padres, todos los rincones del mundo estaban representados en aquella escuela. Los semestres eran, en mi recuerdo, largas sucesiones de actos que señalaban las fiestas religiosas, los años nuevos y misteriosas celebraciones de todo el globo. En la década de 1970, Princeton ya tenía a varios profesores y estudiantes del sur de Asia, sobre todo de India, pero también algunos de Pakistán. Conocía a un chico paquistaní y a otro indio, pero nunca quedaba con ellos fuera del colegio, Los niños sudasiáticos en Princeton jugaban a críquet, mientras que mi padre, todos los sábados me llevaba en coche al Mercer County Park para que jugara en la liga infantil de béisbol y, de hecho, todavía conservo el primer guante que me compró, En Eton, unos años más tarde, intenté poner en marcha un equipo de béisbol, reuniendo al contingente americano. Aunque ¿hasta qué punto eran leales a su país los americanos que habían sido enviados a instruirse a Eton? No llegó a arrancar; creo que los profesores lo miraron con suspicacia mientras que los chicos posiblemente lo consideraran una versión inferior del críquet.

En casa hablábamos sólo inglés. Mis padres no comentaban la política paquistaní ni nada de Pakistán, Sin embargo, nuestra comida sí era paquistaní, mi madre seguía siendo una cocinera estupenda. Digo que la comida en casa era paquistaní, pero debería añadir que en Princeton mi madre se aficionó a la repostería. Hasta hoy mismo prepara al horno la más americana de las comidas, el pastel de manzana, y lo hace mejor que nadie que conozca en este

mundo.

Y allí estaba Crane, el Crane de mi infancia, el niño que era mi mejor amigo en primaria y que tiene su lugar en esta historia. Crane entraba y salía de mi casa a todas horas, pues la suya era una casa triste, pienso ahora, no tan acogedora, mientras que la nuestra estaba llena de gente que iba y venía, convertida en un hervidero de jóvenes profesores en la primavera de la vida, llena también de los olores de una comida extranjera, de especias picantes, y con un padre presente. Entre semana, el padre de Crane vivía en Manhattan, aumentando su fortuna en las finanzas, levantando la agencia de calificación crediticia que había fundado y que, con el tiempo, me pondría la soga al cuello. En los años noventa. Forrester, la agencia, se convertiría en una especialista en calificar obligaciones colateralizadas mediante deuda y títulos respaldados por hipotecas; por mi parte, en el curso de mi trabajo, tendría ocasión de conocer al hombre en cuestión, Forrester padre, pero me estoy adelantando. Mis padres y él se habían conocido en una de las fiestas de mi abuelo en Nueva York. Resultó que todos tenían sus casas en Princeton y así se hicieron amigos. Su hijo y yo fuimos al mismo campamento de verano en Vermont, y en Princeton a veces iba a casa de Crane a jugar. Cuando nos fuimos de Princeton para instalarnos en Oxford, seguí viendo a Crane, aunque con menos frecuencia: mis padres todavía visitaban Nueva York cuando mi abuelo venía de Pakistán por negocios.

Ahora me viene a la memoria un día de verano en el campamento de Vermont, cuyos días, ensartados, componían las largas vacaciones de mis años americanos, cuando Crane y yo, que íbamos de excursión por el bosque con el monitor, además de otros tres niños de ocho años, nos apartamos de los demás, él se metió entre la maleza y yo lo seguí, se ve que ya era gregario por entonces, para vivir una aventura, dijo él, aunque yo le veía en la cara que ésta se reducía en realidad a separarse del grupo.

—Oh, mira —dije—, un *hidebehind* —refiriéndome a una de esas criaturas del folclore, americano que secuestran niños en la espesura sin ser vistas.

—¿Dónde?

—Justo detrás de ti.

Crane se dio la vuelta y, no hace falta decirlo, no pudo verlo. Mi padre me había hablado del *hidebehind* de pico pequeño, un pájaro con un ala, que por

tanto volaba en círculos siguiendo el sentido de las agujas del reloj a tu espalda y que era difícil, muy difícil de ver, me dijo, así que tenías que ser rápido como una mangosta, que yo sabía que implicaba ser muy, muy rápido, aunque no supiera lo que era una mangosta. Mi padre se partía de risa cuando yo me daba la vuelta a toda prisa intentando coger al pájaro por sorpresa. El *hidebehind* habitó mi mundo infantil durante un tiempo, porque yo lo quise, incluso cuando mi padre dejó el juego.

—Se ha ido —dije—. No, espera, ahí está otra vez.

—Eh, mira aquí —dijo Crane, que se había parado y se asomaba a un trecho de tierra.

No soy ningún tonto, pensé, pero al acercarme vi lo que le había llamado la atención, una ardilla caída de lado, retorciéndose, y supe, como Crane también supo, que el animal estaba herido o enfermo, que agonizaba.

—Tendríamos que poner fin a su sufrimiento —dijo.

Aunque yo no sabía a qué se refería, una parte de mí sintió que se trataba de algo espantoso. Sonaba como algo que diría un adulto y miré a Crane con admiración.

Entonces Crane levantó el pie y lo puso encima de la cabeza de la ardilla, dejando que la suela se cerniera en el aire por encima. Se me revolvió el estómago. Poco a poco fue bajando el tacón, clavándolo en la tierra, como si moliera, así es como lo recuerdo, y ahora vuelvo a oír el crujido del cráneo, como si fuera turrón de almendras. Cuando apartó el pie, la criatura yacía en una postura deformada, con la cabeza hundida en la tierra, y, enterrado entre el polvo y el pelaje, se veía un glóbulo ocular.

En aquella época, un espectador habría llegado a la conclusión de que me estaban criando como a un americano. Americano es, de hecho, lo que era Y lo que sigo diciendo que soy si me presionan sobre la cuestión. Tengo pasaporte americano. Y eso, si lo digo con la suficiente contundencia, parece poner fin a las persistentes preguntas de los europeos.

Sin embargo, sé que cuando digo que soy americano, no me refiero a mucho más que al hecho de que poseo un pasaporte americano. Tengo derecho también a uno paquistaní por mis padres, y aunque conseguí uno británico para Majar con más facilidad por Europa, por lo demás siempre utilizo el americano. Pero mi patriotismo en realidad no va más allá: no me conmuevo cuando escucho *The Star-Spangled Banner*; no siento el apremio de saltar en

defensa de América cuando oigo a los europeos fustigar al país entero (a pesar de la obvia estupidez de considerar un todo homogéneo a un continente que abarca desde California hasta Nueva York y de Montana a Texas, como bien expresó un amigo, neoyorquino de cuna y educación, que sigue viviendo en la ciudad, cuando dijo que América era un lugar que le apetecía visitar, pero que no querría vivir allí). Puede que lo más cerca que esté de sentirme americano sea el momento en que el funcionario de inmigración de Estados Unidos cierra de golpe mi pasaporte azul marino y me lo devuelve con una sonrisa y el saludo: «Bienvenido a casa». En ese momento, he sentido, con variable intensidad, el soplado de una brisa en mi nuca, algo que bien podría denominarse patriotismo. Tal vez, en última instancia no sea más que un detalle trivial. Pero sé que esos detalles, por nimios que puedan parecerme, distan mucho de serlo para otros.

En Nueva York, hace ya muchos años, en otra conversación mientras pasábamos el rato por Greenwich Village, le mencioné a Zafar mi experiencia cuando me devolvieron el pasaporte en el JFK el día anterior, Su reacción me sorprendió. Antes de que me diera tiempo a preguntarle qué pasaba, se había dado la vuelta en la acera, había parado un taxi y ya se subía en él. Mi amigo le pidió al taxista que nos llevara al Lower Manhattan, donde cogimos *el ferry* a la Estatua de la Libertad. Dijo que quería enseñarme algo allí y, dado que yo sólo había visto la estatua desde Manhattan, le seguí la comente en el inesperado e impulsivo cambio de planes.

Al alejarnos del puerto, las Torres Gemelas del World Trade Center se cernieron sobre nosotros y, cuando el *ferry* se introdujo bahía adentro, y la línea del horizonte de Manhattan retrocedió para formar la imagen de la foto de postal de Nueva York, empecé a sentir la combinación de emoción y anhelo que esa vista, me parece, produce tanto en nativos como en visitantes. El sol estaba en lo alto del riel y la línea de horizonte acristalada de la ciudad centelleaba con chispas de una luz deslumbrante, Las aguas estaban en calma y parecía que el Lower Manhattan flotara sobre la superficie del mar. A popa del barco, izada en un asta que se inclinaba hacia la estela de espuma, ondeaba la bandera de Estados Unidos de América.

En aquel momento, no sentí ningún lazo con América, como bien podría haber sentido, nada parecido a sentirme en casa, sino que me quedé allí como un testigo de la abrumadora *idea* de América, como Zafar lo ha descrito.

En Liberty Island, Zafar me enseñó lo que quería que viera. Grabado en una placa está el famoso poema escrito por Emma Lazarus y subastado para recaudar dinero para la construcción del pedestal de la estatua. Conocía algunos fragmentos del poema, pero cuando me situé justo debajo de Lady Liberty, la encarnación de la esperanza de libertad, cuando leí su famoso mensaje seguido, sin fragmentar, como si fuera ahí donde había sido escrito por primera vez, sentí de nuevo el hormigueo que había sentido el día anterior en JFK, y que todavía siento de vez en cuando, cuando un funcionario de inmigración americano, un funcionario de raíces hispanas o coreanas, dice: «Bienvenido a casa».

«Guardad, antiguas tierras, vuestras legendarias pompas —grita con labios silenciosos—. Dadme vuestras fatigadas, vuestras pobres, vuestras hacinadas masas anhelantes de respirar en libertad, los desgraciados desechos de vuestras rebosantes costas, enviadme a éstos, a los desahuciados maltratados por las tempestades, a mí ¡que alzo mi faro junto a la puerta dorada!»[9]

Oí a Zafar leer esas palabras, en voz baja, audibles lo justo por encima de los murmullos y la agitación de los demás visitantes. Cuando acabó, me miró y, con una voz que, estoy convencido, delataba un matiz de acusación, dijo:

—Si un funcionario de inmigración en Heathrow me hubiera dicho alguna vez «Bienvenido a casa», habría dado mi vida por Inglaterra, por mi país, allí, en ese mismo momento. Podría matar por una Inglaterra como ésa.

Años más tarde, yo entendería lo que no entendí entonces, que en esas palabras había no sólo una recriminación —eso estaba claro—, sino también un amargo ruego. Engastado en su comentario, estaba el anhelo de formar parte de algo. La potencia de su afirmación se debía a la yuxtaposición de dos extremos evidente: a un lado, lo que Zafar estaba dispuesto a sacrificar y, al otro, la razón por lo que lo habría sacrificado: un comentario despreocupado de un funcionario de inmigración. Hiperbólico, sí, puede, pero sólo si la hipérbole significa que el corazón latente se hace cargo de palabras manidas.

Así que ahora me pregunto: ¿es acaso posible que todo lo que iba a pasar podría haber sido evitado por un comentario amable de un funcionario de

inmigración?

Sin embargo, en Liberty Island, me encontré explicándole a Zafar que el funcionario de inmigración estadounidense seguramente no quería decir gran cosa y que el comentario sólo demostraba la vacua afabilidad típicamente americana. Ya mientras lo decía, oía lo ridículo que sonaba mi intento de disculpa, aunque tampoco sabría decir de qué me estaba disculpando exactamente.

Zafar guardó silencio durante la media hora siguiente. De vuelta en el *ferry*, nos pusimos el uno junto al otro y contemplamos la Estatua de la Libertad que retrocedía recortándose frente a la costa de ¿fuera Jersey. El día estaba difuminándose y el sol había descendido. A diferencia de lo que era habitual en él, mi amigo me pareció poseído de una simplicidad que no me resultaba familiar. Yo tenía la sensación de que quería ayudarlo, aunque sin la menor idea de qué implicaba eso y olvidándome, claro, de su infinita confianza en sí mismo.

—¿Te has fijado en que Lazaras hace que la Lady hable por sí misma? — me preguntó—. ¿Recuerdas los fragmentos con citas? Es la Madonna.

—¿Ah sí?

—«La Madre de los Exiliados.» Ahí está —dijo mi amigo—, mirando hacia el este. Está suplicando en nombre de los pobres y de los mansos, para que ellos hereden el Nuevo Mundo, ya que no el Viejo, Imagínate a los cristianos de Europa Oriental llegando aquí en barco, ¿Qué pensaban?

—¿Uno de los documentos expuestos no decía que Lazaras era judía?

—Lo era.

—¿No eran judíos la mayoría de los inmigrantes de Europa Oriental?

—La visibilidad de los judíos dice más de los judíos que de las pautas de emigración de Europa Oriental.

—¿Qué quieres decir?

La conversación se acalló por un momento mientras Zafar se pensaba la respuesta.

He leído que en las comunidades pesqueras de todo el mundo, se cuenta aparentemente la misma historia sobre delfines, se llama la historia del buen delfín, y trata de un pescador que ha caído por la borda pero es salvado por un delfín juguetón que lo empuja con el hocico de vuelta a la tierra. Pero uno tiene que preguntarse: ¿y si el delfín sólo está jugando, si empuja por

diversión pero sin preocuparse por la dirección en la que lleva a esa otra criatura balanceándola, el afligido marino?, ¿quién sabe? Puede que haya pescadores perdidos a los que la pleamar habría devuelto a la seguridad si no hubiera sido por un delfín que, jugueteando, los empujó hacia el sol que se ponía. Los únicos pescadores de los que llegamos a tener noticia son los que fueron devueltos a tierra. Los otros perecen en el mar. Lo cual es otra forma de decir que vivimos en el mundo que percibimos y recordamos. Los científicos lo denominan sesgo de disponibilidad.

—¿Así que tiendo a pensar —dije—, que la mayoría de los emigrantes europeos orientales a América eran judíos porque conozco a más judíos que emigraron aquí desde allí que a no judíos?

—O que conoces de oídas —dijo Zafar.

—¡Sí, claro! Están Morgenstern, Von Neumann y Gödel y todos los demás intelectuales europeos orientales que escaparon del nazismo y acabaron en Princeton. Todos eran judíos.[10]

—Gödel no.

—¿No?

—Era luterano. Decía que era teísta y creía en un Dios personal. Einstein creía en un Dios abstracto, el Dios de Spinoza, decía, que aparentemente se revela en la armonía de todo lo que existe, y no en un Dios que se preocupe por el destino ni los actos de los hombres.

—¿Y Gödel también?

—No. Los dos hablaron de Dios, o eso se cree; nadie sabe en realidad de qué hablaban. No, Gödel, posiblemente el lógico más importante que haya vivido, creía en un Dios personal con el que podías hablar, y eso dejó dicho.

Me sorprendió enterarme del dato y, tengo que decirlo, Gödel bajó un peldaño en mi estima. Pero lo que noto ahora es que, aunque Zafar y yo nunca habláramos de religión, más allá de en términos de política y sociedad y nunca en el sentido de una empresa intelectual, mi amigo, tal como lo veo ahora, había mostrado un interés más profundo por Dios, por la figura de Cristo, de lo que capté por entonces. Visto desde hoy. no me cuesta completar los fragmentos que me habían pasado inadvertidos.

—¿Es creyente tu padre? —me preguntó Zafar.

—Lo parece. Va a la mezquita los viernes. Siempre ha ido.

—¿Crees que los físicos crean un Dios a imagen de la ciencia?

—No lo sé. La religión es algo que él *hace*.

—Él bebe, ¿no?

—Sí. Y el beicon lo prefiere bien crujiente.

He vuelto a pensar en aquel día en Nueva York, en la precipitación con la que fuimos hasta la punta de Manhattan y subimos al *ferry* que iba a Liberty Island. Lo recuerdo vívidamente. Pero debo preguntarme por qué me sentí tan conmovido por las palabras de Emma Lazaras, sabedor de que no tenía derecho a considerarme incluido en ninguna de las categorías del poema: fatigado y pobre, privado de libertad..., nunca padecía nada por el estilo. ¿Hay, me he preguntado, algo en mi interior tan poco sincero que puedo conmoverme así? Pensar en aquellos que tenían más derecho a considerarse entre los aludidos, que se lo merecían, me avergüenza un poco. Pero al final, mientras reflexiono sobre la historia de Zafar, me planteo si él anheló silencioso y respondido que sentí en el fulgor de aquellas palabras no evidenciaba algo más profundo que hay en toda naturaleza humana, un grito que se apaga en todo corazón humano cuando la promesa del hogar asoma a la vista.

Durante sus frecuentes visitas a Estados Unidos desde Pakistán, mis abuelos iban a Princeton o, más a menudo, nos reuníamos con ellos en Nueva York, donde reservaban una *suite* en el Carlyle del Upper East Side. Mis abuelos tenían una amplia red de relaciones en la sociedad neoyorquina, en círculos diplomáticos, bancarios y de negocios, y recuerdo que los cócteles que celebraban eran acontecimientos deslumbrantes aunque la conversación siempre me sorprendía por su seriedad y accesibilidad. De niño me gustaba pensar que se tratarían materias misteriosas y difíciles. Mis padres se mezclaban entre la multitud de invitados y siempre estaban sonriendo o riéndose, y ahora me maravilla su increíble versatilidad; se sentían en casa entre profesores y eruditos, pero se sentían también cómodos en compañía de hombres de negocios y gente de la política.

En aquellas fiestas, las mujeres eran muy hermosas, y en Nueva York mi madre me parecía bella de una forma que yo no había notado antes. Era una belleza clásica de su época, alta, de piel clara, esbelta, de cabello largo y moreno y ojos verdes. Mi madre era panyabí, como mi padre, pero a lo largo de los siglos las arrolladoras mareas procedentes de Asia Central habían dejado un acervo genético mezclado. cuyos muy variados resultados pueden

verse, de hecho, en muchos paquistaníes. No me acuerdo exactamente de cuándo, pero en alguna de aquellas fiestas de Nueva York, de repente mi madre me pareció remota y maravillosa, me desconcertó, y recuerdo que aquella noche la abracé con fuerza para darle el beso de buenas noches.

En Princeton, mi familia tenía muchos amigos. Para mis jóvenes ojos y oídos, la diversidad de acentos e identidades nacionales eran una fuente de asombro. Y mis padres, tal vez una herencia del talento de mis abuelos para unir a la gente, se comportaban como un centro de la vida social. El arte culinario de mi madre era legendario, y recuerdo que unas cuantas esposas se sentaban en la cocina a observarla y aprender mientras ella cocinaba. También estaba Sergey. Te partías de risa con él. Era un licenciado en química. Ruso e israelí, explicó mi madre, y, recuerdo que añadí, «y americano». Mi madre sonrió y recuerdo que sonreí complacido conmigo mismo por la corrección. Sergey conoció a mi padre en la universidad, me parece, pero pronto rondaba por casa a todas horas. Su dominio del inglés era probablemente mucho mayor del que dejaba entrever, pero el caso es que constantemente se equivocaba, sobre todo en la pronunciación, lo que para un niño de siete u ocho años resultaba muy divertido.

Mi error favorito era cómo pronunciaba la *h* en palabras como *how* o *help*: lo hacía como la *ch* de *loch*, un sonido áspero y húmedo, como la jota del español. Yo solía burlarme de él imitándole: «Jola, Sergey, ¿Qué jas comido joy?», le decía.

—¿Sabías —me preguntó una vez— que haY ocho formas distintas de pronunciar *o-u-g-h* en la lengua de los ingleses?

Seguidamente, las recitó, mientras iba contándolas con los dedos.

—Sí —dijo—, esta *tough*, *cough*, *through*, *though*, *bough*, *ought* y, por último, tenemos *borough*, *borough* como lo pronuncian los británicos.

Le miré las manos.

—Con ésa hacen siete, no ocho —dije.

—Vale. Siete u ocho, ¿qué más da?

A Sergey le encantaba la comida de mi madre y quería aprender a cocinar «la comida asiática», como él la llamaba, aunque en América en aquellos tiempos, y todavía hoy en día, «asiático» se utiliza para referirse a la gente de China, Japón y otras zonas del Asia Oriental. Con frecuencia volvía a casa de la escuela, que estaba sólo a una calle, y me lo encontraba en la cocina,

revoloteando alrededor de mi madre, ayudándola a preparar alguna comida, mientras mi padre estaba todavía en el departamento de física; indefectiblemente, ella se reía. Sergey describía la cocina de mi madre como «química con sabor», aunque, con su pronunciación, rimaba con *hour*, lo que me confundió hasta que mi madre me explicó que la rima se debía a la forma en que deletreaban la palabra los británicos *flavour*. Que la explicación fuera plausible para mí da fe de lo excéntrico que me parecía Sergey.

Cuando mi madre se reía de él por su pronunciación, él amenazaba con enseñarle «espantosas palabras rusas y no sabrás ni lo que dices». Mi madre había empezado a aprender ruso por entonces —es una lingüista soberbia, que domina con fluidez el francés y el alemán, así como los idiomas del sur de Asia, claro—, Sergey declamaba en ruso —«palabras indecibles»— con un cautivador aire melodramático. La mano de mi madre se apresuraba a taparse la boca y, dando un paso atrás, simulaba horrorizarse.

Sergey también ejercía un poco de manitas por la casa. Montó estanterías e incluso hizo algo de fontanería, cambiando los grifos del fregadero de la cocina, creo recordar. Me ayudó a construir un trineo para el invierno y en el jardín colgó un columpio, un neumático en la punta de una cuerda atada a la rama de un árbol. Luego Sergey se marchó de la noche a la mañana. Recuerdo que le pregunté a mi padre si Sergey me devolvería la bicicleta, que se había llevado para arreglarla, y me respondió que ya se había marchado para ocupar un puesto de profesor en algún sitio. A mi padre le enfadó que Sergey no devolviera la bici, pero a los pocos minutos ya salíamos para reemplazarla y, tras mi disgusto inicial, me acabé alegrando de cómo acabó todo. La nueva bici era mucho mejor que la vieja, y recuerdo que mi padre se empeñó en que compráramos una cadena y un candado.

En Princeton, nuestro círculo de amigos incluía licenciados y profesores, gente de las cuatro esquinas del mundo, como he dicho, y nuestra casa era siempre un espacio abierto y acogedor. Pero ahora veo que, con la ausencia de cuanto fuera paquistaní, un aspecto de las vidas de mis padres se mantenía deliberadamente a distancia. Para las oraciones del viernes, mi padre no asistía a una mezquita paquistaní, como hace ahora en la de Cowley Road en East Oxford, porque en Princeton no había, tampoco se reunía con otros paquistaníes para orar. En vez de eso conducía hasta Lawrence, fuera de Princeton, donde una pequeña comunidad árabe musulmana se reunía en una

casa particular, como una avanzadilla inmigrante, congregada alrededor de una familia.

Aunque raras, había ocasiones en las que sentía lo que podría describirse como un diminuto espacio vacío dentro de mí, a lo largo de un filo interior, una sensación que me he esforzado mucho por explicarme, Tomando prestado el lenguaje de la física de mi padre, un agujero negro puede hacer notar su presencia por los efectos gravitatorios que tiene en algo cercano. El agujero negro en sí es por naturaleza inobservable porque nada puede salir de él, ni siquiera la luz ni ninguna radiación electromagnética. Es la sensación de perder algo sin la percepción consciente de qué es lo que pierdes, aunque incluso dicho así, me parece, resulta exagerado. Tal vez eso sea lo que es capaz de hacer la amistad: la presencia de otro indirectamente nos da un mejor acceso a las partes ocultas de nosotros mismos.

Recuerdo una reunión a principios del año escolar, cuando tenía siete u ocho años. El profesor explicó que nuestro curso iba a subir al escenario y, uno por uno, diríamos «Bienvenidos», en nuestras lenguas maternas. Cuando el profesor me pidió que hablara en paquistaní, lógicamente no supe qué decir. Ya puestos, ni siquiera supe corregir al profesor y decir que los paquistaníes hablan urdu u otra lengua, pero no paquistaní, del mismo modo que los belgas hablan francés o flamenco, pero no belga.

Nos fuimos de Princeton al Reino Unido en 1981, y mis padres empezaron a manifestar poco a poco de nuevo su cultura paquistaní. Entonces, al llegar a la adolescencia, percibí su transición, mientras al mismo tiempo me di cuenta de que durante los años en Princeton mis padres habían excluido algo de sus vidas. Había, lo entendería más tarde, una razón para todo eso. para mantener a Pakistán a distancia: habíamos sido sometidos al ostracismo.

5

LA SITUACIÓN EN NUESTRAS COLONIAS

Y aquello que pensabas que venías a buscar no es más que una carcasa, una cáscara de sentido de la que el propósito sólo emerge cuando se ha cumplido, si es que se cumple.

—T.S.ELIOT,
«Little Gidding»

A veces. Tom. tenemos que hacer algo para averiguar la razón por la que lo hemos hecho. A veces, nuestros actos son preguntas, no respuestas.

—JOHN LE CAREÉ,
Un espía perfecto

—¿Le apetece una Bath Oliver? —preguntó Penélope Hampton-Wyvern. En un restaurante de Knightsbridge, Zafar me contaba su primer encuentro con los Hampton-Wyvern, con Penélope y James.

—¿Perdón? —respondió Zafar.

—¿Le apetece una galleta? —preguntó ella.

—Deberías probar una —dijo James—, bueno, me refiero a que la pruebes si no lo has hecho ya.

Cogí una galleta de la bandeja.

—Muy buena —dije.

Un trozo se desmigó en mi boca.

—Están hechas —dijo la señora Hampton-Wyvern —según la misma receta que William Oliver de Bath le confió a su cochero en 1750.

—Nunca había probado una galleta tan antigua —respondí.

—¿Le gustan los libros? —preguntó la señora Hampton-Wyvern.

—¿Perdón?

—Estaba mirando los libros. Algunas primeras ediciones maravillosas. Trollope, Thackeray y Eliot entre ellas.

—¿T. S. Eliot?

—No, George.

—Sí, claro —dije tímidamente.

La conversación se fue apagando como si mi error hubiera abierto un precipicio. Por supuesto, George Eliot, pensé, Menudo idiota. Los tres escritores citados eran contemporáneos. T. S. Eliot llegaría después. Y ni siquiera era británico, bueno, al final puede que sí, pero no al principio.

—¿Ha leído *Daniel Deronda*? —pregunté para acabar con aquel silencio.

—El cuento del judío —respondió la señora Hampton-Wyvern.

—Sólo descubre que es judío muy tarde —intervino James.

—En estos tiempos todo hombre está descubriendo al judío que lleva dentro —dijo la señora Hampton-Wyvern.

—A mi me gustó —dijo Emily.

No pregunté a qué se refería la señora Hampton-Wyvern; preferí no arriesgarme a averiguarlo.

—¿No era hijo ilegítimo? —dijo James.

—Los Victorianos —dijo Emily— estaban obsesionados con la ilegitimidad. Es de lo que tratan *Casa desolada*, *La pequeña Dorrit* y *La dama de blanco*, hijos ilegítimos con doncellas y mujeres caídas. Era algo bastante personal para algunos de esos escritores, varios tenían hijos ilegítimos.

—Oh, sí, ahora me acuerdo. Las Leyes de Bastardía —dijo James.

El comentario nos hizo sonreír a los demás.

—Los hijos ilegítimos no heredaban nada —dijo Emily.

Emily se sentaba con las rodillas juntas y las manos apoyadas en ellas, los

dedos entrecruzados y los talones apoyados en una pata del sofá. Los codos, colocados hacia dentro, casi se rozaban.

—No tenían reconocimiento legal —prosiguió Emily—, a no ser que el padre incluyera estipulaciones específicas para ellos en el testamento.

—Sí, pero cuando lo hacía —dijo James—, daba lugar a un drama de órdago en la lectura del testamento.

—No olvidéis —intervine— el drama de alguien que intentaba salvar la línea divisoria de clases.

—Yo prefería *Middlemarch* —dijo la señora Hampton-Wyvern—. Siempre es agradable aprender un par de cosas de una novela, ¿no os parece?

—El Proyecto de Ley—de la Gran Reforma, que amplió el derecho de sufragio en las elecciones —dijo Emily.

—Se aprobó, no era un Proyecto de Ley sino una Ley —señaló Penélope.

—Pero no extendió el derecho a las mujeres —añadió James.

—Aun así, los conservadores se opusieron al Proyecto —interrumpí.

—Sí. Supongo que debería alardear de una lejana relación familiar —dijo la señora Hampton-Wyvern—. Uno de mis tíos abuelos, lord Launceston, fue uno de los pocos conservadores que la apoyó.

James se levantó de un salto del sofá, sacó un libro de una estantería y me lo pasó.

La cubierta, encuadernada en tela curtida se abrió, como la tapa de una caja de puros. Pasé las puntas de los dedos por el papel áspero y dejé que las páginas fueran deslizándose hasta que apareció la hoja con el título, *Middlemarch, A Study of Provincial Life, By George Eliot*.

—Es precioso —dije.

—Gracias —respondió la señora Hampton-Wyvern—. Es una colección bastante buena, si se me permite decirlo. Llevó su tiempo reunirlos. Mi abuelo era todo un bibliófilo.

—Zafar es increíblemente culto y leído —dijo Emily.

—De hecho, estaba admirando la estantería, el mueble, me refiero.

James sonrió. La señora Hampton-Wyvern me miró con seriedad.

—¿Qué le atrae de ella?

—Tiene un buen acabado. Alguien se ha tomado la molestia de hacer un buen trabajo, y eso me gusta.

—Pero no es nada especial, ríe creará que lo es, ¿verdad?

—Cumple su función con eficacia y a veces con eso basta para que algo sea especial. Sin ostentaciones, ni, ni..

—¿Demasiado sobria?

—Justamente. Tiene las molduras perfectas para la sala, recoge el friso y todos los bordes están adecuadamente biselados de manera que el exterior no se descascarille ni desgaste durante un tiempo, También se ve, incluso a esta distancia, que la pintura ha sido lijada entre capas.

—¿Es capaz de ver eso?

—Una pintura mal aplicada se nota a un kilómetro —respondí—, sobre todo en tablero de fibra de densidad media, un MDF, que absorbe mucha pintura, De hecho, si, para empezar, no se le da una buena imprimación al MDF —proseguí—, acabarás teniendo que pintar cinco o más capas de emulsión, lo que a su vez aumenta el peligro de que se corra la pintura.

La señora Hampton-Wyvern asentía con la cabeza, como si estuviera al tanto de ese tipo de detalles. Por primera vez, y no sería la última, me pregunté si me estaban manipulando.

—En ese caso se ha de ser todavía más cuidadoso al lijar entre las capas —añadí.

Mientras hablaba a la señora Hampton-Wyvern, me fijé en la postura de Emily: los ojos mirando al suelo, los hombros hundidos.

—Es una bonita estantería —añadí trivialmente.

—¿Cómo sabe que está hecho de MDF y no de pino o una madera noble o incluso de chapado? —preguntó la señora Hampton-Wyvern.

—El MDF —respondí— es el material estándar para este tipo de muebles. Es barato, si va a pintarse no tiene sentido derrochar en la madera, por así decirlo. Las estanterías y las vitrinas aprovechan bien los huecos a cada lado de la campana de la chimenea. Puede ver, dicho sea de paso, que la estantería no se instaló a la vez que el resto de la madera de la habitación, como el arquitrabe que circunda la puerta y los frisos, porque su rodapié no coincide con precisión con los rodapiés donde las paredes tocan el suelo, aunque, muy sensatamente, el carpintero que la hizo no intentó formar una junta a inglete de noventa grados donde los dos rodapiés se encuentran, algo que simplemente no habría quedado fino, sino que recortó el rodapié de las vitrinas en la parte de abajo de la estantería sobre el de la pared.

Quería hacer una pregunta, pero sabía que hacerla supondría llamar la atención sobre algo potencialmente vergonzoso. ¿Cómo alguien de sus orígenes —su posición social, que define a tantos británicos— sabe de MDF y madera contrachapada? Los británicos se avergüenzan —se les exige que se avergüencen— de mostrar que saben algo que no pertenezca propiamente a su esfera de vida. Y aquí, lo percibía con claridad, se cernía la sombra de algo vergonzoso a la vuelta de la esquina. No sé qué me avisó. No puedo señalar nada concreto que me indicara la presencia de una potencial incomodidad en el salón, pero esa presencia estaba inequívocamente ahí. Pudo haber sido la forma en que Emily se inclinó hacia delante en ese mismo momento o la manera en la que James alzó la mirada o tal vez fuera el oído retrocediendo ante la disonancia entre la tosca contracción de «madera contrachapada» en «chapado», y el resto del discurso de la honorable señora Hampton-Wyvern. No lo sé. La vergüenza tal vez sea la emoción más importante de los ingleses, y los esfuerzos por evitarla dan cuenta de muchas de las pequeñas peculiaridades de la volé social en Inglaterra.

Mencionar «juntas a inglete» y «recorte» debería haber provocado más preguntas de la señora Hampton-Wyvern si no hubiera estado previamente familiarizada con esa terminología, aunque sólo fuera para preguntar sorprendida cómo es que *yo* sabía de esas cosas. La gente suele hacerlo, te pregunta cómo es posible que sepas de algo cada vez que la conversación muestra que estás al tanto de un par de cosas de un campo del que ellos no tienen ni idea.

Visto desde hoy, es posible que el que yo no vacilara en utilizar ese lenguaje —juntas a inglete y recorte— tal vez le indicara que me había fijado en que ella tenía cierto conocimiento del vocabulario de carpintería, que tal vez yo había captado su referencia al «chapado» y notado su familiaridad con cosas de las que ella no debería saber nada. Es posible que estuviera sentada preguntándose por qué yo no le preguntaba cómo es que *ella conocía* el MDF.

Ahí radica la cuestión: Inglaterra y la educación inglesa, en la que el conocimiento era un evento social, una declaración de clase y posición. En Oxford, los jóvenes, tanto chicos como chicas, se sentaban en bancos de roble en el refectorio con paneles de madera, bajo enormes cuadros con marcos dorados de grandes hombres. Ahí estaban Adam Smith, el cardenal Manning y Charles Algernon Swinburne, mirando desde detrás de sus largas narices, con

complicidad. Más allá, los primeros ministros de Gran Bretaña, y también había escritores, jueces y mariscales de campo, y duques y condes, en número suficiente para llenar una asamblea legislativa entera. Uno de estos días, Christopher Hitchens y Richard Dawkins, los más recientes antiguos alumnos, podrían unirse a ellos, pero, por ahora, los faros de la era del Imperio iluminaban el salón principal, con sus mechones como blancas llamaradas, sus armiños, sus cabezas ladeadas con una misión en la vida, su puta convicción y confianza en sí mismos imponiendo veneración. Y debajo de esos cuadros, debajo del inmenso techo abovedado, se sentaban hombres y mujeres —chicos y chicas, muchos todavía adolescentes, por el amor de Dios—, que hablaban como si cada una de sus expresiones fuera puesta en sus bocas por gracia divina, como si en sus opiniones resonara la reflexión y la erudición, la superioridad natural en lugar del esfuerzo. Hinchaban sus escasos conocimientos para llenar los vacíos, Porque todo el mundo lo sabía y aceptaba —un prerrequisito de negarse a reconocerlo— sin que a nadie molestara la precaria suspensión de la incredulidad, todos cómplices de esa simulación planificada. Por entonces, ahí mismo, rozando la piedra y la hiedra, bajo las ventanas emplomadas y las maderas desgastadas por el tiempo, es donde empezó mi odio. En Inglaterra, la raíz del poder verdadero y debidamente encauzado, la esencia de la autoridad, no era el aprendizaje sino la pátina de conocimiento, mientras a la vez proyectaba la ignorancia genuina que destila todo lo vulgar. Esto se aplicaba a la antigua aristocracia tanto como se aplica a la nueva, la *neoaristocracia*. una élite internacional que agita pasaportes abultados de visas y permisos de residencia, que se mueve permanentemente por todas partes, protegidas de los vulgares por vías rápidas y salones YIP.

En Harvard, cuando asistí, era diferente. Ahí el conocimiento, en medio de la inocencia del Nuevo Mundo se veía de una manera distinta. La gente y su historia eran de otra clase. Muchos eran judíos y del este de Asia, muchos llevaban la marca del marginal, para el que el conocimiento nunca fue un baluarte del poder que defender frente a las hordas sino el objetivo que había que asaltar, el trofeo por el que había que luchar, de manera que cuando se ganaba era porque se había trabajado duro por conseguirlo, se le había arrebatado a aquellos que se lo negaban, y sus torreones saltaban por los aires ante la rabia igualitaria. La verdad es que había esperado que las cosas fueran

igual en Cambridge, Massachusetts. que en Oxford, Inglaterra —el poder es al fin y al cabo el poder, ¿no?—, pero no, no lo eran. Tal vez lo serán algún día, si el poder se endurece con el paso tiempo, como el agua bajo la presión, a medida que las capas de nieve se convierten en hielo bajo el peso de las nevadas posteriores. Pero ese día todavía no ha llegado a América. Por eso América asusta y seduce a los británicos, sobre todo a su élite. Lleva en su seno la fruta prohibida de la esperanza igualitaria, y todos, los de arriba y los de abajo, pueden sacudir las ramas de ese árbol.

Creo que Zafar era bastante ingenuo con respecto a su experiencia americana, aunque eso no le pasara inadvertido; ¿por qué si no iba a decir *cuando asistí*, un aviso preventivo en su descripción de Harvard que sólo podía servirle de salida? ¿Por qué blindar a prueba de balas el panegírico a no ser que lo supieras vulnerable?

¿Soy ingenuo?, prosiguió. ¿Me equivoco? Déjame que te hable del juez del Tribunal Supremo —del Harrow and Trinity College, de Cambridge— que interrumpió al abogado durante un juicio para preguntarle quiénes eran las Spice Girls, cuando ese grupo de chicas estaba en el apogeo de su popularidad. Entre la élite de Gran Bretaña, la educación, es decir, la gestión del conocimiento y el aprendizaje, en lugares como Eton, Harrow. Oxford y Cambridge, trata de garantizar la ignorancia de todo lo correcto —¿o es de lo incorrecto?—, de garantizar que se lo desdeñe o, mejor aún, que resulte benditamente indiferente.

Pero me estoy adelantando. Estaba enrollándome sobre las propiedades de los tableros de fibra de densidad media cuando Emily se levantó.

—Madre, tengo que hacer una llamada —dijo.

Sin mirarla, se dirigió a su madre como «madre», una formalidad desconocida para mí, y que parecía todavía más extraña aun cuando oí que James la llamaba «mami». ¿Es así como se habla entre sí esta gente?

—Si tienes que hacerlo, cariño —dijo la señora Hampton-Wyvern.

La salida de Emily inclinó la balanza de las fuerzas gravitatorias en el salón, como si yo hubiera sido su pequeño satélite. Al fin y al cabo, yo estaba en ese sitio por ella.

A esas alturas, llevábamos varios meses viéndonos. No estoy muy seguro de que pueda llamarse cortejo; tras intercambiar *emails* y llamadas telefónicas mientras yo estaba todavía en Nueva York, empezamos a quedar de vez en

cuando a mi vuelta a Londres. Esa situación se prolongó un año largo. Un antropólogo te dirá que ella ocupaba una posición social más elevada que yo. Así que hice cuanto pude para llevar y mantener la conversación en el nivel de las ideas hasta que un día, delante de un restaurante, donde acabábamos de comer estupendamente, ella me agarró de la solapa y me besó. Estoy divagando. Lo que quiero dejar claro es que unos pocos meses saliendo habían sido tiempo suficiente para que las llamadas a su móvil —el uso que ella hacía de él, su aire furtivo— me afectaran, me afectaran incluso físicamente, me llevaran a reaccionar con ansiedad, pero aun así yo me decía que su aire furtivo era sólo la impresión que dejaba una torpe demostración de buenos modales. Ella se apartaba para hacer y recibir llamadas porque era educada, pero podría haberlo hecho con más tacto.

—Tengo entendido que también eres abogado —dijo James.

—Acabo de empezar —respondí.

—¿Es todo como usted esperaba que sería? —preguntó la señora Hampton-Wyvern.

—No esperaba gran cosa. Suponía que sería un reto.

—¿Loes?

—Todavía es demasiado pronto para decirlo, pero los signos son alentadores. Algunas cosas resultan un poco confusas.

—¿Cuáles?

—Esto y aquello. No sabría cómo describirlo.

—Inténtelo.

—Las normas sociales —dije.

—¿Sí? —respondió ella, sonsacándome.

—Es otro mundo, ¿no? Los colegios de abogados ingleses, los Tribunales de Justicia Reales, las Inns of Court, esas peculiares sociedades profesionales. Son todas instituciones muy extrañas, ¿no le parece?

—No estoy segura de seguirle.

—Queda muy lejos del mundo que conocí cuando crecía. Y, ya puestos, también queda a un mundo de distancia de Wall Street. Tengo la sensación que hay un montón de normas que no conozco, normas de conducta, normas sobre qué decir y cómo decirlo y qué no decir, normas que todos conocen, los abogados y los jueces, aunque no parezca que *saben* que se las saben, como si

la sensibilidad a las normas se hubiera sembrado en el útero, al modo de un instinto que se tiene antes de la conciencia. Las normas no están, al menos hasta donde sé, escritas en ningún sitio.

—¿Y no es eso cierto para cada camino de la vida, para cada *mundo*, como ha dicho usted?

La señora Hampton-Wyvern sabe, pensé, que he trabajado en Wall Street; ni ella ni James han preguntado por qué me había referido antes a Wall Street. ¿Por qué me sorprende que Emily les haya hablado de mí? Pero me sorprendió. ¿Me preguntarían por *el mundo que conocí mientras crecía*?, ¿es que ni siquiera despierta su curiosidad?, ¿qué más les había contado Emily?

—Es una cuestión de grado. En Wall Street, por ejemplo, las normas para los operadores como yo estaban bastante claras; haz que la empresa gane dinero y estarás bien.

—Y en la abogacía todo lo que habría que hacer sería ganar casos, ¿no?

—Incluso si las dos partes de un caso están representadas por los dos mejores abogados del país, uno de ellos tiene que perder.

—Entonces, se trata de hacerlo bien.

—Eso espero. Son todavía mis primeros días. Lo único que puedo decir es que tengo la impresión de que se dicen cosas (y me refiero incluso a lo que se dice en las charlas inanes por los pasillos de las salas), cosas que tienen más significado que las simples palabras que se utilizan para decirlas, y hay cosas que no se dicen y que posiblemente las palabras no pueden transmitir.

Desde la perspectiva de la señora Hampton-Wyvern, dedicarse a la práctica del Derecho sólo tenía que ver con ganar casos. Todo lo demás se daba por supuesto para ella, tan por supuesto que le resultaban inconcebibles las demás sutilezas. Pero mi experiencia en la abogacía ya me había confirmado que a mí no se me concedería esa seguridad.

Al final del primer trimestre de formación, que es como decir casi al principio, me di cuenta de la existencia de normas sociales generales para todo, pero no de su contenido. Edmund Staughton, el presidente de la comisión de formación, me hizo la evaluación del primer trimestre. Me senté en su despacho, en una silla de madera sin reposabrazos, delante de una mesa de roble con superficie de cuero, de imitación de arriba abajo, mientras él se recostaba en su amplia silla.

Zafar, dijo él, ¿me permite un consejo? Tal vez, y confío que entenderá que

es bienintencionado, tal vez podría comportarse con un poco más de discreción e incluso con una pizca más de deferencia hacia los abogados veteranos en las salas y también en sus alrededores. Es lo único que quería decir, y no creo que debamos extendernos más sobre el particular.

Creí ver que la vergüenza le impedía desarrollar el argumento; esperaba que fuera vergüenza. Por supuesto, había ciertos hechos, momentos concretos a los que, imaginaba, podría haberse referido sin citarlos.

Había tenido, recordé entonces, una extraña discusión con un abogado veterano —¿o fue un intercambio de monólogos?— en el restaurante de una de las Inns of Court. En el grupo había otros abogados veteranos, y yo me encontraba entre ellos para tomar una comida caliente a una hora tardía del otoño inglés. Era un hombre corpulento, el abogado en cuestión, pero exhibía una extraña delicadeza ante el plato, pellizcando el cuchillo y el tenedor entre los dedos, con movimientos que se deslizaban con una elegancia inimaginable sobre el montón de comida deshecha.

La mayoría de esos abogados tienen el mismo aspecto a su edad, avanzada la cincuentena. Mucho jerez, *gintonic*s y, más o menos, de todo lo demás, cuya abundante ingesta deja un matiz rojizo en sus caras y la perspectiva de una futura gota.

Explicó que otro día estaba leyendo un libro y se topó con *AEC*. ¿Han visto alguna vez esas siglas, *AEC*?, preguntó a la mesa sin dirigirse a nadie en concreto.

—*AEC* —prosiguió— significa *Antes de la Era Común*, eso que, para ustedes y para mí, es antes de Cristo. Y en lugar de AD, nuestro Anno Dòmini, este libro se refería a la *EC*, la *Era Común*. Bueno, claro que ya sé que esta cuestión de la corrección política es una nimiedad exagerada, pero ¿no les parece que eso de la *AEC* va un poco demasiado lejos?

Me refiero a que ¿por qué no pueden decir *AC* y *DC*?, ¿por qué? Me parece que nos están obligando a adoptar un lenguaje sólo para adaptarse a las sensibilidades excesivamente susceptibles.

Uno de los otros abogados murmuró su acuerdo y los demás siguieron zampando sus comidas.

—¿Cómo le están obligando? —pregunté.

—Con una atmósfera de intimidación de lo políticamente correcto —respondió—. Por supuesto, nadie me está apuntando a la cabeza con una

pistola, pero ahí está la gracia. Hacer que cambies tu forma de hablar sólo mediante la intimidación y todo porque algunas palabras no les parecen bien. ¡Maldita sea! Tendríamos que decir lo que queramos y no andamos con tanto tiento porque alguien tenga una sensibilidad tan fina.

Otro abogado me miró. Yo mantenía la atención fija en mi comida.

Una vez el tema hubo desaparecido de la mesa, hice un comentario sobre algo que había publicado la prensa ese mismo día, un informe de una consultora sobre la situación económica de la organización de la abogacía inglesa y su rentabilidad.

—Bien —dije—, la abogacía no *es* competitiva, parece, aunque supongo que eso no lo ha dudado nadie nunca. Pero ¿estaba justificado?, ¿no es esa la pregunta? Las restricciones que impone el Consejo del Colegio de Abogados al nombramiento de nuevos abogados son, obviamente, malas para la competencia. Es un coto cerrado como un sindicato al que hay que afiliarse por obligación si quieres entrar en una empresa —añadí, buscando la mirada del corpulento abogado veterano.

Hizo una mueca. ¿Era porque se había visto comparado con un vulgar sindicalista?

—Y —proseguí— los requisitos para contratar a un abogado, un abogado extra, antes de poder llevar cualquier asunto a los tribunales, son simplemente absurdos. Estoy seguro de que al llegar aquí las empresas americanas deben de quedarse pasmadas, por no decir otra cosa. Algunas de ellas seguramente se estén preguntando por qué no dejar que sus contratos se rijan por los tribunales de Nueva York y mantenerse completamente alejados de Inglaterra.

El abogado veterano, un hombre que se ganaba la vida en la comodidad de las normas proteccionistas de la abogacía inglesa, apretó sus labios gomosos pero no dijo nada.

Cuando Staughton y yo nos reunimos en su despacho, para mi primera evaluación, y él me dijo cosas que creía evidentes, cosas que, o no hacia falta decirlas o bastaba con mencionarlas de pasada, me sentí inquieto. ¿A qué parte de mi se me estaba pidiendo que renunciara?

Pero tenía una pregunta para él.

—¿Y qué tal ha sido mi trabajo durante estos tres meses? —pregunté.

—Excelente —respondió.

A no ser que lo malinterpretara por entero, Staughton se había olvidado del

comentario que acababa de hacerme hacia un momento. Me sentí como si estuviéramos ensayando una obra de teatro pero cada uno leyera textos diferentes.

Por descontado, no mencioné nada de esto a Penélope Hampton-Wyvern; de hecho, no conté ninguna de mis historias y limité mi conversación a algunas palabras sobre vagas normas sociales.

—Me pregunto si en realidad estaba tan confuso —dijo la señora Hampton-Wyvern—. Usted, si se me permite decirlo, parece bastante reflexivo y me atrevería a decir que ha llegado a la abogada con una experiencia del mundo mucho mayor que otros abogados que conozco.

¿Se estaría refiriendo a su exmarido, pensé, el juez del Tribunal Supremo y antiguo abogado, acaso ese amable comentario era de hecho una pulla dirigida a otro? Emily todavía no había vuelto de su llamada.

—Cada parte de la vida implica unas formas que hay que guardar —dijo la señora Hampton-Wyvern—, ¿no cree?

—Supongo que tiene razón.

—¿Le preocupa que se le pase por alto alguna norma social importante y tropezar?

—Es posible —respondí.

—Bueno, sólo tendrá que ir descubriendo las normas a medida que avance. Y si tropieza, tendrá que levantarse, ¿no? —dijo la señora Hampton-Wyvern.

—Sí, así lo haré.

La señora Hampton-Wyvern se dirigió entonces a su hijo:

—¿No tenías que acabar de hacer tu equipaje?

—Tienes toda la razón —dijo James levantándose—. Voy a cazar urogallos a Escocia.

¿Tú cazas?

—Todavía no se me ha presentado la ocasión —respondí.

James volvió a sonreírme. Me pareció una sonrisa cálida y generosa, una sonrisa infantil, Pero tenía algo más, y aunque no sabía qué era exactamente, lo que pensaba, creí que su pequeña sonrisa era un reconocimiento de la distancia que me quedaba por recorrer entre no cazar y cazar. Tal vez, pensé, incluso reconocía la distancia que ya había recorrido para llegar a conocer a

los Hampton-Wyvern. Sin embargo, no mucho después, descubriría que los Hampton-Wyvern habrían cubierto ya esa distancia, pero en el otro sentido.

Apenas salió James del salón cuando la señora Hampton-Wyvern se inclinó hacia delante en su asiento.

—Parece usted un joven afable —dijo—. Puede que lo considere fuera de lugar, pero debo decirlo, Zafar: cuidado con mi hija.

—Por supuesto —dije con toda seriedad. Era justamente lo que diría una madre atenta. A decir verdad, me halagó que pensara que mi relación con su hija iba tan en serio, y también me gustó imaginar que Emily debía de habérsela presentado así. Quería tranquilizar más a la señora Hampton-Wyvern, pero Emily había aparecido en la puerta.

En aquel momento no supe si ella había oído algo de lo que su madre había dicho.

Zafar se interrumpió ahí para preparar café para los dos, pero cuando reanudó su relato, no recogió el hilo donde lo había dejado. Por entonces pensé que simplemente se había desviado a otra de sus digresiones. Sólo más tarde, cuando habló del encuentro con Emily en Kabul, se hizo patente que lo que estaba exponiendo en términos generales era de hecho una observación extraída de una experiencia muy personal. Volvería a los Hampton-Wyvern, pero por el momento quería hablar de Afganistán y para eso había sentado las bases.

Hace muchos años. Zafar me habló de un programa de televisión que había visto en la sala de estudiantes en la universidad. Era la época en que los progresistas de la Iglesia de Inglaterra condenaban la brutalidad del proyecto económico de Thatcher. El arzobispo de York apareció en el programa y el presentador, Jonathan Dimbleby, le dijo: *Su ilustrísima, está resurgiendo la necesidad de la gente de tener certezas. A ustedes se les acusa de no ofrecer esa clase de certezas sino dudas.* El arzobispo hizo una pausa para reflexionar. Con las manos entrelazadas, como si rezara, respondió: *¿Se le ha ocurrido que el ansia de certidumbre podría ser un pecado?* Es un recuerdo que me vuelve ahora como signo de que sus preocupaciones más recientes llevaban de hecho cierto tiempo desarrollándose.

He visto a científicos y matemáticos muy serios dando charlas, dijo Zafar, y sus caras y modales no transmitían en absoluto la certidumbre ni seguridad envaradas del político, no mostraban ni rastro de gravedad, sino una ligereza

jovial, como si —me pareció—, como si estuvieran un poco avergonzados, como si les costara aceptar que hubiera alguien más interesado en lo que tenían que decir, o como si se sintieran vagamente incómodos con este asunto de la divulgación, una tarea secundaria a su verdadera vocación, que es la investigación y el descubrimiento en sí mismo. Pero ahora sospecho que esta apariencia exterior tal vez sea el estado natural de cualquiera que ronda la verdad. El matemático no puede contar con que su autoridad como matemático le haga avanzar un milímetro. No se trata de un rasgo de humildad en el carácter del matemático, sino de algo en la naturaleza de las matemáticas mismas lo que revela la irrelevancia de su persona. Si sus matemáticas son correctas, sus hallazgos escritos son inmunes a todos los ataques. La autoridad que se expresa en forma de experiencia, la autoridad en forma de sabiduría mundana o carisma, esos tipos de autoridad son impotentes. La convicción del político es un sustituto: los hombres que quieren que veas que se sienten seguros, para sus adentros raramente tienen las razones para justificarse. A eso se refería Einstein cuando dijo que con un autor habría bastado.[11] Pero la cosa no acaba ahí. El matemático sabe que nada empírico, nada que podamos percibir en este mundo, puede cuestionar más que con un efímero soplo de duda cualquier afirmación matemática, y, porque lo sabe, es libre.

La ironía es que los científicos tienen mucha menos seguridad sobre lo que dicen que los políticos, los directivos, los expertos y los gurúes. La clase de certidumbre que se ve en la cara de un político hablando de subidas de impuestos o se escucha en la voz de un analista que condena o apoya una decisión de política exterior, o la certidumbre que se detecta en las palabras de un redactor de artículos de opinión pontificando de esto o lo otro..., solía pensar que llegaban a esas certezas después de reflexionar profundamente sobre una cuestión y descubrir que las pruebas apoyaban contundentemente una posición específica. Debes creerme un ingenuo por pensar así. Pero lo hacía. Solía pensar que un buen razonamiento érala comadrona que alumbraba la certidumbre. Si, como creo ahora, es el deseo el que engendra la idea, entonces la certidumbre es la huella persistente que queda de un deseo en ideas y argumentos, como el ADN conservado en la progenie, que actúa sin ser visto, pero con efectos visibles.

No sé quién fue el que dijo que las tres mayores proezas de la ciencia en el siglo XX fueron la teoría de la relatividad de Einstein, el descubrimiento de la

estructura de doble hélice del ADN de Crick y Watson, y el Teorema de Incompletitud de Gödel. Pocos pueden dudar del impacto de la ecuación masa-energía de Einstein, y si el impacto es el criterio de medida, la relatividad tiene una plaza asegurada en el podio. En cuanto al ADN y la doble hélice, puede perdonárenos un poco de antropocentrismo porque nada ha provocado tanto nuestra lujuriosa arrogancia como la capacidad para entender y alterar lo que somos. Pero ¿y el Teorema de Incompletitud de Gödel? La revista *Time* incluyó a Gödel en la lista de sus Veinte Pensadores y Científicos más Importantes del Siglo XX, pero la verdad es que, a diferencia de la relatividad y el ADN, el Teorema de Incompletitud no se ha hecho un sitio en la imaginación popular.

En el centro del trabajo matemático se encuentra este resultado más bien extraño, un resultado extraordinario que utiliza las matemáticas mismas no para exponer una observación irrefutable sobre círculos o números primos o invariantes topológicos y representaciones conformes sino para decir algo sobre la naturaleza de las matemáticas mismas. Es un teorema que niega la certidumbre en la esfera donde uno más la esperaría. ¿Por qué iba a importar? Las matemáticas son únicas, un capítulo aparte en el afán de conocer del hombre. Yo puedo pensar que un violinista tiene o no un don para la música: tal vez puedo tener una opinión al respecto, si es que sirve de algo, pero esa opinión es siempre cuestionable, no puede ser de otro modo, ante una opinión que difiera. Sin embargo, nada de lo probado en matemáticas puede ser atacado o desautorizado. Puede darse por sentado. Es el padre, el amante, el amigo en los que puedes confiar, imaginarios si es necesario. Las matemáticas, que no incluyen los chillones empeños de la estadística o la probabilidad, sino sólo las matemáticas puras, el fruto de la mente humana que se vuelve hacia sí misma y descubre que en la esfera de las consecuencias necesarias, donde no debe verse ni oírse ni olerse ni probarse ni tocarse ningún hecho contingente, revelan una belleza que agota la comprensión humana y una certidumbre que los sentidos nunca pueden ni rozar. Nada en este mundo puede ofrecer una cosa de una belleza tan estimulante que sea también verdad de ese modo, *de ese modo*, digo, cuyo principio y final son uno y el mismo, que no requiere ninguna aventurada salida fuera de la caja craneal, ni depositar confianza alguna en las percepciones que engañan ni en la memoria que corrompe, ni recurrir a nada experimentado. ¡Dios del cielo! ¿Puedes creértelo?

Por supuesto, me conmovió la apasionada defensa de las matemáticas que hizo Zafar. Yo había estudiado el tema en mi juventud, de manera que lo que él describía despertaba ecos por los pasillos de mi memoria. Se dice de los matemáticos que la matemática es su amante, su primer amor, o el gran amor de sus vidas. Es una metáfora trillada y, bien pensado, tampoco puede aplicarse exclusivamente a los matemáticos. Pero en mi época, yo había tenido bastante talento para ellas, había chapoteado en sus aguas superficiales, aunque sin sumergirme en sus profundidades, y podía dar fe de la calidad de esa íntima relación.

Zafar pasó seguidamente a una exposición del Teorema de Incompletitud de Gödel, pero ésta a su vez desembocó en otra digresión que nos llevó todavía más lejos. En realidad, no perdió el hilo y, a su debido tiempo, volvió a su relato del encuentro con los Hampton-Wyvern y luego a la narración de los acontecimientos en Afganistán (de hecho, hubo siempre un único hilo, que serpenteaba de formas que sólo ahora se hacen evidentes). Aun así, prefiero saltarme la explicación sobre el Teorema de Incompletitud de Gödel, una digresión demasiado alejada, lo que no debe interpretarse más que como un indicio de mi propia necesidad de mantener cierto control sobre el tortuoso zigzagueo de la charla de Zafar, su oscilante ir y venir.

—En el año 2000 ¿cuánta gente sabía lo que eran los préstamos hipotecarios *subprime*? —me preguntó.

—¡Espera un momento! ¿A qué viene lo de las hipotecas ahora? —respondí.

Zafar se limitó a repetir la pregunta.

—No mucha —dije, cediendo y siguiéndole la corriente.

—Y antes del 11 de septiembre de 2001, ¿cuánta gente crees que había leído el libro de Ahmed Rashid sobre Afganistán?

—¿*Los talibán*?

—Sí.

—¿Adonde quieres ir a parar?

Cuando un periodista le preguntó a Harold MacMillan qué era lo que más miedo le daba de la política, su respuesta fue: *Los acontecimientos, muchacho, ¡os acontecimientos*. El acontecimiento lo define todo, lo cambia todo, no sólo después sino también antes. La gente no soporta lo inesperado, no puede aceptarlo y cambiará sus recuerdos para hacer que lo inesperado

fuera esperado. De la misma manera que la naturaleza abomina del vacío, los hombres abominan del vacío en la historia, de la discontinuidad que trae lo inesperado, así que volverán atrás y rellenarán los huecos, volverán e intentarán averiguar cómo sucedió, intentarán identificar lo que no vimos antes, aquello ante lo que estuvimos ciegos pero ahora podemos ver. Así que volvemos atrás y revisamos lo que pensábamos del mundo, con la ventaja de haber vivido ya el acontecimiento.

—¿Qué acontecimiento?

—Los sucesos inesperados. Las cosas que no vimos venir. Planificamos nuestras medidas políticas, hacemos predicciones en todos los sentidos posibles. Pero, mira al pasado, incluso al escrito: ¿qué es más que una sucesión de sorpresas?

—¿El 11S?, ¿la crisis financiera?

—Sucesos externos, sucesos repentinos que han surgido de la nada —dijo Zafar—, que cambian la vida todo el tiempo, cada año, por no decir cada día. Tomamos decisiones, adaptamos nuestras voluntades, a pesar de sucesos que nos abruman y devoran.

—Como dijo Churchill —añadí—, la historia es sólo un suceso sangriento detrás de otro.

—¿Fue Churchill el que lo dijo? —preguntó Zafar.

—¿No hay una convención que dice que, si desconoces al autor, siempre puedes atribuirle la cita a Churchill?

—Yo creía que era Edna St Vincent Millay.

—¿Qué siempre puedes atribuirle una cita a Edna St. Vincent Millay? —le pregunté a Zafar.

—No. Millay dijo: No es verdad que la vida sea una maldita cosa detrás de otra; es una maldita cosa que se repite una y otra vez.

—A decir verdad, así suena más interesante —repliqué.

—Pero supongo que tú tienes razón. De hecho, como dijo el propio Churchill, la falsa atribución de epigramas es el amigo de las letras y el enemigo de la historia.

—¿Eso lo dijo él?

—No —respondió Zafar.

Nuestra conversación acabó ahí por ese día. A partir de ese punto, creo, su

relato afgano adquirió un matiz marcadamente más oscuro. Si ahora pienso, como tiendo a hacer, que ese fue el momento en que Zafar empezó a pergeñar el argumento de su defensa —defensa de lo que pasó en Afganistán, de lo que hizo allí—, entonces estoy obligado a aceptar que estaba preparando también la acusación, una causa para demostrar la culpabilidad de otros, y mía. Eso es lo que creo que pretendía con sus referencias al 11S y la crisis financiera, y, en un sentido más concreto, con una referencia a por qué y cómo cambiaron las cosas entre Emily y él. Sólo cuando se ha depositado el polvo de los acontecimientos históricos, la gente regresa al campo de batalla para examinar los daños y luego rescribir la historia. Alan Greenspan, aquel taimado presidente de la Reserva Federal, fue encumbrado en una ocasión, no hace mucho, como posiblemente el más grande de los presidentes de la Fed de la historia, un maestro de los mercados, que manipulaba los tipos de interés a la perfección. Hoy, incluso a ojos de sus anteriores acólitos, la reputación de Greenspan ha quedado hecha jirones. Demasiado liberal y pródigo con el dinero, dicen, siempre lo fue. Bajo su mandato, los tipos de interés cayeron y el dinero se volvió tan barato que poco podía disuadir a inversores y bancos de que dedicaran cada vez más dinero prestado a inversiones cada vez más arriesgadas. Llegan las hipotecas *subprime*, hipotecas que se concedían a quienes en realidad no podían pagarlas, y que dejarían de pagarse a su debido tiempo. Pero sólo después de que el suceso haya tenido lugar los ojos de la historia miran hacia atrás. ¿Quién podía imaginar que en las colinas de Asia Central se estaba fermentando un problema que acabaría abatiéndose desde los cielos de Manhattan? Pero después, los ojos de Occidente, por no decir del mundo, y todo el estruendo de su arsenal, se concentraron sobre Afganistán. Hay unas palabras en uno de los cuadernos de notas de Zafar que parecen escritas en un museo de Copenhague (si hemos de guiarnos por las notas y observaciones sobre esa ciudad que las rodean) y están atribuidas a Sor en Kierkegaard: *La vida sólo puede ser comprendida hacia atrás; el problema es que hay que vivirla hacia delante.*

Conocí a Mohammed y Sila Jalaluddin, dijo Zafar, en el verano de 2001 en Washington D.C., donde el marido había sido un funcionario de rango intermedio del Banco Mundial. A partir del otoño de 2001, los profesionales nacidos en Afganistán que trabajaban en políticas públicas o desarrollo internacional, que sumaban unos pocos esparcidos por todo el mundo, fueron

convocados a la incipiente tarea de reconstrucción después de la invasión americana de su madre patria. Hasta ese momento, la carrera de Mohammed Jalaluddin se había estancado en la inmovilidad del D.C., en no poca medida debido a su reputación de hombre difícil, pero ahora se veía impulsada por los vientos que irradiaban del desplome de las Torres Gemelas, que relanzaron a todos los que se dedicaban a fundones como la suya. Él, como tantos otros de aquellos hombres, procedía de esa estirpe de expertos en desarrollo internacional que no escatimaban su amor por la humanidad pero no tenían el menor interés por la gente. ¿Cómo si no explicar la mueca implacable de sus labios? Pregonan y venden unas prestigiosas políticas de sentido común sin avergonzarse, conscientes de que nunca podrá demostrarse su falsedad. Saben que tales consejos, comprados y pagados con mucho dinero y con el tipo de honores y cargos que ellos anhelan, sólo serían aplicados en el torbellino de las exigencias políticas contradictorias y las reclamaciones corruptas, en donde sus recomendaciones perderán su sentido e identidad, de manera que las decepciones y los resultados fallidos sólo los exoneran y justifican cada nuevo contrato para prestar más servicios.

Pero nadie trabaja solo, ni siquiera el más arisco, menos aún cuando un trabajo tiene tareas que deben delegarse. Un día de junio de 2001, Penélope Hampton-Wyvern recibió una llamada telefónica de un antiguo amante, un tal Rudiger Dornhoff, un ex empleado de la ONU. que se había enterado de que un antiguo colega suyo quería contratar a un asesor *júnior*. Emily se había sacado un título en administración pública en Harvard, pero sus notas quedaron un poco por debajo de las calificaciones triple-A para la élite del Young Professional Program. Así que, como muchos aspirantes a empleos en la ONU antes que ella, buscó una ruta de acceso a través de los muchos pasillos sin vigilancia que sólo conocen los que cuentan con información privilegiada. Los asesores contratados no son sometidos a un examen tan detallado.

Nunca vi a Dornhoff en persona, prosiguió Zafar. Conozco algunos hechos, pero he tenido que especular sobre el resto. Estaba retirado pero, sin familia de la que preocuparse, seguía junto a su antiguo patrón, como un viejo perro pastor, y ofrecía sus servicios como asesor a proyectos en los que había participado en el pasado.

Dornhoff conoció a Penelope Hampton-Wyvern en una librería de Campden Hill hará unos cuarenta años. Penelope era por entonces una joven

de veintitrés años de pelo moreno que ya estaba comprometida con Robín. Noble suizo, miembro de una aristocracia sin sentido, Dornhoff era un licenciado en económicas en Londres. Penelope y él se conocieron, él la halagó, ella tonteó, él se insinuó, ella se ruborizó, la historia siguió adelante, él insistió y luego ella le dijo que ya estaba prometida. En el curso de los años mantuvo con Penelope una correspondencia, en gran medida unilateral, de postales enviadas desde sus exóticos destinos en la ONU. Las esperanzas de Dornhoff debieron avivarse cuando le Regaron noticias del divorcio de Penelope, pero cuando habló con ella más tarde, el optimismo debió de desvanecerse ante el afecto animoso de sus respuestas, como el tipo de cariño que una hermanale tendría a un hermano menor. Lo que importa aquí es que Dornhoff tenía información de detrás de las líneas enemigas, y Emily, ahora poseedora de un máster en administración pública, era el soldado de la beneficencia en busca de una guerra justa.

Abandoné la ilusión, que sólo duró tanto como la noción de que el amor entre Emily y yo era sostenible, de que era la bondad lo que la impulsaba. En su lugar recuperé una convicción anterior sobre sus motivaciones, una convicción que había mantenido en suspensión. Creo que el origen de gran parte de la miseria humana puede remontarse a una diminuta fuente, cuya verdadera identidad permanece oculta porque una y otra vez es confundida con otra cosa. Y es un error muy fácil de cometer, porque el origen de la miseria es, también, la misma fuente que la de la grandeza, De forma que el orgullo no permitirá que un hombre vea ambas caras a la vez. ¿No es ésa la fábula de Prometeo, que el fuego robado a los dioses iluminará el camino a los hombres mientras les quema las manos?

No me fio de un hombre que diga que no le importa lo que los demás piensen de él. Más bien sospecho que pocas cosas le preocupan más. No se trata sólo de que las imposturas de una persona y las historias cuidadosamente entretejidas que cuenta de sí misma estén todas engendradas a partir del oscuro impulso de elevarse a la categoría de una criatura de importancia. No se trata sólo de que mentirá descaradamente, mientras se convence de su veracidad, para aumentar la estima en que la tienen los demás. La raíz del daño es que organizará todos sus asuntos y dedicará todos sus empeños a la mejora de su reputación y que será éste el único objetivo que le mueva Cuando el diablo entra en el mundo, ¿crees que se presenta con cuernos y pezuñas,

destilando nubes de pestilencia?

Lo que los demás piensan de él, su posición en la sociedad, la consideración de sus colegas, es el motivo principal de toda iniciativa de un ser humano. Freud nunca le concedió la suficiente importancia. Otto Rank lo denominó el instinto de héroe, el anhelo de todo ser humano de ser un héroe pese al universo que se burla de él, como si este universo, en su vasto esplendor, hubiera dedicado un pensamiento a otra nimia contingencia.

Rudiger Dornhoff, al que Penelope había informado de que Emily buscaba empleo en la ONU, había mantenido un ojo atento a los tableros de anuncios, y cuando se puso uno para un contrato temporal con un colega con el que él había trabajado en algunos proyectos en Indonesia, un colega que sin duda encontraría útil la recomendación de Emily del propio Dornhoff, el suizo la llamó por teléfono.

Eso fue en junio de 2001, y el colega que buscaba un asistente temporal era Mohammed Jalaluddin, que, en octubre, sería reconocido como el afgano de mayor rango en la OKU, el Banco Mundial, o el FMI, y se vería solicitado como nunca hasta entonces. El futuro de *su* país —el pasaporte de EE. UU. no contaba dada la apremiante situación— dependía de él. Las vidas de veinticinco millones dependían de él. Pero no podía hacerlo todo solo, y así a su lado estaría Emily, tan fiable, tan inteligente y, vaya, nunca ha pisado la tierra una mujer tan vulnerable a la figura paterna, una peregrina de un altar a otro, en busca del ideal.

En marzo de 2002. la Misión de Asistencia de las Naciones Unidas en Afganistán estaba bien establecida. Los Land Cruisers rugían por Kabul; los helicópteros de EE. UU. cargados con el personal de la UNAMA batían el polvo de aeródromos improvisados en los distritos de las afueras; y, no menos importante, a pleno funcionamiento, tirando pintas y sirviendo tragos, estaba el bar de la ONU en Kabul. Mohammed Jalaluddin, Emily Hampton-Wyvern y un centenar de personas importantes ya estaban en sus puestos, alojados en un recinto adyacente a ese bar. El escenario estaba preparado.

Lo que había sido de nosotros a esas alturas no era ni carne ni pescado sino algo intermedio, que resbalaba sobre la superficie: ¿los peces consideran que el límite entre el agua y el aire es una superficie, dado que sólo llegan a ella desde abajo? Hablando en sentido estricto, nos habíamos separado. Y, en sentido estricto también, seguíamos enamorados, en la medida que uno puede

afirmar cosas como ésa. El amor era una guirnalda ensartada de dudas e incertidumbres. Por descontado, había pequeñas diferencias, como el que yo nunca figurara en sus conversaciones con nadie, algo que yo había descubierto con el tiempo, a veces en las miradas de completa sorpresa en los semblantes de gente que seguramente tendría que haber estado al tanto de nuestra relación. Y había otras cosas, también, que habían mantenido la relación en una fase inicial permanente. En su trato conmigo. Emily Hampton-Wyvern era la persona menos fiable del mundo. Al principio me confundió porque en su vida profesional, y en exasperante contraste, era el pilar de la formalidad.

No es la única gran ironía de la Biblia el que sea Pedro aquel al que Cristo le dice: tú serás la piedra sobre la que edificaré mi iglesia, de manera que hoy la Iglesia de Roma concede a Pedro el estatus de su primer pontífice. Una ironía porque es el mismo Pedro que, cuando le abordan los centuriones en el jardín de Getsemaní, renegó de Cristo, no una ni dos, sino tres veces antes de que el gallo cantara; el mismo Pedro que previamente había repetido, tres veces, que él nunca haría nada por el estilo. Me recordó el mandato de que debes tratar a un hombre según de lo que le creas capaz y él se convertirá en esa persona; un sermón ridículo. Yo creo que la imagen es un tanto distinta: no más compleja, sino lo contrario.

Sé que incluso cuando anoto todo lo que he escuchado, soy incapaz de dar una imagen completa. Zafar, como todos, supongo, tiene que ser reconstruido a partir de los fragmentos que caen a nuestro alrededor. Yo he contado y seguiré contando lo que sé, pero, al final, sé muy poco, y menos aún de las causas, de lo que el científico como mi padre que llevo dentro anhela, No consuela pensar que cada causa de por sí es a su vez un efecto, lo que convierte la búsqueda de causas y razones en una entelequia. una empresa descabellada.

Tiendo demasiado a imitar como para ser un verdadero escritor, Pero si estuviera escribiendo una novela, en lugar de limitarme a exponerlos hechos que conozco —aquellos que me han contado, los que he leído y los que he conocido por mi propia experiencia— tal vez podría haberme planteado apoyar en los hechos despojados la ornamentación de razones. Ese tipo de elaboración, según mis lecturas de libros de ficción, parece estar de moda, contar una historia que empieza por el principio, en la infancia, y rastrea seguidamente la trayectoria de una vida que está marcada por su mismo principio. ¿Es eso psicoanálisis? Se llame como se llame, la historia que yo

escribiría, si tal fuera mi intención, diría algo sobre cómo la infancia de Zafar le formó; describiría incidentes que dan cuenta de la profunda alienación que sentía (una alienación que yo, al escribir, ubicaría con seguridad en él); explicaría cómo descubrió que era dos años menor de lo que le habían hecho creer mucho tiempo atrás; y le daría más importancia a la naturaleza de sus orígenes familiares, más de la que me permitirían los pocos hechos que tengo a mi disposición, que ni siquiera me aclaran cómo llegó a enterarse de que su padre, su verdadero padre, era un soldado paquistaní que violó a su madre, y que ésta, su verdadera madre, era la hermana menor del hombre que le crió como si fuera hijo suyo.

Este último hecho sería merecedor por sí mismo de un gran titular en lugar de este aparte casi enterrado entre mis cavilaciones sobre las dificultades a las que me enfrento al escribir. Pero ¿qué me queda ahora más que sus cuadernos? Unos cuadernos que muestran un viejo y recurrente interés por el tema de la violación en la guerra y la violación en Bangladés durante la lucha de liberación, Cuadernos que sólo recogen frases despojadas que contienen los hechos que he mencionado, Pero, tras pensarlo un momento, me pregunto: ¿por qué iba a anotar algo más que eso en sus cuadernos? Ciertamente no como un *aide-mémoire*. Porque ¿cómo iba uno a olvidar nada de una conversación en la que se enteraba de la espeluznante verdad de sus orígenes?

En mi posesión no tengo más que lo que he descubierto. Sólo este hecho constriñe la historia que puedo contar, el sentido de una vida, las fuerzas que contribuyeron a construirla. Además, tengo que decirlo, no le concedo mucho valor a la concepción hidráulica de la psique humana que presenta el psicoanálisis, según la cual un empujón aquí y un tirón allá y ya está porque ahí, un poco más allá, llega la consecuencia, o que retenerla ira es como contener un estornudo. Careciendo de autoridad al respecto, sé que sólo estoy especulando, pero me parece que en el contexto apropiado, el psicoanalista diría: puedes ver por qué el hombre no se acerca más a las mujeres; el niño nunca estuvo cerca de su madre. Pero, del mismo modo, el psicoanalista diría de otro hombre: puedes ver por qué siempre está demasiado ansioso y se apresura a acercarse a las mujeres; el niño nunca estuvo cerca de su madre.

No sé qué historia escribiría para explicar a Zafar, para poner los puntales de causas y efectos que sostienen la estructura de una vida humana, hasta donde pueda describirse, entenderse. Los vacíos no facilitan la tarea, las

preguntas que quedaron sin responder y otras que sólo se me ocurrió plantear más tarde, como la réplica ingeniosa que llega cuando ya has subido la mitad de la escalera, demasiado tarde para que sirva de nada. Zafar habló con largueza, como nunca lo había hecho, pero al final lo único que puedo incluir es lo que he sido capaz de extraer de lo que dijo o escribió. Así que. ¿cómo cubrir los vacíos?

Mi padre es un hombre demasiado generoso para llegar a alzar la mirada a los cielos cuando, invariablemente, le preguntan en las cenas de qué va su trabajo. Lo que le piden es que dé una pista, una vaga idea de lo que va. Siendo un hombre cortés y amable, tal vez creyendo que seguramente no importa, una vaga idea es lo que les da, o al menos lo que sus invitados de cena creen que les ha dado. Y también escuchará, sonriendo con calidez, cuando alguno de los comensales invoque —como haría cualquier invitado de un físico teórico— la teoría de la relatividad de Einstein como metáfora de alguna proposición de las ciencias sociales. La relatividad, escuchará mi padre, demuestra esto y lo otro (en algún ámbito tan alejado de la ciencia como cualquier cosa que no sea ciencia). Mi padre recordará, pero nunca mencionará, lo que Einstein acabó deseando tras sufrir largamente oyendo los abusos a los que habían sometido el simple encabezamiento de su teoría, como si invocar el nombre de la teoría fuera a importar toda la autoridad de las antiguas y atemporales lambdas, epsilon y deltas de un hermoso argumento matemático. Einstein deseaba más que nadie haberla llamado teoría de la invariancia, que es como decir que quería haberle dado un nombre cuyo significado fuera exactamente el contrario de relatividad y que, sostenía, habría sido igual de preciso.

Pero nuestras conversaciones privadas, entre padre e hijo, están libres de las concesiones impostadas de las cenas. Las metáforas tienen su lugar, dice, pero nunca como explicaciones, nunca como sustitutos de la cosa en sí. que es lo único que puede encender las luces o dejamos a oscuras. Su suspicacia hacia las metáforas reconoce que nuestra propensión a ellas seguramente surge de nuestra propia naturaleza, dada a las analogías, a relacionar una cosa con otra, a hacer uno de lo dispar. Pero ejercer ese instinto no es lo mismo que dar una explicación.

Su respeto por mi madre le impide decirlo tan explícitamente, pero el psicoanálisis es sólo una metáfora grandiosa, dice. Ni siquiera es una

hipótesis todavía en proceso de elaboración, sino un parche, un recurso provisional hasta que el estudio haya llegado a la cosa real.

Veo que he avanzado lo bastante por esta senda y ahora quiero volver. Al final, no puedo decir que la historia no sea una metáfora, la única historia que es verdad. Tal vez todo se reduzca a eso: carezco de la capacidad.

Zafar volvió a su relato, Había explicado cómo Emily había ido a parar a Afganistán, y, en otra ocasión, había hablado de una llamada telefónica que ella le había hecho, pidiéndole que fuera él también. Eso planteó la cuestión de si, y cuándo, se reunirían. Pero su narración se reanudó donde la había dejado. Suleimán le mostró Kabul, enseñándole la vista desde una colina que dominaba la ciudad, tras lo cual regresaron al AfDARI.

Él y yo. dijo Zafar, no llevábamos mucho tiempo en el patio del AfDARI, bajo la sombra moteada de una morera madura, cuando una mujer joven se presentó en la entrada principal. El guarda abrió la puerta de hierro, cuyas bisagras se resistieron con un chirrido. Me fijé en que él no la saludó, no le sonrió y ni siquiera hizo un gesto con la cabeza. Lo atribuí a una deferencia hacia su sexo y, tal vez, a su posición. Era una mujer blanca, de una blancura pálida, enfermiza, y llevaba un *shalwar kameez* de color claro con un hiyab azul oscuro en la cabeza, por debajo del pañuelo asomaban rizos de un pelo castaño oscuro. De un hombro colgaba un maletín de cuero marrón desabrochado y lleno de papeles. Los afganos son de razas diversas e incluso hay algunos hombres y mujeres con ojos tan azules como un fiordo noruego, pero la manera en que se conducía la mujer, su paso confiado, su manera de mirar a la cara sin vacilar, la señalaban inmediatamente como occidental.

Alguien la saludó con la mano y yo esboqué una sonrisa superficial cuando pasó hacia el edificio principal y subió las escaleras hasta desaparecer en su interior.

El director del AfDARI. explicó Suleiman, es un hombre casado. En Francia, tiene una mujer y dos hijos, y en Afganistán ha puesto una fotografía suya en la mesa de su despacho. Podemos agradecer estar en el patio y no en el despacho adyacente al suyo.

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque ni siquiera tienen la vergüenza de ocultar el ruido de lo que hacen.

Suleiman respiró hondo.

—El AfDARI necesita una nueva dirección —dijo—. El director actual es un resto del pasado. Fue designado por los donantes durante la época de los talibanes y el AfDARI era un gesto simbólico. Es un corrupto de pies a cabeza. Olvídense de su moral sexual, está llevándose grandes sumas, y, por descontado, la cosa sólo empeorará con todo el dinero que entra ahora. ¿Qué podemos esperar? Es un intruso que se está equipando una bonita segunda residencia en la Riviera francesa. La cuestión es: ¿quiere usted el puesto?

—¿Yo?

—Sí.

—Suleiman, me halaga. Pero ¿cómo sabe que yo sería mejor?

—Usted sería mejor, sin duda. Mucho mejor.

—Es muy amable por su parte, pero no estoy seguro de que sea lo mío. Y, ya puestos, tampoco estoy seguro de en qué podría ser mejor. Además, usted acaba de conocerme, y no puedo aceptar ese empleo, amigo mío, más de lo que usted puede, por así decirlo, ofrecérmelo.

No llevaba ni cuarenta y ocho horas en Kabul. Ya sabía de antemano que era un tiempo y un lugar donde las cosas podían suceder muy rápido, donde las decisiones burocráticas las tomaban en un instante jóvenes que no cargaban con el lastre de la historia, donde los departamentos gubernamentales estaban dirigidos por administradores extranjeros que apenas tenían la edad para bañarse solos. Ahí la toma de decisiones no estaba coartada por la exigencia de tener en cuenta ni reflexionar sobre la experiencia. Y aun así, ¿en qué se basaba exactamente la elección de Suleiman? Obviamente yo le había caído bien. Pero ¿había algo más? ¿Estaba pensando Suleiman en su propia carrera futura? ¿Ha tocado un techo de cristal para los afganos, un techo que debe romper primero alguien como yo, a medio camino entre el intruso y el infiltrado?

—Su reputación le precede.

—Su halago me halaga —respondí.

Yo no tengo reputación, pensé, lo que supongo, es ya de por sí una especie de reputación. Sin ningún motivo, me pregunté si Suleiman estaba insinuando que conocía al coronel.

—Esta mañana he hablado con algunos de nuestros ancianos —dijo—. Son afganos a los que teóricamente se consulta sobre las decisiones importantes que toma el director ejecutivo, una especie de consejo asesor. Por supuesto,

ellos no le conocen, pero lo que dije les convenció rápidamente.

—¿Y qué les dije? —pregunté.

—Les conté que usted es listo. Les dije que es un hombre muy inteligente que no es un intruso.

—Suleiman, ¿me considera uno de los suyos?

—Usted es de un país pobre como el mío. Usted es musulmán. Y usted ha envidado entre ellos, así que los conoce, sabe cómo pulsar sus teclas.

—Si no estoy con ellos, es que estoy contra ellos, ¿es eso?

—Justamente.

—Mi estimado Suleiman, creo que descubriría que tiene más en común con George Washington de lo que le gustaría pensar.

—¿Cómo es posible?

—Dígame lo que le respondieron los ancianos.

—Lo que necesitamos es un cambio y ellos lo apoyarán.

—Si tengo que responder ahora, diré que no.

—En ese caso, ¿por qué no se lo piensa?

Una hora después, estaba en el vestíbulo de entrada del AfDARI, un salón amplio, de techos altos y, en el suelo, un mosaico de baldosas blancas y negras. Tres puertas daban al salón; una de ellas se mantenía abierta calzada y daba a un largo pasillo. En uno de los fondos del salón, había un espejo de proporciones descomunales con un intrincado marco dorado. En la pared de enfrente de las puertas principales, encarando al visitante que llegaba, había una sucesión de vitrinas montadas, carteles y notas que exhibían todas las buenas obras del AfDARI.

Un cartel tras otro se jactaba de la intervención de la mano del AfDARI en una variedad de iniciativas, desde proyectos de irrigación y agua potable a la construcción de escuelas y el suministro de materiales escolares. Ninguna imagen expresa mejor la política de ayuda, la dinámica de Occidente y los países desarrollados, que la de los niños, felices o necesitados. Todos los niños de las fotografías eran varones. Establecido en la época de los talibanes, el AfDARI había sido la principal cámara de compensación de las pocas migajas de ayuda extranjera que caían de la mesa a un país que tenía poco interés para Estados Unidos tras el desmoronamiento de la Unión Soviética.

Se abrió una puerta del salón. Apareció la mujer a la que había visto llegar

hacía sólo media hora, me miró y luego salió rápidamente pisando las baldosas. Oí que las puertas principales se abrían crujiendo y esperé a oír cómo se cerraban, pero lo que me llegó fue el sonido cada vez más fuerte de voces femeninas. A medida que se acercaban al edificio, distinguí acentos americanos y, entre ellos, uno inglés.

Pensé en quitarme las gafas de sol; después de todo, estaba en el interior. Llevaba traje, una camisa elegante y zapatos brillantados. Las gafas de sol subrayaban la absurda imagen de un proxeneta o un traficante de drogas, o un agente del ISI paquistaní fantaseando con darse aires de James Bond.

Las mujeres entraron en el salón. Una se separó del grupo y vino hacia mí a largas zancadas oscilantes mientras su rostro se iluminaba con una brillante y risueña sonrisa.

Era bastante hermosa, con una cara dulce y párpados que chispeaban por encima de unos ojos azules brillantes. Tenía una nariz delicada, larga y levísimamente respingona. Las narices largas, las narices deformes, las asimétricas, es en esas narices en las que uno se fija; una nariz bella no llama la atención sino que se descubre, y es el resto de la cara el que avisa al ojo para que se fije. Una pañoleta le caía muY por detrás de la cabeza, colgando apenas, de manera que su matizado pelo castaño coronaba una imagen de vitalidad. Una chaqueta roja de plumón que le llegaba hasta las rodillas, se ceñía a la cintura y caía sobre un par de vaqueros, pero no impedía que la imaginación dibujara las curvas de su figura, Al acercarse, se quitó el hiyab Y se abrió la chaqueta.

—Hola. Me llamo Nicky, Nicky Amory. ¿Quién eres?

Hablaba con un chispeante acento inglés. No llevaba anillo.

—Zafar —dije quitándome las gafas de sol.

—Hola, Zafar, ¿trabajas aquí?

—Lo siento, Nicky, no. Pero aun así tal vez pueda ayudarte.

—Eres británico.

—¿Lo dices por el acento o por los buenos modales?

—Oh, nada de modales —dijo ella, ahora bastante en serio—. Bueno no es que quiera decir que no tienes muy buenos modales, claro —se apresuró a añadir, un poco ruborizada.

—También eso es una prueba de buenos modales por tu parte —respondí—. Si se me permite decirlo —añadí.

—No. no. Los británicos no son... una pandilla con buenos modales.

Vaciló, y me dio la impresión de que se contenía para no decir *bien educada*.

—Puede que parezcan todo sonrisas —prosiguió—, pero te apuñalarán por la espalda si con eso ganan un metro cuadrado de tierra que no les pertenece. Un lugar espantoso. No lo aguanto. Salí de allí hace quince años y no he vuelto ni a mirar atrás.

Hay unos códigos de conducta para la curiosidad. La mayoría de la gente deja entrever un poco de sí misma y de su trabajo, a modo de adelanto parcial a cuenta para cuando te preguntan qué haces tú. Así, al menos, lo hacen los occidentales. Es un pago por ser inquisitivo. Pero los sudasiáticos en general no sienten vergüenza a dar rienda suelta a su curiosidad. Pese a todo, Nicky, que no era del sur de Asia, carecía por entero de la doblez del occidental.

—¿Por qué estás aquí, Zafar?, ¿a que te dedicas?

—No estoy seguro —respondí.

—Oh, entiendo. Espiando, ¿no?

—¿A qué te refieres?

—Kabul está lleno de espías. En cuanto vuelves la cabeza hacia atrás y miras, ahí tienes a otro tipo misterioso acechando en las sombras. O no. Aquí se llaman asesores, dicho sea de paso. ¿Para quién espías?

—Para mí mismo, como todos —respondí.

—Ya veo. Todos somos espías. Nunca la persona que pensamos que somos.

—Y menos aún para nosotros mismos.

—Oh, eso me gusta. Debes de ser el espía existencia] —dijo.

—¿Tendría algún sentido que lo negara?

—Ni el más mínimo, querido.

Nicky resultaba desconcertante, pero de un modo agradable. Una mujer hermosa, que no parecía haber pasado ni un día de los treinta [aunque en realidad bordeaba los cuarenta, descubriría más tarde], que ocupaba algún cargo, y tenía la personalidad combinada de una periodista de campaña política, una señorita Money Penny y una monja resuelta. El nombre era más propio de una estrella del porno, lo que completaba la composición de la imagen pública de esta mujer. Creo que lo que más me complació de ella fue

la impresión confusa que me causó —incluso desde el primer instante— de que, aunque podía dar por perdidas naciones enteras sin inmutarse, sería la última persona en juzgar a otro ser humano.

Las otras mujeres se nos acercaron. Parecía que este grupo de cuatro formaba parte de un contingente mayor enriado por una fundación de beneficencia de Estados Unidos que organizaba intercambios de risitas de profesionales de organizaciones sin ánimo de lucro americanas con otras que trabajaban en países en desarrollo. Nicky érala subdirectora de una organización internacional de microfinanciación, una «iniciativa»— la llamaba ella, que ayudaba a comunidades en «LDC» (países menos desarrollados, añadió educadamente) a encontrar formas de conseguir pequeños préstamos para negocios. Las mujeres eran fundamentales en esa iniciativa. Había otras organizaciones representadas, y la cara pública de todas ellas era Bianca Jagger.

Nicky se volvió hacia mí y dijo:

—Tengo una reunión con este tipo, el director ejecutivo, esto...

—¿Maurice Touvier?

No le conté a Nicky lo poco que ya sabía de él. Sabía que Emily había quedado impresionada por el dominio que demostraba el joven Monsieur Touvier de las hojas de cálculo Excel. Me había enriado por correo electrónico un presupuesto preparado por el caballero, para que se lo comentara, dijo, añadiendo que a ella le había impresionado bastante. Era una lista de material para una nueva unidad de la ONU que dirigiría los esfuerzos de reconstrucción: tropecientos Land Cruisers, ordenadores, teléfonos por satélite y demás. Emily me había pedido mi opinión, pero prefería no dársela del todo: Monsieur Touvier tenía un gran dominio de las aplicaciones de coloreado del *software*.

—El mismo —dijo Nicky—. Tengo una reunión con él. ¿Por qué no nos acompañas?

—Él no me espera.

—¿Quién sabe qué esperar en este país? En cualquier caso, me has caído bien y no aceptaré un no por respuesta.

—Excelente. ¿Cuándo es la reunión?

—Ahora.

—Oh, Ahora no puedo, De hecho, ya llevo tarde a otro compromiso.

—¿Cuál?

—Sí te lo dijera sería un espía penoso.

—Todos vamos a salir a tomar una copa esta noche. ¿Te apuntas?

—Suená bien.

Mentí sobre el tener otra reunión. Simplemente no quería conocer a Touvier. Apenas llevaba dos días en Kabul y ya tenía una sensación de asco, ya me había enfrentado a la mancha de la hipocresía. Pero no era fruto de un hallazgo a partir de unos hechos, ni de una revelación atisbada por el comportamiento de los demás, no lo sentía así. Más bien se trataba de una conclusión, una deducción a partir de lo que ya había sabido desde siempre, como si hubiera dado un pequeño paso desde unas huellas ya mareadas, como si fuera un silogismo, *todos los cretenses son mentirosos, Epiménides es cretense*, y lo único que había hecho, que podría haber hecho en cualquier sitio pero lo estaba haciendo en Kabul, era concluir que *Epiménides era un mentiroso*.

Por la noche, diez minutos después de recogerme, nuestro pequeño convoy, una docena de mujeres y yo, paró a las puertas del complejo de la ONU, un área anegada del alumbrado artificial de los focos. Soldados con boinas azules merodeaban a lado de los Humvees aparcados junto a las puertas, encendiéndose cigarrillos entre risas, y cada uno de sus gestos bruscos destilaba machismo; pero también se percibía el nerviosismo en sus furtivas miradas a los lados. Bajamos de los coches y entramos en fila en una cabina de seguridad prefabricada, no muy distinta de las taquillas de venta de entradas que se encuentran en la entrada de una atracción pública, un castillo o el jardín botánico de Kew. Nuestros pasaportes fueron revisados y nos cachearon antes de dejarnos pasar por un estrecho pasillo al interior del complejo. No me cabe duda de que mi asociación con este grupo de mujeres occidentales me descontaminaba a ojos de los vigilantes y pensé en cómo debía sentirse un hombre cuando, al llegar a la puerta de un *nightclub* en Nueva York con varias mujeres en sus brazos, les franquean la entrada a su camarilla y a él saltándose la larga cola.

Desde la derecha del pasillo llegaba un ruido de bullicio; por allí, supuse, debía de estar el bar y *lounge* de la ONU. Pero a la izquierda, es decir hacia el exterior, había una puerta que se mantenía abierta con un ladrillo. Me deslicé hacia allí, separándome de las mujeres que me precedían y salí al área

descubierta del complejo, bajo el cielo nocturno. Había soldados merodeando más allá, diseminados hasta la calle. Había un afgano junto a la puerta, fumando. Intercambiamos saludos y le pedí un cigarrillo, Le pasé mi mechero Bic y le dije que se lo quedara, que tenía otro. Me explicó que estaba esperando una caja de vino para el señor Maurice. Me pareció un poco raro que esperara en el interior, pasadas las puertas principales, pero preferí no tantear más por ahí.

Dicho sea de paso, yo iba vestido de una forma completamente inapropiada para Kabul. Ves que ahora llevo pantalones *cargo* y cosas así, ropa más adecuada para viajar por lugares apartados. Pero había llegado a Kabul con un traje negro, unos zapatos negros y una camisa de algodón azul cielo; me había quitado la corbata, que llevaba doblada en el bolsillo: las corbatas de seda hacen las veces de una cuerda resistente. Llevar traje se había convertido en costumbre en el sur de Asia. Evitaba un montón de preguntas. Había adoptado la vestimenta de una generación un poco mayor que yo y proyectaba una imagen pública con aire de hombre de negocios.

En Oxford, nunca tuve dinero para ropa decente. Pero era estudiante, así que tampoco importaba. Hay una cosa graciosa en todos esos chicos de las escuelas privadas, los pijos paulinos de St. Paul y los *wykehamists* de Winchester: van hechos unos zorros.

Zafar me hizo sonreír. Ciertamente, a mí se me aplicaba el cuento.

Parecían no preocuparse en absoluto de su aspecto, prosiguió. ¿Te acuerdas de Flowers *el Apestoso*?

—*David Flowers* —dije.

—Pero todo el mundo lo llamaba Apestoso.

—Por su apellido —respondí.

Aunque en realidad sí que desprendía algo de mal olor. No se lavaba, de eso estoy seguro. ¿Para eso te sirve una educación en una rimbombante escuela privada inglesa? Lo que te dan en ella no es tanto seguridad en ti mismo como una carencia de dudas sobre quién eres, la certidumbre de que el mundo te recibirá con los brazos abiertos tal como eres, porque formas parte de la flor y la nata de la sociedad, tanto da la pinta que tengas.

—No todos los que van a Eton son así —le dije a Zafar.

—¿Sabías que no hay un solo medicamento en la tierra que funcione en más del setenta por ciento de la población? Me refiero a un fármaco.

—¿Y?

—Ni uno. Las compañías farmacéuticas consideran que un medicamento es un éxito si es eficaz en una proporción mucho menor de pacientes. No vas a descartar la droga —dijo Zafar— sólo porque el treinta por ciento de la población no se ajuste al patrón.

—No es lo mismo.

—Claro que no es lo mismo, Por eso es una analogía. La cuestión es que es similar en un aspecto pertinente. No estoy hablando de la minoría de los alumnos de las escuelas privadas. Ni siquiera me refiero necesariamente a la mayoría. Sólo digo que hay una pauta en esos alumnos que no encuentras en otros en el mismo grado.

—¿El que huelan mal?

—No. Su sensación de tener derecho a sus privilegios, su actitud.

Zafar, pensé, tenía razón respecto a la actitud hacia la ropa. Yo entraba en la categoría de chicos que se vestían con dejadez en la universidad. Nunca me pareció que importara mucho. En tanto dispusieras del atuendo apropiado para los acontecimientos necesarios — un traje, corbata negra, corbata blanca, etc. —, ¿qué más daba lo que llevaras puesto por la facultad?

Le pregunté a Zafar por qué se había puesto traje en Afganistán.

Me explicó que llevar traje en el sur de Asia tenía el efecto de convertirte en alguien normal.

Un traje significaba negocios, dijo. Evita ciertos tipos de irritantes interacciones que pueden socavar tu trabajo. Los bangladesíes, y puede aplicarse a los sudasiáticos en general, son una gente curiosa, siempre intentan averiguar las relaciones familiares de los demás. Yo había visto el instante en que aparece la mirada levemente decepcionada, incluso abatida, que me dedicaba la gente cuando quedaba claro que yo no estaba emparentado con ninguna gran familia, sino más bien lo contrario. Parecían desanimarse: de repente sus oportunidades de conseguir favores se encogían a ojos vista. Qué diferente era, es, en América. Allí podía responder a la curiosidad con la información de que mi padre era camarero, mi madre costurera, y la reacción de los demás habría sido completamente distinta. Sé que algunos lo considerarán una ingenuidad, pero la persistencia del mito del borrón y cuenta nueva es en sí el garante de una fe optimista en la libertad humana, en la capacidad para romper lazos y forjar algo nuevo. Incluso este nuevo

presidente en persona es un signo del espíritu subyacente de un país que tiene la capacidad de creer en el cambio, a diferencia de Europa, que lo teme.

Pero el optimismo, por su propia naturaleza, carece de límites, no admite fronteras, no conoce el desaliento, sigue adelante, no sabe cuándo parar. Pasar de la creencia que funda América, la de que puede formar una unión cada vez más perfecta, a la creencia de que puede reconstruir otro país a imagen de sus esperanzas para sí —cubrir esa distancia— no requiere, mucho tiempo: un político lo hace antes de decirte que aprueba el mensaje del anuncio. Pero esto no es nada nuevo. Del orgullo al narcisismo, el camino hace mucho que fue jalonado de cadáveres.

Ahí estaba yo, dentro del complejo de la ONU en el distrito de Shar-e-Naw, el barrio de las mansiones, bajo un cielo negro, y me preguntaba qué coño era lo que me había llevado hasta ese lugar. Cuál era mi motivo real. Sabía, claro, cómo había llegado. Sabía, también, quiénes me habían pedido que fuera y qué era lo que quería cada uno de ellos de mí. Pero en aquellos momentos, mientras daba caladas a un cigarrillo y cada calada casi me atragantaba, me pregunté de nuevo cuál había sido mi verdadera razón para aceptar. Y pensé en Emily; había bastantes posibilidades de que estuviera ahí, dentro.

Ése era el centro. Muchos miembros del personal de la ONU, así como de otras organizaciones, vivían en varias casas esparcidas alrededor del complejo, detrás de un muro vigilado por soldados. Todo en ese espacio tenía su explicación, todo estaba al servicio de seres humanos. Todo carente de vida pero la prioridad era proteger la vida. No había rastro de vegetación, ni un árbol ni un arbusto, sólo piedra y ladrillo, paredes encaladas y polvo. Era obvio que el edificio no había sido concebido tal y como había quedado, pero había sufrido una metástasis con el tiempo, y había crecido aquí y allí, saliéndose por un lado y luego por otro, de manera que los focos tallaban sombras de las esquinas de las casas, de los huecos inesperados y las cajas que resaltaban. Sobre los edificios, una comente de condensación burbujeaba desde un respiradero.

Algunos de los chóferes afganos de los coches aparcados al otro lado de las puertas se habían reunido mientras sus señores socializaban en el interior. Fumaban y hablaban, pese a las advertencias de un soldado que agitaba la mano para que se alejaran. Doblé una esquina del edificio para recuperarme

un momento, buscando una calma que me preparara para lo que me esperaba sin exigencias sobre los sentidos, pero sólo me topé con nuevos sonidos, música rítmica y las tensiones de voces que hablaban alto intentando imponerse al ruido. Las risas salían resonantes a través de una ventana abierta por la que se escapaban, también, el humo de cigarrillos y los vapores de licores que aturdían los sentidos. Kabul en la primavera de 2002, cuando Occidente apenas acababa de llegar, una vez más, y allí estaba ese bar, una guarida de diversión cálida mientras los chóferes se apiñaban en el frío del exterior y hombres con boinas azules miraban mal a los nativos.

6

TELEGRAMA DE SANGRE O BILL Y DAVE

El mero hecho de que la totalidad de nuestras experiencias sensoriales sea tal que, a través del pensamiento... pueda ser puesta en orden, es de por sí pasmoso, pero nunca lo entenderemos. Bien podría decirse que «el misterio eterno del mundo es su inteligibilidad».

—ALBERT EINSTEIN,
Physics and Reality

La tierra es el hogar de una criatura, un gran simio se autodenomina, que ha asumido la tarea de explicar el universo, de dar cuenta de todo lo que existe, de su mundo, su mundo social, su mundo físico, la caída de los imperios y la de las manzanas por igual. La criatura ahora se abre paso por el sendero en espiral de su evolución, que se desarrolla en el curso de unos pocos años arrancados como astillas de una vasta cronología que no ha creado él, una evolución temporal que se remonta a un silencioso *bang* que dejó escapar todos los desechos nucleares sembrando los vacíos del espacio, una línea temporal que avanza sin parar, más allá del día en que los cambios biológicos de esta criatura la conviertan en algo tan encantador para sus descendientes como las huellas artísticas del primer homínido bípedo lo son para él hoy, una línea temporal que sobrevivirá con creces a la hora en que su planeta muera con la última llamarada de un sol agonizante. ¿No le parece perturbador que las explicaciones que

encuentra del mundo sean inteligibles para él? ¿No se ha detenido a pensar que, si encuentra una respuesta, es sólo a una pregunta que ha sido capaz de formular? Hasta que aprendió que no era así, afirmaba que el hombre era un ser único entre todas las criaturas porque tenía lenguaje, único porque tenía uso de razón, único por el don de la conciencia, único por concebir otras mentes, único, parecía, en todos los sentidos, El desmesurado orgullo animal persiste ahora en la idea de que la verdad que subyace bajo lo que percibe, desde el eterno cosmos exterior al mundano aquí y ahora, e incluso a lo artificial, de que esa verdad permanente en la que cree no podrá exceder su capacidad de comprensión.

—atribuido a WINSTON CHURCHILL
en los cuadernos de Zafar.

La primera vez, dijo Zafar, que visité la casa de su madre. Emily, su madre, su hermano y yo nos sentamos en el salón mordisqueando galletas Bath Oliver y dando sorbos a un grisáceo té Earl Grey, y hablamos de novelas del siglo XIX, y estábamos, según parecía, sólo nosotros cuatro en la casa. En aquel momento no tenía razones para pensar otra cosa.

En un salón que ocupaba la planta casi por entero, nos acomodamos en unos sofás distribuidos al desgaire, lo bastante separados para que mantuviéramos una distancia decente entre nosotros. El mobiliario de la sala podría haberla ubicado en cualquier momento de los últimos cien años. El tapizado melocotón y salmón, la chimenea, su guardafuego de latón y la suntuosa piedra alrededor, la galería plisada que ocultaba las barras de las cortinas por encima de las ventanas de guillotina con parteluz, el brillante piano negro Bosendorfer que nos observaba en silencio, la cubierta del teclado cerrada, el atril de partituras varío, su gran tapa abierta para nada, como la vela desplegada de un barco en un mar sin viento. Todo en el salón se ajustaba a los patrones de la riqueza heredada, En una pared había una pequeña exposición de retratos de Emily y su hermano de niños, y de *Fitzwilliam*, el border terrier, y los tres retratos mostraban la misma intensidad en las pinceladas, sin el adorno del color, con el mismo cuidado en la luz y en la sombra. Había mesas auxiliares aquí y allá. Una que estaba a mi

lado tenía varias tarjetas blancas rígidas, apoyadas en tres jarrones, invitaciones a actos sociales con letras impresas con grandes florituras y filigranas, Lord y Lady de tal y cual solicitan contar con el placer de la compañía de la honorable Penelope Hampton-Wyvern, «En casa», en la siguiente línea. Las fechas de todas, me fijé, eran bastante antiguas. Había otra mesa que me llamó la atención, una de caoba con una elaborada taracea de marfil, que podría parecer ostentosa, pensé, si buena parte de su superficie no hubiera estado cubierta de imágenes. Bajo la pantalla de color crema de la lámpara de mesa moldeada en hierro forjado y porcelana y de otra torneada en maderas oscuras, había fotografías en pequeños marcos dorados, algunas antiguas y grises, otras sepias y unas pocas en color. Capté todas las imágenes fotográficas como una llamada de atención impresionista a mis sentidos. Sólo meses más tarde, cuando los conocía mejor, me fijé bien en una de esas fotografías, una de Emily, con, bueno, poco menos que horror.

Aparte de la iluminación, las únicas trazas de modernidad eran unos diminutos altavoces blancos montados en la pared encima de la estantería a medida que se integraba a la perfección en la pared y sería, como ya he explicado, el tema de conversación con Penelope. Fue esa estantería la que atrajo mi mirada más tiempo, el suficiente para quedarme con su forma y recordar cómo pasé las vacaciones de verano anteriores a mi entrada en la universidad.

Empecé aquellas vacaciones trabajando en el mismo restaurante que mi padre, sirviendo mesas a su lado. El plan era ganar un poco de dinero para ayudar a la familia, como había hecho durante, las vacaciones previas de Navidad y Pascua, pero en esta ocasión mi padre insinuó que podría quedarme una parte de la paga para complementar la beca que iba a pagarme la universidad. Por entonces, una beca por necesidades económicas concedida por el Estado significaba que nada, ni un solo penique, podía salir de los bolsillos de mis padres: los gastos de matrícula y manutención estaban cubiertos. Pero tras una semana en el restaurante, todo acabó.

El personal se refería a mi padre, que era el camarero jefe, como «el mayor». Aunque mi padre nunca fue, que yo sepa, mayor de ningún ejército, el propietario, un viejo que había luchado por los británicos en Malasia y cuyo hijo había servido en el ejército indio durante la guerra indo—paquistaní de 1971, le había asignado a mi padre un rango y un título que se ajustaban a su

complexi3n robusta y su voz autoritaria.[12] Creo que para el anciano, como para todos los hombres que se han hecho en la guerra, el tiempo giraba alrededor de la hora en que fue puesto a prueba.

En las cocinas, en una peque1a mesa redonda de un rinc3n, contra unos sacos de yute llenos de arroz, bidones de aceite vegetal y recipientes de *ghee*. la mantequilla clarificada india, bajo un fluorescente, donde el personal hacfa tumos para aprovechar media hora para comer, me sentaba con mi padre y el jefe de cocina, cada uno con un plato de arroz y el «curry del personal», de cordero y diversas verduras, y comfamos con las manos.

Entre bocados, con trocitos de arroz que le cafan de la boca, el jefe de cocina me dio un consejo.

—Tengo entendido que vas a ir a la universidad —dijo.

—Sf —respondf.

—Tu padre es un buen hombre —dijo—. Entre nuestra gente no son muchos los que mandan a sus hijos a la universidad.

Se llev3 otro pu1ado de arroz y curry a la boca antes de continuar.

—Todos quieren que sus hijos entren en este espantoso oficio de la restauraci3n — dijo—, Pero ¿qu3 van a sacar de esto?

El jefe de cocina no tenfa hijos.

—Tengo entendido —a1adi3— que ser3 caro para tu padre. Tienes que trabajar duro para cumplir sus esperanzas igual que 3l est3 trabajando duro para pagar por tu ense1anza.

Mi padre no dijo palabra ni yo tampoco. Pero m3s tarde, pasada la medianoche, cuando volvfamos a casa, sugiri3 que tal vez preferirfa pensarme si hacia alguna otra cosa que no fuera servir mesas ese verano.

En ese momento, cuando mi padre hizo la sugerencia, no manifest3 ninguna emoci3n. Simplemente no reconocf nada que pareciera rabia, y, si siquiera la sentfa, no sabfa a qu3 aplicarla contra 3l. Pero cuando el jefe de cocina alab3 a mi padre por un m3rito inmerecido que 3l no supo negar, sf sentf algo. Ahora s3 qu3 significa ese destello de tensi3n en los m3sculos de mi pecho, el nombre de la aceleraci3n de la respiraci3n y el pulso. Tambi3n s3 que la 3nica rabia que conocfa por entonces era la de mi padre, y tambi3n la de mi madre, porque ella lo agujoneaba para que la sintiera, y s3 que yo siempre habfa contenido una rabia —mi propia rabia— que no paraba de crecer. Durante largo tiempo, incluido el dfa que conocf a Emily, cref que la gente decente no

quería causar sufrimiento. Eso es algo de lo que ya no estoy seguro. También sé que dentro de mí estaba formándose una rabia, que iba acumulando masa e impulso a partir de las diversas injusticias, con cada humillación — humillaciones a las que no hacemos caso porque, decimos, nosotros somos mejores, mejores que ellos—. Pero ¿hasta qué punto es arrogante el que nos creamos por encima de la rabia? Es arrogante y equivocado. De hecho, mi verdadero yo siempre lo ha sabido. El yo que estaba adquiriendo los medios psicológicos para desatar una violencia pura. La furia, en realidad, nunca andaba muy lejos.

Aquella noche, cuando mi padre me sugirió que buscara trabajo en otro sitio, acepté su sugerencia sin discutir. Y así fue cómo acabé metido en la remodelación de casas. En julio de 1987, un día ni de lejos tan cálido como brillante, cogí un autobús desde Willesden Green a Kensington, sin saber muy bien qué esperaba encontrar allí, pero como el emigrante económico que viaja a Occidente, pensaba vagamente que abundaban las oportunidades en las calles del acaudalado Boyal Borough. Además, quería conocer mejor Kensington. Había estado una vez allí aquel verano cuando me llevaron en coche a Oxford, para la entrevista de acceso a la universidad. Kensington, había pensado, se parecía a un mundo de Willesden.

Cuando llegué, caminé por las calles, por sus muchas callejuelas y callejones, y vi andamios, entablados y contenedores junto a las aceras, llenos de escombros de obras, tantos que todos podrían haberme pasado inadvertidos de no haber ido buscando algo así específicamente. Vi numerosos proyectos de remodelación así que llamé a puertas y pregunté si había algún empleo. No, colega, y Nada aquí, colega, fue la respuesta una y otra vez. Y entonces cambié de táctica. Trabajaré para usted por nada, dije, y si al cabo de una semana le gusta mi trabajo, puede pagarme lo que considere correcto.

Empecé a trabajar con Bill y Dave, dos carpinteros —«astillas» se llamaban a sí mismos— que procedían de los dos extremos de Essex, dos gigantones que llevaban puestos toscos pantalones cortos de lona, con los bolsillos llenos de herramientas y cinturones de cuero tachonados de sujeciones para martillos, cinceles y destornilladores. Uno llevaba una camiseta roja del Arsenal. Bill y Dave trabajaban en la remodelación de una casa de estilo georgiano de cinco plantas en una calle que trazaba una media luna.

El edificio contaba con la protección legal del English Heritage, que se cuidaba del patrimonio histórico, de manera que cualquier obra de remodelación era sometida a rigurosos controles. Billy y Dave estaban muy cualificados: más tarde reparé en que el hecho de que sus furgonetas siempre parecieran imaculadas te decía todo de sus clientes y de los edificios donde trabajaban, y de las calles donde las aparcaban.

Dado que la línea de los edificios contiguos seguía el contorno curvado de la calle, las habitaciones de la casa no eran completamente cuadradas lo que ofrecía ciertas dificultades en la confección de un mobiliario que se ajustara a los rincones. Ese detalle me sería útil.

Bill y Dave habían entrado casi al final del proyecto de remodelación para encargarse de diversos trabajos de carpintería, como mobiliario a medida, rodapiés, frisos y molduras para colgar cuadros, así como para reconstruir cuatro tramos de escaleras. Las escaleras que había, aunque robustas, estaban dañadas irreparablemente por los adhesivos de la moqueta y décadas de pisadas. Además, dado que se había quitado la moqueta, los párcheos sucesivos habían dejado los peldaños convertidos en un batiburrillo de materiales, entre ellos varias improvisadas contrahuellas y huellas de aglomerado. Todo el mobiliario —estanterías, aparadores y armarios de toda la casa— estaba confeccionado in situ, salvo los armarios de la cocina, que los dos hombres, según me confiaron más adelante, habían traído ya hechos de fábrica. Nueve de cada diez veces los propietarios no saben dibujar, dijo Bill, y ni siquiera saben describir qué es lo que de verdad quieren. Son banqueros y abogados, dijo. Bill y Dave les enseñaban entonces un catálogo, sólo para que se les iluminaran las ideas, e, indefectiblemente, tan frescos ellos, los dueños escogían algo y decían que querían eso, precisamente eso, y no, no querían comprarlo prefabricado sino que lo preferían a medida, confeccionado a propósito para su preciosa casa, de manera que tuviera ese toque personal, genuino, no algo que pudieras encontrar en cualquier otra casa de la zona. Igual que esto, decían, señalando todavía la imagen del catálogo.

—No apreciarían la diferencia —dijo Bill.

—No diferenciarían sus culos de sus codos —dijo Dave.

Al principio, lo único que hacía era seguir a los dos hombres, recogiendo las herramientas y materiales y manteniendo un suministro constante de té y galletas de crema, mientras Bill y Dave se dedicaban con diligencia a su tarea

de dar vida a la madera y a otros materiales, mientras los fontaneros, los electricistas y los pintores iban y venían a nuestro alrededor. Cuando acababa la jornada yo guardaba las herramientas eléctricas en dos furgonetas y por las mañanas las descargaba otra vez y las colocaba donde ellos las necesitarían en la casa.

Bill y Dave me cayeron bien desde el principio. Recuerdo que los dos siempre decían «gracias» o «salud, colega», incluso entre ellos. Esas palabras no parecen existir en el vocabulario del sylheti, un idioma en el que, más que decir gracias, uno formaba la frase entera modulándola en términos de deferencia a la edad o la clase. Eso tenía el efecto, según me había fijado, de que aquellos de más edad o de clases superiores no se veían obligados por el idioma a indicar deferencia y por tanto se ahorraban tener que encorvarse para buscar herramientas lingüísticas con las que expresar gratitud.

Mi madre siempre ponía mala cara cuando yo decía por favor y gracias. Le decía gracias cuando me servía una segunda ración de arroz y curry, o si me alcanzaba una bombilla cuando estaba subido a una silla para cambiar la luz del techo. Gracias era una expresión inglesa que deformaba mi sylheti hablado. Mi madre hacía una mueca e insistía en que dejara de decirla. Dado que, no teníamos ese tipo de relación, nunca le pregunté por qué. Había pensado que ella no podía soportar oírme decir gracias porque significaba lo mucho que me había alejado de la cultura y los valores que ella había heredado, aun entonces. Pero con los años transcurridos desde mi infancia, he acabado considerando esas explicaciones, en las que a cada momento se recurre a la mera diferencia cultural, como facilonas y poco esclarecedoras. Ahora creo que su disgusto tenía una profundidad que yo no le había sabido atribuir. Creo que a la mujer que me había criado, que me había dado una familia, por más fallida que ésta fuera, le ofendía que yo hubiera transformado el entramado de deberes, que mantenía unida a una familia, en un simple intercambio de favores, en el que gracias y por favor implicaban reciprocidad. Para ella, creo, una red de deberes y servicios, tendida durante siglos de evolución, había sido reducida por mi expresión de agradecimiento a la cultura comercial de Occidente. Se trataba de deberes y obligaciones, no de beneficios cuantificables, que reforzaban los lazos dentro de la familia extensa para hacerlos más fuertes de lo que lo habrían sido de otro modo, lo bastante fuertes y amplios para soportar las penurias. Sin embargo, eso lo comprendí

mucho más tarde. Pero en el verano previo a la universidad, cuando oía a Bill y Dave decir por favor y gracias, a cada gesto y movimiento, me encantaba.

Bill y Dave me caían bien, sobre todo, por su chachara, por las bromas que se hacían. Los dos hablaban sin parar del trabajo en una lengua que era nueva para mí. El mundo del carpintero está impregnado de un vocabulario propio, y Bill y Dave eran unos maestros de ese vocabulario. Nunca se trataba de un simple martillo sino de un martillo de peña, no había cepillos sino cepillos de rebaje, nunca decían simplemente sargento sino sargento a tres bandas, o prensa G o F. Cada herramienta tenía una función específica, y Bill y Dave nunca se conformaban con una cuando había otra más apropiada para la tarea en cuestión. Yo cogía las herramientas a medida que se presentaba la necesidad, y muy pronto aprendí el nombre y la función de cada una.

Esto no es sólo un destornillador de punta de estrella, o ni siquiera el de Phillips por ser más específico, explicó Bill mientras me enseñaba una taladradora para tornillos. Esto, dijo, es una punta Pozidriv. Si miras de cerca verás que el Pozidriv tiene cuatro puntos de contacto adicionales con el tomillo.

Asentí.

No tiene los bordes redondeados de un destornillador de punta de estrella de Phillips, prosiguió. Su ventaja principal sobre el destornillador es que, siempre que el tornillo y la punta estén en buenas condiciones, la punta no sale expelida lo que significa que puedes aplicar una mayor torsión. Dicho sea de paso, si crees que saber los nombres de las herramientas y el material tiene que ver con identificarlos, te equivocas. Mira, llamar a las cosas por sus nombres apropiados es el principio de la sabiduría. Eso es un proverbio chino y ellos inventaron la escritura. La sabiduría, por si te lo estás preguntando, está en que cuando sabes los nombres correctos, reduces la brecha entre tú y el objeto. La herramienta más importante es tu mano y tendrías un grave problema si hubiera una brecha entre tú y tu mano. Así que los nombres son importantes. A no ser que estés hablando de rosas. Pero sólo de rosas.

Aprendí mucho sencillamente manteniendo un oído atento a los dos hombres cuando hablaban del trabajo mientras lo hacían y yo iba cumpliendo con mis tareas. Es más, creo que escuchar sin ser visto o sin querer es seguramente la única forma decente de conocer a alguien. Puede que nunca sepamos quién es nadie, pero al menos nos hacemos una idea de cómo se.

comporta con nosotros, a través de nuestro roce con él. Escuchar a escondidas es sin duda útil, cuando se busca una u otra información, pero escuchar accidentalmente, como ocurre al bajar las escaleras por la mañana en casa de un amigo que estás visitando, ese tipo de escucha puede resultar ilustrador en otro sentido. A media escalera, con una rodilla doblada, una mano en la barandilla mientras escuchas la charla de nuestro amigo con su esposa, uno tiene una extraña impresión: ver cómo se relaciona tu amigo con otra persona en el mundo, en tu ausencia. Ese yo nunca es evidente en una conversación directa, porque uno no puede mantener una conversación sin influir en la actitud de su interlocutor. En la conversación, sólo veo al hombre tal como se me presenta, tal como reacciona dentro del marco del presente y de la historia que existe entre él y yo. Cada uno de nosotros no es sólo una persona sino que sumamos al menos tantas como conocemos. Lo que uno oye a escondidas puede asombrar o emocionar, dado que siempre es ilícito, siempre una propiedad robada, siempre tiene garantizado el carácter de lo prohibido. Pero, recortado contra la luz del día, lo que uno ha escuchado puede emerger como poco más que la revelación del propio yo, la realidad que se desvela sólo cuando la atención por uno mismo, por cómo uno es percibido, se elimina del acto de escuchar o de mirar. ¿Cómo si no explicar esa turbadora sensación de presenciar la existencia independiente de otro ser humano a quien uno sólo conoce en sus relaciones directas? ¿Y cómo dar sentido a esa inquietud más que afrontando el egocentrismo que deja al descubierto? Si hay honestidad en ese momento de escuchar a escondidas, ¿no surge de la ausencia de uno, que lo libera para escuchar sin el estruendo del propio ego?

Al tercer día, cuando subía las escaleras con una bandeja con tres tazas de té y un plato de galletas de crema, escuché a Bill hablando con Dave.

—El paqui está adaptándose bien. Se lo toma en serio —dijo.

—Es un buen chaval —dijo Dave.

—Hablando de Roma, aquí tenemos a nuestro paqui —dijo Bill al verme en la puerta.

—Bueno, tomemos ese té.

Dejaron las herramientas.

Dave buscó mi mirada.

—Bill, me parece que a nuestro nuevo amigo no le gusta que le llamen paqui.

—¿No? ¿Y por qué no? —preguntó Bill mientras mojaba una galleta en el té.

No estaba seguro de si se lo preguntaba a Dave o a mi.

—Supongo —dijo Dave— que alguna gente lo consideraría despectivo, insultante incluso.

Eso sucedía en 1987. antes de que se publicara la novela *Los versos satánicos* de Salman Rushdie, antes de que la gente saliera a las calles a quemar un libro que muchos no habían leído. Mi propio padre diría que se negaba a leer un libro que corrompía a la gente con su grosera blasfemia.

—¿Y eso significa —respondió Bill— que no debería usar una palabra porque alguien podría ofenderse?

—Bill—dijo Dave—, a no ser que nacieras ayer, debes saber que «paqui» es una palabra bastante cargadita, No tienes que sacarte un doctorado en sociología para saberlo, ¿verdad?

—¿Has oído hablar de los *redskins*? —preguntó Bill.

—No creo que te refieras al equipo de fútbol americano ¿no?

—Exacto. No me refiero a ese equipo que, dicho sea de paso, podría llamarse equipo americano de fútbol americano. Me refiero a la pandilla de los *redskins*, al movimiento *redskin*, a los *skinheads* de izquierdas.[13] Hoy, se relaciona a los *skinheads* con la extrema derecha, al menos en el imaginario público. Ves a un *skinhead* por la calle y, si eres negro, o moreno como nuestro amigo aquí presente, te cagas de miedo, te sientes amenazado, incluso insultado aunque no se llegue a intercambiar ni una palabra.

—Ya veo adonde quieres ir a parar —dijo Dave.

—Exacto. Los *redskins* no podrían estar más lejos políticamente de los neonazis, pero al adoptar el mismo aspecto y vestuario que los matones de derechas, socavan lo que significa *skinhead*.

—Y —dijo Dave completando la línea argumental de Bill— si más gente estuviera al tanto de eso, entonces sería menos probable que un *skinhead* andando por la calle hiciera que otros se sintieran amenazados.

—Exacto.

—Así que una palabra significa exactamente lo que tú quieres que signifique —dijo Dave.

—Exacto, Alicia.

—Pero —intervine—, tu acabas de demostrar lo contrario, ¿no?

—¿Cómo? —preguntó Bill.

—Bueno, los verdaderos *skinheads*, los originales, querían que significara una cosa, pero si el grupo de música consigue redefinir el significado de *skinhead*, entonces los *skinheads* no pueden darle su sentido. No pueden hacer que *skinhead* signifique lo que ellos quieren que signifique.

Los dos hombres intercambiaron miradas, como si cada uno buscara una confirmación en el otro.

—Por tanto, las palabras —proseguí— no pueden significar exactamente lo que tú quieres que signifiquen. O no por mucho tiempo, en cualquier caso.

—Supongo que eso es verdad —dijo Dave.

—¿Te sientes insultado? —preguntó Bill.

—Me siento desazonado..., me sentid desazonado. No estaba seguro de qué ibais, pero creo que ahora, con sólo ver adónde apuntáis, me siento menos preocupado. A decir verdad, no me preocupa en absoluto.

—¿Así que no te ofende? —preguntó Dave.

—No me gustaba lo que oía, no al principio, pero ahora me da igual —dije.

De hecho, no pude evitar sonreír. Tal vez era demasiado joven, poseía una experiencia demasiado limitada del mundo para entender completamente lo inusual de la escena que se desarrollaba ante mí, pero tenía algo de comedia, dado los muy diferentes registros entre su trabajo y su charla. La conversación entre ambos hombres siguió y yo intervine un par de veces más. La charla tocó desde la cuestión de prohibir el uso de ciertas palabras y hasta qué punto uno debía tener en cuenta los sentimientos de los demás, a cuestiones sobre la libertad de expresión y el precio que suponía limitar el propio vocabulario.

Cuando se acabaron las galletas de crema, recogí las tazas y las puse en la bandeja.

Entonces, bruscamente, Bill se volvió hacia mí:

—¡Espera un momento!, ¿cómo se pronuncia exactamente tu nombre?

—Zafar —dije.

—Zafar, ¿de dónde eres?

—De Willesden —dije.

—Claro —dijo sonriéndome—, eres tan inglés como el puto lord

almirante Nelson en persona, el duque de Bronté del Reino de Sicilia. Pero ¿dónde naciste?

—En Bangladés.

Los dos hombres se miraron.

—Bill, al final resulta que no es paqui.

—Pues no. no lo es —respondió Bill—, Nuestras disculpas vienen a cuento. Un paqui es de Pakistán. Tú, chico, eres de Bangladés. y como cualquiera que viera el concierto por Bangladés de George Harrison de 1971 te dirá, ese país (¿debería llamarlo Pakistán Oriental como lo llamaban algunos entonces?) no libró una cruenta guerra con Pakistán para que tipos como yo llamen a su buena gente paquis. Resumiendo, tú no eres paqui.

Yo sacudía la cabeza con incredulidad. Era presuntuoso por mi parte, pero me sorprendía que dos carpinteros de Essex conocieran la historia de un pequeño país de la otra punta del planeta, un lugar al que se había referido despectivamente Henry Kissinger como «la papelera internacional». Ellos no podían tener ni idea de los cuatro felices años que yo había vivido allí. Me sentí conectado a esos dos hombres de las lindes de Londres y al mundo que habitaban porque estaban al tanto de la existencia de Bangladés, incluso de su guerra de Liberación. Bill no la había descrito como una «guerra civil», nunca se trató de una guerra intestina. Fuera intencionado o no, le habría dado un abrazo por su precisión.

Cuando me encaminaba hacia la puerta, con la bandeja con las tazas vacías, Bill dijo:

—¡Lo tengo!

Miró a Dave y luego me miró a mí de nuevo.

—Anglo-banglo —dijo—. Eso es lo que eres.

Durante cinco días, escuché a esos dos hombres trabajando sin parar, y con buen ánimo me encargué del trabajo pesado. Yo observaba y aprendía.

Entonces tuve un golpe de suerte cuando Dave pilló la gripe. Una gripe estival, una auténtica putada. dijo Bill.

Las juntas a inglete tienen mucho que ver con la trigonometría, sobre todo en las habitaciones cuyos rincones no son cuadrados. Por descontado, Bill y Dave disponían de algunos artilugios curiosos y dispositivos de medida para eliminar todas las matemáticas del trabajo y acelerarlo, herramientas para sacar bien las proporciones, incluso un aparato para medir largos y ángulos.

Las medidas de las longitudes interiores de un hueco con una cinta métrica de metal estándar resulta llamativamente imprecisa debido a la doblez en la punta de la cinta; no es lo bastante buena para el mobiliario de calidad que confeccionaban Bill y Dave. Pero Dave estaba enfermo y los dispositivos de medición estaban guardados en su furgoneta en las afueras de Londres, en la otra punta de la ciudad, y en la otra punta de Essex desde la casa de Bill.

Bill preguntó si podía ayudar encargándome de parte del cortado, mientras él intentaba tomar bien las medidas. Pero le llevaba mucho tiempo, iba y venía, afeitando cada vez más cada pieza para que ajustara a la perfección, así que intervine.

—Bill, yo puedo hacerlo —dije.

—¿Hacer qué?

—Medirlo todo. Hacer todos los cálculos, incluso ponerme con las medidas y los cálculos para las escaleras. Puedo cortar las huellas y contrahuellas; sé utilizar la sierra radial ingletadora combinada.

—Sí, colega, estoy seguro de que puedes, pero ya nos falta un hombre y tenemos que acabar antes del fin de la semana que viene.

—Yo puedo hacerlo rápido, mucho más rápido que tú.

Bill sonrió. Me dio la impresión de que había aceptado un reto, aunque tal vez no corría ningún riesgo y era sólo mi inseguridad la que me lo hacía creer. Me gusta pensar que en ese momento, Bill veía a un niño a punto de convertirse en hombre, un chico que era un tanto engreído, sí, pero que también acababa de pasarse cinco días haciendo el trabajo más tirado sin queja y sin salario y que, por tanto, se había ganado el derecho a hablar por sí mismo.

Trabajamos rápido. Yo media todo, calculaba ángulos y longitudes, y volvía a comprobarlos: el lema del carpintero es: mide dos veces, corta una. Al final de aquella jomada, Bill me dio veinte libras, como seguiría haciendo todos los días siguientes de aquel verano, cuando los tres trabajamos en varios proyectos, casi todos en Kensington o sus alrededores. Veinte libras me parecía una enorme suma de dinero; mi billete de autobús a Kensington, ida y vuelta, me dejaba una calderilla considerable de cambio de una libra.

Mientras estaba sentado allí, en el salón de la casa de Penelope Hampton-Wyvern, mirando la estantería a medida fijada a la pared, puede que pareciera sereno y tranquilo, pero mi cuerpo sentía las reverberaciones del recuerdo de

aquel verano trabajando con los carpinteros filósofos. Por descontado, nada de eso sabía Penelope cuando me vio mirando la estantería y malinterpretó la mirada como un interés por los libros.

Creía, ya lo he dicho, que yo había presentado a Emily a Zafar. En marzo de 1995, visité Nueva York, donde Zafar ya llevaba algún tiempo establecido como operador de derivados, mientras que yo, en mi base de Londres, empezaba a sentirme competente en mi trabajo. Invité a Zafar a que me acompañara a la inauguración de una exposición de arte en la South Asia Society of North America, que por entonces se ubicaba en un edificio bastante eminente en Vanderblit, cerca de Park Avenue. Mi abuelo había sido uno de los patronos de la sociedad en los años setenta, y acudió a su rescate cuando sus renqueantes finanzas amenazaban con cerrarla. Ésa es la razón, imagino, por la que los miembros de mi amplia familia siempre hemos recibido invitaciones para las recepciones e inauguraciones. Aunque ese evento concreto se publicitaba como una exposición de alfombras afganas, la mayoría de las alfombras exhibidas estaban confeccionadas, como recuerdo haber leído en el catálogo, por artesanos de Uzbekistán y no de Afganistán. Tales combinaciones reflejaban una falta de discriminación que cambió por entero después del 11 de septiembre de 2001. Zafar me ha explicado que en cuanto tuvo lugar la intervención americana en Afganistán, los precios de las alfombras se dispararon en el país cuando las hordas de empleados de las organizaciones de desarrollo y asistencia empezaron a limpiar las alfombras, por así decirlo, para enviarlas a sus casas en Londres, Nueva York y D.C., y para decorar sus nuevos hogares en Kabul: los precios de los inmuebles también se dispararon. De hecho, los nuevos benefactores contribuyeron a un descontrol de la inflación, distorsionando la economía local, dijo Zafar, de manera que los ingenieros y los médicos abandonaron sus vitales profesiones para ganar dinero rápido como chóferes que trasladaban a los funcionarios de la ONU y de las agencias de asistencia de una reunión a la siguiente. Pero supongo, había añadido Zafar, que no hay mal que por bien no venga: ahora Occidente conoce mucho mejor esas alfombras.

La inauguración de la exposición iba acompañada con una recepción del patrocinador, un hombre de negocios nacido en Afganistán que conocía mi abuelo. El hombre vivía, o, más bien, había establecido sus domicilios, en Ginebra y Nueva York, y aparentemente le había dado por autodenominarse

exiliado, pese a que había salido de Afganistán mucho antes de la invasión soviética, e incluso entonces, según contaban rumores recientes, había cultivado varias fincas agrícolas en el país con el permiso tácito de su gobierno apoyado por los soviéticos.

Yo dudaba si asistir, no sólo porque sabía que, avanzada la velada, sufriría *jet lag* tras haber llegado en un vuelo a Nueva York cuarenta y ocho horas antes, sino también porque no me hacía mucha gracia ver al empresario afgano, no por ninguna arrogante razón ética sino porque inevitablemente me sonsacaría información sobre mi familia lejana. A través de mis padres, yo estaba más o menos al corriente de las noticias para dar una explicación plausible, pero temía que el afgano se me pegara durante la velada, ansioso por noticias sobre los negocios de mi abuelo, aunque le dejara bien claro, como ya le había explicado en el pasado, que no sabía nada.

Pese a todos mis recelos, asistí a la recepción, impulsado por un sentimiento del deber hacia mi abuelo, que había mandado aviso, lo que supe esa misma mañana, diciendo que si algún miembro de la familia estaba en Nueva York en ese momento, agradecería que se dejara ver en la recepción. Yo le debía mucho a mi abuelo y también lo quería.

Cuando Zafar y yo llegamos a la sala de exposiciones, anochecía y la recepción ya había empezado. Tuve que ir al lavabo y dejé que Zafar se las apañara solo. Algunas de las excentricidades que se atribuyen a los matemáticos se le aplicaban perfectamente a él, pero esas excentricidades nunca parecieron paralizarle en la vida social. En realidad, eran visibles sobre todo en las conversaciones privadas entre dos cuando, por ejemplo, mientras se estaba hablando de algo él de repente se interrumpía mediada una frase y se perdía ensimismado durante unos momentos antes de volver a lo que quiera que fuese que estaba diciendo. A veces, él sencillamente se marchaba. Por ejemplo, podía estar tan absorto en algo que estaba leyendo que, como recuerdo que hizo una vez, cuando fui a la biblioteca a buscarlo para ir a comer, tuve que zarandearlo con violencia antes de que reaccionara. Es más, tuve que hacerlo también aquella velada, antes de la recepción, cuando pasé a recogerlo por la mesa desde la que operaba y tuve que arrancarlo de delante de una hilera de pantallas de ordenador.

Con todo, sabía que no le costaba demasiado abordar a la gente y presentarse sólo. Le he visto acercarse a otros y decir: Hola, me llamo Zafar,

¿y tú? Ladeaba la cabeza y sonreía y eso bastaba para entablar conversación. Pero al volver me lo encontré solo, con una copa de champán en la mano, mirando un mapa del sur de Asia.

A unos pasos de él había una mujer delante de la pieza contigua. Me pareció vagamente familiar. Llevaba la cara maquillada de blanco y las pestañas insinuaban rímel; lucía un vestido negro que no le llegaba a las rodillas, y se recogía el cabello ondulado en la nuca. La delantera de la chaqueta prometía una curva, aunque más tarde descubrí que era falsa cuando reveló un sujetador con relleno. En la South Asia Society, delante de una alfombra colgada esa noche, esa figura se mantenía en una inmovilidad que parecía prolongarse indefinidamente. Me pareció hermosa, y me asaltó una sensación de debilidad física, como siempre me sucede en las ocasiones en que la belleza femenina me excitaba.

Reconocí a la mujer. ¡Emily!, exclamé al acercarme. Me sonrió y entonces pareció más encantadora de lo que la recordaba, más encantadora que la flaca hermana de James, más encantadora que la reservada estudiante de Oxford de dieciocho años que había conocido, y que tenía poco que decir; había florecido. Por supuesto, sé que Zafar dice que a él no le pareció tan hermosa, pero no me lo creo. No, no me lo trago.

Hice las presentaciones, y si en aquel momento hubo algún indicio de reconocimiento por parte de Zafar o, ya puestos, el menor signo de atracción mutua, no lo percibí. Tal vez estaba distraído a mi manera.

Intercambiarnos información, dónde estábamos, qué hacíamos; yo le expliqué que acababa de entrar en la firma en la que Zafar ya era operador en la oficina de Nueva York. Me encontraba en Nueva York para mi introducción en la empresa antes de volver a Londres. Le expliqué a Zafar mi relación con Emily a través de su hermano y también a través de una amiga común de nuestras dos familias. Al pensarlo ahora, recuerdo que Zafar dijo sólo unas palabras a lo largo de todo el encuentro. Emily explicó —pero sólo después de que la presionara para que aclarara su relación con el evento— que había ido a la recepción como invitada de Aisha Marwan, nuestra mutua amiga, la *socialite* paquistaní que se hallaba, según parecía, en Nueva York para una boda. Aisha no había llegado todavía (y al final no aparecería).

Costaba mucho sonsacarle algo a Emily. Zafar ha descrito su personalidad como hermética, y ahora me pregunto si se refería a algo más que al hecho de

que ocultara información, si tal vez él estaba identificando un rasgo subyacente que la hacía ocultar su *presencia* ante la gente. Aunque yo no la había visto desde hacía dos o tres años, sabía de la fama que había adquirido, que era la de una persona tremendamente ambiciosa, concentrada en ascender. Pero me parece probable que los comentarios injuriosos que han circulado de vez en cuando se deben en buena medida a la envidia de otras mujeres. Sin embargo, su innegable ambición apunta hacia una línea de análisis, a saber: que Emily consideraba sus relaciones e interacciones con los demás puramente a través del prisma de la función que cumplían, de manera que la charla social sin estructura le resultaba ajena a su mentalidad.

Emily explicó —no sin tener que persuadirla antes— que después de Oxford había pasado dos años en Harvard estudiando políticas públicas, estaba acabando sus estudios en ese momento y se planteaba volver a Inglaterra a formarse como abogado, aunque tarde o temprano le gustaría trabajar en desarrollo internacional.

Tras escuchar sus respuestas, Zafar se inclinó hacia delante.

—No pareces muy segura al respecto —dijo.

¿Al respecto de *qué?*, me pregunté.

—Estoy intentando decidirme.

Los tres estábamos juntos y relajados, moviéndonos de aquí para allá. Presenté a mis amigos a Hamid Karzai, el ahora presidente de Afganistán pero que por entonces era una figura más bien turbia, dedicada al negocio del petróleo.[14] Intercambiamos bromas, Karzai manifestó una afabilidad embarazosamente efusiva hacia mí, y me pidió que diera sus mejores deseos a mis abuelos, «a ambos», dijo con un énfasis desconcertante.

Inevitablemente, a regañadientes tuve que hablar con el empresario afgano, pero cuando a todas luces le cayó simpática Emily se me presentó la oportunidad de escaparme. Zafar ya se había escabullido.

Di una vuelta por la exposición, mirando las alfombras y otros objetos. De vez en cuando, buscaba a Emily, que ahora se encontraba en un pequeño grupo del que formaba parte Karzai, así como una pequeña figura enjuta a quien no reconocí pero que parecía disertar al círculo congregado a su alrededor. Ese hombre, averiguaría mucho más tarde, era Mohammed Jalaluddin.

Cuando vi a Zafar, me detuve a observarlo y no pude reprimir una sonrisa; iba de un panel de vinilo de una pared al siguiente, leyendo los textos

explicativos sin entretenerse en mirar las alfombras.

Creo que todavía sonreía cuando miré a Emily —tal vez con la intención de compartir mi observación con un gesto de la cabeza—, pero, mientras la miraba, vi que estaba observando a hurtadillas a Zafar.

Al día siguiente, cuando Zafar me agradeció el haberle llevado a la recepción, saqué a colación un extraño incidente sobre el que había querido preguntarle. En cierto momento de la velada, yo estaba con Karzai, Zafar, Emily, el hombre enjuto y dos o tres más que no decían nada y sonreían tontamente, de vez en cuando, con cierto aire de parásitos. Karzai elogió a mi abuelo ante el grupo por alguna decisión empresarial. Yo le agradecí las amables palabras y estaba a punto de quitarle importancia cuando de repente Karzai alzó un índice en el aire.

—Tiene que quedarse mis entradas. Usted es un hombre culto —me dijo—. Tengo dos entradas para el New York City Ballet. Tiene que quedárselas.

Antes de que pudiera responder, se las había sacado del bolsillo de la camisa y me las había puesto en las manos. Dos butacas. Yo detestaba el ballet.

—Lo siento —dije—, pero me temo que tengo un compromiso para esa noche.

—En ese caso, déselas a alguien.

Se las pasé a Zafar.

—No podría aceptarlas. Son unas butacas excelentes —dijo Zafar, mirando las entradas.

—Pues tiene que aceptarlas —dijo Karzai, sonriéndome a mí, no a Zafar—. Es mi regalo.

Deseé que Zafar se limitara a darle las gracias y así pudiéramos pasar a otra cosa.

—Muy bien —dijo Zafar, acudiendo en mi rescate—. Sin embargo —añadió dirigiéndose a Hamid Karzai—: tiene que decirme cuál es su obra de beneficencia preferida.

Hamid Karzai pareció un poco confuso.

—¿Cuál es su obra de beneficencia preferida, señor Karzai?

No debo de haber sido el único que se preguntó si Karzai tendría alguna, preferida o no. Emily y yo nos miramos.

—UNICEF —dijo por fin.

—Excelente —dijo Zafar sacando su talonario de cheques.

Zafar me dio unas palmaditas en el hombro, me di la vuelta y sobre mi espalda extendió un cheque.

—Son unas entradas caras, señor Karzai —dijo Zafar—, pero la UNICEF es una causa muy digna —añadió.

Al arrancar la hoja del talonario, vi que lo había extendido por la suma de trescientos dólares.

—¿Quiere enviarlo a UNICEF o prefiere que me encargue yo?

—¿Por qué no lo hace *usted*? —respondió Karzai con una sonrisa visiblemente forzada.

Como decía, al día siguiente le pregunté a Zafar por qué había extendido aquel cheque a UNICEF.

—El hombre dijo que era su obra de beneficencia favorita —respondió.

—Ya sabes a qué me refiero.

—Un hombre como Karzai no hace regalos, intercambia favores.

—¿Crees que las entradas para el ballet te hacían contraer una deuda con él?

—No, pero hace que resulte mucho más fácil llamarte y preguntar si me gustó el ballet antes de pedirte un favor. Se aprovechan de todo, así trabaja esta gente.

—¿Quiénes?, ¿los afganos?

—La élite, ¿Por qué tú, precisamente tú, ibas a necesitar unas entradas para el ballet? Tu abuelo podría comprar la primera fila entera más rápido de lo que un ruso tarda en pronunciar Mijáil Baryshnikov.

—A lo mejor sólo pretendía ser amable —dije.

—Eso no te lo crees ni tú.

Zafar, pensé, se estaba pasando con el análisis.

—¿Y qué podría querer él de ti? —pregunté.

—Me presentaste como tu amigo.

—Lo que significa que yo podría deberle algo, no tú.

Zafar había compensado a Karzai. haciendo ostentosamente una donación a UNICEF. la institución de beneficencia favorita de éste, de una suma equivalente al valor nominal de las entradas para que así yo no estuviera en

deuda con el hombre.

—Espera un momento —dije—, ¿Eso significa que ahora yo estoy en deuda *contigo*?

—Supongo que si —respondió Zafar—, Hasta es posible que algún día me la cobre —añadió con una sonrisa.

Me reí.

—¿Qué vas a hacer con las entradas?

—Nunca he ido al ballet.

—Tienes dos.

Se me ocurrió la posibilidad, incluso sin ningún indicio que la justificara, de que tal vez invitara a Emily. Pero Zafar no dijo nada.

—Me sorprende que Emily vaya a hacerse abogada —dije—. Nunca la habría imaginado dedicada a eso.

—Pero no dijo que fuera a hacerse abogada.

—Sí. Dijo que va a ir a la facultad de Derecho.

—Dijo que iba a formarse como abogada.

—¿Y para qué vas a la facultad de Derecho si no es para hacerte abogado?

—No lo sé. Pero ¿quién dice que va a formarse como abogado? Es un medio, no un fin. Vas a la facultad para dedicarte al Derecho, pero... *¿a formarte como abogado?*

—Tengo entendido que era muy ambiciosa en la universidad. Se dejaba el pellejo de los codos estudiando.

—¿Iba a tu curso?

—Un año por debajo —respondí.

—¿Qué hacía?

—Inglés, creo.

—En ese caso las cuentas no cuadran. Dijo que acababa de terminar dos años en Harvard.

Zafar siempre descubría detalles como ése. Me detuve para echar la cuenta. Inglés era un título de tres años, y ella iba un curso por detrás de nosotros. Mi amigo tenía razón. Y, de hecho, más tarde me enteré de que después de Oxford ella había pasado un año estudiando Historia del Arte en Florencia y otro trabajando para SothebYs en Londres, aunque esos detalles carecen de importancia.

—Ya veo por dónde vas. Faltan dos años —dije.

—Exacto. ¿Crees que es calculadora? —preguntó.

—Aquí eres tú el que hace los cálculos.

—Ya me entiendes cuando digo *calculadora*.

—A lo mejor sólo es indecisa. Alguna gente tiene que mantener todas sus opciones abiertas. No saben lo que quieren, no pueden evitarlo.

—Quizá sea ambas cosas.

Allí y entonces fue cómo yo creía que él la había conocido, con mi presentación. La verdad es bastante distinta y me deja con una sensación de incomodidad. En otra de nuestras conversaciones, que tuvo lugar la semana después de que me explicara cómo había conocido a Penelope Hampton-Wyvern, Zafar me contó una historia sobre Emily Hampton-Wyvern, algo que había sucedido unos años antes de aquella velada en la South Asia Society. Pero, en su estilo habitual, abordó la cuestión aparentemente desde una tangente, colocando otra pieza de la imagen, un lema. Dijo que siempre le había atraído la gente con nombres interesantes y explicó, bastante prosaicamente, que antes de conocer a Emily se había enamorado de su nombre, su nombre entero. Pero ésa no había sido, prosiguió, la primera vez que había caído en ese hechizo.

Zafar me recordó que en Oxford había tenido un lío apasionado con una judía de Nueva York que estudiaba con una beca Rhodes. Por aquellos días, antes de los móviles y los *emails*, los porteros de los *colleges* anotaban los mensajes telefónicos para los estudiantes y los clavaban en un gran talón de corcho en la sala de correo junto a la conserjería, en pequeños trozos de papel amarillo, doblados una vez, con los nombres de los destinatarios en la parte exterior. Los porteros entraban cada cinco minutos durante el día a clavar mensajes en el tablón, mientras los estudiantes merodeaban para ver si habían recibido mensajes o cartas. Por la noche había menos llamadas, las que llegaban del extranjero, pero los porteros seguían entrando y poniendo los mensajes tal como iban llegando. En el *college* había una gran cantidad de estudiantes internacionales.

Durante la semana de bienvenida a los estudiantes de primero, explicó Zafar, la sala de correo le tuvo hipnotizado. Una vez vi un aviso, dijo, que reprendía a los alumnos que se encaramaban al andamio que se había levantado en el patio delantero para las obras de renovación del mismo.

Cualquier persona pillada trepando por el andamio será colgada allí mismo, rezaba. Recuerdo que pensé que los objetos eran *colgados* mientras que las personas eran *ahorcadas*. Al día siguiente, alguien había trazado una línea sobre la advertencia, dejando todavía legible el texto original y había añadido debajo: *Se trepará por encima de cualquiera colgado del andamio*. Y el día después, el aviso, con su ingeniosa corrección, se había colocado en la vitrina cerrada con puerta de cristal que había junto a la puerta principal, que solía reservarse para anuncios que informaran a todo el mundo de becas, honores académicos y muestras más ortodoxas de las reservas de talento de la universidad.

La sala de correo era el canal de comunicación para la totalidad del mundo exterior. Los estudiantes entraban con expresiones expectantes o preparados para una decepción. Ahí era donde se dejaban los mensajes, enriados de todas partes, a cualquier hora del día. Todo eso fue mucho antes de que Oxford recibiera el moderno internet.

Yo entraba a hurtadillas avanzada la noche, dijo Zafar, para leer los mensajes clavados en el tablón. No iban dirigidos a mí, pero me abrían una ventana a otros mundos. Desclavaba aquellos mensajes y descubría en ellos instantáneas de otras vidas, atisbaba cómo podía ser la vida para otros en otros lugares, a través de un sencillo mensaje afectuoso, tal vez, de un padre o una tía. Aprendía algo de la gente que veía caminar por el jardín en téjanos y camisetas harapientas, ropas que delataban el optimismo despreocupado que conllevan unas vidas sin las trabas de la necesidad, porque, pensaba entonces, ¿qué podía inquietar a alguien que tenía una familia, padres que dejaban mensajes sólo para decir que echaban de menos a su hijo o su hija? Esas notas eran de unas pocas líneas a partir de las cuales mi mente podía remontarse para reconstruir una historia completa. El tablón de mensajes no era algo inerte para mí, no se trataba de corcho, chinchetas y trozos de papel amarillo, sino de un denso clamor, parte de él mera información, cifras y fechas, pero una buena parte también la comunicación privada de amor.

Cuando volvía a colocar una nota en el tablón, me cuidaba de plegar el trozo de papel amarillo por la doblez existente y atravesaba con la chincheta el orificio del papel que ya estaba hecho. Tenía cuidado y estaba atento al sonido de pisadas en la conserjería, al otro lado de la puerta interior, o del arrastrar de pies en la grava exterior. Pero no bastaba con andarse con

cuidado.

Una noche, desclavé un mensaje para un estudiante que se llamaba Peter Brooke. El mensaje simplemente decía: *Organizando las vacaciones de Pascua en las Bermudas. ¿Te vienes? Dinos algo.* Lo había enviado alguien que evidentemente había dado como nombre el de lord Brooke. e incluso cuando oí que alguien se acercaba desde la conserjería, fui incapaz de quitarme de la cabeza la repulsión y la envidia: ¿cómo era posible que esa persona considerara necesario dejar constancia de su nobleza ante un portero?

Es llamativo que la posición social resulte tan importante para esa gente. A esas alturas yo ya conocía, claro, la complicidad de las clases trabajadoras. Había entendido que el rango era importante para todos, incluso para los que ocupaban los puestos más bajos en la escala social. Recuerdo a Steven — debía de rondar los cincuenta y muchos por entonces, si no era mayor aún—, Steven, el sirviente, que limpiaba las habitaciones de estudiantes a los que evidentemente no podía pedirles que lo hicieran ellos mismos, Steven, que nunca podría haber sido Stephen con una *ph* —¿tan mal suena Saint Steven?—, Steven, que servía comidas y cenas en Hall, también, y se dirigía a todos los jovencitos estudiantes con un señor. Cuando una vez le pedí que me llamara Zafar, la respuesta fue: *Sí, señor.*[15]

Tenia la nota para Peter Brooke en la mano cuando oí que se movía el pomo de la puerta, Manoseé el papel con torpeza y se me cayó la chincheta, La puerta se abrió.

El portero me vio, me miró las manos y se fijó en que sostenía una nota amarilla. La nota podría haber sido para mí, pensé en mi defensa. Pero yo nunca recibía mensajes y él debía de saberlo en aquel pequeño *college* con menos de doscientos estudiantes. Clavó otra nota al tablón y salió de la sala sin buscar de nuevo mi mirada.

Al día siguiente recibí mi primer mensaje en el tablón de avisos. Era una convocatoria al despacho del decano.

El decano explicó que la privacidad tenía un valor inapreciable para mantener unida una comunidad, Era obvio, dijo, que yo había leído un mensaje destinado a otro: los porteros no habían colocado ningún mensaje para mí el día anterior. Me conmovió bastante, para ser sincero, el que dijera «el día anterior»; el portero que me hubiera delatado le habría informado, estoy convencido, de que nunca recibía mensajes para dejar claro por qué él, el

portero, estaba tan seguro de que el mensaje que me había visto sostener no iba destinado a mi.

Le dije al decano qué hada allí y por qué. No pareció muy sorprendido, y menos aún irritado, y me dio la impresión, que he tenido con frecuencia en ciertos círculos ingleses, de que las partes involucradas en la conversación estaban representando papeles, limitándose simplemente a realizarlos gestos pertinentes, mientras que el contenido real estaba en otro lado, tal vez en el aire que se cernía entre nosotros.

Agradable como es verle, dijo, preferiría no tener que convocarle de nuevo a mi despacho. ¿Entiende?

Asentí y me fui, aunque no estaba muy seguro de lo que había querido decir. Tal vez era ingenuidad por mi parte —tal vez una ingenuidad deliberada, a la que era ciego—, pero el caso es que creí sinceramente que aunque él no aprobaba lo que yo había hecho, sabía, con la sabiduría acumulada a lo largo de sus años como decano, que limitarse a una prohibición no iba a ser suficiente, que si la privacidad no podía garantizarse, lo mejor que podía hacer en ese caso es evitar que me pillaran. Entonces, como ahora, creo que los ingleses utilizan el lenguaje para ocultar lo que quieren decir.

Un día vi un mensaje, un trozo de papel doblado clavado en el tablón para una tal Rebecca Sonnenschein. La chincheta estaba perfectamente centrada en la letra o, seguramente sin haberlo pretendido conscientemente, pero tal vez guiada por el ojo inconsciente del portero. Reparé en que ninguna de las letras del nombre caía por debajo de la raya imaginaria. No había ninguna y ni g ni p ni otras letras con rabillo hacia abajo. No cogí aquel mensaje para leerlo; con su nombre bastaba.

Ese nombre. Rebecca Sonnenschein, me evocaba un tiempo y un lugar de romances intensos, de iluminación intelectual. Sonnenschein me hablaba de saber y cultura, de saber y cultura *judías*, que para mí consistían entonces, y siguen consistiendo ahora, en la sensibilidad más elevada y en el rechazo de las tendencias más viles que se encuentran por todos los demás rincones de la psique europea. Para mí, Sonnenschein contenía el destilado de todo lo bueno y verdadero que poseía Europa, que en mi imaginación emergía de las sombras románticas que caían sobre las calles adoquinadas y mal iluminadas entre hileras de casas elegantes con techos altos y altas contraventanas, el

sonido de un piano y un violín interpretando un dueto en el aire frío. Durante dos días me senté en la sala de estudiantes y esperé a una mujer con aspecto de judía, un estereotipo, y el sonido de un acento americano: Rebecca Sonnenschein tenía que ser americana.

Y allí estaba, pidiendo una patata asada con piel en la cantina. Una semana más tarde, me llevaría a comer a Brown's. Cuando le expliqué que mi presupuesto no daba para comer fuera del *college*, dijo que me invitaba. En la facultad era muy pobre. Pero no lo vivía como pobreza. La cena en el *college* estaba subvencionada y, además, siempre había un salami danés especialmente barato en el supermercado de la cooperativa, lonchas de grasa con salpicaduras de carne rosa, humus y panecillos. Y eso me salvaba de la indigencia, pero cuando pienso en lo que no tenía y en lo que otros debían de haber tenido —en lo que había tenido Emily— comprendo que mi experiencia de la vida universitaria se había visto limitada por una pobreza relativa. Ningún fin de semana de lecturas organizado por el *college* con otros estudiantes en las colinas de los alrededores de Florencia o en las Highlands escocesas. Nada de vacaciones en el extranjero, ni de esquiar, ni restaurantes caros, y todos los restaurantes eran caros.

En la comida, Rebecca recomendó la ensalada de pollo César, a doce libras y noventa y cinco centavos, y comenté que eso daba para dos semanas de salami danés. Rebecca Sonnenschein me enseñó muchas cosas: me quitó el miedo a los debates enconados; me hizo sentir que en mi encuentro con el mundo, estaba dentro de mí el fijar muchas de las condiciones del mismo, por no decir todas; me introdujo al sexo, al sexo salvaje y alocado; me enseñó que un gimnasio puede ser divertido, me puso al día de las ensaladas; y a través de ella vi que para alguna gente no tienen sentido las fronteras políticas de los países. Pero, por encima de todo lo que hizo por mí —y lo estoy diciendo en serio—, Rebecca Sonnenschein me enseñó que cuestiones difíciles pueden tener respuestas sencillas. Una vez le pregunté por qué me amaba. Es una pregunta que delata inseguridad, incluso, creo, cuando nos decimos que es fruto de la simple curiosidad. Estábamos sentados en mi habitación, leyendo los dos, ella en la cama y yo en un sillón. ¿Qué estaba haciendo, era la pregunta que, en última instancia, me hacía a mi mismo, esta bella americana con una beca Rhodes, ya licenciada, con este bangladesí sin hogar?

Ella me miró desde su libro.

—Es por tu dinero y tu pasaporte, cariño —respondió, lanzándome una sonrisa con su brillante dentadura americana antes de volver a su libro.

Escuché el relato de Zafar con sentimientos encontrados. Nuestra conversación nos había alejado del punto por el que él había empezado, su primer encuentro con la familia de Emily (aunque estaba seguro de que volvería a esa historial. Tenía la impresión de que estaba escuchando una digresión tras otra. Pero, pese a la falta de plan que una narración tan aparentemente desordenada sugería, tenía la sensación de que había un tema principal, un movimiento, subyacente. Acabé comprendiendo que sus relatos discurrían a la vez, como los ríos de su infancia que descendían de las montañas, los bosques y las llanuras, muy lejos de sus fuentes pero que al final se unían componiendo una única canción, una armonía de espacio y tiempo.

Nunca me ha costado mucho sentirme en casa. Lo más cerca que he estado de una crisis de identidad fue al llegar a los controles fronterizos en un aeropuerto, antes de un vuelo, y descubrir que me había olvidado el pasaporte. Me he preguntado por qué no lo había visto antes, por qué nunca había entendido que la cuestión del sentimiento de pertenencia regía la vida interior de mi amigo. Ciertamente, él nunca trataba el tema, pero ¿había reprimido también cualquier signo que le delatara? Ése es el contexto en el que le veo en la sala de correo, leyendo los mensajes en el tablón. La cuestión de adonde pertenece uno es algo que había entendido que era importante en las vidas de los demás, pero eran desconocidos, gente sobre la que había leído. Y aun así, ahí estaba, en alguien que no sólo me era familiar sino que fue para mí, hace ya tantos años, alguien a quien había tenido por mi igual, o incluso mejor que yo.

No creo que deba reprocharme no haber visto adonde le llevaría su búsqueda, al deshilachado y desmoronamiento de un ser humano, todo eso quedaba muy lejos por entonces. Tal vez no podía entenderlo porque en nuestra juventud estamos condenados a no ver en los demás a nadie más que a nosotros mismos.

Fueron, por descontado, las matemáticas las que marcaron nuestro primer encuentro de estudiantes. Los dos las amábamos, a ellas; Zafar solía decir: «He estado con las señoritas», aunque yo nunca sentí la misma pasión que él. Recuerdo que una vez fui a verle con un problema cuya solución se me escapaba. Él no me dio una respuesta instantánea sino que se asomó por la

ventana y pareció haberse ido muy lejos. Mientras a mí me parecía que mi amigo estaba luchando, se me ocurrió una idea que podría haber sido, creía, el principio de una demostración.

—Creo que tengo la respuesta —dije.

—Sí —dijo él—. Yo tengo tres soluciones pero intento averiguar cuál de ellas es la más ilustrativa.

Para Zafar, las matemáticas se trataban siempre de un viaje y no de un destino, la prueba del teorema, no sólo su enunciación. Después de todo, ¿qué significa decir que algo es verdad si no puedes demostrar que lo es? Creo que en el viaje, Zafar encontró un hogar en las matemáticas, un sentido de pertinencia, al menos durante un tiempo; es un mundo sin fronteras, sin tiempo, en el que todo existe en todas partes para siempre, y ahora comprendo qué fuerza debió de tener algo así sobre la psique de alguien tan desarraigado.

Mientras tanto, en mi mente iba cobrando forma una perspectiva perturbadora. Yo entendía que el nombre de Emily Hampton-Wyvern podría, de un modo superficial, haberlo atraído hacia ella, como el de Rebecca Sonnenschein, pero su explicación no tenía ninguna relación con Emily ni, de hecho, su nombre.

—El nombre de Rebecca Sonnenschein, sí, pero ¿cómo —le pregunté— entra Emily en la imagen?

—Una de las notas que saqué del tablón de mensajes —respondió Zafar— iba dirigida a ti. Dentro había un mensaje de Emily Hampton-Wyvern.

7

EL VIOLÍN O LEIPZIG

Vi la colina, los viñedos y los ríos y rae di cuenta de que la música no era la misma que lo que tocaba la banda, que hablaba de otras cosas. No estaba pensada para Garainella ni para los árboles junto al Belbo ni para nosotros. Pero, a lo lejos, hacia Canelli, veías Il Nido recortándose contra el contorno de Salto, la elegante casa roja, encajonada éntrelos plátanos que amarilleaban, Y la música que tocaba Irene armonizaba con la elegante casa, con la gente en Canelli, era para ellos.

—CESARE PAYESE,
La luna y las hogueras

La primera vez que vi a Emily, dijo Zafar, no sólo su nombre sino a Emily en persona, fue una noche antes del encuentro en la South Asia Society de Nueva York, antes de mis pinitos como banquero, y antes, también, de mi periodo en Harvard, es decir, antes de ser cribado, revisado y esterilizado por asociación hasta hacerme presentable. Fue en noviembre de 1988, durante mi segundo curso en Oxford, en la University Church de St. Mary the Virgin.

Por aquellos días, cuando no tenía dinero para entradas a conciertos, ni siquiera para los que ofrecían los conjuntos universitarios, revisaba los tablones de anuncios buscando actuaciones, y el día antes del estreno me presentaba en la sala para ver el último ensayo, que, durante el curso normal, consistía en un ensayo ininterrumpido del programa completo y solía

realizarse por las noches, supuestamente para evitar conflictos horarios con clases y tutorías.

La noche que vi por primera vez a Emily, yo había salido del *college*, recorrido Turl Street hasta High Street, en la oscuridad empapada de bruma de noviembre, hasta llegar delante, de la iglesia, casi esperando que las puertas estuvieran cerradas al público. No había muchos espacios en Oxford para interpretar música clásica. Las actuaciones más importantes se celebraban en el Sheldonian, pero, si no era así, la capilla del Queen's College, la Holywell Music Room y la University Church eran los recintos principales. Me gustaba bastante la Holywell Music Room, de la que había leído en alguna parte que era la sala más antigua del mundo construida para interpretar música. Me había parecido que esa afirmación era el no va más de la presunción —¿acaso no podría haber salas de música en Oriente Medio, en India o en cualquier lugar más antiguo?— hasta que me vi obligado a admitir mi propia arrogancia al pensar que el autor de la afirmación había querido referirse a Europa y no al mundo. La mayoría de las disputas humanas, podría especularse, no nos plantean que elijamos entre argumentos que provengan de observaciones empíricas sobre el mundo sino entre conjuntos de simples suposiciones rivales.

Llamé a la puerta principal de la University Church, Si abría el vicario, me dejaría pasar —conocía mi cara— pero a cualquier otro le explicaría que me había dejado la bufanda en uno de los bancos. Una vez dentro, me iría a un lado y los músicos empezarían su función, olvidándome rápidamente.

Esperé la respuesta y entonces intenté abrir la puerta, No estaba cerrada. Encontré un asiento no lejos del escenario, entre las sombras de una columna de piedra pero con una visión despejada del presbiterio donde tocarían los músicos.

Sí los músicos no llegaban muy pronto, pensé, podía sentarme y reflexionar otra vez sobre la figura cuyo cuerpo decora la cruz, ese hombre que me había fascinado desde el primer encuentro en la asamblea matinal de una escuela primaria del centro de Londres, de manera que en ese momento, una década larga más tarde, a menudo iba a esa iglesia, apenas un breve paseo desde el *college*, para mirarlo, y a veces incluso asistía a los servicios religiosos. El vicario, un hombre tremendamente amable que salpicaba siempre sus sermones con la expresión *en un sentido muy real* —como si

hubiera otro sentido— seguramente creía que yo era una oveja descarriada que daba tímidos pasos para reintegrarse al rebaño. Tal vez yo subestimaba su sabiduría. Pero por entonces, cuando me sentaba y miraba la cruz, no era el amor lo que ardía en mi corazón sino una rabia creciente. ¿Qué es lo que hace surgir la rabia, el principio de la cólera? No la aversión, sino el amor. Es posible que mi rabia siempre estuviera ahí y que su ilustrísima, Jesucristo, fuera sólo el centro de la misma. Eso estaría en consonancia con el carácter sacrificial del personaje; él podría haberse ofrecido como objeto de la rabia, no del amor, pese a toda la rabia que le salió al paso. ¿Has leído *El fin del romance*, de Graham Greene?

—No, pero he visto la película.

A lo largo de la novela, el narrador, alter ego de Greene. Maurice Bendrix, está enfadado con Dios, aunque ni siquiera cree en él. Su enfado aumenta cuando nos enteramos de que ha perdido a la mujer que ama. Hay un fragmento—cerca del principio, creo— en el que dice que el amor y el odio proceden de la misma glándula, que incluso producen los mismos actos. Bueno, es una novela, una historia, pero merece la pena detenerse en la idea de que la rabia no es menos gracia divina que el amor. Ahí radica el atractivo del catolicismo. Ellos, los católicos, tienen una honestidad calculada, dominan los sentimientos más viles en lugar de negarlos; los anglicanos, con sus pasteles de zanahoria, sus fiestas de aldea, sus rifas para sufragar el nuevo tejado de la iglesia y sus tés con el sicario..., no tienen ningún respeto por la ira.

—No eres cristiano, ¿verdad? —le pregunté a Zafar.

—Te refieres a algo así como: ¿he sido admitido en el seno de la Iglesia de Roma?

—¿Y bien?

—Solía pensar —dijo Zafar— que el islam no estaba ahí cuando yo necesitaba a Dios.

La respuesta de Zafar era menos que directa. Meena había comentado esa actitud evasiva el día de su regreso a nuestras vidas. Todo él transmitía algo que te dejaba la sensación de que no debías husmear, sabedor de que sólo compartiría contigo lo que quisiera. Era la extraña mezcla de educación y formalidad lo que producía esa sensación, algo que en nuestra juventud yo malinterpretaba, creo, como un rasgo del encanto de Zafar y no como un dispositivo para mantener las distancias. ¿No era la formalidad de aquellos

prados de Oxford, y la insinuación de un diseño intencionado, lo que te avisaba de que no debías pisar la hierba?

Pero ahora había otra dimensión, algo diferente, más provocador. Yo ya había presenciado antes episodios de agresividad, con los *skinheads* durante el paseo cerca de Portobello Road, por ejemplo, pero iban con el contexto, ¿no? Lo nuevo ahora era la presencia de algo que no intentaré reducir a una única frase, no se trataba de la amenaza de una agresión. Pero uno la percibía alrededor de Zafar incluso si la había intuido al modo de una criatura ignorante.

Todo el ritual, prosiguió Zafar, el recitado del Corán, la ignorancia del significado de las palabras, la coreografía de ponerse de pie, arrodillarse y postrarse, su falta de reflexión, todo ofendía mi inteligencia, que exigía razones y explicaciones. El único libro que me dieron mis padres en toda su vida fue un regalo en una Fiesta del Sacrificio, cuando tenía dieciséis años. Mi madre debió de cogerlo en una de esas tiendas del East End donde venden cintas de recitado coránico, libros sobre el islam y diversos calendarios con imágenes de la Kaaba, y cuyas puertas de entrada siempre se dejan abiertas para que, al pasar por la calle, no puedas evitar oír el maullido distorsionado electrónicamente de un mulá paquistaní. El libro estaba escrito en inglés y trataba de cómo el islam predecía la ciencia. De hecho, creo que incluso se titulaba *How Islam Predicted Science*. Estaba lleno de afirmaciones que difícilmente podrían haber sido más tontas.

Pero el regalo mostraba que mis padres habían entendido algo en un sentido: que yo necesitaba palabras. ¿Conoces la historia de Muhammad y la montaña Jabal al-Nur?

—No.

—¿La de una cueva llamada de Hira?

—Ésa sí. Vagamente.

Muhammad era un buen hombre que se retiraba a su cueva a orar y meditar. Fue durante uno de esos periodos de aislamiento cuando recibió la visita del arcángel Gabriel, que le mando leer de un documento. *¡Lee!*, le exhortó el ángel. Muhammad era analfabeto y, temblando ante la aparición sobrenatural, respondió: *no sé leer*. Una vez más, el arcángel le ordenó: *¡Lee!*; y, de nuevo, Muhammad respondió que no sabía. Y el arcángel, alzando la voz, ordenó: *Lee en el nombre de tu Señor que creó, que creó al hombre de un coágulo de*

sangre. ¡Lee!

Y Muhammad empezó a leer. El primer milagro del islam fue que un hombre analfabeto leyera, así que. sería un error por mi parte afirmar que el islam no valoraba la palabra escrita. Pero mi Dios sería un Dios que yo pudiera leer, uno sobre el que pudiera reflexionar y en un lenguaje que yo entendiera. ¿No era el significado, pensaba —pensaba en el pasado—, la única razón de ser de lo divino? Creía que la respuesta del islam a la búsqueda de sentido no era proporcionar respuestas sino instruir a los hombres mediante la repetición interminable para que renuncien al significado por el ritual y el hábito. Eso era lo que creía cuando pensaba que el significado importaba más que las recompensas del ritual.

Cuando la gente dice que la religión es sólo una muleta, tengo que preguntarme qué significa ese *sólo*, porque no puedo imaginarme a nadie que cuestione que una muleta nos permite seguir adelante en este lío de la vida, medio renqueantes, sí, pero mejor que sin ella, mientras descargamos parte del peso que soporta la herida para ayudar al proceso de curación. Sé que se menciona sólo como metáfora, pero me parece que las metáforas nunca son sólo cualquier cosa.

Cuando por fin me volví hacia la religión, tras un largo camino, cuando busqué a un dios, lo hice porque necesitaba ayuda práctica de manera inmediata. La religión nunca estuvo muy lejos de mí, pero fueron las fallas y deficiencias de mi relación con Emily las que finalmente me empujaron a la búsqueda del amor de Dios. Encontré en él. porque quise encontrarlo en él, lo que no podía hallar en Emily, lo que no había encontrado en Inglaterra, ni en mi hogar allí, pero que sí había conocido en el pasado, de niño en mi aldea de Sylhet. El amor que se gana o se merece es siempre algo sospechoso, la gran intuición en que se basa el cristianismo es que el amor más importante no puede ganarse ni merecerse. No es una. norma ética sino una observación empírica, una proposición científicamente verificable, y sobre esa roca se ha erigido una religión completa, una esplendorosa catedral de esperanza.

—Pero ¿no has dicho que fue Emily la que te llevó a Dios?

—¿Sabes lo que es el juego de tirar de la cuerda?

—¡Claro que lo sé! Jugábamos en la escuela —respondí.

—¿Siempre tienes que dudar cuando dices escuela?

—¿Qué quieres decir?

—¿Los que van a Eton no se refieren a la escuela como *college*? — preguntó.

—La llaman escuela, como todo el mundo —respondí.

—¿Como todo el mundo?

—Vamos, anda. Estabas hablando de buscar a Dios —dije sin hacer caso a la pulla.

Había algo que me desconcertaba de niño. En la portada o en algún punto de los paratextos iniciales, te hablaban un poco del autor. Con frecuencia, éntrela información se incluía si el autor fue a esta o aquella escuela. El mencionar la universidad, pensaba, estaba bien: en aquellos tiempos tenía la noción de que la universidad era donde empezaba la educación y que la escuela era nefasta. Hoy, la mención de cualquier dato sobre un autor me parece un acto de vanidad o una concesión a la curiosidad humana. Pero mencionar la escuela a la que asistió un niño o un adolescente parecía ciertamente muy raro, Toma *Vagabundo en París y Londres*. En la portada dice que Eric Arthur Blair fue a Eton. El hombre cambió su nombre para la portada del libro, pero te explicaban a qué escuela asistió.

Yo era muy torpe, prosiguió Zafar, Creo que hasta que fui a la universidad —a Oxford— no empecé a entender que esos tipos que mencionaban su escuela no estaban hablando de educación en el sentido que yo le daba, la materia de los libros o la que aprendes por tu cuenta con lápiz y papel y un montón de axiomas. Un día me contaron que algunos pensaban que yo había estudiado en Winchester. Cuando alguien me lo preguntó directamente, recuerdo la mirada de decepción que asomó en su rostro cuando le dije que no. que había asistido a una escuela estatal. ¿A qué venía esa decepción? Al fin y al cabo, yo había entrado en Oxford y me estaba yendo bien.

No respondí a Zafar. En lugar de eso, y tal vez por vergüenza, le recordé que estábamos hablando de lo que le había hecho volverse hacia Dios y, antes, de Emily.

—En el juego de tirar de la cuerda, dos equipos de hombres, de chicos más bien, tiran de una cuerda, uno de un lado el otro del contrario.

—Lo sé.

—Lo sabes, pero fijemos la imagen. Lo que ves es el grupo entero, una línea de chicos y una cuerda, tirando en una dirección o en la opuesta. Cuando ves el pañuelo, el pañuelo rojo, en el medio de la cuerda moviéndose en una

dirección, lo único que sabes es que la fuerza total del tirón de ese lado es mayor que la del otro. Pero lo que no sabes es cuál de los chicos del extremo en cuestión está tirando con más fuerza. Ni siquiera sabes si alguno de ellos no hace nada; es una información innecesaria. No sabes si el lado ganador ganaría también con un chico menos.

—Por instinto tendería a decir Eton —le interrumpí—, pero parecería que quisiera llamar la atención sobre la escuela a la que asistí, así que digo escuela.

—Entendido. Lo que quiero decir es que un efecto dado puede estar exageradamente determinado por causas. Varias cosas en conjunto me hicieron buscar la religión y no puedo desglosarlas.

—Pero ¿por qué el cristianismo y no el islam? Aunque no quiero que pierdas el hilo, todavía me gustaría que me explicaras cómo conociste a Emily.

—¿Sabías —me preguntó Zafar— que los consejeros de pareja sostienen que el momento de trabajar a fondo en una relación es cuando las cosas van bien? El momento de reparar el tejado es en verano.

—¿Hacer depósitos en el banco ahora para sacar más tarde?

—Vaya, aquí nos sale el banquero.

—¿Es lo que deberíamos haber hecho Meena y yo? —pregunté.

—Desconozco la respuesta a eso —dijo Zafar—. Pero sí sé que yo no me esforcé mucho para descubrir el islam. Habría supuesto un esfuerzo inmenso, claro. Para empezar, tendría que haber pasado por alto todas las estupideces que se publican en esos libros que llenan las paredes de las tiendas del East End que venden materiales islámicos, las tiendas contiguas a las mezquitas, en Londres y en cualquier sitio. Y luego tendría que haber encontrado interlocutores que pudieran hablar de hecho en un idioma que yo entendiera, cuya palabra escrita mostrara una familiaridad con las mismas cuestiones que yo me planteaba, dejando a un lado las respuestas; sólo eso de por sí ya habría requerido un inmenso esfuerzo, ¿Dónde estaban? Y todo eso era antes del 11S. Hoy en día es más sencillo. Hay gente que sabe un par de cosas sobre el islam pero también sabe escribir en inglés —los intermediarios modernos— por todas partes, y sus libros pueden encontrarse, y además internet facilita dar con lo que se busca. Pero antes del 11S, ¿qué hacía alguien como yo? Lo que, dicho sea de paso, abre la posibilidad de que algunos de los chicos y chicas

jóvenes que ahora vuelven al islam en tropel puede que lo hagan, en parte, porque éste se ha vuelto más accesible a través de mejores libros y mejores portavoces y no sólo, como todo el mundo parece creer, porque «la guerra contra el terror» los ha politizado.

—Si volvieras atrás, ¿buscarías respuestas más a fondo en el islam?

—Si volviera atrás, creería en la reencarnación.

Me reí del comentario, y también Zafar. Tengo que reconocer que la religión nunca me ha preocupado. La fe de mi padre, ya lo he dicho, era un asunto privado, mi madre detestaba la religión, aunque reservaba un desprecio especial para el islam, y aunque yo asistí a los servicios anglicanos en Eton, al final acabé como muchos, creo, sin adquirir ningún aprecio por la religión, organizada o no. Tal vez sea esta cuestión de Dios la que más me cuesta entender en la historia de Zafar y me deja ante la perspectiva de que o bien carezco de aptitudes para comprender esos asuntos, o bien, siendo menos pesimista, cuestiones como el Dios de otro hombre o el sentimiento amoroso de otro hombre sobrepasan intrínsecamente toda comprensión.

Zafar prosiguió su relato, volviendo a los días de Oxford, aunque no lo reanudó por aquella noche en la University Church en la que conoció a Emily.

Explicó que al principio el cristianismo le era práctico. En Oxford, dijo, la Christian Union estaba bien organizada, era fiable y siempre acogía bien a los recién llegados. Yo solía revisar la hoja de Información Diaria en el tablón de anuncios del *college* para ver qué conferenciantes traían, e iba a una u otra capilla o iglesia a escuchar a un orador cristiano. Pero, pese a todas las conferencias a las que asistí, sólo me quedé con la simplicidad del mensaje cristiano del amor. Estaba preparado para eso, claro —lo sabía incluso entonces— porque había conocido el amor muy pronto mientras crecía, la mayor parte comprimido en unos pocos años en una aldea en Bangladés, de una mujer cuya relación conmigo fue negada hasta que fue demasiado tarde para ser admitida, demasiado tarde para que el hecho produjera el menor solaz, por no mencionar el alivio que podría proporcionar la explicación.

Los cristianos tienen algo, pensaba, prosiguió Zafar. El cristianismo, como he dicho, comprendía una verdad fundamental del amor, a saber, que el amor no puede ganarse ni merecerse. Esa idea me conmovía tremendamente, este Dios que amaba, una rompiente contra las mareas solitarias y la angustia que se cierne a lo largo de una vida entera sin hogar, Cuando me sentaba en

aquellas iglesias y alzaba la mirada a Cristo en la cruz, me preguntaba, sin querer —por más que la distintiva imagen repeliera a otro instinto en mi interior—, me preguntaba si en algún punto por delante en el viaje ese hombre se uniría a mí; la idea de contar con él como acompañante me tranquilizaba, si es que él era en realidad lo que todavía podía ser. Pero, pese a toda la potencia de esa idea, ya sabía hasta dónde no podía llegar. Nunca creería que tenía una vida *en* Cristo, nunca pensaría en amar a otros *a través* de él. Aunque comprendía la virtud del perdón, sabía que para renunciar a mi sensación de agravio, apasionada y sin dirección, tendría que abandonarme, dejarme ir. Pese a cualquier compañía que él, Él,[16] pudiera ofrecer, había líneas rojas. Se interponían asuntos prácticos. Nunca podría, por ejemplo, entregarme al ritual de la Sagrada Comunión, el de comer el cuerpo de Cristo y beber su sangre, y no por ninguna repulsión a la barbarie caníbal sino porque la metáfora nunca me resultó convincente, *ni siquiera como metáfora*. Y, por encima de todo, cuando tocaba los bancos de roble y pasaba los dedos por las fundas tejidas de los cojines y los reclinatorios, cuando contemplaba las imágenes de los santos ingleses de las vidrieras, cuando pensaba en las palabras del Credo niceno, se me hacía tan evidente como la alienación que me constituía, que me mantenía en los márgenes, que esto era una representación muy local de una religión que procedía de una parte del mundo que el orgulloso inglés sólo podía despreciar. El cristianismo que tenía ante mí era inglés, blanco, con asados dominicales, cerveza tibia y traducción al idioma inglés. Incluso la Biblia en su plasmación más bella, la de la versión rey Jacobo, estaba en una lengua que para sus lectores era una reafirmación y una garantía de su propio poder. No es de extrañar que los escolares de Eton pudieran cantar una Jerusalén construida aquí mismo, en esta tierra verde y agradable. Menuda alabanza: una tierra agradable. El Cristo inglés era de aquí y de ahora, inmanencia en el prado de la aldea, con apenas una palabra o símbolo en la liturgia y el ritual que trascendiera la Europa noroccidental, y aún menos este mundo o universo, tan sesgado y tendencioso como el corresponsal agregado. Era un Dios inglés bajo un cielo inglés.

Mi amigo Zafar, con un semblante serio y concentrado, se quedó en silencio en ese momento, sus pensamientos se perdieron por alguna región remota en sus ojos oscuros y hundidos. Entre esas críticas al provincianismo religioso, yo tenía la impresión de que latía otro sentimiento, uno que no es

muy evidente en sus palabras cuando las reviso ahora pero que aun así percibí ya entonces. Si su exposición había parecido, en la superficie, que consistía en un repudio tras otro del cristianismo, también dejaba la impresión de que Zafar era un hombre poseído por unos sentimientos fuertes, incluso violentos, que, podría conjeturarse, son base más que suficiente para la conversión religiosa. Ésa es la historia de san Pablo, ¿no?

—Háblame de aquella noche —le dije—, de la iglesia y de Emily.

—Allí estaba yo —dijo—, oculto entre las sombras de una columna, mirando por encima de los bancos hacia el altar y, más allá, a la cruz, contemplando esta gente ajena aferrándose a su Dios, cuando la puerta se cerró con un golpe y una ráfaga de aire gélido me alcanzó. Había llegado el primer músico. Con una funda de violín en la mano, recorrió el pasillo entre las hileras de bancos.

Todavía conservo una impresión vivida de aquella joven moviéndose entre los pasillos, pero me he preguntado si es una imagen que he traspuesto de recuerdos posteriores, como si la historia se hubiera empeñado en adelantar el principio, porque lo cierto es que ella no me pareció nada llamativa entonces. Era bonita, pensé, incluso hermosa en cierto sentido, pero no... no arrebatadora. Las mujeres cambian mucho entre los dieciocho años, cuando la vi por primera vez en Oxford, y los veinticinco, cuando volví a verla de nuevo en Nueva York. Desde la perspectiva de hoy, pasados tantos años, es posible asimilar el cambio, observarlo con un ojo científico; a los dieciocho, las mujeres entran en la plenitud de su atractivo sexual. Las heroínas descritas en las novelas decimonónicas bien podrían haber sido vivaces y testarudas hasta bien entrada la veintena —rasgos que, dicho sea de paso, si se dan en un hombre, apenas merecen una mención—, incluso podrían tener cierta conciencia lúcida de las motivaciones masculinas y hasta algo de astucia, pero no eran nada sin el florecimiento físico de la posadolescencia, que siempre ha sido alabada y anhelada en todas partes. A los dieciocho, Emily poseía eso; tenía la suficiente belleza para demorar su juventud, pero no, creo, tanta como para prolongarla más allá de ella.

Sacó una silla de un montón que había a un lado del pequeño escenario. Más que cargar con ella, la arrastró por el suelo hasta el centro. Recuerdo que imaginé las rayas que estaría dejando sobre el escenario, y recuerdo que me pregunté si las patas de la silla tendrían puntas de goma, recuerdo que me

pregunté también si ella habría mirado para comprobar si las tenían. Y, tal vez, mientras recuerdo todo eso y, si se me permite sacar conclusiones de algo tan nimio, podría pensar que en aquel mínimo gesto de omisión, el no cargar con la silla sino arrastrarla por el suelo mientras tenía la cabeza alta —de una forma que, ahora lo veo, no podía haber percibido ningún roce ni chirrido al rayar el suelo—, tal vez en ese gesto se contenía la totalidad de su personalidad.

Recogió un atril de un montón que había en un rincón. Sus movimientos me parecieron curiosamente torpes, como si yo hubiera esperado algo más delicado de una violinista. He visto elegancia en ella, aunque mucho más tarde y en otros lugares. La he visto en el baño, por ejemplo, He visto la gracia con la que sostenía una pastilla de jabón en las manos, como el que sostiene una paloma, pensaba con ternura, despertándola del sueño para soltarla en el aire. Lo veo ahora. O la grada al entrar en un restaurante y sentarse, la facilidad irreflexiva, los movimientos tan leves que apenas se graban en la memoria. Pero sólo más tarde comprendí que su elegancia quedaba confinada, circunscrita, a las pautas de las costumbres de su casa, que era la gracia de una mujer acostumbrada a las comodidades, de manera que cuando la sacaba de su esfera de seguridad, incluso para coger un simple atril que no sabía cómo abrir, sus limitaciones quedaban al descubierto. En esa gente muchas cosas parecen de una forma y son de otra. La elegancia de Emily no era física; era elegante cuando se empolvaba la cara pero carecía de gracia cuando abría la puerta de un coche. La gracia, como la he visto con frecuencia en otros lugares, proviene de un conocimiento, que reside en el músculo, de la relación entre el cuerpo y el mundo; no sólo reconoce las limitaciones del cuerpo que habita sino que trabaja con ellas de manera que cada acción muestra su respeto hacia el mundo físico, respeto por su dominio, y proviene de la admisión de que el mundo simplemente no hará lo que nosotros queramos. Qué fácil resulta ahora leer tan a fondo cada instante y cada gesto despreocupado.

Sobre, el escenario, ya reunidos el atril y la silla, se sentó, bajó la cremallera de la solapa de la funda del violín, extrajo algunas partituras y las colocó delante de ella. La joven miró a su alrededor y, al ver el piano, se acercó a él, con el violín en la mano. Se ajustó el instrumento bajo la barbilla y entonces, mientras sostenía el arco, tocó una tecla. Cuando afinó el violín que agarraba con el cuello, me fijé en que su barbilla era muy menuda y

desapareció en cuanto hubo dado señales de su presencia.

Afinaba con diligencia, metódicamente, pero su cara no delataba ninguna expresión, ninguna arruga que sugiriera intensidad en la escucha. Al momento, acabó de afinar, volvió a su silla, pasó unas páginas, se puso de nuevo el violín en el cuello y empezó a tocar.

Normalmente, el primer músico que llega al ensayo coloca varias sillas y atriles. Eso es lo que yo había visto. Por descontado, no es así si se trata de una pieza orquestal, pero si el programa es de música de cámara y el escenario no está montado, entonces el primer músico por lo general empieza distribuyendo las sillas y los atriles. Esta joven no había sacado más sillas ni atriles, Y ahora estaba tocando una pieza para solista, lo que me hizo dudar de si no me habría equivocado de programa; tal vez ella iba a dar un recital como solista.

—Tocó y reconocí la pieza, La Chacona de Bach. ¿La conoces?

—La conozco.

—Una de las mejores piezas de música compuestas para violín. Johannes Brahms escribió sobre la Chacona de Bach en una carta a Clara Schumann, diciendo que captaba cualquier emoción posible en unos minutos y que si él, Brahms, la hubiera compuesto, seguramente habría enloquecido.^[17]

—¿Cómo lo sabías?

—A los matemáticos les gusta Bach. Eso sí debes de saberlo.

Zafar tenía razón en un sentido. Leí en una de las publicaciones científicas de mi padre sobre un estudio que demostraba que un número de matemáticos sorprendentemente desproporcionado consideraban a Bach su compositor preferido.

—Sí, pero ¿cómo conociste la obra?

—Un día fui a una tutoría de la profesora Sylvester. En su despacho sonaba música clásica. Al sentarme, ella se dispuso a apagarla, pero le pedí que la escucháramos un minuto más. Tras la tutoría, me preguntó si quería que me dejara el casete. Así fue como encontré mis noventa minutos de Bach. La Chacona estaba en la cinta.

Emily, prosiguió Zafar, tocaba con maestría técnica. El violín estaba afinado, las armonías eran perfectas, el arco no arañaba, la música sonaba fluida y nítida. No soy músico, nunca he aprendido a tocar un instrumento musical, pero he escuchado bastante música para reconocer al menos esas

cosas. Lo que no pude explicar entonces era la emoción que sentí: ninguna, no sentí nada. Era una música apagada, sin vida.

He oído a músicos hablando de fraseo y elaboración, sé que hablan de cosas como la articulación y la interpretación, pero no sé lo que quieren decir cuando utilizan esos términos, no con precisión, y sabía menos aún por entonces. Lo único que podía decir era que su música, la música que sonaba con notas perfectas, me dejaba frío, pero aun así yo dudaba de mi conocimiento; creía que no podía emitir un juicio sobre esas cuestiones, que excedían mi dominio.

Esos ensayos me producían sentimientos de culpabilidad, pero no por la trampa que hacía. Te diré por qué me colaba en aquellas salas. No lo hacía porque fueran ensayos a los que no podía asistir el público; de hecho, muchos de ellos eran ensayos abiertos a todo el mundo, y hubo algunos en los que vi a visitantes ir y venir, sentarse y escuchar. Me colaba porque esa música no me pertenecía y no tenía derecho a ella. Y, como no tenía derecho, tenía sentimiento de culpa. Me sentía un traidor, pero ¿a qué?

—Pero ¡claro que tenías derecho! —dije con un énfasis que me sorprendió.

—Sin embargo, era lo que yo sentía. No tiene nada que ver con pasaportes ni certificados de naturalización.

—Exactamente. Pertenece a todo el mundo.

—¿Conoces el Preludio núm. 1, *El clave bien temperado*, de Bach?

—Por el nombre no.

Seguramente sí lo conoces. Es una pieza hermosa y bastante breve. Tiene mucho en común, creo, con su primera *suite* para chelo: una progresión y simplicidad geométricas. Lo escuché una vez, el preludio, en uno de aquellos conciertos de mediodía en Hall, y el estudiante que estaba sentado a mi lado me preguntó qué me parecía. Creí que seguramente me estaba preguntando por la interpretación más que por la composición, y recuerdo que pensé que sería pretencioso hacer un comentario sobre la habilidad del pianista cuando no sabía nada de piano. Es una hermosa pieza musical, respondí. El joven sonrió y dijo que a él siempre le había parecido algo trivial, una pieza para que practicasen los niños.

—Eso es ridículo —le dije a Zafar.

—Ahora creo que se equivocaba —prosiguió Zafar—. Pero lleva su

tiempo superar la seguridad de otra persona culta. La sensación de tener derecho a algo es así, es sólo una sensación. Igual que la sensación de que uno no tiene derecho no es más que eso, una sensación.

—¿No es una cuestión de elección?

—¿Puedes elegir *no* amar a una persona?

—¿Querrás decir: puedes *elegir* amar a una persona?

—Bueno, eso sería más pertinente para ti, ¿no?

—La Chacona de Bach, de eso estabas hablando, ¿no?

—Debe de haber formas de que resulte más fácil no estar resentido con otra persona.

—La Chacona.

—Ya volveremos a ella —dijo Zafar.

Pero, una vez más. pareció perderse en sus propios pensamientos.

Hace unos años, durante el primero que. pasamos en Oxford creo recordar, una amiga de mi madre, una actriz reconvertida en directora, vino a cenar a casa de mis padres. La directora describió las herramientas que puede utilizar un actor para expresar inteligencia. A mi me parecía que ciertos rasgos del carácter surgen sin palabras de una persona, que simplemente emergen de la superficie como humedad que se evapora con el sol. y la inteligencia, pensaba, era uno de esos rasgos. He conocido a gente cuya inteligencia es evidente, antes de que las ondas de sonido transmitan sus palabras, palabras en las que. con frecuencia, suelen ser pareos. Pero ¿cómo, le pregunté a la amiga de mi madre, trasmite un actor la inteligencia de un personaje, de un Einstein o un Newton, que puede ser mayor que la suya?[18] La directora explicó que uno de los trucos consiste en hacer que el personaje parezca perderse en sus pensamientos.

Hoy contemplo su tesis con cierto escepticismo. Hay muchas razones por las que una persona puede perderse en sus pensamientos, ensoñaciones y preocupaciones. Por ejemplo, puede pensar en qué color de esmalte va a pintarse las uñas para el baile de la semana que viene. Podría estarse preguntando si apagó el gas de la cocina y rehaciendo sus movimientos de antes de salir de casa.

Ahí estaba yo, prosiguió Zafar, sentado en una mancha de sombras en la iglesia, con ella ajena a mi presencia, escuchando su interpretación de notas perfectas, técnicamente consumada incluso para mi oído, y, pese a todo, hueca,

lie dejó huella. Unos años más tarde, en 1991, en una cena en Cambridge, Massachusetts, le pregunté al compositor alemán Nathanael Sandmann-Hoffmann, profesor visitante de musicología, si se había encontrado con algo similar.

—¿Encontrado con qué?

Le pregunté si había escuchado alguna vez una pieza de música interpretada a la perfección, música que él sabía que era sublime, y, pese todo, no le había conmovido en absoluto. El semblante del profesor formó una sonrisa arrugada y creí que estaba recordando algún momento o episodio, que tal vez hubiera olvidado, que le había divertido.

—Me ha pasado —respondió dejando su copa de vino en la mesa cogida por el tallo—. El año pasado —explicó el profesor— se celebró un concierto en Berlín; era, claro, el año siguiente a la caída del muro. Muchos músicos de Alemania del Este se han instalado en Alemania Occidental, cuyas puertas se les han abierto de golpe. Bastantes de esos músicos son incuestionablemente muy buenos. En el aire de Alemania flotaba una sensación de emoción, de buena voluntad hacia todos los hombres, con la reunificación convertida en una realidad inminente. El buen ánimo político aumentaba si cabe la emoción que sentía uno como amante de la música por escuchar a todos esos músicos del este. Como le he mencionado, asistía a un concierto que incluía una interpretación de..., sí, del Concierto para piano número 2 en si bemol de Brahms, que ejecutaba un joven pianista alemán de Leipzig, la ciudad donde Sebastian Bach fue *¡cantor* en la iglesia de Santo Tomás, como espero que sepa.

»Los alemanes —prosiguió el profesor— pueden tomarse muy en serio la música, lo que no debe confundirse siempre con que tengan criterio. En esta ocasión, todo el público se inclinó hacia delante y frunció el ceño con el gesto de más severa concentración. Yo sentí exactamente lo que usted ha descrito. Quería, por así decirlo, gritar: *¡El emperador va desnudo!* La música había nacido muerta. Ciertamente muerta. Pero, ¿sabe?, este tipo de interpretación es muy frecuente en los conservatorios. Lo veo a todas horas en estudiantes. Por ejemplo, ahora enseño a un estudiante que toca de ese modo. Es del sur de Estados Unidos, de Alabama, creo, y, supongo, procede de una devota familia cristiana baptista. He intentado decirle que debería salir más. que debería vivir un poco. Debería hacer que se lo follaran, quería decirle, como la gran

Martha Graham le decía a sus bailarines, pero, claro, siendo como es la corrección sexual de la universidad americana, nunca lo he hecho.

El profesor se reía mientras lo contaba.

Pero ratificaciones de mis sospechas, como la del profesor, sólo me llegarían más adelante. Hasta entonces, poco a poco, la experiencia me enseñaba otra cosa: la inseguridad no permitía ningún juicio sobre el gran arte o la gran música y cosas así. Si yo tenía razón y la música de la joven carecía ciertamente de vida..., si yo tenía razón, me preguntaba, ¿acaso no puede ella darse también cuenta de que su interpretación no tiene vida? Me parecía insoportable tocar el violín así, sin emoción, sin amor ni placer.

—A lo mejor no saben tocar con emoción —le sugerí a Zafar.

Pero había una explicación más simple, a saber: ¿qué cono sabía yo? La sabiduría de aquel compositor alemán, la ratificación de mis sospechas, la confianza de la que me apropié, sólo me llegarían años más tarde. ¿Qué derecho tenía yo, pensaba, a una opinión sobre esa interpretación musical, a creer que fuera algo menos que consumada? Es su música, no la mía, y ellos saben qué hacer. Nunca he rozado un violín o un piano, ni, mucho menos, aprendido a tocarlos. Parecía una explicación mucho más pulcra. Yo era un ignorante y un presuntuoso, y ellos no.

—Explicación... ¿de qué?

—De mis dudas sobre mi juicio. Mis dudas en realidad no eran sobre la calidad de la interpretación de la violinista, ni siquiera, en su raíz, sobre si yo era capaz de formarme un juicio (cualquiera puede tener una reacción visceral, que puede ser todo lo acertada que se quiera), sino que mis dudas eran sobre si tenía derecho a ellas. ¿Quién era yo para creer que distinguía lo bueno de lo malo?

—¿No le estás dando demasiadas vueltas? Ella había aprendido a tocar un instrumento con pericia, pero no a tocar música con emoción —dije, complacido con mi formulación.

—Pero ¿no querrías aprender?

—Tal vez no puede. Tal vez sus propias emociones se le ocultan a sí misma.

Ella dejó de tocar, dijo Zafar, en cuanto los demás miembros del conjunto, que llegaron juntos, entraron en la sala. Me quedé mientras ensayaban el quinteto de Schubert. Y tengo que reconocer que no pude concentrarme en la

escucha, estaba preocupado.

Al acabar, después de que todos los demás recogieran sus instrumentos y se marcharan, se quedaron solos la joven y el director del conjunto.

El director, el primer violín, era un hombre alto y delgado, a todas luces varios años mayor que los demás. Supuse que era un licenciado o un profesor ayudante. Hablaba con una nota de inseguridad en la voz.

—Emily —dijo—, tocas muy bien.

—Gracias —respondió ella.

Ésa fue la primera palabra que le oí pronunciar. *Gracias*. Es un término de buena educación, Pero durante todo el tiempo que estuve con Emily, no creo que la escuchara oír jamás *lo siento*. Me inquieta, me inquieta de verdad. Ni siquiera puedo imaginarla diciéndolo. el sonido de su voz pronunciando esas palabras. Es fácil, ¿no te parece?, imaginar a alguien a quien conoces bien diciendo las palabras que imaginas que dice. Pero ¿por qué no puedo imaginarla a ella diciendo esas palabras, simplemente *lo siento*?

Durante mucho tiempo me pregunté si era mi propio cerebro el que no sé cómo eliminaba cualquier recuerdo de ella diciendo *lo siento*, si en realidad ella lo había dicho, pero las propias disculpas me habían dolido tanto que mi cerebro las había empujado más allá del alcance del yo que recuerda, porque una disculpa es, al fin y al cabo, un reconocimiento de. un daño causado.

—¿Tanto dudas de tu juicio? —le pregunté a Zafar.

—Ya no. Por entonces, sí, y ahí está el quid de la cuestión: el desastre que provocaban las dudas no afectaba a la calidad de mi juicio sino a mi capacidad para fiarme de él. Me desorienté.

—Estabas diciendo...

—Sí. Me dio la impresión de que el director del grupo se estaba pensando qué iba a decir.

—Eres una violinista muy diestra —dijo—, lo que te coloca en una buena posición para desarrollar ciertos aspectos de tu interpretación que a otros les costarían.

Emily no reaccionó.

—Sí, esto —prosiguió él—, podría ser útil que desarrollaras tu voz expresiva. Obviamente se trata de algo que requiere un plazo más largo. Para mañana estaremos geniales.

Mientras el joven hablaba, Emily permanecía totalmente en silencio, completamente inmóvil. Era imposible, al menos para mí, distinguir su reacción, si es que había alguna. El joven parecía cada vez más incómodo, y me recordó a un adolescente que arrastra los pies avergonzado. Si hubiera habido una piedra en el suelo, él le habría dado una patada distraídamente.

—Si no tienes planes para esta noche, podríamos hablarlo delante de una cena rápida.

La joven le sonrió.

—Estaría bien —respondió.

El relato de Zafar me dejó algunas preguntas. Por ejemplo, quería preguntarle si le había mencionado aquella velada alguna vez a Emily cuando la vio años más tarde, o cuando ya salían juntos. Al final, más tarde él mismo abordó la cuestión. Nuestra conversación nos había llevado más allá de la medianoche y vi en su cara que a mi amigo le vencía el cansancio. Sin embargo, no pude evitar el preguntarle, aunque sólo fuera para que me diera una respuesta provisional antes de plantear la pregunta completa, sobre el comentario entre paréntesis de que él había acabado volviéndose hacia la religión cuando necesitó ayuda urgente. ¿Qué era lo que había dado lugar a ese recurso a la religión? Pero su respuesta sólo hizo que me planteara más preguntas, que tendrían que esperar.

—La conversión religiosa —dijo mi amigo— es un acto de destrucción. Volverte hacia Dios puede salvarte la vida, pero, en el proceso, puede aniquilar tu alma.

Se levantó de la silla y, dándome las buenas noches, cerró la puerta del estudio a sus espaldas. Abandonado con mis propios recursos, me enfrenté a la melancolía que se respiraba en la habitación y me pregunté si era suya o mía.

8

POGGENDORFF Y PURKYNÉ

Cuando era un niño que crecía en Far Rockaway tenía un amigo que se llamaba Bernie Walker. Los dos teníamos «labos» en casa, y hacíamos diversos «experimentos». Una vez, hablando de algo —debíamos de rondar los once o doce años por entonces—, yo dije: «Pero pensar no es más que hablar contigo mismo, en tu interior».

«¿Ah. sí? —dijo Bernie—, ¿Sabes cómo es la forma de un cigüeñal de un coche, esa cosa tan rara?»

«Sí, ¿qué pasa con ella?»

«Bueno. Ahora dime: ¿Cómo te la has descrito mientras hablabas contigo mismo?»

Así fue como aprendí de Bernie que los pensamientos pueden ser visuales además de verbales.

—RICHARD P. FEYMAN, *El placer de descubrir*

Tras pasar por la lente, la luz atraviesa la parte principal del ojo, que está llena de humor vítreo («liquido vidrioso»), una sustancia clara y gelatinosa. Después de pasar por el humor vítreo, la luz alcanza la retina, el recubrimiento interior de la parte de atrás del ojo. En la retina se localizan las células fotorreceptoras que suman aproximadamente unos 120 millones. Uno de los rasgos de la retina es el disco óptico, donde las partes alargadas de las células que transportan la información visual se reúnen y abandonan el ojo a través

del nervio óptico. El disco óptico genera un punto ciego porque no tiene receptores en él.

Es un detalle llamativo que en el centro mismo de nuestro campo de visión haya un punto ciego, un disco de nada, que nada ve, que nada registra, una región de oscuridad donde menos podría esperarse, si es que alguna vez llegáramos a percibir su ausencia, que no es el caso.

—NEIL R. CARLSON, *Fisiología de la conducta*

En 1896, desde su observatorio en Arizona, Percival Lowell descubrió un patrón de marcas sobre la superficie de Venus. La disposición de las líneas recordaba los radios de una rueda que irradiaban de su eje. Lowell creyó que lo que veía eran accidentes del terreno «rocas o arena erosionados por eones de exposición al sol». Los radios aparecían «con una nitidez suficiente para convencer al observador de que tenían una finalidad que cuestionaba la posibilidad de que se tratara de una ilusión». Su investigación, incluidos sus hallazgos de los canales de Marte, espolearon la imaginación de una generación. H. G. Wells citó la obra de Lowell como inspiración de *La guerra de los mundos*.

Pero Lowell fue el único que vio esas extrañas huellas y, con el tiempo, con telescopios más avanzados, sus afirmaciones fueron refutadas. Pero ¿qué vio Lowell? El problema se resolvió un siglo más tarde, cuando un optometrista y astrónomo aficionado señaló que Lowell había «bajado» su telescopio —reducido la abertura de salida— hasta el punto de convertirlo involuntariamente en un oftalmoscopio. Lo que Lowell vio en realidad fue la red de vasos sanguíneos de su retina. Creyendo que había encontrado la prueba de que el hombre no estaba solo, Percival Lowell de hecho había estado mirando el interior de su propio ojo.

—atribuido a WINSTON CHURCHILL
en los cuadernos de Zafar

Mientras Zafar relataba su té con Penelope Hampton-Wyvern, le dejé

hablar sin interrumpirlo. Pero apenas podía disimular mi incomodidad en los momentos intermitentes en que la rabia lo dominaba. No recuerdo haberle visto nunca así. Incluso cuando, hacia ya tantos años, había derribado al neonazi en aquel callejón adoquinado de Notting Hill, sus modales y conducta —el tranquilo y humilde sudasiático, según su propia descripción— habían mostrado la contención y el control que, aunque pudieran resultar alarmantes a su modo, no delataban ningún pozo sin fondo de rabia. Pero a lo largo de la simple narración del té con los Hampton-Wyvern, y aunque, mientras charlaba conmigo, no hubiera la menor perspectiva de violencia física, parecía furioso contra un enemigo invisible, hablaba de clases, privilegios y redes con una asombrosa ferocidad.

Unos días más tarde, una vez el polvo había parecido asentarse, intenté abordar de nuevo esos temas. Estábamos sentados en un café en Bloomsbury, junto al ventanal, que daba al British Museum. Saqué a colación su encuentro con Penelope, pero la conversación no avanzaba.

—¿Ves lo que está haciendo esa niña? —preguntó.

Zafar estaba mirando a una niña sentada con su madre. La pequeña se estaba comiendo un pastel de chocolate.

—La niña pone la cuchara en el plato —prosiguió Zafar—, luego separa un trozo pequeño del pastel y lo coloca en la cuchara. Fíjate...

La pequeña levantó la cuchara pero cuando la tuvo delante de la cara, en lugar de hacer lo que uno esperaría con el cubierto, cogió el trozo desmenuzado del pastel con la mano otra vez y se lo llevó a la boca.

—Qué monería —dijo.

—¿No elegimos nosotros ser víctimas? —pregunté.

Una camarera joven con falda corta nos sirvió el café. Aparté la grabadora de las tazas. Ese dispositivo se había introducido rápidamente en nuestros rituales cuando nos sentábamos a hablar, lo que daba lugar a una continuidad tranquilizadora, convertido en un medio de seguir el hilo, en un momento en que las cosas estaban cambiando, rompiéndose, y cuando más cambios parecían inevitables.

—La estructura de clases británica es espantosa, ¿no? —añadí tontamente, como un incompetente presentador de una tertulia televisiva que intentara provocar a un invitado.

Zafar estaba mirando al otro lado de la calle. En lo alto, por encima de la

entrada principal del museo, la Union Jack ondeaba de un asta. La puerta del café se abrió y un aire frío irrumpió soplando con fuerza por detrás de una pareja de ancianos que se quejaban del tiempo.

—¿No lo son todas? —preguntó Zafar.

—¿Qué quieres decir?

—¿No son espantosas todas las estructuras de clases?

—¿No crees que hay algo que podemos arreglar? Al menos, no sé, la forma en que le hacemos frente.

—¿Nosotros? Escúchate: el luchador de clase.

—Como individuos me refiero. No estoy hablando de lucha de clases —dije.

—Nadie lo hace. La Guerra Fría terminó, los socialistas han acabado diseminados, esparcidos al viento y con ellos toda referencia a las clases.

—A lo mejor no puedes cambiar el mundo, pero al menos puedes cambiar el modo en que miras las cosas y cómo te afectan.

—El mundo es lo que es y nuestra tarea consiste en verlo correctamente, ¿es eso?

—Tú lo has dicho —convine.

—Pero ¿y si no puedes ver las cosas tal como son? —preguntó Zafar.

—Aprendes. ¿No es precisamente ésa la función de la educación?

No dijo nada.

—No me creo tu opinión —dije.

—¿Y cuál es mi opinión?

—La educación no es un medio de conseguir el poder. Trata de abrir nuestros ojos y dejar que entre la luz.

No respondió. Creí que se estaba haciendo deliberadamente el tonto.

Afuera, un hombre joven cruzó precipitadamente la calle y, al hacerlo, se le cayó algo, un móvil quizás. Un coche pasó por encima y siguió camino sin detenerse.

La mirada de Zafar se desvió hacia el British Museum, hacia arriba, a través de los árboles sin hojas, hacia la brillante bandera británica que se batía recortándose sobre el cielo gris de diciembre. Sus ojos parecían inmóviles, como si el tiempo mismo se demorase en el aire por encima de él, esperando alguna reacción. Mi padre tenía una mirada similar cuando se

perdía en sus pensamientos, tal vez en alguna idea de física o, igual de probable, creo, en algo mundano. Mi madre solía decir que estaba con la mirada perdida en el espacio-tiempo.

—¿Sabes por qué izan las banderas a media asta?

—¿Porque alguien ha muerto? —respondí.

—Me refiero a si sabes de dónde proviene la tradición.

—No, pero no sé por qué apuesto a que vas a explicármelo.

—Te apuesto diez trozos de pastel.

—¿Quieres zamparte diez porciones de pastel? —le pregunté.

—No, si gano, serás *tú* el que tengas que comértelas.

—Explicame por qué las banderas ondean a media asta. A estas alturas has conseguido que sienta curiosidad.

—Siempre has sido curioso.

—Muy gracioso.

—Presta atención. Con la subida al trono de Jacobo I en 1603, los buques británicos tenían dos banderas, la cruz inglesa y el aspa escocesa. Pero había otra convención en vigor. Cuando se había librado una batalla o un enfrentamiento militar, la bandera del vencedor se izaba en lo más alto, justo por encima de la del derrotado. La cuestión de qué bandera debía de ir más arriba, tras una victoria militar, contra los españoles, pongamos, se resolvió dejando que los buques ingleses ondearan la cruz en la posición superior y los escoceses el aspa.

—Pero ¿por qué ondean a media asta las banderas cuando muere alguien?

—Al izar una bandera a media asta o, para ser precisos, no a la mitad del asta sino a una bandera de distancia del extremo superior, se deja espacio para la bandera invisible de la Muerte, la que vence a todos los hombres.

Creo que tanto Zafar como yo reflexionamos sobre la imagen durante unos momentos. Ahora lo veía de otro modo.

—¿Por qué —pregunté— se ondeaban después de que Jacobo I se coronara?

—Jacobo I de Inglaterra era también Jacobo VI de Escocia.

—Si, claro.

—De hecho, he dicho buques *británicos*, pero en realidad no existía ninguna Gran Bretaña de la que hablar. Dada la enemistad histórica entre

ingleses y escoceses. Jacobo se apartó de su senda para recurrir a los ingleses, casi literalmente. Cuando ahajó desde Escocia para asumir el trono en Londres, se fue deteniendo por las ciudades y pueblos a lo largo de Inglaterra, congraciándose con sus nuevos súbditos, Pero ahí está la gracia. Lo que se denominó la Unión de las Coronas no significó de hecho la unión de Escocia e Inglaterra. Todavía no existía Gran Bretaña. Para eso habría que esperar otros cien años. Jacobo era rey de dos estados soberanos separados. Déjame que te haga una pregunta: puestos a considerar a alguien inglés, seguro que tenemos un buen candidato a tal honor en el monarca de Inglaterra, ¿no?

—A no ser que sea alemán, como los Windsor.

—Ah. riéte lo que quieras, pero Jacobo también reinó sobre Irlanda. Mi pregunta es: ¿crees que es probable que un patriota británico actual considere a su reina británica o no?

—Lo he pillado.

—Y ahí tienes a Jacobo, rey de Inglaterra, rey de Irlanda y rey de Escocia. Era inglés, irlandés y escocés, y rey de estados soberanos separados. Así que cuando un patriota inglés pregunta si es posible ser británico y paquistaní, o británico y bangladesí, podría merecer la pena señalar que durante más de cien años, el monarca de Inglaterra tuvo más de una identidad nacional.

Permanecimos sentados en silencio durante un rato.

—¿Conoces la ilusión de Poggendorff? —preguntó mi amigo.

—No. Háblame de la ilusión de Poggendorff —dije, de repente animado al darme cuenta de inmediato, con una sensación familiar, de que Zafar quería jugar.

Sacó un bolígrafo, cogió una servilleta y dibujo una línea vertical recta antes de preguntarme si nos tomábamos otros cafés.

—Ya voy a pedirlos, además tenía que ir al lavabo de todos modos. Acaba el dibujo —

dije.

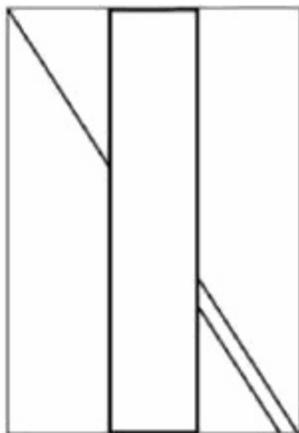
La grabadora es una forma de escucharte a ti mismo a hurtadillas. Es el equivalente de una puerta, un poco entreabierta, que deja que te escuches a ti mismo hablando en un tiempo pasado. Una de las sorpresas contenidas en las grabaciones son los detalles que pasé por alto la primera vez. Escuchando la grabación de aquella charla en el café, por ejemplo, me di cuenta de que con el pretexto de que quería más café, Zafar podría haber organizado

deliberadamente el que me fuera de la mesa para poder componer su dibujo sin descubrir las trampas del juego.

Volví del baño y, mientras volvía a acomodarme en la silla, mi amigo empujó hacia mi la servilleta de papel.

—¿Te divierte?

—Dame la gran ilusión, espero con el alma en vilo —dije.



—Eso está bien —dijo—. Ahora empecemos por la parte obvia, algo sobre lo que podemos convenir. Esta línea diagonal a la izquierda, ¿de cuál de las dos diagonales de la derecha es una extensión?

—De la de arriba —respondí.

—Claro que sí —dijo Zafar—. Ahora coge esta otra servilleta y alinéala con la primera para comprobar que tienes razón. Hazlo.

Tendría que haberlo visto venir. Al poner el borde de la servilleta doblada contra la diagonal de la esquina superior izquierda del dibujo, se hizo patente que esta línea se extendía hacia abajo no hacía la diagonal de arriba, como yo había dicho, sino hacia la de abajo.[19]

—Esta es la ilusión de Poggendorff —dijo Zafar—. Johann Poggendorff —prosiguió— era un físico alemán del siglo XIX. creador de varios dispositivos de medición. Tu padre seguramente lo conocerá. Hay incontables ilusiones de un tipo similar, posiblemente conocerás la de Müller-Lyer: dos líneas paralelas con flechas en las puntas, y las flechas de una de las líneas invertidas, ¿qué línea es la más larga?

—Ésa la conozco —dije.

—Pero es la ilusión de Poggendorff la que más me gusta porque me recuerda la distinción entre una razón para hacer algo y el beneficio imprevisto de hacerlo. Pero ya llegaré a eso. Tú dices que cuando sepamos cómo es el mundo de hecho, cuando lo veamos correctamente, podremos arreglar las cosas. Ahora que *sabes* cuál es la verdad aquí, permíteme que te pregunte una vez más: ¿cuál de estas dos diagonales de la derecha, la de arriba o la de abajo parece, y quiero decir *parece*, la extensión de la diagonal de la izquierda?

—La misma. No ha cambiado nada —respondí—. Parece igual que antes.

—Saber cómo son las cosas no hace que las veas correctamente, no impide que las sigas viendo incorrectamente. Mira fijamente la imagen todo el tiempo que quieras, será en vano. Nunca entregará la verdad, no a simple vista, tienes que ir equipado con una regla.

—Sí, sí —dije, un tanto a la defensiva, es un defecto cognitivo humano, todo el mundo tiene limitaciones y fallas, pero no podía evitar sentir que de algún modo había quedado en evidencia.

—¿Sabes cuál es el lema de Harvard? —preguntó.

—Ventas.

—¿Y el de Yale?

—No. no lo sé.

—*Lux et veritas*. Luz y verdad, Menuda distinción. Una luz que brilla no siempre revela la verdad de las cosas. Jan Evangelista Purkyne dijo: *Las ilusiones de los sentidos nos dicen la verdad sobre la percepción*.^[20] Así que la pregunta es —me interpeló—: ¿te fías de tus sentidos, de tu percepción del mundo?

—*Fiarse* es una palabra escurridiza —respondí—. Cuando te digo que me fio de alguien o de algo, pongamos de un periódico o de un político, me refiero a que su comportamiento se ajusta a mis expectativas de cómo se comportará.

—¿Te fías de tu propia percepción del mundo?

—Dejando a un lado ilusiones ópticas, creo que el modo en que se comporta el mundo tiende a ajustarse a mis expectativas de lo que ofrecerá.

—¿No estás poniendo el carro delante de los bueyes?

—¿Por qué?

—Para empezar, son tus percepciones las que forman tus expectativas. Luego utilizas percepciones posteriores para determinar si tus expectativas se han cumplido. ¿Qué pasaría si tus percepciones iniciales hicieran que te formarás expectativas descabelladas? ¿Y si tus propias percepciones están amañando el juego antes de que empiece?

—¿Vivimos todos en una *matrix* de ilusión, como en la película?

Yo buscaba una respuesta, pero él se limitó a sonreír.

—Tal vez —proseguí—, en ese caso sea mejor decir *creer que fiarse*. ¿No tenemos que creer en nuestras percepciones? —pregunté—. Alguna fe debemos tener, ¿qué alternativa hay?

—¿Tienes que creer en la evolución si rechazas el creacionismo?

—¿No se sigue lo uno de lo otro?, ¿qué alternativa hay?

—¿Por qué no abstenerse de las creencias?, ¿por qué debes tener una sea como sea?

—En algún sitio leí sobre una encuesta —dije— que mostraba que la mayoría de la gente que afirmaba creer en la evolución darwinista de hecho desconocía sus ideas básicas cuando se les interrogaba sobre ellas.

—Exactamente. Esa gente —dijo Zafar— ha rechazado el creacionismo y ha depositado su fe en ideas que ellos toman erróneamente por evolución darwinista. ¿No estarían mejor suspendiendo la creencia por completo en lugar de aferrándose a dioses falsos? Ni siquiera superarían tu prueba.

—¿Qué prueba?

—¿Para qué necesitan la evolución darwinista, es decir su noción deformada de la evolución, en sus vidas? ¿No has dicho que necesitabas creer a tus percepciones, que *necesitabas* creer en algo?

Aquel día, se me olvidó recordarle a Zafar que había dicho que explicaría por qué le gustaba la ilusión de Poggendorff más que las otras. Cuando hace poco investigué la ilusión, descubrí algo extraordinario, que, sospecho, era lo que él estaba pensando cuando miraba por las ventanas del café a la Union Jack que ondeaba por encima del British Museum.

Según cierta autoridad en la materia, la bandera nacional británica fue diseñada de modo que salvaba la trampa de la ilusión de Poggendorff. cuyo efecto ya era conocido incluso antes de que el físico alemán la formalizara. Ahí. alguien dice que tiene que ver con el ribeteado y otras normas de la heráldica, y tal vez a eso apuntaba Zafar cuando mencionó la distinción entre

una razón para hacer algo y un beneficio imprevisto de hacerlo. En cualquier caso, la ilusión óptica se reduce en la Union Jack desplazando la cruz de san Patricio ligeramente, de manera que cada radio del aspa pueda parecer al menos alineado con su radio opuesto al otro lado de la cruz de san Jorge, A lo largo de cada radio de la cruz de san Patricio sólo la mitad del ancho (no del largo] del radio aparece en la Union Jack.

La bandera resulta sorprendente por otra razón relacionada con lo dicho. Supongo que mucha gente pensará, como yo, que la bandera es simétrica alrededor de los ejes centrales, tanto el vertical como el horizontal: que la mitad superior es una imagen especular de la inferior, y la izquierda de la derecha. Lo cierto es que no es así. La carencia de una simetría reflexiva es visible en las esquinas de la bandera. En la esquina superior derecha, el aspa roja de san Patricio toca el borde septentrional de la bandera. Si ésta tuviera una simetría reflexiva alrededor del eje que va de izquierda a derecha por la mitad, entonces el brazo superior izquierdo del aspa roja de san Patricio también tocaría el borde de la bandera en su lado septentrional. Pero no es así; toca el borde occidental. (La única simetría que tiene la bandera es una simetría rotacional alrededor de su centro.)

Como he dicho. Zafar no mencionó ninguno de esos detalles sobre la Union Jack. Lo que hizo fue pasar, a su extraño estilo, a lo que quería tratar aquel día. Eso lo veo ahora con claridad.

—¿La amas?

—¿A Meena?

—¿A quién si no?

—No estoy seguro —dije.

—Claro que no. Pero eso no importa, ¿no?

—¿Qué quieres decir con que no la amo? Yo no he dicho eso, sólo he dicho que no estoy seguro.

—¿Importa?

—¿A qué te refieres?

—¿Importa que la ames o no la ames?

—Podría ayudar.

—Así que no la amas —dijo Zafar.

—Yo no he dicho eso.

Yo siempre había sospechado que Zafar podía ser cruel. Creo que sé por qué resultaba atractivo a las mujeres, Creo que sé cómo las atraía. Invadía sus espacios privados; hacía preguntas directas, preguntas que bordeaban lo inapropiado. Por ejemplo, le preguntó a Eva —la joven de Central Park— sobre su cabello. Eso de por sí habría asustado a las mujeres. Pero Zafar también era un manipulador, Invadía el espacio de una mujer, pero a la vez le transmitía —la ayudaba a creer— que estaba a salvo cuando lo hacía, Ahí estaba la sonrisa, pero también el simple hecho de plantear una pregunta. La interpelada tiene la ilusión de control al poder elegir la respuesta. Cuando empecé a pensar en Zafar de este modo, cuando comprendí cómo funcionaba su manipulación, bajó un peldaño en mi estima; ya no parecía tan encantador. A lo mejor él ni se daba cuenta de lo que hacía. A lo mejor era un hábito innato, Pero el hecho de que sea tan culto no lo hace menos manipulador. Es más, al pensar al respecto, me parece que Emily y él tenían eso en común: ambos eran muy manipuladores. Cada uno había aplicado sus habilidades en direcciones diferentes, eso estaba claro, pero fuese lo que fuera lo que Zafar hubiera pensado al final sobre por qué eran incompatibles, desde esta perspectiva —sus sendas capacidades para manipular— encajaban a la perfección.

—¿Sabes lo que dijo Erich Fromm del amor?

—¿Quién es Erich Fromm?

—Un filósofo y psicoanalista germano americano. Dijo que debemos abandonar la noción de que dado que el amor es una expresión de la mente, su presencia puede demostrarse mediante palabras. Esa idea se refuta cuando vemos que, lejos de ser una condición de la mente, el amor es una actividad, una forma de conducta.

—Interesante, pero ¿a qué viene eso ahora?

—Ella pasa mucho tiempo fuera, pero tú nunca la llamas.

—El matrimonio no es una transacción.

—Así que ella te llama, pero tú a ella no —dijo.

—¿Qué pasa aquí?

—Nada, te hago preguntas y te sientes incómodo. Relájate. Puedo parar —dijo Zafar.

Claro que podía parar y yo podía haberle parado. Lo oigo con claridad cuando escucho la grabación. Podía haber dicho: *Pues para*, pero no dije

nada. Cuesta admitirlo pero el potencial para la crueldad de Zafar siempre me atrajo, hasta atraparme. Ahí estaba Zafar, alojado en mi casa, comiendo mi comida, aprovechándose de mi hospitalidad. Quería decirle que yo era el triunfador. Pero la mezquina idea no resistía el menor análisis de la realidad: mi matrimonio era un desastre; mi hogar, este retiro, era territorio extranjero que sólo su llegada había hecho soportable. Y, cuando lo pienso ahora, incluso la inmensa casa era una mentira con fachada de estuco construida con ladrillos y mortero. Compré la casa, como había apuntado Zafar, antes de entrar en la empresa, antes de mi primer salario. He dependido de mi familia de tantas maneras que nunca podría librarme de la deuda. Solía pensar que esos eran los lazos que nos unían a lo largo de las generaciones.

Podría haberle dicho a Zafar que yo había hecho algo con mi vida, que todavía era joven y todavía me quedaba mucho por hacer, pero incluso entonces sabía lo huecas que sonaban esas palabras, lo improcedentes que eran. Acababan de echarme de la firma tras una votación de los socios, gente que yo había tenido por amigos; me habían despedido con un *email* que me preguntaba si disponía de un momento para una charla, despedido por asumir riesgos cuyas recompensas financiaron diez veces la educación de sus hijos; riesgos que ellos me animaron a tomar; riesgos que los reguladores y los banqueros centrales nos animaron a tomar; riesgos que los propietarios de viviendas y los gobiernos de todo el mundo nos animaron a tomar; riesgos que nadie sabía que acabarían así. ¿Quién habría pensado en el primer trimestre de 2008 que Lehman Brothers se desmoronaría antes de que terminara el año? ¿Quién *de hecho pensaba* que los mercados se sumirían en la peor crisis desde la Gran Depresión? Ninguno de los despistados expertos de Wall Street. Yo no soy uno de ellos, pero trabajaba con ellos, los contrataba y los respetaba. Son gente inteligente, muy inteligente. Ahí tenían su oportunidad de oro para ganar un dineral apostando contra el mercado: eso es lo que puedes hacer, apostar contra el mercado y, si pensaban que éste se hundiría, entonces habrían sido los primeros en apostar contra él.

Por descontado, había disidentes aquí y allá que ya apostaban contra el mercado inmobiliario cuando todo empezó. Pero nunca te daban razones convincentes para justificar su decisión. Podían haber dicho que el mercado de la vivienda se encaminaba hacia el desastre, pero nada de lo que decían, por entonces, dado lo que sabíamos, por entonces, dado lo que el mercado

manifestaba, por entonces, ninguna de sus razones, por entonces, nada de lo que decían fue jamás más merecedor de nuestra confianza, de la mía. que lo que todos los demás —la mayoría aplastante— estaban diciendo. ¿Qué haces cuando todo el mundo cree que las cosas van bien salvo unos pocos que, además, no son más convincentes que los demás?

Y aquí estaba Zafar, abriendo las heridas, un amigo que viene a por mí por la espalda. ¿Quién se creía que era?

—¿Te acuerdas de lo que dijiste hace unos años en Nueva York? Las finanzas son una meritocracia, dijiste, y eso te gustaba de ellas.

—Me acuerdo —dije.

—Y bien ¿lo eran?

—Sí, en general, sí —dije. El *eran* me escoció.

—¿Y a ti por qué te importaba eso? Prénsatelo un poco. Tengo que ir al lavabo. No puedo posponerlo más.

Era una pregunta pertinente. Después de todo, por entonces, yo no podría haber asegurado que era probable que destacara en una meritocracia. Las pruebas seguramente apuntaban en sentido contrario: sólo había sacado unas calificaciones poco más que mediocres en Oxford y pude seguir el curso de posgrado porque no dependía de una beca ni de una ayuda pública para investigación. Sospecho que la magnitud de la autofinanciación en la educación universitaria, por entonces y, hasta donde sé, incluso ahora, no es un dato muy conocido, pero ahí está; los que están al tanto, los estudiantes de pago y la universidad anfitriona, no tienen muchos incentivos que se diga para darle publicidad al hecho. Y en cuanto a los que no pueden seguir porque no pueden pagárselo, desaparecen por completo. Pero así es el mundo y no me parece que sirva de gran cosa resistirse, sobre todo cuando nadie más parece hacerlo.

Mientras esperaba a Zafar, se me ocurrió la absurda idea de que él se había evaporado. Que mientras yo miraba por el ventanal, se había escabullido por la puerta y simplemente había desaparecido.

Escuché a las dos jóvenes sentadas en una mesa contigua.

—Mis amigos creen que estoy loca —decía una—. Siempre dicen: Cheryl, estás loca, vaya si lo estás. Pero a mi me parece bien, ¿sabes? Es como si tuvieras que ser un poco alocada para no volverte lo ca de verdad.

—La mayonesa no es más que crema de ensalada pija, ¿no?

—Supongo que sí —replicó la primera.

—Es americana, ¿no?

—No, me parece que es francesa.

—Sí. pero entonces ¿por qué los americanos dicen «no te pases con la mayo»?

—¿En la tele?

—Sí.

—A los americanos les gustan los rollos franceses.

—A ti te gusta, ¿no?

—No es muy grasienta.

—¿Te refieres a la crema de ensalada?

—Es más grasienta que la mayo.

—¿Qué es el pastrami?

En otra mesa, un joven americano hablaba de su clase de yoga, Se quejaba a su amigo: Era como si alguien en la sala estuviera dejándome sin energía verde.

—Así que ¿por qué —preguntó Zafar cuando hubo regresado— te importaba la meritocracia por entonces? No es que sufieras porque el mundo no hubiera reconocido tus méritos.

—Espero que tú me lo expliques.

—Creo que es más difícil para gente como tú. Vosotros hacéis unas pocas llamadas pertinentes y pasan cosas, mientras que la gente normal, como yo —dijo, lanzándome una sonrisa—, la gente corriente, se ha criado sabiendo muy bien que el mundo es injusto. Nosotros no esperamos que sea distinto, y estamos tan machacados por la injusticia que ni siquiera esperamos nada mejor. El mundo es, y no pretendo utilizar tus propias palabras contra ti, ¿o eran mis palabras?, tanto da, para la mayoría de nosotros, el mundo es el que es. Vosotros, chicos, sois los idealistas.

—Las finanzas —dije— son en líneas generales una meritocracia, y eso es bueno. No puedes echarme en cara el querer formar parte de ese mundo, Después de todo, tú también sacaste algo de él, ¿no?

—Pero a ti en realidad no te atraían las finanzas por lo que eran sino por lo que no eran.

—Va estamos —dije. Creo que debí de alzar los ojos al techo.

—Las finanzas no tienen que ver con las relaciones personales, ni con a quién conoces sino con qué conoces, no es como el mundo de tu abuelo, con acuerdos secretos en campos de golf y en clubes de campo, sobornos y cuentas bancarias en Suiza.

—Tú no le conoces.

—No tengo nada que proteger mintiéndome a mi mismo.

Creo que Zafar se equivocaba, pero lo irónico era que yo también deseaba que hubiera estado en lo cierto. La verdad es que mi propio y temprano éxito en las finanzas sí le debía algo a relaciones, relaciones que ahora se han suelto en mi contra.

—¿Adonde quieres llegar? —pregunté.

—Podrías haber intentado seguir una carrera académica, pero, ¿y si fracasabas? O, peor aún, ¿y si acababas con un puesto de profesor de segunda en una universidad de segunda perdida por ahí? ¿Qué habría pensado tu padre? ¿O una Universidad de la Ivy League o no merece la pena la molestia? Bien, las finanzas, por otro lado, eran más seguras. Al menos no podrían compararte con tu padre ni con tu abuelo.

—O a lo mejor, simplemente sabía lo que quería —repliqué.

La conversación que estábamos manteniendo no parecía la de dos amigos que intentan aclarar algo. No tenía nada del afecto y la confianza de las charlas durante nuestros paseos por tantos lugares de hacía muchos años. Lo que la movía era un impulso serio, impaciente, por llegar a la raíz de las cosas, prescindiendo de los signos de la amistad. Más de una vez, él me había preguntado *¿Ya ti por qué te importa?*, una pregunta maliciosa que a él le encantaba hacer. Pero esta vez ninguna sonrisa la acompañaba, ninguna complicidad tácita. En el mejor de los casos, sus comentarios y preguntas parecían impertinentes; no nos habíamos visto desde hacía años. Uno de aquellos artículos que enviaba mi padre hablaba de unos estudios que mostraban que, aunque cada persona cree que ella misma ha cambiado enormemente en el transcurso del tiempo, aquellos que tiene cerca normalmente piensan que ha cambiado muy poco. ¿Se trataba de eso?, ¿creía él que me conocía porque creía que la gente no cambiaba?

—¿Consideras inferior a Meena?

La pregunta me pilló desprevenido, pero ése era el estilo de Zafar.

—Tú crees que sí.

—No quieres tener hijos con *ella*, ¿no es así?

—Por favor, Zafar.

—La clase no es algo que puedes mirar, no es algo material que tienes alrededor. Eres tú, son los ojos con los que ves el mundo. Y para verte los ojos tienes que mirarte en el espejo. ¿Sabes lo que dijo Bertrand Russell de las matemáticas?

—Imagino que diría muchas cosas de las matemáticas.

—¿De por qué le gustaban?

—No, pero apuesto a que vas a decírmelo —dije, un poco molesto por el tono didáctico del que se toma demasiadas confianzas.

—¿Cien libras?

—Dímelo.

—Russell dijo que le gustaban las matemáticas porque no eran humanas y no tenían nada que ver con este planeta ni con el universo accidental entero, porque, como el Dios de Spinoza, no nos amarán a su vez.

—Puede que sea cierto, pero ¿a qué viene ahora?

—Sabes que Russell era filósofo y matemático, pero también era nieto de un primer ministro y, de hecho, él mismo era conde. No puedes encontrar nada más alejado de esos antecedentes familiares que las matemáticas.

—Pero siempre ha habido aristócratas en la especialidad.

—Sí, los ha habido, en el único campo donde la alcurnia, la posición y la autoridad no importan nada. Quién seas o dejes de ser no cuenta en absoluto. En 1900, en el segundo Congreso Internacional de Matemáticos que se celebró en París, David Hilbert dio el discurso de apertura y planteó sus famosos diez problemas, diez proposiciones matemáticas que estaban por demostrar. Hilbert, como no me cabe duda de que ya sabes, era la principal figura de las matemáticas de su tiempo, un hombre con una inmensa autoridad y una intuición matemática sin igual. Uno de los problemas consistía en demostrar la consistencia de la aritmética, y Hilbert creía que faltaba muy poco para conseguir la demostración.^[21] Pero durante los treinta años que siguieron al desafío de Hilbert, un joven llamado Kurt Gödel, en los inicios mismos de su carrera, un hombre sin ningún historial ni logro, ni, menos aún, nada comparable a los de Hilbert. demostró que el gran maestro se equivocaba y que no podía demostrarse que las matemáticas fueran consistentes. Punto y final. A las matemáticas no les importa la autoridad, no les importa quién seas,

ni de dónde seas, ni de qué color tienes los ojos, ni con quién cenas.

La conversación de Zafar aquel día pareció deambular sin ton ni son, pero, al volver a pensar en ella, veo dos hilos que se van uniendo: la imposibilidad de corregir la percepción errónea de las ilusiones ópticas y la cuestión de la autoridad en las verdades, En sus cuadernos está esta nota: *Para captar aunque sólo sea un fugaz atisbo del mundo, tenemos que romper nuestra asunción familiar del mismo. ¿Un objetivo como ése está al alcance de nuestra capacidad, de la mía?*

Mis padres nacieron en Pakistán Occidental, una de las mitades de un estado improbable establecido en la partición de India en 1947, en medio de la precipitada retirada del Raj británico. Pakistán consistía de dos regiones separadas por sólo mil doscientas millas, la anchura de la India moderna. Pakistán Oriental se convertiría en Bangladés, donde nació Zafar. Eran, según su descripción, dos ruedas que no estaban conectadas por un eje, dos ruedas que estaban destinadas, y no sólo visto a toro pasado, a ir cada una por su lado. Los pueblos no compartían idioma, no comían lo mismo, ni siquiera compartían las mismas actitudes frente a la religión.

En 1971, Pakistán Occidental intentó aplastar lo que consideró una rebelión en el Oriental. Mi padre y mi madre, que por entonces acababan de llegar a Estados Unidos, se oponían al militarismo de la junta de Pakistán Occidental e hicieron saber lo que pensaban a sus colegas de Princeton y más allá.

Todo esto se sabía antes de que yo fuera a Oxford. En cierto momento, yo empecé a preguntar y mi padre respondió, al principio sólo con un goteo de información. Cuando volví con más preguntas, mi madre y él hablaron del tema largamente, incluso cuando, debo decirlo, recordar aquellos tiempos les causaba una visible incomodidad.

Mi padre le preguntó una vez a Zafar dónde había nacido. Era avanzada la primavera del último año de Zafar en Oxford, y los dos estábamos invitados a cenar en casa de mis padres. Tal como la recuerdo, la noche era excepcionalmente cálida así que nos sentamos en el jardín, aunque cada pocos minutos, mi madre preguntaba si no estaríamos mejor dentro.

A esas alturas, los años en que mis padres le daban la espalda a Pakistán hacía mucho que habían pasado. Las charlas sobre el país y lo que sucedía allí habían vuelto a casa. Cuando mi padre le preguntó a Zafar en qué parte de

Bangladés había nacido, vi que el pasado, el pasado de Pakistán y el suyo propio, no estaban tan distantes, porque me sorprendió que mi padre nunca hasta ese momento le hubiera planteado a Zafar algo que no dejaba de ser una pregunta obvia y natural, sobre todo entre sudasiáticos. Yo había sido estúpidamente torpe al respecto. La guerra de 1971 y el holocausto que perpetró Pakistán Occidental en Pakistán Oriental, su propia crítica a su tierra natal, el ostracismo y, más tarde, la desafección de mis padres: todo eso formaba parte de una historia de sufrimiento personal que mi padre llevaba consigo.

Yo no había conectado antes los puntos con líneas, pero cuando me planteé en aquel momento el afecto que mi padre sentía por Zafar, mi amigo nacido en Bangladés, pude remontar la calidez de los sentimientos a su primer encuentro, y vi que la actitud de mi padre siempre había tenido un elemento de esperanza.

—Nací en el noreste, en Sylhet —respondió mi amigo.

—Conozco Sylhet —dijo mi padre.

—Tu abuelo —dijo mi madre dirigiéndome el comentario—, estuvo destinado brevemente allí en 1943, cuando el Raj empezaba a declinar. Creo que era una escala para las campañas británicas en el sudeste de Asia —añadió—, Sylhet formaba parte de Assam por entonces, creo —dijo, volviéndose hacia Zafar y mi padre en busca de confirmación.

—Así era —dijo mi amigo—, A decir verdad, en 1947, a dos partes de la India británica se les permitió realizar referendums para decidir si querían unirse o no a Pakistán. Una fue la Provincia de la Frontera del Noroeste, cuya mayoría pastún prefirió dejar su suerte en manos de Pakistán antes que en las del vecino Afganistán, La otra fue Sylhet, que se separó de Assam después de que la población optara por unirse al ala oriental de Pakistán. Pero el referéndum no fue una victoria aplastante para la entrada en Pakistán; de hecho, la parte de Sylhet donde yo nací votó contra la unión con Pakistán y por permanecer en Assam y, por tanto, en India.

—Eso no lo sabía —dijo mi padre.

—Las lealtades estaban muy repartidas, pero de algún modo eso quedó disimulado en los resultados.

—No debió de ser de mucha ayuda para la gente de la región en 1971 —dijo mi padre.

—¿Cuando se separó Pakistán Oriental? —pregunté, ansioso por entrar en

la conversación.

—Si —dijo mi padre.

—No, diría que no ayudó —dijo mi amigo.

A lo largo de la velada hablamos sobre el sur de Asia, acerca de su agitada historia, sobre el servicio de mi abuelo con los británicos durante la Segunda Guerra Mundial y sobre la guerra de Liberación de Bangladés de 1971, lo que nos llevó a la guerra indo—paquistaní de finales de aquel año.

Mi padre explicó que en 1971 él era crítico con la represión militar que ejerció Pakistán Occidental en Pakistán Oriental. Aunque él no tenía nada de que disculparse, había una nota de remordimiento en su voz.

Durante los primeros meses de la guerra, explicó, escribió una carta a *The New York Times* —por entonces vivíamos en Princeton— condenando la agresión de Pakistán Occidental. Y he de reconocerle a *The Times* que la publicara. Aunque, ¿por qué, prosiguió, iba a molestarle a los editores? Después de todo, se trataba de una guerra en tierras remotas de la que seguramente nada sabían y les preocupaba aún menos. Eran cuellos británicos, no americanos, los que cargaban con la cadena de la culpa colonial, y América no tenía nada que ver con Pakistán.

—Pero la verdad no era exactamente así, como sabemos ahora —dijo mi padre—. En 1971, mientras la matanza estaba en pleno apogeo, Pakistán era un canal para negociaciones secretas con China. En julio, Kissinger se desvió a China en total secreto mientras se hallaba de visita en Pakistán para despejar el camino a la visita de Nixon. Los americanos, ya ves, dependían de Pakistán como intermediario, incluso durante la fase más brutal de la matanza.

Todos le escuchábamos en silencio.

—La mañana del 25 de marzo de 1971, siguiendo los planes trazados en cinco hojas de papel por dos mayores en dos días, el ejército lanzó la Operación Searchlight. Tal vez Zafar la conoce —dijo mi padre.

Pero Zafar no dijo nada. Ni siquiera esto; seguro de que mi padre esperara una respuesta. Mi padre hablaba como si hablar fuera necesario, y tal vez Zafar lo había entendido así. Me pregunté cuánto sabría ya mi amigo de esos acontecimientos. Yo mismo ignoraba mucho de Pakistán, Aquel día me dije que dedicaría un tiempo a ponerle remedio, pero los años fueron pasando y nunca lo hice. Me había hecho ya la misma promesa antes, pero nunca la cumplí. Sólo ahora, impulsado por la vuelta de Zafar y las circunstancias de

mi trabajo y mi matrimonio, por no mencionar el renovado interés del mundo por la región, he vuelto al pasado y he dedicado tiempo a descubrir más cosas.

—Según la Operación Searchlight —prosiguió mi padre—, todo hindú y cualquier elemento opositor potencial en Daca tenían que ser asesinados. Se persiguió sistemáticamente a periodistas y abogados. Se asesinó a médicos e ingenieros, así como a profesores y a otros profesionales.

—Tú te manifestaste contra eso, ¿no? —intervine.

—Y muchos otros también. Había diplomáticos americanos que querían que su gobierno condenara a Pakistán, pero Nixon estaba metido en los juegos de la Guerra Fría.

—Debió de ser muy difícil para usted, formando parte de la comunidad paquistaní — dijo Zafar.

—Ahora todo ha pasado, pero sí, fue difícil por entonces, le temo que los paquistaníes nos rehuían en Princeton y Nueva York.

—Recibimos cartas con amenazas —dijo mi madre—, Pero —prosiguió— tu padre sabía que tenía que decir lo que pensaba.

Mi padre nos sirvió un poco más de té. El aire del jardín estaba totalmente en calma.

—Cuando India intervino en diciembre, me sentí aliviado. Por descontado, me daban pena mis compatriotas, pena los pobres soldados que, como siempre, libraban guerras para líderes imbéciles, pero creía que con la intervención todo acabaría pronto, y así fue, y que Pakistán emergería de todo, de su propio juicio moral, como una nación más sensata y menos beligerante, Era idealismo ingenuo.

Mi padre se interrumpió ahí y se echó un poco de leche en el té. Los demás permanecíamos en silencio.

—Pero, bien lo sabéis, ya dos días antes de la rendición definitiva, cuando Pakistán ya no tenía la menor esperanza de victoria, el ejército llevó a cabo una última operación en Daca, fueron a por cuantos intelectuales pudieron atrapar y los asesinaron.

Por la leve inclinación hacia él, sabías que, bajo la mesa, mi madre había cogido la mano de mi padre.

—Bueno, la guerra acabó —prosiguió mi padre—, pero los problemas de Pakistán pervivirían de un modo u otro. En cuanto a Bangladés, con tres millones de muertos, cientos de miles de mujeres violadas y una generación

entera de sus profesionales, sus ingenieros, sus médicos, sus pensadores y sus personas más dinámicas exterminadas, el pobre país se tambaleaba sobre sus pies infantiles.

—Las cifras varían —dijo Zafar.

—¿Cómo —preguntó mi padre— dice esa expresión? La verdad es víctima de la guerra, masacrada tanto por vencedores como por vencidos. Sé que discutirán hasta que las ranas críen pelo sobre las cifras, pero las estimaciones no varían tanto como para alterar la magnitud del horror.

En la quietud, volví a fijarme en el jardín. Primavera avanzada en Oxford, las primeras fragancias de flores, el sonido del arroyo y lo que hablaban Zafar y mi padre, todo parecía pertenecer a otro tiempo, a otro lugar. Por entonces, ni que decir tiene, yo no sabía nada de los orígenes de Zafar. Cuando recuerdo aquella velada, me inquieta un tanto lo que ahora veo como una enorme contención por su parte, La charla debía de poner el dedo en la llaga y aun así él apenas habló. Ahora me parece que la conversación de Zafar tendía a adoptar un tono académico cuando rozaba algo que para él tuviera una carga emocional, a modo, tal vez, de mecanismo de defensa. Si es que eso no es una explicación demasiado superficial.

—No he leído mucho sobre ese periodo —dijo Zafar—, pero una cosa que me sorprendió cuando leí sobre la intervención de India es que el alto mando militar lo componía un grupo de gente extraordinariamente diversa.

—¿Te refieres a Manekshaw y los demás? —preguntó mi padre.

—¿Quién era Manekshaw? —pregunté.

—Sam Manekshaw era el jefe del ejército —respondió mi madre—. Era un parsi, descendiente de iraníes zoroástricos que emigraron a India hada mucho. Y estaba Jacob, claro. Te referías también a Jacob, ¿no? —preguntó mirando a Zafar.

Mi amigo asintió.

—Jacob era un judío indio, cuya familia procedía de Irak —dijo mi madre—. Era el segundo en la jerarquía de las fuerzas indias en el este. Y estaba Jagjit Singh Aurora, un sij, que aceptó el acta de rendición paquistaní. Sí, la cúpula del ejército indio era una pandilla bastante diversa.

—Yo no me dejaría engañar por esa diversidad —dijo mi padre dirigiéndose a Zafar.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—En realidad, todos eran iguales, hindúes, judíos, sijs, zoroástricos. Todos habían sido educados en las mismas academias militares fundadas por los británicos, ¿no?

—Mi padre también estudió con ellos, con los indios —dijo mi madre—. Antes de que se fueran los británicos.

—De hecho —prosiguió mi padre—, hay una carta fascinante que no podéis dejar de leer, una que le envió un oficial paquistaní a su colega indio en vísperas de una batalla. Los paquistaníes están asediados, han sufrido enormes bajas y su causa está perdida, pero, a pesar de eso, el oficial paquistaní provoca al oficial indio para que se lance al ataque. El lenguaje es soberbio. Está escrita en inglés, claro, puro inglés de un rajput Victoriano. Le escribe al oficial indio como si ambos hubieran asistido a la misma escuela privada.^[22] Ambos pertenecen al mismo grupo social. He oído tu comentario antes y, si no te molesta que lo diga, Zafar, todo el mundo le concede mucha importancia a esta diversidad en el ejército indio, porque lo que hace es centrarse demasiado en la religión y la raza, y no ve la realidad que es que estos oficiales proceden de la misma clase social. Buen Dios, todos los generales, incluso los paquistaníes, fueron a las academias militares juntos, bajo los británicos. En el sentido que más importa de todos, no eran ni remotamente diversos.

Algunos de los generales indios y paquistaníes habían luchado previamente codo con codo en la Segunda Guerra Mundial. Manekshaw luchó junto a esos temibles gurkas, los que ahora forman parte del ejército británico.

—Manekshaw —intervino mi madre— decía que un soldado que afirma que no teme morir es un mentiroso o un gurka. En cualquier caso, todo esto se acabará sabiendo —concluyó mi madre—. Sólo hace dos décadas que terminó la guerra, pero todo se sabrá, incluido el papel que desempeñó América. Tienen una norma de treinta años, ¿no?, me refiero a que sus documentos oficiales se hacen públicos a los treinta años, ¿no?

Miró a su alrededor buscando confirmación, pero nadie parecía saberlo.

—Bien —prosiguió—, los tejemanejes americanos en Pakistán saldrán a la luz en 2001 y 2002 y entonces se harán las preguntas pertinentes. En estos tiempos nadie necesita a Pakistán como intermediario de nada.

9

LA DOMA Y EL DON DE GENTES

Mi mujer y yo conocíamos al capitán Ashburnham y a su esposa tan bien como es posible conocer a alguien, y aun así. en otro sentido, no sabíamos nada en absoluto de ellos, Ésta es, creo, una situación sólo posible con ingleses, de los que, hasta el día de hoy, cuando intento dilucidar lo que sé de este triste asunto, no sé nada. Hace seis meses nunca había estado en Inglaterra y, ciertamente, nunca había sondeado las profundidades de un corazón inglés. Sólo había conocido la superficie.

—FORD MADDOX FORD.

El buen soldado

Cualquiera así obligado a comportarse continuamente conforme a preceptos que no son expresión de sus inclinaciones instintivas, vive, psicológicamente hablando, por encima de sus posibilidades, y puede describirse objetivamente como hipócrita, tanto si él es consciente de la incongruencia como si no.

—SIGMUND FREUD,

«Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte»

A veces las personas llevan con tal perfección la máscara que han asumido que, a su debido tiempo, acaban convirtiéndose en la persona

que parecen.

—W. SOMERSET MAUGHAM,
La luna y seis peniques

La conversación aquel día en el salón de la casa de Penelope Hampton-Wyvern se alargó. Lo que no es lo mismo que decir que se hizo interminable, más bien lo contrario, cuando pienso en cuánto *sentimiento* comunicó, me asombra que cupiera en apenas dos horas. Tal vez las élites se muevan a un compás diferente.

Cuando Emily volvió a la sala después de su llamada telefónica, dijo:

—Madre, querida. Zafar ganó la beca Patrick Hastings.

Me sorprendió el visible placer de Emily. Cuando la informé la semana anterior de que me habían concedido la beca, una beca que ella también había solicitado, se había quedado blanca. No me había felicitado, se había marchado sin decir palabra y a lo largo de la semana siguiente ponía mala cara cuando veía mi nombre en los anuncios de las últimas páginas del *The Times*, cerca del crucigrama. Por entonces había pensado que qué podía envidiar ella. Era una mujer que había disfrutado de todas las ventajas de la vida, que había nacido rica y privilegiada, había asistido a las mejores escuelas del mundo, una dama alta y esbelta que poseía la suficiente belleza y el encanto sereno y confiado de las mujeres de clase alta. A su lado, las demás parecían chillonas.

Pero mi opinión cambió. Creo que a ojos de Emily, los logros de los que se sentía más orgullosa estaban mancillados por el mismo favoritismo social que despejó su camino hacia ellos, un nepotismo y un favoritismo que daban con una mano y quitaban con la otra. La consideración a la que se creía con derecho, por virtud de su talento, estaba así siempre viciada, bien porque los demás sólo veían los privilegios y las puertas abiertas que la ayudaban a alcanzar el éxito, o bien porque, incluso si los demás no conocían esos vínculos, ella sí.

Emily buscaba la absolución y encontró en mi un confesor, alguien ajeno a su mundo al que declarar la verdad de su tramposa ventaja, renegando de la mentira sin renunciar a sus ventajas, Me contó, por ejemplo, que del comité que le había concedido una beca para Harvard formaba parte un amigo de la familia. Me enteré por ella misma de que el abogado encargado de la decisión

sobre su admisión a un bufete, un hombre que por entonces buscaba su promoción al prestigioso rango de *Queen's Counsel*. una posición que implicaba enormes honorarios, contaba con una recomendación por escrito del padre de Emily. ¿Creía ella necesaria su confesión?, ¿la conciencia la empujaba a desvelar el conflicto profesional (incluso al precio de revelar la indiscreción de su padre al decirle *a ella* que estaba escribiendo una carta encomiando a su jefe)? ¿Se sentía obligada a presentar a la Emily que despreciaba para que la mejor Emily pudiera ser amada?, ¿amada por mí?

Sentada ante la mirada del triple espejo de su tocador, Emily Hampton-Wyvern, la imagino ahora, se veía como tres Emilys: una que anhelaba ser amada, respetada y admirada por su hipotético yo; otra, una Emily menos reflexiva, que aprovechaba todas las ventajas que se le daban y tomaba otras que no; y una tercera Emily. una que me produce escalofríos cuando pienso en ella, una cuya existencia hasta ella misma sólo podía reconocer oblicuamente, una capaz de una crueldad más oscura de la que tú y yo podemos imaginar.

Es posible que aquella tarde, un ataque de virtuosa indignación fuera motivación suficiente para que Emily publicitase el éxito de su nuevo novio, un éxito limpio y ganado con esfuerzo. Tal vez mi éxito podría haber redimido el suyo, por asociación. Sin embargo, había algo más en juego. A Emily la movía un impulso visceral contra su madre. Sé que acusamos a nuestros padres de crímenes deleznable mucho antes de verlos como seres humanos con sus defectos. Y, por supuesto, es más fácil recurrir al sentido común, la mayor parte del cual, además, no es más que un préstamo, para pedir cuentas de las vidas de otros que aplicarlo a la medida de la de uno mismo. Pero creo que Emily le echaba la culpa de todo a su madre porque la consideraba responsable del divorcio de su padre, de manera que todo en su progenitora provocaba su ira. Los privilegios que le arrebatában a Emily el disfrute tranquilo de su éxito, aunque le despejaban el camino para conseguirlo, al fin y al cabo los recibía por nacimiento, y la mujer que llamaba «madre» era incuestionablemente la responsable.

—Eso me han dicho —dijo la señora Hampton-Wyvern—. ¿Sabía que el padre de Emily consiguió el galardón? Hace bastantes años, claro.

—No, no lo sabía —dije mirando a Emily.

—Felicitaciones —dijo la señora Hampton-Wyvern—. ¿No deberíamos descorchar una botella de champán?

—En absoluto, estas cosas tienen mucho de azaroso —respondí.

—¿Cree que cinco jueces del Tribunal de Apelaciones tomarían decisiones al azar?

La señora Hampton-Wyvern, pensé, estaba muy al tanto va de la noticia, en realidad, sabía más de lo que yo le había contado a Emily. Por otro lado, tal vez la beca se concedía en los tiempos de su marido siguiendo el mismo sistema que en los míos. La abogacía inglesa no es precisamente famosa por cambiar rápido.

—Tal vez sus señorías se sintieron presionadas para que repartieran estos premios un poco más —respondí.

Ella pretendía halagarme y creo. visto desde hoy—, que yo debía de haber sido un poco más cortés.

—¿Qué demonios pretende decir con eso? —preguntó.

—Madre, precisamente tú eres la que menos puedes negar que esos honores siempre los reciben los mismos —dijo Emily.

—Pues lo niego, Los reciben quienes los merecen.

—Son para los que tienen buenos contactos —dijo Emily.

—Eso sencillamente no es verdad, dado que a Zafar se le ha concedido uno —respondió su madre.

—¿No se trata de eso? —dijo Emily—, Las cosas están cambiando, ¿Cuántos estudiantes dignos de merecerlo puede haber en Kensington?

Ahí aparecían las cualidades de la delicada defensora de los humillados, de los oprimidos. No sólo los estudiantes dignos de la beca de fuera de Kensington sino también las razas negras, pensé, o los pobres o incluso los del Tercer Mundo pueden tener un reconocimiento.

—Gran Bretaña no puede seguir protegiendo a los privilegiados —remató Emily.

Entonces empecé a captar la complejidad de su relación con los privilegios, su hostilidad hacia ellos no meramente desde el punto de vista intelectual, una hostilidad que ni siquiera era una reacción puramente emocional contra la injusticia sino una fuerza que se iba acumulando en las profundidades de la rebeldía.

Tardó seis meses en imitarme a acompañarla a una fiesta. Seis meses de excusas mientras ella iba por su cuenta. ¿Qué?, ¿pensaba ella que yo no lo

sabía? Nunca me contó nada, pero tampoco le hacía falta: al día siguiente yo descubriría un vestido de fiesta colgado de una silla, un par de zapatos de tacón alto delante del ropero, tirados, esperando a la señora de la limpieza que venía semanalmente y, en su tocador, lápiz de labios destapado. ¿Se considera fisgonear el que no buscara signos pero no pudiera evitar verlos? Soy un buscador de pautas, y las rupturas de las pautas llaman a gritos la atención.

Así que ¿qué hacíamos? Podríamos haber ido a ver una película o una obra de teatro o salir a comer. Sobre todo nos quedábamos en el dormitorio. O nos sentábamos en el salón, donde ella trabajaba mientras yo leía. íbamos a cenar a casa de su madre todas las semanas. Yo organicé comidas con algunos de mis conocidos, pero cuando ella se disculpó dos veces en el último momento y en una tercera ocasión ni se presentó, dejé de hacerlo. Hacíamos cosas juntos, pero nunca con otros.

Tal vez ella temía lo que nos esperaba por delante. Cuando llegó el día, las palabras surgieron como una sugerencia informal, murmurada mientras tenía la cara oculta tras la puerta abierta de la nevera, como si algo de lo que hubiera dentro le hubiera hecho recordar: *Fiona da una fiesta. ¿Te gustaría venir?*

Lo que debería haber respondido era: ¿Quién coño es Fiona? ¿Y cómo puedes preguntármelo tan tranquilamente, dejar caer así una imitación después de seis meses de evitar llevarme a ningún sitio?

Pero ¿qué otra cosa podía hacer más que aceptar dócilmente? Solía pensar que estaba otorgándole el beneficio de la duda, cuando en realidad no tenía nada que otorgar. Mi inseguridad había destruido la certidumbre que yo debía haber tenido en que estaba a la vista.

Vamos, dije.

Antes de la fiesta, imaginaba que habría corrido el rumor de que Emily salía con alguien, pero no era así, en absoluto. Ninguno de sus colegas parecía saber nada. ¿O sí?, ¿habían captado algún vago rumor?, ¿pensaban, dado que sólo se trataba de rumores y nunca se había confirmado nada, que la relación no iba en serio? *Tal vez es sólo un capricho pasajero, un ligue exótico, un poco agreste si quieres (en eso, ninguna sorpresa: de tal palo tal astilla, por la rama femenina). Después de todo, hasta ahora no lo ha exhibido por ahí, ¿verdad que no?*

Fiona celebraba la fiesta en un salón privado de un restaurante al lado de Sloane Square. Desde las puertas hasta la azotea, corrientes de aire frío

suavizaban las densas ráfagas de perfume y humo de cigarrillo. Bebían cócteles Bellinis mientras los camareros del servicio se movían de puntillas entre ellos, atreviéndose a interrumpirles con canapés y las jóvenes damas arrugaban la nariz. Bueno, ¿y eso qué es?, exclamó Gemma. Un índice apenas estirado pareció alargarse para que se llevaran la comida. Gemma trabajaba en relaciones públicas y conocía a Fiona de la escuela Wycombe Abbey. Llevaba vaqueros y un anillo de compromiso con una piedra del tamaño de un pequeño estado africano, y vivía en una casa que acababa de comprarse en Fulham, *al doblar la esquina de la Brasserie Émile*, dijo, mirándome para ver si reconocía el local. ¿Me estaba poniendo a prueba? *Oh*, sí. mentí.

Allí todo iba de redes de relaciones, aunque ellos nunca lo hubieran admitido. Como simios que bajaran al claro del bosque y se esmeraran acicalándose unos a otros, atestaban las fiestas y las cenas, las inauguraciones de exposiciones y los estrenos. Nunca pude sentirme a gusto ni parte de aquello.

Oí una voz masculina segura de sí que decía: quiero presentarte a mi amigo Richard Pembridge del Foreign Office. Está en la embajada en D.C.. pero creo que se va a hacer cargo de una embajada propia. Algún destino difícil en Asia. Pakistán o Bangladés, creo. Miré y vi a un joven, alto y apuesto, que hablaba con Emily. El pelo rubio despeinado le subía y bajaba en ondulaciones por delante de la frente, ondeando imaginariamente sobre sus cejas. El coqueteo era evidente: el pecho ancho y la barbilla robusta echados hacia delante, las manos abiertas, los brazos desplegados en gesto exagerado para que la bestia pareciera más grande, sin tapar el cuerpo en ningún momento, las miradas interrumpidas reanudadas de nuevo y la continua y rítmica sonrisa. El sutil juego de gestos para señalar la familiaridad de saberse pertenecientes al mismo grupo exclusivo; y, por debajo, el impulso del cortejo sexual.

Y pensar que al principio yo me imaginaba presumiendo de *ella*. Fantaseaba mientras iba sentado en el autobús a cualquier parte, soñaba con que asistía a cenas con ella. ¿Conoces a mi novia?, diría. ¿Cómo que estoy bromeando?, ¿conoces a mi esposa? Eso era lo que decía. Y contemplaba cómo la relación aumentaba mi valía a ojos de hombres y mujeres. Me veía hinchándome como un pavo delante de ellos. Con lo que no contaba era con que mi nuevo entorno lo formaría gente que no sólo estaba familiarizada con el

pedigrí y la posición social de Emily sino que procedía del mismo círculo, y cuya simple asociación con ella constituía un rasgo más de ese estatus, de manera que en lugar de encontrarme en posición para alardear de ella, la pregunta que cualquier idiota se habría hecho —la pregunta que yo me hacía— era: ¿qué cono hace ella con él? Tardé mucho más en empezar siquiera a plantearme qué coño estaba haciendo yo con ella.

En la fiesta conocí a un hombre llamado Hugo. Llevaba una camiseta de rugby y en una mano aferraba por el cuello dos botellas de cerveza. Por los márgenes de toda fiesta pulula un Hugo. Su brazo derecho subía y bajaba, una y otra vez, para que su gruesa mano pudiera desviar los inevitables mechones de pelo ondulado que le caían toscamente sobre la frente. Hugo y yo intercambiamos nombres y cuando me preguntó a quién conocía, dije que a la anfitriona, Fiona, era una amiga de mi noria.

—De dónde eres, si no te molesta que te lo pregunte.

—Vivo en Brixton —dije.

Soltó una carcajada, y me dio un codazo afable en el hombro, saboreando lo que su imaginación embriagada tomó por una broma mutua. Yo me sometí con una sonrisa.

—No, me refiero de verdad, Zafir. ¿De dónde eres?

Cuando tenía unos ocho años, los servidos sociales del ayuntamiento se habían interesado por nuestra familia, y un verano, siguiendo su sugerencia y pagados por ellos, fuimos por primera vez de vacaciones, a Clacton-on-Sea. En la colonia de vacaciones, había concursos de talentos, juegos para los niños, torneos de dardos para hombres, y un pub. Esperaba que hubiera muchas cosas más que hacer, pero me pasé la mayor parte del tiempo lejos de mis padres, jugando a billar solo. Recuerdo que me fascinaba el movimiento de las bolas sobre la mesa. Mi madre cocinaba comida bangladesí picante en el chalé —así es como llamaban a aquellas casas adosadas de dos habitaciones con cocina— y el olor se extendía por toda la colonia.

Me hice amigo de Charlie, un niño de ocho años, de Manchester, con un fuerte acento. ¿Puedo jugar?, me preguntó, y eso bastó para entablar amistad, mi primer amigo. Charlie no parecía mostrar el menor indicio del recelo de los niños del colegio, casi por entero blanco, al que asistía en Londres. Al final de nuestra primera partida, tras realizar un comentario en directo de cada bola que jugábamos cada uno, animándome con un entusiasmo que yo

instantáneamente supe sincero, me preguntó cómo me llamaba.

No sé por qué pero le dije que *George*. *George*. ¿George? ¿Cómo se puede ser más inglés? Todavía no sé por qué lo hice, Se me ocurren algunas razones posibles, pero no sabría decir cuál es la más importante. ¿Vergüenza? O acaso simplemente temía que aquel niño que había sido amable conmigo no entendiera mi verdadero nombre.

Un día, después de volver de jugar en la mesa de billar solo, mi madre dijo, mientras me ponía un plato de comida delante, que tres «blancos», un niño y sus padres, habían pasado por la casa preguntando por George.

¿Oh?, dije. Pero no levanté los ojos para buscar su mirada y nunca volvimos hablar del tema. Desde entonces me sentí demasiado avergonzado para jugar con Charlie y lo evité los pocos días que quedaban de vacaciones.

Pasé por alto la pésima pronunciación de Hugo.

—Nací —dije— en Bangladés, al oriente de India.

—Genial. ¿Y vuelves a menudo?

—Pasé algunos años allí.

—Pero tu familia se ha instalado aquí, ¿no?

—Sí.

—¿Por razones políticas? Déjame adivinar: un padre diplomático pero el nuevo régimen ya no era amistoso. ¿Me equivoco?

—La política está en todas partes —dije, intentando no dar más información de la que un borracho podía digerir.

—Me encanta India —dijo Hugo—. Un sitio maravilloso. Y amo el curry. Si pudiera le echaría curry— a todo.

—¿A todo?

—¡A todo!

—Ya. Veo que te ganas el curry con el sudor de tu frente.

—¿Cómo?

—El curry tiene un sabor muy— diferente.

—¡Exacto!

Lo exclamó como si acabara de comunicar la idea más increíble.

—¿Y qué haces aquí?

—Soy—abogado.

—¿Abogado de inmigración?

Titubeé cuando se me ocurrió una idea malévola.

—Sí —dije— [23] A decir verdad, estaré en India la semana que viene para impartir unas clases magistrales sobre cómo superar los controles de inmigración del Reino Unido. Pero no sólo me centro en la inmigración. No, dentro de dos semanas, asistiré al Tribunal Supremo para oponerme a una solicitud del gobierno argelino para la extradición de dos supuestos terroristas desde el Reino Unido. Volaron un hospital infantil en París antes de echarse a correr y no pararon hasta llegar a Albión. Culpables sin la menor duda, hasta donde sé. Pero somos británicos, amigo mío, y merecen un juicio justo, ¿no te parece? Tendría que ser muy divertido.

Hugo pareció conmocionado.

—Más champán —le dije alzando mi copa vacía y me alejé dejándolo boquiabierto.

Durante un rato me quedé junto a la barra, dando sorbos a la copa mientras observaba el grupo. Llegó más gente y vi cómo las mujeres se volvían a la vez, casi como una sola, una agitación que recorrió el salón, para mirar a los recién llegados. Sólo miraban a los varones, pero al observar con más detenimiento a las chicas nuevas que se unían al rebaño, entrecerraban los ojos hasta reducirlos a puntos, fruncían y tensaban las frentes y todas y cada una se tocaban el cabello. No hay mirada más severa ni más implacable que la valoración que hace una mujer de otra.

El hombre que estaba a mi lado en la barra se dio la vuelta para mirarme de frente.

Era el rubio alto que había prometido presentar a Emily a su amigo del Foreign Office.

—Es gracioso, ¿verdad?

—¿El qué? —respondí.

—La forma en que se examinan. No pueden evitarlo.

—Es humano, ¿no te parece?

Él tendió la mano.

—Me llamo Toby.

—Zafar.

Nos dimos un apretón de manos.

—¿A qué te dedicas, Zafar?

Le miré y me pregunté cómo iría la conversación. Había pronunciado correctamente mi nombre.

—Adivina.

Me miró de arriba abajo pero volvió rápidamente a la cara y se demoró en ella.

—¿Escritor?

—Buen intento —dije.

De algún modo, me halagaba. Era agradable que te tomaran por escritor, y, pensaba, suponía una mejora con respecto a abogado.

—Ahora es tu turno —dijo.

Toby vestía vaqueros, una camisa blanca de puño doble, mocasines marrones y lucía un reloj caro.

—Ni idea.

—Seguro que puedes mejorar la respuesta.

—No te dedicas a nada.

Toby se rió.

—Casi das en el blanco —dijo.

Entonces, cambiando rápidamente de tema, dijo:

—¿Te has fijado en las mujeres?

—¿Es que no quieren que se fijen en ellas?

Toby se rió de nuevo.

—No —prosiguió—, me refería a si has casto cómo todas han mirado a las que entran. Yo me había dado el simpático con Toby.

—Salvo una —añadió.

—Ah, ¿sí?

—Sí, aquella de allí. Hizo un gesto con la cabeza. Ella no se ha dado la vuelta.

Dio un sorbo a su bebida, un martini.

—Hablé antes con ella. Es Emily Hampton-Wyvern, ¿sabes?

—Ah —dije. Según parecía era un nombre que uno debía conocer.

—Toda una seductora.

—¿De verdad?

—Sí, no dejaba de mirarme directamente a los ojos. Es curioso que no

mirase a las otras mujeres.

—¿Por qué?

—Vaya, uno esperaría que una seductora como ella evaluara a la competencia, ¿no crees?

Según parecía, pensé, yo podía conocer su nombre pero no a ella en persona. ¿Estaba yo *entre* ellos pero no era uno *de* ellos?

Yo tenía conciencia de raza, pero como una percepción de la diferencia, y a veces sentía desasosiego, otras irritación con los demás por no saber ver más allá. Sin embargo, en reuniones sociales, las emociones dominantes nada tenían que ver con la raza sino con cosas que esta gente tal vez ni hubiera percibido, salvo por las señales que yo filtraba por cada poro, una delación que era obra mía. La raza nunca me debilitó desde dentro; se trataba más bien de los detalles invisibles que intervenían, los que implicaban una humillación privada. Lo invisible se adueñaba de mi corazón con vergüenza.

Durante mucho tiempo, no quise creer que era cierto; no podía soportar la idea de que tuviera alguna realidad objetiva, que había algo en la esencia de mi *yo* que me separaba de ellos. O bien lo estaba imaginando o bien me comportaba de un modo que lo provocaba, y, por descontado, pensaba, yo podía cambiar mi comportamiento, es más, lo *cambiaría*. No era la carencia de camisas de Jermyn Street o el corte de pelo equivocado ni nada tan superficial lo que abría la brecha entre ellos y yo, pensaba, sino que se trataba de otra cosa que ellos veían. Veían el modo en que movía los ojos, en que miraba, veían a través del chico becado que siempre temía que iba a tropezar y por eso estaba atento a cuanta información oye a su alrededor, a cada gesto, y leía cada signo, porque eso es lo que hace: leer. Veían que nada de eso surgía de forma natural sino que estaba planificado por una mente eficaz, y dado que estaba planeado y pensado, medido y mediado, veían el fruto de un propósito intencionado, el sudor del trabajo y no el encanto sin esfuerzo de unos orígenes superiores.

Escuché a Zafar atentamente, sin interrumpirle por más que lo deseara. No tenía ninguna pregunta clara que hacerle, más allá de una vaga desazón con el rostro poco familiar —o, mejor dicho, con los rostros— que me presentaba, esa fluctuación entre la meridiana claridad de su exposición y una rabia apenas contenida. La rabia no es una emoción con la que tenga mucho trato, ni en mi vida familiar ni siquiera en el trabajo, donde, frente a la imagen popular,

el operador y el banquero tienen más de cerebritos que de impulsivo. La rabia me hace sentir incómodo: la rabia, cuando se zafa del control de un ser humano y se desata, resulta perturbadora. Y así sentía la rabia de mi amigo, un hombre a quien yo tenía por modelo del autodomínio. Le había visto enfadado, muy enfadado, sólo una vez antes. íbamos en el metro en Nueva York, en la línea hacia el norte número 2, y estábamos de pie en el pasillo. Zafar miraba a un hombre joven, vestido como un abogado de empresa o banquero que leía un fajo de papeles. Sentado a su lado iba un joven negro con vaqueros holgados y una cazadora *bomber* que le quedaba grande. Su cuerpo abarcaba dos asientos, aunque, pese a lo despatarrado que iba, parecía incómodo. Zafar miraba los papeles del abogado; las palabras Innocence Initiative se veían impresas en la parte de arriba de la página y, debajo, se leía Case Evaluation. Incluso yo sabía que Innocence Initiative era una organización sin ánimo de lucro que llevaba casos de errores judiciales.

—¿Es eso lo que creo que es? —le dijo Zafar sonriendo al hombre.

El joven sonrió y le devolvió la sonrisa.

Pero el semblante de Zafar se agrió.

—¿Y qué cono te crees que haces leyendo esto en público, a la vista de toda la gente del metro?

Zafar lo había preguntado a gritos y el vagón entero lo miraba.

—No tendrías que leerlo aquí, maldito idiota. ¿Sabes quién soy? Soy socio de un bufete[24] y más te vale que mi reunión de esta tarde me vaya bien porque es lo único que haría que me olvidara de llamar a tu jefe y que te enclara mañana. ¿Me has entendido?

El pobre hombre temblaba visiblemente.

—Y ahora, bájate de este metro —dijo Zafar.

La ferocidad del ataque asustaba y, tontamente, se me ocurrió que yo sería el siguiente en la línea de fuego.

—¿Y con quién es la reunión de marras? —pregunté intentando introducir un poco de humor.

Zafar me lanzó una mirada de decepción.

—Admiro tu respeto por la confidencialidad —añadí dócilmente.

—¿De verdad crees que es eso lo que me preocupa, poner en peligro la puta confidencialidad?

—¿No era eso?

—Voy a explicarte quién es ese tipo. Es un socio nuevo de un bufete de abogados que se la casca haciendo un poco de trabajo gratuito. Si hubiera estado sentado ahí revisando documentos de una fusión de empresas para el Citibank, yo no habría abierto la boca. Pero a él ni se le habría pasado por la cabeza leer documentos del Citibank en público. Pero unos expedientes de convictos, eso es otra cosa. Le da tan poca importancia a esos pobres desgraciados que ni siquiera se molesta en mantener su confidencialidad y cree que a nadie le importa tampoco. Eso es lo que me cabrea. ¿Quieres sentarte?

Zafar se acomodó en el asiento que acababa de quedar desocupado. El joven con vaqueros holgados se había encogido en un solo asiento, dejando el otro libre para mí.

Le veía ahora, hablando de una fiesta que parecía como tantas otras del oeste de Londres a las que yo había asistido en el curso de los años, bastante agradables, pero al cabo intrascendentes, y empecé a entender a otro Zafar, más viejo que el que yo había conocido, alguien que, latente, había ido emergiendo.

—A propósito, tú estabas en aquella fiesta —comentó—. Llegaste poco antes de que yo me fuera y me presentaste a Crane Morton Forrester.

—Claro. Crane había venido aquella mañana —dije.

Lo recordaba muy bien. Yo había creído que a Crane le caería bien Zafar, aunque si por entonces me hubieran preguntado por qué, puede que no hubiera sabido dar una respuesta muy convincente. Los dos hombres. Zafar y Crane, tenían a todas luces poco en común. Pero, sabiendo lo que sé ahora, me pregunto si habría percibido de manera inconsciente algo que ambos compartían. Crane se hizo soldado, y un soldado, como mi abuelo, es un hombre que vive en la violencia, que se relaciona con los demás y está condicionado para ser agresivo, pero en el fondo es un hombre que debió ser el primero de su tribu en aventurarse por las llanuras a cazar y el primero también en defender a la tribu en su hogar. Aunque tal vez yo no fuera capaz de expresarlo con palabras, parece probable que percibiera la tendencia de ambos hombres hacia la supervivencia.

—Crane se alistó en los Marines —dije, recordando una conversación que había mantenido con su padre antes de que lo hiciera.

—Murió en Afganistán —añadí—. Salió en las noticias, su padre es senador.

—Lo sé —dijo Zafar—, Lo sé.

En el salón de su madre, Emily me defendía porque ella conocía a la gente del oeste de Londres íntimamente, conocía sus costumbres, sus relaciones, y sabía cómo se recogían en sí mismos y cerraban, regalándose con las ventajas de los privilegios. Y sabía también que podía ser de otro modo. Un año en Cambridge, Massachusetts, le había abierto los ojos, dijo en pocas palabras. ¿Cómo no iba a hacerlo?, ¿cómo alguien tan británico podía salir indemne del encuentro con gente que comía, bebía, respiraba y nadaba en ideas? La gente no acude a esa ciudad siguiendo el flujo de una tradición irreflexiva —como a Eton o a Oxford— sino como respuesta a la llamada de las ideas y el aprendizaje, una llamada a una oración para los honestos, gente que no mostraba ninguna deferencia a los orígenes de clase, a los modales o al distanciamiento. Les daba igual esa indiferencia. Las ideas y el aprendizaje debían resultar excitantes, debían enfadarte o entusiasmarte, ¿y por qué ibas a ocultarlo?

Por supuesto, ella iba a defenderme. ¿Cuántos estudiantes dignos de reconocimiento puede haber en Kensington?, había preguntado. Ella no podía hacer otra cosa. Y, por descontado, su madre se resistiría. ¿Es eso lo que quiere decir?, me había preguntado. ¿Era eso lo que yo quería decir cuando afirmé que seguramente los jueces estaban repartiendo un poco más los premios? Pero ¿cómo reaccionar, cómo responder a una pregunta directa que obviamente no quiere ser respondida?, ¿con intransigente sinceridad o con diplomacia? Esta gente, cuando habla, es exquisitamente pulcra. Su conversación es un paisaje de senderos que se bifurcan a cada paso, una elección entre lo directo y lo delicado, entre lo que se quiere decir y lo educado, y es pulcra porque ellos saben ir por el camino educado pero para el oído entrenado se hacen entender.

La misma elección —cómo responder, luchar o jugar, apaciguar o disparar — se me había presentado durante la entrevista, ante los jueces del Tribunal de Apelación, para el mismo galardón del que hablaba ahora la señora Hampton-Wyvern.

La entrevista había empezado con un tono poco formal. Yo había llegado a la Inn of Court con sólo un minuto de adelanto y me condujeron directamente a

las salas de entrevistas, sin que me diera tiempo siquiera a dejar mis cosas en la recepción. La puerta estaba abierta y entré en una gran sala en la que había cinco jueces sentados detrás de una larga mesa de roble, todos ellos varones y blancos. Yo llevaba metidos bajo los codos un periódico, mi maletín y un botellín de agua.

El presidente, con un tupido blasón de cabello blanco y una cara afable, me hizo un gesto con la mano para que entrara.

—Pase —dijo—, pase, Y traiga sus cosas, incluido el botellín de agua, al menos, confío en que será agua.

—Sea lo que sea —respondí—, tiene exclusivamente propósitos medicinales.

Unas risas recorrieron al jurado; el chiste tenía un ingrediente que gustaba a los jueces, una referencia al mundo exterior pero incorporada como información confidencial, un chiste privado, algo que irrumpía en los juzgados sin ventanas.

Así fue cómo empezó, y la entrevista fue avanzando desde ahí. Yo fui sorteando pregunta tras pregunta, incluidas un par sobre mis antecedentes académicos. El presidente mencionó que conocía a dos jueces del Tribunal de Apelación que habían estudiado matemáticas antes de licenciarse, y recuerdo que pensé que era un magnífico detalle por su parte el decirlo. Creo que ese buen hombre quería que entendiera que no permitiría que un historial poco convencional me lastrara y que yo tampoco debería permitirlo.

Pero un juez permaneció en silencio durante toda la entrevista, casi hasta el final. El hombre en cuestión se inclinaba hacia delante, con aire de estar vagamente inquieto o tal vez sólo confuso.

—Me gustaría hacerle una pregunta, o dos, si se me permite.

Asentí.

—Veo que aquí pone que usted vive en Brixton. Mi hijo dice que va a Brixton de vez en cuando y me cuenta que allí, en todas las esquinas, hay jóvenes, negros. Yo diría, aunque no venga a cuento, que muchos de ellos venden marihuana. El me cuenta que ocurre a todas horas y que forma parte de la cultura. A mí me parece espantoso. Bien, ¿qué me dice de eso?, de hecho, ¿cómo se responde a eso?

La pregunta podría haberla formulado de otras formas. Por ejemplo, podría haberme preguntado acerca de las medidas policiales y si el

denominado enfoque de manga ancha tenía alguna justificación. ¿Debía la policía hacerse el tonto y concentrarse en delitos mayores, o es la marihuana una droga que sirve de introducción a las demás y su venta por tanto debe controlarse?

Pero no me preguntó eso. Por el contrario, hablando con un desagrado que, estoy convencido, los demás jueces habían notado, me contó la experiencia de su hijo, me explicó que los negros vendían drogas en la calle, algo que formaba parte de su cultura —¿esbozó una sonrisa despectiva?— y me preguntó cómo se responde a eso.

—Es difícil, ¿no les parece?, saber exactamente cómo dar respuesta a eso —dije.

El aire se había helado, como si todos los músculos humanos de esa sala se hubieran tensado, salvo los del juez que había planteado la pregunta. El que se sentaba a su lado había vuelto la cara hacia él, pero también la había ladeado, levantando la barbilla, como si quisiera marcar las distancias entre los dos. Miré a cada miembro del panel, uno por uno.

—Por más ilustrativa que pueda ser como anécdota —dije—, nada sustituye a la prueba. Necesitaría más datos antes incluso de empezar siquiera a abordar la cuestión de cómo puede responderse a la situación.

Transcurrió un momento en silencio total, justo lo bastante prolongado para que el presidente viera la oportunidad e interviniera.

—Excelente —dijo—. Totalmente cierto.

En el salón de la casa de Penelope Hampton-Wyvern, todo —las líneas de cada mueble, los ornamentos de hierro forjado y porcelana de cada lámpara, el tejido de las cortinas, la presencia majestuosa del Bosendorfer, los marcos tallados de los cuadros y las fotografías, incluso las galletas Bath Oliver— dejaban bien clara la observancia de normas tácitas. La presencia de esos objetos podría parecer que indicaba una expresión de un gusto consciente, de deseos y elecciones, pero había que mirar con atención a las preferencias. ¿Qué independencia de criterio tienes si tus preferencias están tan claramente condicionadas por tu entorno social?, ¿cuál es tu autonomía si lo que eliges es lo que estás destinado a elegir?

Siempre he sentido que la posibilidad de elección es en realidad una rareza en la vida, que está al acecho en las grietas del tiempo, para sorprendernos cuando parece que tenemos menos espacio para maniobrar. La

gran arquitectura del tiempo que pasamos en esta tierra no nos ofrece la menor posibilidad de elección, ni margen para la voluntad, ni libre ni sin libertad. Sin la intervención de nuestra voluntad nacemos y contra ella morimos. No elegimos a nuestras madres, igual que ellas no eligen a los hijos a los que dan a luz. No elegimos las circunstancias en que viven nuestros padres, ni el hogar ni el legado, ni los talentos que no hemos ganado, ni las circunstancias de nuestros años infantiles de formación cuando nuestros cerebros se solidifican en un estado constante y las vías neuronales nos ponen en el rumbo de nuestras vidas. La mayor parte del tiempo cumplimos normas no escritas. Pueden ser las normas de la cultura y el condicionamiento, pautas que se graban en el firmamento tierno de la juventud, o pueden ser las normas anudadas dentro de nuestros cerebros, entretejidas con ADN por nuestros progenitores biológicos, pero aun así son normas según las que vivimos, que nos rigen. La noción de elección mientras habitamos el mundo, el libre albedrío que proclamamos tan orgullosos, no son más que el reflejo de la dirección inevitable del cuerpo, una imagen en el espejo deformante del ego. un truco de la luz.

Responder a Penelope con sinceridad o hacerlo con diplomacia, ésa era la cuestión, la elección, que tenía ante mí. Mi comentario malicioso e informal —*tal vez sus señorías se sintieron presionadas para que repartieran estos premios un poco más*— había adquirido ahora proporciones mucho mayores de lo que yo pretendía. Ya lamentaba el haberlo hecho y buscaba una vía de escape, unas palabras que trazaran una línea daré sin molestar a nadie.

—En estos tiempos —dije— se habla mucho de corrección política y hay gente que dice que se siente presionada para que diga y haga lo que es políticamente correcto. Sería impertinente por mi parte imaginar que los jueces fueran inmunes a las presiones de las que otros se quejan.

»En cualquier caso —proseguí— no es más que un galardón oscuro en un diminuto rincón del mundo, aunque mentiría si dijera que no me complació recibirlo.

Yo mantuve mi estúpida sonrisa todo el rato. La señora Hampton-Wyvern también sonreía, pero Emily. no.

Llevábamos sentados casi una hora cuando desde el vestíbulo llegó el sonido de unos pies arrastrándose, el tintineo de llaves y el golpe seco de la puerta principal al cerrarse. Hasta ese momento yo había supuesto, como creo que ya he mencionado, que no había nadie más en la casa. Sin duda, todos

habían oído los sonidos del vestíbulo, pero nadie reaccionó, nadie reconoció mi asombro ni, mucho menos, ofreció una explicación.

Si quisiera remontar mis preocupaciones de entonces sobre Emily a un único momento, podría señalar varios episodios anteriores que ya habían sembrado cierta inquietud en mí, pero el té de aquel día tuvo la diferencia de proyectar una nueva luz sobre ella.

Muy al principio, había tomado las reservas de Emily como una muestra del recato femenino típico de las inglesas. Ya había visto el modo en que ciertas inglesas quitaban importancia a su inteligencia, sobre todo cuando podía delatarlas como mejores o iguales a los hombres que las rodeaban, como si esa exhibición fuera una falta de elegancia. Pero ése, mi primer error, fue sustituido por otro cuando empecé a preguntarme si tal vez había algo en lo que yo decía o hacía, o en lo que no decía ni hacía, que llevaba a Emily a ser tan reservada con respecto a sí misma y explicaba sus ausencias furtivas. De vez en cuando he pensado que de algún modo yo podría ser el responsable del comportamiento hiriente por parte de aquellos a los que he hecho un sitio en mi corazón. Te hace ser cauteloso.

Esa tarde, sin embargo, se me ocurrió que el secretismo de Emily podría ser un rasgo que caracterizaba a toda la familia, tan arraigado como para emerger muy raramente en forma de elección consciente, un secretismo que eludía el campo de visión de los propios miembros de la familia. De repente parecían gente que había sellado algo en una cripta olvidada hacia mucho, y recordé una tarde de años antes, cuando todavía no conocía a Emily, en que, como turista visité un castillo en Niedersachsen. En concreto, recordaba el subidón de emoción, que me iba a dominar durante lo que quedaba del día, al toparme con una cuerda de terciopelo trenzado azul que colgaba entre postes de metal, acordonando la parte del castillo cuyo uso conservaban el aristócrata titular, sus hijos y sus nietos. Me quedé en el amplio vestíbulo, junto a los postes cromados, mientras acariciaba el cordón con la punta de los dedos. Al otro lado había una inmensa puerta de madera un poco entreabierta. El cordón mantenía a los visitantes dentro de la zona pública del imponente hogar, pero también convertía esas mismas zonas públicas en privadas, no privadas, les arrebatava su condición misma de *hogar*. La idea me hizo sentir compasión. Ese cordón, me pareció, aislaba a una familia, una familia privilegiada tal vez pero no por ello menos familia, y ahora esta gente vivía su

vida en un rincón de la casa olvidando poco a poco —o con la esperanza de olvidar— el hogar que habían conocido.

Ahora me pregunto si, en su mansión de seis plantas y su espacio inabarcable, la familia de Emily no había acordonado también partes de sí misma. Puertas que se abrían y cerraban; la presencia en el umbral de misterios sobreentendidos; el tono de buenos modales en que el interés sincero de la gente por la verdad parecía una vulgaridad; y, por encima de todo, el exquisito manejo de la información, su medida retención y exhibición, como una pulgada asida o suelta en las riendas de un caballo de doma: todas esas cosas formaban parte de la esencia de sus vidas, y en ese entorno y sus costumbres fui admitido e incluso bien acogido.

10

EN LA ÉPOCA DE LA DESCOMPOSICIÓN DE NACIONES

La propagación del Evangelio, independientemente de los motivos o la integridad o el heroísmo de algunos de los misioneros, fue una justificación absolutamente indispensable para acabar plantando la bandera. Monjas, sacerdotes y maestros atildaron a proteger y santificar la fuerza que utilizaban implacablemente gentes que sin duda estaban buscando una ciudad, pero no en los cielos, sino para que la levantaran, con toda seguridad, manos de cautivos.

—JAMES BALDWIN,
La próxima vez el fuego

Ni siquiera escuchó lo que le decía; va estaba absorto en los dilemas de la democracia y las responsabilidades de Occidente; él estaba resuelto —eso lo descubrí muy pronto— a hacer el bien, no a una persona individual, sino a un país, a un continente, a un mundo.

—GRAHAM GREENE,
El americano impasible

Zafar está delante del complejo de la ONU en Kabul. Con un capirotazo de los dedos en tensión lanza una colilla de cigarrillo al aire de la noche y cuando ésta cae en el suelo observa cómo salen despedidas motas y chispas rojas. Vi cómo se desintegraba el cigarrillo, dijo Zafar, cómo las brasas se

esparcían por el patio, mientras reunía el valor para enfrentarme al edificio principal, Las puertas daban a una amplia zona *lounge*. un salón muy grande con sofás y sillones dispuestos en grupos, iluminada con potencia con tubos fluorescentes en el techo y lámparas de pie alrededor de los lados. Conté cinco grandes pantallas de televisión colgadas de las paredes. Todas sintonizadas en la CNN, que transmitía imágenes de destrucción, con el volumen apagado, mientras pasaban los subtítulos. La sala era un hervidero. Había conversaciones serias y tampoco faltaba la bebida, pero la actividad principal era la charla: rostros serios que se inclinaban hacia delante. Nicky Amory y el grupo con el que yo había ido no estaban en esa sala. El bar que ella había mencionado debía de estar en otro sitio, más allá de la arcada del rincón, desde el que atronaba la música —rhythm and blues, ¿o era hip-hop?—. Y, entre los latidos rítmicos, una voz afroamericana, de un negro, el único que había en la sala, un negro incorpóreo entre caras blancas y antebrazos blancos, una masa blanca.

Que es cuando vi a Emily. Estaba sentada en un grupo de sofás y sillones que formaban un cuadrado alrededor de una desvencijada mesita baja, con todos los asientos ocupados por admiradores, que tenían una copa delante. Aunque ella encaraba la puerta principal, no me habría visto porque la atención de Emily nunca se apartaba del estrecho cono de su campo visual. Es extraño, pero esos pequeños detalles, el saber cómo percibe el mundo otra persona, sólo los descubres cuando pasas tiempo con ella. Se trata de inferencias, claro, y podrían estar equivocadas, pero te dejas llevar por ellas no porque lo necesites sino porque no te queda otra. Ella estaba hablando, y el hablar reducía su perspectiva más si cabe. Di un paso a un lado, repentinamente consciente de que obstruía la puerta. Ella explicaba algo, presidiendo la reunión, con el cuerpo tan inmóvil como el prado de un pueblo una noche estival. Cuando Emily hablaba nunca se precipitaba, nunca delataba la urgencia ni el apuro que aparece en la voz cuando un orador sabe que los demás esperan para hablar. Sobre la mesita que tenía delante estaba su cuaderno de notas con su lista de cosas que tratar; Emily, la consumada redactora de listas codificadas, con cada logro tachado y los progresos diferenciados por epígrafes. Somos una especie enamorada de las listas. Incluso vivimos nuestras vidas según las listas de otros, las clasificaciones de nuestros días; los Diez Mandamientos; los Cinco Pilares del islam, las Cuatro

Nobles Verdades del budismo, los siete hábitos de la gente altamente exitosa. Todo se vuelve simple en las listas, se hace digerible, se divide en unidades manejables, se reduce la complejidad del mundo a la sencillez de una línea. El triunfo de lo posible, de saber por dónde andamos con sólo bajar la mirada, la victoria de los medios humildes sobre el terror de un mundo que se extiende más allá de nuestro alcance, sobrepasando la comprensión humana.

Y ahora esos dedos esbeltos, dedos que parecían carentes de gracia en el armazón de un violín, recogen los argumentos mientras ella los presenta al círculo de hombres. Su rostro, viva imagen de la seriedad, expresa la gravedad de las cuestiones de las que se ocupa. Era un rostro que tenía que cumplir una función. ¿En qué lugar del mundo podía requerirse más confianza que en los salones privados de sus corazones, los de estos varones blancos que cumplen la obra del Señor, liberales con la misión del desarrollo, que están de parte de los ángeles aunque su camino al trabajo hubiera sido despejado por el mismísimo diablo? Era el año 2002 y se estaban redactando los primeros informes, las misiones de investigación investigaban y se pergeñaban planes. No se ahorra el menor esfuerzo para preparar esos planes, los planes de la Misión de Asistencia de las Naciones Unidas en Afganistán, los planes del gobierno provisional, los planes de las ONG, grandes planes para los pobres afganos, los cabronazos desdichados, todo el mundo tenía planes, planes que llevar a cabo por el bien de aquel pueblo atormentado al que la historia había deparado una suerte tan espantosa.

La veo ahora, sin parar de hablar con su estilo tranquilo, femenino y muy británico, mientras aquellos hombres no perdían detalle de cada palabra, palabras, además, cargadas en parte por la autoridad conferida por Mohammed Jalaluddin; ella lo representa, es su jefa de gabinete, en un gabinete de dos, y él es el afgano de mayor rango en la comunidad internacional del desarrollo. ¿Dónde está ahora? En una reunión con el representante de la ONU Lakhdar Brahimi o tal vez esté con Hamid Karzai. Ella es su voz ausente y puede confiarse en que se ceñirá al guión de su mensaje con la misma literalidad que una lista reproduce un orden. Ahí le está sonriendo a un colega, y esboza esa soberbia sonrisa de la benevolencia del Imperio, una falsa sonrisa aunque ella no lo sepa. Ahora todos siguen el juego, y éste es el tablero, y este salón una casilla del tablero y, dado que ellos no ven las reglas que han interiorizado, porque un avión Hércules los ha traído

desde las bases de Spangdahlem, Ramstein o Brize Norton, porque aquí todos forman parte de la historia, que se está haciendo en ese momento, que la hacen ellos mismos, porque se sienten tan empequeñecidos por la gran tarea que se les presenta de construir una nación, de ayudar a los afganos a reconstruir su nación, porque muchos han muerto... ¿qué puede haber más real? Están jugando el juego como siempre se ha jugado: el juego del Imperio y el Ego. ¿Ves? Hasta suena ya como un juego de mesa.

Un par de ellos están tomando notas. Un hombre da un sorbo a un vaso largo con hielo —whisky, pienso para mi, whisky en Kabul— y accidentalmente se le caen unas gotas en la camisa. Mira a Emily —primero y sólo a ella— para comprobar si lo ha visto. Está avergonzado. Pero ¿le da vergüenza beber whisky en Kabul?, ¿cree esta gente que sólo eran los talibanes los que mantenían la fe de sus padres?, ¿eran los afganos meramente unos ciudadanos oprimidos y ellos la caballería? Estos cabrones, ¿con qué derecho?

Son los retoños de civilizaciones que han fomentado los derechos individuales, los derechos del yo, pero estableciendo los límites de la esfera privada no en la línea donde la piel toca el aire sino fuera del cuerpo, no en el punto donde el puño y una nariz ajena se separan por apenas un soplo de aire, ni siquiera antes de que las vibraciones restallantes del aire lleguen a los oídos de los nativos, metiendo algo que pertenece a la esfera privada de un hombre, su música negra, en la de otros, la de los nativos, cuya esfera privada es su tribu, que, a diferencia de su equivalente europea liberal, es más que él mismo. Eso es lo que han hecho mis amigos liberales. Y ahora los veo sentados ahí. Su aversión al trato desigual a las mujeres, su aversión al trato de los homosexuales, eso no podrían aceptarlo simplemente así, como aversión. No pueden conformarse con Dejados tranquilos, sino librar sus guerras de reconstrucción bajo el estandarte *Dejado tranquilo* o *Dejada tranquila*. Ellos han erigido este monumento a la Ilustración europea, a la Ilustración occidental, y lo llaman derechos *humanos*, y sobre esa piedra han fundado su nueva humanidad, y en su nombre actúan con la conciencia limpia. Bush y los neocons —Dios los bendiga— es posible que buscaran recursos naturales y posicionamiento estratégico, pero los liberales rondaban siempre detrás de sus almas.

Yo sabía que Zafar podía ser muy animado. Lo había visto cuando hablaba

de matemáticas. Pero no que tuviera opiniones contundentes sobre política, o al menos, nunca se las había oído expresar así. Ahora parecía poseído. Todavía no sé muy bien por qué. pero me entraron ganas de interrumpirle, tal vez para hacerle perder el paso, tirar de él para que retrocediera, impedir que acabara descarrilando. O tal vez para ahorrarme el sentirme demasiado incómodo.

—¿Estás incómodo? —me preguntó, rompiendo el flujo de su discurso.

—¿Por qué habría de estarlo?

—Me refería a tu silla. No paras de removerte.

—No, estoy bien. Estoy bien. Por favor, sigue.

Zafar se recostó sin parecer muy convencido.

Y ahora estos héroes, prosiguió, quieren remodelar el mundo a su imagen. Pueden hacerlo sólo en tanto el mundo que están a punto de cambiar sea visto como un relicario de humanidad. Éste es el Oriente que necesitan imaginarse. Pintan cuadros de colores intensos y belleza sin profundidad. Nos hechizan, pero se hechizan ellos primero. Las cometas revoloteando, una caravana bajo un cielo bermellón, el tren nocturno sobre un abismo, niños con ojos de luna, rutas de la seda, y los relatos épicos de las proezas de los Burtons y los Lawrences. Su moneda es el arrebató que les produce la belleza y con ella compran su derecho a intervenir en el mundo.

Todo lo que ve Occidente está pasado por el tamiz de Occidente. El lector occidental, que ya es la persona más aventurera del mundo, tiene miedo, porque le han enseñado a temer a Oriente. Esta situación —mezcla de hechizo, mística y peligro: los ingredientes del buen sexo desenfrenado— es la garante y la que autoriza las empresas militares, económicas y culturales que degradan a Oriente. Es la base para crear el temor.

Cuando era niño, nuestro primer hogar en Inglaterra fue una casa ocupada en Marylebone, en una zona de Londres que ahora es bastante chic. Vivíamos en un edificio que había sido sentenciado a la piqueta, pero que nadie se molestaba en demoler. Vivíamos en dos habitaciones —una de ellas, una cocina— en el sótano, con un lavabo exterior. Recuerdo vívidamente el sitio, cada detalle: los escombros en el patio, que teníamos que sortear para ir al lavabo, la habitación la ocupaban casi por entero dos camas. Pero, aunque recuerdo la cocina, el hornillo eléctrico de dos aros y la nevera de segunda mano que traqueteaba y borboteaba sucesivamente, y recuerdo el lado donde

se preparaba nuestra comida, unos pocos pies cuadrados, no conservo ningún recuerdo de la otra mitad. Pero no es que me haya fallado la memoria. No conservo recuerdos visuales del lado bajo la pequeña ventana del fondo —un fondo remoto para un niño— porque siempre que entraba en la cocina mantenía la mirada apartada de allí; nunca miraba en esa dirección. Mis ojos no tienen nada que recordar, De vez en cuando, captaba un sonido como de pelea, o de una huida apresurada o de un arañazo, o veía un hilo gris, una chispa de estática, en la periferia de mi visión. Si estaba en mi habitación, oía a mi madre alguna vez persiguiendo a las ratas con una escoba. Me aterrorizaban y la única reacción era no mirar. Así es cómo funciona el miedo. Transforma nuestro campo perceptivo. Cambia la forma en que nos permitimos experimentar el mundo, para eludir el miedo.

El misterioso Oriente de Zafar era, si lo entendí correctamente, un hechizo imaginado por Occidente. Pero me resultaba difícil seguirle. Aun así, ahora me pregunto si en realidad Zafar había caído en su propio encantamiento, si había dotado a Emily con ese mismo tipo de hechizo, mística y peligro, le había conferido cualidades que no tenían más presencia real que unos simples huesos de los que colgar una fantasía. Por lo que yo sabía de ella, era una joven criada en círculos sociales superpuestos, y, si no era muy común tampoco resultaba nada especialmente excepcional, aparte, tal vez, de por poseer aptitudes académicas. Lo que me pilló desprevenido fue la nota de celos que entró en el relato de Zafar; yo jamás le habría rebajado a un hombre celoso. Pero al escucharle hablar de Emily, escuchar su relato de Kabul, de su presencia en aquel salón mirando a Emily, me pregunté si en realidad la había amado.

Veo a Emily, prosiguió Zafar, pero ella no me ve, y no me verá a no ser que yo haga algo. A mi derecha hay una pila de revistas: *The Economist*, *The Atlantic Monthly* y otras. Cojo la que me queda más cerca y me acerco situándome directamente detrás del sillón que hay frente a ella, fuera del círculo de sillones y el sofá, el anillo en el que reina Emily. Abro la revista, miro en su dirección, capto su mirada cuando la levanta y aparto rápidamente la mía. ¿Por qué miro a otra parte? Emily no va a levantarse de un salto ni a venir corriendo a abrazarme, eso lo sé. Emily no exclamará «¡Zafar!» de pura sorpresa al verme ahí. Yo estaba en Kabul, ella lo sabía, alojado en el AfDARI. eso seguramente también lo sabía, pero ¿qué pintaba yo en un bar de

la ONU? Habría una interrupción, una pausa, una vacilación, puede que menos breves de lo que parecen y entonces los hombres también alzarían las miradas porque sin duda seguirían sus ojos. ¿Sabes que no podemos evitarlo? Es una reacción física que resulta casi imposible de controlar. Pero, como he apartado la mirada antes de que ellos me miren, conservo el anonimato y ellos no pueden identificarme como el hombre a quien Emily al momento deja de prestar atención. Aparto la mirada para ahorrarme esa pequeña vergüenza.

Me acerco a la arcada, hacia el embudo de ruido que surge del bar. Su mirada no me seguirá, porque eso me distinguiría ante su círculo de admiradores como la causa de su momentánea distracción. Pero vendrá, sin duda, a su debido tiempo. Vendrá y me encontrará.

Había empezado el viaje una semana antes. En 2002, el relator de la ONU sobre derechos humanos en Afganistán era un tipo llamado doctor Hassan Kabir, que se había instalado en Daca, Bangladés. El honorífico «doctor» y su nombre eran inseparables. En los círculos sudasiáticos, su carrera e historia provocaban asombro: había sido profesor durante un tiempo del *college* All Souls, socio en el pasado de un gigantesco bufete internacional, y en su tiempo contribuyó decisivamente a la fundación del estado moderno de Bangladés como uno de los autores de su constitución. De los ocho hombres, creo, que firmaron el documento, todos, salvo Kabir, morirían a lo largo de los años en diversos golpes de Estado y asesinatos. Ingenioso y astuto, decían. Yo no podía pronunciar su nombre sin pensar en aquel otro doctor, Henry Kissinger, lo que es una ironía dado que Kissinger ahorró pocos esfuerzos para frustrar la emergencia de la nueva nación. Tal vez me recuerda a Kissinger porque las líneas divisorias políticas son más finas que las demás, que las sociales, por ejemplo. Los intereses nacionales no varían, sólo las naciones.

—¿Qué pasó en el bar? —pregunté interrumpiendo a Zafar.

—Te estoy contando lo que sucedió, ¿qué otra cosa crees que estoy haciendo?

Zafar se levantó, se acercó al mueble bar y sacó una botella de whisky y dos vasos. Los puso delante de nosotros, se sirvió una copa y empujó la botella hacia mí. Yo no me serví.

—Dos semanas antes de llegar a Kabul, en Daca, el doctor Hassan Kabir me preguntó si me interesaría acompañarle en una visita a Afganistán; necesitaba a alguien que tomara notas y asumiera algunas labores genéricas

mientras estaba allí. Le dije que me lo pensaría y me pidió que le diera una respuesta antes de dos días. Pero a la mañana siguiente recibí una llamada de su oficina, comunicándome que el doctor Kabir había sido convocado a Ginebra y Nueva York y no podría realizar el viaje a Afganistán; también que se había conseguido una visa para mí a través de las oficinas del embajador afgano en Ginebra y que se habían organizado los vuelos a Kabul. Dado lo interesado que parecía el doctor Kabir en que fuera, me pareció que una negativa por mi parte habría echado a perder mi relación con él. La gente influyente tiende a creer que ayudarles es un honor.

—Pensaba que habías ido a Afganistán por Emily. ¿No habías dicho que te había llamado?

—Su llamada la recibí el día siguiente, pero no le dije que ya lo tenía todo preparado para ir a Kabul como colaborador del relator de la ONU. No quería darle una excusa para que pensara que no respondía a su afirmación de que había trabajo que yo tenía que hacer. Quería ver qué iba a organizar, qué tipo de presentaciones haría, si pensaba que yo había acudido a Kabul a petición suya.

—Pero ¿por qué sentías la necesidad de ponerla a prueba de ese modo?

—Sí ella creía que yo había ido a Kabul porque quería mi ayuda y yo llegaba y descubría que no tenía nada que hacer, entonces sabría que me había pedido que fuera sólo porque quería verme, ¿Tan perverso te parece? La idea de que podía contar con su informalidad, en su falta de fiabilidad, y ver en ella un indicio de amor. ¿Desde cuándo ha sido una virtud el ser poco digno de confianza?, ¿cuándo ha senado para algo?

En el vuelo de conexión de la PIA de Dubái a Islamabad mientras me acomodaba en mi asiento, apretado contra la ventanilla, un joven alto y bastante robusto se sentó a mi lado. Inevitablemente, su antebrazo se extendió sobre mi propio reposabrazos. Mohsin Khalid, se presentó, *para servirle*, añadió con un fuerte acento paquistaní, y sonrió risueño por debajo de una gorra de los Red Sox.

—¿Le gusta volar? —preguntó.

—No especialmente —respondí.

—Yo lo detesto —prosiguió—. Lo que es gracioso, como poco.

Le miré.

—Escalo montañas, a eso me dedico, No me molestan las alturas, en

absoluto. Pero sólo si puedo mirar hacia abajo. Curioso, ¿no?

Le sonreí.

—¿Quiere sentarse junto a la ventanilla?

—Oh, no, Necesito el espacio de un asiento de pasillo, Además, no es lo mismo asomarse por una ventana que mirar hacia abajo por la ladera de una montaña.

—No, supongo que no.

—Hago escalada sobre todo en el Karakórum. pero he escalado en otras cordilleras. Y también el Everest. Siempre impresiono a los occidentales cuando lo cuento. Pero los idiotas no saben que el Everest es fácil en comparación con el K_2 , una montaña para escaladores. Por supuesto, usted sabrá que la K de K_2 quiere decir Karakórum, ¿no?

—Pues sí, lo sé.

—Claro. El K_2 es una putada de montaña, *bhai sahib*, hermano, oh, sí. El Everest es más grande, pero el K_2 es mucho más duro, una montaña salvaje se mire por donde se mire. Pero para la mente occidental, el tamaño es lo único que importa, y cuanto más grande sea mejor. Sobre todo para los americanos. Eso es lo único que quieren saber.

—¿Escaló desde la vertiente china?

—Muy bien. Veo que conoce su geografía.

—Me gustan los mapas.

—A decir verdad, lo he escalado desde las dos vertientes.

—¿Es difícil para un paquistaní entrar en China? Al estar tan cerca de la frontera, me refiero.

—En la vida, todo es posible. ¿Sabía que los montañeros tenemos las amígdalas cerebelosas más pequeñas que la mayoría y, por tanto, una reacción de temor menor?

—¿De verdad?

—Así que sabe también lo que son las amígdalas, ¿no? —preguntó.

—Algo parecido al brócoli pero en el cerebro, ¿me equivoco?

—No tengo ni idea, pero creo que podría ser así.

—¿Y cómo sabe eso de los montañeros? —le pregunté.

—¿Lo de las amígdalas?

Asentí.

—Lo he leído. En uno de esos..., de esos... ¿cómo se llaman?

—¿Libros?

—¡Exacto! Lo leí en un libro. Aunque, hasta donde sé, parece haber de todo a las puertas de las amígdalas.

—Suele pasar.

—¿Y adonde va usted? —preguntó.

—Al mismo sitio que usted. Islamabad —respondí.

—Claro —se rió—. Lo siento, me refería a cuál es su destino final.

—Kabul.

—Afganistán, la montaña más alta de todas. Buena suerte. ¿Para quién trabaja?

—Me formé como abogado.

—¿Necesitan abogados?

Me reí.

—Lo siento —dijo—. No pretendía ser impertinente.

—No lo ha sido —le tranquilicé—. Ya habrá oído el chiste: ¿Qué son quinientos abogados en el fondo de un lago?

—No sé —respondió.

—Un buen comienzo.

Se rió con ganas y pasamos el vuelo en amigable conversación. Él habló de diversos aspectos del montañismo, Yo le hacía preguntas y él respondía. Cuando le pregunté cómo se ganaba la vida así, me explicó que no se la ganaba.

—De vez en cuando —dijo—, hago de guía en expediciones de escalada. Eso da algunos ingresos.

—Y entonces ¿qué hace?

—Los subo hasta arriba. Ellos tienen dinero y egos, pero no sentido común.

—Me refiero a qué hace cuando no está tirando cuerdas de rappel por la vertiente septentrional.

—Ah, Durante el día trabajo en la empresa de importación y exportación de mi familia.

—¿Y qué importa y exporta?

—De todo. Ésa es la esencia del negocio. Si nos centráramos en una cosa,

quedaríamos atrapados en la cadena de abastecimiento de alguien e inevitablemente nos pillaríamos los dedos, y no queremos que nos hagan daño, ¿verdad que no? Así que importamos y exportamos según dictan las necesidades.

Antes de desembarcar, Khalid dijo que le había encantado conocerme y me dio su tarjeta de visita. Ésa podría haber sido la última vez que lo veía, pero al cabo de media hora, al salir de la terminal del aeropuerto a un bullicioso vestíbulo exterior, donde la aplastante luz me hizo buscar mis gafas de sol, allí estaba Khalid haciéndome gestos desde la acera. Se ofreció a llevarme a mi hotel. Cuando le expliqué que no había hecho ninguna reserva, exclamó: «¡Oh, vaya! En ese caso, está arreglado. Será mi huésped».

Llegamos a una casa grande en el vigilado barrio diplomático, bajo las Marghalla Hills. Unas trepadoras avejentadas cubrían las paredes del edificio y la lluvia había ensuciado el estucado blanco, dejando manchas negras y líneas verticales grises. No tenía nada de la ostentación moderna de las casas en los barrios ricos del sur de Asia, ni rastro de las puertas de hierro ornamentado ni de las amplias azoteas que sobresalían por encima de la planta baja. Las dos plantas de la casa, sus ventanas altas y el aspecto que ofrecían a la calle estaban dispuestas, pensé, con una sencillez que indicaba que la casa en el pasado debió de estar en un terreno más grande.

El camino de entrada nos llevó bajo una arcada de ramas que pendían de los árboles, por una pendiente y basta la parte de atrás. El coche apenas se había detenido cuando se abrió la puerta y un mayordomo se dirigió a mí. Por favor, *sahib*, dijo haciendo un gesto hacia el interior de la casa. Me condujo a través de un espacioso vestíbulo —tenía una escalera ancha— y me hizo pasar a un gran salón ventilado. No vi a nadie más. Había varios sotas y mesitas auxiliares, todas de mimbre, algunas alfombras y una mesita baja con una pequeña pila de libros de ajedrez. Busqué algún ajedrez preparado para el juego. Apartada en el rincón del fondo del salón, que recibía luz natural de los dos lados, entre dos sillas encaradas, vi una mesa que brillaba con el gris apagado del hierro forjado. Había algo en el centro de la mesa cubierto con una pieza de tela bordada con puntadas doradas. No había ninguna lámpara ni encima ni cerca de la mesa, y me vinieron a la cabeza las palabras *ajedrez a la luz del día*, y la expresión me pareció curiosa, como si transmitiera una importancia inestimable.

Aquí y allá había alfombras. En la esquina de una, me fijé —porque lo buscaba— en el diminuto cuadrado blanco de nailon que lleva las instrucciones para el lavado.

Las paredes estaban adornadas con fotografías enmarcadas, casi todas de militares, algunas tomadas en el exterior, otras con un fondo de estudio. Me llamó la atención una fotografía en concreto, alargada y tomada con gran angular, que me recordó las fotografías de la ceremonia de presentación de curso. Cuando me acerqué lo bastante, vi que se trataba exactamente de eso: una fotografía del Exeter College, de Oxford, curso de 1964. A su lado había una fotografía de soldados, tomada, según la leyenda, en Sandhurst, el centro de instrucción de oficiales del ejército británico, donde se enriaba a los futuros mandos superiores de los ejércitos de las colonias y las poscolonias. y a veces todavía se los envía.

Había una cara oscura en la fotografía de Oxford, flotando entre hileras de rostros blancos, y, como era de esperar, esa cara aparecía también en la segunda fotografía.

—Usted es un oxoniense, un producto típico de Oxford, ¿no?

Me di la vuelta. Delante de mí tenía al hombre de la fotografía, mucho mayor, pero el mismo.

—Estudié allí —respondió.

—¿Pero no se considera un hombre de Oxford?

Su ceño fruncido subrayaba la pregunta pero no traslució ningún indicio de genuino asombro. Tenía los hombros caídos de la vejez que me hicieron pensar en hombres jóvenes que se yerguen como si quisieran aumentar su propia altura. Una frente cortada a pico se alzaba sobre unas cejas grises tupidas antes de irrumpir en un tupido cabello cano, echado hacia atrás, seguramente con la crema Brylcreem que es tan popular en el sur de Asia. Un bigote inmaculado enmarcaba una mueca ladeada y crítica en una robusta mandíbula. Llevaba un traje Nehru gris y sandalias oscuras de cuero.

—Si estudiar allí me convierte en un típico oxoniense, entonces lo soy —respondí.

—Pero, pese a todas las tentaciones para pertenecer a otras naciones, sigue siendo inglés, como dice la opereta...

—Vaya, veo que tiene por la mano a su Gilbert y Sullivan.

—No, yo no lo llamaría mío. En el ejército, los oficiales jugaban al

bridge, ¿sabe? Estaban locos por ese juego. Me preguntaban: Mushtaq, viejo amigo, ¿por qué no eres un hombre de bridge? Soy un hombre de ajedrez, les decía. Así que ¿es usted un hombre de Oxford?

—¿Es un hombre que escala montañas un montañero o un hombre de la montaña? — repliqué.

—Algo por el estilo, si. Hola, Zafar, amigo mió, ¿puedo llamarte Zafar?

—Por supuesto —respondí.

—Encantado de conocerte. Soy el coronel Siltander Ali Mushtaq, retirado.

—¿Cómo está? —dije estrechando la mano que me tendía.

—Tu amigo montañero, mi sobrino todo sea dicho, ha salido para unos asuntos propios, pero puede que cene con nosotros. ¿Juegas?

—¿Al ajedrez?

—Yo aprendí a jugar de niño, me enseñó un amigo. Él jugaba muy despacio y parecía siempre tranquilo y sereno ante los problemas que se iba encontrando por el camino. Tuvo una vida difícil. Su padre era un cabrón. El ajedrez enseña a tener paciencia. Cada partida es distinta. Una partida puede resultar profundamente decepcionante, insatisfactoria, aunque la ganes. Convertir la victoria en tu único objetivo es hacer que el peor de los fracasos sea la conclusión inevitable.

—¿Cómo es posible? —pregunté.

—Es una noción muy torpe el creer que una partida de ajedrez es algo aislado, aparte de las demás, desvinculada del pasado y el futuro, es una noción egoísta creer que la partida que se está jugando es la única que importa. Sólo la arrogancia puede permitirse esa idea. Lo que importa es el paso y el ritmo, el movimiento de partida tras partida, de manera que la historia acumulada te muestra la textura de lo que podría ser o de lo que es inherente a las treinta y dos piezas y las sesenta y cuatro casillas y, sobretodo, al tablero. Algunos creen que el ajedrez es un juego de piezas. Pero es siempre un juego de tablero. Uno empieza con la mitad del tablero ocupado y la mitad vacío, y, a medida que avanza, uno revela sus misterios. Pero sólo una partida tras otra. Recuerda mis palabras, Zafar. Sólo partida tras partida. Por favor, siéntate. Tomaré un whisky. ¿Te sirvo uno?

—Gracias.

Abrió la puerta y pidió dos vvhiskys; con la puerta abierta pude oír los murmullos de los sirvientes.

—Unas fotos interesantes, ¿no te parece? Oxford y Sandhurst —prosiguió el coronel—, emblemas del Imperio, y allí estábamos, los antiguos súbditos coloniales, sentados a los pies de los catedráticos que formaban a los administradores de las colonias. En 1835, lord Macaulay, como espero que sepas, escribió su famoso documento al Parlamento Británico sobre la superioridad del canon occidental. En él, Macaulay redacta un fragmento que nunca he olvidado desde que lo leí por primera vez: *En la actualidad, debemos hacer cuanto sea posible para formar una clase que pueda ejercer de intérprete entre nosotros y los millones a los que gobernamos, una clase de personas, de sangre y color indias, pero de gustos, opiniones, moral e inteligencia ingleses.*

El coronel hizo una pausa, presuntamente para dejar que la cita hiciera efecto.

—Nunca hemos superado el sentimiento de inferioridad —prosiguió—. Nuestras élites estudian en sus universidades, en su idioma. Marx consideraba a Macaulay un falsificador sistemático de la historia. ¿Sabes qué estudié en Oxford? Historia. Pero la maldita historia ¿de quién? La suya. Nos tragamos sus valores al por mayor a cambio de nuestra dignidad, injertamos su mentalidad de súbdito y señor en la nuestra de manera que nuestros países son incapaces de poner en práctica la democracia, Millones de personas se mueren de hambre mientras los ricos y poderosos de Pakistán. India y Bangladés las gobiernan con prepotencia, despreciándolas y renegando de ellas. Imitamos a los occidentales por más que les odiamos.

Aunque su lenguaje transmitía emoción, ponía un cuidado deliberado en su tono. Su discurso era el sonido que emitía una mente trabajando, pero también se percibía una quietud por debajo, como la calma que se extiende sobre una isla antes de una tormenta.

Me había caído bien —con cautelas, claro— y con el tono educado con el que se ofrece una opinión coincidente en compañía amigable, le dije lo que pensaba.

—Cuando un yihadista —aventuré, dejando la palabra suspendida un momento para permitir que su peso se hiciera notar— llama demonio a un occidental, me parece que reconoce el poder de Occidente, porque el demonio es una figura poderosa, un ángel caído, pero ángel al fin y al cabo.

—Ciertamente —dijo el coronel, manteniéndomela mirada con una

curiosidad que se prolongó interminablemente.

»Pero, mi querido condiscípulo —dijo, rompiendo la repentina quietud—, tu metáfora corrobora lo dicho de una manera que tal vez no pretendieras, porque conoces a tus dios..., a tus divinidades cristianas mejor de lo que conoces a las islámicas.

—*Yinn* caídos —dije, recordando algo que había leído en alguna parte.
[25]

—En buena parte. Los humanos y los *yinn* tienen libre albedrío, los ángeles, no, éstos no son más que instrumentos de la voluntad de Dios. Pero los *yinn* también encarnan el poder, de manera que. *mutatis mutandis*, tu opinión se sostiene.

—Se lo agradezco —dije con una sonrisa—. La «Minuta» de Macaulay —proseguí— era antes que nada una defensa del inglés como idioma de instrucción en la India británica. Trata de extender la imposición legal de un idioma oficial.

—El idioma, sin duda —dijo el coronel, mirándome.

Al coronel no le pasó por alto la referencia, dijo Zafar, de que el idioma fue siempre un instrumento de opresión y que no necesitaba remontarse a cien años atrás ni a otro continente para entenderlo.[26]

—Mi querido muchacho —dijo el coronel al cabo de un largo rato—, muestra una sensibilidad a la historia que resulta admirable, pero que no se tiene sin pagar un precio.

Yo luché en 1971. No pretendo insultarle volviendo al debate sobre las cifras de asesinados y demás, Ni tampoco me atrevo a sugerir que todo eso es anecdótico, porque nada lo es hasta que nosotros hacemos que lo sea. Y no basta con decir simplemente que cometimos errores. Eso nunca es suficiente. Pero ¿dónde nos sitúa esto?

Se hizo el silencio, quebrado tan sólo por la llegada del whisky.

—Permíteme referirme —prosiguió el coronel— al coronel Gaddafi, el perro rabioso de Reagan. En su apogeo, el viejo canalla libio lideró el sentimiento antioccidental, fue el paladín del tercer mundo, pero fíjate en cómo vestía, cómo iba equipado su propio ejército. ¿Por qué todos llevamos uniformes militares occidentales? Detestamos a esos cabrones y los pasaríamos a la bayoneta a la menor ocasión, pero nos abrochamos los botones de sus camisas y nos atamos los cordones en sus botas. Tú has

estudiado...

—Matemáticas —dije. Pero al hacerlo me dio la impresión de que más que responder a una pregunta, me había anticipado a lo que iba a decir él.

—Una materia espléndida, una educación para el pensamiento, sin el estorbo del conocimiento. Dime, Zafar, hijo mío, ¿qué te lleva a Kabul?

—Pensé que nunca iba a preguntarlo —dije.

—Vaya, joven, ésa es la primera mentira que me dices.

Al recordarlo ahora, veo con más claridad el cambio que experimentó la exposición de Zafar, sobretodo cuando empezó a hablar de aquellos tiempos turbulentos con Emily. Pero pese a la creciente impresión de que había algo de lo que no hablaba, algo que esquivaba, no dejaba de sorprenderme lo mucho de sí mismo que estaba contando. Al principio, me pareció un cambio sustancial en el hombre que conocía, pero esa idea no sobrevivió a una reflexión más pausada, ¿No es presuntuoso atribuirle un cambio cuando lo único que puede afirmarse es que yo había descubierto cosas de él que no había conocido antes? Por tanto es posible que cuando uno supone que se ha producido un cambio en otra persona todo lo que puede decir es que la ha conocido mejor, o que lo que pensábamos que sabíamos resulta sólo una falsa presunción fruto de nuestra imaginación. Podría incluso darse el caso de que sea la percepción por parte del objeto de un cambio experimentado por el sujeto, la percepción del *observado* de un cambio en *el observador*, lo que permite que *el observado* se comporte de un modo que hasta entonces había estado reprimido: ¿creía Zafar que yo ahora podía escuchar cosas que antes no me había creído capacitado?, ¿acaso el único cambio real que se había producido era un cambio en mí mismo? Si esa posibilidad resulta desconcertante, uno debe preguntarse: ¿por qué?

—Tengo que acostarme —dijo Zafar.

Parecía agotado.

—Pero quedan muchas preguntas. ¿Quién era el coronel?, ¿qué le contaste?, ¿te quedaste allí aquella noche?

—Sí, aquella noche me quedé como huésped del coronel. Él daba una cena a la que me invitó. Como si pensara que así tranquilizaba mis temores, el coronel me dijo que sus invitados eran gente bien educada y evitarían preguntarme por qué estaba ahí o adonde me dirigía, aunque sí podrían preguntarme de dónde venía. Muy poco americano, había comentado el

coronel.

—¿Y la ONU? —le pregunté a Zafar.

—Mañana llegaremos a todo eso; ahora debo dormir.

Dicho lo cual, Zafar se levantó, cogió su vaso y bebió el whisky que quedaba.

Oí sus pasos lentos perdiéndose escaleras arriba. Era a principios de diciembre, y en los pocos meses que llevaba viviendo conmigo, me había acostumbrado a la presencia de otra persona en la casa. Cuando Meena estaba aquí, pasaba tanto tiempo fuera, trabajando hasta tarde, a veces los fines de semana, que la casa había parecido deshabitada. Mi propia presencia érala confirmación del vacío. Me gustaba que mi amigo estuviera ahí.

Ocupaba el espacio como si fuera suyo, y eso me complacía tan íntimamente que temía que acabara. Iba y venía a su aire, a veces desaparecía durante días. pero era un adulto y no hada falta preguntarle dónde había estado. Yo no quería que él sintiera que metía las narices en sus asuntos; él ya me contaría si quería que yo lo supiera. Pero una vez, después de una ausencia de varios días, sí le pregunté, y su mirada mostró sorpresa ante mi interés.

—Estuve en Gales —dijo.

Estábamos sentados en mi estudio. Yo le había oído entrar en la casa, luego sus pasos subiendo las escaleras —llevando su bolsa a su habitación, supuse—, sus pasos bajando, y por fin un tintineo de vasos en la cocina, Zafar había pedido una caja de champán la semana de su llegada. Entró en el estudio, con una botella de champán y dos copas en la mano, se acercó adonde estaba sentado en el sillón, hojeando el *FT*. sin encontrar nada que leer. Levanté los pies de la otomana.

Tras abrir la botella, servir dos copas y pasarme una, se detuvo ante la mesa y colocó un posavasos sobre el cuero repujado de la superficie.

—¡Salud! —dije.

—¡Por la vida! —respondió.

Nunca le escuché brindar así en otra compañía. Supongo que lo hacía cuando yo no estaba delante, pero me gusta pensar que no. Uno se aferra a todas las muestras de afecto que puede encontrar.

—¿Y qué hay en Gales? —pregunté.

—Días felices. Buenos ratos.

—¿Habías ido allí con Emily?

—Sí —dijo, apartando la mirada.

—¿Al principio?

—Sí.

—¿Y encontraste lo que fuiste a buscar? Me refiero a esta vez.

—Quería ver qué efecto tendría el regresar, qué sentiría.

—Lo siento. Zafar.

—No, no pasa nada. Me alojé en el mismo pequeño y acogedor hotel, en la misma habitación de encima del salón, forrada con paneles de madera de la posada, y me tumbé en la misma cama infinita, rodeado por la chimenea, la alfombra con borlas y un tocador estilo reina Ana, donde ella se sentaba y se arreglaba por la mañana. No sentí nada. Era como si el que hubiera estado allí hubiera sido otro, no yo.

Zafar se calló de nuevo. Y, de nuevo, me asaltó la pregunta: ¿la amaba?, ¿tanto le costaba asumirlo...?, ¿asumir el qué? Estaba triste; se le notaba en los ojos y en la boca, que ahora me parecían, casi los de un desconocido, como si se hubiera puesto o quitado una máscara. Los músculos de la cara estaban flácidos, que es lo que tal vez pasa cuando la emoción, en retirada, suéltalas riendas.

—Hay una línea en *Viajes con mi tía*. de Graham Greene: *Conviene tener en reserva unos recuerdos de excesos para cuando lleguen los malos tiempos*.

—¿Fue Gales un exceso?

—Se equivocaba, ¿sabes?

—¿Quién?

—Greene.

—¿Por qué? —pregunté.

—Es el recuerdo de los excesos lo que hace que otros tiempos nos parezcan malos.

—¿Son éstos malos tiempos?

—¿Te acuerdas de los bailes del *college*?

—¿Aquellos a los que nunca ibas?

—Aquellos en los que la mitad de los hombres se quedaba mirando como bailaban todos los demás.

—Lo que significaba que tú mirabas a los hombres que miraban —dije.

—¿Qué quieres te diga? Me gusta observar.

—Bicho raro.

—Siempre ponían las mismas canciones.

—«Tainted Love» de Soft Cell y montones de Morrissey —dije—. Y aquella otra, «Sit Down», se titulaba así. ¿no? Bastante irónico para una canción de baile. De James.

—Si, claro —dijo—. ¿Qué te parece tan gracioso?

Yo me estaba riendo.

—¿Cómo sabes cosas como ésas?

Zafar no respondió, y supongo que hizo bien.

—Había un verso en aquella canción —dijo al instante—, que me vuelve una y otra vez: *If I hadn't seen such riches I could live with being poor.*[\[27\]](#)

—Si, es como cuanto te enteras de que tus vecinos, los Jones, acaban de comprarse el no va más de los cortacéspedes.

Algo parecido.

11

VEINTE PREGUNTAS O INCUMPLIENDO EL RIESGO DE CRÉDITO

Los precios de la vivienda se han elevado casi un 25 por ciento durante los dos últimos años. Aunque la actividad especulativa ha aumentado en algunas zonas, a escala nacional estas alzas de precios reflejan en gran medida unos consistentes fundamentos económicos, incluidos un crecimiento robusto del empleo y los ingresos [y] unos tipos hipotecarios bajos.

—BEN BERXANKE, presidente,
Consejo de Asesores Económicos del Presidente,
*Declaración ante el Comité conjunto de economía del Congreso de
EE.UU., 20 de octubre de 2005.*

Bien sé que la mayoría de los hombres, incluidos aquellos que se sienten a gusto enfrentándose a problemas de la mayor complejidad, raramente aceptan ni siquiera la más simple y obvia verdad si es tal que les fuerza a reconocer la falsedad de conclusiones que han explicado a colegas, que han enseñado con orgullo a otros y con las que han tejido, hilo por hilo, la urdimbre sus vidas.

—LEV TOLSTÓI,
¿Qué es el arte?

La excesiva ambición de propósitos puede ser reprobable en

muchos campos de actividad, no en literatura, La literatura sólo sobrevive si se propone objetivos desmesurados, incluso más allá de toda posibilidad de realización. La literatura seguirá teniendo una función únicamente si poetas y escritores se proponen empresas que ningún otro osa imaginar. Desde que la ciencia desconfía de las explicaciones generales y de las soluciones que no sean sectoriales y especializadas, el gran desafío de la literatura es poder entretejer los diversos saberes y los diversos códigos en una visión plural, facetada del mundo.

—ITALO CALVINO,

«*Multiplidad*» en *Seis propuestas para el nuevo milenio*[28]

A mi padre le encantan los juegos de mesa. Y por encima de todos, *Toboganes y escaleras*, un juego completamente ocioso. Nunca me lo había planteado, pero ahora se me ocurre que él debía de haber conocido el juego en Pakistán. En su infancia allí, si lo hubiera llamado con un nombre inglés lo habría conocido como *Serpientes y escaleras*. Pero también existe la posibilidad de que lo hubiera conocido con un nombre urdu. dado que el juego, como he descubierto buscando, procede originalmente de la India antigua. Mi padre y yo jugamos juntos por primera vez en Princeton y por eso siempre lo hemos llamado con su nombre americano. Estos días me pregunto por nimiedades como ésa, y si tienen algún significado o ninguno en absoluto. Lo mejor que se me ocurre es que su sentido tal vez radique sólo en fijarse en ellas, en permitir que se las recuerde.

Toboganes y escaleras era un juego para casa, en los viajes por carretera, jugábamos a las veinte preguntas, un juego con palabras conocido en todo el mundo, me parece. Hasta donde puedo recordar, lo jugábamos en Princeton, en el coche, los sábados por la mañana de camino al campo de béisbol. Podía hacer veinte preguntas para adivinar qué era él, podía preguntarle si era un animal o una planta, o si era un deportista o un científico. Más tarde, a la lista de categorías se añadían teoremas y fórmulas, y mi padre se cuidaba de distinguir ambos. Veinte preguntas con respuestas de sí o no para adivinar quién o qué era él y luego era su turno para hacer sus preguntas. Recuerdo que yo tardaba mucho, antes incluso de empezar el juego, en decidir quién sería

yo, dadas las muchas posibilidades por más que no se me ocurriera ninguna, pero mi padre siempre esperaba con paciencia.

Ahora, cuando voy en coche, recuerdo a menudo aquellos trayectos sabatinos por algo que me enseñó en uno de ellos. Aquel día mi padre era una fórmula física, que al final no supe identificar en veinte preguntas. Se trata de una fórmula fundamental de la física clásica que le enseñan a todos los escolares: la energía cinética de un objeto en movimiento es igual a la mitad de su masa multiplicada por el cuadrado de su velocidad. La masa de una cosa, me explicó mi padre, era lo mismo que su peso sobre la tierra. Mi padre me preguntó cuál era la energía de un coche que se desplazaba a 30 millas por hora, y yo respondí que no sabía cuánto pesaba el coche. Él dijo: bien visto. Recuerdo su afirmación, claro. Supon que sea m , sólo m , dijo. La mitad de m por 30 al cuadrado, que es la mitad de m por 900, es decir, 450 multiplicado por m . Y ahora dime cuál es la energía de un coche que va a 40 millas por hora.

Lo resolví, despacio, y respondí que era 800 multiplicado por m .

—Eso es casi el doble de la energía del coche desplazándose a 30 millas por hora —dijo.

—800 es casi el doble de 450 —dije.

—Correcto. Y es la energía la que te mata, es lo que causa el daño, no la velocidad sola.

—¿Qué quieres decir?

—Una mota de polvo que te golpea a cuarenta millas por hora simplemente saldrá rebotada. Pero ayer leí algo que decía que las posibilidades de que un niño muera al ser atropellado por un coche que va a cuarenta millas por hora rondan el ochenta y cinco por ciento, pero sí el coche va a treinta millas por hora, las posibilidades se reducen al cuarenta y cinco por ciento. ¿A qué se debe una diferencia tan pronunciada? Después de todo, el aumento de la velocidad es sólo de un tercio. Y ja lo has entendido. Se debe a que la energía casi se dobla.

Nunca me lo tomé como una lección sino como algo que a mi padre le parecía fascinante y quería compartirlo conmigo, y ahora lo recuerdo cada vez que conduzco, aunque sólo sea el instante que se tarda en pasar de la tercera a la cuarta marcha.

Un día, cuando no debía de tener más de quince años —ya había empezado

en Eton, así que debió de ser durante un breve permiso de fin de semana—, asomé la cabeza por la puerta abierta de su estudio. Él estaba sentado en su silla, vuelto hacia la ventana, de espaldas a su mesa, con los pies apoyados en el alféizar. Estaba mirando la luz del crepúsculo. Ya entonces yo lo admiraba por su trabajo. Lo que mi padre hace es pensar, y eso podía hacerlo contemplando un cielo que se oscurecía.

—Hola, colega —dijo todavía dándome la espalda.

Mi padre no tiene acento paquistaní, ni tampoco americano. Su voz, dice, es una combinación de un acento modulado por el otro, y, dado que no hay muchos americanos que se establezcan en Pakistán y aprendan a hablar urdu tan bien como los nativos, no podemos saberlo, pero tal vez sus acentos acaben sonando un poco como el suyo, aunque geográficamente él vaya en la otra dirección. Su voz tiene una matizada calidez envolvente, sin la fuerza para alzarse y expresar rabia. Supongo que podría describirse diciendo que tiene la suavidad de la seda de Cachemira, la seda de *Kashmir*. pero ahora recuerdo a Zafar y me desdigo: creo que él se reina de esas descripciones, y con razón, supongo.

Me senté en la otomana —la misma sobre la que preguntaría Zafar el primer día de su regreso a mi vida y que él, ni que decir tiene, arreglaría más tarde—, la otomana de mi padre, que el buen hombre me regaló años después cuando monté mi propia casa. Ahí me sentaba de pequeño y, a los quince y cuando ya era probablemente demasiado corpulento para ella, también me senté cuando él se dio la vuelta en la silla para encararme con una sonrisa luminosa.

Recordamos las cosas que en su momento tuvieron una presencia. Pero no hay una facultad sensorial para la percepción de los vacíos, sólo pistas que nos permiten inferir su existencia, lo que las hace todavía más difíciles de recordar que de percibir.

Durante mis visitas a casa, mi padre nunca me preguntaba el primer día cómo me iba el colegio. Tal vez lo hacía a lo largo del segundo, o del tercer día, si es que había un tercero, pero nunca en mi primera jornada de vuelta en casa. Ahora me doy cuenta, pero entonces no me fijé.

Le pregunté qué estaba haciendo. Me explicó que estaba trabajando en el espín de partículas subatómicas.

Que es, dicho sea de paso, el tipo de comentario que bloquea cualquier

cena, y hace que mi madre alce la mirada para avisar a los invitados, aunque su reacción fuera seguida de un gesto de afecto hacia mi padre.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—¿El giro, lo que los físicos llamamos espín?

Asentí.

—Es una propiedad de la partícula. Igual que las personas tienen propiedades, como la compasión, la piedad, el amor y la rabia, las partículas también las tienen, y de todo tipo. Carga eléctrica, masa, incluso color. Y el espín es una propiedad más. Pero no se parece en nada al espín de una pelota.

—Entonces ¿por qué se le llama espín?

—Buena pregunta. Creo que los nombres que ponen los físicos corresponden a cosas que podemos imaginar para hablar de algo que no podemos imaginar.

—¿Y cómo sabes que está ahí, ese giro?

—Eso es lo más raro de todo. No está ahí. De hecho, el giro cobra existencia sólo cuando lo buscamos. Hasta que lo hacemos, no existe.

Me quedé pasmado. Y debió de notármelo.

—La naturaleza es traviesa. Hace trucos —explicó mi padre—, ¿Te acuerdas de nuestro juego de las veinte preguntas?

—Sí.

—Cuando tomamos medidas de una partícula, es como si le preguntáramos qué es. Imagina la partícula jugando. Cada vez que le hacemos una pregunta, tomamos una medida o una lectura, la partícula nos da una respuesta, sí o no, de manera que con veinte preguntas o con veinte mil, nos hacemos una idea de lo que es. ¿Tiene sentido?

Yo no estaba convencido.

—Yo tampoco —añadió—, pero así es cómo me lo estoy planteando.

—¿De verdad, has estado pensando en las veinte preguntas?

—Pues, si he de ser sincero, sí.

Mi padre se rió.

—Deja que te explique algo sobre cómo jugaba —dijo—, no de cómo juego ahora sino de cómo lo hacía cuando estábamos en Princeton. Tú tardabas mucho en decidir qué eras antes de que yo pudiera empezar a preguntar.

—Me acuerdo.

—Pero yo no. No tardaba nada. Te engañaba.

—¿Cómo?

—Tomé por norma responder siempre a tus primeras tres preguntas con un sí, un no y un sí.

—¿Quieres decir que no habías decidido lo que eras cuando empegaba tu turno?

—No tenía ni idea.

—¿Lo dices en serio?

—Solía disimularlo, claro —prosiguió—. Decía ummm y ahh sólo para producir la impresión esperable. pero no tenía ni idea. Sin embargo, al llegar a la cuarta pregunta tenía que pensar qué podía ser, algo que ya estaba determinado por las condiciones establecidas por mis respuestas, sí, no y sí, a tus primeras tres preguntas. Eso daba ritmo al juego y lo hacía un poco más interesante para mí.

—Parece divertido.

—Ahora imagina que juegas pero respondes a todas las preguntas al azar y entonces, al final, sólo al final, intentas averiguar qué eres.

—Pero eso podría ser imposible. ¿Y si tus respuestas no se ajustan a nada que exista en el mundo?

—Es posible que se dé el caso —continuó—, pero eso, de hecho, se parece mucho a lo que hacen esas partículas subatómicas. Nosotros las observamos, ellas dan sus respuestas y nosotros nos imaginamos su espín, por más que en ningún momento hayan tenido esa propiedad.

No llegaba a captar del todo el sentido de la explicación —la física se me escapaba—, pero tampoco creo que mi padre esperara que yo lo entendiera. Es más, creo que él quería transmitir lo desconcertantes que eran esas ideas incluso para él, incluso aunque vivía para lidiar con ellas.

Esa noche, después de cenar, mi madre se fue a su clase; ella se tomaba muy en serio su reciclaje como psicoterapeuta y no se perdía una clase, ni siquiera cuando yo estaba en casa de vacaciones. Mi padre y yo llenábamos el lavaplatos y nos sentábamos en la mesa de la cena con un helado.

—¿Unos *Toboganes y escaleras*?

—Claro —dije.

A menudo jugábamos después de cenar, aunque sé —y sabía ya desde algún momento de mi infancia— que los hombres buscan excusas para que fluya la conversación.

—Juguemos también a las veinte preguntas.

—¿A las veinte preguntas primero? —pregunté.

—Los dos juegos a la vez.

Le sonreí. Ahora me tocaba a mí jugar como él había jugado en el pasado; él haría las preguntas, las veinte, pero en esta nueva versión del juego, yo sería el que adivinaría quién era.

Jugamos a los dos juegos despacio, pasando de uno al otro y con muchas digresiones mientras jugábamos, charlando de esto y lo otro. Hablamos un poco de mis estudios. Yo iba bastante bien, le decía, y mencionaba mis notas; yo siempre iba bien, no muy bien, y él comentaba las sorpresas que uno se da a sí mismo al esforzarse, comentarios hechos en abstracto que a la vez se dirigían a nadie y a sí mismo pero que compartía en mi provecho. Sé que esta cualidad de mi padre, la agudeza de la mirada, por ejemplo, para los vínculos entre las cosas, o la tendencia a la digresión, era algo que Zafar también tenía. Sé que había una semejanza entre ellos que debió de atraerme en Zafar. Había también diferencias radicales, claro. Mi padre estaba profundamente interesado por la política internacional; en sus opiniones era un liberal de pies a cabeza. Pero por entonces Zafar tenía poco que decir en esas cuestiones. Sin embargo, pese a todas las diferencias, sus afinidades —las digresiones, la dispersión de sus intereses, el reconocimiento de vínculos— me resultaron familiares y tranquilizadoras la primera vez que hablé con Zafar en la sala de estudiantes de nuestro *college* en Oxford.

—En ciencia —dijo mi padre—, nada vale un céntimo si no se conforma a nuestras observaciones del mundo. Sólo hay una esfera en toda la búsqueda humana del conocimiento en la que la observación no puede socavar la autoridad de una afirmación.

—¿Las matemáticas?

—Sí. ¿Eres un animal?

—No. ¿Por qué no te hiciste matemático?

—1, 2, 3,4. No era lo bastante bueno —respondió.

Era la primera vez que oía ese tono en la voz de mi padre, la expresión de una carencia y de un anhelo y —a riesgo de darle un registro un tanto excesivo

— de una herida.

En las notas de Zafar, me topé con una entrada garabateada que me parece, refleja ese sentimiento. No sé de quién estaba escribiendo Zafar o si se trata de una cita de algún otro, el caso es que dice: *Su tragedia personal era la tragedia de todos los hombres, que no pueden desembarazarse de las vidas que podrían haber sido, las vidas no vividas que les siguen.*

—¿Sabes lo que decía san Francisco de Asís del proselitismo? —preguntó mi padre.

—¿Qué?

—Evangeliza por todos los medios y, de ser necesario, utiliza palabras.

—Es genial.

—¿Eres un nombre abstracto?

—Sí —respondí y tiré el dado.

—Nunca me he sentido inclinado a instruirte en cómo vivir. No estoy seguro de que hubiera sabido por dónde empezar. Además, las lecciones más útiles que tu madre y yo podríamos enseñarte son las que ya te hemos enseñado involuntariamente a través de nuestros actos. ¿No dicen que las mejores lecciones no tienen profesor, sólo un alumno?

—Pero ¿quieres decir algo ahora?

Tiró el dado.

—¿Eres un concepto científico? No tengo claro que sea tanto una lección como algo sobre lo que pensar.

—No exactamente. Desde luego no en el sentido que tú estás pensando —respondí.

—Sabes que a los físicos teóricos les gusta buscar metáforas de la vida cotidiana para elucidar la física (¿por qué llamarlo espín?), pero me parece que podríamos invertir el sentido y utilizar la física como metáfora de la vida. He estado pensando en nuestro juego de las veinte preguntas en el contexto de la mecánica cuántica, pero hace un rato se me ocurrió que también sirve como metáfora de la vida. La tarea consiste siempre en averiguar quién eres. ¿Eres una emoción?

—Sí —respondí.

—Tenía un amigo en Princeton, un estudiante de doctorado ruso. En su contestador automático había grabado un mensaje encantador, que pronunciaba

con su fuerte acento ruso: *¿Quién eres y qué quieres? Algunas personas se pasan la vida entera intentando responder esas preguntas. Pero tú sólo dispones de treinta segundos.*

Mi padre y yo nos reímos.

—¿Qué fue de él?

—Se marchó. Lo que quiero decir es que podrías pensar en la gente que conoces en tu vida como si fueran preguntas, que están ahí para ayudarte a adivinar quién eres, de qué pasta eres, y qué quieres. En la vida, como en nuestra nueva versión del juego, empiezas sin saber la respuesta. Sólo cuando las partículas se rozan entre sí adivinamos sus propiedades. Esta idea de la física cuántica es de lo más extraño, y aun así no resulta sorprendente cuando piensas en ella como una metáfora. Es cuando la cosa interactúa cuando se revelan sus propiedades, incluso se resuelven.

Moví mi ficha y fue a parar a los pies de una escalera.

—En realidad era eso —añadió—, nada más que eso, lo que quería decir.

Todo eso sucedió hace más de dos décadas, y si se me pidiera que diera una razón por la que me viene a la cabeza en este momento, podría decir que ahora estoy pensando también en un día más reciente de. septiembre de 2008, justo antes de la reaparición de Zafar, cuando visité a mi padre con la esperanza injustificada de que podría darme consejo, por más que el adulto que yo era se hubiera resistido a expresarlo en esos términos. Conduje hasta Oxford por aquella misma carretera que había recorrido tantas veces antes, pero ese día con el corazón encogido por las preocupaciones. No puedo decir que tuviera la intención de revisarlas con él porque no había planeado deliberadamente preguntar nada en concreto. Por descontado, estaba la cuestión de si y qué información revelar al regulador financiero —todavía no había recibido la convocatoria formal para presentarme ante una comisión del Congreso—, pero lo que me constreñía el pecho era, más bien, un vago desencanto, como si hubiera perdido el sentido de la existencia. A lo que había que añadir la situación de mi matrimonio, la deriva del cual era, a aquellas alturas, demasiado pronunciada y prolongada para atribuirle a una consecuencia pasajera de nuestros respectivos y colectivos compromisos laborales. La carretera a Oxford me resultaba bien conocida, pero el trayecto de mi pensamiento se perdía por vías secundarias. Ahora creo que, más que por un motivo concreto, lo que me llevaba de vuelta a casa es que se trataba

del refugio donde me sentía más seguro.

Al final es la carencia de un hogar que sufría Zafar, por parafrasear sus notas, el desarraigo de su cuerpo, lo que conduce a y acaba en el desarraigo de su alma, en uno de esos bucles interminables que rigen nuestra vida más allá de nuestras limitadas entendederas. Yo he tenido suerte en muchos aspectos; la vida no ha escatimado sus bendiciones conmigo. Pero, he llegado a comprender, tarde o temprano [eso no lo sé), que eso es lo que a veces me ha convertido a mis propios ojos, y sospecho que también a ojos de los demás, en un ser humano bastante anodino e incluso aburrido, aunque también me haya ahorrado calamidades mayores; que lo más precioso que tenía era el amor estable de unos padres a los que admiraba.

El plan aquel día era ir a su casa para una cena que celebraban, Un evento social no era precisamente lo que yo tenía en la cabeza, pero mi padre sugirió que podría ser divertido —sin ningún banquero a la vista— y me podía quedar el domingo.

Él no estaba cuando llegué. Había ido a Trieste a una conferencia y se suponía que volaba de vuelta esa misma mañana, pero, me explicó mi madre, se había equivocado en la hora de salida cuando compró los billetes. Mi madre podría haberme avisado mandándome un mensaje antes de que yo saliera para Oxford, pero supongo que ella también quería verme.

Salvo mi padre, estaban ya todos los invitados cuando llegué. Oswyn Hapgood, un profesor de mediana edad de clásicas de All Souls. y su esposa, Maud, los dos en el salón, con copas en la mano, jerez dulce ambos, estoy seguro. De los dos, Maud era el vínculo; mi madre y ella eran amigas íntimas —mi madre me explicó de dónde se conocían, pero ya no lo recuerdo. De hecho, ni siquiera me acuerdo bien de sí a mi padre le caía bien Hapgood (tal vez por eso simplemente no se deshizo del billete que tenía y cogió un vuelo anterior). También estaba invitado uno de los estudiantes de doctorado de mi padre, Nathan Littwack, un becado Rhodes que procedía de Filadelfia, diez años menor que yo, que iba, según supe entonces, a ocupar un puesto de profesor en Caltech unos meses más tarde. Era muy inteligente, y los términos que había utilizado mi padre cuando hablaba de él indicaban que habían entablado amistad por encima de la línea de división generacional. Nathan estaba poniendo la mesa y parecía conocer la casa.

Con Nathan estaba Lauren. Digo *con*, aunque eso no quedaba claro de

manera inmediata, Lauren tenía la calma de muchos americanos que he conocido, un aire de familiaridad en cualquier entorno en que se encuentren, ese aire que algunos europeos toman por agresividad o incluso ven como un signo de creerse con derechos que no les corresponden. Creo que fue un *Eh, cari* entre ellos —que no recuerdo cuál de los dos pronunció— lo que me puso sobre aviso. Mentiría si no confesara que lo más llamativo de Lauren eran sus pechos. Habría apostado mi último dólar a que era un sujetador *push-up* lo que ajustaba aquellas curvas perfectas.

Mi madre hizo las presentaciones rápidamente antes de volver a la cocina, donde estaba dando los últimos toques a la cena. La ayudaba Rehana, una paquistaní de Cowley, a quienes mis padres tenían como ama de llaves.

Me puse a ayudar a Nathan. Pero cuando no supe encontrar lo que llamábamos la cúbetería bonita en el cajón donde siempre se había guardado. Nathan me sugirió que probara en el cajón del otro lado del aparador. Acertó. No debo de ser el primer hijo que vuelve de visita y encuentra perturbadores los pequeños cambios en casa después de que haber abandonado el nido, incluso olvidándose de la voluntad paterna de realizar esos cambios. La cubertería bonita había estado en el cajón de la derecha desde que vivíamos allí. Pero se trataba precisamente de eso. *Nosotros* ya no vivíamos ahí, me recordé a mí mismo, sino sólo ellos, y *ellos* podían tener su casa como mejor les fuera.

—Me han contado que te dedicas a la banca —dijo Oswyn Hapgood echando la cabeza hacia atrás. Le veía los pelos de la nariz. Su frente alta estaba bordeada de una maraña de pelo plateado muy rizado y, debajo, muy abajo, dos de las cejas más espesas que jamás se hayan visto en esta tierra. Hay gente que ha nacido con una cara ideal para la radio, o eso dice el chiste; pero Hapgood tenía una disposición craneal pintiparada para la academia.

—Así es —respondí y lo dejé ahí.

Aprovechando la pausa que yo acababa de abrir, mi madre explicó que yo era un socio de la firma. En aquel momento, ella sabía menos que mi padre sobre mi trabajo y ciertamente no tenía ni idea de la creciente sucesión de dificultades a la que me enfrentaba. Pero me sorprendió la nota de orgullo que asomó en su voz. Mientras crecía, mis padres no eran el tipo de personas que alardean de su hijo, pero he notado que en los últimos años ha aparecido algo del orgullo del progenitor en ambos, sobre todo en mi madre.

—¿Quién habría imaginado que se desataría este, drama en las finanzas?
—añadió el profesor.

Sus modales, cada uno de sus gestos, lo dejaban suspendido al borde, de la arrogancia y me pregunté si se trataba simplemente de un hombre tímido cuya timidez lo había aislado de las normas del comportamiento social aceptable. Mi madre se refiere al mundo académico como «el asilo».

Pero, por más cohibido que fuera, Hapgood tenía razón. En los doce meses precedentes, el banco británico Northern Rock había sido nacionalizado, la sociedad hipotecaria Bradford & Smiley se tambaleaba vertiginosamente al borde del precipicio, las bolsas habían sufrido su mayor caída desde el 11 de septiembre de 2001. y el Banco Central Europeo había elevado los tipos de interés veinticinco puntos básicos. Incluso en aquel septiembre de 2008, había habido más momentos dramáticos de los que había visto durante todo el tiempo que llevaba en las finanzas. El banco de inversiones americano Bear Stearns, de rodillas, con un pasivo descomunal, fue comprado por unos miserables 2 dólares por acción por el JPMorgan Chase. Las gigantescas sociedades hipotecarias estadounidenses. Freddie Mac y Fannie Mac, pasaron a manos del gobierno después de la revelación de unas obligaciones de cinco billones de dólares que no podían satisfacer. Lehman Brothers —por Dios bendito, Lehman Brothers— había solicitado la suspensión de pagos. AIG, una de las mayores empresas del mundo, fue rescatada por el gobierno, y mientras tanto el Secretario del Tesoro Henry Poulson propuso un plan de rescate masivo financiado por los contribuyentes para la industria de servicios financieros, el Troubled Assets Relief Program. Menos de cuarenta y ocho horas antes de visitar a mis padres, Washington Mutual entró en liquidación, en lo que fue la mayor quiebra bancaria de la historia de EEUU.

—Yo trabajo en la banca de inversiones —le dije a Hapgood—. Los problemas son de la banca comercial, están en los préstamos. Nosotros no damos hipotecas.

La distinción podría parecer falsa, pero era la que se había animado a que trazaran los socios siempre que las circunstancias lo permitieran. Y tal vez habría sido una respuesta suficiente para Hapgood, pero no, lo veo ahora, para nadie con una inteligencia despierta.

En septiembre de 2008, yo todavía era socio de la firma, y los intereses de ésta eran también los míos, tanto como ala inversa, Eso, más o menos, era lo

que significaba ser socio, ofrecer un frente unido en defensa de intereses comunes, La primera norma de la firma era no conceder entrevistas y mantenerla lejos del ojo público, La mayoría de la gente no sabe muy bien en qué consiste la banca de inversiones y, debido a esa ignorancia, y también a que la multitud suele tener demasiada prisa para atender a pruebas o razones, lo mejor era permanecer alejados de la mirada pública, Pero la crisis financiera estaba cambiando las cosas, La firma había movlizado una maquinaria de relaciones públicas y la posición adoptada para hacer frente a la crítica pública era que la empresa necesitaba esforzarse más para explicarle a la gente en qué consistía de hecho su trabajo, algo que la firma, con la cabeza gacha y la gorra en la mano, admitía que no había sabido hacer hasta entonces. Es lo que hacen los políticos cuando se enfrentan a un público hostil: una expresión de arrepentimiento por no haber sabido explicar las opciones y decisiones..., lo cual dista mucho de ser una disculpa.

—Lo que no entiendo —prosiguió Hapgood— es cómo es posible que tantos bancos lo hicieran tan mal y aun así pagaran a su personal unas primas tan generosas.

—A algunos bancos les va bien —respondí.

—¿Y al tuyo?

—Va bien —dije, aunque *no demasiado mal* habría estado más cerca de la verdad.

—¿Y por qué?

—Por previsión, diría.

—Vamos. Seguro que hay más que explicar.

Hapgood quería detalles, y no veía cómo librarme de complacerle.

—Pongamos que eres el propietario de una casa. La has comprado con la ayuda de una gran hipoteca, pero también tienes otras deudas. Quizás un préstamo personal para financiar un coche. Y, lo que es crucial, deudas sobre tus tarjetas de crédito. Digamos que en este momento cumples con las devoluciones mínimas de las tarjetas, pero vas muy justo, y si tus obligaciones de reembolsos aumentaran te encontrarías con problemas para pagar. ¿Qué haces si los tipos de interés suben y no puedes cumplir con todas tus obligaciones crediticias?

—Pues que no las pagas —dijo Hapgood.

—Investigamos y llegamos a la conclusión de que la mayoría de la gente

prefería aferrarse a su casa tanto como pudiera; incumplirían los pagos de otras cosas —en primer lugar y antes que nada la deuda de sus tarjetas de crédito— antes que retrasarse en los pagos de la hipoteca. Así que manteníamos un ojo atento a los pagos de las tarjetas de crédito y cuando vimos un aumento pronunciado en los impagos de la deuda de las tarjetas, supimos que las hipotecas no tardarían mucho en caer así que nos retiramos de ese mercado.

—¿Qué quieres decir con eso de «nos retiramos de ese mercado»?

—Quiero decir que eliminamos nuestra exposición en hipotecas.

—¿Que no os aferrabais ya a las hipotecas?

—Exacto. ¿Tiene sentido?

—¿De verdad fue tan simple?

—De verdad fue tan simple.

—¿Y por qué no lo hicieron otras firmas?

—Unas pocas sí lo hicieron. La mía. Goldman Sachs y un par más.

Hapgood pareció que iba digiriendo toda la información, pero todavía no había acabado. Tendría que haberme, dado cuenta antes.

—¿Crees que a los banqueros se les paga demasiado?

—¡Oswyn! —intervino Maud, la esposa de Oswyn.

—Oh, vaya, lo siento —dijo.

Oswyn Hapgood, el profesor de clásicas, pareció ridículo. Mi padre lo había apodado Oswyn Nogood. De los dos, y por lo s do s. Maud hacía evidentemente de brújula en la vida social, si es que intervenía a tiempo.

—No, no —dije—. Es una pregunta muy razonable, No todos los profesionales de las finanzas reciben grandes primas —dije, dirigiéndome a Hapgood—, pero cuando mi firma las paga, lo hace porque si no esos banqueros se irían a otras.

—¿Y de verdad necesitamos toda esta hechicería financiera?

—Las finanzas hacen mucho bien.,.

—Sí, pero ¿de verdad crees que tiene que haber tanta economía financiera?

—Algunos se preguntan hasta qué punto necesitamos profesores de clásicas y cuántos necesitamos. Yo creo que los necesitamos mucho, Pero eso no cuenta demasiado cuando intentas dilucidar cuánto pagar a los profesores,

y ciertamente no nos dice qué hemos de pagarles para impedir que se vayan a las universidades americanas.

Nathan Littwack había permanecido en silencio hasta ese momento.

—¿Y cómo lo sabemos? —preguntó.

—¿Que cómo sabemos que no sabemos cuánto pagar a los profesores?

—No. ¿Cómo sabemos que tenemos que pagar a los banqueros las primas que les pagamos para evitar que se vayan a otras firmas?

—Cuando no les pagamos lo bastante —respondí un poco cansado— vemos que se van. Ocurre con bastante frecuencia.

Cuando entré en la firma en julio de 1993 como socio en ventas en el departamento de renta fija, creía —y todavía lo creo, independientemente de lo que diga Zafar— que me contrataron porque Zafar había hablado bien de mí. Él ya había pasado algún tiempo en la firma, pues había entrado en la sede central de Nueva York no mucho después de salir de Harvard, cuando yo empezaba a asomarme a las finanzas mientras acababa la tesis del máster. Yo ya tenía otros amigos en el sector, dos de ellos de Eton. pero todos trabajaban en bancos de inversión europeos. los chicos de Eton en bancos ingleses muy serios, ninguno de los cuales, casualmente, sobreviviría a la arremetida de los americanos durante la década de 1990 para hacerse con el segmento de servicios financieros, con la agresividad típica de los bancos de EE. UU. y su capacidad de innovación. En aquellos tiempos, y todavía hoy, me parecía que los nombres más emocionantes de las finanzas eran americanos: mi firma, Goldman Sachs, Morgan Stanley y los demás. Así que le envié un email a Zafar. Él me sugirió que escribiera a Doug Hendricks de Productos Estructurados, una figura emergente cuyo grupo, dijo Zafar, estaba hablando de algunas nuevas ideas interesantes, Doug respondió que necesitaba contratar a más gente en Londres y que estaría en la ciudad la semana siguiente. Me convocaron para «tan sólo un par de entrevistas:», pero me encontré ante un auténtico bombardeo de preguntas de más de cinco horas, de socios y profesionales veteranos, antes de conocer a Doug.

Unos días más tarde, le pregunté a Zafar si se había enterado de algo. Le llamé desde Londres, y ahora puedo imaginármelo tal como debería de estar, sentado en el trabajo, echado hacia atrás en la silla, frente a una hilera de pantallas, con los auriculares puestos, el micrófono colgado a un lado de la boca. Me explicó que Doug había ido a verle esa mañana y que le había

preguntado qué pensaba él de mí.

—¿Qué le dijiste?

—Le dije que no te habría recomendado el trabajo si no pensara que tú lo aceptarías.

—¿Y qué dijo él?

—Te lo diré: si eso es lo que piensas, para mí es bastante.

—Guau. Deben de tenerte en mucha estima.

—Él ya había decidido contratarte. Lo único que quería era apuntarse un favor en mi deber.

—Eso es un poco cínico, ¿no te parece?

—Es un banquero. Tiene opciones binarias.

—Si estaba en tu mesa, cualquiera le habría oído.

—Es un tipo listo. No quiere que la gente crea que no es capaz de distinguir un potencial bien contratado de uno que no lo sea ni que tiene que atildarse de un empleado relativamente nuevo.

—Exacto. Así que ¿por qué decirlo?

—Porque sabe que todos los demás saben lo que en realidad está diciendo; todo el mundo sabe lo estúpido que sería confiar tanto en la palabra de un novato que, además, es amigo del solicitante. Quiere que, yo crea que me está haciendo un favor. Y piensa que soy lo bastante ingenuo para tragármelo o lo bastante listo para no delatar que me siento ofendido porque no lo estoy.

—Haces que la empresa parezca una especie de teatrillo psicológico.

—¿Sabes alguna que no lo sea? El caso es que conseguiste el empleo porque él te quiere contratar.

—Gracias.

—No me lo agradezcas. La firma me paga mil dólares por presentar a un solicitante que es aceptado.

Dos semanas más tarde, cuando llegué a Nueva York para el cursillo de introducción (antes de regresar para trabajar en la oficina de Londres), Zafar y yo cenamos en el West Village, al doblar la esquina de su apartamento, en un restaurante italiano cuya camarera parecía conocerle. Una vez me hubo respondido a algunas preguntas sobre la firma, se hizo el silencio entre nosotros. Zafar pareció desconectar, fijando la mirada en la camarera, que le

sonrió. Pero cuando él no le devolvió la sonrisa, me di cuenta de que Zafar estaba en otra parte.

—¿Y qué me dices de ti?

—¿Que qué te digo de mí?

—¿Cómo entraste?

—Con una entrevista, como tú.

—Pero ¿cómo fue el proceso?, ¿cómo te enteraste?

—Por una llamada de un cazatalentos durante el último año en Harvard, seguida de una entrevista con un banquero y una oferta de empleo.

—¿Una entrevista con un banquero?, ¿con Doug Hendricks?

Zafar pareció pensarse la respuesta.

—No, no era Hendricks. Era un hombre inmenso, había sido defensa de fútbol americano en la universidad; irrumpió a largas zancadas en el despacho, se dejó caer en el sofá y me miró durante una eternidad sin decir palabra. He visto tu curriculum, dijo, y puedes dedicarte a esta basura, La pregunta es: ¿tienes ganas de pelea dentro de ti?, ¿las tienes?

—¿Y qué le dijiste? —pregunté.

—Tengo más ganas de pelea de las que se necesitan para cualquier empleo, le dije. He hecho un largo trayecto, desde una cabaña de barro en la estación de lluvias en una parte del mundo que usted sólo conoce como un caso perdido de miseria. Me pasé un año de la infancia en el sótano de una casa abandonada, viviendo en dos habitaciones con un lavabo exterior, y cuando intento recordar la cocina, sólo puedo ver la mitad en la que no había ratas. He crecido en uno de los peores barrios de viviendas protegidas de Londres. Me han pateado y escupido por mi raza, he tenido profesores que me mandaron a clases para niños con dificultades porque creían que era tonto cuando en realidad sólo era callado, me han dado golpes a lo largo de toda mi breve vida y he llegado hasta aquí. ¿Qué si tengo ánimo de pelea? Ya me dirá usted.

Me quedé pasmado. Una vez más sentí, como me ha ocurrido a menudo en su compañía, una extraña sensación de envidia. No tiene sentido envidiar a otro ser humano por las penurias que ha pasado, pero la envidia es como es. En mi propia historia no puedo encontrar nada heroico.

—¿De verdad le dijiste eso? —pregunté.

Zafar sonreía.

—No.

—¿Qué le respondiste en realidad? —insistí.

—Bueno, a decir verdad él no preguntó gran cosa. Lo que quería era enseñarme cosas de su propio trabajo, así que hablamos de finanzas durante un par de horas.

—¿Una entrevista de dos horas?

—Yo lo consideraría más bien una tutoría.

—¿Quieres decir que él intentaba venderte algo?

—En realidad, no; él estaba comprobando si yo era capaz de entender el material.

Tres años después. Zafar dejó el banco y volvió a Gran Bretaña, con la intención, explicó, de ejercer el Derecho. Se había decidido, aunque eso implicara formarse para entrar en la abogacía inglesa. Admiraba eso de él, la rapidez con la que tomaba y ponía en práctica decisiones vitales.

Oswyn Hapgood era ciertamente agotador, por decirlo suavemente. Un año antes, habría disentido despreocupadamente sobre la cuestión de los salarios de los banqueros sin la menor incomodidad. Pero estábamos a finales de septiembre de 2.008, los mercados andaban revueltos y los efectos de la crisis financiera se estaban propagando a la economía. Mi firma, aunque distaba, y mucho, de ser la peor parada, había sufrido algunas pérdidas, y no sólo en Estados Unidos. Como les ocurría también a otras empresas americanas, casi todos sus negocios europeos se llevaban desde Londres. Y era Londres, de hecho, la que recogía la mayor parte del negocio de fuera del continente americano y Asia, y todo eso sumaba. El Reino Unido había sido escenario de importantes quiebras bancarias y, en sentidos que yo jamás habría previsto, buena parte de las turbulencias acabaron volviendo a mi mesa y recayendo sobre el grupo que yo dirigía, aunque por entonces ya sólo nominalmente; el control efectivo había pasado, pese a mis quejas, al jefe de departamento, al jefe financiero y a los encargados de riesgo de la firma.

—Aquí hay al menos dos cuestiones —explicó Nathan Littwack.

Cuando no hablaba permanecía totalmente inmóvil, con los codos apoyados en la mesa, las manos entrelazadas y, parecía, con los pulgares apretados, por el lado de las uñas, contra los labios. Yo no conocía a ese joven, pero había oído algunas cosas sobre él. Cuando Nathan Littwack

escuchaba, sabías que estaba escuchando cada palabra que decías. Cuando Nathan Littwack hablaba, sus palabras eran inseparables de su lenguaje corporal. Y cuando articulaba algo que a todas luces había pensado cuidadosamente, vi lo que los demás en aquella sala ya habían visto: la precisión de cierto tipo de académico, uno como mi padre.

—La primera —dijo— es si un banco dado necesita pagar lo que paga para conservar a su personal. Tenemos que responder a eso —añadió, asintiendo en mi dirección—. Puede que me equivoque, pero me parece que no es esa la pregunta correcta —prosiguió—, no cuando los gobiernos intentan aumentarla regulación.

—¿Y cuál es la pregunta correcta?

—¿Necesidad *sector* pagar a su personal lo que le paga actualmente para evitar que abandone el sector?

—Pero, Nathan —dije—, no es el sector el que paga al personal, sino las firmas.

—¿Y qué me dices de un impuesto alas firmas —dijo Nathan— que dependa de lo que la firma paga en salarios? Una tasa proporcional, ¿Eso no haría bajar la paga de los banqueros en las firmas?

En ese momento intervino Lauren.

—¿Habéis visto esos gráficos sóbrelo que cobran los banqueros y el sueldo medio en el resto de la economía? Son del NBRE, creo, ¿o eran de Shiller?

—No, de Shiller no —la corrigió Nathan.

—¿El NBER? —preguntó Hapgood.

—El National Bureau of Economic Research —explicó Nathan.

—¿Dónde van a ir a parar los banqueros? —me preguntó Lauren—, El sueldo en la banca siempre fue más alto que en el resto de la economía —prosiguió—, pero no por mucha diferencia hasta los años ochenta, cuando empezó a subir pronunciadamente. Y no por casualidad, los ingresos medios en Estados Unidos son ahora menores que en 2000. ¡Menores! La mayoría gana trescientos dólares menos ahora que en 1980, y todas las ganancias de los últimos treinta años, ¡todos los beneficios!, han acabado en manos del cero coma uno por ciento más rico. El cero coma uno por ciento. ¡El uno por ciento más rico posee el cuarenta por ciento de la riqueza de América! A día de hoy habría que rebajar el salario de los banqueros un ochenta por ciento para que

sus empleos fueran remotamente comparables a otros empleos. ¿Se os ocurre algún sector en que esos banqueros puedan cobrar lo que ganan en las finanzas?

Hapgood, menos cortado y más envalentonado por los americanos, metió haza.

—¿No es razonable —preguntó— que el sector financiero pague la cuenta por metemos en este lío?

—Eso es harina de otro costal —dijo Nathan.

Las tupidas cejas de Hapgood dieron un salto como roedores asustados, pero no sabría si era porque no le resultaba familiar el dicho o porque se dio cuenta de que acababan de darle un toque aclarándole que lo que decía no venía a cuento.

La conversación siguió en ese tono durante parte de la velada, y debo reconocer que mis respuestas no fueron las más convincentes. Los banqueros, en términos generales, creo, no son dados a tener en cuenta el contexto más amplio, del mismo modo, no me cabe duda, que los médicos más atareados no prestan mucha atención al estado nacional de la salud pública y los problemas de asegurar a una sociedad entera. La gente, en general, se dedica a su trabajo, y donde se requiere un trabajo exigente, se dedica hasta el punto de excluir las preocupaciones que, en último término, no le sirven de nada para el trabajo que les ocupa.

Nathan era un joven muy listo que evidentemente tenía inteligencia de sobra para hacerse una idea por sí mismo, pero estoy seguro de que seguía las noticias financieras con bastante más atención que la mayoría de la gente ajena a las finanzas. Él estaba hablando de las mismas cosas de las que se informaba en la prensa económica, incluido un impuesto a bancos para crear un fondo de reserva para los rescates, un impuesto en ciertas transacciones financieras y un impuesto vinculado a los salarios y primas pero pagado por los bancos. Cada uno de esos temas tenía sus propias razones y lógica. Pero, en última instancia, todos se justificaban a partir de las quiebras en cascada de los instrumentos financieros que habían dominado el mundo de las finanzas.

Esos instrumentos no los entendía la mayoría de la gente y, de hecho, son tan ampliamente *incomprendidos* en general que lo primero que escribe, un periodista sobre ellos es que son ampliamente *incomprendidos* en general. No puedo ser el único que se haya dado cuenta de que, hasta hacía poco, incluso

el agosto *Financial Times* dedicaba a los mercados de derivados y de bonos poco más que una mención fugaz, y siempre considerando necesario señalar el hecho más trivial: que el precio y el rendimiento de un bono se mueven en direcciones contrarias. Nadie fuera de este negocio —y no todos dentro de él— puede llegar a entender los nuevos productos.

Cuando pienso sobre esta falta de comprensión, me acuerdo de algo que dijo Zafar acerca de la enseñanza de las matemáticas en las escuelas; era un comentario obvio, tan obvio que me pregunté por qué nunca se me había ocurrido a mí, que también había estudiado matemáticas. Un mal profesor de matemáticas, explicó, puede causar estragos. Un mal profesor de historia, cuando tienes, pongamos, doce años, puede implicar que no te hagas una idea muy precisa de la Primera Guerra Mundial o de la Conferencia de Potsdam. El docente deja un hueco en tu educación. Al año siguiente, lo arreglas. La temprana deficiencia no te supone un gran obstáculo cuando más tarde estudies la Revolución rusa, al menos, no en esos años en los que, en cualquier caso, tampoco se estudian esos temas con mucha profundidad. Pero con las matemáticas es distinto. Si no puedes asimilarla materia prescrita para un curso, entonces todo lo que sigue en los años posteriores resulta casi imposible que lo entiendas. Desde el principio, la educación en matemáticas es acumulativa, una pirámide, cada capa de ladrillo se alza cuidadosamente sobre la precedente. No puedes entender la trigonometría si no has comprendido la idea de triángulos semejantes. No puedes dominar el cálculo si no has entendido áreas y velocidades. Y no puedes entender nada de nada si no tienes unos conocimientos básicos de álgebra. Por eso los profesores de matemáticas lo pasan tan mal explicando su trabajo a la gente. La inmensa mayoría de estudiantes es vulnerable a la impericia de un mal profesor. Para un niño, no es lo mismo que sus profesores de matemáticas en conjunto sean igual de buenos o malos que sus profesores de historia. De hecho, incluso si los profesores de matemáticas fueran en su conjunto, es decir, como grupo, mejores que los profesores de historia, la presencia de un solo mal profesor de mates en una fase temprana entorpece y retarda el conocimiento que el niño tiene de las matemáticas si es que no lo condena a la ignorancia.[29]

La incompreensión general de los derivados, desde la del conductor de autobús y el camarero al profesor de clásicas y a la del director de periódico, tiene sus razones: cualquier exposición mínimamente decente requiere una

buena cantidad de matemáticas. Mi padre cuenta una historia sobre Richard Feynman, al que habían apodado el Gran Divulgador por su talento para explicar la física teórica. Cuando un periodista le pidió que le explicara en tres minutos por qué había ganado el premio Nobel, Feynman respondió que si pudiera explicarlo en tres minutos, no merecería un premio Nobel. Feynman, creo, está señalando que una explicación de algo resumiéndolo y simplificándolo una y otra vez hasta que lo único que queda es una metáfora familiar que, de hecho, carece de contenido, no ayuda a nadie a la comprensión de la cosa en sí y no es más que la repetición de una imagen conocida.

Incluso los elementos básicos de los derivados financieros son matemáticos. Pero, y sin mucho que ver con el contenido matemático, el otro problema es que entender los derivados requiere, me parece, una comprensión de otras ideas aún más básicas en las finanzas, tanto si a su vez tienen contenido matemático como si no. Es un conocimiento acumulativo, por utilizar el lenguaje de Zafar. Tal vez no sea exclusivo de las finanzas. Por lo que sé, la medicina es igual, y también el Derecho.

Al releer lo anterior, parece como el principio de una especie de defensa. Y podría serlo. Sé que mis propios abogados redactarán algo para enviarlo a la comisión del Congreso y que esto debería formar la base de mi declaración oral. También me prepararán para responder preguntas. Y la firma sin duda pondrá a mi disposición sus propios abogados, aunque ya sólo sea un antiguo empleado, pero, no hace falta decirlo, no me fiaré de ellos. Hay que preparar una defensa, lo sé. Pero el ataque, más que probablemente, adoptará la forma de esas vagas arengas populistas que tan bien se les dan a los políticos. El linchamiento tiene una versión civilizada. Pero, aunque hay que dar muchas disculpas, la excusa indiscriminada por un delito tan vago como «metemos en el lío en que estamos» no puede ser una de ellas. No hay por dónde cogerla. En septiembre de 2008, en la cena en casa de mis padres, yo ya estaba bastante a la defensiva. Estos días lo estoy todavía más. Mantengo un diálogo para mis adentros mientras mi cabeza va construyendo una defensa por partes.

A mediados de los noventa. Zafar dejó el sector por el Derecho, pero yo seguí en la banca y entré en el grupo de Productos Estructurados en Londres. El grupo acababa de ser establecido para explorar oportunidades de la firma en un campo donde otros se le habían adelantado, en especial un equipo de

JPMorgan liderado por Bill Demchack y Peter Hancock. A finales de 1994. se me había pedido que estudiara un acuerdo que JPMorgan había cerrado recientemente con el Banco Europeo para la Reconstrucción y el Desarrollo. El acuerdo había dado mucho que hablar, aunque no había duda de que. tanto como el acuerdo mismo, fue la glamurosa y guapa artífice del mismo la que había soltado todas las lenguas.

El trasfondo fue un desastre medioambiental que había sucedido cinco años antes. En 1989, el petrolero Exxon Valdez encalló en la costa de Alaska, provocando una inmensa marea negra. Cuatro años más tarde, en una demanda colectiva, Exxon fue multada con 5.000 millones de dólares. Es cierto que en un recurso de 2008, el Tribunal Supremo de EE. UU. limitaría la responsabilidad de la compañía a 500 millones, una décima parte de lo que había fallado el jurado de 1994, pero por entonces Exxon se enfrentaba a la perspectiva de tener que pagar una indemnización descomunal. Así que acudió a su banco, JPMorgan, para obtener una línea de crédito a la que recurrir cuando se presentase la necesidad. Pero, abrir una línea de crédito de tal magnitud habría tenido implicaciones enormes para JPMorgan.

Cada vez que un banco hace un préstamo, corre el riesgo de que el prestatario no lo devuelva. Además, un banco depende del reembolso para su propio negocio, pagar a los depositantes que quieren su dinero e incluso pagar a sus propios acreedores. Así que el riesgo de que un deudor no pague implica un peligro para el banco, sus clientes, depositantes y acreedores y, si el banco es grande, un peligro también para el sector de los servicios financieros. Los reguladores que, al menos en teoría, velan por los clientes en el sector, intervienen en ese momento y exigen que un banco aparte cierta cantidad de capital cada vez que deja dinero, poniéndolo en una cuenta de reserva que el banco no puede tocar. Con esta reserva, y salva) el caso de la quiebra catastrófica de un gran número de sus deudores, el banco estaría en condiciones de soportar algunos golpes sin hundirse ni dañar al sector entero en el proceso.

Si JPMorgan abría una línea de crédito para Exxon, sería enorme, y JPMorgan tendría que provisionar una suma ingente de capital, capital al que no podría darle ningún uso, ni siquiera sacarle interés. Por descontado, a los bancos no les hace gracia esa obligación; quieren que su dinero gane dinero. Ahí es donde entró Payne.

Conocí a Meena, como he contado, durante el programa de formación en Nueva York, me enamoré, la cortejé y salí con ella. Recuerdo que incluso cociné para ella, o lo intenté, albóndigas de espinacas y piñones o algo así, que se me deshacían en las manos y me obligaron a apuñalar el teléfono con el índice en busca de un restaurante decente cerca de Wall Street que hiciera entregas a domicilio en menos de media hora. Acabada la formación, Meena y yo volvimos a Londres. Con el paso del tiempo, yo me quedaba cada vez más en su pequeño apartamento, incluso cuando, semana tras semana, el contenido de su ropero migraba a mi casa, donde engalanaba los muebles. Una noche muy fría de diciembre, en que la convencí para que diéramos un paseo por el Albert Bridge para ver su famosa e inexistente iluminación navideña, le pedí que nos casáramos. Dos semanas más tarde, un luminoso lunes por la mañana en enero, vi a Payne por primera vez, en un seminario matinal en el Guildhall de Londres, sentada en un comité con otros dos hombres. Cuando le llegó el turno de hablar, esta mujer esbelta y bella se puso en pie, su silla recibió todo el empuje del retroceso, y en una docena de zancadas resueltas, con aquellas largas piernas de infarto, cruzó el escenario hasta el atril. Llevaba botas que le llegaban hasta las rodillas, mallas negras y una falda de tartán, pero no papeles en las manos. Payne tenía unos ojos azules brillantes —con motas grises, insistía— y un cabello largo y rubio, a veces recogido en un moño. Provenía de una antigua familia de juristas y comerciantes de Boston —dos de sus antepasados, según supe, se habían sentado en el Tribunal Supremo del Estado y otro, Josiah Edgerton, socio de John Quincy Adams, presumía de poseerla mayor finca agrícola de la Commonwealth de Massachusetts—, así que Payne tenía sangre azul en versión americana, pese a lo cual no daba grandes muestras de los modales refinados que uno imaginaría que vienen de fábrica con esa cuna. Por un lado, sabía muy bien lo que quería, y en el cuerpo no tenía ni un solo nervio que la reprimiera, inhibiera ni cortara, ni tampoco disimulaba su intención de conseguirlo, y por otro, como han apuntado los periodistas económicos, soltaba más tacos que un carretero. En el mundo de las finanzas se había ganado el mote de House of Payne, como la «casa del dolor» del doctor Moreau. Y creo que eso la enorgullecía.

El Banco Europeo para la Reconstrucción y el Desarrollo se había fundado en Londres en 1991. Su objetivo declarado, explicó Payne, era invertir en economías de mercado en los países excomunistas de Europa. En

1994, tenía una considerable capacidad crediticia, que quería extender al prestatario apropiado. JPMorgan —es decir, ella misma— aprovechó la oportunidad y negoció un acuerdo con el BERD en el que éste cubriría a JPMorgan en el caso de que Exxon incumpliera alguno de los pagos una vez Exxon empezara a hacer uso de la línea de crédito. El BERD aseguraba de hecho a JPMorgan contra el riesgo crediticio que suponía Exxon, y a cambio JPMorgan pagaría al BERD una modesta prima anual. Era el primer acuerdo de este tipo, al menos el primero que llamaba la atención. Debido a la vertiente europea del acuerdo y el negocio potencial que había abierto, Payne fue trasladada a la oficina londinense de JPMorgan tras ser ascendida tan rápidamente que los mirones sufrieron un latigazo cervical.

Con ese acuerdo en la mano (al que acababa de dársele el nombre de *credit default swap* o permuta de incumplimiento crediticio), Payne fue a la Comisión de Valores y Cambios, la SEC, y defendió con éxito que JPMorgan había eliminado de hecho la exposición al riesgo crediticio que contraía al extender una línea de crédito a Exxon y por tanto debía dispensársele de tener que reservar grandes sumas de capital para cubrir el riesgo de impago de Exxon.

Cuando mi firma me pidió que investigara esas permutas de incumplimiento crediticio, me lancé de cabeza ante la oportunidad que se me ofrecía. Puede ganarse mucho dinero como innovador de mercado, pero el segundo puesto también tiene sus ventajas. El primero asume el coste de desarrollar una idea audaz y el riesgo de que fracase, mientras que el segundo puede evitar los errores del primero. Después de todo, siempre es el segundo ratón el que se lleva el queso.

Después de la presentación, le mandé un email a Payne proponiéndole que tomáramos un café para hablar de sus ideas. Aceptó y quedamos en un bistró cerca del Banco de Inglaterra. Ella llevaba una falda negra que le ceñía la figura y le llegaba hasta las rodillas y con una chaqueta a juego, que se quitó antes de sentarse. Debajo llevaba una blusa blanca de algodón, con el cuello alto vuelto, también muy ajustada, que se iba estrechando además hasta una cintura de avispa, donde se metía por dentro de la falda. La blusa iba desabotonada hasta el canalillo. Me parece conveniente mencionar esos detalles para describir la escena.

Lo que me contó Payne delante de un café cambió mi vida. El plan resulta

fácil de explicar porque, una vez me familiaricé con él a su debido tiempo, fue la base de casi todo lo que hice durante más de una década.

En una titulización, un denominado patrocinador acepta préstamos hipotecarios o corporativos, que prometen un torrente de *cash flows*. y sintetiza los títulos de esos préstamos. Como cualquier idea brillante, era asombrosamente sencilla, en cuanto se le ocurría a alguien, claro. Creas una empresa especial, en algún lugar *offshore* por razones tributarias perfectamente legales, y entonces haces que esa empresa compre, pongamos, un paquete de hipotecas de manera que sirva para recibir los pagos de esas hipotecas. Seguidamente, la empresa ofrece vender a inversores un título de su propia creación que promete una serie de beneficios financiados por el paquete de pagos de hipotecas. Cuando digo paquete de pagos de hipotecas me refiero a los de más de decenas de miles de hipotecas. Ahí estaba parte de la gracia: los inversores que pudieran estar interesados en comprar estos títulos sintéticos, fondos de pensiones y *hedge funds*. por ejemplo, no tenían el menor interés en el goteo anémico de unas pocas hipotecas.

Al recopilar aquí mis pensamientos para llegar adonde quiero llegar, me acuerdo de un chiste que contaba Zafar cuando todavía trabajaba en las finanzas. He dicho chiste, pero Zafar siempre era bastante serio en todo lo referente a la banca y a menudo hablaba de lo que él llamaba responsabilidad. Este rollo es tan esotérico, dijo una vez. que la única gente que lo entiende está en el negocio. ¿Y qué pasa con los reguladores?, pregunté. Los reguladores, respondió, tienen un ojo puesto en la puerta giratoria. Los académicos ganan dinero enseñando a los operadores su última investigación y los políticos no tienen ni idea. ¿Te imaginas a la gente en una manifestación contra las finanzas? El tipo con el megáfono gritando: *¿Qué queremos?* Y todo el mundo respondiendo: límites específicos en ventas a corto en determinadas circunstancias. *¿Cuándo lo queremos?* Por etapas y en sus momentos apropiados.

Ése es el chiste. Era gracioso por entonces.

Por más importantes que sean los detalles de la titulización, lo importante de verdad fue lo que saqué de mi conversación con Payne.[30]

Los títulos sintéticos que ofrecíamos a los inversores tenían que ser valorados para determinar su riesgo. Los inversores potenciales necesitaban saber hasta qué punto era probable que los pagos hipotecarios que sostenían

los títulos se cumplieran. Las agencias de calificación tienen la función de valorar el riesgo de un título antes de que se ponga a la venta y también la de dar una calificación crediticia, ¡como si el que sean una empresa distinta de las que organizan la creación de los títulos garantizase su independencia! No es que guarden una distancia prudencial, es que van codo con codo. Los títulos con calificaciones triple A. las mismas calificaciones que se le daban a los bonos del gobierno de Estados Unidos, se consideran los más seguros. Y las calificaciones siguen un orden descendente, hasta el nivel que se considera no apto para la inversión, las calificaciones dadas a los denominados bonos basura o deuda con alto riesgo de impago (o donde no hay siquiera calificación). Una calificación triple A es la más apreciada, la que buscaban los inversores en obligaciones colateralizadas mediante deuda.

En nuestro encuentro, Payne describió las dificultades que se había encontrado para convencer a las agencias de calificación para que puntuaran alto los títulos.

—Estoy seguro de que puedes ser muy persuasiva —dije.

—Cobardes meapilas. Les preguntas qué es lo que les molesta y no saben decirlo. Si no tuvieran tan pocas agallas, estarían ganando dinero como operadores y no trabajando de nueve a cinco como actuarios en agencias de calificación. Putos asalariados.

—¿Cómo valoran los títulos?

—Todavía no lo han hecho.

—Me refiero a qué metodología siguen.

—No se aclaran. Les pedimos que trabajaran con nosotros, Moodys, S&P, trabajarán como consultores, Pero son terriblemente lentos. Vamos a visitar las putas casas con ellos. Necesitamos que uno pique y los demás se subirán a bordo. De hecho, piensan ganar un pastón en honorarios.

—¿Y qué me dices de Forrester?

—No.

—Podría merecer la pena intentarlo.

—Si los grandes no lo tocan...

—No ser el más grande podría significar que tienen hambre.

—Es posible.

—¿Y qué pasa con el tramo inferior? Eso debe resultar muy difícil de

vender —dije. Yo tenía algunas preguntas técnicas sobre lo que me había contado. Y, además, me gustaba ponerla a prueba.

—El patrocinador se queda con el peor tramo, el llamado *equity* o de primeras pérdidas; eso demuestra que apuesta algo en el juego.

—¿Y cómo abordáis el riesgo?

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué pasa si el mercado hipotecario se viene abajo?

—No me digas.

—Sígueme la comente.

—Bueno..., puedes recurrir a un derivado de crédito, una permuta de incumplimiento crediticio, incluso podrías utilizarlo para resaltar el crédito de los títulos.

—¿Quién se queda esas permutas de incumplimiento crediticio?

—Quien pueda. Las compañías de seguro tienen agallas. AIG querrá un trozo del pastel.

—Pues se me ocurre una pregunta para ti. ¿Qué impedirá que el patrocinador coja el tramo *equity*. el de primeras pérdidas...?, ¿lo habéis llamado tramo *equity* supuestamente porque se comporta más como una *equity*. una obligación, que como un bono?

—Así es.

—¿Qué va impedir que el patrocinador coja el tramo *equity*, lo financie y lo borre de los libros?

—¿Utilizándolo como colateral para pedir préstamos sobre él?

—Ajá.

—Al mercado no le gustaría. Los inversores potenciales se pondrían nerviosos ante las evaluaciones del patrocinador. Alo que hay que añadir que el patrocinador seguirá atrapado por los servicios al vehículo de propósito especial, y eso significa que los inversores querrán que el patrocinador se siga jugando algo.

—Pero ¿qué va a impedir que mi banco ayude al patrocinador a financiar el tramo *equity* una vez se hayan emitido los títulos?

—Nada. Sólo una mala gestión del riesgo. ¿Por qué iba a querer un banco asumir ese riesgo? Sobre todo un banco que asesora sobre la emisión. En cualquier caso, te gusta, ¿verdad que sí?

—Es muy atractivo. Es increíble que no te lo hayan quitado de las manos ya.

—Las agencias de calificación son un cuello de botella. Es algo nuevo, y la novedad siempre asusta a los contables.

—Todo esto debe de tenerte muy ocupada.

—No piso la calle.

—No te dejará mucho tiempo para otras cosas.

—Si quisiera un empleo a tiempo parcial, haría oposiciones o sacaría brillo a los trofeos de los Red Sox.

Lo que me quedó claro en la conversación con Payne fue que conseguir que una agencia de calificación se pusiera de tu parte era el siguiente paso. Yo sabía que montar la estructura y lograr el interés del mercado llevaría su tiempo, pero, claro, ya estaba pensando en Forrester.

Cuando ya creía que todo estaba perdido con ella, Payne Cutler me sorprendió.

—¿Quieres tomar un cóctel mañana por la noche?

—Claro.

—Te llamaré cuando salga de la oficina.

—Suena bien.

Me quedé hasta tarde en la oficina, pero no recibí noticias suyas hasta media hora antes de medianoche.

—Soy— Payne —dijo—. Salgo ahora. Nos vemos en la Soho Tavern dentro de un cuarto de hora.

Cuando llegó mi padre, la velada había acabado y los imitados ya se habían marchado. Estábamos cansados y, después de una última copa todos nos acostamos. A la mañana siguiente, los tres desayunamos con pausa, beicon, huevos y tostadas francesas, y luego mi madre se fue al mercado dominical de los granjeros.

Zafar me dijo una vez que sus padres nunca le habían preguntado si le pasaba algo, nunca se interesaron por saber de qué se trataba, Más adelante, él se había preguntado si era porque *él* nunca se soltaba o porque *ellos* nunca se habían enterado, o porque, pese a sospechar algo no reunieron el valor para preguntarle, A mí me costaba entender la última posibilidad, porque me parecía que el instinto natural de los padres —biológicos o no— era

reaccionar ante la menor inquietud de quienes criaban. Es el nivel básico de sensibilidad y atención que uno encuentra incluso en los buenos amigos.

Ya era mediodía, y mi padre sugirió que nos acercáramos al pub. Si nos quedamos allí un buen rato, tu madre, dijo, puede pasarse y nos comemos un asado dominical juntos.

Fuimos en coche al Trout en Wolvercote, al norte, de Oxford, justo en la orilla del río. Mi padre volvió a la mesa con un par de pintas de *bitter* y una amplia sonrisa. A él no le gusta la *bitter*, pero cuando se lo hice notar, su respuesta fue que le gusta tomarse una en un pub inglés, donde fueres...

—Eso suena muy inglés —comenté con ironía.

—Mira por la ventana —respondió.

—¿Y?

—Yo no crecí con esto, ya lo sabes.

—¿Con qué?

—¿Qué ves?

—El río.

Sonrió.

—No me estoy riendo de ti —dijo—. Pero tu respuesta es graciosa.

—¿Es que debería ver electrones, fotones y lo demás?

—Sí, podrías, pero yo veo algo más, el río, claro, y también el cielo azul y frío, hojas de otoño, la temporal retirada de la vida, los sauces llorando sobre el agua.

—Esta mañana te has levantado poético.

—Si no estás familiarizado con esto, te fijas en la presa que hay en el arroyo o en el arroyo que forma la presa. No tengo ni idea de las palabras para esas cosas. Gracias a Dios, tienen esos términos anglosajones que ahora ya sólo aparecen en sitios como éste. He leído a T. S. Eliot, mucho Rudyard Kipling, y algo de Thomas Gray, así que veo Inglaterra con los ojos de un extranjero, un lugar que defiende siempre el pasado, presentando una batalla silenciosa al futuro, y, a su modo, un país con encanto. Pero si todo lo que ves es lo que ya veías en tu juventud, con las vistas de Eton como inadvertido telón de fondo de un adolescente, las torres antiguas que coronan el claro húmedo, como decía Gray. entonces ves otra cosa. Como aire respirable, aire inglés. ¿Qué ves?

—Veo un río —dije, sonriéndole.

—Dime de qué querías hablar.

—¿Cómo sabes que tengo algo de lo que hablar?

—Cuando no tienes nada de qué hablar, no te empeñas en evitar la charla.

Me guiñó un ojo y dio un sorbo a su cerveza.

Empecé contándole lo que había pasado en el mundo de las finanzas, dándole algunos detalles, la mayoría de los cuales tuve la impresión de que ya conocía porque había seguido las noticias con cuidado, no tanto porque le interesaran personalmente, creo, dado que nunca le había prestado mucha atención a las finanzas, cuanto por lo que la crisis podría implicar para Meena y para mí. Cuando le tuve que contar que pensaba que la firma estaba a punto de echarme y que posiblemente incluso intentaría dejarme tirado colgándome el marrón, mi padre no emitió sonidos tranquilizadores ni me contradijo con el optimismo infundado de quien se tranquiliza a sí mismo tanto como a su interlocutor, ése nunca fue su estilo. Simplemente escuchaba. (Hace algunos años, me explicó su convicción de que ese tipo de consuelo vacío era una falta de respeto porque suponía que la persona consolada no vería o no le importaría la falta de razones. Lo primero que hay que hacer antes que nada, creía él, no era hablar sino escuchar, y escuchar, como todo lo que implica dificultad, es algo más fácil de decir que de hacer.) Yo hablé durante un rato, y cada vez descubría más detalles que contarle. Incluso saqué a colación cosas sobre las que no había pensado a fondo conscientemente, al comprender en ese momento lo mucho que en realidad habían determinado mis pensamientos. Expuse mi análisis y le expliqué que había hablado con un par de amigos del mundo de las finanzas, que no supieron cuestionar mi argumentación. Los subcomités del Congreso, que ahora brotaban como mala hierba, estaban identificando testigos para llamarlos a las audiencias. Ellos sabían dos cosas. De la gente en mi firma que tocaba productos estructurados, hipotecas y titulaciones yo era el de mayor rango; y mi firma se desharía de mí más rápido de lo que yo tardaría en decir chivo expiatorio. Si la empresa atisbaba que podía proporcionarle cualquier ventaja, por mínima que fuera, ante el Congreso, me cargarían con toda la responsabilidad. De eso se trata al culpar a un operador tramposo: es el operador el que hace la trampa, no los mecanismos de control y auditoría del propio banco, ni, menos aún, el banco mismo.

En cierto momento dejé de hablar. Sentía que lo había sacado todo, todo lo que había estado reteniendo, incluso lo que no sabía que retenía.

—¿Qué piensa Meena? —preguntó.

No respondí al instante. No había mencionado a Meena ni una sola vez. Mi omisión debió de resultarle tan obvia como ahora me lo parecía a mí.

—Como ya sabes, las cosas tampoco van bien por ahí.

—Lo siento. Nos encantaría verla.

—Ahora pasa mucho tiempo fuera.

—¿Y qué tal vas de salud?

—Estupendamente.

—Eso está bien. Me alegro. Al menos te queda buena salud.

Sonrió.

—¡Por favor, no pierdas tu sentido del humor!

Me obligué a sonreír.

—Agradecería cualquier consejo —dije.

—Come más verdura. Y cereales integrales.

Mi padre, que había estado sentado delante de mí, se levantó y ocupó una silla a mi lado, colocándola en ángulo recto con respecto a la mía. Así era como le gustaba sentarse a mi madre. Esa posición resulta más conciliadora, decía ella. De este modo ves el lado bueno de la persona.

—La vista es distinta desde aquí —dijo dando otro sorbo a su cerveza mientras miraba al río. Se tomó su tiempo ordenando sus pensamientos, pareció, antes de reanudar la conversación.

»Se cuenta una curiosa y breve historia sobre Carlos II y la Royal Society —dijo mi padre—, Al rey se le tenía por un hombre pretencioso y oscurantista, un idiota, a decir verdad, y no alguien al que pudieran impresionarle como sería de esperar los miembros de la valiosa sociedad. Durante una comida para celebrar la fundación de la institución, él planteó una cuestión que confundió bastante a los grandes científicos. ¿Por qué, preguntó, pesa más un pez muerto que uno vivo? A pesar de sus esfuerzos y su erudición, los miembros de la sociedad fueron incapaces de llegar a una respuesta concluyente cuando finalmente alguien señaló que, en realidad, no tenían pesos distintos. Tal vez el rey fuera un bufón, o tal vez no era tan tonto como parecía.

»Es posible —prosiguió mi padre— que aceptemos premisas con más

ligereza de lo que debiéramos. Las falsas dicotomías son el medio natural de los políticos sólo porque hay demasiada gente dispuesta a aceptar las premisas como algo dado. En cualquier caso eso es secundario. Antes de llegar adonde quiero, que, en realidad, después de todo, no es nada especialmente importante, déjame decir que no presupongo que tus problemas y aflicciones puedan resolverse recurriendo tan sólo a la razón o, ni siquiera, con algo en que intervenga ésta. En el fondo, aunque seguramente no con la razón, todo el mundo sabe que cuando el alma se siente asediada la razón no sirve para la lucha.

—¿Qué pasa?

—¿Qué quieres decir?

—¿Por qué hablas como un profesor de clásicas?

—¿Un poco retórico?

—Lo has dicho tú, no yo.

—Tal vez no estoy seguro de lo que digo. No creo estar inseguro. ¿Te parezco inseguro?

Se rió entre dientes.

—Los filósofos hablan de resolver problemas —prosiguió mi padre—, pero también de disolverlos. Wittgenstein, sin ir más lejos. A veces cuando se contempla como es debido, el problema que se nos presenta resulta que no es un problema en absoluto, o al menos no del tipo que creíamos. Tendemos a privilegiar el *statu quo*. Me parece que cada situación adversa lavemos como un desafío para recolocarnos de nuevo en el *statu quo ante*. Eso me parece miope. Las cosas, tal como estaban, bien pudieron llevarte al lamentable punto al que has llegado.

—¿Últimamente estás dedicándote a la física teórica o simplemente lees ensayos de ciencias cognitivas?

—Tal como va la física, ya se me ha pasado el arroz. Además, uno no debe matarse a trabajar. Si yo me dispusiera a emprender la vía académica a día de hoy, me dedicaría a las ciencias cognitivas. No me malinterpretes, Amo la física teórica, pero, ahora mismo, y me refiero a este momento concreto de la historia humana, hemos conseguido por fin trabajar sobre el cerebro, utilizando esos preciosos métodos científicos que habíamos utilizado para trabajaren todo lo demás, y la ciencia cognitiva es donde... donde estala acción, como diríais los americanos. Te ríes, y es posible que deposite

demasiadas esperanzas en la ciencia, pero creo que es en la ciencia cognitiva donde está la acción, a lo que hay que dedicarse. Desde luego, algunos de esos tipos reclaman para su ciencia más de lo que ésta se ha ganado. Pero lo cierto es que se encuentra todavía dando sus primeros pasos, y, con la emoción de descubrir algo nuevo, es de esperar cierto grado de ambiciones excesivas. Fíjate en internet: no hace tanto todo el mundo pensaba que era el principio de un nuevo tipo de economía, pero ahora podemos dudar legítimamente que sea así. No obstante, internet ha producido grandes cambios. Si concedemos a las nuevas ciencias cognitivas un poco de tiempo parece muy probable, al menos a mí me lo parece, que sus ideas también se traducirán en aplicaciones para la vida cotidiana. Hay un científico cognitivo aquí, en Oxford, que me contó que su esposa y él gastan ahora mucho menos dinero en *cosas* y prefieren gastarlo en experiencias, como vacaciones interesantes, porque, dice, la investigación ha demostrado que son las experiencias las que tienen un efecto duradero. Las cosas materiales parecen acabar tragadas por la bestia hedonista que llevamos dentro y al poco pierden el posible poder que tenían, o creíamos que tenían, para proporcionarnos placer. Su esposa y él han cambiado por entero su forma de vivir.

—¿De verdad te hace falta la ciencia cognitiva para llegar a esa conclusión?

—Bueno eso es harina de otro costal.

—¿No podría haber llegado a la misma conclusión con una terapia?

—A ver, ¿qué motivo habría tenido para ir a terapia?, ¿sabes algo que yo no sé? No nos desviemos demasiado. Tengo una pregunta para ti. ¿Sabes qué es lo más peligroso del mundo?

—¿Qué? —pregunté.

—Una narración —respondió mi padre—. No estoy bromeando. Las historias son peligrosas, Y no me refiero a historias cuyos mensajes pueden ponernos en peligro. Me refiero a que la forma en sí es peligrosa, no el contenido. ¿Sabes qué es una metáfora? Una historia pasada a través de la máxima destilación de la imaginación. ¿Sabes qué es una historia? Una metáfora ampliada. Vivimos en ellas. Vivimos en esta masa revuelta de historias escritas por escribas ocultos en un salón olvidado en lo más alto de las torres. El día que a alguien se le ocurrió llamar a las palomas ratas voladoras se selló el destino de las palomas. ¿Hay alguien que escuche

llamarlas ratas voladoras que se pregunte si las palomas de hecho transmiten enfermedades? O la caverna de Platón. Si una persona no sabe nada del hombre, sí sabe algo sobre una caverna y sombras. Ya has oído el dicho de que buenas vallas hacen buenos vecinos, pero ¿sabías que cuando Robert Frost escribió esas palabras pretendía decir lo contrario de lo que la frase ha acabado por significar? Frost estaba siendo irónico; estaba hablando de las cosas que nos separan. Pero la imagen que contenían las palabras despojadas: *Buenas vallas hacen buenos vecinos*, esa imagen es tan poderosa, tan vibrante, que en nuestras cabezas, en las cabezas de muchos, se ha desvinculado de sus ironías tácitas.

Mi padre hizo una pausa.

Mi madre me contó, hace unos años, que cuando conoció a mi padre le fascinó el modo en que aquel joven físico trataba todo de una forma tan etérea y abstracta. Pero no tardó en parecerle un rasgo irritante, sobre todo cuando ella quería hablar con él de las cosas que hablan las parejas, *cosas íntimas*, me dijo. A ojos de mi madre, él o bien no se tomaba las cosas en serio o bien no vivía en el momento; de algún modo él no sólo hacía abstracciones con lo que fuera que estuvieran hablando sino que también se abstraía a sí mismo para distanciarse del tema. Pero acabé por comprender, dijo, que era precisamente su incansable distanciamiento y cuestionamiento lo que le llevó, por ejemplo, a adoptar una opinión sobre el proceder de Pakistán en 1971 que le costó —nos costó— la amistad de sus amigos y de buena parte de su familia. Por entonces, debo confesártelo, creí que él juzgaba a nuestro país con demasiada precipitación para ser tan crítico, aunque él te habría dicho que se tenía por lento. También le creía demasiado egoísta. Al final, resultó que yo era la lenta; tardé un poco más en quitarme de los ojos la venda de un patriotismo bastante impostado. Llegué a entender que tu padre no era en realidad una mente incorpórea, que puede ser fascinante al modo que lo son aquellos que tienen siempre la cabeza en las nubes. Para él, pensar era un acto intencional porque aclaraba la raíz de la trama.

Esas palabras de mi madre, hasta donde las recuerdo, me vienen con frecuencia a la memoria cuando hablo con mi padre. A veces, me he descubierto esperando de él el tipo de— conversación que yo tendría con amigos íntimos o colegas, me he descubierto, digo, porque soy consciente de la expectación cuando se ve frustrada por esa curiosa mezcla de

distanciamiento e intimidad que constituye la esencia del lenguaje de mi padre. Y aun así, con no poca frecuencia he encontrado cierto consuelo en lo que dice.

—Te enfrentas a ciertas elecciones —prosiguió mi padre—, O eso crees. Pero también tienes otras, opciones que tal vez se te han pasado por alto. En realidad, tienes un exceso de opciones posibles.

Y ahora recuerdo las palabras de Zafar de hace mucho tiempo, Para la mayoría de los hombres, dijo, las elecciones que toman están determinadas por sus limitaciones, pero para los muy ricos, son sus limitaciones las determinadas por las elecciones que hacen. Al pensar en mi padre y recordar aquellas palabras de mi amigo, no es sorprendente que me encariñara de Zafar tan rápidamente, y tal vez tampoco es sorprendente que a menudo me parezca exasperante.

—A vosotros, ¿la elección no os parece una ilusión?

—¿Nosotros? —repitió mi padre.

—A los científicos. Eso de que el libre albedrío y lo demás son una ilusión.

—La palabra elección significa varias cosas —dijo mi padre—. Hay una bifurcación en el camino tanto si el viajero puede elegir cuál tomar como si no. Siempre me ha desconcertado un poco la creencia popular de que los científicos rechazan el libre albedrío.

—Es una ruptura en la causalidad —intervine.

—Una ruptura en la causalidad, sin duda. Pero los físicos se han sentido muy cómodos con las rupturas de la causalidad desde que la mecánica cuántica hizo su aparición.

—Ya, pero la mecánica cuántica es bastante esotérica, ¿no te parece?

—Había un artículo en un *Scientific American* de 2001 en el que el autor afirmaba que la mecánica cuántica sustenta un treinta por ciento del producto nacional bruto de Estados Unidos, de semiconductores a láseres e imágenes por resonancia magnética. No sé cómo llegó a esa cifra, tengo que reconocerlo. De hecho, le escribí al autor preguntándole al respecto, pero recibí una respuesta muy decepcionante. No se acordaba de dónde había encontrado la cifra. En cualquier caso, cuando la física cuántica concibió partículas regidas por la incertidumbre y el indeterminismo, la ciencia pidió una tregua y las rupturas en la causalidad entraron de nuevo en sus dominios.

Pero la gente sigue pensando que el libre albedrío es un concepto acientífico porque implica una de esas rupturas. Creo que esa mala interpretación tiene que ver con otra idea equivocada acerca de la ciencia, con la que me he encontrado a menudo en los eruditos de las artes y las humanidades, y es que creen que nosotros tratamos con certidumbres y conocimientos definidos. Eso es erróneo en una docena distinta de maneras, pero, en el mejor de los casos, demuestra una carencia de comprensión de lo que de hecho hacen los científicos. Ellos trabajan en la frontera de la ciencia, que es donde está la diversión, y también es donde hay de todo, de todo menos certidumbres. Ahí está la aventura, incluso para los físicos teóricos como yo. Lo que, mira tú, me lleva a preguntarte si has pensado en correr riesgos.

—Eso es lo que conlleva mi trabajo —respondí.

—Tú sólo aceptas correr un riesgo si hay algo en juego de verdad. ¿Por qué no adoptar un ángulo totalmente distinto?

—¿Te refieres a dejar las finanzas?

—Hay un magnífico estudio que mencionó Daniel Kahneman en su discurso de recepción del Nobel. Es más probable que los pacientes acepten un tratamiento si su eficacia les es descrita en términos de tasas de supervivencia que en términos de tasas de mortalidad, aunque las dos sean idénticas, al final, por decir algo. De hecho, resulta que incluso los médicos tienden a recomendar más el tratamiento si se les describe en términos de tasas de supervivencia. Y uno pensaría que ellos sabrían qué se traen entre, manos. Si lo llamas dejar tu trabajo, no suena muy bien. ¿Qué me dices de lanzarte a una nueva aventura?

—¿Te parece que *lanzar* suena mejor? Díselo al lanzador lesionado que tiene delante al mejor bateador en la última entrada del partido —dije.

—¿Ves? El lenguaje importa.

—Como quieras llamarlo. No me estás siendo de gran ayuda, tengo que decírtelo.

—¿Y has pensado en escribirlo?

—¿Con qué propósito?

—Para mí los mapas mentales son útiles.

—¿Y crees que necesito trazar mapas mentales?

—Un error común sobre la religión es suponer que la creencia antecede a la práctica.

—¿Por qué ibas a practicar si no creyeras?

—Éste es un pequeño experimento. Pon cara de tristeza. En realidad, sale mejor cuando uno está solo. Intenta poner cara de estar triste.

Hice lo que me pedía.

—Ahora imagina que estas contento.

Una vez más, hice lo que me pedía.

—Es difícil, ¿verdad?

—Vale, sí, pero, ¿qué?

—Hay un espléndido estudio en el que a los sujetos se les enseñaron dibujos animados de golpes y porrazos y se les pidió que puntuaran lo graciosos que les parecían. Aun grupo se le pidió que sostuviera un lápiz en la boca, horizontal, entre los dientes, mientras veían las imágenes. Ese grupo dijo que los dibujos animados eran más graciosos que el otro.

—¿Y por qué iba a implicar la menor diferencia sostener un lápiz en la boca?

—Justamente. ¿Por qué? La hipótesis (una conjetura perfectamente sensata, me parece) es que sostener el lápiz en esa posición da a tu cara una especie de configuración sonriente. La materia se impone a la mente, ya ves. Tu actitud afecta a lo que sientes. La gente religiosa que concede valor a la praxis, a los rituales y a las celebraciones, lo entiende. Hace mucho que los budistas comprendieron el beneficio de la meditación y, dicho sea de paso, es una religión que no está sobrecargada de creencias. Creo que escribir puede ser una forma de meditación, una praxis, un modo de oración. A veces, la disciplina de poner las cosas sobre el papel puede ayudarte a superar tus reservas un poco, y un poco tal vez sea lo único que necesitas. Puedes escribirlo en prosa o dibujar un gráfico. Incluso pensar en los encabezamientos de las columnas podría ser útil.

—Mapas metales y matrices —dije.

—Podría ayudar. Tío lo sabrás hasta que no lo hayas probado.

—Muy bien —dije. Aunque estoy seguro de que no parecía muy convencido.

—Lo siento —dijo—. ¿Otra cerveza?

Mi padre se levantó para ir a buscarla, pero me miró otra vez y volvió a sentarse. Me dedicó una inmensa sonrisa.

—Puede que te sorprenda saberlo —dijo—, pero en el pasado me he preguntado si debería preocuparme más de lo que me preocupaba por tí y por tu futuro. Incluso si mi incapacidad para preocuparme me convertía en un mal padre.

—¿De verdad?

—Sí —dijo, reflexionando visiblemente, pero añadió—: fue en el siglo pasado, en 1986, creo. He olvidado el día.

—¿Nunca te he preocupado?

—No, a decir verdad, no. Solía pensar que era por nuestras ventajas. No había mucho de qué preocuparse, supongo, si sabes que, aparte de una devastación nuclear o una revolución comunista mundial, tu hijo vivirá confortablemente. Pero no era por eso. Después de todo, tu madre se preocupaba y ella también se crió con todas las ventajas. De hecho, ¿no se da por sentado que el destino de los padres es, por fuerza, preocuparse? Va implícito en el sueldo.

—Entonces ¿por qué tú no te preocupabas?

—No lo sé. Por mi temperamento, seguramente. Las personas son diferentes. Tal vez cuando tengas hijos, tampoco te preocuparás. No me malinterpretes. Me doy cuenta de que ahora las cosas son difíciles, pero creo que tú estás a la altura de los retos.

—¿Por qué ninguno de vosotros dos nos habéis animado, a Meena Y a mí, a tener hijos?

—Porque nosotros sólo tuvimos un hijo. Vosotros tenéis bastantes expectativas que cumplir.

—¿Qué expectativas?

—Las inevitables. Tu madre y yo no podemos hacer nada para que imaginéis lo que esperamos.

—Debería dejar las finanzas, ¿eso piensas?

—Tu abuelo habla de su fundación. Podrías ir y^T darle forma.

—No es ése el tipo de trabajo que me interesa.

—Tal vez podrías convertirla en el tipo que te interesa. ¿Por qué no? No estoy insinuando que lo hagas, daro que no, sólo estaba pensando en voz alta. Mira, puede que me haya quedado desfasado en esta cuestión, pero no sé dónde vosotros, los que os dedicáis a las finanzas, asumís de hecho el riesgo.

Quiero decir que todos parecéis seguir en el negocio incluso cuando no hacéis que vuestras firmas ganen grandes sumas. E incluso cuando perdéis el empleo en un sitio, un amigo os contrata en alguna otra firma. Tú mismo me lo has contado. Me da en la nariz que este negocio que implica jugar, un juego socialmente útil, me atrevería a decir, pero juego al fin y al cabo, no requiere que sus participantes asuman ellos mismos muchos riesgos.

—No te gusta el mundo de las finanzas, ¿verdad que no?

—Todo lo contrario. Si quisieras, pongamos, hacer un mundo mejor, y ni por un instante pienses que creo que debieras, pero es imposible decir ciertas cosas sin realizar una afirmación ética, si quisieras que el mundo fuera un mundo mejor, entonces sospecho que lo más sensato que podrías hacer es seguir en las finanzas, ganar aún más dinero y donarlo a buenas causas. Pudiendo optar entre ser un trabajador de asistencia humanitaria o financiar a un centenar de ellos..., no hay color. Pero estoy abordando la cuestión de una manera menos altruista. Creo que la mejor forma de que pases por esto es que redefinas cuál crees que es tu situación. No creo que las finanzas te den la oportunidad de correr un riesgo, la oportunidad de que tú asumas un riesgo y *aprendas* a enfrentarte a la incertidumbre. Apostar con botones es divertido, ¿se dice así o se apuesta con guisantes?

—Tanto da.

—Apostar con botones está bien —dijo mi padre—, pero a lo mejor podrías probar a ponerte tú mismo sobre el tapete. Si yo fuera tú, hablaría con Meena y dejaría que la conversación me llevara donde sea. Y cuando no sepas qué decir, di que no sabes qué decir. Pero, claro, yo no soy tú.

—No conocía tu faceta como orientador, pero lo que me estás diciendo es que debería cambiar mi vida de arriba abajo.

—Espero no parecería demasiado petulante. Cambia tu vida, por descontado, pero sólo si es eso lo que quieres hacer. La mitad del trabajo está ya hecho con simplemente querer el cambio. ¿Sabes cuál es el problema con los políticos?

—¿Cuál?

—Son el tipo de personas que quieren ser políticos.

—Es más fácil de decir que de hacer —dije.

—Claro. Todo es más fácil de decir que de hacer.

—Sí.

—Salvo hablar —añadió.

—¿Perdona?

—Hablar no es más fácil de decir que de hacer —dijo sonriéndome.

—Pero ¿no dicen que hablar no cuesta nada? —repliqué.

—Pues vale hasta el último céntimo. Habla con Meena —dijo.

—Hablando de hablar —dije, dándome cuenta de que él había vuelto con habilidad al tema de Meena.

—Lo malo de hablar —dijo—, es que da sed.

—Así se habla.

Esa conversación tuvo lugar el año pasado. Si tuviera que señalar qué es lo que la hace— tan importante para mí, no me quedaría otra que reconocer que no lo sé muy bien. En aquel entonces, mi experiencia de la misma venía envuelta en una sensación de frustración, que dio paso a otra de decepción. Pero es una conversación a la que continuo volviendo, lo que me lleva a sospechar que el significado de una conversación radica en cómo se recuerda y que sólo el tiempo puede desvelar la magnitud de su efecto.

12

TATUAJE DE HERMA O SUPERFLUO Y/O REDUNDANTE

Una novela era algo inventado; ésa era casi su definición, Al mismo tiempo se esperaba que fuera verdad, que se derivara de la vida; de manera que parte del sentido de una novela procedía de rechazar a medias la ficción o de mirar a través de ella a una realidad.

Más adelante, cuando había empezado a identificar mi material y había empezado a ser escritor, trabajando de una forma más o menos intuitiva, esta ambigüedad dejó de preocuparme. En 1955, el año de este descubrimiento, fui capaz de entender la definición que dio Evelyn Waugh de ficción (en la dedicatoria de su libro *Oficiales y caballeros* publicado ese año) como «experiencia totalmente transformada»; yo no la habría entendido o no me la habría creído el año anterior.

—V. S. NAIPAUL,
Leer y escribir. Una versión personal

Pero ¿no es el cociente de dolor de uno lo bastante espantoso sin la amplificación de la ficción, sin dar a las cosas una intensidad que es efímera en la vida y a veces incluso pasa inadvertida? No para algunos. Para unos pocos, muy pocos, esa amplificación, que se desarrolla entre incertidumbres a partir de la nada, constituye su única tranquilidad, y lo no vivido, lo conjeturado, plasmado plenamente en letra impresa sobre papel, es la vida cuyo sentido más acaba importando.

—PHILIP ROTH.
Sale el espectro

Así redescubrí lo que los escritores siempre han sabido (y que tantas veces nos han contado): los libros siempre hablan de otros libros, y cada historia cuenta una historia que ya ha sido contada.

—UMBERTO ECO, Apostillas a *El nombre de la rosa*

—Tendrías que escribir un libro.

—¿Sobre qué? —respondió Zafar.

—Unas memorias. Una autobiografía.

—¿Por qué?

—Escribe tu historia, ponía en papel.

—Los libros suelen ser de papel; todavía.

—La gente lee memorias —dije.

—¿Y por eso todos deberían escribirlas?

—No todo el mundo sabe escribir. Tú sí. Puedes quedarte aquí y escribir.

—¿Qué te hace pensar que sé escribir? —preguntó.

—¿Qué te hace pensar que no sabes? No lo sabrás hasta que lo hayas intentado —dije.

—Sabría hurgarme la nariz delante del papa. Eso no significa que *deba* hacerlo.

—¿No te gustan las memorias?

—Si me gustara leerlas, entonces debería querer escribir unas, ¿es eso?

—No —dije, exasperado—. Si *no* te gusta leerlas —proseguí—, ésa sí es una razón para no escribir unas.

—Uno nunca debe hacer algo que no le gusta.

—No. Uno seguramente no debería escribir unas memorias si no le gustan las memorias. ¿Por qué no una novela? —pregunté, cambiando de enfoque.

—Todas las novelas son autobiográficas.

—Eso no es verdad. Todas las novelas son ficciones.

Philip Roth no escribió sobre europeos de la era colonial navegando el río

Congo hasta el corazón de Africa. Conrad no escribió sobre un asentamiento indo—trinitense de la Inglaterra poscolonial y Naipaul ciertamente no escribió sobre judíos inmigrantes en el noreste de América.

—¿Qué tienes contra las memorias?

—Las memorias son relatos de redención —dijo Zafar—, la mitad de ellas sobre una infancia trágica que finalmente se supera, y el resto sobre una huida de la rutina laboral hacia las románticas colmas de la Toscana o la campiña de la Provenza para descubrir al final lo que es de verdad latida. Fijaos a lo que he sobrevivido, o mirad cómo he cambiado: he asumido riesgos y ahora sé qué es lo que de verdad importa. No tengo nada contra las memorias, pero ¿y si no hay ninguna redención de la que hablar? Un manual del fracaso y la insatisfacción, cómo ser infeliz, el secreto que nos lleva a la infelicidad, eso sí podría escribirlo.

—¿Eres infeliz?

—Exagero, Pero sólo exagero, O cómo se pierde la fe. Eso también sabría escribirlo.

—¿Qué fe?

—¿Cuántas memorias conoces en las que al lector le caiga peor el autor al final que al principio?

—Tal vez —sugerí— es lo que pasa cuando escuchas la historia de alguien el tiempo suficiente: lo entiendes mejor. ¿Sabías que cuanto más información reciben los jurados acerca de un delincuente, más corta es la condena que recomiendan? Según parece, incluso el decirle al jurado dónde vive el delincuente, sin importar dónde sea, sirve para que le reduzcan la sentencia.

—¿Son unas memorias un argumento para la defensa?

—Tal vez sea la misma escritura la que produce lo que tú llamas redención. ¿No tiene algo de catártico el simple hecho de pensar las cosas, sobre la página, desplegada delante de tus ojos?

—¿Has leído muchas memorias?

—No, no diría tanto.

—Incluso si las hubieras leído, no lo sabrías.

—¿Qué no sabrías?

—Si escribir unas memorias es catártico. ¿Qué me dices de todas esas memorias que no lees porque no llegan a acabarse siquiera? Se empezaron con

toda la ilusión del mundo, pero se abandonaron a la mitad porque el autor se dio cuenta de que la escritura le estaba hundiendo o porque le mató o simplemente le volvió loco. Dedica un momento a pensar en esas memorias a medio acabar que están en cajones, como dagas ensangrentadas, memorias que, lejos de provocar una catarsis y una cicatrización definitiva, abrieron viejas heridas.

—Estoy hablando de escribir, no de hacerse el harakiri.

—La pluma es más poderosa que la espada.

—¿Y qué me dices de esos cuadernos?

—Emily solía apremiarme a que escribiera. ¿De qué?, le preguntaba. De cualquier cosa, decía. Pero un día, cuando sugerí que podría ser interesante escribir sobre nosotros, sobre ella y yo, incluso sobre su familia, me miró horrorizada. Una mirada en la que podía haber incluso desprecio.

—No me sorprende. Esa familia es un grupo muy reservado.

—¿Quieres decir que crees que tienen secretos?

—Secretistas puede que no sea la palabra oportuna. Paranoicos, más bien.

—¿Y si tuvieran secretos que guardar?

—No serían secretos si supiera responderte.

—Tampoco puedes llamarles paranoicos si no lo sabes.

—Simplemente no hablan con claridad.

—Supongo que podría ser un rasgo paranoico el querer ocultar algo de ningún interés para el resto del mundo.

—¿No le estás dando demasiadas vueltas? —dije a medida que me volvía una sensación de frustración.

—Cuando era niño —dijo Zafar—, mis padres me dijeron que mi cumpleaños no era la fecha que aparecía en los documentos oficiales. No tenía certificado de nacimiento..., los certificados no eran una prioridad en el Bangladés rural. Mis padres me dijeron que era otro día, otro mes y otro año de los que constaban en los registros británicos oficiales, que reproducían lo que ellos habían escrito en los formularios de solicitud para los subsidios sociales y mi matriculación en el colegio o para apuntarme en la biblioteca. Pero al día siguiente me dijeron que no le contara a nadie lo de mi verdadero cumpleaños, que nunca se lo mencionara a ningún profesor. Mi padre me explicó que si las autoridades se enteraban, nos enviarían a todos de vuelta a

Bangladés. Yo era muy pequeño y durante algunos años pensé que éramos unos impostores en Gran Bretaña, que hasta nuestra presencia en el país se basaba en una mentira. ¿Crees que mi padre estaba paranoico?

—Viniendo de Bangladés —respondí—, tu padre no habría tenido mucha idea de lo que le importaba o dejaba de importar a las autoridades. Eso no es paranoia, eso es prudencia. Pero ¿qué me dices de lo de instalarte aquí y escribir algo?

—¿Por qué me das tanto la lata con lo de escribir?

—Podrías quedarte y escribir un libro. El piso de la parte alta de la casa está ahí para usarlo. ¿Por qué no?

—Me conmueves.

—No te hagas el gracioso.

—No, de verdad, estoy— conmovido.

—¿Por qué no escribes sobre tu padre? Podrías escribir sobre Bangladés. podrías enseñar a la gente algo de una parte del mundo que conocen muy poco.

—Claro —respondía Zafar—, Sí, es muy— importante que la gente lo conozca, sí, muy importante, Olvídate de la crisis financiera, de las guerras de Irak y Afganistán, olvídate del calentamiento global y— de la inminente crisis de máxima producción del petróleo. ¿Se me ha pasado algo?

—La gente no sólo piensa en eso.

—Tienes razón. Lo que el mundo necesita ahora son las respuestas a todas sus preguntas sobre la historia bangladesí. Y sobre todo tiene que saberlas gracias a mi, un extraño a su tierra nativa y un intruso entre sus anfitriones, porque yo conozco a fondo Bangladés, soy una puta autoridad, eso es lo que soy. una de las mayores eminencias internacionales en historia de Bangladés.

—Tranqui, colega.

—Mucha gente sabe bastante de Bangladés. Casualmente, viven en la región. No creo que los indios y los paquistaníes desconozcan la historia del país tanto como la gente en la que tú estás pensando, y ellos solos son una quinta parte del mundo.

—¿Y por qué no escribes para un público occidental? —pregunté.

—¿Haciendo de puente entre dos culturas?

—¿Por qué no?

—¿Sabes lo que dijo Naipaul sobre la literatura india?

—Dime lo que dijo Naipaul sobre la literatura india.

—La literatura india escrita en inglés es asombrosa porque nunca en la historia se ha creado una literatura escrita por un pueblo sobre sí mismo pero para que la lea otro pueblo, una literatura sostenida por un mercado extranjero, los lectores de libros de Occidente. Naipaul puede que lo lamente, pero no es más que un paso natural desde donde veníamos, una nueva forma de reclutar ahora a una generación de intermediarios nativos. Los libros de viajes siempre los escribieron los forasteros, incluso si ese forastero no tenía más que un pobre dominio del idioma y las costumbres nativas. ¿Acaso se vendería bien un libro sobre la India moderna a un público occidental, un libro de no ficción sobre este asombroso fenómeno económico que no se ajusta a la tendencia mundial, si estuviera escrito por un indio? Tienes que plantearte si esos escritores de los que habla Naipaul acaban jugando a estereotipos occidentales, El hecho de que reciban buenas críticas, que algunos de sus textos sean considerados excelentes, el hecho de que se diga que los personajes están bien dibujados —tan precisos, tan verdaderos *como la vida misma*, ¿cómo pueden saberlo?—, nada de eso es de hecho una prueba de lo contrario y podría en realidad ser una prueba de lo mismo.

—Podrías escribir contra eso, con un pie en Oriente y el otro en Occidente.

—Sí. Para eso hay un buen mercado, ¿no? Un libro grueso con una cubierta encantadora, una silueta de un minarete y una cúpula, una panorámica de las colinas. Adorna los márgenes con el dibujo de un tatuaje con henna o el ribete de un sari. Todo muy mono.

—Los mercados no mienten —dije pasando por alto sus ocurrencias.

—¿Sabes lo que es un *axolotl*, un ajolote? —preguntó Zafar.

A esas alturas, estoy seguro de que me limité a mirar al techo.

—Un ajolote es un tipo de salamandra. Las salamandras empiezan siendo una cosa pero en cierta etapa del desarrollo se metamorfosean en otra, un poco como los sapos a partir de los renacuajos, bueno, en verdad, de una manera muy similar. Lo interesante del ajolote es que en algún momento de su evolución decidió que no sacaba gran cosa con este cambio y optó por seguir en la fase de renacuajo sin metamorfosearse. No tiene que metamorfosearse ni siquiera para reproducirse.

—Entonces ¿cómo es un tipo de salamandra si no puede, hacer eso?

—Hacer... ¿el qué?

—Metamorfosearse. Si no puede, entonces es como todos los demás animales que no pueden.

—Ah, ya, ahí está lo interesante. Si le inyectas a un ajolote una solución de yodo y una hormona que estimule la tiroides, y más vale que no lo pruebes en casa, el animal sí se metamorfosea; sufre una transformación radical en cuestión de horas o de días y se convierte en algo muy parecido a una salamandra tigre. El otro detalle que conozco del ajolote, que también es sorprendente, es lo mucho que es capaz de regenerarse. Puede hacer que vuelvan a crecerle extremidades perdidas enteras. Incluso partes de su cerebro. ¿No es una pasada?

—Bueno, ése es un experimento que no merece la pena ni plantearse —dije.

—Pero una vez se induce a un ajolote a metamorfosearse, su tiempo de vida se abrevia y no puede volver a ser lo que era.

—Gracias por la introducción comentada a los ajolotes. Cuando dijiste que estabas planteándote escribir sobre la familia de Emily, ¿qué dijo ella?

—Dijo que era una persona muy privada.

—¿Cómo reaccionaste?, ¿a ella?

—Exacto, le dije. Nadie puede contar su propia historia, eso le dije. Son las historias más falsas, las que escribimos nosotros mismos, por nuestra propia mano y en primera persona, donde nuestra propia falta de sinceridad se nos oculta. Todos tienen una región de privacidad, cosas que escamotean al mundo, pero esa región no es más que una capa protectora detrás de la cual están las cosas que ellos mismos no ven. una capa que les protege de sí mismos.

—¿Le dijiste eso?

—Algo parecido, pero no creo que me escuchara, creo que la angustiaba la posibilidad de que yo escribiera sobre su familia.

—Parece lógico —le dije a Zafar.

—Sin embargo, sí dijo que yo esperaba demasiado de la escritura. Todo lo contrario, le respondí. No espero gran cosa, en absoluto. Tú deberías escribir tu propia historia, dijo ella. ¿Que no es la tuya?, pregunté. No, respondió. ¿Ninguna parte de tu historia es mi historia?, le pregunté. Soy una persona privada y reservada, repitió, ¿Tienes un ejemplar de *Retorno a Brideshead*?

—me preguntó Zafar.

—Creo que sí, por alguna parte —dije.

—En la página de créditos dice: *Retomo a Brideshead: Las memorias sagradas y profanas del capitán Charles Ryder: Una novela*. Pero si le das la vuelta y miras la página del *copyright*, hay una extraña nota, casi invisible, firmada con las iniciales de Waugh. Dice: *Fo no soy yo: tú no eres ella o él: ellos no son ellos*. Todo el mundo sabe que la inspiración de Waugh para su historia fue la familia Lygon. Pero la pregunta sigue ahí: ¿Por qué escribió eso?, ¿a qué viene ese descargo de responsabilidad epigráfico?

—¿Libelo?

—Como si simplemente diciendo que no trata de ellos fuera a librarle de que lo consideraran un libelo, como si anunciar que un presidente americano de ficción, originario de Texas, cuyo padre fue también presidente, es un mentiroso hijo de perra. Tiene que haber algo más, Y, aparte, es una novela, Todos los nombres son distintos, por no mencionar que los hechos se han deformado. Lo más raro es el tú: tu no eres *él*. Waugh se está dirigiendo a alguien concreto, lo que sólo llama la atención sobre la pregunta.

—¿Qué pregunta?

—La de si se trata en realidad de los Lygon.

—Tal vez, en su cabeza, no era ficción. Tal vez todo era muy real.

—¿No puede aplicarse lo mismo a todas las novelas y sus autores? O, al menos, a las buenas. ¿Lo de que son reales para su autor?

—Acaso quería dejar clara la distinción a los lectores.

—En ese caso ¿por qué enterrarla en la página par de los créditos, debajo de los datos de las fechas de *copyright* y la editorial?

—¿Y por qué crees *tú* que lo hizo?

—No lo sé —respondió Zafar.

—¿Cuándo dijo ella eso?

—¿El qué?

—Que nada de su historia era tuya.

—Cuando llevábamos un año o así de relación.

—Debió de doler.

—Me asombró. Me pregunté si podríamos casarnos alguna vez, si nuestras historias podrían llegar a combinarse.

—Tendiendo puentes entre culturas, en ese caso.

Zafar pareció pensárselo un rato, y yo me flagelé por haberle recordado algo doloroso. Yo no estuve presente, pero me dio la impresión de que si habían sido ésas las palabras de Emily, habrían abierto una gran brecha entre ambos.

Al instante, Zafar recuperó el hilo.

—Tender puentes entre dos culturas —dijo—. Sobre eso merecería la pena escribir.

—Eso es precisamente lo que estoy diciendo. Así que has pensado sobre ello.

—¿Qué sabes del Ponte Vecchio?

—Espera que tacho alo... ajo...

—Ajolotes —dijo.

—Para ti es fácil decirlo.

—Practica poco, pero regularmente.

—Y ahora puentes florentinos.

—¿Qué sabes de ése?

—Es un gran puente con edificios encima: tiendas de joyas y de recuerdos. Básicamente una trampa para turistas cuando fui, pero, bien mirado, Italia entera es una gran trampa para turistas.

—Los puentes son construcciones frágiles. Un puente no pertenece, a nada, a ningún sitio. La mente se acomoda en el vacío entre sus extremos, una región de animación suspendida.

—Pero puedes recorrerlo. Sobre eso puedes escribir.

—Las dos culturas en las que estoy pensando eran las ciencias y las artes, o las ciencias y las humanidades, o las ciencias y la literatura, o como quiera llamárseles.

—¿C. P. Snow?

—Pero no sé escribir sobre eso.

—¿Y por qué quemas hacerlo?

—A veces creo que importa —dijo Zafar—. A veces creo que veo un abismo y que importa mucho, Y a veces me pregunto si estoy viendo un abismo que en realidad no está ahí. Tal vez sólo me importa a mí y no importa de ningún otro modo. Pídele a cualquiera de tus amigos que no se dediquen a las

ciencias que te enumeren los Diez Mandamientos y tendrán problemas para pasar de siete u ocho, pero siete u ocho no está tan mal. Si, por otro lado, les preguntas la Segunda Ley de la Termodinámica o la Primera Ley del Movimiento de Newton, te mirarán como si fueras un bufón social.

—La ciencia es algo muy especializado —dije—. No creo que mi padre tenga ni la idea más básica de genética. ¿Cómo alguien que no sea científico va a saber algo sustancial sobre la ciencia?

—Aun así eso no me sirve para dejar de pensar que hay algo equivocado en todo este *establishment*: todos los formadores de opinión, todos los analistas políticos y todos los que pintan algo en la vida pública de las sociedades occidentales..., hay algo que no está bien en el hecho de que sean analfabetos científicos cuando, más que cualquier otra cosa, es la ciencia lo que ha cambiado las vidas de los seres humanos en las sociedades posindustriales, y es la ciencia la que lo seguirá haciendo en los años venideros.

—Eso es un poco presuntuoso, ¿no crees?

—¿El qué? Que la ciencia ha cambiado más que...

—No. Que el *establishment* entero, sea eso lo que sea. es analfabeto científicamente.

—Vale. No todos.

—Escribe sobre eso.

—No sé por dónde empezar. Es demasiado grande para mí. En cualquier caso, no estoy seguro de que siquiera esté ahí, el abismo me refiero. E incluso si está, tal vez no importe.

Mi verdadera motivación para animar a Zafar a escribir era que se quedara. Aunque la idea tampoco me quitaba el sueño porque, desde el día en que reapareció, sabía que no tardarla mucho en marcharse. Pese a que ya habían transcurrido varias semanas, Zafar todavía mantenía sus pertenencias dentro de sus dos bolsas; vivía de ellas, y nunca les faltaba más de una pieza para que estuvieran listas para la partida.

—¿Y qué pasa con las conversaciones en la grabadora? Debe de haber algunas conversaciones interesantes en ella si las grabaste. ¿Eran entrevistas?

Zafar no respondió.

—¿No hay ninguna conversación grabada?

—Ya descubrirás que las hay.

—¿Pero no son interesantes?

—Eso tienes que juzgarlo tú.

Sólo más adelante me di cuenta de por qué Zafar era tan capcioso, Debe de haber estado sonriendo para sus adentros porque él bien sabía, dado lo cuidadoso que había sido en la elección de las palabras, que de hecho sólo había sugerido que escuchara las conversaciones en la grabadora digital. Cuando finalmente lo hice Y empecé por la primera grabación, descubrí que no había nada, aparte de las conversaciones... entre nosotros dos. Como he dicho, sólo lo descubrí más tarde. Cuando me encontré con sus respuestas extrañamente engañosas, seguí preguntando y probé una vía diferente.

—¿Y qué me dices de tus cuadernos?, ¿por qué no haces algo con ellos?

—No abarcan ni la mitad del tema.

—No dejes que lo mejor te fastidie lo bueno y todo lo demás. El vaso medio lleno.

—¿Haces las cosas a medias?

—¿No podrías reordenarlos para sacar algo?

—¿Conoces la cita de Robert Oppenheimer del Bhagavad Gita?

—Estás muy disperso, Más que nunca.

—¿La conoces? —insistió.

—¿Lo que dijo después de ver explotar la primera bomba atómica?, sí —respondí.

—*Ahora me he convertido en la muerte, destructora de mundos.* Según parece era un más que decente conocedor del sánscrito. Bastante bueno, de hecho.

—¿Oppenheimer, el físico?

—Científico y erudito del sánscrito, ahí tienes un puente. Dijo que la tradujo él mismo. Así que uno tiene que preguntarse por qué la entendió mal. Al parecer, una mejor traducción sería: *Yo soy el tiempo, que ha venido para aniquilar los mundos.* Que es una frase mucho más potente, ¿no te parece? El Canto de Dios. Y además no es una tautología. Tiene más sentido.

—Las tautologías no tienen ningún sentido.

—Tiene más resonancia.

—Una tautología no es nada más que una tautología.

—He pillado el chiste la primera vez. Tal vez el original no tenga la resonancia apropiada a la sombra del hongo nuclear. Mis cuadernos son sólo unas notas. Cuando los leo, me traen recuerdos. Sin los recuerdos intactos, las notas son como extraños caracteres cifrados. Y los recuerdos no son nada fiables de por sí. El tiempo destruye la memoria.

—Pero los recuerdos son todo lo que tenemos, ¿no?

—Y qué poco es —dijo Zafar.

—Y qué preciosos. ¿Has visto *Blade Runner*? —le pregunté.

Zafar asintió.

—Hacia el final, cuando Roy, el androide...

—Rutger Hauer.

—Sí. Roy el androide es vencido por Deckard y, mientras se prepara para morir, dice algo así como: He visto cosas que no creeríais: atacar naves más allá de Orion y algo sobre la Puerta de Tannhauser, etcétera, no me acuerdo del resto.[31] ¿Sabías que Rutger Hauer improvisó esas palabras?

Zafar negó con la cabeza.

—La cuestión es que en su agonía lo que describe son cosas que recuerda. No significan nada para ti ni para mí, pero son los recuerdos de Roy. Yo diría que la película trata de qué es lo que convierte a un androide en humano. ¿Dónde está la línea divisoria? Pero eso se reduce a la cuestión: ¿qué es lo que convierte a un humano en ser humano? La respuesta en *Blade Runner* es la memoria. Por más defectuosos y fallidos, por más que se te crucen los cables, los recuerdos son los que te hacen ser quien eres. ¿No tenemos que aferrarnos a ellos?

—Escribir es lo que haces cuando no quieres olvidar.

—Exacto. Hay ideas en esos cuadernos tuyos —dije—. No sé hasta qué punto tienen algún sentido, pero ahí tiene que haber algo, un hilo, cuestiones que te preocupan, yo qué sé. ¿No se trata de eso?

—Léelos —me dijo—. No siento el impulso de escribir un libro, pero tal vez te animen a ti a escribir algo, algo sobre ti.

—Nadie puede, contar su propia historia, ¿no lo has dicho tú mismo hace un momento?

—Pero tú no estás de acuerdo. Demuestra que me equivoco. O invéntate a alguien que cuente tu historia. Los espectadores ven mejor el partido que los

jugadores.

—¿Por qué no te inventas *tú* a alguien? —pregunté.

—Mira —dijo Zafar. Era él el que parecía exasperado—. No sé cómo acercarme más a mi propia vida —dijo—. Mi drama, como el de todos, se desarrolla en el piso de arriba, en la cabeza. Y no creo que pueda escribirse el drama de la mente. Lo único que se tiene son las cosas que hace la gente, Siempre trata de lo que la gente hace, y aun así es en la cabeza donde se libran las batallas, las tragedias y comedias que dominan nuestra vida. Así que recurrimos a metáforas, explicaciones de lo que pasa física, materialmente entre las personas el movimiento de las extremidades, el actor que frunce los labios, las vibraciones de las cuerdas vocales, la corriente de aire, un pintor enfurecido arrojando pintura al lienzo..., siempre es la cinética la que roba el espectáculo mientras que el drama que lo rige, el teatro de la mente, se desarrolla detrás del telón. Sombras en la caverna.

—¿Has leído *La luna y seis peniques* de Somerset Maugham?

—No —respondió Zafar.

—Está inspirada en la vida del pintor Paul Gauguin, La novela entera parte del misterio de la incomprendible decisión del protagonista de abandonar a su esposa y sus hijos, abandonar su vida como agente de bolsa, y desaparecer primero en París y luego en los Mares del Sur para... para pintar.

—Pareces una clase de repaso.

—La leí en el colegio. Maugham es incapaz de dar una explicación medianamente decente para esa decisión y recurre a la especulación, Y cuando el propio pintor se ve presionado, carece, como dice Maugham, de conciencia de si, sea lo que sea lo que signifique eso. para ser capaz de explicarlo.

—Pues ahí lo tienes. Algunas cosas simplemente no llegan a la luz del día.

—Pero no es un mal libro, en absoluto. No desprecias al tigre porque no tenga alas.

—No estoy diciendo que lo sea ni tampoco que no haya un libro pendiente, por escribir: puedes probar tú. Lo que digo es que lo que yo querría escribir no puedo hacerlo; a lo mejor porque no se puede. Tú hablas de decisiones inexplicables, pero ¿qué me dices de los actos que no se siguen de nada que pueda considerarse una decisión? ¿Cómo puede bastar con hablar de ira ciega? Lo inefable no puede expresarse con palabras. E incluso si las palabras estuvieran ahí delante, esperando que las descubriéramos, ¿cuánto dolor

tendría que soportar el tiempo necesario para sostener la pluma sin que me temblara? Recuerdo un fragmento famoso de *Daniel Deronda: Dentro de nosotros hay un gran territorio sin cartográfico— que debería ser tenido en cuenta en una explicación de nuestras ventoleras y tormentas.*[32]

—Ahí es donde entra la imaginación —dije—. Los escritores utilizan su imaginación. Es un don que tienen los seres humanos, y un escritor lo usa para ir a esos lugares a los que cuesta llegar, esos países sin cartografiar que están en nuestro interior. La imaginación es una brújula, una brújula de Dios, si quieres.

—Tu profesor de inglés debió de ser muy bueno. A lo mejor quería que tú escribieras.

—No seas condescendiente.

Zafar me dedicó una de sus sonrisas encantadoras.

—Mi querido amigo —dijo con tono teatral—, me sorprendería mucho si tu inteligencia, siendo la que es, no me considerara condescendiente.

—Lo que tú digas.

—¿Conoces el famoso consejo que le dio V. S. Naipaul al joven Paul Theroux? *Tienes que contar la verdad.* Creemos saber lo que quiere decir y, de hecho, es posible que lo sepamos, pero sólo porque sabemos vagamente qué era lo que Naipaul pensaba, también vagamente. No está diciendo sólo que una novela sea un experimento en la vida, que es lo que George Eliot sostenía; después de todo, aparte de en un sentido metafórico, no lo es en absoluto. Una metáfora sólo sirve para transformar lo que sucede, enriqueciéndolo de cierto modo. *Nunca* te dice lo que sucedió de hecho, ni cómo sucedió, ni por qué. Un pensamiento fugaz puede compararse a un barco en el horizonte, pero sin duda ¿no nos dice algo el que un barco en el horizonte no se compare nunca con un pensamiento fugaz? Cuando un entrenador de fútbol habla de la diversidad de talentos que tiene en su equipo dice con ingenio que, cuando haces vino, un gran vino, el mejor de los vinos, no todas las uvas son iguales, y sabes que está hablando metafóricamente, a no ser que tenga un curro en un viñedo cercano. Pero de lo que está hablando en realidad —la forma correcta para formar un equipo de fútbol— sigue sin quedar explicada, la metáfora ni la roza. Si las metáforas aumentan nuestra comprensión, lo hacen sólo porque nos llevan de vuelta a una perspectiva familiar, que es como decir que una metáfora no puede llegar más cerca. Todo lo nuevo queda al filo de nuestra visión, sigue a

oscuras, por debajo del horizonte, de modo que nada nuevo es visible salvo a la luz de lo que sabemos.

Escuchando a Zafar no podía evitar pensar que tal vez Emily tenía razón. Lejos de esperar muy poco de la escritura, Zafar esperaba demasiado, pero sólo porque esperaba demasiado del pensamiento humano. Su lenguaje sonaba hasta cierto punto demasiado estructurado, más aún de lo que lo habla parecido años atrás. Ahora entiendo, claro, que estaba hablando de cosas que le habían preocupado desde hacía mucho, algunas antiguas, otras más recientes, algunas que habían ocurrido en 2002, hacía seis años, y que le habían preocupado por buenas razones. No es sorprendente, por ejemplo, que le interesara la motivación humana para la acción, sobre la que hablaría a continuación, dado que lo primero que se preguntaba sobre sí mismo tenía que ver con sus propios motivos para los actos que acabaría realizando.

—Si el territorio de la ciencia es el *cómo* —prosiguió Zafar—, entonces la dureza de la vida, la dificultad de vivir en el mundo, está contenida en la cuestión del *porqué*, Wittgenstein dijo que cuando todas las preguntas de la ciencia hayan sido respondidas, todos los problemas de la vida aún seguirán ahí. Es posible, pero también es verdad que cuando todas las obras de arte se hayan completado, cuando nos hayan cegado todas las metáforas que existan bajo el sol, ni una sola pregunta sobre el *cómo* o el *porqué* habrá sido ni rozada. Cuenta la verdad: primero tienes que encontrarla, y no hay ninguna garantía de que puedas. Pero es todavía peor. Lo que la ciencia está dejando claro ahora, de un modo que en el pasado sólo sospechábamos vagamente pero nunca supimos hasta qué extremo era así, es que no conocemos ni la mitad de nuestras propias mentes. No parece precisamente fiable que lo que una persona puede contar sobre sus actos sean las motivaciones que ella les atribuye. No hay que desdeñar el consejo de Naipaul, pero lo mejor que podemos decir de él, que es lo mejor que puede hacer Theroux, porque es humano, es que impone a Theroux el extirpar todas las falsedades conscientes y, con un poco de suerte, algunas inconscientes saldrán también desenredadas en la maraña. Miseria y poco más.

—¿Por qué no pensar en un libro del mismo modo que piensas en un mapa o en una traducción? No es perfecto, dista mucho de serlo, pero algo es algo.

—Una afirmación grandilocuente. Tenía una amiga que iba a un terapeuta y me contó algo sobre la experiencia que se me ha quedado grabado. Ella sólo

era capaz de hablar de algunas cosas espantosas, me dijo, y el ver que el terapeuta no se desmoronaba al escucharlas le sirvió de ayuda. Lo que me sorprendió era que podía imaginarme a otra persona diciendo que, sintiéndose capaz de hablar sólo de cosas espantosas, el ver que el terapeuta se había venido abajo le había servido de ayuda. Me parece, que ésa es la gran diferencia entre escribir y hablar. Cuando hablas, ves el efecto, y tal vez sea el presenciar la reacción lo que te importa y no sólo el elaborar tus pensamientos con palabras. Aprendemos la importancia de las cosas al ver cómo afectan a los demás. ¿Por qué quieres dejar a una persona hundida a solas con una pluma?

—Me estoy quedando sin argumentos —le dije—, y, sinceramente, no estoy seguro de que merezca la pena forzarlo más. No estoy de acuerdo con la mayor parte de lo que has dicho. No creo que tu posición sea tan razonable como tú parece creer...

—No me jodas, ¿a qué viene toda esta tontería del escribir?

La expresión de Zafar cambió. Estábamos en un restaurante, en Holland Park, donde nadie grita, salvo a los camareros.

—¿Se te ha pasado por la cabeza que tal vez no quiero escribir, que de hecho quiero hablar? No te estoy pidiendo que leas. Lo único que tienes que hacer es escuchar.

—No lo has entendido. Claro que hablaremos...

—¿Se te ha pasado por la cabeza que podrías ser tú de hecho la persona a quien tengo que decirle lo que estoy diciendo? A lo mejor no quieres saber por qué te lo estoy contando. Tienes un papel, ¿sabes?, en el centro mismo del escenario, diría. También podría preguntarte si no quieres escuchar.

—Claro que estoy escuchando...

—¿Y qué coño te hace pensar que quiera sentarme a escribir y cocinarme a fuego lento en toda esa mierda? Poner las cosas sobre papel hace que sean reales, las endurece, las vuelve inalterables, incluso antes de que adquieran sentido. ¿Desde cuándo los libros han solucionado nada? Sólo plantean más preguntas de las que responden, y, si ni siquiera llegan a eso, no son más que un puto entretenimiento, y no estoy aquí para entretenerte.

Zafar se detuvo ahí. Se removió en su asiento antes de coger unos terrones de azúcar y echárselos al café, uno detrás de otro. El restaurante estaba vacío. Habían atenuado la iluminación.

—Sólo digo..., sólo digo que tus razones parecen vendajes para heridas.

—Qué bonito —respondió.

—No recuerdo que fueras tan sombrío en la facultad.

—No era tan desconfiado, Tenía fe en la bondad de la gente, en la perfección del amor.

—¿Y qué pasó?

—Todo acaba. Y la forma en que acaba es la que deja el efecto más duradero.

—Ése es otro argumento para escribir: hacer algo que te sobreviva.

—Vaya y yo que pensaba que de eso iba el tener hijos.

Zafar había estado hablando del pasado, pero yo no tenía ni idea de dónde estaba en el presente. Y todavía quedaba por responder la pregunta: ¿por qué había venido aquí, al Reino Unido, a mi casa? ¿Y qué estaba haciendo estos días? En cuanto se me ocurrió la pregunta me pareció fuera de lugar.

Me parecía que preguntarle en qué pasaba estos días. y, más aún, por qué había venido a mi casa, era rebajar nuestra historia de amistad, o rebajar la intimidad que se había desarrollado en los días transcurridos desde su reaparición, en los que él y yo hablábamos de un modo que no habíamos hecho antes. Eran preguntas inoportunas. Sin embargo, pervivía una sensación del presente sostenido en suspensión, dejado esperando a las puertas, tal vez para que entrara más tarde. Por ahora, el pasado se había propagado por la casa, rayando con líneas entrecruzadas las paredes de la cocina con las historias de Zafar y las mías, redecorando un hogar con los colores de la infancia, las familias y el recuerdo.

En los cuadernos de Zafar hay una observación: cuando estamos en la veintena, si un amigo nos dice que su relación ha terminado, preguntamos: *¿quién cortó?*; en la treintena simplemente decimos: *lo siento*.

En ese desplazamiento hay, creo, un cambio en nuestra actitud hacia la causalidad: de la convicción de que la causalidad puede entenderse pasamos a un reconocimiento de que en ciertas ocasiones no sirve para nada. La causalidad trata de cómo las cosas eran necesariamente verdaderas, porque la una llevaba a la otra. En nuestras conversaciones de aquellos días de viento, siempre había un matiz de anhelo, sobre todo cuando se remontaban muy atrás en el tiempo. ¿Un anhelo de qué? Cuando Zafar hablaba del pasado, yo sentía la presencia de muchos pasados, el que estaba abordando, pero también otras

vidas no vividas, las vidas no desarrolladas, pero imaginadas. No hay un solo pasado sino muchos, y cada recuerdo lleva el espíritu de todos los demás.

Tras unos días leyendo de la bolsa de cuadernos, saqué de nuevo a colación, con vacilaciones y por última vez, la idea de escribir un libro.

—No debes de andar muy sobrado de dinero. Un libro podría darte unos ingresos.

Estábamos en la cocina. María, la asistente, había dejado un poco de pasta marinara para la cena.

Zafar me miró con curiosidad, como si reconociera mi descaro al sacar de nuevo el tema.

—Tengo el suficiente —dijo—. Y tenía más. hasta el año pasado, cuando mis padres casi perdieron su casa. Northern Rock quebró a la par que ellos acababan el periodo a interés fijo de su hipoteca. Las nuevas tasas de interés les machacaron y al mismo tiempo el banco apretaba las clavijas a los préstamos de riesgo. Tengo unos pocos valores en una empresa que iba bien. Ahora parte de los dividendos sirven para ayudarles a hacer los pagos de la hipoteca. Pero tengo suficiente. No gasto mucho.

—¿Qué empresa? —pregunté.

Ahora me avergüenzo de no haber sabido manifestar la comprensión debida por las dificultades de sus padres. El fugaz comentario sobre ellos tendría que haberme sorprendido en varios sentidos. Aun así, toda mi curiosidad se dirigía a la no menos sorprendente noticia de que Zafar había invertido en acciones, porque nunca me había parecido que tuviera el menor interés en poseer nada, ningún tipo de valores, ni siquiera una casa. Y el comentario sobre sus padres era también la primera mención de algo que hubiera pasado recientemente en su vida. Por descontado, eso no me explicaba en qué rincón del mundo había estado viviendo, ni qué había estado haciendo, pero no aproveché la oportunidad que se me presentó.

Recuerdo a un abogado amigo mío —de hecho, un amigo de Meena— que me explicó que en un juicio penal en el que el acusado tiene condenas previas, la fiscalía no puede, salvo en casos excepcionales, utilizarlas ante el tribunal. Pero, explicó el abogado, si el acusado declara que tiene buen carácter, entonces la fiscalía puede recurrir a ellas para cuestionar la afirmación.

No pretendo comparar a Zafar con un delincuente, pero siempre ha estado rodeado de cierto misterio, y en momentos como ése, cuando él ofrecía un

poco de información, se abría una puerta ala indagación. Podría haberle preguntado por sus padres. Podría haberle preguntado cuándo se había enterado de que tenían problemas y cómo. Podría haberle preguntado dónde estaba por entonces. Pero no lo hice. Sólo le pregunté en qué empresa había invertido.

—¿Qué empresa?

Entonces Zafar me contó una historia curiosa, que de nuevo subrayaba lo poco que yo sabía en realidad. En 1994, explicó, conoció a una mujer extraordinaria en el aeropuerto JFK.

—Recuerdo —dijo— que el Dow había cerrado por encima de los cuatro mil hacía unos días, la primera vez que había alcanzado esa cifra. En Wall Street flotaba una sensación exultante, de euforia, que resultaba emocionante a la vez que asustaba, como la que producen los deportes extremos. Los banqueros, sin excepción, pasaban todas sus comidas y trayectos en taxis a sus cuentas de gastos y las firmas hacían como que no se daban cuenta de esas dietas. Uno sabe cuándo a una firma empieza a irle mal en el momento en que la hilera de taxis privados que espera delante de su edificio se acorta. Un par de meses antes, yo había cobrado mis primeras primas, que no eran tan sustanciosas como piensas; nunca me peleaba lo bastante. Me tomé mis primeras vacaciones desde aquellas de hacía tanto tiempo en una colonia de vacaciones en la costa inglesa, las que nos habían organizado unos asistentes sociales comprometidos. Pasé una semana en Panamá.

—¿Con esa mujer?

—Fui solo. Conocí a Marcy Feuerstein en la sala de preembarque del aeropuerto, donde intentaba tranquilizar a su hija de tres años. La niña me miró una vez y se calló. Yo la fascinaba por alguna razón inexplicable, de ese modo que sólo les pasa a los niños. Me senté cerca de ellas y sonreí a la pequeña, que me devolvió la sonrisa. Ése fue el principio de nuestra conversación.

»Marcy, según parecía, acababa de dejar Microsoft y estaba creando su propia empresa, además de criar sola a Josie, Vivía en California pero había acabado tres días de reuniones en Nueva York e iba de regreso. Habló con entusiasmo de las charlas que había dado ante inversores potenciales, y lo que dijo me intrigó. El ámbito en el que estaba entrando me pareció un campo llamativo, emocionante. Incluso entonces sabía que mi emoción en realidad no

tenía que ver con ganar dinero. Marcy era atractiva, hermosa, y en nuestra conversación hubo algo de coqueteo, pero tampoco ésa era la raíz de mi interés; no creo que lo fuera. Marcy estaba creando una empresa de tecnologías inalámbricas para empresas, que proporcionaría el *hardware* y el *software* que permitieran a éstas utilizar sus recursos en toda la firma sin cables. Era una tecnología casi inimaginable; estábamos en 1994.

»De niño, me intrigaba lo que leía sobre las propiedades de la luz. Leí que lo que llamamos luz sólo es la parte visible de un espectro de radiación. Aprendí por qué el cielo es azul y cómo se forma el arco iris. Y luego leí que la luz es a la vez una onda y una partícula y en algún sitio vi un gráfico del experimento de la doble rendija. Reflexionando sobre la luz se me ocurrió que no podemos ver los rayos de luz atravesando nuestro campo de visión. Ahora sé que incluso cuando vemos rayos de luz atravesando brillantes la cristalera de una capilla una tarde de invierno, en realidad no vemos ni un solo rayo que llegue al suelo porque cada rayo que creemos ver en realidad no es tal sino la impresión que dejan las corrientes de luz que reflejan las partículas de polvo y son fortuitamente enviadas hacia nuestros ojos. La imagen de haces de luz con motas danzantes, tan frecuente en textos y fotografías, sigue siendo una ilusión, ya ves. La conclusión de todo esto es que si miramos un rayo de luz desde un lado y en el aire no hay polvo, la luz de hecho será invisible.

»Enlaces inalámbricos, conexiones sin ningún tipo de lazo material, sin limitaciones que te retengan en tu sitio, enredaderas etéreas que se extienden hacia ti, ataduras para lo que no tiene raíces. A decir verdad, no sabía qué pensar sobre la idea de negocio de Maro, ella parecía tener toneles de energía y un sinfín de ideas, pero, con los años, he llegado a sospechar que la verdadera fuente de su vitalidad y su impulso era el miedo a que la acusaran de haberle fallado a su hija. No puedo afirmarlo a ciencia cierta porque no conocí a Marcy antes que tuviera a Josie, ni, ya puestos, conozco a Marcy en ningún otro universo en el que no estuviera Josie. En cualquier caso, fue la magia de esos cables invisibles que atan a la gente lo que me emocionó mientras estaba sentado en la sala del aeropuerto, viendo cómo Marcy acariciaba inconscientemente el cabello de su hija mientras hablaba de todas las cuestiones relativas: cómo hacer la conexión inalámbrica segura, cómo hacerla estable, el problema de las interferencias, el de establecer la conectividad entre diversas plataformas. Sin más razones que mi propio

asombro, invertí en su negocio y llegué a recibir un pequeño dividendo por la inversión cada año, aunque ahora me lo pagan de las acciones de la gran compañía tecnológica que finalmente la compró. Esos dividendos son suficientes para mi.

—Nunca me lo habías contado —dije. Me fastidiaba que no me hubiera mencionado jamás nada de eso.

—¿Para qué?

—¿A lo mejor para invertir yo también?

—La mayoría de las universidades británicas ni siquiera estaban enganchadas a internet, ¿Habrías invertido en sistemas inalámbricos de trabajo en red para empresas?

Ahora me pregunto si Zafar siempre me había creído un hombre falto de valentía. Recuerdo una vez que lo vi después de que volviera de un fin de semana de paracaidismo. Saltó en tándem, dijo; era su primera vez y tal vez no haya vuelto a saltar. Le encantó y lo describió como algo parecido a nadar. Estás a tanta altura, en el aire. dijo, sin que el suelo cambie visiblemente, que no sabes si estás cayendo. Segundos que parecen horas pasan antes de que se abra de golpe el primer paracaídas, el más pequeño, que suelta el paracaídas principal, y sientes que tira de ti como si fueras un muñeco de trapo. Yo escuchaba a Zafar poniéndose lírico y, por supuesto, me acordé de que no me había pedido que le acompañara. Si le hubiera preguntado por qué, me habría respondido, como ya sabía, con la misma pregunta: ¿Habría ido yo? Supongo que no pregunté para evitar una conversación que sólo me habría humillado.

Durante esa conversación, seguí insistiéndole un poco más con el tema de escribir. Al final, tras una pansa, Zafar empezó a contarme algo que yo al principio no reconocí como una historia.

Alessandro Moisi Iacoboni nació en 1942 en una aldea a cuatro horas en muía de la ciudad de M..., en una zona de Italia donde se habla un idioma que no es ni italiano ni alemán sino uno que tiene influencia de ambos. El nacimiento de Alessandro se produjo nueve meses y dos semanas después de un día de junio en que una indisciplinada división del Heeresgruppe C de la Wehrmacht alemana asolase la aldea, una incursión que provocó cierta incomodidad en los sectores de la sociedad italiana que habían apoyado con entusiasmo la alianza de Mussolini con Alemania.

—¿Y a quién le importa? —pregunté, pero Zafar prosiguió como si nada.

La madre de Alessandro murió tres días después de lo que fue, según se cuenta, un parto terrible. Fue esa madre la que podría haber encendido en el pequeño Alessi la llama de la fe judía pero, tal como fueron las cosas, su muerte despejó la vía para las monjas católicas de Nuestra Señora de Módena, en la escuela del pueblo, cuya influencia no se topó con ninguna resis...

—¿Qué me dices de escribir tu propia historia?

Interrumpí a Zafar y, al escuchar de nuevo la grabación, me avergüenzo de haberlo hecho. Escuchar es difícil, como mi amigo dijo una vez, porque corres el riesgo de tener que cambiar el modo en que ves el mundo. Ahora puedo admitir algo, algo que esa interrupción sólo ponía de manifiesto: he tendido a encasillar a la gente, que me rodea. Es algo sutil, pero escuchar hablar a alguien sin imponerle nuestras propias expectativas, nuestras propias categorías..., nunca se me ha dado muy bien. Por descontado, sólo el que los calza sabe dónde aprietan los zapatos, pero escuchar bien es, por seguir con la metáfora, la única forma de dar unos pocos pasos con sus zapatos. ¿Cómo es posible, que alguien no lo vea cuando se trata de algo tan ridículamente evidente?

—Es mi historia. Es la historia que quiero contar —dijo Zafar.

Zafar no acabó de contarla, pero la encontré más adelante en sus cuadernos, donde, como me había dicho, podía leerla si quería. No sé cómo interpretarla.

He lamentado el haberle interrumpido. Para empezar, habría sido una historia muy distinta escuchándola de su propia boca, aunque tiendo a pensar que su memoria no habría recuperado todos los detalles. Pero he mitigado mis remordimientos pensando que si no considero la historia una pieza del sentimentalismo más subido tal vez se deba a que al final no se contó, no la relató, como si fuera algo que se quedó donde debía haberse quedado, como si su lugar apropiado fuera la intimidad de ese rincón donde los hombres decentes cuidan el amor perdido.

Ahora pienso que él tenía razón: dijo que era su historia y era la historia que *él* quería contar. A estas alturas me parece obvio que toda historia pertenece a su narrador. Así que incluyo los fragmentos del cuaderno pertinente aquí y dejo que hablen por sí mismos.

1. «He visto cosas que vosotros no creeríais: naves de asalto en llamas más allá de Orion. He visto rayos C centellear en la oscuridad cerca de la

Puerta de Tannhäuser. Todos esos momentos se perderán en el tiempo, como lágrimas en la lluvia. Es hora de morir.»

2. En los cuadernos de Zafar se recogen varios fragmentos de *Daniel Deronda*, entre ellos:

¿Cómo trazar el porqué y las razones en una mente reducida a la aridez de un egoísmo quisquilloso, en la que todos los deseos explícitos se han apagado, y han menguado hasta dejar de ser motivos y convertirse en poco más que una vacilante expectativa de motivos; una mente hecha de volubles estados de ánimo, en la que un intermitente impulso brota aquí y allá y luego se acomoda visiblemente en medio de la pusilanimidad general? Es esta una situación que puede darse en una vida con demasiada frecuencia, sin moldear por la presión de la obligación.

13

ALESSANDRO MOISI IACOBONI

Sí hay un sustituto para el amor, ése es la memoria. Memorizar, por tanto, es restaurar la intimidad.

—JOSEPH BRODSKY,
«Nadiezhda Mandelstam: un obituario»

Grande es esta virtud de la memoria, grande sobremanera. Dios mió, de una extensión sin fin en mi interior, ¿Quién ha llegado a su fondo? Mas, con ser esta virtud propia de mi alma y pertenecer a mi naturaleza, no soy yo capaz de entender totalmente lo que soy. De donde se sigue que es angosta el alma para contenerse a sí misma. Pero ¿dónde puede estar lo que de sí misma no cabe en ella? ¿Acaso fuera de ella y no en ella? ¿Cómo es, pues, que no se puede abarcar?

Mucha admiración me causa esto y me llena de estupor. Viajan los hombres por admirar las alturas de los montes, y las ingentes olas del mar, y las anchurosas corrientes de los ríos, y la inmensidad del océano, y el movimiento de los astros, y se olvidan de sí mismos.

—SAN AGUSTÍN,
Confesiones, Libro X. cap. VIII

Tal vez todo el mundo tenga un jardín del Edén, no lo sé; pero apenas han podido verlo antes de ver la espada flamígera. Entonces,

tal vez, la vida sólo ofrece elegir entre recordar el jardín u olvidarlo, Como sea: se requiere fuerza para recordar, y se requiere otro tipo de fuerza para olvidar, hace falta ser un héroe para ambas cosas. La gente que recuerda corteja la locura a través del dolor, el dolor de la muerte perpetua y recurrente de su inocencia; la gente que olvida corteja otro tipo de locura, la locura de la negación del dolor y el odio a la inocencia; y el mundo se divide básicamente entre locos que recuerdan y locos que olvidan.

JAMES BALDWIN,
El cuarto de Giovanni

Alessandro Moisi Iacoboni nació en 1942 en una aldea a cuatro horas en mula de la ciudad de M..., en una zona de Italia donde se habla un idioma que no es ni italiano ni alemán sino uno que tiene influencia de ambos. El nacimiento de Alessandro se produjo nueve meses y dos semanas después de un día de junio en que una indisciplinada división del Heeresgruppe C de la Wehrmacht alemana asolase la aldea, una incursión que provocó cierta incomodidad en los sectores de la sociedad italiana que habían apoyado con entusiasmo la alianza de Mussolini con Alemania.

La madre de Alessandro murió tres días después de lo que fue, según se cuenta, un parto terrible. Era esa madre la que podría haber encendido en el pequeño Alessi la llama de la fe judía pero, tal como fueron las cosas, su muerte despejó la vía para las monjas católicas de Nuestra Señora de Módena, en la escuela del pueblo, cuya influencia no se topó con ninguna resistencia en la mermada familia Iacobini. El padre del chico, que apenas toleraba las supersticiones de su esposa y vivía amargado por las crueldades de la guerra, creía que el Dios de Abraham, lejos de merecer la estima de Jacob, ofrecía un buen escondrijo. Dejaba a Alessi al cuidado de las buenas hermanas del Salvador y, mientras los aldeanos asistían a la misa dominical, él emprendía camino a M... para reponer existencias. El signor Iacobini era el tendero de la aldea.

El joven Alessandro podría haberse quedado a mitad de camino, de no haber sido por la propicia combinación de ingenio y buena suerte que proporciona una explicación tan plausible como pueda darse de cómo una vida

ha acabado siendo como ha sido. En su origen, una naturaleza inquisitiva llevó al chico a sacar provecho de su instrucción, a pesar de los tormentos que le infligían los otros niños (la culpa de cuyo rencor racial debe atribuirse a los padres). No merece la pena repetir sus humillaciones, y el propio Alessandro, sin una madre que le tranquilizase, sepultaba cada episodio, en cuanto sucedía, en las criptas de la memoria, y luego tiraba las llaves, por decirlo así. Al hacerlo, llegó a creer que poseía un extraordinario dominio de su memoria.

Fuera del aula. Alessandro ayudaba a su padre en la tienda, pero sus insistentes preguntas distraían a su padre. *¿Por qué, padre, tenemos palas de nieve en verano y por qué las ponemos en la calle para que las vean? Para que cuando llegue la nieve, nadie diga que hemos subido los precios en invierno. ¿Por qué traes tanto sulfato de cobre cada vez que vas a M...?, ¿no tenemos ya mucho en la trastienda? Para que cuando llegue el momento haya el suficiente. ¿Cuando llegue el momento de qué, padre? Lo utilizan en los viñedos para proteger las uvas. Las protegen de los hongos y las plagas. ¿Qué son hongos? Y así sucesivamente, preguntas de todas clases. ¿Por qué tantos animales tienen cuatro patas?, ¿por qué no tres? El viejo Nico dice que la luna puede mover el océano ¿es eso verdad, papá?*

Su padre inevitablemente se acababa cansando y mandaba a Alessi a la calle, lo que ya le venía bien a Alessi, que pasó muchas horas felices bajo los avellanos, en los viñedos y bancales, tajo los tilos o en los helechos y cañaverales cerca de los arroyos, leyendo o inventándose historias, historias de todas clases, historias que le contaba a una mujer imaginaria, a la que él llamaba *mi mamá*, y cuando escogía plantas, a ella le describía todo lo que veía. Espiaba a los campesinos y observaba cómo el viejo Nico cuidaba su huerto, y aprendía. También en los libros había plantas, libros que encontraba en el colegio o que le dejaba el alcalde del pueblo, un comunista, que, entre hacer favores a parientes y leales al partido, se sentía movido —no cuesta imaginarlo— a ayudar al último de la aldea [que resultaba ser el dueño de la tienda). Alessi aprendió a hacer injertos y una vez hubo un albaricoquero que durante tres décadas dio las ciruelas que había injertado el niño en persona, En un libro vio un dibujo de un mango, le desconcertó leer que los mangos no suelen ser como sus semillas originales, y miró con un nuevo asombro a esta tierra de la que brotaban frutos tan variados.

Las noticias sobre este niño tan peculiar corrieron y un día, cuando Alessi

ya tenía doce años, su padre recibió una visita de la casa de la *contessa* Sylvia di Cossano, las luces de cuya aldea epónima Alessi había visto a través de los álamos en las noches claras como un nido de estrellas sóbrelas negras colinas. El emisario informó de que su señoría solicitaba amablemente conocer al niño para, en su caso, plantearse su futuro. La conclusión estaba cantada. Alessi se fue a vivir a un internado en M.,, donde vería a su padre durante la visita semanal que hacía como tendero. El niño todavía no había alcanzado la madurez para comprender que la aceptación sin vacilaciones por parte de su padre de la propuesta de la condesa no hacía más que subrayar lo que el hombre sabía desde hacía mucho: la carretera que conducía lejos de la aldea había estado llamando a su hijo desde que el pequeño pronunciara sus primeras palabras. A su debido tiempo, Alessandro consiguió una beca para estudiar medicina en la universidad de Bolonia. Tres días después de llegar a la gran ciudad, comunicaron al joven que su padre había muerto.

Aunque sea verdad que en el caso de la vida de Iacoboni contamos con pocas fuentes a las que recurrir, pese a todo, algo puede contarse, y aquí surge, la oportunidad para hacer una afirmación de aplicación más general. La autobiografía, lo sabemos, es un empeño fallido desde el instante en que la punta de la plumilla toca el pergamino, fallido porque empieza y termina con una obra inacabada y porque su propio autor es víctima del más taimado de los engaños. [Podría argumentarse que las únicas vidas que se ajustan a una forma con sentido son las de los suicidas.] Pero podríamos ir más allá porque hay una idea muy extendida que sostiene que los hechos registrados de una vida, tal como se recogen en la obra de un biógrafo, por ejemplo, pueden iluminar su totalidad, como si las penumbras de luz que proyecta cada fragmento se superpusieran para abarcarla en su integridad, y ni siquiera se plantea la duda ante la posibilidad, demasiado frecuente, de la existencia de algunos episodios en el curso de una vida cuyo sentido, en un último análisis, excede con mucho la huella que apenas puede rastrearse, si es que existe siquiera, y que podría haber dejado incluso en el registro más amplio. Es posible incluso que se dé el caso de que la relevancia de esos episodios escapase a la sensibilidad del propio sujeto. El rescate ante el estancamiento completo en la oscuridad sólo se produce cuando aceptamos que podríamos introducir en el vacío una especulación honesta, auspiciada por la buena voluntad y la búsqueda de la verdad. Sólo podemos imaginar y, con una actitud

respetuosa, tenemos derecho a hacerlo.

A la edad de veintitrés años, sólo dos semanas después de haber hecho los exámenes finales y antes de saber los resultados, Alessandro levó una historia en una anodina publicación literaria estudiantil. En los años siguientes, si le hubieran pedido que hiciera una interpretación, habría respondido que el cuento no tenía nada especialmente llamativo; seguramente sólo habría ofrecido vagas impresiones, habría explicado que tenía un giro sensiblero, que mostraba, tal vez, los excesos literarios de un joven impaciente, pero Alessandro habría sido incapaz de relacionar casi ningún detalle concreto. Todo lo que recordaba de la historia podía resumirse en una sola frase, una frase de su fragmento de apertura que, habiéndosele metido dentro como si fuera un espíritu, renacería una y otra vez durante los meses y años siguientes, aunque con su propio nombre sustituyendo al hada mucho olvidado y en última instancia insignificante nombre original: «En la hora de su muerte, Alessandro Moisi Iacoboni llamaría a gritos a su madre». Cuando leyó el cuento, una mañana de mayo en la biblioteca de la universidad, no pudo haber previsto que esta frase, esta colección ordenada de palabras, iba a regir su vida de formas que no habría esperado, que viviría agobiado por el miedo a otra sustitución, a otro nombre, aunque no el suyo. Tampoco podía haber sabido que en los años venideros, el significado de la frase, resonando en sus oídos, se vería transformado por su vida.

En 1967, la carrera de Alessandro como médico y científico empezó a buen ritmo, muy prometedora, y fue bendecida *ya* en su primer año por un azaroso descubrimiento científico que fue posible gracias a su diligencia, pues el destino, como Louis Pasteur, otro notable médico pero de una época anterior, comentó, prefiere a las mentes preparadas. Por aquellos días, Alessandro recibió varios galardones menores, que lo distinguían y le servirían como futuras referencias. Alessandro convirtió el mundo en su hogar, viajaba mucho, y se empapaba de la cultura de cada nuevo lugar, llegando incluso a soñar en sus lenguas nativas. Hacía amigos con facilidad, aunque alguien habría dicho que no eran muy profundas.

Su reputación médica y científica aumentó, llevaba notas meticulosas de todas sus consultas, en las que consideraba a cada paciente, por usar una expresión actual, primero como ser humano, pero también como una esperanza potencial para otros gracias a lo que pudiera aprenderse de su enfermedad.

Ganó reputación como digno de confianza, así que cada vez fueron más los que recurrían a él.

Entonces Alessandro se enamoró. En marzo de 1972, asistió a un simposio académico en el centro de Mena, no lejos de la Staatsoper, congreso en el que leyó una meritoria ponencia y respondió de forma impresionante una larga serie de preguntas, pero del que se escabulló sigilosamente antes de la conclusión de los actos de la jornada, pues estaba un poco cansado tras llegar a la ciudad esa misma mañana en el tren nocturno que le trajo de París, Alessandro paseó por el Operning y entró en el Kunsthistorisches Museum, con la humilde expectativa de vaciar su mente como preparación para el esfuerzo de la cena del simposio.

Paseó por los salones, y aunque apenas prestó atención a la considerable colección de obras maestras del museo, sin embargo sí consiguió aprovechar el efecto reparador del ambiente que se respiraba allí. Estaba buscando un rótulo que indicara la salida, cuando dobló una esquina y se paró en seco ante lo que vio. Era una obra del pintor italiano del barroco tardío Luca Giordano y, como observaría Alessandro tras emerger de su mirada aturdida, su tema era precisamente lo que declaraba uno de sus títulos: *La expulsión de Lucifer del cielo*.

Frente a la imagen de Lucifer, Alessandro se sintió abrumado por la tristeza. Como si delante de Alessi, sólo en la sala, el arcángel san Miguel, que era hermano de Lucifer pero también instrumento de la voluntad divina, empujara a Lucifer hacia abajo, expulsándolo (a él, cuyo nombre significa luz) de la luminosidad del cielo hacia las tinieblas del exilio. A pesar de una épica acumulación de detalles, entre ellos, por ejemplo, demonios y diablos diseminados en caída libre, fue el rostro de Lucifer lo que cautivó la mirada de Alessandro, la cabeza del exiliado vuelta hacia arriba, los músculos arqueados del cuello tensándose como un arco tirante, la yugular tiesa como un alambre. Y, por encima de todo, estaban aquellos ojos, cuchillos de azul: Lucifer le rogaba a san Miguel, le suplicaba la piedad de un Dios al que ya no le quedaba misericordia.

Resulta tentador pensar que en esos momentos Alessandro recordó la historia de José, que había escuchado a los pies de las monjas. José, cuyos hermanos lo llevaron al desierto pero que fue devuelto al redil y cuyo padre se alegró de verlo de nuevo. ¿Se reconciliaría Lucifer algún día con su padre en

el cielo? El Lucifer que Giordano presentaba a Alessandro no mostraba ninguna arrogancia, sólo la angustia de abandonar el hogar y perder el amor. ¿Fue así como el mal entró en el mundo? Si fue el orgullo lo que expulsó a Lucifer del cielo, entonces sin duda es el pesar lo que alimentó su odio.

Cuando salió tambaleándose a los jardines del museo, Alessandro fue a parar a un café apartado, donde, bajo los tilos, después de dejar su sombrero en la mesa y desanudarse la bufanda, se quitó las gafas, apoyó los codos en la mesa, ocultó la cara entre las manos y se echó a llorar. Si había alguien mirando en ese momento —y lo había—, ese testigo podría haber supuesto que simplemente se estaba masajeando los ojos, porque Alessandro no emitió el menor sonido, ni se estremeció, sino que sus lágrimas formaron un charco entre sus ojos y las palmas de las manos. Entre paréntesis se ha de observar, que aunque Alessandro nunca fue propenso al llanto, lo cierto es que durante esa semana lloraría una vez más.

A su debido tiempo, es decir, siglos más tarde, se recuperó, le pidió un expreso al camarero y se puso las gafas. Mientras le servían el café, Alessandro atisbo a una mujer en la mesa de al lado. Era, según su instantánea convicción, inaccesiblemente hermosa, pero, tal vez liberado por su llanto de parte del recato social que solía mostrar, y que él denostaba, Alessandro le dijo a la mujer, con tal presteza que parecía cuestionar la posibilidad de que el decirlo fuera un acto de valor, estas palabras, pronunciadas con mesura y aplomo: *Los narcisos han florecido pronto esta primavera*. La mujer se rió con ganas.

Alessi se vio abrumado por un anhelo de una clase que no había sentido hasta entonces. Una descripción de la apariencia exterior de esa mujer podría considerarse apropiada en este punto, una mención de su tez de porcelana o sonrosada, por ejemplo, pero un instante de reflexión basta para recordarnos que la evocación de lo sublime para un hombre a otro puede parecerle meramente una imagen de la simple belleza. La palabra (italiana) *vago* significa eso mismo, vago, en el sentido de difuso, pero uno de sus sentidos remotos connota belleza y gracia. Por tanto, es la sensatez lo que nos retrae de describir a la mujer y deja que la imaginación, que es la única y verdadera experta en este campo, haga su trabajo. Alessi, que nunca se había tenido por valiente, observó que su cuerpo se levantaba de la silla, con la taza de café, la bufanda y el sombrero en las manos, y se acercaba a la mujer. En su caso, no

es excesivo sugerir que esta secuencia de acciones equivalía a una expresión de íntimo heroísmo.

Los dos amantes pasaron una semana en Viena, la mayor parte en la habitación de un hotel [o. prescindiendo de cualquier vestigio de delicadeza, en la cama de su habitación de hotel), donde la elegancia de su encuentro sólo era comparable a la refinada discreción del personal ante las vidas privadas de los huéspedes. ¿Cómo es posible, se preguntaba Alessi, que el cuerpo de otro ser humano pueda parecer tan consumadamente una extensión del de uno mismo? Mientras ella yacía tumbada por las mañanas. Alessi contemplaba las inquisitivas manchas de luz del alba buscando su figura, Alessi reparó en la ausencia absoluta de la razón en la habitación, la existencia de un vínculo sin explicación, la insuficiencia de todo lo que sabía para dar cuenta de lo que estaba pasando, y mientras la miraba cuando ella se frotaba los ojos y le sonreía, comprendió que su vida contenía ahora dos dominios: la ciencia y el amor; que ambos dominios estaban separados no por la razón, porque incluso la ciencia habla del amor, sino porque de repente la subjetividad había entrado en su vida y él nunca se preocuparía ya por la ciencia del amor. Nunca se había planteado si la ciencia era necesaria, nunca se había planteado esa pregunta, pero ahí, en ese momento, tenía la respuesta; ahí, en ese momento creía que, para eso, no lo era.

Viena cantaba en una bruma vertiginosa alrededor de los dos amantes. Visitaron el Stephansdom. y ambos quedaron fascinados, más que por cualquier otra cosa, por el sonido de los pasos del otro sobre el suelo de piedra. Compraron las entradas más caras para la Staatsoper, las únicas que quedaban, donde apenas escucharon la obertura de..., bueno, no importa, porque se escabulleron en el descanso y corrieron a su habitación. Alessandro sintió que le recorría un mandato apremiante, una necesidad positiva de estar dentro de ella, de hacerle el amor una y otra vez.

Al anochecer, salían a cenar y paseaban bajo las luces tenues de la ciudad, envueltos en una brisa fresca. Entraron en una tienda de lencería, obedeciendo el impulso femenino de la mujer, que extendió los brazos y tiró con ambas manos de una de las de Alessi. Mientras ella alzaba varias piezas insignificantes en el aire a su alrededor, él no sólo sintió que le recorría el aliento de la lujuria sino también lo que parecía una fuerza equiparable, aunque opuesta, de la ternura.

Una noche pasaron por una sala de conciertos. El cartel anunciaba que P... interpretaría a Mozart. Cuando las cuerdas de la orquesta acabaron de afinarse con el fondo del piano, Alessi sintió que la mano de ella aferraba con fuerza la suya. La miró, pero los ojos de la mujer permanecían fijos, mirando hacia delante. Al momento, se hizo el silencio en la sala, y entonces, emergiendo del dosel de silencio, un solitario oboe empezó a tocar, «Gran Partita». Mientras el oboe emprendía su vuelo, el alma de Alessandro se sintió tan conmovida que buscó algo por lo que llorar. Más tarde, no recordaría haber llorado. Ella volvió a apretarle la mano, y esa vez sí le miraba. Ella se levantó y, a pesar de las caras de reprobación de los vieneses, las dos figuras encorvadas pasaron apretadas por delante de las rodillas de sus vednos. En el hotel, ella le hizo el amor a él y después, sosteniéndolo en sus brazos, le besó los labios como Helena habría besado el talón a Aquiles.

Escuchar a escondidas a unos amantes para relatar luego sus palabras de ternura es inequívocamente de mala educación, pero también es una tontería esperar que unas palabras intercambiadas en un estado de ánimo de tal sensibilidad resistanla implacable mirada de una edad tan cínica como ingenuo es el lenguaje del amor. Para describir su conversación, nuestra hermosa lengua italiana no consigue con sólo dos sílabas reflejar los mismos matices que la palabra inglesa *mawkish*, quizá almibarada o sensiblera. Pero describirla así es aceptar la derrota frente al cinismo.

«Crees que me atrae tu debilidad —dijo ella—. No es así, para nada. Déjame que te explique algo que quizá no sepas. El mundo lo habitan tres clases de hombres. Están los débiles, que sólo son eso. Están los fuertes, que no son más que eso. Y están los hombres como tú, Moisés, amor mío, tú tienes un profundo pozo de fuerza que es tuya, que siempre estará ahí. Tus lágrimas son la superficie de ese pozo.»

Alessandro nunca había conocido una felicidad como la que sintió en Viena. No volvería a conocerla. Al cabo de una semana, se separaron tras hacer planes para reunirse de nuevo una semana más tarde en otra ciudad de Europa. Intercambiaron números de teléfono y quedaron en hablar al día siguiente. El día siguiente, Alessi esperó al lado del teléfono, pero no hubo ninguna llamada, y cuando él marcó el otro número, el teléfono de ella siempre comunicaba. Tras una semana llamando al mismo número una y otra vez. Alessi dejó el teléfono. Recordó el silencio que había guardado ella sobre sí

misma, y que él había hecho lo mismo y, simplemente por ese pequeño detalle piadoso, creyó que debía estar agradecido, como si quisiera convencerse de que ella no se había llevado una parte de él.

Pasaron meses, y luego años, y aunque Alessi nunca olvidó aquella semana en Viena. aunque nunca olvidó la intensidad de los sentimientos durante esos siete días. aunque nunca olvidó a la mujer, continuó con su vida. Vista desde fuera, uno diría que incluso floreció, porque profesionalmente creció sin parar y sus investigaciones dieron como fruto ideas cada vez más importantes.

Pero ahí está el hecho inexplicable, En un momento dado que no puede determinarse con exactitud, Alessandro se vio asaltado por un temor, un temor irracional y acientífico, que se adueñó de sus horas de sueño. En una perversión de la historia original, Alessandro Moisi Iacoboni acabó creyendo que en la hora de su muerte gritaría el nombre de su amor perdido.

Él maldecía sus sueños, porque ¿qué importa qué tonterías angustien a un hombre en su hora final?, ¿por qué iba importar en el presente, en la vida de ahora, que él acabara sus días con una imagen de pérdida? ¿Acaso una vida no vale algo más que eso? Y entonces Alessi se recordaba a sí mismo toda la gente a la que había ayudado, los pacientes que habían sobrevivido gracias a su habilidad, y los médicos y farmacólogos cuyos conocimientos él había mejorado, ¿No era eso, se preguntaba, suficiente para desechar cualquier idea oscura —¡todos los sueños sombríos!—, todo el miedo absurdo a los murmullos finales de un moribundo en su cerebro desgastado? ¿Por qué, se preguntaba sobre todo, iba ese final a ser el peor destino que podía imaginar que le esperaba? Porque de eso se trataba: el terror a un final sin sentido que desentraña la verdad de todo. Ese temor y esos sueños perduraron en su interior llenando los vacíos de su corazón.

Por eso Alessandro llegó a la conclusión de que tenía que burlar a ese final, que tenía que desbaratar su aparente destino, que tendría que ocuparse él mismo del asunto. Ésa era la idea, la preparación del plan, que iba a impulsarle durante muchos años.

En 1990. Alessandro aceptó una cátedra en la Johns Hopkins Medical School de Maryland. A Alessi le encantó América, le fascinaba aquel mundo dentro del mundo, y se zambulló en todo lo americano. Asistía a los partidos de béisbol y fútbol americano, se compró pases de temporada; le volvían loco las hamburguesas y las alitas de pollo con salsa de queso azul. Le dio por lucir

una gorra del equipo de béisbol de los Baltimore Orioles en sus rondas en el hospital y en las clases que daba en la facultad de medicina. Le encantaban los juegos absurdos que daban por la televisión, en los que se parecía celebrar la ignorancia. A los cinco años de su llegada, se convirtió en ciudadano americano. Durante una década. Alessandro vivió en lo que parecía una interminable racha de buen humor, y lo cierto era que América había infundido su vida cotidiana de una alegría simple. Pero era una alegría cuyo logro principal consistía en hacer soportables ciertas noches sombrías en las que el viejo temor volvía a visitarle.

En septiembre de 2001. Alessandro Moisi Iacoboni se acomodó en el asiento junto a la ventanilla 12A, al lado del que ocupaba un caballero mayor, en un vuelo lleno de un Boeing 727 que abordó en el Logan Airport de Boston. Todavía le rondaban por la cabeza las charlas que había mantenido en la Harvard Medical School en una reunión con colaboradores en un proyecto de investigación. En Nueva York estaba previsto que impartiera una conferencia en el Albert Einstein College of Medicine, antes de volver a Maryland. Poco después de que el avión hubiera alcanzado la altitud de crucero de treinta y un mil pies, Alessandro sintió un intenso dolor en la parte superior del abdomen. Se encogió en su asiento agarrándose el pecho. Alessandro sabía lo que le estaba pasando.

Mientras yacía agonizando, Alessandro olvidó el temor que había elegido. No pensó en la mujer que había amado en Viena, no pronunció su nombre, no añoró esa pérdida. Tampoco, al contrario de lo que algunos podrían imaginar que piensan los hombres cuando les llega la hora, recordó la infancia, la sucesión de pequeñas humillaciones sufridas, las heridas que no podían cicatrizar; no se acordó de las burlas de los niños, no se acordó del odio en sus ojos, ni de la ocasión en que había buscado los brazos de un profesor, que se lo había quitado de encima con una mirada de aseo. No recordó a las monjas, que no habían dado la menor muestra de la ternura del amor cristiano. Esos recuerdos, cuando vienen, no vuelven vagos sino con el detalle de un cuchillo desenvainado. Pero a él no acudieron esos recuerdos. En vez de eso, Alessandro pensó en los sellos de correo que llevaba en la cartera, unos sellos que había comprado en los diversos sitios donde había vivido, sellos sin usar, restos, sellos que significaban cartas y postales que no había enviado, palabras que nunca había pronunciado y gente a la que esas palabras no habían

sido dichas. Pensó en esos sellos malgastados. Si hubiera estado mirando a Alessandro en ese momento, mientras yacía tumbado en el pasillo del avión rodeado de los asistentes de vuelo, habría visto que una curiosa sonrisa se propagaba por su rostro, habría oído el sonido apagado de una palabra murmurada, y si hubiera estado familiarizado con los acentos y dialectos de un rincón de Italia, habría reconocido la voz de un niño nacido a sólo cuatro horas en mula de la ciudad de M..., porque en la hora de su muerte, Alessandro Moisi Iacoboni, como todos los hombres, llamo a gritos a su madre.

14

EL CORONEL, EL GENERAL, EL FÍSICO NUCLEAR, EL ESPÍA Y EL NOVICIO

Reproduce las ideas e imágenes de un poema y perderás su estilo; imita los efectos prosódicos, y sacrificas su materia, Capta la letra y se te escapa el espíritu, que lo es todo en poesía; o capta el espíritu y se te escapa la letra, que lo es todo en poesía, Pero no son más que falsos dilemas... La traducción del verso en su mejor manifestación genera una expresión íntegramente nueva en la segunda lengua.

—JOHN FELSTIKER.

Translating Neruda: The Way to Macchu Picchu

Cuando estoy en compañía de científicos, me siento como un vicario andrajoso que se ha perdido y por error ha entrado en un salón lleno de duques.

—W. H. AUDEN,

«El poeta y la dudad»

Recuerdo que en un acto oficial [en Pakistán Occidental] donde había un grupo de mujeres, esposas de miembros de la élite, oí a una que le contaba entre risas a las demás: «¿Qué importa que nuestros soldados violen a mujeres en Bengala? Al menos, la próxima generación de bengalíes serán más guapos». Ése era el tipo de actitud

que encontrabas allí en 1971, y todavía pervive.

—PATRICK FRENCH.
Liberty or Death

—Háblame del bar de la ONU, ¿Encontraste a Emily?

—Sí —dijo Zafar.

—¿Y qué pasó?

—Primero debería hablarte de la cena con el coronel y sus invitados.

—¿Antes de que fueras a Kabul?

—Tendrías que saber lo que había oído en Islamabad.

—¿Y luego recuperarás la historia en Kabul?

—Luego recuperaré la historia en Kabul.

Escuchando a Zafar, yo era como un niño que escucha un cuento al acostarse, interrumpe y se impacienta por escuchar todos sus misterios para que, de forma imposible, se revelen todos a la vez.

—Un miembro de su servicio me llevó a la planta de arriba —prosiguió Zafar—, a una habitación bien amueblada al fondo de la casa, con su propio lavabo a un lado en el pasillo.

Eché una cabezada, aunque es posible que no llegara a quedarme dormido, y me levanté recuperado y preparado. Tras lavarme y ponerme una camisa limpia, me coloqué delante del espejo y me planteé si debía llevar corbata. El coronel iba vestido con ropa tradicional paquistaní, así que me pareció que la corbata sería un detalle inapropiado. Pensé en la ropa en Irán, donde los hombres visten trajes y camisas occidentales, pero sin corbata, pues ésta se considera como el símbolo definitivo de occidentalización. Una distinción tan fina me parecía cómica en aquel momento cuando, por descontado, recordaba el comentario del coronel sobre el uniforme militar occidental que lucía Gaddafi. Abjurar de las corbatas parecía un acto de desafío nimio e infantil, y aun así, ahí estaba, cargado de un enorme significado. Dejé la corbata en el bolsillo de mi chaqueta.

Antes de abrir las puertas que daban al comedor, un soldado uniformado me pidió tímidamente permiso para cachearme. Cuando palmeó un bolsillo, saqué mi grabadora digital y, respondiendo a su mirada interrogativa, dije que era un teléfono. En estos tiempos los teléfonos hacen de todo, pero en 2002 la

tecnología de los móviles acababa de empezar, y estábamos en Pakistán. El soldado movió la cabeza de un lado a otro, manteniendo una sonrisa boba en el rostro. Me adelanté hacia el comedor y él me detuvo. *Por favor, señor*, dijo y desapareció detrás de una puerta. Volvió con un bote, cuya tapa estaba abierta. *Por favor, señor, sólo guardaremos su teléfono para que no le pase nada.*

Los invitados se habían reunido en un comedor inmenso, y estaban de pie, con bebidas en las manos. Todos eran hombres, todos mayores y de pelo cano, de una generación anterior a la mía, más de una generación, aunque puede que no llegaran a dos. El salón estaba dispuesto al modo de los comedores ingleses Victorianos, pero el mobiliario era todo de imitación, la madera no mostraba ningún desgaste ni rayas, y su tono de color era un poco más uniforme de lo que habría debido. En las paredes colgaban pinturas corrientes, paisajes, me dio la impresión. Dominando el salón había un cuadro grande, en la pared del fondo: un barco atrapado en una tormenta, un galeón zarandeado sobre mares cubiertos de nubes bajo una luna desproporcionadamente grande. El cuadro estaba situado entre dos enormes ventanas cuyas cortinas no se habían corrido aunque la luz del día se desvanecía rápidamente. Esta sala no parecía un espacio muy estimado, y no podía imaginarme al coronel comiendo solo allí.

—Ah, Zafar —exclamó el coronel—. Pasa, pasa, hijo mío.

El coronel iba vestido con un traje gris oscuro, sin cuello Nehru esta vez, pero de corte cruzado inglés, y una camisa de cuello alto. No llevaba corbata, sino un ostentoso pañuelo carmesí.

Ocupamos nuestros asientos en la mesa oval, y el coronel me indicó un lugar frente a él. Había otros tres invitados.

—Permíteme que haga las presentaciones. Zafar. El resto de nosotros nos conocemos. Éste es el general Firdous Khan —dijo el coronel señalando al hombre que estaba a mi derecha, un caballero con un tupido bigote en uniforme caqui, muy ancho de espalda y signos de un saludable apetito. Me recordó a un tanque.

—Encantado de conocerle —dijo el general.

—Firdous —prosiguió el coronel—, tú puedes llamarle general Kahn, Firdous es un hombre estupendo, pese a su absoluta carencia de sensibilidad cultural, lo que desde luego enorgullece a sus hermanos pastunes. De hecho es

un general de tres estrellas, sólo tres, un teniente general, ya ves, pero les gusta tratarle de general. Él tendrá mucho que contarte... ¿qué es lo que sabes Firdous? —preguntó volviéndose hacia el general—. En cualquier caso —prosiguió el coronel— él puede hablar contigo de lo que sea, siempre que le mantengamos surtido de comida y bebida.

»Mohammed Ahmed Hassan —dijo el coronel haciendo un gesto hacia el hombre a mi izquierda, que fumaba un cigarrillo (y que sólo dejaría de fumar mientras comía)— está en el ISI.[33] Es un espía y lo parece, ¿no crees? Hassan-*bhai*, bienvenido, nosotros no le juzgamos. A diferencia de todos los demás.

»Y por último, permíteme que te presente al menos importante de nosotros, un hombre con el que no debes malgastar demasiado tiempo dado que raramente está sobrio, aunque me atrevería a decir que la sobriedad, en su caso, difícilmente garantizaría una conversación lúcida. El doctor Reza Mehrani es un tipo manifiestamente sibilino. No, no por su ascendencia iraní (aquí somos gente moderna] sino porque es un científico de cierta especialidad que le hace ocuparse en átomos y cosas por el estilo, Le llaman el dios de las pequeñas cosas. Según el rumor, también es un jugador de bridge de primera, pero dado que en esta casa sólo jugamos al ajedrez, no tengo ni idea de por qué está aquí. ¿Cómo está tu encantadora esposa? Y recuérdanos qué es lo que, en el nombre de Dios, ve ella en ti.

—Ricky —dijo el general Khan—, pasa el puto whisky.

Kahn era un rango superior al coronel, pero en la mesa la jerarquía daba paso a una informalidad igualadora. Ricky, evidentemente, era el apodo del coronel entre sus amigos. Esos hombres a todas luces compartían una larga historia. De hecho, y estoy adelantando un poco acontecimientos, en el curso de la conversación se deslizaban al urdu de vez en cuando y, al hacerlo, utilizaban la muy informal segunda persona *tú*. El inglés ha perdido algo valioso, creo. Algo que pervive todavía en alemán, en el informal *du*, en el francés *tu*, y en el español *tú*. El inglés tenía el *thou*, que permanece en el padrenuestro: *thy will donne, thine is the Kingdom*. [34]

Antes incluso de decir nada, ya me sentía cohibido, Contaba, desde luego, la peculiaridad de mis circunstancias —mediado el año 2002, en una escala hacia una guerra para vengar la destrucción de los imponentes iconos de las torres, y me encuentro en Islamabad, invitado de un coronel paquistaní—, pero

esa de por si no era la causa, También podría haberme sentido incómodo en presencia de militares paquistaníes, hombres que tenían la edad suficiente para haberse manchado las manos en 1971, Pero ni siquiera pensaba en eso. Cuando lo pienso ahora, veo que se trataba más bien de una cuestión trivial. Esos hombres tenían acentos paquistaníes muy marcados, y yo era consciente de mi propia voz, de que sonaba como un inglés claramente culto. Para mi oído interior —yo apenas había abierto la boca— sonaba fuera de lugar, incluso falso y presuntuoso.

Antes de servir la comida, un ordenanza dio una vuelta a la mesa con una jarra de agua y un cuenco grande, y todos se lavaron las manos. La comida en sí fue un ágape sorprendentemente sencillo de dos *curtís* de carne y *dal* con una bandeja de pan, de *rotis*, y una fuente de arroz, y los hombres se mostraron extrañamente contenidos en las porciones que se servían, incluso el general, pese a lo gordo que estaba. Pensé en los bangladesíes y paquistaníes en Gran Bretaña, entre los que es según parece una cuestión con relevancia estadística el que la incidencia de las enfermedades cardíacas y la diabetes supere significativamente la media nacional británica. Una vez conocí a un médico que trabajaba en el Royal London Hospital, en el East End, que me explicó que había una creciente convicción de que los bangladesíes y paquistaníes en Gran Bretaña comían demasiado, y además la dase de alimentos equivocada, con demasiados azúcares y grasas.

Mientras miraba comer a esos tres hombres, y yo también comía, pensaba en animales a los que su instinto empuja a sobrevivir. Puedes conjeturar que esta actitud —ver animales— se debía a cierto tipo de alienación, una ruptura con la sociedad. Yo lo interpretaba de una manera más prosaica. Las noticias no tenían sentido para mí. Que es como decir que me costaba seguirlos argumentos. Uno de ellos, que sustentaba tantos otros por entonces, era el siguiente: los talibanes habían dado refugio a Bin Laden, Bin Laden dirigía Al Qaeda, y Al Qaeda había realizado los ataques. Pero estaba la cuestión de las pruebas, no necesariamente pruebas concluyentes, pero sí requisito para que esa sucesión de pasos se riera confirmada de algún modo. La orgullosa reivindicación de los hechos por parte de Bin Laden no se produciría hasta dos años más tarde, sin ir más lejos. E incluso si las pruebas estaban ahí, incluso si pudieran encontrarse, seguía abierta la cuestión de si todo eso ofrecía una justificación ética para las acciones que se estaban desarrollando.

Sin embargo, si te dijera que ya el primer mes me opuse a la guerra, sería tan mentiroso o más que los mentirosos que nos llevan a las guerras. Mis emociones se disparaban cuando recordaba el desmoronamiento de las torres. América se había ganado mi corazón y había sido herida. Según parece, los geólogos denominan a nuestra era geológica Antropoceno, la Edad del Hombre. Para mí tenía más sentido pensar en los objetivos particulares de las bestias, en cada macho alfa, de los Blairs y Bushes a los Cheneys y Rumsfelds, consolidando su poder y asegurándose su futuro material personal con los rebaños asustados e irreflexivos siguiéndoles. No tenía tiempo para teorías de la conspiración.

Los hombres comieron deprisa, como lo harían unos soldados, arrancando pedazos de pan para rebañar las salsas. No tocaron el arroz, y pensé si no lo habrían puesto sólo para mi provecho; después de todo, yo era bangladesí, pertenecía a un pueblo que comía arroz, —nunca había visto *roti* en mi aldea— y cuya tierra era un tablero de damas de campos de arroz. Me serví una cucharada.

Todos comían con las manos, salvo el coronel, que utilizaba una cuchara. Temblaba un poco cuando la levantaba, sus dedos ya no le obedecían del todo. Tal vez mi mirada se entretuvo en el detalle un poco más de lo que hubiera debido porque el general comentó:

—Si juegas a ajedrez con Ricky, él te hará mover sus piezas.

Sonreí lastimosamente y me centré en mi comida. Sólo mucho, mucho más tarde percibí la sutileza del comentario del general.

La conversación pasó con desgana por asuntos familiares, nacimientos, muertes y bodas, los negocios del hijo de uno o de otro y los logros escolares de algún nieto. Todo eso era, lo comprendí más adelante, una forma de aplazar el verdadero tema: la intervención en Afganistán dirigida por Estados Unidos. En aquellos días debía ser lo único de lo que hablaban todos.

Después, nos lavamos las manos y, llevando con nosotros la conversación inane, pasamos al salón, donde el coronel me había recibido horas antes. Nos acomodamos en sillones y sofás. Me fijé en que las piezas que había sobre el tablero de ajedrez, en la mesa del rincón, se habían movido, y algunas caídas estaban ahora a un lado del tablero. Se había jugado una partida, aunque desde, mi lugar no era posible saber si había acabado con un vencedor.

—Has estado muy callado, *Reza-bhai* —dijo el general—, ¿qué está

martilleando en ese cráneo?

Mehrani miró alrededor de la sala.

—Drones —dijo, dejando suspendida melodramáticamente la solitaria palabra.

Mohammed Hassan, el funcionario del ISI, exhaló una vaharada de humo que se deslizó por delante de la cara de Mehrani. Me dieron ganas de reír, y por un instante tuve que concentrarme a fondo en controlar los músculos alrededor de la boca y los ojos.

—¿Eso es todo? —preguntó el general—. ¿No dices nada y luego esperas que con una palabra baste?

—Los americanos no saben digerir las bajas —dijo Reza Mehrani—. Cuando las bolsas de cadáveres son aerotransportadas a docenas a su base aérea de Dover, entonces recogen y dejan sus guerras. Así que esta vez utilizarán drones. La tecnología está lista.

—Eres un tipo que da miedo —dijo el general—. No me malinterpretes. No se trata de lo que dices sino de cómo lo dices. Podrías pedir un *chapati* y me asustarías.

—Tiene razón —dijo Hassan, el hombre del ISI.

—¿Ves? —dijo el general— Incluso el señor espía cree que das miedo.

—Utilizarán drones a una escala masiva —añadió Hassan.

—Creéis que la ciencia y la tecnología son sólo instrumentos de guerra —dijo Mehrani, dirigiendo el comentario al general y al coronel—, pero la ciencia y la tecnología de hecho cambian el juego.

—¿Cómo van a cambiarlo, mi querido muchacho? —preguntó el general—. Los americanos siempre han librado sus guerras por poderes, con intermediarios. Los ataques con drones no son más que una variante.

—Si se les ocurre lanzar un solo ataque con drones en Pakistán, yo en persona le patearé el culo con mis botas al embajador americano —dijo Hassan.

—¡Menuda memez! Si siempre vas con zapatillas mullidas. ¿Qué quieres, hacerle cosquillas al bueno del embajador? —dijo el general.

—Ellos quieren sus guerras pero sin derramar sangre americana.

—¿Y tú crees que a Kissinger le importaba la sangre americana en Vietnam?

—En la guerra de Secesión americana era posible librarte del servicio en el ejército de la Unión si pagabas trescientos dólares, Tarifa de conmutación, lo denominaban. Todo legal y público.

—El precio del patriotismo.

—Los pobres que no tienen nada que vender son los que se convierten en soldados.

Son los donantes de órganos.

—Ya están llegando los contratistas militares.

—Ya estaban allí antes que todos los demás.

—*Bhai*. ha habido mercenarios combatiendo en guerras desde antes de los faraones.

—No me imagino alas élites americanas alistándose en el ejército de Estados Unidos. Así que, dime: ¿dónde está la lealtad en Occidente?

—Vamos, vamos, Desde tiempos inmemoriales, los soldados de todo el mundo nunca han movido un dedo por su país. Hasta el más tonto sabe que un soldado pelea por sus camaradas.

—¿Quieres decir que nuestros chicos cumplirán las órdenes de América simplemente porque un soldado luchará por su regimiento?

—Por su pelotón. Lo que digo es que, en el momento crítico de la batalla, luchan por eso. El que llegue ese momento es otra cuestión.

—De esa cuestión estoy hablando.

—Antes desertarían que enfrentarse a los suyos.

—¿Por qué han aceptado bases estadounidenses en suelo paquistaní? —pregunté, hablando por primera vez.

»Lo siento —me apresuré a añadir—. Pretendía ser una pregunta, no una acusación.

—Yo le dije lo mismo a ese lacayo de los americanos, *Busharraf*—dijo el doctor Mehrani— y sin la menor duda sí pretendía que sonara como una acusación.

—Dile al chico lo que te respondió el hombre —dijo el coronel.

—Estas cosas son más complejas de lo que la prensa occidental te hace creer —añadió Mehrani.

—Es importante que el chico se haga una imagen completa —dijo el coronel—. Explícale lo que dijo *Musharraf*.

—Dijo: Vete a encular a un perro sarnoso —intervino el general y, volviéndose a Mehrani, añadió—: Una orden directa de tu comandante en jefe.

—Estamos en apuros —explicó Hassan—, Si le decimos no a los americanos, ellos pelearán de todas formas (no ven la hora de hacerlo), pero lucharán desde bases en India. Y ésa es la perdición para Pakistán. No sólo perderíamos el apoyo de América, sino que entraríamos en el escenario de pesadilla de una India aliada militarmente con América. Y más tarde, una vez conquistado Afganistán, careceríamos de profundidad estratégica.

—Zafar, ¿entiendes de qué está hablando? —me preguntó el coronel.

—Porque, si lo entiendes, tal vez podrías explicárnoslo a nosotros —dijo el general.

—¿Profundidad estratégica? —repetí.

—¿Crees de verdad que pueden conquistar Afganistán? —le preguntó el general a Hassan.

—Conquistarlo quizá no, no en un sentido general —respondió Hassan—. Pero si pensáis que abandonarán el país por las buenas y del todo, si creéis ni por un momento que no mantendrán bases permanentes, dada su situación central, a tiro de piedra de los pozos de petróleo de Asia central y en la frontera con Irán, entonces, amigos míos, es que habéis estado tomando demasiado opio afgano.

—Profundidad estratégica —dijo el coronel dirigiéndose a mí— es el concepto mismo de Afganistán, en particular de la zona fronteriza que proporciona un entorno acogedor para nuestras tropas si necesitáramos reagruparnos tras un avance militar indio, de manera que India nunca estaría tranquila si, Dios no lo permita, organizara alguna vez una incursión en serio en Pakistán. Nos basta con que los indios simplemente sean conscientes de que contamos con esa profundidad.

—Ésa es una forma de describir la profundidad estratégica —dijo Mehrani.

—¿Y la tuya?

—Es un aspecto más de la descabellada obsesión que tenemos con India —respondió—. A India no le preocupamos. Pasamos demasiado tiempo hablando de India. Es el tema por excelencia en nuestros cócteles. Pero ¿creéis que ellos hablan tanto de nosotros en Delhi? Su presupuesto militar septuplica el nuestro. ¿Están ni remotamente asustados por el peligro que

suponemos para ellos? —preguntó Mehrani.

—¿Crees que tendríamos que gastar más?

—Tendríamos que gastar menos. Mirad nuestro país. Es un desastre total. El sesenta por ciento de nuestros niños nacen considerablemente retrasados, atrofiados físicamente. El analfabetismo masculino llega al cuarenta y uno por ciento, el femenino al setenta. Los pobres carecen casi por entero de servicios sanitarios. La recaudación fiscal no pasa del diez por ciento, la menor de todo el subcontinente, menor incluso que en Bangladés, por el amor de Dios.

—A *Reza-bhai* le gustan las estadísticas. Es un científico —dijo el general.

—Voy a darte una estadística. Reza—Mai —dijo Hassan—. Ahora que lo pienso. Zafar, a ti también te gustará. Es bastante matemática. Es posible que Pakistán sea como tú dices, pero tiene un coeficiente de Gini muy bajo.

—Habrás leído el editorial del *Dawn* —dijo el general.

¿Fue un desliz, me pregunté, o acaso el funcionario del ISI había pretendido ponerme nervioso dejando caer que sabía que había estudiado matemáticas?

—El coeficiente de Gini es fruto del trabajo de una institución tan alabada como el Programa de Desarrollo de Naciones Unidas. Mide la desigualdad en los ingresos nacionales, la ratio de los ingresos del diez por ciento más pobre en comparación con los del diez por ciento más rico. El coeficiente de Gini de Pakistán es menor que el de India, menor que el de América, menor que el de Nigeria, menor, de hecho, que el de otros cuarenta países.

—No estaba al tanto de ese coeficiente, así que no sé —dije—, pero creo que quiere decir lo contrario.

—¿Cómo?

—La ratio del diez por ciento superior en comparación con el diez por ciento inferior: si lo que quiere decir es que Pakistán tiene la menor desigualdad de ingresos —expliqué.

Cada uno de ellos lo pensó y transcurrieron unos momentos mientras los cuatro hombres miraban al vacío y sus cerebros no paraban de dar vueltas. Entonces, al unísono, dijeron: Tienes *razón*, antes de echarse a reír.

—¿Cómo es posible? ¿Cómo puede ser relativamente baja la desigualdad en los ingresos? —pregunté.

—Pues así es —replicó el funcionario del ISI—, Ahí —prosiguió— radica el meollo del asunto. Eso, que es la fuente de tantas de nuestras aflicciones es también la fuente de nuestra fuerza. Parentesco y clientelismo.

—Como en Bangladés.

—Como en India.

—Pero más aquí —prosiguió Hassan—, Parentesco y clientelismo. Los dos van de la mano para construir este país. Los occidentales no se cansan de señalar nuestra corrupción; nunca se cansan de subrayar nuestros defectos morales. Somos un pueblo ingobernable, dicen, y si les escucháis pensaríais que no tenemos una pizca de integridad. Pero se trata exactamente de lo contrario. Mira, muchacho, en Pakistán siempre entran en juego obligaciones morales muy poderosas, las del parentesco. La lealtad hacia la propia familia, hacia el propio clan, tribu, religión y las redes familiares extensas, esas lealtades invalidan cuanto nuestras élites impongan en forma de leyes. Nuestras leyes son en gran medida una herencia de los británicos y no representan una expresión de la voz del pueblo más legitimada que las leyes impuestas por una potencia colonial, Pero las lealtades que mantienen unida a la gente, esas corren por la sangre de los paquistaníes.

—¿Cómo demonios explica eso un bajo coeficiente de Gini? Ahora que has dejado salir al Gini de la botella, creo que deberías explicarlo —dijo el general, claramente complacido con su juego de palabras.

—El saqueo del Estado raramente beneficia únicamente a un solo individuo. Sólo en casos muy raros...

—Como en los contratos militares —añadió el doctor Mehrani maliciosamente, aunque ninguno de los otros pareció morder el anzuelo. Él era el único civil entre ellos.

—Cuando un hombre, un político o un burócrata, acepta una suma, una comisión o un pago, está tomándolos como intermediario de confianza para el provecho de un grupo más amplio. Pagará sirvientes, pistoleros, seguidores, el transporte político para los servidores, la hospitalidad política y luego compartirá el resto con sus parientes. A diferencia de países como Nigeria, donde unos pocos saquean el tesoro, desviando los fondos de las ganancias del petróleo que deberían beneficiar a la nación y ocultándolos en cuentas bancarias occidentales, en Pakistán, el dinero se disemina, se esparce. Por tanto, la desigualdad de ingresos permanece relativamente baja. En cuanto a

los militares, el buen doctor sabe muy bien que el ejército es la única isla de cordura en un océano de locura —dijo Hassan.

—Bien expresado —dijo el general.

—El ejército es trabajador, es eficiente, y hace lo que hay que hacer. ¿Por qué si no cree que los paquistaníes han recurrido a él una y otra vez? Por el amor de Dios, si hasta gobiernos electos buscan nuestra ayuda. En el noventa y nueve, Sharif[35] puso a militares a cargo de los servicios de agua y electricidad para restaurar el orden e imponer el pago de las tarifas. El ejército es una meritocracia —dijo, como si fuera un argumento definitivo—. Eso nadie puede negarlo. ¿Sabes quién va dirigir el ISI a continuación? El director general de operaciones militares, el general Ashfaq Kayani, el hijo de un suboficial, de un sargento, y fíjate en Musharraf, es hijo de un *mohajir*. [36]

—¿Qué fue lo que dijo Voltaire de Federico el *Grande* de Prusia? Donde algunos Estados tienen un ejército, el ejército prusiano tiene un Estado —dijo Mehrani.

—Los americanos no tienen ni idea de la realidad, de los hechos básicos de esta parte del mundo —añadió el general, pasando por alto el comentario mordaz de Mehrani.

—Los británicos no son mejores —dijo Hassan—. Los británicos viven de falsas ilusiones. El otro día, el embajador se me quejaba: ojalá que el soldado americano se comportara la mitad de bien que su equivalente británico. ¿En qué sentido?, le pregunté. Nosotros repartimos caramelos a los niños, dijo, respetamos las costumbres locales, y no vamos por ahí irrumpiendo a tiros. Casi le estrangulo. ¿Respetan las costumbres apuntando con un rifle cargado? Se siguen considerando a sí mismos como unos imperialistas benevolentes, pero en Afganistán los hipócritas de mierda son todavía más odiados que los americanos. ¿Se creen que nosotros, en este rincón del mundo, no sabemos historia? Intentaron jodernos en el desfiladero Jáiber cada vez que se les presentó la ocasión, pero todavía se creen que son la nobleza. Cabrones.

—Tranquilízate, *bhai* —dijo Mehrani.

—Sírreme un poco de whisky.

—Las clases cultivadas tienen cierta idea de lo que pasa, concédeles un poco de crédito —dijo el coronel.

—No te engañes. Estuve en Washington el mes pasado —dijo el general—, con Sattar.[37] en una reunión con Colín Powell. El tipo se sentó delante de

nosotros y durante un cuarto de hora habló de pastunes y talibanes intercambiándolos, como si fueran lo mismo, y decía *pashtún*. claro. La cosa se estaba poniendo insoportable, e incluso Kurshid,[38] un panyabi, se puso tan nervioso que señaló que dos de los funcionarios de mayor rango que le acompañaban eran pastunes pero ciertamente no talibanes. Me pregunté si Powell necesitaba hasta que le explicaran que había pastunes tanto en Afganistán como en Pakistán. Como mínimo, uno esperaría que le hubieran informado sobre *nosotros*. Uno siempre debería saber con quién se reúne.

Hassan, el funcionario del ISI, me sonrió.

—Pero ¿qué me decís de la peble desarrapada? Es gracias a su permiso por lo que sus ejércitos están librando la guerra. Ellos no tienen ni idea. ¿Qué significa para ellos «zona tribal»? ¿qué significa para ellos Swat, una región paquistaní o una pandilla de pistoleros de una serie de la tele americana?

—Las masas se remiten a la gente cultivada, como en todas partes.

—Toma un poco más de whisky — dijo el general.

—Estoy servido —dijo Hassan.

—Toma un poco más.

—Bueno.

—Hablemos de las clases cultivadas. Zafar —dijo el coronel—, en eso tendrás algo que decir. Cuando estás en Occidente y hablas sobre Bangladés con uno de tus amigos cultos, o, pongamos, charlas de algún aspecto de tu vida familiar, dime, ¿te parece que la conversación tiene una cualidad diferente cuando hablas con un bangladesí, o, ya puestos, con alguien del subcontinente de la que tiene si hablas con ese occidental?, ¿sientes que debes explicar menos cosas?

—Sentir, sentir, sentir. ¿A qué vienen tantos malditos sentimientos?, ¿de qué estás hablando ahora? —preguntó el general.

—¿Incluso cuando tu amigo occidental es un hijo del liberalismo de la Ilustración? — preguntó Reza.

—Sí, incluso cuando tu amigo occidental es un hijo del liberalismo de la Ilustración — añadió el coronel.

—Háblanos de tus sentimientos —dijo el general.

—Dejad responder al chico —dijo el coronel.

—Hay, de hecho, una diferencia —dije—. Hablando con sudasiáticos de

la diáspora.

—¿De la diáspora?, ¿así los llamáis? —dijo Hassan.

—Dejadlo acabar —insistió el coronel.

—Hablar con expatriados sudasiáticos sobre asuntos del sur de Asia es en general mucho más fácil que hablar de ellos con otros. Pero no siempre. He conocido a gente de la región, hombres normalmente, que evitan la conversación cuando se toca el tema.

—Ah, sí, el *babu* —dijo el general.

—¿Perdón?

—Un coco. El sudasiático que se ha vuelto blanco en todo salvo en el color de la piel —respondió el general.

—Pero me pregunto si los sucesos del 11 de septiembre han cambiado eso —dije.

—Ciertamente, nos han llegado noticias de jóvenes británicos musulmanes que se han radicalizado ante un Occidente que ha perdido la cordura colectiva —dijo Reza.

—Pero, aparte de esa radicalización —proseguí—, creo que los expatriados paquistaníes y bangladesíes, los *babus*, como usted los llama, ya no pueden mantener las distancias. Y produce un gran placer charlar con alguien que sabe de dónde eres desde el principio, que sabe de qué estás hablando e incluso puede acabar tus frases. Nada puede compararse a esa familiaridad, a esa sensación de verte arrastrado en un torbellino de comprensión mutua. Todos ustedes deben saber de qué hablo. Pero, del mismo modo, me parece turbador. ¿A todo el mundo le complace tanto el descubrir una experiencia compartida que son sus emociones las que imponen el contenido? No siempre, pero a veces, a veces, mientras me aparto de una conversación, me pregunto si estaba determinada por una postura a la defensiva común, una sensación de unidad fruto de la propia exclusión, que me inquieta porque esos tipos de conversación también excluyen cuanto podría desafiar o poner a prueba cualquier comentario que se haga. Es así en la vida cotidiana, la gente no sólo habla por hablar sino que busca un territorio compartido en las cuestiones más mundanas, es el problema de los clubes, con la diferencia de que el impulso se amplifica, creo, cuando lo que determina la conversación es el estar a la defensiva.

Silencio.

—Eres uno de los nuestros, querido muchacho. Uno de los nuestros. Bienvenido a casa.

—¿Porque no soy uno de ellos?

—¿No estás a favor de la guerra de los americanos?

—Conocía a dos personas que trabajaban en el World Trade Center.

—Sin duda, la posición que se adopte debería ser independiente de si uno conocía a una víctima de los ruines malhechores. De otro modo, se corre el peligro que mencionabas: dejar que las emociones rijan el juicio.

—Eres uno de los nuestros porque eres musulmán. ¿Conoces la *Shahada*? —preguntó Reza.

—Acabas de llamarle musulmán y aun así le preguntas si conoce la *Shahadah* —dijo el coronel.

—¿La sabes en inglés?

—No soy ninguna autoridad en la materia, pero no creo que la traducción inglesa sirva como declaración de fe —dije.

—Hazme el favor.

—No hay más Dios que Alá y Mahoma es su mensajero —dije.

—Totalmente.

—Nuestro amigo cumple los requisitos, ¿no? —preguntó el coronel.

—Totalmente equivocado —dijo Reza—. Eso es lo que les enseñamos a nuestros hijos. ¿Por qué? Os diré el porqué. Es porque utilizamos su traducción, su maldita traducción, que simplemente está equivocada.

—Reza-*bhai*. ¿por qué demonios íbamos a enseñarles la traducción *inglesa*? —preguntó el general.

—¡Vuestros chicos han ido a Aitchison! —le replicó—. Y esa es otra. Nuestras mejores escuelas son un medio *inglés*. ¿Sabes cómo llaman a Dios los árabes cristianos? —preguntó volviéndose de nuevo hacia mí—. Todos esos palestinos cristianos y los coptos, gente como Edward Said y Boutros—Ghali. Los árabes cristianos hablan árabe, ¿y cómo llaman a Dios?

—Si no lo supiera, podría adivinarlo, pero habría sido de mala educación quitarle el protagonismo. Dígamelo —dije.

—Y ya que estamos, ¿sabes cómo llaman a Dios casi todos los malteses?

—¿Malteses? —preguntó el coronel.

—Los habitantes de Malta. Me parece que les llaman malteses.

—Pero éstos no hablan árabe, ¿no? —preguntó el coronel.

—Hablan una lengua semítica, Ricky. Y son católicos y también llaman a Dios Alá porque eso es lo que significa Alá.

—¿No le estás dando demasiada importancia a una traducción?

—¿No le estás dando tú poca? ¿Por qué seguimos volviendo a esa errónea traducción de la *Shahada* una y otra vez? Pierde su significado completamente y en su lugar deja la impresión de que adoramos a un dios extranjero llamado Alá, cuando en realidad la *Shahada* es un hermoso credo del monoteísmo. Nada tiene que ver con el nombre de Dios. Si quieres un nombre, el islam ofrece noventa y nueve, precisamente porque no tiene nombre. Así que, ahora dime. ¿Cómo es la *Shahada* en inglés?

—No hay más Dios que Dios y Mahoma es su mensajero.

—Totalmente correcto. Eres uno de los nuestros porque eres musulmán y eres de aquí —dijo Reza.

—Soy bangladesi.

—La gran herida de la que nunca nos recuperaremos es la traición de Pakistán Oriental —dijo el general.

—¿La traición de quién?

La conversación llegó a un punto muerto.

—No es por cambiar de tema, pero.,.

—Ciertamente.

—Hablando de lo cual, sin duda el culpable aquí, la raíz de todo, es Arabia Saudí. Los hipócritas no harán nada con Arabia Saudí —dijo el general.

—¿Alguien ha seguido el críquet?

—Se difama injustamente a los saudíes —se quejó Mehrani.

—Tienes un conflicto de intereses, oh Dios de las pequeñas cosas.

—Los cristianos tienen su bomba. Y los judíos. ¿Debe negárseles a los musulmanes? —preguntó Mehrani.

—Sea como fuera, las finanzas saudíes te hacen ser parcial. Sí, a los saudíes se les difama injustamente, pero por defecto, no por exceso. ¿Sabías que los saudíes todavía no proporcionan el manifiesto de carga anticipado en los vuelos que van a Estados Unidos? ¿Cómo es posible cuando a todos nuestros jóvenes paquistaníes los apartan en las colas para que algún *gora*,

uno de esos blancos, les meta la mano por el trasero? De hecho, hasta el 11 de septiembre, a los saudíes que solicitaban la entrada en Estados Unidos no se les exigía que asistieran a una entrevista en la embajada. Visa Express lo llamaban. Los agentes de viajes lo organizaban todo, ¡agencias de viaje saudíes actuando en nombre del Departamento de Estado americano! ¡Es de locos!

»Pocos países —prosiguió— gozan de la absoluta falta de responsabilidad legal de la que disfrutaban los gobernantes saudíes. Gastan sumas disparatadas en armas aunque no hayan librado ni una sola guerra en más de sesenta años y pese a que sus necesidades de defensa exterior las cubre totalmente Estados Unidos, con sus grupos navales y sus F-15 patrullando permanentemente el Golfo Pérsico. Así que uno tiene que preguntarse, ¿por qué se gastan ese dinero? Gran parte del mismo acaba en los bolsillos de los príncipes saudíes, pero una suma no menos ingente financia a los militares dedicados a proteger a la familia real saudí. Esa familia real es tan odiada por su propio pueblo que vive en fortalezas defendidas por la Guardia Nacional, la organización de guardaespaldas mejor entrenada, mejor equipada, mejor pagada y más cara del mundo, la mejor de la historia humana, para ser precisos. Con todo eso, pueden oprimir a su pueblo a voluntad. ¿Sabéis cómo llaman los lugareños al espacio donde se realizan las ejecuciones públicas en Riad? Lo llaman Chop-Chop Square, la plaza del picadillo.

—Dices que los responsables son los saudíes. pero son los americanos quienes lo permiten —dijo Mehrani.

—Son cómplices —dijo el general—, ¿Tú absolverías a un matón porque hay otro matón mayor detrás de él? Sí, desde luego, el petróleo está en la raíz de todo. El petróleo y los negocios. Estuve leyendo el *Petroleum Intelligence Weekly*...

—Suenas a que vas a darnos la barrila.

—Muy gracioso —dijo Hassan.

—El 12 de septiembre, los saudíes extrajeron..., ¡oh. ahora lo pillo! Dar la barrila... No está mal.

—Gracias —dijo Mehrani.

El general pareció desvalido, como si hubiera perdido el hilo.

—El 12 de septiembre.

—Ah, sí, claro. El 12 de septiembre de 2001, los saudíes extrajeron nueve

millones de barriles de petróleo de más, la mayor parte destinados a los mercados americanos. Los precios del petróleo apenas variaron después de los peores ataques terroristas de la historia de América. Arabia Saudí cuenta con la mitad de la capacidad de producción de excedentes del mundo. ¿Qué significa eso? Significa que Arabia Saudí, a diferencia de otras naciones del mundo, puede variar los precios del petróleo a voluntad, pero, a cambio de la protección de Estados Unidos, el rey saudí los mantiene estables.

—Ahora va a decirte que la destrucción de las Torres Gemelas fue una conspiración judía.

—Ríete, pero alguna de esas teorías de la conspiración... sólo te diré esto...

—¿Las teorías de la conspiración no son lo que parecen? —intervino maliciosamente el coronel.

—Justamente —replicó el general, al que se le había escapado por completo el chiste del coronel.

—¿Qué opinas tú de esas teorías conspirativas, chico?

El coronel me pilló desprevenido.

—Sí, te lo pregunto a ti. ¿Qué piensas de ellas?

—¿En general?

—O en concreto.

—Creo que son mentiras.

—Bien dicho —respondió el coronel, aunque sin apartarla mirada de mi.

—Mentiras —proseguí— propagadas por una oscura fuerza internacional.

El general fue el único que no se rió.

—Yo no estoy hablando de teorías de la conspiración —dijo.

—Pues entonces ¿de qué estás hablando exactamente? —preguntó el coronel.

—El rollo conspirativo debilitaría de hecho mi argumentación.

—¿Que es...? Tengo que reconocerlo, me cuesta seguirte el hilo.

—La familia real saudí mantiene bajos los precios del petróleo. Las empresas americanas pueden que se quejen ahora de lo alto que está ese precio, pero una Arabia Saudí democrática o una hostil querría sacar a los mercados todo lo que pudiera. ¿Por qué mantener bajo el precio? Porque eso les garantiza la protección de los americanos o que éstos hagan la vista gorda,

según convenga a las necesidades de la familia real. Washington ha sido sobornado, los contratistas de defensa se mantienen activos y bien pagados, y, por si fuera poco, la Armada de Estados Unidos se encarga de la defensa nacional saudí. Es un poco como un impuesto a los americanos. ¿Quién es el que, al fin y al cabo, paga los portales y los cazas de combate americanos que protegen a Arabia Saudí? ¿Quién lo paga todo más que el ciudadano de Estados Unidos? Uno de cada cinco dólares ganados por los americanos sedientos de petróleo compra a Washington y a los contratistas de defensa, untándolos como es debido.

—Pero los americanos también sacan partido. Consiguen precios bajos para el petróleo, como tú dices.

—Sí. Todos contentos, llenos algunos. Menos los saudíes de a pie. Hablamos de desigualdad de ingresos, pero los saudíes comunes y corrientes viven en un país que ni siquiera lleva las estadísticas pertinentes y que no quiere saber o que se sepa; todos contentos menos los musulmanes de a pie que ven el Hiyaz infestado de extranjeros. ¿Qué dijo Osama bin Laden justo después de los ataques del 11 de septiembre?, ¿qué fue lo primero que subió a internet? Llamó a la expulsión del infiel de Arabia Saudí. El mundo musulmán contempla la hipocresía con justificada indignación.

—Los americanos no están solos.

—Por supuesto que no. Gran Bretaña se ha convertido en un perrito faldero y Blair es un bastardo de magnitudes épicas. Y ahora esos cabrones justifican su invasión de Afganistán con topicazos sobre la libertad y la liberación del pueblo afgano. No puedes encender la televisión sin ver a algún docto político occidental citando estudios que muestran que los afganos quieren vivir sus vidas en paz y con seguridad, ¿Sabéis qué? Cuando escucho eso, me entran ganas de echar mano a mi pistola. Los afganos, dice el experto, no son distintos a la gente de Gran Bretaña o de América. ¿Quiere decir que los británicos y los americanos sólo quieren eso también? La forma de vida de una nación consiste en algo más que vivir en paz. Sí la gente carece de paz y seguridad, por descontado que eso es todo lo que quiere, Cuando las tienen, aparecen los otros deseos. Entonces quieren cierto tipo de sociedad y cierto tipo de vida. Y nuestra concepción de una buena vida no es la misma que la suya. No son más que unos neoimperialistas, todos ellos. No pueden desembarazarse de su mentalidad imperialista, y cada declaración que hacen

va empapada en memeces orientalistas. Y siempre vuelven con lo mismo, una y otra vez. El servicio diplomático británico está infestado de ellos; aunque seguramente se creen por encima del bien y del mal. Fijaos en ese tío que fue a dar un largo paseo. Tengo entendido que su libro saldrá pronto, algo sobre Afganistán. Aunque viajó por la mitad de Asia, ya sabéis. Orientalista hasta la médula, pero con el suficiente romanticismo para evitar la decepción que aguarda al resto.

—Eso es un poco injusto —intervine.

—¿A qué te refieres?

—¿Es orientalista porque ha recorrido la mitad de Asia? No ha dado nada que se acerque a un argumento, a no ser que lo que quiera decir es que los que escriben un libro deberían describir todas sus experiencias. ¿Es eso? —le pregunté un poco de broma.

—¿Te cae bien? —me preguntó el coronel metiendo baza—. Claro que te cae bien. Sientes debilidad por los que han salido de Eton. ¿Cuál es la expresión americana? ¡*Supéralo!*

Entonces hizo algo que me pilló con la guardia completamente baja. Me guiñó un ojo. El guiño sirvió para algo más que para quitar hierro a la reprimenda que contenía el *¡Supéralo!*, el gesto reconocía mi incomodidad — el general había dado en el clavo—, pero también me decía que mi vergüenza estaba a buen recaudo con él.

—Malditos británicos. Maldita pérfida Albión —dijo Hassan, ahora bastante cargante—. Una golondrina no hace verano, te lo digo yo.

—Está claro que necesitamos más whisky —dijo el general.

—Sin la menor duda, que ofende —añadió el coronel.

A la mañana siguiente, me llevaron al aeropuerto para que cogiera mi vuelo a Kabul. Fuimos en un Land Cruiser con los cristales de las ventanillas tintados, el coronel y yo sentados juntos en la parte de atrás.

—Vas a alojarte en el AfDARI, ¿verdad? —preguntó el coronel.

—No sé dónde pero creo que el relator de la ONU lo ha organizado todo.

—Haré que te recojan en el aeropuerto. En el de Kabul, me refiero. Y, en el futuro, cuando vengas a Pakistán, haré que te pasen a recoger también en el de aquí. De hecho, vuela con la PIA y utiliza tu tarjeta de crédito. Nos encargaremos de que te reembolsen los vuelos.

—Gracias, pero no será necesario.

—Tonterías —respondió.

—Ya sabe que tengo un patrón —señalé.

—Tómalo así: disfruto de tu compañía.

—Creo que me debe de estar confundiendo con otro.

—En absoluto. Eso me parece, es lo que te pasa a ti.

—Yo sé que usted es del ejército paquistaní, alguien de importancia, y sospecho que con un poco más de autoridad de la que su rango le confiere.

—Me refería a que tú te estás tomando por otro a ti mismo.

—Ya veo. Así que, al final, resulta que es usted budista zen.

—Me parece que eres un poco reservado.

—Pues no con mucha eficacia. Usted y sus amigos parecían conocerme bastante bien.

—Lo que me sorprende es que aunque sé bastantes cosas de ti, todavía estoy desconcertado y no me hago una idea de quién eres realmente.

—Anonimato es mi segundo nombre.

El coronel se rió entre dientes.

—Me habría gustado tener un hijo como tú —dijo.

—¿Cree que estoy implicado en una especie de trampa?, ¿en una farsa?

—No, no, qué va. Tú no eres un impostor, Estás mucho más allá de eso. No, mi querido muchacho, estás tan inseguro de qué rumbo tomar que te preguntas si estás simulando ser la persona que eres en realidad, ¿Que cómo lo sé? Lo veo en tu cara, Veo la minuciosa evaluación que haces de todo; la ocultas bien pero sin conseguirlo del todo, al menos a mis ojos. A ti nunca se te han abierto las puertas, así que has aprendido a forzar cerraduras, como hice yo. Somos maestros de la ganzúa. Somos un peligro para los demás y para nosotros mismos. Siempre se corre un gran riesgo al abrir una puerta si no sabes qué hay detrás. Anoche no hablaste mucho.

—¿Tendría que haber hablado más?

—Eso también lo tenemos en común.

—¿El qué?

—A los dos nos gusta observar.

—Sólo que usted se gana la vida haciéndolo.

—Todos los que saben observar se ganan la vida así.

—Ahí está de nuevo el zen.

—Tu rabia está mal dirigida.

—¿Qué rabia?

—Odíalos. Estás furioso con ellos.

—Ahora me ha sonado como Darth Vader.

—Unas películas estupendas. ¿Qué?, ¿pensabas que no pillaría la referencia? Aquí también vemos películas. Hasta donde pude entender, éstas trataban de pistoleros americanos. Ese hombre, Harrison Ford, parecía un vaquero.

—El odio no es saludable —dije.

—No me digas: odia el pecado, ama al pecador. Creo que si el odio no encuentra su lugar correcto, sólo le queda un sitio al que dirigirse.

—¿Adonde?

—Hacia dentro.

En el aeropuerto, el coronel fue brusco en sus palabras de despedida. Cuando un avión rugió sobre nuestras cabezas, se inclinó hacia delante y habló.

—Averigua qué hay en los sobres. Y ándate con cuidado con Crane —dijo.

—¿Qué sobres? —respondí. No tenía ni idea de a qué se refería.

El coronel miró al chofer.

—No *tienes* que compartirlo —dijo—. Averígualo y luego decide.

Mientras entraba en el edificio de la terminal, me di cuenta de que él había utilizado el ruido del avión para que nadie más le oyera.

15

DAR CRÉDITO DONDE HAYA QUE DARLO

Las agendas de calificación siguen creando a [sic] un monstruo todavía mayor: el mercado de obligaciones colateralizadas mediante deuda. Esperemos que todos seamos ricos y estemos ya retirados cuando este castillo de naipes se desmorone, :o)

—CHRIS MEYER, Director Ejecutivo de S&P,
en un *email* a sus colegas Nicole Billick y
Belinda Ghetti, 15 de diciembre de 2006.

SHAH: *btw [by the way]*, por cierto], ese acuerdo es ridículo.

MOONEY: lo sé, bien..., la def [definición] del modelo no refleja ni la mitad del riesgo.

SHAH: no deberíamos calificarlo.

MOONEY: Aquí lo calificamos todo. Podría ser un instrumento estructurado por vacas y aun así lo calificaríamos.

—RAHUL DILIP SHAH y SHANNON MOONEY,
analistas de S&P, conversación por Mensajería Instantánea.
5 de abril de 2007.

Una creencia errónea muy extendida es que las calificaciones crediticias de Moody son exposiciones de hechos o exclusivamente el resultado de modelos matemáticos. No es así. El proceso es, en buena

medida, subjetivo por naturaleza, e implica el ejercicio del juicio independiente de los analistas que participan..., en buena medida, la calificación refleja la opinión de Moody y no la de un analista individual sobre la solvencia relativa del emisor o la obligación.

—RAYMOND W. MCDANIEL, presidente y director general de
Moody's Corporation,
Declaración ante la *Comisión del Congreso de Estados Unidos*
sobre la Supervisión y la Reforma del Gobierno,
22 de octubre de 2008.

Las proposiciones probabilísticas constituyen un pequeño mundo en sí mismas. Lo que se afirma desde un ángulo probabilístico sólo puede interpretarse desde un ángulo probabilístico. Si no piensas ya en términos probabilísticos, las predicciones que surgen del mundo probabilístico te parecerán vacuas. ¿Puede uno imaginar a la Esfinge prediciendo que Edipo probablemente matará a su padre y se casará con su madre? ¿Puede uno imaginar a Jesucristo diciendo que probablemente vendrá de nuevo?

—J. M. COETZEE,
Diario de un mal año[\[39\]](#)

No creo que Grane se plantease jamás dedicarse al negocio de su padre. Había, al menos en el niño que yo conocí, un fuerte impulso hacia el exterior, a buscar en otros parajes. El hecho de que acabara en la facultad de Derecho se debe, es lo único que se me ocurre, a algún tipo de coerción por parte de su padre, el tipo de hombre que intentaría moldear a su hijo para que se ajustara a la imagen de su legado.

En 1998, Forrester sénior (en realidad, Forrester II) era un senador de Estados Unidos, miembro de la comisión de defensa, el llamado Comité de Servicios Armados del Senado. Como he mencionado, lo conocí de niño, cuando mis padres y yo vivíamos en Princeton. Los Forrester tenían casa allí, donde él, por entonces una figura destacada de la comunidad financiera de Nueva York, había instalado a su familia a una prudencial distancia de la

desquiciada metrópolis.

Cualquier referencia a él que apareciera en la prensa por aquella época incluiría el que Forrester había hecho fortuna con la agencia de calificación epónima que había fundado. En tiempos más recientes, el negocio se había diversificado, entrando en otros sectores de las finanzas, lo que despertó la preocupación de algunos por los potenciales conflictos de intereses, pero el negocio principal sigue siendo dar calificaciones crediticias a instrumentos financieros antes de su emisión.

En la primavera de 1996, a imitación suya, quedé con Forrester para comer en el Yale Club de Nueva York. Forrester era un *yalie* genuino, del que se decía que pertenecía a Skull and Bones, la sociedad secreta de Yale, y era uno de los habituales del club en Nueva York, donde, según tenía entendido, a menudo se quedaba cuando venía a la ciudad. Un demócrata de toda la vida según los cánones patricios, Forrester había ganado el puesto de senador por Nueva Jersey. Era de dominio público que se había gastado más de su propio dinero financiando su primera campaña electoral que cualquier otro político en cualquier elección, al *este del Mississippi*, según había leído, aunque supongo que el más que trillado comentario era en su caso superfluo.

Hacía muchos años que conocía a los Forrester, pero, aunque contaba a Crane, el hijo, entre mis mejores amigos, esa intimidad se debía más, he de reconocerlo, a la naturaleza de las amistades forjadas en la infancia que a cualquier coincidencia de espíritu. No obstante, me sorprendió recibir un *email* del padre, a quien no había tasto desde mi boda, pidiéndome que quedáramos para comer la próxima vez que yo pasara por Nueva York o Washington. Crane había estado hablando con sus amigos sobre la posibilidad de alistarse en los Marines, a lo que, aparentemente, se oponía el padre, y yo, sin tener ni idea de qué era lo que había motivado la sorprendente imitación, me preguntaba si el padre esperaba enrolarme en una campaña para disuadir a su hijo.

—¿Cuándo llegaste? —preguntó Forrester.

—Ayer, en avión.

—¿Cómo estás?, ¿y Meena?

—Todo va bien —respondí. Por descontado, Forrester recordaba el nombre de mi mujer. Lo pronunció con la familiaridad propia del político astuto—. Ella está bien —dije—, gracias por preguntar. ¿Cómo van las cosas

por el D.C.?

Apareció el camarero, y Forrester, tomando el mando, pidió una botella de vino blanco, e hizo una fugaz pausa para darme tiempo a asentir. El Roof Dining Room, diseñado con una elegancia bastante femenina, atraía a todas luces a una generación mayor de hombres trajeados que ya peinaban canas y a unos pocos jóvenes, banqueros y abogados que querían impresionar a sus clientes, sin duda. Las mesas redondas estaban dispuestas con minuciosidad, los cubiertos colocados con precisión como si marcaran las horas de la esfera de un reloj, opulentos arreglos florales, y mucho espacio sobre y entre las mesas. Transpiraba un cierto encanto de Nueva Inglaterra esa estética, natural y sin ironía. Los americanos saben lo que les gusta, más que la mayoría de la humanidad, lo que me hace ser escéptico ante la afirmación, realizada generalmente por europeos, de que el americano se muestra inseguro al enfrentarse a la historia europea. Es posible que en algún momento, *o eso se dice*. Vale envejeciera el aspecto de algunos de sus edificios rociando las fachadas con ácido. Pero el hecho de que lo hicieran cuando difícilmente podía ocultarse al conocimiento público muestra, desde mi punto de vista, la disposición de América a avanzar por su cuenta. Ahora imagino lo que Zafar, para el que tanto significaba América, podría replicar, y me inclino a pensar que coincidiría conmigo. A América no le falta energía, y sus ciudadanos creen, con cierto optimismo heroico, que pueden hacer que las cosas pasen deprisa, como sólo puede permitirlo la libertad de mercado. Y la historia para los americanos no es más que eso. También puede acelerarse para satisfacer la demanda.

—El D.C. —respondió Forrester— es el D.C., una fosa séptica de egos y mentalidades estrechas. No hay mucha buena gente, ¿Has pensado en entraren política?

—No estoy hecho para eso —me apresuré a responder.

—Pues deberías —dijo Forrester, pero sin mucha convicción—. A decir verdad, creo que Crane debería planteárselo en serio —añadió.

Ya está, pensé, esto es de lo que quería hablar: el futuro de su hijo, que un hombre como Forrester cree que es el suyo propio. Forrester tenía una edad bastante similar a la de mi padre, pero su cuerpo parecía haberse reducido a un mero instrumento de una voluntad de hierro. Cuando más tarde se levantó para ir al lavabo, no pude evitar fijarme en su físico. Su figura esbelta parecía

modificada para subrayar lo mejor de si misma en un traje de corte perfecto, mientras que mi padre apenas resistía los peores efectos de un buen apetito con un partido semanal de *squash*. El pelo de Forrester, peinado hacia atrás con una pizca de algún producto abrillantador, se había vuelto blanco y plateado, y su rostro, deteriorado por años de negocios duros, debía de sobrellevar ahora, pensé, los estragos de la política americana. Su fortuna tal vez le garantizara cierto grado de independencia, pero en los tortuosos senderos del Capitolio, los *lobbyistas* y potenciales donantes de campaña también compraban y vendían el acceso al poder, la influencia y el control de las circunscripciones electorales, sin los que ningún político americano tiene más voz que un vagabundo que farfulla por las calles.

—Supongo que sabes que Crane está hablando de alistarse en los Marines. Asentí.

—¿Qué piensas tú de eso? —preguntó.

—No creo que a Crane le falte consejo. Tomará una decisión informada. Forrester me sonrió.

—Algo que se aprende muy rápido en el Capitolio —explicó— es que a los periodistas les importa un pimiento el que tú respondas o no a sus preguntas. Lo que quieren es que patees al otro bando y —añadió Forrester buscando mi mirada— sólo llaman a tu puerta cuando creen que vas a ofrecerles ese espectáculo. De hecho, quieren que te lo tomes como algo personal.

—Parece desagradable —dije, pero al instante lamenté que pudiera parecer que lo estaba censurando por meterse donde no debía.

—No se trata de que sea agradable o deje de serlo. Eso lo aprendes en los negocios. Importa una mierda lo que pienses sobre lo que quieren los clientes o, ya puestos, lo que pienses de los propios clientes. Lo único que importa es que cumplas. Tienes que cumplir.

El senador se inclinó hacia delante.

—Creo que Crane es un bobo integral.

—¿Se ha alistado?

—Todavía no. Quiero que hables con él. A ti te hará caso. Tú le caes bien, y a mi también, nos conocemos desde hace mucho.

—No estoy seguro de que mi consejo importe mucho.

Forrester me miró.

—Pidamos la comida —sugirió.

—¿Qué tienen de bueno?

Cambiamos de tema. Forrester hizo algunas recomendaciones y, cuando el camarero se fue, reanudamos la charla.

—Admiro mucho a tu abuelo. Ese hombre ha nacido para los negocios. Y me refiero a los negocios de verdad, fabricación, refinado de petróleo, transporte, nada de finanzas, como lo mío..., ya me entiendes. No, él hacía cosas. Sigue al pie del cañón, ¿no?

—Con más de ochenta, y aún trabaja a jornada completa.

—Me habría sorprendido escuchar otra cosa. Tu abuelo me hizo ganar un montón de dinero una vez.

—Es un buen hombre de negocios.

—Un gran hombre de negocios. Y está muy bien informado. El BCCI es de antes de tu época.

—He leído sobre él BCCI. El banco árabe que quebró.

—Yo tenía dinero en él. Tu abuelo me aconsejó que lo sacara, antes de que se hundiera.

—¿Y cómo hizo que ganaras dinero?

—Ahorrarlo es lo mismo que ganarlo. Ese sensato consejo calló hasta el último céntimo.

No le pregunté si mi abuelo le había cobrado por el favor, Sin embargo, pensé en Payne y el capital de reseña del JPMorgan que se había visto liberado gracias a la permuta de incumplimiento crediticio del BERD.

—No me malinterpretes. No tengo miedo por la seguridad de mi chico. Crane no puede pensar que lo tratarán igual que a los demás, Es hijo de un puto senador de Estados Unidos que, además, es miembro de la Comisión de Servicios Armados del Senado, por el amor de Dios. ¿Crees que libraríamos alguna guerra si los chicos que enviamos a luchar por nosotros fueran los hijos de Wall Street o del Capitolio? ¡Mierda, no! No habría suficiente petróleo en Kuwait para que lo hiciéramos. Crane será mimado en algún remanso de los servicios de inteligencia o se le dará un puesto de agregado militar en las Bermudas para que pueda beber ron en la playa y tirarse a la preciosa segunda esposa del embajador.

—¿Qué es lo que le preocupa?, si puedo preguntarlo.

El senador me sonrió.

—Quiero que Crane se ponga en marcha. Ha recibido una espléndida educación, y tiene una buena cabeza. Tiene que empezar a probarse. No nos han puesto en este mundo para andar cagándola por allí. Tenemos que hacer algo con nuestras vidas. Crane ha disfrutado de todos los privilegios, ya va siendo hora de que dé buen uso a esos privilegios.

—¿Qué es lo que ha pensado? —pregunté.

—Podría hacer lo que quisiera. Podría ir a Wall Street sabe Dios que hay unos cuantos banqueros que están en deuda conmigo, o podría probar en política. Hay un montón de puestos de gobernador a los que podría optar. Mierda, el chico tiene un título de la Ivy League con un doctorado en Jurisprudencia, ¿por qué no hace algo con esa cabeza suya?

Yo financiaría su campaña si quisiera presentarse a un cargo en Nueva York. A fiscal general, ¿por qué no? O si quisiera volver a Nueva Jersey, tengo la suficiente influencia tanto en demócratas como en republicanos para que lo designen Fiscal General. Con todas esas opciones y quiere renunciar a todo por una idea sin pies ni cabeza de..., de no sé qué.

—Puedo hablar con Crane, pero, como usted dice, no es un estúpido y yo sólo puedo...

—Habla con él de todas las opciones que tiene. Sé que el chico te respeta. He seguido tu carrera, y creo que tienes algo que ver con esas obligaciones colateralizadas mediante deuda. Tienes talento. Mira, las agencias de calificación todavía no saben muy bien cómo evaluar esos instrumentos. Yo creo en ti. Y si te lo propones, puedes conseguir que Crane aplase su alistamiento y dedique un par de años a Wall Street o al Capitolio. Puede encontrar empleo como asesor de uno de los comités del Senado. Que intente probar algo primero. Joder, es para echarse a llorar, acaba de salir de la facultad de Derecho y está pensando en alistarse en los Marines. ¡Qué desperdicio!

—Veré qué puedo hacer.

—Es todo lo que puedo pedirte. Y ahora, cuéntame algo de esas obligaciones colateralizadas de las que todo el mundo habla.

Por su convicción y claridad, me dio la impresión de que Forrester seguía los puntos de una agenda mental para la conversación. Por mi parte, cuando

acepté su invitación para comer, ni se me pasaba por la cabeza hablar del negocio de las obligaciones colateralizadas. Hasta entonces, mi equipo se había concentrado en intentar convencer a una de las agencias de calificación más antiguas y establecidas. Pero allí mismo, en el Vale Club, se me ocurrió que tal vez Forrester y su agencia tenían más que ganar. El mencionar que mi abuelo le había echado una mano en una ocasión fue un bonito detalle, como si sugiriera que ahora iba a aceptar un riesgo de pérdidas para devolver un favor, cuando lo cierto era que, en el peor de los casos, cualquier agencia de calificación que aceptara valorar mis CDO se situaba en posición de ganar bastante más que una suma considerable. Se llevaría sus honorarios y, si había más negocio en proyecto, habría dado con una nueva mina de oro. Era meramente cuestión de hacer que superara sus recelos iniciales.

Cuando Forrester y yo pasábamos al café, él escuchaba con atención mientras yo describía los productos que habíamos desarrollado. De vez en cuando, me interrumpía con alguna pregunta técnica, sondeando los límites de mi propia comprensión del producto. El hombre había hecho los deberes. Si resultaba difícil poner un *precio* a esos productos con precisión, es decir, darles un precio en comparación con otros valores, no lo era menos evaluar su solvencia y la calificación crediticia que deberían dar agencias como la de Forrester.

—¿No sabes que ya no tengo nada que ver con la agencia? —preguntó Forrester.

—He venido porque usted me ha imitado —le recordé.

—Me mantengo a distancia de los negocios. Estoy en el Senado y un hombre no puede servir a dos señores. Tengo que decírtelo: *ya* ni ocupo un puesto en el consejo. Pero si la agencia tuviera cierta idea de cómo estás valorando esos productos, estoy seguro de que le ayudaría a encontrarle el truco al crédito.

Durante el mes posterior a mi conversación con Forrester, Crane aplazó su alistamiento en el ejército (aunque sólo durante un año). Ese mismo mes, el tramo *sénior* de las nuevas CDO, las más, recibió una triple A de calificación crediticia como inversión de la agencia que Crane Morton Forrester II había fundado, así como el tramo de CDO inmediatamente inferior. Así de simple. Los negocios se mueven deprisa. Luego hablan de conflictos de intereses. Déjenme señalar, si es que no ha quedado claro ya, que hay cierta ironía en la

expresión *conflicto de intereses*: en la práctica raramente se da tal conflicto, sino que se trata más bien de una confluencia, un acuerdo provechoso para todos. Creo que para Zafar habría sido lo más espantoso del mundo, aunque espero que habría añadido que es sencillamente inevitable.

16

UNA MODESTA PROPOSICIÓN

Lorem ipsum dolor sit amet, consectetur adipiscing elit, sed do
elusmod tempor incididunt ut labore et dolore magna aliqua.

—Texto de relleno sin sentido, vagamente derivado
de fragmentos de *Definibus bonorum et malorum* (*Sobre
los límites del bien y del mal*) de Cicerón,
utilizado por los impresores desde el siglo XVI
para llamar la atención sobre
el estilo tipográfico más que sobre su contenido.

Luego los de Galaad tomaron los vados del Jordán a los de Efraín.
Y sucedió que cuando alguno de los fugitivos de Efraín decía:
«Déjenme cruzar», los hombres de Galaad le preguntaban: «¿Eres tú
efrateo?». Si decía: «No», entonces le decían: «Por favor, di
“Shibólet”». Si él decía «Sibólet», porque no lo podía pronunciar
correctamente, entonces lo capturaban y lo degollaban junto a los
vados del Jordán. En aquel tiempo perecieron cuarenta y dos mil de
Efraín.

—Jueces, 12:5-6

Ya he explicado que la primera vez que Zafar vio a Emily fue cuando ella
ensayaba con su dolor en la University Church de Oxford. No le habló

entonces y, según su relato, ella no notó su presencia. La segunda vez que la vio, la primera vez que hablaron, fue en la velada en la South Asia Society de Nueva York en 1995. Yo, lo recordaba vívidamente, y le saqué el tema. Le dije que me acordaba de Emily lanzando miradas furtivas hacia él, aunque él no recordaba haberse percatado de ellas, y que me acordaba también de Hamid Karzai y un hombre de negocios afgano que no pude evitar.

Me explicó que la cosa empezó allí. Una semana después de aquella velada, dijo, recibí una llamada de Emily en el trabajo, Yo no le había dado mi número, pero ella se acordaba de que yo trabajaba en el mismo sitio que tú. Emily me recordó nuestro encuentro, tu presentación, como si yo lo necesitara. A decir verdad, yo ya la había reconocido esa noche: era la misma joven que había visto tocando el violín muchos años antes, pero nunca mencionaría ese detalle.

Ella me preguntó si podría hacerle un pequeño favor. Recuerdo que no utilizó en ningún momento mi nombre. De hecho, tardaría varios meses en decirlo, después de que yo le asegurara que si lo pronunciaba mal, lo peor que podría pasar era que yo se lo dijera.

—Tengo un amigo —dijo— que está interesado en las finanzas, en transacciones con derivados. A eso te dedicas tú ¿no?

—Sí.

—Va a graduarse en una escuela de negocios y me preguntaba si podrías hablar con él, no sé, darle una especie de asesoría profesional o una charla sobre lo que haces. Él puede hablar por teléfono, si lo prefieres, o quedar contigo donde te vaya bien, o en Wall Street, no me cabe duda.

—¿Crees que necesita ayuda?

Siguió un silencio.

—No sabe si trabajar con derivados es lo suyo.

—Yo me dedico a derivados de renta fija. No sé nada de *equities*. los títulos de renta variable.

—¿Qué es eso?

—¿Los derivados de renta variable o los de renta fija?

—Los dos —respondió ella.

—Los derivados de renta fija son productos como opciones sobre bonos, permutas financieras, coberturas de suelo o de techo de tipos de interés, y

derivados de tipos de interés. Los derivados *equity* tienen que ver con acciones y valores. Los bancos negocian ambas clases en departamentos distintos —dije. Pensaba que no era ayuda lo que quería su amigo sino un trampolín para una entrevista de trabajo.

—No sé muy bien qué quiere hacer, y no creo que él lo sepa tampoco. Tal vez podrías hablar con él sobre derivados de renta fija.

—¿Ha estudiado muchas matemáticas?

—No sabría decirte con certeza.

—¿No sabrías o no sabes?

—No sé.

—¿Qué título se está sacando?

—Un MBA.

—¿Y su primera licenciatura?

—En historia.

—No conozco a ningún licenciado en historia que se dedique a operar con derivados de renta fija, no en esta empresa. ¿Fue a una universidad americana?

—¿Para la escuela de negocios?

—Para licenciarse.

—¿Qué importancia puede tener?

—Si fue a una pudo haber hecho como optativa bastantes matemáticas.

—Oh, entiendo. No, fue a Oxford.

—Hay muchos empleos en las finanzas que no requieren demasiadas matemáticas, nada parecido a las transacciones con derivados de renta fija. No creo que pueda ofrecerle más ayuda que repetir que seguramente el trabajo le parecerá sumamente difícil. No es imposible, pero si sus clases en la escuela de negocios no le dieron unos conocimientos básicos de las matemáticas de los derivados, tendrá que encontrar el entusiasmo para sumirse en un montón de trabajo sólo para coger ritmo, y sólo entonces podrá hacerse una idea de si le gusta. Tal vez eso podrías explicárselo tú misma. Dale mi número si después todavía quiere hablar.

Una vez más se hizo el silencio.

—Todo esto suena bastante fascinante —dijo.

—¿Las finanzas?

—Si.

De nuevo, silencio.

—Me gustaría saber más —añadió.

Esta vez el que se quedó callado fui yo. Pensé en recomendarle un libro especializado.

—Tal vez podríamos quedar para un café —dijo.

El estudiante de la escuela de negocios nunca me llamó.

Pero el verdadero principio fue durante el año siguiente, en Londres: un día, cuando no llevábamos ni dos meses juntos, al salir de un restaurante en Brixton, le pedí que se casara conmigo. Hoy parece asombroso que se lo pidiera tan pronto, sin saber todavía gran cosa de ella, ciertamente, y aun así por entonces estaba convencido en lo más hondo de mi corazón que eso, casarme con ella, era lo que quería. Sólo más adelante sería capaz de cuestionar esa convicción y buscar la fuente de esa certidumbre. Siempre he creído, y lo creía tan firmemente que debería decir que siempre he *sabido*, que la certidumbre es una condición subjetiva, y más aún la certidumbre sobre otros estados subjetivos, de manera que cuando a uno le preguntan si está seguro de algo, sólo puede responder: *Sí, pero podría estar equivocado*. Uno incluso podría llegar a afirmar que está absolutamente seguro, pero eso conlleva la salvedad de que pueda equivocarse porque, como poco, entre el estado subjetivo de certidumbre y el mundo que se nos presenta está la mediación de esa risible y ridículamente falible percepción.

Pese a todo, aquellos días yo tenía una convicción por la que me habría jugado la vida, la vida de otros, y por eso me pareció lo más natural del mundo pedirle que se casara conmigo. En aquellos tiempos, que parecen mucho más remotos que los diez años transcurridos, creía que la amaba.

—¿Quieres decir que ahora crees que no la amabas? —pregunté.

Zafar no respondió.

—Es una extraña forma de plantearlo —le expliqué a Zafar— decir que *crees* que amabas a alguien en lugar de afirmar simplemente que la amabas. Indica que has cambiado de opinión: ahora piensas que en realidad no la amabas.

—¿Y cuál es —respondió Zafar— de hecho la distinción? Tal vez simplemente tendría que decir que la amaba. Al fin y al cabo, no diría que *creo* que esta fruta sabe amarga o que *creo* que esta leche huele agria. ¿No es lo mismo el amor, sencillamente un regalo de los sentidos, una impresión que

recibimos a través de ellos, y, de hecho, sólo un estado en nosotros mismos, un estado que percibimos? Como el conocimiento que tenemos de donde, en cualquier momento dado, están nuestras extremidades, a través del sentido de la propiocepción. Pero en eso radica la grada porque ¿cuánto nos fallan o nos engañan nuestros sentidos?

»No acabo de entenderlo —prosiguió—. Decimos *amor* y de algún modo nos exoneramos de la pregunta ¿*por qué?* en el momento justo en que más importancia tiene. Si, cuando dices amor, te refieres a esos signos físicos que se dan en presencia del amado, si te refieres a la falta de aliento, la aceleración del pulso, la dilatación de las pupilas y todo lo demás, entonces ¿de qué sirve decir que *amas* a una persona si cierto número de hechos, hechos que no constituyen al amado, pueden hacer que sientas ese anhelo de alguien que en realidad no conoces en absoluto? Si surge de lo que sabes de él o de ella, en realidad se sabe tan poco que en cualquier otro ámbito serías un idiota si te formarás un juicio basado en una premisa tan endeble, y aun así puedes enamorarte con mucho menos. Tanto da, no puedo negar que el amor y nuestro engreimiento lo son todo.

»Parece imposible eludir la conclusión de que tengo derecho a decir que sólo creía estar enamorado. Espero que recuerdes lo que bien dijo Virginia Wolf sobre el amor y el autoengaño: por supuesto que el amor es lo único que nos importa, basta pensar en todas las falsas ilusiones que mantenemos vivas sólo para preservarlo.[40]

»Aquel día. antes de hacerle la pregunta, Emily y yo habíamos tenido una agradable comida en un restaurante italiano, Yo había pedido un cuenco de carbonara y ella una pizza florentina. Emily dejó la comida en su plato; siempre lo hacía. Yo nunca he sido capaz de librarme de la compulsión de comérmelo todo, incluso después de que las necesidades del cuerpo estén satisfechas, sin dejar que nada vaya a la basura.

»Emily y yo estábamos en Brixton, no en Nueva York, y, como mucho, el tamaño de las porciones era un tanto pequeño. Emily estaba dejando un buen trozo de comida en el plato, apartando trozos, y mientras yo la miraba me di cuenta de que dejaba todas las partes de pizza que tocaba con las manos. Emily nunca comía lo que había tocado. A menudo, cuando ella y yo comíamos juntos, pensaba en todas las veces que yo había comido con las manos, de niño. Al principio, me asombraba que no se lavara las manos antes de comer,

yo lo tenía por costumbre, la costumbre de alguien que se ha criado comiendo con las manos, y cuando digo que lo hago, a menudo otros se animan a imitarme. Lo comento porque, con el tiempo, me fijé en que ella nunca, jamás, ni una sola vez, iba al lavabo fuera de casa, aunque sí utilizaba los de los hoteles. Cuando lo pensaba, imaginaba que nunca había limpiado un baño en su vida.

—Yo tampoco. No me lo echarás en cara, ¿no?

—¿Te acuerdas de que Gandhi limpiaba las letrinas en su *ashram*? — preguntó Zafar.

—¿En la película?

—No sé por qué me obsesionan tanto, pero no dejo de pensar en sus dedos. He llegado a imaginar que la actitud de Emily hacia lo que tocaba era la de las mujeres que en otra época habrían llevado delicados guantes de seda. Y pienso en toda la buena comida, comida que no habría hecho ningún daño, que ella ha dejado. La pobreza infantil se cierne sobre uno durante toda su vida, no lo abandona nunca. Sus efectos se perciben aunque estén separados de la causa, pese a todos los acontecimientos intermedios, incluso la riqueza y el éxito. Crecer pobre afina cada emoción para reverberar con cierta tecla.

—Recuerdo —le dije a Zafar— cuando salíamos a cenar en Manhattan hace tiempo, Tu solías recoger las sobras y llevártelas, y cuando veías a un sin techo, se las dabas. ¿Sabes qué me llamaba la atención de ese gesto?

—¿Qué?

—Que tú te fijaras en el sin techo. Una y otra vez, íbamos distraídos, andando y charlando y aun así tú descubrías al sin techo.

—Las porciones son muy grandes en América.

—Eso te iba bien.

—¿Comer todo lo que te ponen en el plato va bien?

—Sí. *Es* bueno.

—No, no lo es. Quería quitarme de encima la obligación que sentía de comer todo lo que había en el plato porque esa compulsión no servía para nada, de hecho, más bien todo lo contrario. Donde hay mucho, comer más de lo que necesitas en ese momento es gula. La comida acabará como un desperdicio, sea en los vertederos o en tu propio cuerpo. Hagas lo que hagas, la pifias, así que ¿por qué no dejarlo y acabar con la culpabilidad y el tormento? Nunca buscaba a propósito al sin techo, simplemente lo veía, y lo

veía porque, por mucho que lo intentara, por mucho que hubiera conseguido convertir en imposible algo así sacándome títulos V que me pagaran sumas descabelladas de dinero en empleos que prometían seguridad, no podía desprenderme de la convicción de que sólo estaba a un pequeño paso en falso de esa misma indigencia. Es una tontería, pero sólo si crees que se trata de una idea racional o de una conclusión de algún tipo de razonamiento, que no es el caso. Es simplemente lo que hay, una parte de lo que llevas a tu vida adulta desde la infancia. Resistirse no hace ningún bien.

—¿Y por qué querías desembarazarte de eso?

—¿De qué?, ¿del terror a la pobreza?, ¿por qué iba a querer alguien librarse de él?

El sarcasmo de Zafar me pilló desprevenido.

—Sólo alguien que no lo sufre podría preguntarlo —añadió.

—No, me refería a la sensibilidad hacia los sin techo.

—Escúchame. Estoy hablando de *por qué* me fijaba en el sin techo. Tú no puedes entenderlo porque no sabes cómo es vivir así.

—¿Por qué la has tomado conmigo? Lo único que digo es que cuando ves a un sin techo y le das comida es un encomiable acto de caridad.

—Tú mismo lo has dicho. Yo siempre, los descubría. Y los descubría porque no podía evitarlo. Sólo desde dentro puedes saber cómo es el interior. Comprender no es sólo saber o aprender qué es algo sino saber, en carne propia, cómo es.

—¿Crees que podrías estar un poco confuso?

—Creo que podría estar confuso, y mucho.

—Dices que el amor va de actos, y yo lo único que digo es que tus actos resultaban tiernos.

—¿Cómo? ¿Dando las sobras que habrían acabado en la basura a un pobre diablo que vive en la calle?

—Sí.

—Piensa en el hermano de. Emily. James —dijo Zafar—, Los Hampton-Wyvern celebran su festejo navideño durante el día; pero en Nochebuena. James, o eso al menos me. contó Emily. servía en un comedor de beneficencia en un refugio para sin techos en el West London. Ha debido de servir más cenas en una noche que bolsas con sobras de comida he repartido yo durante

todo el tiempo que pasé en Manhattan. Ése es el tipo de relación que *yo* quiero con la pobreza: algo que no me duela cada vez que veo opulencia o miseria.

El relato que hacía Zafar del principio de su relación con Emily revelaba aspectos de él que yo nunca había valorado como era debido. Le escuchaba y, una y otra vez, me formaba una imagen que no se correspondía en absoluto con la idea que yo me había hecho de él, hasta el punto de que empecé a cuestionarme mi propio juicio. Ahora, al pensarlo, no puedo evitar preguntarme si es posible que Zafar lo pretendiera, o, al menos, si ha sido consciente de que su narración podría tener ese efecto. Yo había estado al tanto de sus penurias anteriores, pero el hombre que había conocido en Oxford me pareció muy cómodo en su piel, no como yo, y tan terriblemente inteligente en todos los sentidos, tan confiado en su trato con los demás, que nadie habría imaginado con la menor justificación la feroz tormenta desatada bajo la superficie. En los cuadernos de Zafar, hay una frase de Somerset Maugham, al que admiro, como digo, una frase que ya he utilizado como epígrafe a un capítulo anterior, pero que merece la pena repetir: *A veces las personas llevan con tal perfección la máscara que han asumido que, a su debido tiempo, acaban convirtiéndose en la persona que parecen.*

—Le pediste que se casara contigo. Nunca me lo habías contado.

—Era el otoño de 1997 —dijo Zafar—. El otoño en Inglaterra, incluso en la metrópolis, incluso en Brixton. puede sorprenderte con su belleza melancólica, siempre. Al salir del restaurante nos detuvimos en la plaza para recoger un momento y orientarnos para el camino de vuelta a mi piso. La luz del anochecer resaltaba los filos de las hojas en las coronas de los árboles. Un viento tempestuoso esparcía los desechos por la calle, y yo me sentía enamorado del mundo. Cogí la mano de Emily.

»Nos acercamos a una calle y estábamos esperando a que pasara la corriente de coches. Yo miré a la derecha y atisbé que al poco se abriría un hueco en el torrente de tráfico. Cuando miré a la izquierda, vi la cara de Emily, una imagen que en aquel instante me conmovió hasta lo insondable, y, en un acto de locura, en un momento que no parecía tener raíces en una planificación consciente, mientras sostenía su mirada de forma que no me cupiera duda de que ella oía la convicción en mi voz, le hice a Emily Hampton-Wyvern una pregunta que nunca más le volvería a hacer.

»A ella se le escapó un risita, una risita femenina perfectamente, formada.

Fue más que suficiente. Y no dije nada más.

»Después me dije que esa risa era la razón por la que no podía volver a pedirselo. Pero la verdad es que esta supuesta razón era una excusa que me daba a mí mismo, un refugio ante el ensañamiento de los hechos, y, aunque no fuera del todo inefectiva, tampoco podía postergar indefinidamente la realidad. La realidad se filtra a través de las grietas. Ella nunca se casaría conmigo. Eso no pasaría jamás. Ni siquiera después del compromiso llegué a creérmelo. De hecho, incluso si nos hubiéramos casado, sabía que yo seguiría convencido de que ella no se había casado conmigo y creo que no me habría equivocado.

No creo que yo hubiera ocupado nunca el espacio dejado para tal fin en la visión romántica de la chica que se había formado en otro país, una tierra que ni siquiera compartía una frontera con la mía, ni una frontera de raza o de nacionalidad, claro, y aún menos una frontera de clase. Ya lo he dicho antes: la raza, o como le gusta decir a todos ahora, la *identidad étnica*, nunca fue una fuente de angustia comparable a la dase, A decir verdad, la diferencia racial formaba parte de la atracción para ambos, estoy convencido, era un aspecto del arrebatado amor sexual que nos unía, esencial para él.

»Eso fue en 1997. Cinco años más tarde, cuando *ella* a su vez me lo pidió a *mí*. *yo* ya no estaba para risas.

—¿Ella te lo pidió a *ti*? —pregunté.

—Sí, aunque en realidad lo hizo coaccionada.

—¿Cómo coaccionas a una persona para que te pida que te cases con ella?

—No era yo el que la coaccionaba —dijo Zafar—. íbamos a dejar la relación. Hasta ahí era cierto. Pedirme que me casara con ella fue su última tentativa para salvar las cosas, aunque, creo, ella no tenía el menor deseo de salvar el futuro sino sólo el presente, tal como era entonces.

—Lo siento. Zafar, pero no creo haber entendido lo que pasó. Por supuesto que quiero preguntarte qué salió mal, pero no dejo de pensar que algo en la relación debió de ir bien. Si no. tú no habrías seguido adelante. Sé que en buena parte fue una relación a larga distancia y no hace falta que me expliques que las cosas van tirando si uno está separado durante largos periodos. Pero seguro que había algo que te gustaba de ella, ¿no?

—¿Puedes enamorarte de alguien que no te gusta?

—¿Quién?, ¿yo?

—¿Puede una persona enamorarse de alguien que no le gusta?

—Supongo que es posible que se dé cierto tipo de apego, pero no sé si yo llamaría a eso amor.

—¿Eso es porque —preguntó Zafar— te enamoras de la persona, la persona que no conoces?

—Es porque el gustar es un aspecto del *amar*.

Durante el verano siguiente, no mucho después de la proposición y la risa pero sí lo bastante para que la memoria les encontrara acomodo, fuimos a la Toscana. Villa Fontana, propiedad de la abuela de Emily, a la que todavía no conocía, se alzaba en la ladera de una colina, no lejos de Lucca. Una empinada carretera de asfalto bajo un cielo azul brillante, serpenteaba por la colina sobre unos olivares. Para mis ojos desacostumbrados, la corteza de esos árboles parecía tan reseca como la yesca. En nuestro coche de alquiler, nos acercamos con lentitud a un grupo de ciclistas, todos ellos con el atuendo apropiado para la ocasión: culotes de ciclismo y gafas de sol aerodinámicas.

Se tenía la sensación, aunque apenas habíamos ascendido un centenar de metros, de que la vista más arriba sería espectacular. Recuerdo el ruido del coche, su calvario mientras la cuesta se resistía, una estridente súplica de piedad. Miré la palanca del cambio.

—Es en momentos como éstos —dije—, cuando uno echa de menos otra marcha entre el punto muerto y la primera.

—Sí —respondió ella.

Transcurrió un segundo antes de que redujera una marcha y adelantara a los ciclistas.

Cuando paramos delante de Villa Fontana, me sorprendió descubrir que no estaba ni a cuarenta metros del arcén de la carretera, Había esperado, no sé porqué, algo más apartado y oculto, con más tierras alrededor. Mi primera reacción fue buscar las fuentes, pero no había ninguna, un detalle que interpreté como un signo de la antigüedad del lugar.

En aquel momento, todo estaba bañado en una luz propicia. Una columnata de coníferas flanqueaba un sendero hasta una casa de dos plantas con altos ventanales, que tenían los postigos abiertos del todo y pegados a las paredes. El aspecto exterior de la casa era de cierta dejadez. Recordé una historia que había escuchado sobre el Englischer Garten en Múnich. Mi guía, un amigo americano al que estaba visitando y tenía una beca de investigación de. un año

en el Instituto Max Plank, me explicó que el Englisher Garten, un gran parque público en el centro de Múnich, era así llamado porque estaba diseñado siguiendo los principios que, en algunas zonas de la Europa continental, se denominan estilo inglés: desorganizado, descuidado y cubierto de malas hierbas, un poco como algunas partes de Hampstead Heath, supongo. Delante de aquella villa en la Toscana. recordé el corolario que había añadido mi amigo: según parece, este tipo de desorden natural requiere mucho trabajo, más que el de cualquier otro tipo de jardín.

Pasamos allí una semana, comiendo, leyendo, haciendo el amor y flotando en unos anchos colchones hinchables en la piscina. A Emily nunca le gustó mucho caminar. Si visitaba un lugar turístico, algo que había que ver, tal vez lo hiciera forzada por el sentido de la obligación, pero caminar por caminar nunca la atrajo. Así que iba a pasear solo cuando a ella le daba por leer o por echar una cabezada o simplemente holgazanear junto a la piscina. Sí paseamos juntos una vez: dimos la vuelta a la casa, subimos a la cumbre de la colina, y cuando llegamos allí la vista se desplegó en una amplia panorámica de un profundo valle tallado de la tierra que llevaba al oeste hacia un sol menguante. Leí en alguna parte que hay una vista particular que se encuentra en los cuadros de todas las culturas y tiempos. Según parece, es una estética universal, y consiste en un valle, colinas que llevan la mirada del espectador al centro, árboles y maleza de variados tonos de verde, y un sendero, ya sea explícito o implícito en la periferia de la tierra, que serpentea por el valle hacia un paraje con agua en las cercanías, un lago. Los biólogos evolucionistas han planteado la hipótesis de que una vista con esos elementos es ubicua en nuestro arte porque se arraigó en la psique durante, el periodo de evolución formativa humana, porque es la imagen de una tierra hospitalaria y propicia para su ocupación humana, una vista acogedora para los primeros humanos que buscaban un nuevo comienzo. La naturaleza hizo que el hombre descansara en los pastos y lo llevó cerca de aguas tranquilas. Y era la misma vista que se contemplaba desde la colina donde estábamos Emily y yo. A nuestras espaldas se levantaba una iglesia, cuyas paredes se estaban desmoronando, con la pintura con manchas de moho y lluvia, porque al final la tierra lo recupera todo y sólo quedala obra de Dios. Al lado de la iglesia, bajo el cielo vespertino, en una pendiente que hizo que. el acto resultara extraño y nuevo, Emily y yo hicimos el amor, y fue todo lo romántico, tierno y urgente que dos

cuerpos humanos pudieran haber deseado.

El sexo fue extraordinario. Para mí, quiero decir. Hablando en general. En otros momentos, quiero decir. Con eso no me refiero a que fuese una sucesión de ejercicios gimnásticos o contorsiones geométricas. Claro, hubo sexo espontáneo en lugares improbables. Tuvo bastante emoción, pero a lo que me refiero es a que era potente. Era casi siempre follar, como animales, pero, para mí al menos, follar en la cabeza. No se trataba tanto de que ella fuera buena en el sexo sino más bien de que la idea de Emily nunca dejó de excitarme. Me sentía impulsado a esfuerzos y atenciones cada vez mayores. Aprendí sin parar cómo funcionaba su cuerpo, los senderos de estímulos y respuestas. El sexo era el ámbito en el que yo podía tomar el control de su ser, el único lugar donde podía acercarme a la comprensión, de manera que a veces, bastante a menudo de hecho, su cuerpo se convertía en una extensión del mío. Los aromas de mi propio cuerpo acabaron recordándome a ella. Mira, dudo en utilizar la palabra *control*. No recuerdo ninguna evidencia explícita de sentir deseo de controlarla, de controlar sus actos o sus pensamientos. Pero al final, *control* es la palabra apropiada porque quería controlar a la Emily que tenía dentro de la cabeza, que era la Emily que, cada vez más, me controlaba *a mí*. a mi serenidad mental, a mis pensamientos, y, cada vez más también, era la fuente de mi angustia. Una vez me dijo un hombre sensato, un psiquiatra —pero si digo más me adelantaría a mi relato—, que había puesto demasiada fe en la posibilidad de comprenderla, Y yo intentaba comprenderla porque..., bueno, por la importancia que le concedemos a la comprensión, a comprender a los otros, a nosotros mismos, a comprender el mundo; por eso, pero también porque comprender es un modo de controlar, somete la rebeldía de la gente en nuestra cabeza, pone orden y otorga el control donde más se busca, en ese teatro de la mente en el que los avatares de las personas que conocemos aparecen como actores que se resisten a que los dirijan.

Tomaso vino de visita el sexto día, Aquella mañana, antes de su llegada, se produjo un incidente. Yo estaba revisando de nuevo las estanterías de la tilla, con la infundada esperanza de que otra mirada me descubriría algo que se me había pasado por alto, del mismo modo que un hombre abriría una nevera varias veces en una hora, casi esperando que el contenido hubiera cambiado por un milagro. Lo único que no es eso lo que en realidad esperamos, ¿no? Lo

que no admitiremos nunca es que lo que esperamos que cambien son nuestras preferencias, que el queso y los tomates nos parezcan repentinamente apetitosos, o que ese libro en el que apenas habíamos reparado antes llame ahora nuestra atención.

Emily se me acercó.

—¿Has encontrado algo?

—Todavía no —respondí.

—Mira —dijo sacando un libro—, ¿lo has leído?

Sostenía *Erewhon* de Samuel Butler.

—Fíjate. El título se deletrea como *nowhere* al revés —dijo.

Miré otra vez el título.

—No, no es verdad —dije—. Aunque no sea de letras —añadí.

—Sí, sí que lo es —respondió ella.

Volví a mirar.

—Demuéstralo —dije.

Ella se fijó con más atención.

—Tienes razón —dijo.

—Pero te diré algo que sí es curioso —dije—. *Nowhere* también puede leerse como *Nowhere*. que significa exactamente lo contrario, de *en ninguna parte* pasamos a *aquí y ahora*.

Ya no me escuchaba. Parecía alicaída, tal vez incluso derrotada, aunque te aseguro que no era mi intención que se sintiera así. Su equivocación me parecía uno de esos errores fáciles de cometer, y ahora pienso en la propensión humana, la suya, la mía, a ver sólo lo que se quiere ver.

Me miró de una forma que no resultaba fácil de interpretar, como si me considerara responsable de algo.

—Pero sin duda es un anagrama de *nowhere* —dije.

—Voy a sentarme junto a la piscina —dijo ella.

Tomaso era un amigo de Emily, del mismo *college* de Oxford, un italiano con una melena castaña enmarañada y hombros permanentemente erguidos, al estilo de los hombres orgullosos que raramente son los más altos en su grupo. Se había formado en Lancing, me explicó Emily —el colegio privado de Evelyn Waugh, pensé—, pero cuando le conocí, comprobé que, pese a todo, tenía un acento italiano muy fuerte. Ella me contó que era periodista

económico de Reuters, y estaba destinado en Turquía, aunque más tarde supe —no me preguntes cómo— que también había montado hacía poco un negocio de juego *Online*, en el que Emily había invertido. Esas empresas de juego puntocom, como sabes, se toparon con problemas con los reguladores americanos hace unos años.

Emily me explicó que él había vuelto a Italia aquella semana con su novia, a casa de su madre, que no quedaba muy lejos, Él y su novia, una esbelta joven inglesa con una tez inmaculada y perfecta y ojos oscuros —cuyo nombre no consigo recordar—, vinieron a comer a Villa Fontana.

Desde el primer momento, Tomaso pareció estudiarme y yo barruntaba que Emily y él habían estado enrollados, y me preguntaba si, en cualquier caso, algunas brasas del amor de Tomaso conservaban el fuego, por citar a ese negro ruso, Pushkin. ¿Sabías que Pushkin era negro, negro africano, que tenía sangre africana?

—No lo sabía —respondí.

—Puedes verlo en las fotografías. Él se sentía muy orgulloso. Bueno, en cualquier caso —prosiguió Zafar—, ella no había mencionado nada sobre un posible antiguo romance, y cuando se presentó Tomaso no pude preguntar. Aunque, si se hubiera dado la ocasión, tampoco lo habría hecho.

—¿Fuiste a Oxford? —me preguntó Tomaso.

Estábamos los cuatro en la cocina, preparando la comida. Yo montaba una ensalada, de pie ante la mesa. Él estaba al otro lado de la mesa, con un vaso de vino tinto en la mano, mientras Emily sacaba cosas de la nevera.

—Sí, fui —respondí, pensando que tal vez él creía que eso era algo que todos teníamos en común.

—Yo fui al Magdalen —dijo.

—¿Te gustó? —pregunté.

—Sí, supongo que sí, ¿Conociste a Emily en Oxford?

La pregunta señalaba un límite en sus relaciones con Emily. Estaba claro que ella no le había contado mucho de mí. Además, él no la había conocido tan bien en Oxford como para suponer, por tanto, que si ella me hubiera conocido allí, le habría hablado de mí. Aun así, en cuanto me pasó esa idea por la cabeza, me di cuenta del error: Emily era, como tú has dicho, muy reservada. ¿Quién sabe qué le habría contado a cualquiera?

—Nos conocimos en Nueva York —respondí.

—¿En Nueva York?

—En Nueva York.

—¿Estuviste en Nueva York?

—Trabajaba allí.

—Yo asistí a una escuela de negocios allí, en Columbia. ¿A qué te dedicabas?

—Era banquero.

—¿En qué tipo de banca?

—Operaba con derivados —respondí.

—Así que eras un operador de valores, no un banquero, ¿no?

Me pareció un poco pedante, e incluso un punto sobrado al molestarse en señalar la distinción.

—Nunca he visto una moneda con la imagen de una cruz grabada, pero eso no impide que la gente diga *¿Cara o cruz?* cuando tira una al aire.

Mi comentario pareció desconcertarle.

—No estoy seguro de qué he querido decir ni yo mismo —dije.

Emily estaba ahora detrás de Tomaso. fuera de su campo de visión, colocando *antipasti* en una bandeja sobre el mármol. Se dio la vuelta para mirarme. Su rostro era inexpresivo.

—Entonces, ¿un operador?

—Sí —respondí. Hubiera preferido que dejara el tema de una vez.

—¿Por qué en Nueva York?

—Ya estaba en Estados Unidos antes de conseguir el empleo.

—¿Qué hacías?

—Estudiaba Derecho.

—¿Dónde?

—En Harvard.

Pareció perplejo.

—Pero ¿cómo pasas del Derecho a operar con derivados?, ¿no es algo muy técnico? —¿El Derecho?

—No, los derivados.

—¿Te parece que el Derecho no es técnico?

—No, me refiero a los derivados. En buena parte son matemáticas, ¿no?

—Había estudiado matemáticas antes de ir a la facultad de Derecho.

—Oh —dijo. Pareció que lo sopesaba.

Al cabo de un momento, salió de la cocina y cuando volvió traía una botella en la mano.

—Te he traído esto —dijo— ofreciéndosela a Emily.

No dijo os *hemos* traído esto. Su novia bajó la mirada.

Emily cogió la botella y, mientras le daba la vuelta en las manos, me fijé en la etiqueta.

—Eh —dije—, ése es el aceite de oliva que venden en la tienda a la que fuimos. Marchmain's, ¿era ésa no? Cerca de Harrods, en Beauchamp Place.

Tuve que esforzarme un poco para pronunciar *Beauchamp*, intentando atrapar el acento francés que aleteaba sobre la palabra.

—Lo cultívala familia de Tomaso —explicó ella—. Se pronuncia *Beecham* —añadió.

Emily no me miraba.

—Claro —respondí.

Por activa o por pasiva, pensé, los ingleses siempre te pillan, aunque sea con su francés. Me había puesto en mi sitio: eso me enseñaría a no cuestionar el orden de las letras.

—Gracias. Tomaso —dijo—. Lo utilizaremos para el aliño.

—Dime, Zafar. ¿Eres indio? —preguntó, como el que hace una predicción, adelantando un poco la frente, con las cejas alzadas y a la expectativa, y un tono de voz que esperaba la ratificación.

Podía perdonarle el interrogatorio hasta ese momento e incluso es posible que un poco más. Todos estamos predispuestos a tomarle la medida hasta donde podamos a quienquiera que sea que conozcamos. ¿En qué consiste esa extraña sensación que nos asalta cuando tenemos a la otra persona situada? Tenemos tantas ganas de saber la posición que ha recibido un hombre por nacimiento, y tanta curiosidad por enterarnos de la que ha conseguido alcanzar por sus propios méritos, que cuando descubrimos ese par de detalles nos recostamos henchidos de la satisfacción de saber de qué va Y para conservar esa satisfacción, protegeremos nuestras expectativas sobre él de la realidad subversiva con unas anteojeras que se abaten como una ceguera histórica. ¿Es esa la raíz de las clases? Un sistema muy simple.

—Nací en Bangladés —respondí.

Me han hecho esa pregunta —¿eres indio?— incontables veces, y mi respuesta siempre ha sido la misma: nació en Bangladés. En Estados Unidos, para explicar mi acento, puedo añadir que me crié en el Reino Unido. Pero también es verdad que en Estados Unidos es más probable que me pregunten si soy británico. El acento británico pesa más que el color de piel, al menos en Nueva York, incluso después del 11 de septiembre.

Lo que quiero decir es que cuando me preguntan específicamente si he nacido en India, mi respuesta —que nació en Bangladés— suele toparse con tres reacciones. La primera es la mirada de reconocimiento, prueba de que se sabe dónde está Bangladés. La segunda es la cara que pone una persona cuando sabe que se la ha corregido, pero carece de suficiente información para entender la corrección. Bangladés, digo, a modo de explicación añadida, está al este de India, antes era Pakistán Oriental; se encuentra entre India y Birmania, al sur de Nepal y Bután. En algunos casos, con eso basta para conseguir un asentimiento con la cabeza como gesto de reconocimiento, pero en la mayoría, la innegable evidencia de sus caras es que su confusión sólo es mayor que antes; si no saben situar Bangladés, es bastante probable que también les cueste ubicar Bután o Birmania. Pero algunos de los bienaventuradamente desconcertados tienen la suficiente educación para sospechar que deberían estar mejor informados, y pueden fingir, totalmente en vano, una expresión de reconocimiento.

La tercera reacción es, con diferencia, la más interesante. Fue la respuesta de Tomaso. Durante años, creí que no la había entendido. Ahora más bien pienso que es probable que siempre tuviera cierta idea de lo que significaba, pero prefería no afrontarla.

La tercera es la mirada que te devuelve alguien cuando cree que tu respuesta corrobora lo que ha dicho. Con los párpados cerrados, la cabeza asiente y una sonrisa asoma por la comisura de los labios. Expresa satisfacción, como si ninguna de sus expectativas o ideas del mundo se hubieran visto alteradas, por el contrario, acabaran de ser confirmadas. Todo eso lo vi en la cara de Tomaso. Él podía haberlo dejado ahí. No hacía falta nada más.

—Que antes era India, ¿me equivoco?

—Correcto —respondí.

La cabeza siguió asintiendo, sólo lo bastante para asegurarse de que se veía mientras yo cortaba los tomates con un cuchillo de cocina. Mi suposición, fruto de otras más verificadas de lo que me hubiera gustado, era que para Tomaso el límite entre India V Bangladés, por más que se hubiera trazado políticamente, no era lo bastante mareado en términos culturales, para que la imaginación, la imaginación correctamente informada, lo tuviera en cuenta.

Miré los tomates que estaba cortando.

—¿Qué es eso que he oído, Emily? —preguntó Tomaso—. Según parece, vas a trabajar en la ONU.

Emily sonrió a Tomaso. Era una sonrisa artificial, cosida a su semblante, un símbolo repujado más que una emoción. Para Emily, esa sonrisa bastaba como respuesta para cualquier pregunta, aunque no respondiera nada. Le servía para ganar tiempo. Pero cuando, con mucha frecuencia, no añadía más comentario, uno no la presionaba. Por alguna razón, parecía inapropiado.

A mí me maravillaba la pericia con la que lo hacía, hasta que se me ocurrió que lo que veía no era la práctica de ninguna habilidad sino la expresión de una personalidad acostumbrada al comportamiento de una familia que cubría con un manto de secretismo todo lo que hacía, un ejercicio de prudencia, como si quisiera borrar todo rastro de pestilencia que amenazara con escapar. Se comportaba como un cuerpo condicionado para reaccionar a ciertos estímulos de los sentidos.

—¿Cuándo te vas? —le preguntó a Emily.

Él paseó la mirada entre Emily y yo. Seguramente era un buen periodista, pensé. No me preguntó lo que hubiera querido. ¿O se trataba de mi propia inseguridad?, ¿y qué le habría respondido si me hubiera preguntado? ¿Que ella iría a la ONU, al otro lado del Atlántico, con mi aprobación, porque nunca quise que nadie pensara que había retenido a una mujer, nunca quise que nadie me encasillara aún más en la casilla de varón sudasiático?

—Hay todavía varios obstáculos —le respondió ella.

Tomaso se sentó, se volvió hacia mí y preguntó:

—¿Hacéis aceite de oliva en India?

—Perdón, ¿dónde?

—En India.

—Creo que sí lo hacen —respondí. Me volví hacia Emily y le cogí la botella—. Utilicemos el aceite de oliva de Tomato —dije.

—Tomaso —me corrigió Emily.

Debía de parecer un error fácil de cometer, al fin y al cabo estaba cortando tomates.

—Dime, ¿es verdad que los indios creen que la tierra se asienta en una tortuga gigante?

El tiempo pareció detenerse por un fugaz momento.

—¿Me lo preguntas a mí?

—Sí.

—En algunas culturas, un arco iris es un símbolo de la refracción de la luz.

—A ver, ¿a qué viene eso?

—Y Reno está al oeste de Los Ángeles, y Roma al norte de Nueva York, pero ¿tú hablas africano?

—¿Perdón?

—¿Sí?

Tomaso negó con la cabeza. Parecía exasperado.

—¿Y bien?

—Y bien ¿qué?

—Que si es verdad, que si en India ellos creen que la tierra se asienta sobre una tortuga gigantesca.

—¿Sabes cuál es el país con mayor población musulmana del mundo?

—Lo sé, Indonesia.

—Indonesia es el mayor estado oficialmente musulmán, pero el país con más población musulmana es India, que es un estado secular.

—Vale. Pero no has respondido a mi pregunta.[41]

—¿Eres católico?

—Sí.

—¿Crees en la transustanciación de una hostia?

—Bueno, no estoy seguro de creerme toda la teología.

—Pues del mismo modo, yo no sé si todos los hindúes, o algunos siquiera, creen que la tierra se asienta sobre una tortuga gigantesca.

—Entonces ¿a qué viene lo de los musulmanes?

—Puedo afirmar sin riesgo a equivocarme que doscientos millones musulmanes de India, si es que son musulmanes en algo más que en el nombre,

no creen que la tierra se asiente en una tortuga gigante. La ontología musulmana no es muy distinta de la cristiana o la judía. Así que respondiendo a tu pregunta: hay muchos *ellos* en India que no piensan que la tierra vaya a lomos de una tortuga.

—Ya veo —dijo. Pareció que reflexionaba al respecto.

Volví a concentrarme en la ensalada que estaba preparando.

—¿Vuelves a menudo? —preguntó.

—Perdón. ¿Me hablabas a mí?

—Sí. ¿Vuelves a menudo a India?

—He estado dos o tres veces —dije, echando el aceite de oliva en una jarra.

—Debe de ser muy difícil.

—¿Por qué?

—Son muy pobres.

—Sí, Tomato, para los pobres las cosas son difíciles.

Agité la jarra con aceite de oliva y vinagre balsámico. Esta vez no cabía la menor duda. No era ningún lapsus, no me estaba confundiendo al pronunciar su nombre.

—¿Por qué eres tan británico? —preguntó. El hombre se levantó. Sostenía en la mano la copa de riño tinto—. ¿Por qué no puedes ser más indio? —prosiguió—. Tenéis unas tradiciones tan exquisitas, y una cultura y una historia, pero tú te has convertido en un inglés.

—Ahora estás insultando a Inglaterra entera.

—Me llamo Tomaso.

—Si tú lo dices, tomato, *patato*, como en la canción, qué más da.

—No te pareces en nada a mi amigo indio de Oxford.

—¿Cuántas veces al día perdonas la ignorancia ajena?

—¿Es eso una disculpa?

—Lo siento, Tomato.

Y con eso, Tomaso vació su copa de vino encima de mi camisa. Lanzó el vino en mi dirección y éste salió volando. Unas gotas me salpicaron la cara.

—Eso no era necesario —dije.

—Tú te lo has buscado —respondió.

Ojalá pudiera decirte que se me ocurrió una réplica ingeniosa. Las que

dije llegaron demasiado tarde y tampoco es que fueran muy ingeniosas. Supongo que podría haber intentado justificarme, pero ¿por dónde empezar? ¿Y por qué tomarse la molestia?

Bajé la mirada a mi camisa, miré a Tomaso, miré a Emily. En algún rincón de la cocina debía de andar la noria de Tomaso.

—Qué torpe soy. He derramado vino en mi camisa —dije y salí. Cuando volví los dos se habían marchado.

Si la historia de Zafar pretendía transmitir qué era lo que le gustaba de Emily, no lo pillé. Al buscar ahora claves, me pregunto si había querido sugerir que había cierta emoción romántica en estar con ella, las colinas toscanas, hacer el amor bajo las estrellas, la lejanía de su infancia, cierto *glamour* que conlleva cierta clase de vida. Pero a mí me parece superficial, demasiado superficial para mi amigo, habría pensado, pero mi instinto no daba para más explicaciones. Tal vez él mismo también veía la superficialidad, y por eso su digresión nunca llega a responder mi pregunta. De hecho, le presioné sobre el particular, aunque su respuesta me pareció un tanto impostada, lo que sólo me lleva a volver a mi primera conclusión.

—Los buenos tiempos —dijo— son tiempos interesantes.

—Según ese criterio, el incidente con Tomaso —dije— debió de ser un momento genial.

Sus respuestas eran insuficientes, pero lo dejé estar. Y luego estaba el sexo. Claro, yo me sentía incómodo al escucharlo, por razones que abordaré pronto, pero lo que más me sorprendió mientras él hablaba de sexo era el que estuviera preparado para hacerlo. Los hombres no hablan así, no los que yo conozco. Y es posible que por eso se me ocurriera que Zafar no iba a quedarse en casa mucho más. Pensé que ese tipo de franqueza evidencia una desconexión con el mundo habitual, que él había abandonado el cultivo de un yo que se ajustara a la sociedad de sus semejantes. Lo miré y vi que él nunca volvería a tener un empleo, que nunca volvería a la rutina laboral, nunca pagaría una hipoteca, ni formaría un hogar y sacaría adelante una familia. Se había salido de la rueda.

17

EL GUARDIÁN DE MI HERMANO O LA TRAICIÓN

Es más fácil perdonar a un enemigo que a un amigo.

—WILLIAM BLAKE

Siempre que relataba su experiencia con Emily, la expresión de Zafar cambiaba y a su alrededor se adensaba un aire sombrío de manera que la edad y el cansancio aparecían en los rasgos de su rostro. Casi todo lo que me contó sobre el tiempo que había pasado con ella era nuevo para mí. En algún momento de 1997, empezamos a vernos cada vez con menos frecuencia y, dado que el periodo coincidió con un aumento sustancial de mi carga de trabajo —el negocio en el mercado hipotecario se disparó, y la perspectiva de que me hicieran socio rápidamente apareció a la vista—, nuestra amistad se enfrió. Por entonces el tiempo parecía pasar tan rápido que no calibré muy bien la ausencia de amistades, Meena también andaba ocupada; tras poner el pie en las finanzas, había acelerado sin parar hasta un *sprint* continuo. Yo creía que nuestra relación era satisfactoria y fuerte y que podíamos recurrir a esa satisfacción para sostenerla a lo largo de las interminables jornadas laborales separados.

Y así transcurrió aquel año, sin que Zafar y yo nos viéramos, y luego pasó también el siguiente. Tengo poco que recriminarme, no soy viejo, pero incluso si hubiera transcurrido tiempo suficiente para acumular remordimientos, no creo ser muy inclinado a ellos por carácter. Mis circunstancias también han colaborado, diría yo, porque no creo que jamás afrontara la perspectiva que

suelen afrontar otros de tener que lamentar malas decisiones que, con el tiempo, les llevaron a la ruina o a la carga de excesivas responsabilidades financieras, vidas regidas por los pagos de la hipoteca y las facturas de la escuela, eso que suele ser el destino de tantos. Cierto es que no he sido inmune a las dificultades económicas, Pero se trataban —se tratan— de las dificultades de alguien que ha nacido con buena suerte.

Sin embargo, ahora sí que tengo remordimientos sobre aquella época de mi vida. No soy tan presuntuoso como para imaginar que si yo hubiera seguido siendo una presencia constante en la vida de Zafar, él no se habría deteriorado como, a todas luces, se había deteriorado por aquellos días. ¿Cuál es la palabra apropiada? He dicho *deteriorado*, pero ése trataba de eso?, ¿había entrado en decadencia?, ¿se había derrumbado?, ¿se había descompuesto, deshecho, desmoronado, disuelto?

Quiero dar una explicación, pero no hay motivos. Más adelante, me decía a mí mismo que tal vez estaba consolando a Emily, pero la actitud de ésta no justificaba esa idea. No se percibía la menor angustia obvia necesitada de alivio. Donde nada puede equivaler a una explicación, me queda sólo la posibilidad de contar lo que sucedió. Con eso no quiero decir lo mismo que habría querido decir Zafar, pues para él, debe de ser ya evidente, lo que sucede está tanto en la mente como en la actividad del cuerpo y sus extremidades. Nuestros pensamientos y sentimientos, las emociones e instintos que nos impulsan, eran para Zafar tan materia del drama que representamos como nuestros actos, los que son fáciles de describir aunque no de explicar.

Zafar habló de la voluntad, desdeñando su supuesta libertad. Y aunque yo rechazo su rechazo de la voluntad, comprendo la sencillez de su idea: sólo sin invocar la idea de voluntad podemos hablar con sentido de causas. Si quieres saber por qué un hombre hizo una elección, no sirve decir que simplemente eligió. Por tanto, la exposición de Zafar se presenta como una explicación de las causas: la línea central en un juego de tirar de la cuerda se mueve porque los hombres tiran de la cuerda a cada lado. Pero cuando eliminamos la voluntad de la imagen, ¿acaso no debemos recurrir a pasiones, instintos e impulsos para encontrar nuestras causas? En sus cuadernos. Zafar registra un fragmento del *Tratado sobre la naturaleza humana* del filósofo David Hume, un fragmento manido, lo sé: *No nos expresamos ni con rigor ni de un modo filosófico cuando hablamos de combate entre la pasión y la razón. La razón*

es, y sólo debe ser, la esclava de las pasiones, y nunca puede pretender ningún otro cargo que no sea el de servir las y obedecerlas. No puedo pretender que yo tenga razones o justificaciones.

Recuerdo la fecha porque era el cumpleaños de mi padre, un sábado de abril de 2000, y yo iba en coche a Oxford para visitarle y comer con él. El tráfico de las carreteras era muy fluido a las diez de la mañana, y los cielos estaban tan azules y despejados como para conducir con el techo abierto. Mis pensamientos vagaban intermitentes por cuestiones de trabajo. Acabábamos de completar una serie de transacciones casi idénticas en las que la firma había conseguido ganancias sustanciosas, y yo pensaba que la nueva estructura podría replicarse potencialmente con otros dientes y también en la forma en que habría que adaptarla. Cuando entraba en Oxford, reduciendo la velocidad para ajustarla a la del tráfico, sonó mi teléfono.

—Hola, soy Emily Hampton-Wyvern.

—Hola, Emily. Me alegro de oírte —grité por encima de un camión que pasaba—. Hacía siglos que no hablábamos.

—¿Dónde estás?, ¿qué es todo ese ruido?

—Lo siento, estoy conduciendo —respondí. Algo iba mal. pensé. ¿Por qué si no iba a llamarme?

—Zafar está en el hospital.

—Dios mío. ¿Qué ha pasado?

—En un hospital psiquiátrico.

No dije nada.

—Está en un hospital psiquiátrico —repitió ella.

La noticia me dejó de piedra, conmocionado. No es ninguna tontería que te hospitalicen de ese modo, ¿no? Es algo que los médicos te hacen, porque tú ya no puedes decidir, tu mente no da para más. Pero no sólo me sentí conmocionado. Zafar era incuestionablemente alguien que me importaba. Alguien a quien admiraba y, en algunos sentidos, envidiaba. Pero ahí estaba: me sentía conmocionado, pero a la vez a una parte de mí no le sorprendía. Que no es lo mismo que decir que lo vi venir. Estaba el misterio que rodeaba a Zafar, en él radicaba parte de su atractivo. En realidad, yo no sabía nada de su infancia, de su formación. Y lo que sí sabía —por mi breve encuentro con sus padres— sólo alimentaba una tesis: parecía hecho a sí mismo, surgido de la nada, pero ¿hasta dónde da de sí esa explicación?, ¿es factible?, ¿era un chico

de clase obrera que había llegado demasiado lejos? ¿Vivía por encima de sus posibilidades psíquicas?, por repetir algunas palabras de sus cuadernos.

—Eso es espantoso. ¿Qué ha pasado?

Emily no respondió. Supuse que no me había oído. Pensé en parar, pero la carretera se había vaciado repentinamente.

—¿Qué pasó?

Siguió sin responder. Se me ocurrió que a lo mejor no lo sabía.

—¿Cómo está?

Antes de que pudiera contestar, añadí:

—Es una pregunta estúpida; está hospitalizado.

—¿Me paso a verlo?

—¿Vendrías?

—Estaré ahí a las ocho.

18

LA TURBIA MAREA DE SANGRE

Las matemáticas, en tanto lógica aplicada, que pese a todo se mantiene dentro de la abstracción pura y elevada, ocupa una curiosa posición intermedia entre las ciencias humanísticas y las naturales; y por las descripciones que Adrián me hizo en nuestra conversación sobre el goce que le procuraban, quedó claro que él consideraba esta situación intermedia, al mismo tiempo, como algo elevado, dominante, universal o, en sus propias palabras, «lo verdadero». Fue una gran alegría oírle llamar a algo «verdadero»; era un ancla, un asidero, uno ya no se preguntaba del todo en vano sobre qué era «lo principal» para él.

—*THOMAS MANN, Doctor Faustus*

Zafar volvió a su relato de los sucesos en Kabul, a Emily y al *lounge* de la ONU. Si da la impresión de que había transcurrido bastante tiempo, se debe en gran medida a mi propia reconstrucción de nuestras conversaciones. Después de todo, y por razones que ya he explicado, he adelantado la historia afgana. Y, al revisar lo que he escrito hasta ahora, me doy cuenta de que buena parte del material intermedio tiene que ver conmigo y mi propia vida. Pero también es cierto que mi amigo no contó la historia afgana de principio a fin sin digresiones, Eso no sería propio de Zafar. Él me había llevado devuelta a Islamabad, creo, para situar el contexto de su implicación en lo que sucedió en Kabul, cuando se encontró a Grane. Pero ahora recuperó de nuevo la escena en

el bar de la ONU. tras hacer que Emily se apercibiera de su presencia en el *lounge*.

La dejó con su círculo de admiradores, explicó, unos hombres que gravitaban hacia ella, como las manzanas maduras tienden hacia la tierra blanda, dijo. Ella sabía ahora que yo estaba allí, en el complejo, en Kabul. Tras cruzar un arco bajo, entré en el bar, una sala cavernosa con muchos sillones y sofás, como en el *lounge*. pero con el mobiliario y la gente más apretados, y la iluminación más tenue, Pero lo que me asaltó los sentidos fue el olor y el ruido. En los varios meses que llevaba trabajando en el sur de Asia no había oído esa mezcla acre de alcohol y olor corporal humano. Procedía de otro mundo. La música sonaba muy alta, las vibraciones me hacían cosquillas en las plantas de los pies, un volumen que amortiguaba el clamor de las maniobras sexuales que se desarrollaban allí. Era una escena de horror. Esa era la libertad por la que se libraba la guerra, en el venerable nombre de la cual Occidente manda a héroes de clase obrera a luchar y morir. Si les hubieran preguntado a los afganos, ¿habrían permitido esta lacra en su tierra?, ¿Emily estaba luchando por esto?

Los hombres son animales sociales, se nos dice, y tenemos la evidencia por todas partes. En una ocasión fui al festival de Glyndebourne con Emily y su madre, todos de punta en blanco. La música era bastante, buena, alguna ópera, pero a mí me pareció que Glyndebourne era sobre todo un evento de sociedad; cestos de picnic rebosando el botín de Fortnum & Masón y Harrods, mermeladas, Gentleman's Relish, y fresas. El champán burbujeaba por encima del ruido de los corchos al saltar. ¿Una escena de qué?, ¿un cuadro impresionista, quizá? Pero ¿qué sé yo de su arte? Era un hermoso día estival. Penelope saludaba a amigos y conocidos —el roce de mejillas— y también Emily. Vi otro par de rostros sudasiáticos y me pregunté si, tras años de impostura, ahora parecía siquiera la mitad de cómodos que ellos.

Si Glyndebourne era un acto social inofensivo, lo cual no es poco *si*, el bar de la ONU en Kabul era su antítesis. Lo que la gente del bar estaba haciendo no era *sólo* reunirse para tomar unas copas en un escenario familiar. No era *sólo* el hip-hop de fondo, los cuerpos apretados, las miradas prolongadas, las invitaciones a una copa disimulando y desvelando a la vez otras intenciones; no era siquiera lo que oía en cada fragmento de conversación que captaba al vuelo, ese impulso humano a buscar el acuerdo, a aprobar y coincidir, ese

anhelo de complicidad en una visión del mundo que de hecho podría deberse tan sólo a la necesidad de ser querido.

Una hermosa joven —y quiero decir *hermosa*— estaba con una copa en la mano. Entre las nubes de humo, sus labios parecían temblar. Tenía elegancia, gracia y unas piernas interminables por no decir infinitas, lo que sea más largo. Podrías haber tomado a esa mujer, esa criatura casi imaginaria, por una de las modelos que levitan alrededor de Union Square en Nueva York, una modelo de lencería, nada que ver con las jovencitas de huesos quebradizos, perchas cóncavas de pasarelas. Esas mujeres me asustaban: las mujeres imaginadas sólo pueden satisfacer la imaginación. Detrás de ella había un hombre que hablaba con otra mujer, aunque no dejaba de mirar a la primera. En cuanto al hombre que de hecho hablaba con la modelo, que podría tener la atención de la chica o no, parecía incómodo en su compañía, como si la chaqueta le quedara una talla pequeña. La modelo, pensé, era el tipo de mujer a cuyo lado Emily evitaría ser vista, una mujer que podía rebajarla.

Busqué el grupo con el que había ido. Nicky estaba al otro lado de la sala, acurrucada en un sofá, hablando con Sandra, una coreana—americana de mediana edad que me habían presentado en el Land Cruiser.

—¡Zafar! Creíamos que te habíamos perdido. Sandra ya te había etiquetado como de los que se pierden, sin despedirse siquiera, pero yo le he dicho que eres un verdadero caballero.

Poniendo acento *cockney*, dije:

—Un caballero como es debido.

Nicky tenía una sonrisa espléndida, que se desplegaba con auténtico gusto, una sonrisa brillante y sin dobles vueltas, una sonrisa que expresaba jovialidad y afecto, como habría visto hasta un idiota. Emily nunca sonreía así. Sí, creo que la sonrisa de Nicky exhibía una ternura genuina. Y sí, coqueteaba conmigo, pero era un coqueteo acotado. Me había hablado al poco de conocernos —cuarenta y ocho horas en Kabul daban para tanto— de su maravilloso marido, un músico de jazz, y de sus hijos, una casa gobernada por hombres salvajes.

Creo que pocas mujeres pueden hacer algo parecido. Requiere una habilidad particular. Por supuesto, no hace falta habilidad para poner un límite, todo lo contrario, yo habría pensado que a una mujer casada con dos hijos le habría costado evitarla mención a la familia como respuesta a

cualquier pregunta que roce lo personal. Pero Nicky tenía la habilidad de levantar el muro de verdad, fuerte. sin ocultar a la vez el coqueteo.

—Sandra se va de Estados Unidos por Bush.

—¿A Canadá? —dije volviéndome hacia Sandra.

—A Vietnam. Nuestro hijo pequeño es adoptado, vietnamita, y hemos pensado en llevarlo allí, bueno, ya sabes, por sus raíces y demás.

Se bebió de un trago lo que le quedaba de la copa.

—¿Cómo es posible que la patria permita que George se interponga entre tú y el tío Sam?

Sandra me sonrió y se levantó.

—¿Qué estás bebiendo? —preguntó. Evidentemente, había creído que mi pregunta era retórica.

—No, no. Deja que vaya yo —dije.

—¡Corta! ¿Qué estás tomando?

—Me parece que. las copas están subvencionadas —dijo Nicky.

—Lo están cuando pago yo —dijo Sandra.

—Whisky —dije.

—¿Nicky?

—Servida —respondió Nicky. Sostenía una copa de vino blanco, todavía medio llena.

Sandra desapareció en la espesura de gente. Nicky bajó la voz.

—¿Qué has descubierto?

—¿A qué te refieres? —pregunté.

—Oh. vamos. Has desaparecido.

Le sonreí.

—¿Te preguntas qué pintamos aquí? —pregunté.

—Sé qué hacen los americanos. Quieren sangre. Alguien tiene que pagar.

—Me refiero a todo este desarrollo y reconstrucción, ¿De qué va en realidad?

—Acabo de conocerte esta tarde y sé esto de ti: crees que la gente nunca dice lo que quiere decir. Lo cierto es que nueve de cada diez veces lo que dicen es todo lo que quieren decir.

—¿De qué va en realidad?

—De desarrollo y reconstrucción.

Nicky estaba en misión de investigación y recopilación de datos para una ONG de microcréditos para mujeres, que prestaba pequeñas cantidades a mujeres que querían organizarse por su cuenta en pequeñas empresas.

—Aquí podemos hacer algún bien —prosiguió—. Este país vive en la miseria. Zafar. No hace falta que te lo explique a ti. Necesita ayuda. ¿No es así de sencillo?

—¿Hay algo en el mundo que sea así de sencillo?

Me recosté a su lado sobre el brazo del sofá. Parecía absorta y me pregunté si estaría pensando lo mismo que yo, si estaba dándole vueltas a sus palabras y replanteándose, su esterilidad, su vaguedad, y el que la disculpa siempre era que el país necesita la ayuda que gente como ella estaba dispuesta a proporcionar.

Fue en ese momento cuando vi que Emily se nos acercaba. ¿Qué veía Emily? Me veía con una mujer atractiva.

Nicky la saludó con su sonrisa infinita.

—Soy Nicky, y él es Zafar.

Emily tendió la mano para ofrecer aquel apretón flácido que yo había visto antes, y ahora sentí el apretón seguro de Nicky cerrándose sobre la mano.

Emily se volvió hacia mi y creo que ambos dijimos hola a la vez. Si Nicky era observadora, se habría fijado en que Emily no me tendía la mano. Pero cuando lo pensé más tarde, se me ocurrió que, aunque se hubiera fijado, podría haber pensado simplemente que Emily no quería incomodar a este sudasiático. un piadoso musulmán por lo que sabían, que tal vez no estrechara las manos de mujeres.

Todavía no sé cómo interpretar aquel momento tan extraño. qué nos pasó para fingir que no nos conocíamos, qué pensamiento o cálculo había pasado por su cabeza, o por la mía, aunque en mi caso de manera inconsciente porque yo me limité a cumplir lo que parecía una orden, sin premeditación, reflexión o planificación por mi parte, como si ahí, en Kabul, Afganistán, yo estuviera en un mundo nuevo, uno remoto, y todos lleváramos nuevos atuendos para volvernos irreconocibles, para deshacernos de nuestros yoes anteriores y reinventar las personas que éramos, en una tierra en que las personas no eran personas, ni siquiera actores, sino piezas sobre un tablero de juego.

¿Sabes? Richard Feynman comparó la investigación en física con la

observación de un curioso juego que se desarrollaba sobre un tablero de ocho por ocho casillas alternas blancas y negras, intentando descubrirlas reglas; pero una observación, explicaba, con algunas restricciones de manera que sólo podías ver una esquina del tablero y ahí fijarte en todo e intentar descubrirlas reglas que había detrás. Podías fijarte, por ejemplo, en que un alfil —una pieza alta de madera que, en inglés, *bishop*. evoca la figura de un obispo— sólo ocupa las casillas del mismo color, y más tarde de repente reparas en que el alfil sólo se desplaza a lo largo de diagonales, que es una regla más profunda y también sirve para explicar la observación anterior, y así va avanzando, escarbando en lo visible en la esquina, sacando a la luz regla tras regla, intentando discernir pautas y reglas del juego.

También Afganistán se había convertido en un juego, pero no era el ajedrez, al menos, no tal como lo conocemos, ni siquiera en la versión que se juega en Asia, con sus diferencias que te confunden (el rey, o rajá, hace algo más que esperar como un tonto) y sus engañosas similitudes, sino que se trata de un juego completamente distinto en el que los jugadores luchan por establecer las reglas. Es posible que en ese momento, cuando Emily me miró y dijo hola, cuando su mano se quedó colgando flácidamente del brazo tras estrechar, o ser estrechada por, la mano de Nicky, cuando la sonrisa que yo esbozaba era tanto para mí mismo como para ella, es bastante posible, digo, que en esos momentos yo tuviera un presentimiento de violencia, lo único que puede alterar los corteses juegos sociales, una premonición de lo que yo era capaz de hacer, Antes de buscarlo, creía que los orígenes de la expresión *turning the tables*, ya sabes algo así como volver las tornas, estaban en el ataque de rabia de Cristo en el Templo, al ver que la casa de oración se había transformado en una guarida de ladrones. Pero según parece tiene más que ver con los juegos de mesa. Sea como fuere, es atinada para el caso.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Nicky.

—Estoy en la Misión de Asistencia —respondió Emily. No le dijo cómo se llamaba.

—Entonces, debes de trabajar con el AfDARI —dijo Nicky con una entonación que buscaba la confirmación.

Cuando conocí a Emily, me pareció encantador el modo en que no respondía ni entablaba conversación como todos los demás. La mayoría habría dicho: *Si, trabajo con el AfDARI de vez en cuando*. Tal vez incluso: *¿Conoces*

a. Maurice Touvier? La mayoría habría seguido la conversación, pero Emily no. A veces, cuando hablaba con ella, sólo por divertirme, solía refrenarme y no decir nada que diera pie a seguir la conversación, sólo para ver qué pasaba. Se hacía el silencio, el mundo entero dejaba de girar sobre su eje, la conversación no avanzaba, y cuando la luna tiraba de la tierra y la hacía moverse de nuevo, ella tal vez introducía otro tema nuevo o se ponía a hacer otra cosa. Raramente me preguntaba nada. Y apenas había charlas ociosas, si es que hay algo ocioso en la charla entre amantes.

Aquellos ojos sólo miraban fijamente. Solían desconcertarme. ¿Cómo era capaz, me preguntaba, de no interrumpir el contacto visual como el resto de nosotros? Hasta que, claro, se considera de otra manera, hasta que empiezas a comprender que la experiencia de mirar a alguien a los ojos no es igual para todos, y que tal vez para Emily iijar el contacto visual y mirar intensamente no sólo daba lugar a la exigencia compulsiva de un yo despojado para que apartara la mirada, para que la interrumpiera..., ella no estaba superando nada con esa mirada fija. Emily se relacionaba de una manera distinta con los demás. No existía, empezaba yo a sospechar, la misma implicación, la misma vivencia de una ola tras otra de información y sentido que rompían contra su retina, cuando te miraba. Como los alpinistas a los que creemos valientes. Es posible que lo sean. Pero si sus amígdalas —partes del cerebro esenciales para el control del instinto de vuelo— son más pequeñas que las de los demás, como indican las investigaciones — ¡como había mencionado Mohsin Khalid! —, entonces su *experiencia* de las amenazas y peligros es distinta. Está muy extendida la noción popular de que los mentirosos no pueden mirarte a los ojos. Pero no es cierta. De hecho, hacen lo contrario aunque no se den cuenta. Miran fijamente a la persona a la que mienten porque necesitan saber si cuellan las mentiras que cuentan; si funcionan, si les creen, de manera que puedan ajustarlas mejor o aumentarlas, sobre la marcha. Así que ¿por qué nos tragamos lo del contacto visual y creemos que confirmala sinceridad, cuando en realidad podría ser una prueba de doblez, de hipocresía? ¿La Madre Naturaleza piensa que una mentira creída es un secreto guardado y que por tanto se preserva la armonía social?

—Tengo una reunión en el AfDARI mañana —dijo Nicky. Con Maurice Touvier.

—¿Por qué? —preguntó Emily.

—Soy de Microfinance for Women.

Emily no dejó entrever que lo conociera..., lo que, claro, no significaba nada.

—Estoy recabando datos —prosiguió Nicky—, informándome sobre cómo están las cosas para ver cómo podemos hacer algo positivo.

Emily puso aquella expresión tan suya, con el aire de no estar del todo presente, incluso cuando te miraba a los ojos, con un leve indicio de sonrisa, lo bastante débil para confundirte y por tanto impedirte preguntarle si te está escuchando. Se trata, tiendo a pensar, de la expresión que adoptan los diplomáticos inexpertos cuando hablan con alguien que consideran intrascendente.

—¿Dónde te alojas? —preguntó Nicky.

—Estoy aquí, en el complejo.

—Suená bien.

—¿Cuándo has llegado? —preguntó Emily volviéndose hacia mí.

—Hará una media hora.

—¿Cuándo has llegado a Afganistán?

—Ayer.

Su sonrisa se esfumó.

—¿Dónde te alojas?

—En el AfDARl —respondí.

—¿Y qué te ha traído aquí? —preguntó.

—Lo mismo que a Nicky" Buscar información. Según parece, Afganistán es la tierra de la información perdida.

—Eres muy reservado —me dijo Nicky".

»Creo que es un espía —añadió para Emily.

—Sí, estoy en el SB.

—¿Qué es eso? —preguntó Nicky.

—El Servicio Secreto de Bangladés.

—¿No tendría que llamarse entonces SSB? —preguntó Nicky.

—Si digo SB ¿quiero decir SB!

Emily sonrió.

—Ha sido un placer conocerte —le dijo a Nicky.

Se volvió hacia mí, mantuvo la sonrisa y se fue.
Sandra volvió con el whisky.
—¿No era ésa Emily Hampton-Wyvern? —preguntó Sandra.
—Creía que se llamaba Melissa —dijo Nicky.
—Emily —dijo Sandra.
—¿Estás segura? —preguntó Nicky".
—Tal vez sea un rumor que hace correr Melissa —dije.
—Ya salió el gracioso de escuela privada —dijo Nicky.
—¿Te acuerdas de lo que dijo Ermintrude?
Sandra le hablaba a Nicky.
—¿De verdad existe alguien que se llame Ermintrude? —pregunté.
—¿Y por qué no? —respondió Sandra.
—Quiero decir, alguien sin contarlas vacas de los dibujos animados.
—¿Estás llamando vaca a mi amiga?
—¿Estás llamándola tú Ermintrude?
—Vale y" a. Nuestra amiga en Reuters. Ermintrude. dice que se mueve mucho. —¿Quién?
—Emily" —respondió Sandra.
—No perdió el tiempo echándote los tejos *a ti* —añadió Nicky".
—Gracias, Sandra —dije, alzando la copa que acababa de traerme.
—Según parece, es una espía —dijo Sandra.
—¿Para quién? —pregunté.
—¿Cómo que para quién?, ¿dónde te has dejado el batín? —preguntó Sandra. —Para la Inteligencia Británica —dijo Nicky.
—Yo he oído que para la CIA —respondió Sandra.
—¿Cómo lo sabes? —pregunté.
—Todo el mundo lo dice —respondió Nicky.
—¿Y eso qué quiere decir? —pregunté.
—Significa que no puede serlo —dijo Nicky, aunque sonó insegura, como si esperara que yo evaluara su respuesta.
—Significa —dijo Sandra— que no puede ser el tipo de espía que depende de que la gente no sospeche que es una espía.
—Oh —dije— el tipo de espía que depende de que nadie crea que los

demás sospechan que es una espía.

—¿Qué tipo de espía es ése? —preguntó Sandra.

—No lo sé. Tal vez ese tipo no existe.

—Nicky. conoces a los hombres más raros —dijo Sandra.

—La reina —dije alzando de nuevo mi copa.

Nos quedamos un poco más antes de que Nicky nos recordara el toque de queda. No había tiempo para que me acercaran a mi alojamiento antes de que empezara así que volví con Nicky. Sandra y el resto del grupo.

Las mujeres se alojaban en una casa de la que se encargaba Bernice Miller, una vivaz activista de derechos humanos. Bernice tenía un largo cabello tan r Rubio que parecía en llamas, y, según todas las versiones, una pasión irreprimible por celebrar fiestas. Había aterrizado en Afganistán, o hasta podría decirse que se había lanzado en paracaídas, justo después de que los americanos lo liberaran, y apenas puso el pie en el suelo se dedicó a dar a conocer los sufrimientos de las víctimas civiles de los bombardeos aéreos americanos.

Acogía al grupo de mujeres en una casa amplia, pero por alguna razón —tal vez tenía que ver con la seguridad—, todas ellas, más de veinte según mi recuento, dormían en dos grandes habitaciones contiguas en un mosaico de colchones y catres improvisados. A mí me colocaron en un rincón, y un afgano de mediana edad me trajo un par de mantas. El generador se apagaría pronto, pero todo el mundo parecía haber dejado atrás un largo día y estaba listo para dormir. No me desvestí.

Por la mañana, me levanté y me abrí paso entre los cuerpos dormidos. Al cerrar la puerta a mis espaldas, una mujer salió del lavabo al otro lado del rellano. Llevaba un albornoz. Antes de que yo pudiera apartar la mirada, me hizo un guiño, como si me hubiera pillado en pecado. Cerré la puerta.

En la planta baja, había café. Al otro lado de las ventanas se abría un amplio espacio despejado donde en el pasado tal vez se habían levantado edificios pero que ahora se había alisado, sin árboles ni maleza, y al fondo del cual el sol del nuevo día entibiaba el aire frío.

La noche anterior, habíamos pasado por delante de la fortaleza del consulado americano y nos detuvimos no muy lejos de él. Supuse que las zonas cercanas se habían despejado, tal vez para permitir su ampliación, tal vez para que sirvieran como área de amortiguación ante un ataque.

Acabé el café, saqué mi cuaderno, arranqué una hoja, y dejé una nota junto a la máquina de café dirigida a Nicky. agradeciéndole maliciosamente *una noche memorable*. Salí al patio y le pregunté al guardia si alguien podría llevarme al AfDARI.

Cuando, media hora más tarde, llegué, Suaif, el guarda, me franqueó la entrada.

—La señorita Emily —explicó—, vino a buscarle. Le dijimos que no sabíamos dónde estaba.

Desde el patio, vi que una ventana de mi habitación estaba rota.

—¿Está aquí?

—Ha pagado el arreglo de la ventana.

Apareció Suleiman al otro lado del patio.

—Me han dicho que anoche salió por ahí —dijo.

—Fui al bar de la ONU.

—¿A cuál?

—¿Qué quiere decir con *a cuál!*?

—Kabul se jacta ahora de contar con docenas de bares.

—¿Ya?

—Al menos dos de la ONU.

—¿Y qué le parece a la gente de aquí?

—A los ricos les encanta; a los pobres les asquea.

Dentro de mi habitación, nos quedamos uno al lado del otro mirando la ventana rota.

Yo había corrido las cortinas en el lado este de la habitación, el que daba al patio, para mantener el equipaje fuera de la vista. La ventana que daba al sur no tenía cortinas. Cualquiera podría mirar dentro desde ella. Si Emily le hubiera pedido al guarda que me buscara, el hombre habría dado la vuelta hasta el lateral del edificio y, desde el árbol negro habría mirado a través de esa ventana.

—Tengo entendido que ha sido una mañana movidita —dijo Suleiman.

—Lamento lo de la ventana.

—¿Por qué la rompió?

—No lo sé. No puedo llamarla. Mi móvil no funciona aquí —respondí.

—Así es el sector privado. La ONU trajo una multinacional y no ha

establecido servicio de *roaming*, así que tiene que conseguir una línea telefónica específica para que funcione en su red local. Hay un teléfono en la oficina.

¿De verdad Emily, me preguntaba, había llamado a la puerta y, al no obtener respuesta, había roto una ventana antes de preguntar a alguien?, ¿de verdad había dejado un fajo de afganis para pagar los desperfectos? Pensé en Suaif, ese profesor de ingeniería de mediana edad rebajado a vigilante de una puerta, ese hombre orgulloso que dormía en un rincón de una habitación del recinto del AfDARI acondicionado para el personal del servicio, ese hombre en su hogar lejos de su hogar, que observa con impotencia cómo una mujer occidental entra y, por el poder que le confieren la ONU, la ISAF, la OTAN, Occidente, y su piel clara, hace añicos una ventana sin molestarse siquiera en preguntarle si había algún otro modo de echar una mirada dentro, ese hombre que, despojado de su propia autoridad, por más frágil que ésta fuera, acepta el dinero que ella le da —¿se molestó Emily siquiera en contarlo?— para cubrir los costes y que él no la incordiara.

¿Qué buscaba Emily? ¿A mí? ¿Temía que me hubieran secuestrado? Después de todo, esto era Kabul. ¿O acaso quién la asustaba era Nicky? Fuera cual fuese el motivo para irrumpir así. ¿no era el acto de omisión lo censurable, la desconsideración que mostró con el guarda y su tierra?, ¿de verdad ni se le pasó por la cabeza pedirle ayuda?

Me volví a Suaif negando con la cabeza y rogué que él entendiera que quería disculparme por todo. por todo lo que se había hecho y aun por lo que iba a hacerse.

—Ella le dejó un mensaje —dijo Suleiman, que se sacó algo del bolsillo del pantalón.

Me pasó una nota en un sobre cerrado: Ven a cenar al complejo de la ONU. Ven, por favor. Quiero presumir de ti.

A mediodía, el cristal de la ventana estaba tapado con un tablero cuadrado, y yo me encontraba en mi habitación, escribiendo en mi cuaderno, cuando llamaron a la puerta.

—Me han dicho que andabas por aquí. ¿Te acuerdas de mi?

—Hola. Crane —respondí—. Me alegro de verte, ¿cómo estás?

Grane Morton Forrester parecía el mismo que me presentaste en aquella fiesta de hace unos años, la misma masa descomunal, un pedazo gigantesco de

carne que tapaba el umbral entero de la puerta a sus espaldas. Llevaba traje de faena y botas militares, pero cubriéndole el pecho y los hombros se había puesto un inmenso y sencillo suéter de lana azul. Algo en Grane delataba torpeza.

—¿Qué te trae por estos lares? —pregunté.

—Podría preguntarte otro tanto —respondió.

—Turismo —dije—. Me han contado que tienen unas playas espléndidas y que merece la pena morir por las chicas de aquí.

—No hay quien pueda con vosotros, los británicos —se rió Crane.

—¿Y a ti? —pregunté.

—Acabo de dejar los marines; me alisté hace un par de años.

—¿Antes del 11 de septiembre?

—Ajá.

—¿Participaste en la Operación Libertad Duradera?

—Los cabrones me mandaron a la embajada. Nada de acción. No he visto nada de nada.

—¿Así que lo has dejado?

—Contratos militares, ahí es donde está el dinero. Trabajo para Blackstar. Asentí.

—Primero aprendes a coser, luego confeccionas tu propio traje a medida.

—Eso suena como un plan.

—Lo es. Dos palabras, amigo mío: negación creíble, Ésa es la gracia de los contratistas militares privados. Concede a Washington la posibilidad de escudarse en la negación creíble.

Me dedicó una sonrisa risueña con una expresión de complicidad, como si acabara de desvelar una idea brillante a la vez que simple.

Hubo movimiento junto a la puerta. Por detrás de la figura de Crane apareció Suleiman, El propio Suleiman también tenía que agacharse al pasar por las puertas, pero al lado del inmenso americano con sus anchos brazos de receptor de fútbol, el joven afgano parecía estrecho y vulnerable.

—Aquí estás, amigo —exclamó Grane.

Le dio unas palmadas en la espalda a Suleiman, aunque fue como si se las diera en la cabeza.

—¿Conoces a Sully? —me preguntó Crane.

Asentí sin buscar la mirada de Suleiman.

Éste le dio un sobre a Crane, que lo cogió sin una palabra de explicación.

—Sully es un seguidor de los Red Sox, ¿no es así, Sully? ¿Esta temporada conseguiréis algo o qué?

Suleiman me miró. ¿Me estaba diciendo algo? Recordé, por supuesto, al coronel: *Averigua qué hay en los sobres. Y ándate con cuidado con Crane.*

—El béisbol puede romperle el corazón, señor Crane. Es un juego de sorpresas.

—Es todo un filósofo, nuestro Sully, un hombre con un sueño imposible.

Crane se volvió hacia mí.

—Oye, tengo que irme. ¿Qué me dices de echar unas cervezas alguna vez?

—Claro —dije.

—¿Cuánto vas a estar por aquí?

—Un tiempo.

—Genial. Te enseñaré el lugar, Hay un montón de marcha si sabes dónde buscar.

Entonces Crane me guiñó un ojo. El segundo guiño que me hacían en veinticuatro horas.

—Sully sabe cómo encontrarme —añadió.

Cuando salió, Suleiman entreabrió la cortina, El corpachón inmenso de Crane se alejaba pesado por el patio.

—Ese hombre es repugnante.

—¿Por qué ha venido? —pregunté.

—Recoge aquí el correo. Siempre sobres.

—¿De dónde se los mandan?

—Son locales, los trae un jeep.

—¿Un *jeep* de la ONU?

—Jeeps sin identificación. No he podido saber nada. Por lo general, los recoge el director y se los guarda.

—Pero ¿confían en usted para dárselos?

—No del todo. El jeep acababa de llegar, y no sé si se habrá fijado, pero no se fue hasta que Crane volvió a salir al patio con el sobre en la mano, y Crane siempre se va en cuanto le doy— el sobre.

—¿Por qué ha dicho que era repugnante?

—Conocí a Crane hace varios meses —dijo Suleiman—, Era poco más que un comparsa en la embajada; me dio la impresión de que en Kabul hacía de chico de los recados. Un día yo estaba aquí ya muy tarde, quedaban sólo unos minutos para el toque de queda. Resultó que Crane pasaba por aquí [para recoger un sobre) y se ofreció a acercarme a casa en su Land Cruiser, Tenía marcas distintivas militares, y a los militares no se les aplica el toque de queda. Crane había estado aquí desde el principio pero nunca lejos de Kabul. Creo que su padre es senador.

—Está en la Comisión de las Fuerzas Armadas.

—Eso es. Así que íbamos en el Land Cruiser con aire acondicionado, Crane y yo, y creo que él había estado bebiendo. El aire apesta a alcohol. Y él empieza a hablar. Me habla, y perdóneme por repetir sus palabras, de una chica que conoce justo en las afueras de Kabul, hacia el oeste, y lo prietas que son sus carnes, lo mucho que le gusta su conejito juvenil y su culo prieto (estoy diciéndole lo que él dijo y, créame, no tengo el valor de repetir todos los detalles). Me dice que le encantan los coños afganos. Me jura que una vez se desmayó (que Dios me perdone), que una vez se desmayó al correrse a lo bestia en su culo. Me explica que intenta ir allí todas las semanas. El padre de la chica sabe qué está pasando, claro, dice, pero no le importa en tanto él endulce el trato con dinero. Cuando él va. el padre desaparece y la madre sale con los niños, así que él tiene a la chica y la pequeña casa afgana a su entera disposición. ¿Sabes, Sully?, me dice, no hay nada más prieto que el culo de una afgana de trece años. Yo sigo sentado y en silencio en el Land Cruiser. Va los viernes, dice, y de vuelta se pasa por las peleas de perros. No sé lo que estará pensando el chófer. Si trabaja para la embajada debe de hablar inglés. Por lo que sé. debe de ser el mismo chófer que lo lleva hasta la chica. Él me pregunta qué pienso. No dije nada, pero le diré ahora a usted lo que pensaba: ¿debo matar a este hijo de cerda? Pero lo que en realidad le digo es que debe de ser un hombre muy feliz. Puedes poner el culo en el fuego, me responde, y se ríe. Así que ya ve. No basta con destruir el país; violan a nuestras niñas y humillan a nuestros hombres.

Por descontado, me conmociona lo que Suleiman...

—¡Simplemente no es cierto! —exclamé interrumpiendo a Zafar—. Conozco a Crane desde..., desde los cojones. Puede que sea un cabrón, podría serlo, no digo que no, pero eso. eso no me lo creo. No hay pruebas —dije.

Zafar no respondió.

—¿Hay alguna prueba? —pregunté.

—¿Por qué no te explico lo que pasó?

Asentí y Zafar continuó.

Escuché a Suleiman sin interrumpirle, intentando averiguar qué es lo que quería decirme, ver adonde quería llegar.

—En el mundo hay mala gente —le dije al instante.

—Sí existe el mal. pero también el mal absoluto —respondió—, y con el mal absoluto sólo puede hacerse una cosa.

Yo no respondí al momento.

—¿Tiene un dictáfono? —le pregunté.

—Hay uno en la oficina.

—¿Puede grabar a Crane hablando de esto?

Suleiman sonrió, pero con la misma rapidez borró la sonrisa.

—¿Me meteré en problemas?

—No puedo prometerle que no. pero no creo.

—¿Qué es lo que está pensando?

—¿Ha mirado dentro de los sobres?

—Vienen cerrados.

Su rostro exhibió de nuevo, fugaz pero inequívocamente, las sombras de temor que había visto cuando le conocí.

—¿A qué le tiene miedo? —le pregunté.

—No tengo miedo.

Lamenté la pregunta. Los jóvenes no sobrellevan bien sus miedos. Además, veía que Suleiman podía todavía estar dolido por el gesto condescendiente de Crane, el que éste le diera palmadas en la espalda, o en la cabeza, como si fuera un niño.

—¿Qué cree que hay dentro de ellos? —le pregunté.

—Dinero. ¿Y usted?

—No estoy seguro. ¿Son gruesos?

—Puede que tengan un centímetro de grosor. O ni siquiera tanto —respondió con un gesto del índice y el pulgar.

—Medido en páginas ¿cuántas diría?

—No lo sé.
—A ojo ¿cuántas?
—Diez, o veinte, no sabría decir.
—¿Cuándo llegan los sobres?
—Los lunes y los jueves.
—¿Sólo esos días?
—Siempre lunes y jueves.
—¿A qué hora?
—A mediodía, como hace un momento.
—¿Siempre?
—Siempre alrededor de esa hora.
—¿Nunca ni antes ni después?
—Es posible que quince minutos arriba o abajo.
—¿Son sobres marrones?
—Unas veces marrones; otras, blancos.
—¿Siempre del mismo tamaño?
—No. Tamaños distintos.
—¿Siempre distintos?
—No siempre. La mayoría de las veces son grandes.
—Tenemos que darle un margen de dos minutos. ¿Puede acceder a una cámara fotográfica digital?

Sus ojos se abrieron de par en par; creo que sólo percibía qué era lo que yo pretendía y se me ocurrió que su miedo podría haberle impedido verlo por sí mismo.

—¿Qué está pensando? —preguntó.
—Consiga una cámara y se lo explicaré.

Volví a ver a Suleiman avanzado ese día. Me preguntó si me había planteado lo del cargo de director ejecutivo. Ni me había acordado. Me preguntó si podía hacerlo y lo dejamos así. A todas luces, Suleiman y —de creerle— los administradores afganos pensaban que *monsieur* Touvier no estaba a la altura del cargo, o algo peor.

La primera vez que vi el nombre de Maurice fue un mes antes, cuando estaba en Bangladés. Emily me había enviado un *email* —no mucho antes de su mego telefónico para que fuera y salvara veinticinco millones de vidas,

millón arriba millón abajo— con un archivo adjunto sobre el que me pedía opinión: *Tus conocimientos estratégicos serán muy apreciados*. Era una hoja de cálculo de Excel que presentaba un presupuesto para una nueva organización dentro de la ONU, explicaba, que coordinaría la ayuda de los donantes, y que ella había elaborado con la ayuda de alguien. El último detalle, el que la habían ayudado, era una información obligada, pensé. Ella no tenía ni idea de hojas de cálculo, sabía que yo lo sabía, y no quería que yo pensara que ella lo estaba haciendo pasar como si fuera su propio trabajo. Era *muy inteligente, de verdad*, decía, y yo me pregunté si en realidad se lo creía.

Había cuadros de partidas presupuestarias y costes, incluidos Land Cruisers, alquileres de inmuebles, generadores eléctricos, generadores de reserva, ordenadores, impresoras, mobiliario de oficina, presupuestos para el personal —nativos e internacionales (las diferencias salariales eran abismales)—, hasta para el material de oficina. ¿Qué cono tenía de *inteligente* aquello? No era más que un presupuesto, una simple lista de cosas que creían necesitar o que querían, que querían *ellos*. ¿Qué sabía yo de sus necesidades?, ¿qué imaginaba ella que sabía yo? Yo estaba en Bangladés aplicando mi formación legal a combatir la corrupción en el gobierno, en la policía, contra las estafas en la educación, los inmensos contratos gubernamentales para libros escolares para los centros de primaria, en un país que tenía una sociedad civil establecida con muchas oenegés y agencias de asistencia, el mayor receptor de ayuda británica después de la India. Pero ella no lo sabía, no podía saberlo. No podía saber que Bangladés tenía la mayor ONG del mundo, que de hecho al cabo de unos años, esa ONG —bangladesí— estaría dirigiendo programas de desarrollo en Afganistán, que lo hacía ya en otros países, junto a organizaciones semejantes como Oxfam. Ella no era una experta, poseía sólo una licenciatura en económicas de Harvard, formación legal, aparte del año trabajando para Jalaluddin elaborando programas de formación para el personal de la ONU, dedicada a organigramas, sesiones de *brainstorming* y *roleplaying*. ¿Qué iba a saber ella? No había pasado el tiempo necesario para que un médico en ciernes se ocupara todavía de ningún paciente.

Pero entonces había una línea casi al final del *email*, después de decir que quería tener noticias mías, una línea intrascendente y esencial a la vez, un comentario casual que tenía todo el peso del comentario que no está pensado

sino que surge directamente del inconsciente. No se trataba de un error, porque no hay nada que una parte de ella no quisiera decir; tampoco se trataba de un lapsus freudiano, como cuando quieres decir algo pero mencionas a tu madre. *Tengo curiosidad por saber cómo se lleva lo de volver a casa.* Eso era lo que decía.

En el fondo, ¿de qué iba? La idea era que yo sabía de estas cosas porque estaba volviendo, como Jalaluddin —el afgano que vivía en Nueva York y el D.C. y que había trabajado toda su vida adulta en Estados Unidos, desde que salió de la facultad, se casó con una americana, tuvo hijos americanos—, que aun así *volvía a casa* cuando iba a Afganistán, como una voz autorizada, con credibilidad, con legitimidad, porque era de ahí de donde provenía, así que debe de saber un par de cosas, y podemos fiamos de él porque fue educado en una universidad americana, un miembro de esa clase intermediaria que conforman los confidentes nativos. ¿Iba de eso? Yo debo saber porque he vuelto a casa, también, en la misma parte del mundo, también en las lindes del Imperio británico.

Así que cuando ella dice eso, escribe eso. piensa eso. ¿cree que no soy británico? O que soy ambas cosas, británico y bangladesí, ¿el *two-step* favorito del liberal bailarín? Puedes ser ambas cosas. ¿Quién va a decidir lo que eres? Tú puedes. Y ese liberal no se imagina ni por un momento que esté bailando el mismo baile que el fariseo racista, el baile del lenguaje, las etiquetas y los nombres porque todo está en un nombre, eso es lo que él decide.

Escuchaba a Zafar sin interrumpirle, pero percibí el cambio en su tono y actitud. Había contado la historia de Suleiman, Grane y los sobres con calma, incluso, diría, sin dramatismo, por más escabroso que hubiera sido el asunto de Crane. Pero ahora, al hablar de Emily, parecía alterado.

Esta pelea entre el liberal y su antítesis, prosiguió Zafar, nunca roza aquello que el liberal y el racista dan por sentado, que es el sentimiento de pertenencia, su propio sentimiento de pertenencia y la carencia del mismo del otro, que es una cuestión no del deber ser sino de lo que es, una cuestión epistemológica, una cuestión difícil, sin duda, pero, ¿no es ése el principio del conocimiento, el entender?

¿Es eso lo que Emily pensaba, que al ir a Bangladés yo había emprendido un romántico viaje de vuelta a casa? Pero ¿qué había entendido entonces de

todo lo que yo le había contado?, ¿qué significaba para ella lo que le conté una tarde lluviosa mientras estábamos acostados después de hacer el amor, cuando le dije —y no puedo acordarme de cómo surgió el tema— que yo hablaba una lengua distinta de la que se hablaba en la capital, Daca? Dije: *la capital, Daca*, por si no lo sabía, no para evitarle la vergüenza sino para evitármela yo. ¿Qué entendió entonces, cuando le dije que el rincón del país en el que nací había tenido tan poco claro lo de unirse al resto que casi se había separado, que procedía de un rincón *de aquel rincón* que de hecho votó en contra de unirse al resto?, ¿qué entendió ella de todo eso?

¿Qué podía decir yo razonablemente del presupuesto, de la hoja de cálculo? ¿O acaso esa petición era un simple añadido como excusa para escribirme, ahora que habíamos roto, ahora que ya no estábamos en el mismo país, ni nuestras pieles se rozaban, sino que, meramente, seguíamos clavados en la cabeza del otro? Sólo una excusa para hablar, nada más que un pretexto para hablamos, para ser escuchado y no dejado de lado.

Miré la hoja de cálculo, busqué en sus celdas las fórmulas, de las que no descubrí ninguna salvo los obvios subtotales y totales, cliqué con el botón derecho sobre el icono del documento, abrí el archivo de propiedades y vi que su autor era un tal Maurice Touvier, un nombre desconocido para mí. ¿Quién era ese Maurice? Busqué algo que no pudiera ver. pero lo único que imaginaba que ella podía considerar *inteligente* en este archivo es que era colorista. Pensé en otra hoja de cálculo, una que yo había confeccionado un año antes, para someter unas fechas a pruebas de estrés.

Cabía la posibilidad de que lo hiciera para su propia diversión enfermiza. No habría sido la primera vez. Era posible que debido a sus celos le diera por querer jugar un poco. Para eso sirve el poder. Una vez le pregunté a su madre si creía que Emily tenía propensión a los celos. Penelope se rio. Bueno, más que reírse, chilló..., yo nunca había visto a aquella dama reaccionar así. La madre de Emily, la mujer que había visto crecer a su hija pequeña, hacerse mayor en medio del caos del desmoronamiento del matrimonio de los padres, mientras su propio sentimiento de culpa se expandía. Esa culpabilidad materna era tan profunda que Penelope había acabado por acceder a todo lo que su hija le pedía —cada paga, cada permiso para hacer o deshacer lo que fuera—, de manera que había acabado aceptando también la amargura con la que Emily se dirigía a ella como «madre», incluso en una conversación desprovista de

hostilidad, a diferencia de James, que la llamaba «mami», así que Penelope conocía bien el poder de la palabra más poderosa, más incluso que «padre». La madre de Emily, la mujer que había estado delante y observado cómo su hija se retorció y deformaba hasta convertirse en una máquina que excluía cualquier consideración sobre sus propios motivos, una máquina que conservaba un canal que comunicaba el motivo a la acción pero que nunca, podía empezar a concluirse, podía volver al motivo y establecer su control sobre él. Al fin y al cabo ¿cuál era el motivo de su propia madre para sus actos de hacía muchos años?

Ella sólo recordó sus propios celos cuando se enteró de la existencia de aquella mujer, y de su relación con Robín, su anterior marido, de aquella mujer, aquella mujer que ahora compartía su apellido, que era el de él; ella sólo sintió el filo del cuchillo de los celos desgarrándole hasta los huesos —y los de Emily, cuando me contó la historia— cuando el dependiente de Harvey Nicks, donde Penelope había dejado un pendiente con una lágrima de perlas que había llevado a arreglar, había sacado equivocadamente un collar de diamantes para la señora Hampton-Wyvern, la nueva señora Hampton-Wyvern, tan sólo un puto mes después de que Robin y aquella mujer se casaran. Oh, sí, Penelope conocía perfectamente los celos de su hija.

Ahí podría haber acabado todo, pero, claro, no fue así. No para mí, que en todos los sentidos formaba parte de una época, de un Occidente, que identifica patologías en las emociones fuertes, en los celos, el odio y la rabia. ¿Podía de verdad estar celosa? Esta dulce flor inglesa, este modelo de contención, la encamación misma del juicio reposado y el buen sentido, que nunca enfatizaba nada, nunca hacía un gesto dramático con las manos, nunca levantaba la voz. Emily era una mujer sin opiniones contundentes sobre nada, a no ser que una opinión contundente conviniera a sus intereses profesionales. ¿Cómo iba a tener celos de mí? ¿De qué podía tener miedo (como si el miedo pudiera desatar los celos)? Montones de hombres caían a su alrededor como fruta madura de un árbol, no, de un huerto entero de árboles durante un terremoto, y podía recoger el que quisiera. Pero ella me quería a mí y yo me sentía muy halagado, ¿es que ella no lo veía?, ¿no bastaba eso para atajar sus celos?

Suleiman hizo que uno de los coches del AfDARI me acercara al complejo de la ONU. No me preguntó cómo volvería, y ahora creo que debió de haber supuesto que antes del toque de queda mis anfitriones se ofrecerían a llevarme

de vuelta o que me quedaría con ellos a pasar la noche. Por mi parte, ni lo pensé.

Pregunté por Emily en las puertas principales, y uno de los guardias entró. Los sonidos del bar se filtraban hasta la calle, ahí todo empezaba un poco más temprano, todo se adelantaba a lo largo del día debido al toque de queda o tal vez porque la luz diurna tiene un brillo intenso. A las siete de la tarde hay coches aparcados fuera, no todos con marcas identificativas de la ONU, y los chóferes están juntos de nuevo, fumando cigarrillos. A los pocos minutos apareció Emily, que vino atravesando el patio, su imagen perfilada por los focos encendidos a su espalda. Al acercarse, se hizo más visible, pero al pasar por delante de la salida del bar, justo en el momento en que debía haber establecido contacto visual conmigo, miró hacia atrás, como habría hecho, pensé, si alguien la hubiera llamado. Yo no oí nada. Su figura, medio girada, permaneció inmóvil un momento interminable; llevaba una camisa entallada, que se estrechaba por debajo de sus hombros y se ceñía en la cintura. Lo que me inquietó fue el *sarong* que llevaba debajo, muy ceñido, muy ajustado a su cuerpo. Su rojo y ámbar de tonos intensos me recordaron a un vestido de verano que le había comprado, una pieza ligera que desnudaba tanto como puede desnudar un vestido estival: como un buen ensayo, recuerdo que explicó un profesor una vez, lo bastante largo para cubrir las áreas esenciales pero lo bastante corto para resultar interesante, Como me la imaginaba en aquel vestido, mirándome por encima del hombro. Imaginaba, digo, porque ella no habría realizado ni, mucho menos, insinuado, ese sencillo gesto, pues Emily carecía de la habilidad de ser frívola o juguetona. Un vestido de verano para la mujer que, de otro modo vestía siempre con estilo conservador, que vestía para hacerse indistinguible de la mujer moderna independiente, trajeada, capaz, con ambiciones profesionales.

Pero en esas circunstancias, un sarong, ciñendo su cuerpo, en ese país, en ese momento, me ofendió tanto como un vestido de verano me había encantado en Hyde Parle y en las escaleras hacia su dormitorio, Estaba mortificado. Una vez más. y no sería la última, me entraron ganas de disculparme ante alguien, ante los afganos de aquí y de allí, los chóferes que esperaban junto a las puertas, los asistentes, las limpiadoras y cocineras, el personal, la clase de los sirvientes.

Pero a la par que crecía mi indignación, mis sentimientos tiraban de mi en

otra dirección. Sentí la misma intensa ternura hacia Emily que había sentido el día que se puso por primera vez el vestido de verano que le había comprado, cuando dimos una vuelta por el parque bajo el resplandor de una cálida tarde en Londres.

Quizá eso sea el resumen de todo, al menos en lo que tenía —tiene— que ver con esa mujer: siempre me he sentido agobiado por incoherencias, no las tuyas sino las mías, en mis sentimientos hacia ella, esos sentimientos que me partían en pedazos para escindirte en dos personas que se odiaban, y ponerse de parte de uno implicaba despreciar al otro. Preguntas si la amaba y te digo que la amé, pero que también la odiaba. Paul Auster cita las Memorias de ultratumba de Chateaubriand en *El libro de las ilusiones* —de hecho el protagonista, Zimmer (de la A a la Z, Zimmer es un áter ego de Auster) está traduciendo la obra— y en el fragmento que traduce el propio Auster, el noble francés escribe: *El hombre— no tiene una sola y única vida, sino varias, enlazadas unas con otras, y ésa es la causa de su miseria.* ¿Quiere decir Auster que las vidas de un hombre se suceden consecutiva o simultáneamente, que está condenado a vivir una y otra vez, o que es muchos y sus condenas son simultáneas, paralelas, *enlazadas unas con otras?*, ¿en qué sentido?, ¿en el sentido de que cada vida dentro de él se alza cuando la anterior cae, o en el sentido de un hombre que avanza con muchos roes contenidos en él mismo, hombro con hombro? Yo he creído que se refería a la última posibilidad. He pensado, y todavía pienso, como el rabino olvidado hace mucho, que es la tensión entre la bestia y el ángel que somos a partes iguales la causa de la desdicha del hombre. Odiaba a Emily por las mismas razones por las que la amaba; los dos sentimientos brotaban del mismo pozo, de manera que un vestido producía amor y un sarong odio. Y también me odiaba a mí mismo por amarla, por amarla precisamente por aquello que odiaba en ella. Dado ese estado permanente de guerra civil, cada acto de amor por una parte de ti en un acto de traición para la otra parte, y así era, así tenía que ser, como me estaba destruyendo simplemente estando con ella y por tanto tomando partido contra mí mismo.

En el complejo no hubo ningún beso, ningún gesto de afecto, ¿Por qué tendría que haberlo habido? Al fin y al cabo, habíamos roto, ¿no? Yo me había ido a Bangladés y ella ya se había marchado a Nueva York Y éste era un lugar de trabajo, Un año antes, en Nueva York, en la ONU. había sido igual. Salió a

recibirme en la planta baja, ante los controles de seguridad, sin siquiera un beso insinuado. Nada que cuestionara su profesionalidad. ¿O acaso era porque sus colegas pensaban que estaba sola, disponible? Yo detestaba sospechar y detestaba todavía más verme a mí mismo como alguien que sospechaba, por poco que fuera.

La protección de la profesionalidad. Eso es algo que puedo entender. Incluso creer, como estoy convencido de que ella creía, que, dada la política sexual del ámbito laboral, una mujer ambiciosa debe parecer soltera, incluso eso yo podía entenderlo, y respetarlo, aunque no me pareciera ni bien ni mal. Es una personalidad rara, del tipo que tenía Nicky Amory, la que puede afirmar y activar su sexualidad mientras deja bien claro, con habilidad, en ese mismo espacio profesional, la firmeza de su compromiso con su marido o su amante, la leve caricia que se mueve en dos sentidos. Es una personalidad que instantáneamente se gana mi lealtad eterna. Es el autocontrol que se aplica antes de que haya nada que controlar. Emily simplemente no tenía ese carácter. Uno no debe esperar demasiado de los demás.

—Joanna y Philip estarán allí, y también Maurice —dijo.

Yo no conocía a Joanna ni a Philip, nunca había oído hablar de ellos, y en cuanto a Maurice, tal vez era el mismo que dirigía el AfDARI. Tal vez ella creía que reconocería el nombre de allí. Pero, si se trataba del mismo Maurice, no dije lo que suponía: era improbable que apareciera. La noche anterior, en el bar de la ONU, Nicky había dicho que Maurice había cancelado su reunión aquel día y la habían reprogramado para el siguiente. Yo había esperado que Nicky se pasara cuando saliera de su reunión y, si yo no estaba, que dejara un mensaje. Era a todas luces el tipo de persona digna de confianza. Pero cuando salí del AfDARI para ir al complejo de la ONU hacía sólo media hora, no había recibido ningún mensaje suyo. Su reunión con Maurice debió de programarse para última hora. —¿Qué hay de cenar? —dije únicamente.

—No lo sé —respondió.

—¿Y quién son?

—Philip fué a Winchester —dijo.

—¿No está aquí?

—Al colegio de Winchester.

—No me entero de nada otra vez, ¿verdad que no?

—Maurice fue a la Sorbonne.

—¿Tiene más de cincuenta?

—¿Qué te hace pensarlo?

—Desde 1968, aparte de como entidad administrativa, no existe *la Sorbonne*.

—Tiene nuestra edad.

—¿Algo más que deba saber de ellos para no meter la pata?

—¿Qué quieres decir?

—Ya sabes, cosas como Philip y Joanna están casados. Pero no entre ellos.

—Él está divorciado.

—¿Hijos?

—Eso creo.

—Entonces, ¿buenos amigos tuyos? No me refiero a los niños, claro.

—Sí.

—Es agradable tener buenos amigos, posiblemente con hijos.

—Zafar, a veces dices cosas muy graciosas.

—Bueno, estoy aquí toda la semana y no te olvides de dar propina a tu camarera. Habíamos recorrido la mitad del patio cuando se oyó un grito a nuestras espaldas: *¡Emily!*

Era Crane. Salía tambaleándose de la salida lateral del salón, sostenido por otro hombre. No eran ni las ocho. Apretó los brazos contra un muro y se encorvó. Le oí vomitar. Más allá, al otro lado de las puertas, los chóferes permanecían en silencio, observándole. —Hace mucho ruido —dijo Emily.

—Un americano ruidoso. ¿Quién lo habría imaginado? —dije en voz baja.

—¿Perdón?

—¿Qué quieres hacer?

—Vayamos dentro —dijo.

Odiaba ese sitio, Lo odiaba con toda mi alma. ¿Qué estaba haciendo ahí, de verdad? Hassan Kabir me había pedido que fuera, pero ya llevaba un día entero y no había recibido ningún mensaje suyo ni del personal en Bagram. ¿Qué estoy haciendo aquí? Mientras, contra lo que me pedía el cuerpo, seguía avanzando, temí por un instante que había hecho la pregunta en voz alta. Emily me estaba mirando perpleja.

Desde donde estaba Crane, saliendo de la oscuridad, emergió la figura de

un hombre, el hombre, supuse, que se había esforzado para sacar a Crane del salón. Crane había desaparecido, o al menos no se le oía.

—Hola, Emily.

En la penumbra, le veía bastante bien. Pero él se movió bajo la sombra que proyectaban los focos a mis espaldas, mi sombra, no la de Emily. Cuando se acercó lo bastante, se tensó para distinguir mi cara. Mi pelo negro, mi piel oscura y mi traje oscuro dificultarían a este hombre, pensé —y, ya puestos, también a Crane— el verme bien. Era rubio y apuesto, con el pelo corto y una barba incipiente que endurecía los filos de su tez juvenil. Llevaba una chaqueta caqui abierta, con el cuello levantado. Los bolsillos del pecho y los costados estaban abotonados, los cuatro. Aquí hay método, intención, pensé. Era un estilo de chaqueta con pedigrí, probado y aprobado: incluso la ropa tiene ascendencia colonial. El cuello de la camisa también lo llevaba abierto, dos, puede que incluso tres botones, de manera que un nudo de alguna joya en la nuca, puede que una cadena de oro, captaba destellos de luz. No podía tener más de treinta años. Pocos hombres y mujeres expatriados con familia aceptarían este tipo de empleos en desarrollo, me había explicado Hassan Kibir en Bangladés. Los matrimonios no sobreviven a la tensión. ¿Qué tensión? Seamos precisos al respecto, La tensión de las infidelidades dentro de un grupo de adictos al peligro cargaba de electricidad cada hora del día con una sensación de poder, una tensión calenturienta fruto de la amenaza de oscuras fuerzas extrañas, antiguas y misteriosas, y estimulada por el poder que ellos mismos detentaban, que nunca podrían ejercer de vuelta en casa, en sus democracias establecidas.

—Zafar, éste es Maurice.

Emily me presentó.

Me fijé en el orden de la presentación porque la pauta habitual en las situaciones sociales es que el recién llegado sea saludado y sólo luego presentado a los acompañantes.

Hola, Maurice. Éste es Zafar. Pero no supe darle más sentido. A veces, un objeto fálico es simplemente un objeto fálico.

—Hola, Zafar. Encantado de conocerte.

Nos estrechamos las manos, la suya firme y decidida, la mía el apéndice más bien flácido de siempre. Aunque no puedo saberlo, creo que nunca me he sentido presente en el momento en que un hombre me evalúa. Me limito a

observar. Lo que no quiere decir que no sea un momento importante. Más bien todo lo contrario. Cuando un apretón de manos es firme y constante transmite la idea de cómo quiere ser visto alguien, cómo desea que lo interpreten, aunque sea en la forma de un hábito arraigado.

—Siento el trastorno —dijo con un acento que alargaba las erres hasta casi hacer gárgaras en el fondo de la garganta—. Malditos americanos —añadió.

Señaló con la cabeza hacia las puertas. Grane ya no estaba allí. Maurice llevaba una botella de champán cogida por el cuello. ¿Acababa de comprarla en el bar de la ONU o la traía de otra parte, sin bolsa, al descubierto? En Nueva York, el licor fuera de un local tiene que ir oculto en una bolsa de papel de estraza, pero no aquí, lejos de los puritanos.

—Supongo que ése es el precio de tener un bar —añadió, refiriéndose al comportamiento de Crane.

—Pero ¿quién lo paga? —pregunté en voz baja.

—¿Perdón?

—Claro.

Anduvimos hacia uno de los edificios residenciales.

—¿Dónde te alojas, Zafar?

Si Maurice me había visto en el AfDARI, estaba claro que no me reconoció. Si le habían notificado mi estancia, tal vez no le sonó mi nombre.

—Me alojo en el AfDARI —dije—, en una de las habitaciones de invitados.

Frunció el entrecejo y apareció fugazmente en su rostro una expresión que carecía de definición precisa. Contenía perplejidad, pero a la vez incluía reconocimiento, un elemento de turbación, de identificación e incluso de deducción. ¿Algo que tenía que ver con que yo me alojara en el AfDARI? ¿Tenía el motivo esencial de esa angustia algo que ver con Crane o con Emily o con algo totalmente distinto? Y, en medio de esa mezcolanza de expresiones faciales, no sabría decir si yo había percibido que se estaba haciendo también una pregunta *¿Y yo qué sabía?*, aunque nada de lo que percibí era fiable pues la confusión era total, la suya, posiblemente, la mía, sin la menor duda.

En cuanto entramos en el apartamento y Emily acabó las presentaciones con Joanna y Philip, Maurice excusó su presencia.

—Me temo que no puedo quedarme. El embajador francés me ha convocado..., bueno, ya sabéis cómo va esto. Pero quería tener un detalle.

Nos pasó la botella.

Hubo expresiones de pesar por parte de todos, y él se marchó. Cuando me estrechó la mano, no buscó mi mirada.

La habitación era lo bastante grande para dos camas, un pequeño sofá, dos sillas y una mesa a un lado, cubierta de expedientes y papeles. Una bombilla desnuda colgaba del techo y una gran alfombra afgana se desplegaba en el medio. No hay nada ni remotamente interesante que contar de Joanna y Philip. Estoy convencido de que son gente agradable, pero yo no tenía ganas de charlar, ni de conversación, ni sincera ni educada. Philip era un hombre formal de cuarenta y muchos con el físico achaparrado de un luchador. Estaba perdiendo pelo y en su rostro centelleaba un brillo de humedad que no llegaba a formar sudor. Intentó todo lo que educadamente pudo para que la conversación fluyera, pero me temo que yo no ayudé mucho. Técnicamente, era una cena, porque había comida.

Pregunté a ambos en qué consistía su trabajo y cómo se habían metido en el sector del desarrollo, y si no lo explico ahora es porque ya entonces me aburrió escucharles. Ni Joanna ni Philip me preguntaron qué me había llevado a Kabul. ¿Habían detectado mi falta de interés? ¿O no preguntaron porque Emily ya les había dado una explicación —¿me había presentado como su ex o todavía como pareja?— o porque les había dicho que ella me había pedido que fuera al país —¿eran amigos tan íntimos?— o acaso porque les había contado que había sido el relator de la ONU sobre derechos humanos en Afganistán el que me lo había pedido —aunque ¿cómo iba a saberlo ella?— o tal vez porque había incontables recién llegados por Kabul, potenciales expertos del desarrollo, merodeando por la ciudad a la espera de que una agencia occidental arrojara un buen pedazo de carne a sus pies, y ellos, como todas las hienas, no necesitaban ninguna explicación cuando el olor saturaba el aire? En aquellos tiempos, ¿dónde más podía querer estar alguien?

Joanna parecía más interesada en saber qué hacía yo en Bangladés. Emily debía de haberle contado que estaba viviendo allí. Le dije que trabajaba en la reforma de la Oficina de Asuntos de ONG.

—Con eso no harás amigos —dijo Joanna.

—Afortunadamente, soy muy poco sociable —respondí.

Seguramente tendría que haber sido más gracioso, Seguramente tendría que haber sonreído.

—¿Y qué hace la Oficina para Asuntos de ONG? —preguntó Philip.

—Las oenegés tienen que registrarse en la oficina, y los donantes extranjeros sólo pueden enviar dinero a oenegés en Bangladés con el beneplácito de la oficina. Así que los funcionarios de la oficina ralentizan el proceso y piden sobornos. En Bangladés hay activistas que intentan llevar a cabo reformas que cambien los métodos y eliminen algunas de las oportunidades para la corrupción.

—¿Con quién hablas?

—Bastante gente en el gobierno y en el Parlamento quiere cambios, pero no pueden hacerlo público sin riesgos porque los echarían, claro, y entonces ya no tendrían la influencia que pueden tener ahora, por poca que sea. De hecho, la constitución de Bangladés da derecho al líder de un partido a expulsar a sus propios diputados del parlamento sin motivo que lo justifique, algo que no se ve en la mayoría de democracias parlamentarias.

—¿Es eso verdad?

—No lo sé. Es lo que me han repetido una y otra vez y lo que he leído en la constitución. Hay una curiosa cláusula que se incluyó originalmente en un momento en que los gobiernos de coalición eran tremendamente inestables debido al gran número de partidos políticos. Un único parlamentario podía causar estragos simplemente amenazando con pasarse a otro partido, La razón de esa disposición constitucional era parar los pies a los parlamentarios descarriados e interesados antes de que desestabilizasen el gobierno y forzasen elecciones cada diez días. Cuando se adoptó la cláusula, no me imagino que nadie se hubiera planteado las consecuencias perversas que produciría.

—¿Por qué no la cambian ahora?

—Es una disposición constitucional, lo que implica que es difícil de cambiar, y además, por razones obvias, a los líderes de los partidos les encanta.

—Pero has dicho que alguna de esa gente habla contigo, ¿no?

—Sí, algunos funcionarios y políticos, más valientes que la mayoría, pero todavía no lo hacen en público.

—¿Y de qué tipo de cambios estáis hablando?

—Nada que no se haya pensado antes.

—¿Como por ejemplo?

—Estoy seguro de que no puede ser muy interesante para vosotros.

—No, no, lo es. Sigue —dijo Joanna.

Emily no decía nada, pero me miraba fijamente. Siempre fijaba la mirada en mí cuando intervenía en una conversación. Tendía a sentirme más bien halagado, porque al principio lo tomé por admiración, como haría cualquier hombre, pero no tardé en preguntarme si me miraba tan intensamente por curiosidad, incluso si no sería una. variedad de goce perverso. Emily nunca hizo un comentario polémico en su vida, siempre la voz de la moderación y la templanza, política y circunspecta hasta la perfección, y se me ocurrió que su mirada era la prueba de un placer lascivo ante la amenaza siempre presente, cada vez que yo hablaba, de que pasara con un *bulldozer* por encima de las normas sociales.

—Si un donante quiere mandar cien mil dólares a una oenegé bangladesí, tendrá que remitir documentación a la oficina antes de hacerlo. La oficina realiza entonces unos trámites bastante mecánicos para asegurarse de que todo está en orden, en especial, por ejemplo, que el dinero no se destina a financiar a algún grupo terrorista y demás. Lo que pasa en la práctica es que algún funcionario lo retiene todo. Los donantes de las oenegés saben que un soborno lubrícula las cosas. Una simple norma legal podría suponer un gran cambio, una ley que introdujera una cláusula tácita en la legislación, para ser precisos. Si la oficina no comunica al donante en, pongamos, tres meses, cualquier duda que tenga, entonces se considerará legalmente, según la nueva ley, que la documentación relevante ha sido tramitada y el donante puede seguir adelante y mandar el dinero con la seguridad de que. el proceso es legal.

—Pero ¿el funcionario corrupto de la oficina no puede decir simplemente que ha comunicado al donante que había problemas con la solicitud y que el donante y la oenegé siguieron adelante pese a la notificación?

—Ahí es donde entra la tecnología. Todo es *Online* y transparente para que todo el mundo pueda entrar en la web y ver cómo está la solicitud que haya presentado un donante pidiendo la autorización de la oficina. Si la oficina plantea alguna petición, se requerirá especificarla en el archivo de internet de esa solicitud. De nuevo, si ahí no aparece ninguna petición, entonces la cláusula legal dará por sentado que no hay peticiones. La clave es que todo el

proceso sea transparente para todos y que todos se impliquen en controlarlo. De hecho, creo que son los donantes más que el gobierno los que pueden estar más inquietos.

—¿Por qué?

—Porque todo el mundo está estancado en una mentalidad de secretismo. Incluso si no hay nada bajo mano de por medio, el secretismo es la cultura. A veces me pregunto si es un fin en sí mismo para toda esa gente, donantes, oenegés, la ONU, la comunidad del desarrollo en general, si acaso confiere algún tipo de recompensa a la psique humana. Tal vez los secretos son poder no sólo por su contenido sino porque sólo los elegidos los conocen. La oficina, dicho sea de paso, podría hacer cosas mucho más positivas. Hacer que el conjunto de información que reúna sea transparente y abierto a todos, por ejemplo, podría ayudar a difundir las lecciones aprendidas de los proyectos de las oenegés. salvo la reinención de la rueda, y en última instancia coordinar las iniciativas para causar el mayor impacto.

—Necesitará financiación.

—Seguramente, pero no tiene por qué ser muy elevada, y probablemente ahorre muchas veces su coste. Cambios pequeños pero claves en un sistema pueden tener un gran impacto. Por otro lado, también es posible que no funcione.

—¿Demasiados obstáculos?

—No, podría no funcionar incluso si lo consiguiéramos poner en marcha. Mi argumentación podría estar equivocada y mis cálculos podrían distar mucho de la realidad. Y, más aún. son las incógnitas desconocidas las que me preocupan, aunque no tenga ni idea de cuáles puedan ser, o precisamente por eso, porque no tengo ni idea.

Joanna y Philip se rieron. Donald Rumsfeld era aborrecido en Kabul, y sus máximas cómicamente filosóficas eran blanco de muchos chistes, pero aun así yo tenía que reconocer que sus distinciones entre certezas conocidas, incógnitas conocidas e incógnitas desconocidas eran perspicaces y útiles.

—La mirada retrospectiva hace que cueste saber qué era previsible aunque en realidad no lo fuera. Lo que me preocupa es que podría haber preguntas que no se me ha ocurrido plantear. ¿No es ésa la historia del desarrollo internacional y la beneficencia occidental: las incógnitas desconocidas invocadas como excusas legitimadoras de lo que ocurre cuando la simple

existencia de esas incógnitas debería suponer una limitación para las intervenciones en el futuro? Os diré una cosa —añadí—, una pregunta cuya respuesta desconozco es qué cono pinto aquí, en Kabul.

—¿Acaso no hay mucho que hacer? Afganistán necesita buena gente —dijo Philip.

Miré a Emily.

—Me halagas, pero no es mi guerra. Es espantoso —dije.

—La guerra en sí ha acabado. Los talibanes han sido expulsados.

—La guerra no ha hecho más que empezar.

—¿Y debería dejarse que el país se pudriera?

—La carga del hombre blanco. ¿Hasta dónde llegará en nombre de ayudar a sus inferiores? El país tendría que ser dejado en paz.

Es posible que Philip se lo tomara a mal, pero tenía el suficiente autodomínio para que no se le notara.

—Tú estás en mejor posición para ayudar que la mayoría.

—¿En qué sentido?

—Bueno, en tanto bangladesi y musulmán tienes mucha más credibilidad aquí, mucha más autoridad.

—No sabría por dónde empezar con esa premisa.

—Empieza por donde quieras —respondió.

Ése, su tono, era, pensé, la primera muestra de agresividad masculina, la primera exhibición de cornamenta. Él se había contenido durante un rato (bastante más que yo). Por eso los británicos de su clase son tan buenos diplomáticos.

—¿Credibilidad para quién?

—Para los afganos.

—Porque a los nuevos colonialistas les preocupa profundamente lo que piensen los afganos.

Philip no pareció captar mi ironía.

—En cuanto a lo de ayudar a la gente de Afganistán, no soy misionero, no tengo la misma fe en mi capacidad que vosotros tenéis en la vuestra, fe para hacer el bien, fe en la corrección de vuestra causa y en lo acertado de vuestros métodos. Los misioneros eran la vanguardia del Imperio británico, y muchos de ellos creían sinceramente que estaban haciendo la obra de Dios sin

cuestionarse el papel que desempeñaban en la santificación del proyecto de explotación. Ya sabéis lo que dijo el arzobispo Desmond Tutu: *Cuando los misioneros llegaron a África, ellos tenían la Biblia y nosotros temamos la tierra. Dijeron: «Oremos». Nosotros cerramos los ojos. Cuando volvimos a abrirlos, nosotros teníamos la Biblia y ellos tenían la tierra.*

»Tendríamos que irnos —añadí — y mantenemos lo más lejos posible, Aquí no pinto nada.

La sala se había quedado en silencio, Joanna, sentada en el sofá, había fijado los ojos en sus rodillas. Emily miraba a Joanna, tal vez, pensé, para disculparse. Philip, inglés de pies a cabeza, fingía que no había pasado nada, y yo se lo agradecía. Yo me había dejado ir. Incluso en mi agitado estado me daba perfecta cuenta de que la rabia se había adueñado de mí, y me alarmé. Algo se estaba formando en mi interior, como si se hubieran convocado ejércitos de todos los rincones y la tierra se estremeciera a medida que se acercaban. Ahora podría llamarlos ejércitos de la injusticia, de la humillación y la derrota, pero entonces los percibía sólo como el principio de una especie de final.

—Debería volver al AfDARI —dije—, mirando mi reloj.

—Qué fastidio —dijo Philip—, Más vale que te pongas en marcha.

—Llévale algo a tu chófer, tendríamos que haberle mandado algo de comer —dijo Joanna.

—No tengo chófer.

—¿No has venido en coche?

—Me acercó uno de los del AfDARI.

—Yo pensaba que volvería con Maurice —dijo Emily.

Joanna y Philip se miraron.

—Te pillaré el toque de queda —dijo Joanna.

—¿Seguro? —preguntó Emily.

—Tendrás que quedarte —prosiguió Joanna—, Improvisaremos una cama.

—Lo siento —dije con voz débil—. Había pensado que. podría llevarme de vuelta alguno de los coches aparcados fuera.

—A estas alturas los chóferes se habrán marchado —dijo Philip.

—Lo siento.

—No te preocupes —intervino animada Joanna—, aquí hay sitio de sobra.

Pasé la noche en aquella misma sala. Philip se fue a su alojamiento en otro edificio del complejo. Prepararon una cama para mi en el suelo con cojines de sofá, junto a la cama de Emily. Joanna durmió en la otra cama individual. Lo hicimos todo en silencio.

Rogué quedarme dormido deprisa. No soportaba la idea de permanecer acostado y despierto en ese espacio, después de una conversación tan torpe como aquella, y con Emily al alcance de la mano. Cuando Joanna amontonó los cojines del sofá en el suelo, ¿la había guiado la intuición para colocarlos cerca de la cama de Emily? Estaba cansado y el sueño llegó pronto. No era un sueño profundo sino un adormecimiento superficial, como si cierta reticencia me impidiera sumirme en las profundidades de la vida inconsciente. Llegaron los sueños, formas vagas, acciones y actores, todo sin la densidad suficiente para ser recordado. Y luego la soledad. Eso puede recordarse fácilmente en el estado de somnolencia, una sensación de soledad y de distanciamiento de todo lo que alguna vez hubiera podido anhelar. Me preguntas si la amaba, Y te cuento muchas cosas, pero nunca respondo la pregunta porque no veo cómo la categoría puede servir aquí y, menos aún, porque la palabra es —¿qué fue lo que dijo Shelley?— profanada con demasiada frecuencia. Pero si puedo decirte esto: esa noche sentí de vez en cuando una sensación de pureza, una sensación que estaba allí cada vez que un momento se cerraba sobre nosotros, un momento suspendido en el que yo podía creer que estábamos solos, que nuestra atención se concentraba exclusivamente en el otro. Busqué a Emily con el brazo en la oscuridad. Esa mano que es mía, que media en tanto de lo que pasa entre el mundo y yo, se enredó bajo su manta y, después de tocarle primero la espalda, acabó descansando en su vientre, desde donde se movió a lo largo de un pequeño arco y, cuando llegó a sus caderas, tiró suavemente de ella.

Ella, que, yo lo sabía, siempre se dormía rápida y profundamente, seguía ahí, todavía ahí, conmigo, como si los dos estuviéramos de pie en las orillas del sueño, una playa larga y ancha de arena blanca. Se dio la vuelta para encararme, acercándose al girar, y levantó la mano hacia mi mejilla.

No estábamos a oscuras. Las delgadas sábanas que hacían las veces de cortinas sangraban luz del complejo iluminado y los rayos de luz dibujaban formas geométricas sobre las paredes y techos altos de la sala. Los ojos no tenían que acostumbrarse a la penumbra para ver.

Había pensado que Zafar era un ser humano generoso, y aunque esa opinión no había cambiado esencialmente, lo que percibí entonces era otra cara suya. En su trato con la gente en Kabul, según su propio relato, había beligerancia y una torpeza intencionada. Tiendo a pensar, más bien, que aquel hombre, Philip, había querido decir que los afganos lo verían como bangladesí, y que ese simple detalle suponía una ventaja para Zafar. Lo que, después de todo, ya había sido sugerido en la descripción que había hecho el propio Zafar de sus conversaciones con Suleiman. Me parece que en Kabul estaba buscando pelea. Cuando Emily mencionó que Philip fue a Winchester, la intencionada mala interpretación de Zafar —*¿No está aquí?*— es muy elocuente. Me parece razonable que Emily hubiera percibido el interés de Zafar por los orígenes de la gente, lo que, una vez más, se desprende de su propio relato. ¿No le había dicho el general paquistaní que se olvidara de su obsesión por las escuelas privadas de élite inglesas?

Por la mañana, cuando llegué al AfDARI, acorralé a Suaif en la puerta.

—¿Puede preguntarle a Suleiman si dispone de un momento para hablar conmigo en mi habitación?

Al cabo de unos minutos apareció Suleiman. Yo había recogido mis cosas.

—¿Puede sacarme de aquí en algún vuelo?

Suleiman se fijó en mi equipaje de mano. Me hizo un gesto para que me acercara.

—¿Adonde tiene que ir?

—A Islamabad o a los Emiratos.

—¿Está listo para irse ahora mismo?

—Sí. Podemos hablar más tarde.

—Déme diez minutos.

Regresó a los veinte minutos.

—Hay un vuelo del ejército paquistaní a Islamabad dentro de media hora. Tiene una plaza. Vamos.

19

RÉQUIEM POR LA VIDA NO VIVIDA

CARDENAL PANDOLFO: Mostráis un respeto cruel por el duelo.

CONSTANZA: Me habla alguien que nunca ha tenido un hijo.

—WILLIAM SHAKESPEARE.

El rey Juan. Acto III. escena 4ª

¡Dios, menuda mujer! Y ha acabado así.

Un hombre no puede hablar de su propio hijo difunto.

—ROBERT FROST,

«Entierro en casa»

Todos nosotros, serios o frívolos, enredamos nuestros pensamientos en metáforas, y fatalmente actuamos basándonos en ellas.

—GEORGE EUOT.

Middlemarch

La primera noche en el hospital dormí tan profundamente como si la Muerte me hubiera acunado. Mientras dormía, percibí vagamente una cualidad desconocida, como si fuera ingrávido, como si hubiera adquirido una forma inmaterial. Es posible que hubiera acudido allí por voluntad propia, pero ahora que estaba dentro sentía que no podía salir y durante un tiempo, de

hecho, no se me permitió hacerlo. Había buscado refugio, extrañamente consolado por el convencimiento de que la influencia humana sobre mi conciencia quedaría restringida: no vería a nadie a quien no quisiera ver. Me sentía a salvo de los demás y, creo, debido a eso. a salvo también de mí mismo.

El que Zafar había estado ingresado no era ninguna novedad para mí, claro. En una conversación anterior, él había dicho: *Una vez estuve ingresado en un hospital* psiquiátrica. Ahora, cuando empezó a hablar de su experiencia en el hospital, me pregunté si esa mención anterior, por más que hubiera sido un simple paréntesis, había sido intencionada: los paréntesis precisamente ocultaban la intención. Yo no había expresado la menor sorpresa, perplejidad ni preocupación. ¿Le había confirmado así algo?, ¿era su intención ver mi reacción y extraer de ella conclusiones sobre lo que sabía, sobre lo que había sabido? Si me agobiaba lo que Zafar pudiera saber (o no saber), no tardaría en descubrir que era yo el que sabía muy poco y él el que había averiguado más incluso de lo que yo imaginaba.

La mañana del cuarto día, el médico vino a visitarme, prosiguió Zafar. Hasta entonces me había estado visitando un médico en formación, cuya única función parecía ser controlar que yo tomara la medicación, algo que la enfermera podría haber hecho. El médico, el doctor Villier, era un inglés alto y delgado, de suaves ojos azules. Yo no hubiera sido capaz de discernir si su sonrisa era impostada; el hombre era la encarnación de los modales de un afable médico de cabecera. Había conocido al doctor Villier un mes antes, en su consulta de Harley Street, cuando me enteré de que, además de como psiquiatra especialista, ejercía de psicoanalista, una combinación que lo hacía interesante a mis ojos. En sus rondas por el hospital iba acompañado de un médico en prácticas, un sudasiático — indio, me pareció— rechoncho que se estaba quedando calvo, de rasgos redondeados, una nariz bulbosa y lóbulos de las orejas que le colgaban como si llevara pesas colgadas de ellos. Unas gafas de montura dorada enmarcaban los diminutos puntos negros de sus ojos. Cada vez que esos ojos se apartaban del doctor Villier, recoman apresurados y suspicaces mi habitación, pasando de una a otra de mis escasas pertenencias. Me reí de mis propias sospechas.

—Ya conoce al doctor Mirchandani, claro.

Asentí.

—¿Cómo nos encontramos hoy? —preguntó el doctor Villier.

No pude evitar esbozar una sonrisa.

Villier sonreía.

—Perdone —dijo—, pero ¿dónde está el chiste?

—Su uso del *nos*... en un hospital psiquiátrico. *Nos* encontramos bien.

—Entiendo —dijo. Se permitió una risita entre dientes que al momento se reajustó de nuevo en una sonrisa.

No puede ser, pensé, la primera vez, que se lo habrían comentado.

—He estado durmiendo muy bien —dije por decir.

—Me alegro. Como espero que sepa, le dimos algo para ayudarle con el sueño.

Mirchandani miró un sujetapapeles y, con lo que me pareció acento panyabí, leyó la receta para información del doctor Villier. Mirchandani parecía inseguro y por tanto Villier se ganó aún más mi respeto. El médico sudasiático permanecía rígido, envarado, con las rodillas fijas. Por el contrario, el cuerpo de Villier distaba el leve suspiro de la inmovilidad absoluta que es el sello de una forma de ser inglés. Al sentarse al borde de la cama y hablar, sus manos y la parte inferior de sus brazos trazaban pequeños gestos circulares. El médico parecía ocupar más espacio de la habitación, y me dio la sensación de que ambos hombres no mantenían una relación fácil. Mirchandani estaría al tanto, pensé, de que conocía a Villier antes de venir aquí y que, por tanto, Villier y yo compartíamos una historia más íntima pero no menos importante, que la que él, Mirchandani, tenía con este paciente. La única conversación que mantendría Mirchandani a solas conmigo, dicho sea de paso, se produciría durante mi segunda semana de estancia, cuando, inclinándose hacia delante como si fuera a hacer una confidencia, me preguntaría si yo estaba seguro de que necesitaba estar ahí, si sabía qué tipo de gente estaba ingresada, y si era consciente de lo mucho que costaba. Si ése era el modo en que pretendía conquistarme, no sólo fracasó sino que me llevó a desdeñarle por completo.

—¿Qué tal ha pasado estos días? —preguntó Villier.

—He estado leyendo y escribiendo.

—Me he fijado en los libros que tiene al lado de la cama. El *Infierno* de Dante. Y éste — dijo mientras cogía el otro— *Go for Gold: Fine Steps to Super-Success*.

—Regalos —dije.

—Una elección interesante.

—Las Navidades pasadas y las próximas.

—¿Cuál es de cuál? —preguntó sonriendo otra vez.

—Dígame usted.

—¿Me permite preguntarle por qué ha traído estos libros en concreto con usted?

—No lo hice. Llegaron ayer. Son regalos de Emily —dije—. Correo exprés, ya sabe, porque no hay tiempo que perder.

Las cejas de Villier se alzaron disparadas.

—¿Qué piensa de eso? —pregunté.

—Eso *es* interesante.

—Seguro que puede dar una mejor respuesta.

—Es *muy* interesante —respondió, todavía con expresión de sorpresa.

—¿Siempre se sorprende tanto de encontrar algo interesante?

Villier no dijo nada. No estoy seguro de que me oyera.

—Puede suponer que no hay ninguna ironía en el comentario —dije—. A decir verdad, Emily carece de sentido de la ironía, es incapaz de hacer chistes irónicos, al menos —añadí.

Si hubiéramos estado solos, pensé, él me habría implicado con más facilidad. Yo carecía de referencias para medir la relación de aquellos dos hombres, pero me pregunté si Villier necesitaba dar la impresión de que controlaba más la situación delante de Mirchandani.

—Lo siento —dije—. Se me escapa el malhumor.

Lo cierto era que hacía meses, incluso años, que no me sentía tan bien. Había dormido profundamente y había tenido sueños claros, sencillos, intensos y largos. Y me había despertado sin ayuda y lo bastante temprano para ver la luz naciente de un nuevo día. Atribuía mi buen humor a esa feliz secuencia.

Villier era el psiquiatra de Penelope, y ella había organizado la primera consulta, a la que incluso me había acompañado.

Por entonces, yo había dejado mi apartamento en Brixton y me había mudado a un estudio en Hackney. Había dejado también el trabajo, pidiendo un permiso sin sueldo, y mis casos pasaron a otros colegas, pero no antes de una

desastrosa revisión trimestral. Me pasaba las horas de vigilia viendo la televisión. Vivía con una comida al día, pizza, que pedía que me trajeran, o comida basura, que me aventuraba a buscar por las calles al amparo de la oscuridad. Por la noche, incapaz de dormir, me tumbaba en la cama a leer, nunca demasiado concentrado, releyendo párrafos sin entenderlos mientras las palabras en la página se fundían en formas extrañas.

Me resistía a aceptarla explicación. Transcurrió un largo tiempo, el intervalo que medió entre aquella primera consulta y los días ingresado en el hospital, antes de dejar de luchar, aunque sin rendirme del todo, contra la conclusión del psiquiatra, que podría haber pasado por un comentario casual si no hubiera sido por su manera de mirarme fijamente a los ojos, por el silencio que guardó después de hacerlo, por la mirada estudiada ante mi respuesta. Yo no podía aceptar que estaba ahí a causa de Emily, por más que la afirmación estuviera desvinculada de toda responsabilidad moral. ¿Cómo hace una persona que otra enferme?

Sus palabras me parecieron muy informales la primera vez, en su consulta. Sobre el alféizar que se abría a sus espaldas había fotografías. Distinguí la cubierta y los aparejos de un velero en una. Al lado, había una edición muy gruesa de *Vida de Johnson*, de Boswell.

El espacio no delataba el menor indicio de su uso médico. Pero, bien mirado, ¿cuál es exactamente el signo que identifica a un psiquiatra o a un psicoanalista?, ¿cuál es el signo del espacio entre la mente y el cerebro?

—El cerebro puede quedar traumatizado por sucesos muy estresantes — dijo Villier—. Puede ser dañado por las circunstancias. Los soldados son el ejemplo obvio. Pero la guerra

no es el único escenario para ese tipo de estrés. Hay otros campos de batalla, Tal vez usted piense que debe haber sido vulnerable en algún sentido. Y tal vez tenga razón, pero eso no significa que usted causara su depresión más que la artritis de un anciano fuera la causa de que se rompiera un peldaño de las escaleras. Ciertamente, las heridas del hombre serán más graves por la artritis, Si hubiera sido más joven y se encontrara en mejores condiciones, tal vez podría haber evitado su propia caída, pero el escalón se rompió porque estaba deteriorado por las termitas. El peldaño roto en las escaleras es la causa de su caída.

Penelope estaba en la sala, sentada en una silla a mi lado. Villier la miró

con expresión inquisitiva, confirmando lo que ya me había parecido ver por el rabillo del ojo. Ella había dejado caer la cabeza hacia delante y la mantenía gacha mientras miraba fijamente sus manos entrelazadas sobre el regazo.

Penelope se levantó y se volvió hacia mí.

—Tengo que dejarte a solas con el doctor. Te esperaré fuera, con Emily.

—No me importa que te quedes —dije.

Y la verdad es que no me importaba. Toda la historia estaba resultando bastante estafalaria. Pero Penelope insistió. Más tarde, después de escuchar todo lo que Villier tenía que decir, entendí que el propósito de Penelope se había cumplido al estar presente en el momento en que él hizo la afirmación: *Usted está aquí a causa de Emily*. Penelope estaba en la consulta para que Villier pudiera decirlo delante de ella y para que yo supiera lo que él iba a decirme a continuación, ahora con ella sentada fuera, sería divulgado con su consentimiento.

Villier pareció relajarse cuando ella salió.

—Hace mucho que conozco a los Hampton-Wyvern, Primero tuve a Penelope de paciente —dijo.

Había bajado la voz, pero puede que sólo fuera una percepción mía porque no había nadie más en la sala, Su manera de decirlo daba pie a algunas preguntas. *Primero tuve a Penelope de paciente*. ¿Quería decir que ahora la tenía por amiga? Y, en ese caso, ¿podía confiarse en que hablara con imparcialidad, o tan imparcialmente como un cliente tiene derecho a esperar de su abogado o un paciente de su médico?

—Déjeme que le explique algo —dijo—. Hace dieciocho años, Penelope estuvo hospitalizada con una grave depresión. En un estado terrible, a ella no le importará que se lo diga. A propósito, no ha puesto impedimento, todo lo contrario, en que hable de esto con usted.

Asentí, aunque no se me pidió, tal vez para reconocer la inferencia de una limitación ética que se aplicaría a cualquier pregunta que yo pudiera tener. *Hace dieciocho* años, había dicho. Dieciocho es un número muy concreto, no el quince ni el veinte, sino el dieciocho. ¿Había consultado sus archivos para refrescarse la memoria? ¿O se lo había recordado Penelope? De ser así, ¿por qué llevaba ella una cuenta tan precisa de los años transcurridos desde entonces? Dieciocho años. Emily tendría once, o tal vez diez. James, un año menos.

—Llevaba tres días en el hospital —prosiguió Villier— cuando finalmente recibió la visita de su marido.

Los niños siempre habían tenido una cuidadora interna en casa, pensé, así que el marido no se habría tenido que molestar en buscar una canguro.

—Yo estaba presente en aquel momento —continuó Villier—. Tenía curiosidad por saber más sobre su relación, de manera que cuando me informaron de que el marido había aparecido, fui a la habitación. En este tipo de hospitales, las visitas a los pacientes son estrictamente controladas.

¿A qué se refería, me pregunté, con *este tipo de hospitales*? ¿Psiquiátricos o privados?

—¿Conoce a su marido, a su exmarido, Robin?

—Lo he visto —respondí.

—Sí, claro, lo ha visto. Robin, ¿cómo lo diría?, Robin se mostró muy frío con ella. A cualquiera le sorprendería esa carencia de afecto físico. No la tocó ni una sola vez. Bien, no creo que esto sea demasiado extraño en el curso normal de las cosas. Puedo decírselo a usted porque supongo que lo entenderá, pero los ingleses, los del estrato social de los Hampton-Wyvern especialmente, pueden ser una gente un tanto reservada. Yo también soy inglés, claro, pero tiendo a pensar que podríamos aprender un par de cosas de otras culturas sobre los efectos saludables del contacto físico.

Villier mantuvo mi mirada como si esperara una convalidación de sus palabras por mi parte. Se la di.

—Robin llevó a los dos niños con él, prosiguió, y también a la niñera. Penelope fue muy efusiva con los niños. James, por lo que recuerdo, lloraba. La niñera lo hizo entrar, cogiéndole de la mano, y luego, sensatamente, salió, pero eso a Robin no le importó. No hubo la menor demostración de afecto, nada físico. Yo estaba fuera mientras pasaba todo eso, a un lado, ya sabe. Ya sé que puede pensarse que es bastante taimado, pero la experiencia me ha enseñado el tremendo valor de unas instantáneas tomadas con una cámara indiscreta, por así decirlo, o el valor de escuchar a hurtadillas. Nada ilegal, debo añadir para su posible susceptibilidad legalista.

Villier me sonrió fugazmente antes de continuar.

—Los vi juntos sólo dos o tres veces durante la estancia de Penelope en el hospital..., me refiero a su primera estancia. Más tarde, cuando volvió como paciente externa, organizamos un par de sesiones con toda la familia junta,

mientras fue posible.

¿Para quién había hecho aquel comentario?, me pregunté. *Me refiero a su primera estancia*, había dicho. No añadía nada a mi conocimiento ni mejoraba mi punto de vista; si él se lo hubiera pensado un poco más, se habría dado cuenta. Era una corrección a su propio monólogo interior. Penelope, según parecía, había estado en el hospital más de una vez. Además, por lo que había dicho él, era improbable que durante sus estancias posteriores se vieran en grupo, *toda la familia junta*. Así que, supuestamente, la segunda instancia había tenido lugar después del divorcio. Tal vez, pensé, se rio precipitada por el divorcio mismo.

—¿Qué tiene que ver todo esto conmigo?, se estará preguntando —prosiguió Villier—. La razón por la que usted se encuentra ahora donde se encuentra es porque Emily le ha llevado ahí.

—¿Se refiere a esta habitación? —pregunté.

—Si lo que me cuenta Penelope es preciso, usted no se está empleando a fondo, no pone todo lo que pudiera por su parte, ¿verdad que no? Pero eso usted ya lo sabe. Si no, no habría venido aquí.

—He tenido días mejores —admití.

—Me he encontrado con Emily en varias ocasiones, y también tengo la información de lo que me ha contado Penelope a lo largo de los años. Emily parece haber heredado buena parte de la personalidad de su padre.

—Es posible —respondí—, pero...

—Siga, por favor. Puede hablar en confianza.

—Cuesta creer que otra persona pueda ser la responsable de mi depresión. No me importa reconocer que yo cargo con un bagaje propio muy pesado.

—Me interesa oírle decir que está deprimido. Pero antes de abordar su comentario, yo mismo tiendo a detestar el uso del lenguaje de la responsabilidad, que es una cuestión moral. Prefiero hablar en términos de causalidad, que no lo es. Usted es un hombre inteligente. Dado su origen, no habría llegado tan lejos sin ingenio. ¿Me sigue?

Villier no me preguntó por mis orígenes, nunca, ni una sola pregunta. Penelope le había contado muchas cosas, concluí —*dado su origen*—, pero, teniendo en cuenta que yo tampoco le había contado gran cosa a ella sobre el mismo, debería de haberse formado sus propias ideas. Habría leído entre líneas. Evidentemente, Emily también le había contado a Penelope cosas que

yo había dicho, cosas que fueron dichas sin ninguna expectativa de confidencialidad, debo añadir. A esas alturas hacía más de tres años que las conocía.

—Si el estado de ánimo es como el clima —le dije a Villier—. no veo cómo otro ser humano podría afectar al mío más de lo que ella pudiera influir en el tiempo.

—Relacionar el estado mental con el tiempo —dijo Villier— es una analogía útil. Pero tiene que reconocer que también es limitada. Transmite la idea de que en cualquier momento dado uno tiene un control reducido sobre el propio estado de ánimo, pero no creo que refleje el sentido de lo que yo estoy diciendo aquí.

Villier pasó a describir con más detalle la difícil situación de los soldados, el trauma que altera su bienestar emocional. Ya había hablado del anciano con artritis que tropieza en un peldaño roto y se cae por las escaleras. Pero no había hecho más que empezar. Luego se refirió a un granjero que no cierra un gallinero y un zorro se come una gallina. El granjero puede que sea en parte responsable, pero la pérdida fue obra del zorro. Habló un rato en esa línea. Seguramente estaba acostumbrado a encontrarse resistencia cuando daba un diagnóstico de enfermedad mental, pero en mi caso tiendo a pensar que estaba empujando una puerta ya abierta.

—No sé si se lo preguntaba, dicho sea de paso, pero desde mi punto de vista, Penelope no le ha traído aquí con la expectativa de que yo le convenza para que rompa con su hija. De hecho, mi impresión es que ella está bastante encariñada de usted.

—¿Emily?

—Penelope.

—No son argumentos incompatibles.

—¿Perdón?

—Yo podría caerle bien a Penelope y aun así ella podría querer que rompiera con su hija. De hecho, incluso podría querer que rompiéramos *porgue* le caigo bien.

—Permítame que le pregunte por qué cree que ella lo ha traído.

—¿No quiere decir qué pienso que cree usted que es la razón por la que me ha traído?

—Un punto de partida tan bueno como cualquier otro.

—¿Por un sentimiento de culpabilidad?

—Eso creo.

—Yo también.

—Ella está muy preocupada por usted, por si usted se hace daño a si mismo. ¿Es esa una posibilidad real?

—No quiero ser complicado —respondí—, pero..., pero no puedo evitarlo. No quiero ser complicado, pero dado que parece que nos hemos metido por la vía de la exactitud, tengo que decir que no puedo responder a esa pregunta, y lo digo sabiendo que puede interpretarlo como una petición de ayuda, aunque no creo que sea ése mi motivo. En cualquier caso, todo lo imaginable debe ser posible, y la mayoría de la gente tiene una imaginación muy vivida, ¿no le parece?

—Si siente la necesidad, e incluso si no la siente, por la razón que sea, puede acudir a la clínica Rectory, Le daré la dirección y la información de contacto —dijo.

Buscó en un cajón del escritorio y sacó una hoja de cuaderno.

—Basta que se presente —prosiguió—, a cualquier hora del día o de la noche. Le admitirán inmediatamente. Penelope quiere que usted lo tenga a su disposición para que no tenga que preocuparse de cuestiones prácticas.

Bajó la mirada. Estaba hablando de dinero, pensé. Villier estaba siendo inglés, Su timidez le quitaba años.

—Estaría bajo mi cuidado. Puede quedarse allí tanto como necesite. Tendrá su propia habitación, por descontado, y la clínica está situada en un bonito paisaje, Sólo quería explicárselo. ¿Le parece bien?

—Gracias —dije. Tomé la nota, la doblé y me la guardé en el bolsillo.

—Ahora que lo hemos aclarado, ¿le importa si le hago unas preguntas? No haría mi trabajo como es debido si. al menos, no cumplo con las formalidades.

Los modales de Villier no podían ser más ingleses, hasta el extremo del autodesprecio. A veces me pregunto si las élites inglesas, las clases altas, se creen a sí mismas cuando dicen esas cosas, cuando recurren a esas fórmulas refinadas, a las reservas que ponen en cada giro de una expresión. Ese tipo de confianza en sí mismas parece esencial para sobrevivir ante lo que de otro modo les asaltaría como una sucesión de oleadas de disyuntivas, afirmar una cosa cuando se sabe que es lo contrario, la expresión de una competencia

austera mientras se permanece sentado en la silla de cuero de su clínica sita en la calle donde se encuentran las instituciones médicas privadas más importantes de Gran Bretaña, posiblemente del mundo entero. Sin duda, la discordancia los volvería locos de manera que la única posibilidad de sobrellevarla para ellos es creerse de hecho lo que dicen. Pero es posible que me equivoque. Después de todo, marchar con el imperio en el cerebro es una empresa que requiere una confianza sublime.

Villier me hizo varias preguntas de un modo que casi disimulaba la estructura de lista preparada. Las respondí con la máxima precisión que pude. Pero yo sabía el diagnóstico. Hay quienes dicen que la depresión es una enfermedad propia de la opulencia occidental. Tal vez. Pero cuando te sientes tan profundamente infeliz como yo... Seamos concretos: cuando tus aptitudes como ser humano se reducen primero a una penosa indiferencia y luego a algo peor, cuando las ideas que se forman a tu alrededor, que son tus propias ideas, tienen la misma delicadeza que el público de una pelea a puñetazo limpio en un callejón, entonces esas elevadas opiniones culturales no ofrecen ningún alivio. Hay una persona y hay sufrimiento.

Y aun así, hasta donde sabía, yo no había acudido buscando ayuda. Había accedido a petición de Penelope porque pensé que me haría más llevadero el aburrimiento, al menos temporalmente. Ese hastío era algo para mí desconocido hasta aquel momento, y he reflexionado bastante acerca de él desde entonces. Mis pensamientos y la experiencia de mis sentidos solían saltar de una cosa a otra, como si el mundo viniera por sí mismo a mi encuentro con estímulos sin sentido, uno detrás de otro. No podía entender un pensamiento y luego dejarme arrastrar por él cuando entraba en un nuevo territorio, Para hacer eso. creo que necesitas un yo narrativo en tu interior que te conecte con la experiencia, que te explique cómo encajas en el encuentro subjetivo con lo que estás viendo y que incluya el significado que pueda tener para ti, sí lo tiene. En aquellos tiempos, era como si ese yo narrativo hubiera decidido irse de vacaciones, dejándome sin la continuidad de pensamiento y sentimiento.

Unas semanas después de aquella risita a Villier. estaba sentado en mi estudio y me fijé en los platos que se amontonaban en el fregadero. En el mármol de al lado había un cuchillo. Miré de pasada al cuchillo, pero mi mirada se demoró hasta convertirse en una intensa contemplación. Cuando me

di cuenta conscientemente de lo que estaba haciendo, recogí algunas cosas del suelo y las metí en una bolsa de lona. Me sorprende que tuviera la suficiente presencia de ánimo para acordarme de algunos artículos de aseo y del cepillo de dientes. Cogí un tren hacia las afueras y, en la estación, un taxi hasta el hospital.

Mientras escuchaba a Zafar hablar del tiempo que había pasado en una institución psiquiátrica, mis pensamientos no divagaron, como podrían haber hecho, a lo que había sucedido fuera, con Emily, sino que siguieron concentrados en él. No parecía avergonzarse en lo más mínimo hablar de ello, y en aquel momento me halagó que se sintiera lo bastante cómodo conmigo para abordar el asunto. Sin embargo, ahora veo que era yo el que se sentía incómodo, incluso avergonzado, por lo que supone ingresar en un hospital psiquiátrico. Ese hecho, aquí y ahora, mientras escribo, me horroriza. No puedo imaginarme que me hospitalicen así sin tener un abrumador sentimiento de fracaso, de fracaso catastrófico, sobre el que seguramente sería incapaz de hablar. Para Zafar, no existía ese malestar porque creo que no tenía el sentimiento de fracaso concurrente. Y en esto me veo enfrentado de nuevo a esa extraña envidia que a menudo he sentido hacia él.

El Zafar que yo conozco, de principio a fin, ha vivido la vida, ha recibido golpes en peleas a puñetazo limpio, que no le han dejado fuera de combate pero sí han dificultado su ritmo de avance. Incluso el ingresar en un hospital, un manicomio, una institución mental, una loquería..., en él lo veía como una parte más de una vida que recorría todos los rincones posibles. Esos pensamientos me asaltan ahora, pero, mientras le escuchaba, pensaba en la fase de nuestras vidas a la que habíamos llegado él y yo para poder hablar de eso, en los años transcurridos, en la vida misma descubriéndonos sus decepciones, y en lo a gusto que debía de sentirse conmigo para abrirse de ese modo.

Solía ser escéptico con la medicación, dijo, temía que me perdiera, que perdiera eso que soy. Pero ¿qué es ese yo que tanto miedo nos da perder? Nunca está ahí. En cuanto intentamos alcanzarlo, se nos escabulle. Este yo *parece* más próximo cuando vuelvo la conciencia hacia dentro, cuando la obligo a centrarse y entonces se alza como una aparición. Pero si alcanza su mayor materialidad cuando soy consciente, entonces ese yo nunca puede mantenerse en un continuo a lo largo del tiempo porque cualquier periodo de

conciencia, de percepción consciente del yo, se interrumpe en seco por la interferencia de cuanto tiene que hacer en un minuto, por no decir un día, se ve restringido por la imparable sucesión de exigencias que nos vuelven inconscientes del yo y encomiendan a nuestro cuerpo a cumplir esta o aquella tarea pendiente, a preparar la cena o calcular el precio de un exótico instrumento derivado o pagar una factura o hacer una lavadora o esbozar un informe legal o cuidar a un bebé que llora. ¿Puede la medicación arrebatarnos algo cuya existencia es, en el mejor de los casos, provisional? ¿Es posible que el yo no sea un objeto, ni un nombre, sino el verbo que caracteriza la búsqueda del objeto? E incluso mientras hablo de este yo, mientras intento abordarlo como si fuera algo aparte, como si estuviera hablando de la dulzura de las pinas silvestres, siento que no soy yo el que habla sino que lo hace otro a través de mi.

La medicación me hizo sentir mejor; comparé al hombre cuyo cuerpo era el mío con el hombre que estaba allí el día anterior, y aquel se sentía mucho, mucho mejor que su predecesor. Cuando era escéptico, cada vez que me planteaba la posibilidad de tomar medicación, no había comparado la persona profunda y peligrosamente deprimida que era con la más saludable y equilibrada que podía a sudar me a ser. Más bien me imaginaba que la medicación me imposibilitaría ser plenamente la persona que creía que *posiblemente* era, que de algún modo me debilitaría irremediablemente.

El error no radicaba en pensar que eso es verdad. El error era pensar que tenía la menor importancia. Carece de ella simplemente porque el ser humano ideal imaginario, el que yo creía que posiblemente era, es una persona inaccesible que yo sólo podría *desear* ser, inaccesible en cualquier circunstancia. El yo real era siempre el yo que yo era en un momento dado y no el yo inalcanzable que podía convocar fantasiosamente con mi imaginación.

Y ya me dirás qué podría ser más humillante que estar tumbado en la cama a las dos de la tarde, sin haberte duchado desde hacía doce días; mirar por la habitación en la que vives y vez en el rincón un montón de cajas de pizza; tener miedo de correr las cortinas y abrir la ventana, tan alejado de la gente que ni siquiera te preguntas a quién puede importarle que hagas o dejes de hacer esto o lo otro; y descubrir que la única chispa de esperanza del día parpadea en el momento en que alargas la mano hacia el mando de la televisión.

Salí del hospital a las cinco semanas. Me quedé en casa de Penelope, en

una habitación de invitados en la parte de arriba. Emily vino conmigo. Ella también había decidido mudarse y había vendido su apartamento. Nunca le pregunté si su decisión había tenido algo que ver conmigo. Ya sabes, nunca hablábamos de nada que implicara proyectarnos a ambos en el futuro, al menos, a más allá de una semana o dos. Mientras buscaba algo más espacioso en Notting Hill, en una zona de aún más prestigio —¿creía ella que no veía su insaciable ambición?—, se instaló en casa de su madre.

Por descontado, a esas alturas yo estaba al tanto del curioso arreglo doméstico en la casa de Penelope. Penelope Hampton-Wyvern había conocido a Dudley Grange hacía años, cuando ella todavía estaba casada con Robín, cuando la empresa de construcción de Dudley fue contratada para realizar una remodelación de la casa. Antes de montar su empresa, él había sido jefe de obra para un gran conglomerado de empresas de la construcción. Dudley me explicó una vez, con bastante orgullo, que había trabajado en la construcción del que fue, en su momento, el edificio más alto de Londres, la NatWest Tower —ahora llamada Tower 42, por el número de la calle, señaló—, y contó que el edificio fue el primero de su clase: tenía un inmenso núcleo de hormigón armado, una única pieza de hormigón vertido *in situ*. en una operación descomunal que requirió una flota de camiones de cemento acudiendo a la obra sin parar durante muchas semanas, de manera que, a medida que los niveles inferiores se endurecían, el hormigón del siguiente nivel era subido hasta arriba y vertido en los encofrados que se iban levantando al mismo tiempo. A partir de esa única columna vertebral compacta de cemento, las plantas se desplegaban sobre vigas voladizas y, desde arriba, explicó con los ojos muy abiertos, el perfil del edificio es el de tres galones hexagonales dispuestos para parecer el logo del banco NatWest. La construcción fue sólo el principio; mi sincero interés en su especialidad pareció abrir las puertas para que Dudley se explayara sobre muchas más cosas. Dudley, dicho sea de paso, se encontraba en la casa el día que conocí a Penelope Hampton-Wyvern. Eran sus pasos los que oí procedentes del vestíbulo antes del sonido de un puerta al cerrarse todo lo silenciosamente que podría cerrarse una recia cerradura Banham.

Parecía un consorte improbable para Penelope, un par de centímetros más bajo que ella, muy lejos del uno ochenta largo de Robin. Era un fumador empedernido y el hedor rancio del tabaco quemado nunca lo abandonaba.

Telarañas de vasos sanguíneos rotos se agarraban a ambas mejillas.

Nunca llegué a conocer bien la secuencia de acontecimientos que relacionaron a Dudley y los Hampton-Wyvern, y sólo tenía una idea vaga de que sucedieron ciertas cosas en un lapso de pocos años: el fin de un matrimonio; la separación, a la que había precedido el principio de una aventura con su constructor; la hospitalización de Penelope por depresión; Robín, también, tonteando a hurtadillas con la que acabaría siendo su segunda esposa; y un divorcio. Me fui enterando de todo eso, pero sin fechas precisas vinculadas a los hechos, ¿por qué iba alguien a preocuparse de las fechas? O con fechas contradictorias, de manera que los sucesos de los que se hablaba se fundían en mi mente en un periodo informe a lo largo de la primera adolescencia de Emily, cuando su vida familiar, por lo que captaba, era una torbellino de infidelidades y deshonestidad.

Una vez, cuando Penelope sacó a colación el tema de su divorcio —una conversación muy breve que adquirió un tono confesional, con su insinuación subyacente de culpabilidad por las consecuencias que había tenido en sus hijos—, me describió a la nueva esposa como la mujer por la que Robin la había dejado. Pero cuando, más adelante, el doctor Villier me refirió el mismo episodio no dio a entender que fuera Robin el que había iniciado la ruptura y yo concluí que la relación de Penelope con Dudley estaba en pleno apogeo antes de la partida de Robin. Dicho sea de paso, me llama la atención el que Villier estuviera dispuesto a hablar tanto como habló. Había momentos de vacilación, cuando la circunspección parecía conferir a sus ojos la expresión de alguien que se está corrigiendo a sí mismo, pero al final me contó tanto que no me queda más que preguntarme, como imagino que también haría Villier, si Penelope había entendido el alcance e implicaciones del permiso que le había concedido.

Conozco una historia con fecha, que me contó Emily en persona. Era su primer año en Oxford, cuando la avisaron de que su padre iba a casarse de nuevo. Según parece, el día de la boda, ella fue a Londres y escenificó una protesta con su hermano delante del Registro Civil de Chelsea, levantando una pancarta que habían preparado los dos en la que se leía: NO LO HAGAS, PAPÁ. Cuando Emily me lo contó, la imagen me conmovió. Estábamos acostados en la cama, habíamos hecho el amor y charlábamos con ternura en esos momentos de sopor en que la gente más se acerca a la intimidad, sin

demasiada vehemencia en la conversación y puede que de eso se trate, de dar la seguridad a la pareja de que cuidarán de la descendencia juntos, y es posible que eso mismo explique por qué Emily eligió ese momento para contar la historia de su protesta contra el que su padre se volviera a casar y por qué, ya puestos, yo me preguntaba si me estaba diciendo algo más, me estaba haciendo una petición de garantías y tranquilidad. Ni de lejos soy tan escéptico como algunos sobre el psicoanálisis, pero no me hace falta despertar a Freud para pedirle ayuda, no hay nada en lo que detecté que no fuera visible ya en la superficie. Y, he llegado a pensar, tal vez ese era el miedo principal de Emily: el temor a que la abandonen.

Y pese a todo, pese a todo, vuelvo a preguntarme si en realidad no tenía algo de manipulador. Puede que te acuerdes de un anuncio televisivo del periódico *The Guardian*, en los años noventa, me parece, en el que un joven *skinhead* con una cazadora *bomber*, vaqueros y botas Doc. Martens aparece corriendo a toda pastilla hacia un hombre mayor que está en la calle. El *skinhead* era un icono de Gran Bretaña por entonces. La escena presagia una violencia inmediata; al menos eso es lo que se nos empuja a creer. Pero la cámara se echa hacia atrás, el plano se abre y aparece ante nuestra vista lo que está pasando por encima del hombre mayor. Según recuerdo, hay un palé de ladrillos atado por una cuerda a un andamio. Pero la cuerda está deshilachándose, sus hilos se sueltan, y el palé de ladrillos que se está combando, amenaza con caer y aplastar al anciano, que es ajeno al peligro que se cierne sobre su cabeza. Era un anuncio bastante malicioso, dado que el lector más bien izquierdista del *Guardian*, al ver al *skinhead* corriendo hacia el anciano, es probable que se trague el engaño intencionado —el engaño del propio espectador— antes del desenlace.

Me acuerdo, dije. Zafar describía un anuncio de una serie que tenía una idea de fondo: las cosas no son lo que primero parecen, y necesitas tener una imagen más amplia para entender qué está pasando; necesitas, es de suponer, leer *The Guardian*.

Era un pequeño anuncio pulcro y conseguido, prosiguió, bastante bueno para su época, pero, aparte de su declaración política, ilustra algo sobre la motivación y los actos humanos. De hecho, se basa en la observación de que el mismo acto puede ser generado por motivaciones distintas, incluso opuestas. ¿Te gusta Graham Greene?

—A decir verdad, sí —respondí.

—Hace años, en Oxford, cuando te pregunté cuáles eran tus escritores favoritos, dijiste que Somerset Maugham, Graham Greene y Scott Fitzgerald. Un grupo interesante. ¿Te acuerdas?

—Claro que son... mis escritores favoritos —respondí. No le dije que no recordaba que me lo hubiera preguntado. Ni tampoco le expliqué que en realidad no había leído más que un par de libros de cada uno de ellos, ni, para completar mi confesión, tampoco le conté que había leído tan poca ficción desde mi juventud que mis favoritos, fueran los que fuesen, no habían variado.

—En *El fin del romance* —prosiguió Zafar—, Graham Greene escribe: *En el odio parecen intervenir las mismas glándulas que en el amor. Hasta produce los mismos efectos. Si no se nos hubiese enseñado a interpretar la historia de la Pasión, ¿habríamos sido capaces de decir, sólo por sus actos, si fué el celoso Judas o el timorato Pedro el que de veras amó a Cristo?*^[42]

»Ahora, finalmente, creo que Emily no era manipuladora, no al estilo shakespeariano, no como Yago, aunque sus actos fueran los mismos de un manipulador. Un tipo de disposición o motivación distinto puede generar las mismas acciones, del mismo modo que situaciones distintas pueden dar lugar al mismo acto. Creo que me contó lo de la protesta porque hacía sentir simpatía y profundizaba nuestro vínculo.

—¿Y qué tiene eso de malo? —le pregunté, aunque no tenía muy claro si él la estaba exonerando o acusando.

Zafar se quedó callado. Parecía distraído. ¿En qué motivación pensaba? Si he de ser sincero, debo reconocer que me costaba seguirle. Y entonces la descripción de esos autores era fastidiosa, ¿Qué quería decir cuando dijo que eran un grupo interesante? Siempre he sospechado que él contemplaba con condescendencia mis gustos literarios.

—¿Por qué son un grupo interesante? —pregunté.

Zafar me sonrió.

—Si esos escritores se introdujeron en sus propias historias, lo hicieron invisiblemente. Ese personaje, un narrador que está en la historia aunque no sea *de* la misma, eso es un personaje interesante para ti, ¿no? Me pregunto si te gustan porque sabes qué es permanecer al margen.

No había leído todas sus obras, pero al menos por las que sí había leído. Zafar tenía razón sobre la presencia de un narrador: *en* la historia pero no *de*

ella, por repetir sus palabras.

—Es posible que me gusten esos escritores por otra razón —respondí—, y es posible que sólo casualmente coincidan en ese rasgo.

—Tal vez te gustan porque esas historias te acercan a tu propia vivencia del mundo. No se— implican, gente como Carraway, el narrador de Gatsby, no sólo en el sentido de que la trama no gire sobre ellos sino porque se resisten a establecer vínculos profundos con cualquiera y se limitan a permanecer en silencio, observando. No son los autores de sus propias vidas, por así decirlo. Carraway lleva su desapego un paso más allá al darle un nombre. Lo denomina reservarse el juicio, pero no lo consigue ni por asomo. Reservar el juicio es mantener una distancia infinita. Pero nada es visible a esa distancia. ¿Es un acto de amabilidad, que es un acto de compromiso e inspira ternura, el presentar ante nosotros un ser humano con todos sus defectos?

No entendí adonde quería ir a parar Zafar entonces y, para ser sincero, tampoco estoy totalmente convencido de que lo haya comprendido ahora. Pero he tenido ocasión de pensarlo, Escribir esto ha ayudado, por el esfuerzo de mirar hacia dentro a la vez que se mira hacia fuera. Eso supone reflexionar sobre la vida de otro, alguien que dejó su impronta, y en el curso de la escritura se descubre, no, no se *descubre*, no del todo, ni siquiera se *aprende* ni se *comprende*, sino simplemente se sienta uno a escuchar y acepta plenamente el riesgo de desmontar la preciosa perspectiva propia sobre el mundo que tal escucha implica. Zafar tenía razón. Cada historia pertenece al narrador, y la lección del narrador para sí mismo radica en el modo en que relata la historia. Escribir me ha ayudado en muchos sentidos, me ha ayudado a pensar sobre, muchas cosas, que tienen que ver con el trabajo, con Meena y la familia, y también con Zafar. Ahora no sé, por ejemplo, si Zafar estaba tan perdido como yo le creía, tan perdido como a veces lo parecía incluso antes de conocer a Emily; tal vez era yo el que nunca tenía demasiado sentido de la orientación. Podía haberse tratado simplemente de una crisis de la mediana edad: la gente que hace estudios y estadísticas dice que la denominada crisis de la mediana edad los hombres la pasan al acabar la treintena, más pronto de lo que quiere la convención, lo que hace que la mía deba de estar a punto de llegar o incluso vaya ya con un poco de retraso. Pero se trata de algo más, o de algo distinto. Es verdad que he vivido como alguien que permanece a un lado, cuyas elecciones estaban determinadas por el arrastre de la comodidad y la

oportunidad, y el corolario de estar al margen es no participar. En el principio mismo de *El gran Gatsby*. el narrador, Nick Carraway, le cuenta al lector el consejo que le dio su padre para que tuviera presente que los demás nunca disfrutaron de las ventajas que él había tenido, Reservar el juicio, aunque implique una dificultad heroica, es lo que debería hacer, A medida que uno lee, lo descubre como una ironía porque la gente que conoce Carraway que más merece un juicio desfavorable es, creo, gente que disfrutó de todas las ventajas de Carraway, y aún más, Pero al volver a reflexionar sobre esa afirmación del principio, tras recuperar el libro de mis estanterías y releer el pasaje, y con los comentarios de Zafar en mente, veo algo más: la actitud de Carraway lo mantiene a distancia, Lo mantiene a distancia de la acción, en la mente del lector —en la mía, en cualquier caso—, pero también mantiene al hombre separado del caos de la vida. Desde esta perspectiva, el consejo de su padre de hecho equivale a una declaración de exclusión. Nunca he estudiado literatura, así que seguramente no tendrá mucho valor lo que digo sobre estas cosas. Pero eso es lo que el inicio del libro me dice ahora. Y aunque me sorprende no haberlo pensado antes, pues ahora me parece obvio, me pregunto si nuestra experiencia de una novela se ve enriquecida por nuestra experiencia de la vida.

Un punto que creo más cuestionable es si Zafar acertaba al incluir *El fin del* romance. De hecho, ese libro parece a todas luces —de una manera peculiar— que no se ajusta a la tesis. Ciertamente es que Bendrix, el narrador, es un escritor como Greene. pero no se trata de un espectador estéril porque ¿quién puede estar más atrapado en la trama que el hombre que se lía con una adúltera?

—Estabas diciendo que te instalaste en casa de Penelope Hampton-Wyvern cuando saliste del hospital. ¿Cuánto tiempo te quedaste con ella?

—Tú y yo habíamos perdido el contacto por entonces, desde hacía un par de años antes de que ingresara en el hospital.

—¿Tanto tiempo?

—¿Qué te contó Emily? —me preguntó Zafar.

—¿Cuándo?

—Ella me dijo que había hablado contigo cuando yo estaba hospitalizado.

—¿Cuándo te lo dijo?

—Seis meses y siete días después de que saliera del hospital. Que es

cuándo, y por qué, empecé a hacerme preguntas.

—Eso es mucha precisión.

—Mis cuadernos.

—Entonces ¿es importante?

—Resulta que todo depende de unas matemáticas precisas. Nada complejas, sólo sencillas y precisas. Es curioso que todo se reduzca a la simple aritmética.

—Prosigue.

—Cuando ella me comentó, como te he dicho, seis meses después de que saliera, que había hablado contigo mientras estaba ingresado, me sorprendió que no me llamaras mientras estuve allí, que nunca dejaras una nota ni mandaras un mensaje. Algo había pasado cuando te encontraste con Emily que te desanimó a llamarme entonces o más tarde, ni una sola vez en seis meses, siete incluyendo mi estancia en el hospital, siete y seguimos contando. ¿Qué podría haber sido?

La pregunta de Zafar sonó retórica, como si la respuesta fuera obvia, y en eso me escudé para evitar responder, pese a que una parte de mí quería contarle todo. Pero ¿qué era ese *todo*? Ahora parecía algo sin importancia, una trivialidad, nada de lo que mereciera la pena hablar. Aun así, me sentía como el alumno que entiende que su profesora *no* está decepcionada con él sólo porque ella nunca había esperado nada mejor.

—¿Por qué te dijo que había hablado conmigo? —le pregunté a Zafar—. Ella debía de querer decirte algo —añadí.

Pero ya al decirlo, me pregunté cuánto le habría contado Emily.

—¿No debería habérmelo dicho? —me preguntó.

—Me refiero a que ¿qué fue lo que la impulsó a contártelo?

—Un día le pregunté si había sabido algo de ti. Su respuesta fue que no había hablado contigo desde que salí del hospital.

—Eso es verdad —dije, con un tono de súplica en mi voz que me alarmó, como si dijera: *Ésa fue la única vez. La excepción irrepetible.* Qué ridículo. Lo siguiente que diría sería: *Lo que pasó no significó nada para mí. Ella no significó nada.*

—Y tú —prosiguió Zafar— no te habías puesto en contacto conmigo en todo ese tiempo, cuando sabías que había estado en el hospital: *salido del*

hospital, dijo ella. Por lo que tú sabías, yo podría seguir ingresado todavía. O, para ser precisos, por lo que sabías, *yo* pensaba que *tú* pensabas que yo estaba todavía en el hospital. Debe haber alguna razón por la que no me llamaras. Como debe haberla para que ella quisiera decirme algo, de lo que de hecho no estoy seguro.

—¿No lo estás de que te lo dijera?

—No estoy seguro de que quisiera decírmelo.

—Entonces ¿por qué te lo contó? —le pregunté a Zafar, pero era una pregunta que, en ese momento, quería hacerle a Emily. Le habría exigido una respuesta.

—Ella estaba buscando su bolsito de maquillaje.

—¿Perdón?

—En los viejos tiempos solían llamarlos «bolsos de la vanidad». Me gusta. ¿Sabes lo que es la carga cognitiva?

—A decir verdad, sí. ¿Sabes?, esa es otra cosa que mi padre y tú tenéis en común. Los dos sentís una extraña fascinación por la psicología experimental —dije.

Quería cambiar de tema. Fui torpe.

—¿Te lo explicó tu padre?

—¿Lo de su extraña fascinación? —respondí.

—Lo de la carga cognitiva.

—Yo también leo, ¿sabes?

—Has sido *tú* el que has mencionado a tu padre.

—Hasta donde entiendo, la carga cognitiva es la que le pones a alguien cuando le encargas una tarea que ocupe sus funciones cognitivas y luego le haces preguntas mientras está realizando la tarea.

—Es una forma de atravesar los censores conscientes. Cuando le pregunté a Emily por ti, ella estaba rebuscando su polvera en su bolso. íbamos en un taxi, cerca ya de nuestro destino, un restaurante.

—¿Era ésa la carga cognitiva?

—El revolver en su bolso. Emily era tan furtiva, tan reservada y poco comunicativa, como tú mismo dices, que tenía que buscar mi propio modo de extraerle sibilinamente información. Lo curioso es que no creo que ni siquiera fuera consciente de mi propio ardid, al menos no al principio. Sólo más tarde,

al reflexionar, me di cuenta de lo que yo estaba haciendo: plantearle preguntas mientras su atención consciente estaba ocupada en otro sitio. Y cuando recordé lo que había hecho en otras ocasiones, reconocí que eso era habitual. Acabamos haciendo cosas de las que no nos damos cuenta a causa del comportamiento de otro. Así de autónomos somos.

»Esta propensión, ¿puede llamársele «estrategia» cuando, para empezar, yo no era plenamente consciente de ella? Esta propensión sólo era realmente útil cuando la pregunta requería una respuesta de sí o no y no exigía un esfuerzo consciente por su parte para preparar la respuesta, una pregunta sobre dónde o cuándo pasó o no pasó algo, por ejemplo. Por descontado, a veces la carga cognitiva era excesiva y ella no oía la pregunta o se la quitaba de encima para responderla más tarde.

»Si estaba lo bastante distraída —prosiguió Zafar—, más tarde ni siquiera se acordaría de que le había hecho una pregunta. Ése era otro efecto secundario de una pregunta planteada en el momento oportuno. Pero tú estás tan preocupado por descubrir adonde nos lleva esta conversación que no me haces la pregunta obvia.

—¿Perdona?

—¿Por qué pensaba yo que tal vez no recibiría una respuesta clara o sincera si simplemente hacía la pregunta directamente? Bueno, supongo que cuenta el que ella fuera tan esquiva. Pero eso era en general; había, también, algo más concreto, aunque no creo que supiera explicarte el qué. Lo he pensado, claro, pero no puedo identificarlo con claridad. Intuición, la sensación de que algo no se había dicho. Recuerda, habían pasado seis meses desde que saliera del hospital. Cuando entré, ¿a quién habría llamado ella que me conociera? No a mis padres, desde luego. Si había llamado a alguien, tenía que ser a ti. Tal vez, a lo largo de esos seis meses, ella había reaccionado con evasivas cada vez que se había mencionado tu nombre, pero no recuerdo que habláramos de ti en ninguna conversación. Lo único que sabía, y no sabía por qué, era que tenía que hacerle la pregunta cuando no estuviera *escuchando*.

La conversación con Zafar era, de vez en cuando, un ejercicio bastante peculiar, pero aquí había tomado un cariz claramente estafalario. Estábamos hablando de todo menos de lo que estábamos hablando.

—¿Por qué estamos hablando de esto? —le pregunté.

—Yo le pregunté si ella había hablado contigo y ella respondió que no. no

desde que estuve en el hospital.

Cuando salí del hospital, me quedé en casa de Penelope, como te he dicho, con Emily también instalada allí, Me sentía mucho mejor, y todo parecía discurrir de un modo mucho más lento, más controlable. La mayoría de los días, la casa estaba vacía. Un día de aquella primera semana, Penelope me preguntó si me importaría llevar su coche al taller la tarde del jueves. La noche del jueves, cuando ella llegó a casa, dijo que había visto el coche fuera y preguntó si no había tenido un momento para llevarlo a que lo revisaran. Dije que pensaba que me había dicho el jueves. *Es jueves*, respondió ella. Yo había perdido el sentido del paso del tiempo, perdido la noción del mismo. Solía sentarme en un banco del jardín a mirar cómo se marchitaban las hortensias y las dalias, cómo las hojas se volvían marrones en los sicómoros y los manzanos. Me dio por escribir en mis cuadernos, no sólo las cosas habituales sino también las más mundanas, y por eso ahora puedo poner fecha a ciertos asuntos. Más tarde, cuando intenté averiguar cómo pudo haberseme pasado por alto lo obvio, cuestiones que ahora veo que *eran* obvias, no sólo fruto de un error de cálculo sino de una incapacidad básica para ver, atribuyo la causa a que me desligué del tiempo, Si hubiera conservado, no sobre el papel sino en mi mente, la noción de las proporciones de una hora, un día, una semana y un mes, tal vez no habría sido tan idiota.

Estaba sentado en el jardín cuando apareció Emily, con la chaqueta desabotonada y abierta, caminando ligera por un sendero cubierto de maleza. Se sentó a mi lado. Apretó los labios con fuerza y a través de esos labios apretados se obligó a hablar.

Yo siempre he querido hijos, me dijo Zafar, ya desde mis veintipocos. Solía pensar que había algo que no estaba bien en mí. No se supone que los jóvenes, los hombres en la veintena, quieran tener hijos, no se les supone que sueñen despiertos con criarlos ¿no? Como mucho, el papel del varón en el parto..., bueno, no tiene ningún papel. No es su cuerpo el que alberga y alimenta al bebé, no es su vientre el que se hincha y se vuelve pesado, y no es su cuerpo del que se arranca al niño en el parto. Debemos proteger y mantener a nuestra compañera, pero eso es todo. Se supone que queremos jugar, echar unos polvos, pasárnoslo bien y todo lo demás. Pero ¿desear hijos? Eso llega más tarde, ¿no? Sin embargo, eso era justamente lo que yo quería. Con treinta años y lo que más deseaba en el mundo eran hijos. Tal vez quería un hijo para

reparar mi propia infancia; tal vez el deseo buscaba arreglar algo en mí mismo. Pero no lo creo. Lo que en realidad creo es esto: algunas cosas son azarosas a nuestros ojos porque están enterradas en nuestra propia estructura, es intrínseca como la aleatoriedad de la mecánica cuántica del momento de la emisión de una partícula del núcleo de un átomo. La aleatoriedad puede ser real o únicamente la proyección de nuestra incapacidad para entenderlo que está pasando.

Tengo la impresión de que las mujeres de nuestra generación, las que han puesto tanto empeño en sus vidas profesionales, creen que pueden tener hijos a edad tan avanzada como los cuarenta. Pero es aleatorio.

—¿El qué?

—Algunas mujeres pueden tener hijos más tarde y otras dejan de ser fértiles mucho antes, incluso a los treinta y dos. Así que a muchas mujeres las pilla por sorpresa el no poder tenerlos porque lo han dejado para muy tarde.

—¿Y Emily de cuáles era?

—Ella podía tener hijos por entonces, a los treinta, pero lo que quiero señalar es que algunos *hombres* sienten el deseo de tener niños a los cuarenta y cinco y otros antes. Tal vez se trata sólo de eso: mi instinto, mis impulsos, se conectaron para desencadenar un deseo de hijos en cuanto llegué a la madurez. Eso no es un hecho exclusivamente aleatorio, pero tampoco lo es una explicación basada en la neurosis, en un deseo de reparar el pasado. Después de todo, la misma causa —una infancia difícil— podría haberme dejado el deseo de no tener hijos en absoluto.

—¿Emily dijo que estaba embarazada?

—Yo había pasado cinco semanas en el hospital, y la última vez que habíamos hecho el amor fue dos semanas antes de mi ingreso, las semanas en las que yo me deshilachaba y ella estaba muy ocupada en el trabajo, así que cuando me habló del embarazo y yo reconstruí todo con cuidado, un esfuerzo hercúleo para mí por entonces, pude aclarar que ella se había quedado embarazada entre seis semanas y cinco días y siete semanas antes.

»No podría explicarte lo feliz que me sentí, el intenso placer que me inundó mientras estaba sentado en el banco escuchando. Aunque ella parecía asustada, yo sonreía. Si había algún asomo de duda en su cara, yo no supe verlo sino que sólo veía el miedo que yo pensaba que era la inevitable suerte de las mujeres. ¿Puede la palabra *desgarro* ser más vivida en algún sentido?

Pero yo sonreía para mi, sonreía ante mi propia reacción, que se adueñó de mí por entero. Sonreía porque eso era lo que siempre había querido, porque estaba totalmente preparado para ello, porque siempre, había deseado hijos y pensaba que quería tenerlos con Emily; todo eso sentía en mi interior en el banco en el jardín y por eso sonreía.

Cuando le pregunté si podíamos decírselo a los demás, ella respondió que quería esperar un poco, como hacía la gente, y contarlo ella misma, cuando estuviera preparada, y yo dije que lo entendía. Yo era tan comprensivo, ya ves, tan estúpidamente comprensivo.

Y un día empecé a hablar de nombres. Hay lugares del mundo donde a los bebés no se les pone nombre hasta semanas, incluso meses, después de su nacimiento, lugares en los que la mortalidad infantil es tan elevada que los padres no les ponen nombre porque no quieren encariñarse demasiado. Creo que lo de poner nombre fue un gran error, pero ella no estaba de acuerdo, y estaba allí, empujando a mi lado. Es posible que yo girara la llave de contacto, pero ella pisó el acelerador; se puso a hablar sin parar.

—Jasper —dijo—. Me miró de cerca. ¿Iba yo a sugerir algo un poco más en sintonía con la tradición del padre del niño?, ¿un nombre bangladesí?, ¿musulmán?

—O Charlotte, sí es niña —dije.

—Me gusta Charlotte. Phoebe también es bonito —añadió todavía mirándome de cerca—. ¿No haría yo un guiño hacia el este, ni siquiera tantearía uno de esos nombres transcontinentales como Jasmine o Sara? ¿O me pondría exótico como con Scheherazade o Salomé? Pero, un momento, ¿pensaba ella en el apellido, el nombre familiar?, ¿asumía que el niño llevaría mi apellido, de manera que su nombre pudiera ser occidental, que le correspondía a ella elegirlo? Yo no había pensado en el matrimonio, no desde que ella se había reído cuando se lo propuse, pero ¿estaba la cuestión ahora sobre la mesa?

—No quedan muchos Hampton-Wyvern —dijo—, sólo mi hermano y yo.

—Y tus padres y tu madrastra.

—Ésa es la esposa de mi padre, no mi madrastra —me espetó.

Lo que no iba a decir Emily, porque implicaba una idea desagradable, es que la esposa de su padre no podía tener hijos y por tanto no podía tener descendencia que llevara el apellido Hampton-Wyvern; lo que le repugnaba

era que su padre hubiera podido desear siquiera tener hijos con su nueva esposa, la más joven señora Hampton-Wyvern. Emily me había contado que la mujer no era fértil —otro ejemplo de intimidad poscoital—, pero eso sólo plantea una pregunta: ¿cómo lo sabía Emily? No se lo pregunté entonces porque las raras ocasiones en que era comunicativa no me atrevía a interrumpirla, porque yo siempre sentía curiosidad por saber qué era lo que ella, por voluntad espontánea, quería contar. Pero la pregunta sigue ahí. ¿En qué tipo de conversación surgen estos temas? *Papá, ¿vas a tener más hijos?* Y entonces el padre tranquiliza a su hija, entregando la tragedia personal de su nueva esposa para calmar a sus hijos y facilitar su propia relación con ellos. *Cariño, no vamos a tener más hijos. No podemos.*

—Me pregunto —dijo— si no podríamos ponerle mi apellido.

—Por mí, bien. Me da igual —dije.

Lo que era mentira. ¿Cómo iba a ser verdad? La verdad era que todos esos años me había fascinado su apellido. Lo había visto por primera vez en una nota que te había dejado en el tablón de anuncios de la universidad. Lo había vuelto a ver en un *flyer* para un concierto en la University Church, en cuyo ensayo la vi por primera vez. aunque ella no me vio. un encuentro que yo jamás le mencioné. ¿Qué iba a decirle?, ¿estaba espiándote?

La verdad era que los nombres tenían un significado para mí y el suyo significaba todo. La gente cambia de opinión por mucho menos. ¿Sabías que hay dos formas de cambiar tu nombre en Inglaterra? La primera es mediante una escritura unilateral, un documento legal con el que comunicas tu nuevo nombre al mundo. La segunda es cuando te bautizas, cuando comunicas a Dios tu nuevo nombre, y la ley del país se inclina ante la ley divina. Dar a mi hijo el apellido de Emily era un acto *purificador* para mí. Por más ofensivo que suene ahora, eso éralo que significaba. Era un medio de romper los lazos con la bastardía, con mis padres, de dejar atrás la servidumbre.

Las semanas que siguieron a mi salida del hospital, las que me alojé en la casa de Penelope Hampton-Wyvern, pasaba los días leyendo, sentado en el jardín o jugueteando con el piano. Penelope estaba fuera la mayoría de los días.

Durante siete semanas después de que Emily me lo dijera, hablamos del bebé. Hablábamos de nombres; me maravilló la tecnología de los cochecitos, descendientes de los módulos lunares: y nos detuvimos delante de Baby Gap,

donde yo señalé la ropa y comenté lo ridículo que era gastar esa cantidad de dinero en ropa para un bebé, aunque tuve que admitir que era monísima y que el bebé parecería adorable con ella y ¿por qué no? Hablamos de cunas y dije que me gustaría hacer una y ella me miró con curiosidad. Hablamos de cómo se lo diríamos a los demás cuando llegara el momento. Ella primero se lo diría a su madre, dijo, como respuesta a mi pregunta directa, luego a su padre, y luego podríamos decírselo a los demás. Pero nunca hablamos de matrimonio, sin contar aquella vez, cuando su risa me había herido, y aun así, cuando se quedó embarazada, di con la forma de digerirlo, de manera que el dolor casi había pasado, algún vestigio de orgullo o del instinto de conservación había aislado el tema tras un muro. Tal vez a ella no le importara el matrimonio, pensé. Después de todo, ¿no formábamos una pareja improbable?, ¿no nos habíamos forjado en el homo de la modernidad, como dos personas que se habían salido de sus respectivas tradiciones? Nosotros éramos otra cosa. El matrimonio era feudal, y ella y yo éramos la nueva república.

Ésa era la historia que me contaba a mí mismo, pero ella me preguntó una vez si había pensado en las escuelas.

—Ya he estado. ¿Crees que debo volver?

—Para el niño.

—Pensaba que podíamos saltarnos todo eso y criar al niño como un animal salvaje. Podríamos hacer un experimento serio sobre la adquisición del lenguaje, ¿qué te parece?

—¿Tienes alguna objeción a las escuelas privadas?[43]

Por fin se encendió la bombilla. Sólo la expresión, *escuelas privadas*, lo decía ya todo. Por supuesto que ella sabía que no me hacía falta ninguna traducción, habíamos mantenido bastantes conversaciones en las que habían aparecido las escuelas *públicas* de élite, así que, ¿a qué venía decir ahora escuelas *privadas*? Pero, un momento. En las conversaciones en que ella había comentado la escolarización de alguien, nunca había tenido que usar la fórmula escuela *pública* de élite. Después de todo, nadie dice *Eton, la escuela pública de élite*, ¿no? Todo el mundo sabe qué es Eton, todo el mundo conoce Winchester, conoce Harrow. Ella nunca tenía que identificar Harrow como la *escuela pública de élite*. ¿Se había convertido la educación en una cuestión potencialmente conflictiva ahora que había que tomar una decisión? ¿Creía ella que la expresión *escuelas públicas* hacía notar la ironía inherente, el que

no tenían nada de públicas? ¿Creía que no podía hablarme de escuelas públicas a mí. que había sido educado, a falta de mejor palabra, en escuelas estatales, imaginaba que yo debía de pensar que las escuelas públicas eran el demonio encamado, el separador de clases, la bifurcación desde el principio del camino? ¿De verdad creía ella que yo me opondría? ¿No entendía lo mucho que yo ansiaba desprenderme de mi historia, que no es que me importara un poco sino que me importaba mucho que mi hijo no tuviera que recorrer el menor trecho del camino que yo había andado? Por mi parte no se trataba de una concesión sino de un alivio. La nueva república no se encallaría golpeando el yunque de la revolución, no si implicaba ese sacrificio.

—Ni la más mínima —respondí—. Nada me importa más en el mundo que darle al niño el mejor comienzo que pueda en la vida.

No dijo nada, pero pareció inquieta. Siguió un silencio. Yo esperaba una respuesta.

—¿Es que te he malinterpretado?, ¿eres *tú* la que tienes objeciones a una enseñanza privada? —le pregunté.

—No, qué va —dijo, y sonrió, una sonrisa para sí misma.

No sé adonde iba aquella conversación. Su madre apareció en la puerta principal, así que acabó. Y dado que algo en ella la había hecho tan incómoda, yo no volví a sacar el tema.

A las quince semanas, medía quince centímetros. Su sexo es predecible con casi un cien por cien de precisión. Definitivamente ha pasado a ser un él o una ella en crecimiento. Él o ella pueden hacer movimientos independientes. Él o ella son, en resumen, tan fáciles de imaginar que sólo con un esfuerzo consciente puedes dejar de hacerlo, e incluso entonces sólo te estarás diciendo que no pienses en algo. La información pinta una imagen vivida, y ésa es la razón por la que los que limitarían el derecho a elegir de una mujer lo primero que hacen es *informarla*. negar el derecho de un ser humano a elegir cómo ser informado o no serlo en absoluto. Pero ¿qué pasa con la pareja que desea tener un hijo? ¿Quién puede negarles las fantasías, las ensoñaciones de él y de ella, las visiones de un futuro ser humano?

Había señales, pero yo no las percibí. Ella, como he mencionado antes, había vendido su apartamento mientras yo estaba en el hospital, y buscaba otro, alojándose mientras tanto en casa de su madre, como yo. Yo apenas me impliqué en la búsqueda, sólo la acompañé en una ocasión a visitar una finca,

un apartamento muy parecido, pensé, al que había abandonado, puede que con la única diferencia de que estaba en una zona mejor, algo que yo no habría entendido si no fuera por mi rápida inmersión en su mundo.

Durante esas siete semanas, nunca hablamos de dónde viviríamos —los tres—.

No percibí las señales porque estaba enamorado de una forma completamente nueva. ¿Cómo se habla de ese tipo de amor? Amaba al bebé antes de que naciera, antes de que Dios creara los cielos vía tierra, ya sabes, antes de que surgiera la noción de naciones, antes de que ninguna planta hubiera encontrado la memoria de su flor. Incordiaba a Emily en la cama para que me dejara escuchar, y anunciaba ante el más mínimo estremecimiento, sin duda imaginario, que el niño era un pateador. *Éste es un pateador nato*. Pensaba en cómo jugaría con el bebé y cuando fuera pequeño y de chaval. Imaginaba que le hacía juguetes de madera, una casa de muñecas, una casa en un árbol, un caballito balancín. Dibujaba bocetos. Pensaba en los tipos de madera. Nada de contrachapado porque los bordes se astillaban. Fantaseaba respondiendo las preguntas de la criatura. Eso era lo que más me gustaba. Jasper haciéndome preguntas, un por qué detrás de otro, y yo le daría la respuesta y esperaría el siguiente por qué o le diría que no lo sabía pero que podríamos averiguarlo, e iríamos a la biblioteca y buscaríamos la información o nos sentaríamos delante del ordenador, Jasper en mi regazo, y sacaríamos imágenes de mariposas y dragones, y yo le diría que nunca confundiera los nombres de las cosas con las cosas mismas, menos aún con la comprensión de lo que son, y lo diría sabiendo que me dolería verle aprender, porque conocía la cruel realidad que le aguardaba, que la comprensión no es algo que nos dé esta vida. Y me acostaría en la cama, con él en medio, y Emily dormida, su cuerpo que tantas veces se había acurrucado formando un interrogante ahora sería un eco de la posición fetal; ella duerme, pero yo no, demasiado asustado por si nos echamos encima del pequeño, de Jasper, y le susurro en la curva de su oreja: *tu padre te ama hasta el infinito*, y añadía en voz baja, con una fuerza que me aterraba: *y nunca subestimes el infinito*. Y aprendería que cuando sostienes en tus brazos tres o cuatro kilos de ser humano nuevo, esos kilos te enseñan por primera vez, contra todas las leyes de la ciencia, cómo algo puede pesar tan poco y tanto a la vez. A otra edad le enseñaría a jugar al ajedrez y empezaríamos con la versión sencilla del juego, cada uno con sólo

un rey, una reina y un peón, un juego nuevo y familiar, y le prometería que yo jugaría sólo con una mano, y él se reiría y movería las piezas precipitadamente y yo pondría mis tres piezas en una casilla y él se reiría otra vez porque —me encantaba pensar— algo en él comprende algo en mi.

Hubo otras señales. Hubo un momento en que creí que todo saldría a la luz, Emily, Penelope y yo estábamos en la cocina y Penelope preparaba té, Sacó un cartón de leche de la nevera, y, cuando la puerta se abrió girando sobre las bisagras, se quedó quieta, como si el tiempo se hubiera detenido, como si tal vez se hubiera dado cuenta del brillo del cutis de su hija o de la suavidad de sus habituales aristas.

—Tienes un aspecto estupendo, cariño —le dijo a su hija.

Pero no creo que Penelope fuera más allá. Si le había pasado la idea por la cabeza, había aparecido tan baja en el horizonte como para que apenas fuera visible. Tal vez había negado con la cabeza, no sabría decirte. Su hija permaneció en silencio, y si ahora me parece recordar que Emily miró hacia mí, también es probable que ella evitara mi mirada deliberadamente.

Un día, siete semanas después de que saliera del hospital, y sólo unos días después de ese incidente en la cocina de Penelope, Emily me llamó desde el trabajo. Yo estaba sentado en un escritorio de roble en el despacho.

—Lo siento, amor mío —dijo—. Lo siento, pero no estoy preparada. Quiero tener el niño, pero no estamos preparados. Ahora, tú eres lo primero. Tenemos que recuperarte.

No dije nada. Por poco que me conozcas, no me preguntarás por qué acepté sino por qué no dije nada. Cuando empecé a pensar por qué— no lo hice, la respuesta se me presentó en una sucesión de errores, aproximando algo difícil de encontrar, algo oscurecido por capas de emoción. Parece que la respuesta es, finalmente, bastante prosaica. Creía que ella me necesitaba, que esa mujer inteligente y hermosa, que seguramente no tenía ninguna razón para amarme, me necesitaba entonces.

—No puedo hacerlo sola, cariño —dijo—. No tengo las fuerzas. Ven conmigo. ¿Me cogerás de la mano?

Cuando intento recordar aquel día, lo único que consigo convocar ante mis ojos son simples fragmentos, como si ese día el sol hubiera iluminado por partes. Sabemos o creemos que además de adoptar la forma de una onda, la luz posee una forma cuántica de paquetes discretos. Y desafiando la intuición,

estas dos formas existen juntas, al mismo tiempo, si es que existen. Es la simultaneidad de los contrarios lo que me gusta, la existencia coincidente de estados contradictorios. Nunca he estudiado mecánica cuántica ni relatividad; era un matemático demasiado puro en mi juventud. Pero ahora me alegro de tener sólo nociones vagas de esos temas, esas nociones que llegan a la conciencia popular, porque el aire difuso que rodea sus márgenes me permite concebirlos de forma tal que resulten un consuelo. Me acuerdo de lo que dijo Einstein ante la muerte de su amigo: *Ha dejado este extraño mundo un poco antes que yo. Eso no tiene importancia. Para nosotros, los físicos convencidos, la distinción entre pasado, presente y futuro no es más que una obstinada y persistente ilusión.*

Por la tarde, cuando ya anochecía, cruzamos al sur del río, a un lugar donde estas cosas se hacen con discreción, privada y oportunamente durante las horas que no requieren ausentarse del trabajo ni dar excusas. En la sala de espera, me senté con ella, cogiéndole de la mano. Evité el contacto visual con los demás, algunas parejas y unas pocas mujeres solas. Compadecía a las mujeres solas, y me fijé en que las parejas se apretaban con fuerza las manos unos a otros. Tal vez, pensé, éste es un tipo de muerte, la insensibilidad producida por la vulgar realidad de la vergüenza. No me gustaba aquella sala.

Durante las semanas y meses siguientes, ese día concreto volvería a mí, no como una fecha incierta de un nacimiento inconcluso sino como ese día concreto con su certidumbre inflexible. Durante la hora que pasé esperando, entendí la naturaleza de mi propia necesidad. Necesitaba creer que lo que había llevado dentro le importaba, tal vez no tanto como a mí, pero que sí le había importado de algún modo. Y no me bastaba con escucharlo, tenía que sentirlo en el músculo de mi corazón.

Dentro del taxi, busqué su mano. ¿Qué era lo que había pasado exactamente? Yo no lo sabía. ¿Significa esto, me pregunté, que en el quirófano, en algún rincón de aquel quirófano, en una bolsa de plástico o un cubo de la basura, en el que estaban grabadas palabras como *materia orgánica*, es donde está algo, algo que no es un niño sino que era el centro de una visión del futuro, mi visión, que ya había adquirido mi amor, que no se lo había ganado, ni merecido, un amor que se remontaba a través de mí, a través de generaciones de evolución?

—¿Puedo preguntar qué te han hecho? —le dije.

—Me hicieron un ultrasonido —respondió—, luego me dieron una pastilla y tengo que repetir dentro de dos días.

—¿Otro ultrasonido?

—No, tomar otra pastilla.

La carretera volvía al norte y cuando cruzábamos el río me asomé a las cintas plateadas que se retorcían sobre el agua, y sentí que estaba presenciando un momento que recordaría. Pero cuando el murmullo de la ciudad se alzaba a nuestro alrededor, la mano de Emily se soltó de la mía. Su mano se escurrió y supe que ese niño me seguiría todos los días de mi vida.

¿No tengo derecho al duelo?, ¿no tengo derecho a mis emociones?, ¿ha de considerárenos responsables de los sentimientos más profundos sobre los que no tenemos control? En cualquier derecho penal civilizado, nuestro estado de ánimo nunca basta por sí solo para condenarnos: tiene que haber un acto. Pero ¿la moralidad nos juzga por nuestros sentimientos?

—No tienes que justificarte de nada conmigo, Zafar.

Eso es lo que me estaba preguntando a mí mismo. Y al no decir nada antes, creí que había perdido el derecho a hablar después, el derecho simplemente a expresar mis sentimientos, que no eran de arrepentimiento sino que tenían más que, ver con el duelo.

—¿Sabes de qué está hecho un periodo? Es más, ¿sabes de qué está hecho un árbol?

—¿Un árbol?

—Para ser preciso, ¿sabes dónde se hace la materia de un árbol?, ¿de dónde viene esta materia?

—¿Es una pregunta trampa?

—No tiene truco.

—Obtiene sus nutrientes de la tierra —dije.

—Un árbol está hecho básicamente de madera y la madera es básicamente carbono, que es por lo que sirve para hacer fuego. ¿De dónde procede el carbono? Los árboles captan el dióxido de carbono de la atmósfera y exhalan oxígeno. La fotosíntesis extrae el oxígeno, el dióxido, del dióxido de carbono y libera en la atmósfera, pero ¿qué pasa con el carbono? El carbono se queda en el árbol y el árbol crece. En otras palabras, el árbol se alimenta del aire.

—No lo sabía.

—En alguna parte leí una historia en la que una mujer decía que cuando era una adolescente a punto de entrar en la pubertad, su madre, una irlandesa de Boston, le explicó que un periodo era el llanto del cuerpo porque no había nacido un niño.

—Qué espanto.

—¿Sabes qué es el periodo de un mujer?, ¿de qué está hecho?

—¿No es la placenta?

—Es el endometrio. La placenta sólo se forma cuando una mujer queda embarazada. El endometrio es una membrana que recubre el útero. Impide que las paredes del útero se peguen.

—Bueno, eso tampoco lo sabía.

—Ni yo, pero seis meses después de la interrupción del embarazo, investigué un poco. Ya te dije que le pregunté a Emily si sabía algo de ti. íbamos en un taxi. De camino a un restaurante, y mientras rebuscaba su polvera, se le escapó que no había hablado contigo desde que yo estaba en el hospital. Déjame que te cuente lo que pasó en el restaurante.

Hacia el final de la cena, sonó el teléfono de Emily y, como siempre, se alejó para contestar la llamada. Yo me quedé sentado dando sorbos al café, con un ojo atento al camarero para pedirle la cuenta. En la mesa de al lado había dos mujeres, que debían de mediar la treintena, supuse, aunque no las vi de frente, No estaban sentadas la una ante la otra sino formando un ángulo recto más íntimo, y yo estaba detrás de ellas. Sólo pude escuchar un retazo de su conversación, cuando una de ellas dijo con cierto agobio: *Ya sabes que tienes que tomar una decisión pronto. No puedes tomar la píldora después de nueve semanas. No te dejarán, y después de eso las cosas se complican mucho más.*

Tras oírlo, hice algunas investigaciones y un poco de aritmética. Todo se reducía a saber contar y también por dónde empezar.

Emily había tenido un aborto médico. Lo dijo ella misma, eso es lo que significa que te hagan un ultrasonido y te den una pastilla un día. y otra dos días después, y ella no tenía ninguna razón para mentir al respecto. Y yo estaba delante cuando empezaron los calambres, cuando se escondió en el lavabo. He pensado por qué no mintió entonces, cuando le pregunté qué había pasado en la clínica, y me parece bastante razonable pensar que estaba preocupada

cuando le pregunté, demasiado preocupada para pensar en las ramificaciones de lo que estaba contando. Y tal vez confiaba implícitamente en la ignorancia de un hombre del funcionamiento del cuerpo de una mujer, por no mencionar de los pormenores de esa medicación.

Cuando me dijo que estaba embarazada, calculé que debía de estar de siete u ocho semanas, y, según esas cuentas, habría estado de quince semanas cuando tuvo la interrupción. Pero en el Reino Unido, en el 2000, los médicos no podían recetar la píldora abortiva en embarazos de más de nueve semanas. Así que me había mentido sobre la gestación.

—¿No podría haberse equivocado?

—Sólo sí se equivocó cuando me lo contó, pero no cuando habló con el médico. Incluso aunque se equivocara, se plantea la pregunta de por qué no corrigió mi error de cálculo en cualquiera de las muchas ocasiones en que quedó de manifiesto.

—Ya, entiendo.

La siguiente pregunta es: ¿por qué iba a mentirme sobre la gestación? En primer lugar, no podía haberse quedado embarazada después de que yo saliera del hospital. Para empezar, hacía una semana que había salido cuando me dijo que estaba embarazada. Eso no es, casi con seguridad, tiempo suficiente para quedarse embarazada y saltarse un periodo. ¿Sabes? La ventana de fertilidad es, aproximadamente, un intervalo de seis o siete días centrado alrededor de la marca de decimocuarto.

—¿Qué es la marea del decimocuarto día? No soy tan listo como tú. tendrás que ir más despacio.

—Claro que eres listo. Lo que pasa es que no le has prestado tanta atención como yo. Catorce días después del UPM.

—¿El UPM?

—El primer día del último periodo menstrual de una mujer.

—Vale, me he perdido.

—Si tuvo una falta —prosiguió Zafar—, se hizo una prueba de embarazo y me contó que se había quedado encinta el mismo día, tendría que haberse quedado embarazada al menos diez días antes. Pero yo estuve ingresado hasta siete días antes de que me lo dijera. Dilo de otro modo, si ella y yo nos hubiéramos acostado el mismo día que salí del hospital y ella se hubiera quedado embarazada como resultado, no podría haberlo sabido hasta, al

menos, diez días después, como muy pronto, lo que significa que no lo habría sabido al menos hasta tres días después de cuando me lo dijo. ¿Lo entiendes?

—Doy por sentado que has echado las cuentas.

—A decir verdad, eso es exactamente lo que hice. Preparé una hoja de cálculo para pasar una prueba de estrés a las cifras.

—¿Lo dices en serio?

—Habría sido estúpido de no hacerlo. Tenía que asegurarme.

—¿De manera que la dejaste embarazada antes de ingresar en el hospital?

—Nos habíamos acostado dos semanas antes de mi ingreso. Pasé cinco semanas en el hospital. Ella tuvo la interrupción ocho semanas después de que yo saliera. Eso suma un total de quince semanas. Ella tuvo un aborto médico lo que, como te digo, implica que no podía estar embarazada de más de nueve semanas cuando se sometió a la interrupción. En otras palabras, no pude dejarla embarazada antes de ingresar en el hospital y, en realidad, no pudo hacerlo nadie, no antes de mi ingreso. Pero podemos acotar todavía más el intervalo. Acuérdate: ella llevó al niño en su interior durante siete semanas desde que me dijo que estaba encinta, y me lo dijo una semana después de que yo saliera del hospital. Lo que significa que debió faltarle un periodo antes, si hubiera tenido dos faltas, habría estado como mínimo de seis semanas cuando me lo dijo y no le habrían hecho un aborto médico cuatro semanas más tarde. Si haces las cuentas, asegurándote de tener presente el dato de que sólo había tenido una falta, no dos, cuando me lo dijo, y el hecho de que el reloj de un embarazo se pone en marcha oficialmente con el UPM, entonces la conclusión es que concibió en algún momento durante la segunda semana que yo pasé hospitalizado, día arriba día abajo. Ya sé lo que estás pensando.

¿Sabía Zafar lo que yo estaba pensando? Sí, vi a Emily durante aquellas semanas. Sí, hice algo más que verla. Habían transcurrido años, pero recordaba exactamente cuándo fui a visitarla. Aquel sábado, el cumpleaños de mi padre, recordé que Emily me había dicho que Zafar había ingresado en el hospital el martes de la semana anterior. *¿El martes pasado?*, le había preguntado. *No, el de la semana previa*, respondió. *Y has esperado todo este tiempo para avisarme*, pensé. Y más tarde había reflexionado sobre el sentido del martes. El martes, un día sombrío, el día que el padre de Zafar libraba del trabajo, me había contado él una vez, aunque eso no era una explicación de nada, pensé entonces.

—Te estás preguntando —prosiguió Zafar— cómo sé cuánto duraba su ciclo. El noventa por ciento de las mujeres tienen ciclos de una duración entre veintiún y treinta y cinco días. Pero ¿qué pasa si su ciclo no se salía de esos márgenes? ¿Es de veintiún o de treinta y cinco días? Lo genial es que no me hace falta saberlo; la conclusión es la misma, Eso es lo que muestra la prueba de estrés a la que sometí las cifras. Aunque, por si sirve de algo, también sé que su ciclo se acercaba mucho a los veintiocho días.

—Debería decir que lo siento, ¿no?

Zafar no respondió.

—Creo que necesito explicarme.

—Pasé seis meses de duelo por una pérdida..., una pérdida que... ¿cómo puede una explicación de *tus* actos trastocar nada... trastocar el duelo, trastocar las consecuencias de... las consecuencias? No me enteré hasta más de *ocho* meses después. Yo estaba en el hospital cuando... en el hospital.

—Te debo una explicación.

—No puedes decir que lo sientes y dar una explicación —dijo Zafar—. ¿Para qué se supone que sirve una explicación, aparte de para hacer que *tú* te sientas mejor? Y si una explicación es una justificación, entonces ¿por qué decir que se siente? Y si no es una justificación, entonces se trata de una confesión en busca de absolución. ¿*Explicación?*

—Pero yo no debería haber... No debería...

Estábamos sentados en silencio, Zafar y yo. La cocina olía todavía a la comida tailandesa que habíamos cenado la noche anterior. La asistente vendría al día siguiente. Pensé en todo lo que había sufrido Zafar, el dolor de la pérdida de un hijo, porque para él había quedado claro que lo era. Como había escrito en uno de sus cuadernos: *nevamos a las personas en nuestras cabezas, que es donde suceden las muertes*. Había puesto tanto en la idea de la criatura, mucho más que la mayoría de los hombres, tal vez. La gente cambia. Él había hablado de distribuciones, curvas de campana, la aleatoriedad que te sitúa en algún punto de la curva, a la mayoría amontonada en el medio, la mayoría, pienso.

ni de lejos tan implicada, algunos incluso mirando atrás sin siquiera una punzada de pesar o lamento, y otros, como él, totalmente entregados. Él sabía que el niño le había importado, y ¿no era eso lo que quería de Emily? Saber que el niño le importaba a ella también. Él sabía que el niño le había

importado tanto por razones que procedían de todos los recovecos de su propia identidad. Si ésa era una premisa errónea a partir de la que traer un ser humano al mundo, al considerarlo como cualquier otra cosa que no sea un ser humano distinto e independiente, también me parece que es un argumento enteramente irrelevante para el dolor. Los sentimientos, el corazón mismo de lo que es un hombre... merecen nuestro respeto aunque nunca necesiten ganárselo.

—¿Cómo te sientes ahora al respecto? —le pregunté.

Zafar no respondió, no al momento.

—Pensamos en la memoria como si fuera un disco duro —dijo— y, en ciertos sentidos lo es, pero también es algo completamente distinto. Es un escenario y un director, y con el tiempo la obra cambia, los personajes cambian, pero es una obra divertida porque perdemos devástalo que esos personajes fueron para nosotros. La memoria no es estática sino algo en movimiento, y, dado que somos pasajeros sin un marco de referencia, el movimiento es imperceptible, de manera que en cualquier momento dado del tiempo, lo único que tenemos es un conjunto de recuerdos, algo del presente instantáneo V no del pasado. En algún sitio leí a un investigador explicando que cada vez que recordamos algo, nuestra memoria futura de ese recuerdo cambia, como si rescribiéramos o sobrescribiéramos la memoria con una nueva memoria después de cada uso en un palimpsesto en desarrollo. Lo cual, me parece, debe dificultar el perderla memoria de algo cuya memoria deseas perder vivamente, que es como decir que si la memoria nos hace algún bien es porque a veces algunas cosas son felizmente olvidadas. ¿Tienes un cigarrillo?

Escuchando a Zafar, me sentí más apesadumbrado, más arrepentido de lo que ya me sentía. ¿Es eso lo que estaba haciendo, esperando a olvidar?

—Me parece que tengo algunos puros en el estudio —dije.

—¿Puros? Bueno, ¿por qué no? Ahora es un ocasión tan buena como cualquier otra.

Volví del estudio con los puros y también con cigarrillos, pues había recordado que había visto una cajetilla en una estantería.

—Es posible que los cigarrillos estén rancios —dije al dejar la cajetilla sobre la mesa. Le tendí un puro, pero Zafar lo rechazó. No me miraba y me di cuenta de que llevaba un buen rato sin hacerlo. Me entristeció.

Encendió un cigarrillo, inhaló profundamente y dejó que el humo saliera

filtrándose de su boca. Antes le había preguntado cómo se sentía ahora respecto a todo lo que había pasado. En ese momento recuperó el hilo.

—Me pregunto —dijo—, ¿qué puedo permitirme esperar?

Vi que sus ojos adquirían una expresión, la del crepúsculo de la soledad, por tomar prestadas las palabras de mi amigo en otro contexto, y con el paso del tiempo observé que esos ojos se retiraban aún más profundamente entre las sombras.

—Sé —dijo— que cada recuerdo es sólo una obra en curso, en transformación. Pero algún día, si llego a esa mecedora en el porche, espero que todo esto, el amor y la pérdida, que todo volverá como poco más que algo que pasó en algún sitio hace mucho.

20

EL EVANGELIO DE SANTO TOMÁS

Cuanto más pienso en el lenguaje, más me asombra que la gente llegue siquiera a entenderse.

—KURTGÖDEL

¿No sería mejor si no intentáramos comprender y aceptáramos el hecho de que ningún ser humano comprenderá jamás a otro, ninguna esposa a su marido, ningún amante a su amada, ningún padre a su hijo? Tal vez por eso los hombres han inventado a Dios: un ser capaz de comprender.

—GRAHAM GREENE,
El americano impasible

Y si le angustia y atormenta pensar en su infancia y en la sencillez y quietud que van con ella, porque ya no puede creer en Dios, que en ella aparece por todas partes, entonces pregúntese, mi estimado señor Kappus, si de verdad ha perdido a Dios. ¿No se trata, más bien, de que nunca lo ha poseído? Porque ¿cuándo podría haberlo poseído? ¿Cree usted que un niño puede retenerlo, a él, al que los hombres sólo pueden sostener a duras penas y con esfuerzo y cuyo peso doblega a los ancianos? ¿Cree usted que cualquiera que lo poseyera de verdad podría perderlo como si fuera una piedrecita, o no cree más bien que

quienquiera que lo tuviera sólo podría ser perdido por él? Pero si sabe que él no estuvo en su infancia, y tampoco antes, si sospecha que Cristo fue engañado por su anhelo y Mahoma traicionado por su orgullo —y si le aterra sentir que no está presente ni siquiera ahora, en este instante en que hablamos de él—, ¿con qué derecho pretende entonces echarlo de menos a él, que nunca estuvo, como a alguien que ha fallecido, y buscarlo como si se hubiera perdido?

—RAINER MARIA RILKE.

Cartas a un joven poeta

En Islamabad, cuando salí del aeropuerto al vestíbulo exterior me recibió un hombre de mediana edad con un traje que no le quedaba bien y que sostenía en alto un cartel con mi nombre.

—¿Viene de Kabul, señor? —preguntó el hombre.

—Sí.

—Éste es un coche de cortesía. Le llevo dónde usted quiera.

—A un hotel. Cualquiera menos el Marriot.

Había leído que el Marriot era un hervidero de medios de comunicación mundiales y de altos funcionarios de organizaciones multilaterales, oenegés y agencias de donantes de visita. El tejado era, como ya mostraban las fotografías, una jungla de antenas parabólicas.

—Muy bien, señor.

En el hotel dejé mi bolsa en la habitación y volví abajo, al centro de negocios, donde entré en mi cuenta de correo. Esbocé un mensaje para Hassan Kabir explicándole que, después de tres días en Kabul, tenía la impresión de que la ISAF y la UNAMA estaban demasiado ocupadas para tratar con peces tan pequeños como yo. Cliqueé en Enriar y cuando la pantalla se actualizó ri que tenía un *email* de Emily.

"¿Dónde estás?»

«En Islamabad», escribí.

Mandé, inmediatamente mi breve respuesta y luego intenté reservar un billete para Dubái. No había vuelos directos de Islamabad a Dacca ni, ya puestos, tampoco a Delhi; creo que no se permitía que los aviones que salían de Pakistán sobrevolaran el espacio aéreo indio. Anoté los números de

contacto para las reservas telefónicas a Emiratos y los de la PIA y volví a comprobar el correo.

Tenia otro mensaje de Emily.

«¿Dónde en Islamabad?»

Era difícil responderle. Incluso entonces, en aquellos momentos agónicos, pese al aseo, el horror y las oleadas de rabia, quería decirle dónde estaba, dónde podía encontrarme, de manera que ella pudiera coger el vuelo siguiente, imaginaba yo, correr a mi hotel en Islamabad, sobornar al conserje para que le dijera mi número de habitación — es para darle una sorpresa, le diría (¿y no era esa la verdadera razón por la que quería un hotel que no fuera el Marriott, infestado de agentes de seguridad?) O a lo mejor pedía el número de teléfono de la habitación, para llamar desde un teléfono en el vestíbulo, diría, pero en lugar de eso se fijaría en los últimos cuatro dígitos, se dirigiría al ascensor y llamaría tímidamente a mi puerta y, cuando yo la abriera, esbozaría una gran sonrisa, una sonrisa refleja, me declarararía su amor y todo lo demás. Era la parte más indecorosa y censurable de mi. Y aun así, la otra parte, la que no quería decirle dónde me alojaba, era igualmente cómplice de delatarme, por rebajarme ante mis propios ojos, por no querer decírselo no porque no quisiera tener nada más que ver con ella sino porque no podría soportar la espera, el no saber si ella vendría o no. Menuda maraña de negaciones, dobles y triples. Habíamos roto, ¿no? Hacía unos meses, quedó claro que se trataba de algo definitivo cuando me fui a Dacca, a Bangladés, porque ¿quién iría allí más que para poner distancia entre una cosa y la otra, entre lo viejo y lo nuevo, un final y un principio? Pero luego los aviones derribaron las torres y todo se jodió, los relojes dejaron de marcar las horas y las agujas de las brújulas saltaron por los aires, y ya nadie sabía dónde estaba ni en qué momento vivía. He leído que durante las semanas posteriores, hubo un aumento en el número de parejas que se comprometían. He leído que después del 11S, se disparó el número de gente que optaba por conducir en lugar de coger un avión para ir del D.C. a Boston, o de Nueva York a Chicago, y, según parece, murió más gente en el consiguiente incremento de accidentes de tráfico durante los seis meses posteriores al 11S, contando sólo ese aumento, que en los propios ataques. Todo eso es irracional, claro, la reacción a los ataques, las reacciones humanas individuales y las reacciones políticas colectivas. Emily y yo casi habíamos roto, un final definitivo trastocado por el 11S, que

irrumpió en los días de ambigüedad al final de una relación. ¿Cómo dice ese verso del poema de Larkin? *Discurso ilusorio que dice que ningún ser racional puede temer lo que no sentirá*. Y ahí estaba yo, preguntándome cómo responder a la pregunta de Emily, qué escribir, mirando fijamente la pantalla pero percibiendo mis dedos suspendidos sobre el teclado.

Preguntas si la amaba y yo te digo que sí y que no. Llevo aquí más de tres meses, ¿y cuántas veces has hablado tú de Meena?, y, pese a todo, yo sé que deseas estar con ella. Lo sé porque nuestros actos no cuentan la historia completa, nunca lo hacen. No se trata de que haya una idea oculta detrás de los actos, sino que todas las omisiones y silencios, la evidencia de cosas no vistas, deben ser tenidas en cuenta si quieres ver algo. Emily significó algo, me rescató y me condenó en el mismo gesto. Puedes decir que eso no es amor, y yo me reí de ti por presumir de que sabes qué es y qué no es el amor de otro. Emily era Inglaterra, el hogar, la pertenencia, mi liberación de un pasado que yo no quería, la promesa a través de los hijos de un futuro que tenía raíces, que estaba destinado a ser tratado mucho mejor por el mundo de lo que lo fue mi madre, la chica que me amaba.

Le respondí diciéndole dónde estaba, dándole el nombre del hotel, y apenas había pulsado Enviar cuando sentí que ya empezaba a esperar. Yo tenía que comprar un billete de avión, a Dubái, desde donde podría coger un vuelo de vuelta a Dacca. Llamé a la línea aérea y reservé una plaza en un vuelo para la tarde siguiente, lo que daba un margen de tiempo suficiente para que Emily llegara a mi hotel, si era eso lo que pensaba hacer. Pero la espera fue terrible. Como si el tiempo hubiera cambiado, como si ya no fuera una flecha volando sino un Buda sonriente sentado ante mí, una figura de la fantasía, con la paciencia para soportar una eternidad de contemplación.

Era una hora avanzada de la tarde. No había comido en todo el día. En un restaurante pedí una bandeja de kebabs que me sirvieron con un pan tan largo como mi brazo. Pedí una ensalada como acompañamiento, pero antes de que llegara estaba saciado de carne y pan. En la habitación del hotel encendí la televisión, pero al cabo de un par de minutos de CNN, la apagué y volví a bajar al centro de negocios para mirar el correo. Ella no había escrito. De vuelta en la habitación, tomé una pastilla para dormir y me acosté.

A la mañana siguiente, bajé y me conecté de nuevo. Tenía una respuesta de Hassan Kabir: Lamento haberle molestado. Piense que planeo estar en Kabul

el próximo miércoles y confío en que podrá reunirse allí conmigo. Si necesita más documentación para viajar, visas o cartas para facilitar la entrada, hágase saber a mi personal.

Tras un desayuno ligero en el restaurante del hotel, volví a mi habitación, donde intenté trabajar en unos documentos legales. Me sentía espléndidamente. Aunque entonces no lo reconociera, ahora puedo decirte que una parte de mí se aferraba a la esperanza de que Emily apareciera.

A las cuatro y media, llamaron a la puerta.

—¿Sí?

—Soy yo.

—La puerta está abierta —dije.

Era Emily.

Hicimos el amor.

¿Llamamos a tu madre y se lo decimos?

Emily no respondió al momento. ¿Era un cálculo lo que veía, el mismo cálculo que yo había visto antes, una y otra vez? Ella me había pedido que nos casáramos y yo había respondido que sí, así que tal vez lo único que yo había visto en aquella mirada era la duda a la que todo el mundo tiene derecho en el momento en que impone su voluntad en el curso de su vida. Debe de ser eso, eso era lo que yo quería que fuera.

—Sí, digámoselo.

Ella habló primero.

—Zafar y yo nos vamos a comprometer.

¿Nos vamos a comprometer?, pensé. ¿Es que iba a haber alguna ceremonia? Por primera vez se me ocurrió que en realidad desconocía los pormenores del trámite, no sólo las formalidades con las que Emily se había criado, como las chicas de su clase, de su posición en la sociedad inglesa, sino el proceso mismo del compromiso y el matrimonio, y lo que sucede en medio, El compromiso como nombre abstracto, las imitaciones de boda como tarjetas con membrete, eso era todo lo que yo sabía. Había una ceremonia de boda, claro, un vestido de novia blanco y una recepción después.

—Ahora estamos en Islamabad. Luego iremos a Londres.

¿Iremos? No tenía razones para discutir con ella. Sí se había adueñado de mí una sensación de gozoso vértigo, por breve que fuera, no se debía a la

perspectiva de casarme sino a que Emily por primera vez me pareció comportarse con resolución conmigo, con un compromiso claro hacia mí, Y eso que yo sabía que lo único que quedaba entre nosotros, lo único que transmitía el nivel exigido de compromiso emocional era el que ella me pidiera que me casara. Tal vez, también, me alegraba el movimiento hacia delante, el cambio en sí, el dejar tanto ir y venir, las ambigüedades y vacilaciones, vías incertidumbres de saberse amado un día e ignorado al siguiente. Siempre hay espacio para el autoengaño, sus posibilidades son infinitas. Y, dado que entonces yo ya lo sabía, dado que sentía la presencia de esas ideas, es por lo que ahora tengo que preguntarme si yo le había seguido la comente en un juego, respondiendo a su farol, obligándola a jugar esa carta.

Emily me pasó el teléfono.

—¿Es eso verdad? —preguntó Penelope con una voz seria y directa.

¿Tendría que reírme de mi mismo porque no me sorprendiera lo más mínimo la pregunta de Penelope? Porque en realidad ¿me di cuenta de que había esperado la pregunta y que además daba por supuesto que me la haría sinceramente, como así fue?

—Es verdad —dije.

Hubo un silencio.

—Me alegro mucho. Felicidades. Es maravilloso.

Penelope siguió en ese tono durante un rato antes de pedir información sobre cómo contactar. Anotó el número del hotel y le devolví el teléfono a Emily.

—Todavía no —dijo Emily.

Evidentemente, Emily respondía a una pregunta y me he preguntado cuál sería. *¿Se lo has dicho ya a tu padre?* O a lo mejor le había preguntado si yo le había regalado ya un anillo, así se habría enterado de que había sido Emily la que había hecho la petición, que ella me había hecho la propuesta de matrimonio y no al revés. Pero creo que esta astuta mujer, madre de una hija que la había considerado deficiente, que se dirigía a ella como «madre» con una voz inexpresiva y seca y que no la había perdonado por el fracaso de su matrimonio —¿eso era todo?—, pues creo que esta astuta mujer muy probablemente le preguntara a su hija si podía dar el paso de anunciar el compromiso. *Todavía no.* había dicho Emily. La misma respuesta que me había dado cuando en realidad no hacía tanto yo le había preguntado si podía contar

que estaba embarazada.

Pero después de la llamada, Emily se animó. Parecía bastante entusiasmada con la idea de matrimonio, de una boda. Su actitud adoptó un aire jovial, y hasta es posible que diera algún saltito y aplaudiera, si su personalidad hubiera tenido esa disposición. Pero ¡sí! La he visto saltar, tal vez incluso dar palmas, he visto los encantadores saltos de alegría de una chica cuando entré en la casa y ella bajó, bajó las escaleras, feliz de verme, tendiendo sus brazos hacia mi hasta apoyar las manos en mi pecho. Hubo muchos momentos como ése, yo no estaba loco del todo.

Sugerí que llamáramos a la compañía aérea y le compráramos una plaza en mi vuelo. Ella me pidió el número de teléfono de la aerolínea, pero no llamó en ese momento, tenía que ir al baño. dijo.

En la cama, avanzada esa noche, habló de la boda.

—Si celebráramos la boda en Italia, en la villa de mi abuela, creo que deberíamos tener un detalle con nuestros sufridos amigos y llevarlos en avión.

—Supongo que podríamos —dije, reflexionando para mis adentros lo poco que tenía que ver «nuestros amigos» con «nuestros amigos respectivos». «Sufridos», pensé, estaba en la frase sólo para justificar el derroche.

Yo sólo podía darle la triste respuesta de *Supongo que podríamos*. Creo que es justo decir que hay mujeres paralas que la boda es de por sí un objeto, una aspiración, de perfección, la encarnación de una idealización que empieza en la más tierna infancia, sigue de pequeña, y va ganando sustancia a través de la adolescencia hasta la edad adulta. Emily era una de esas mujeres. Por otro lado, por mi parte sólo había sentido temor del día de la boda, con quienquiera que me acabara casando. Siempre había sabido que no tendría un matrimonio concertado; siempre había sabido que era improbable que me casara con una mujer que mis padres consideraran apropiada, una musulmana de la provincia de Sylhet de Bangladés; siempre había sabido que las mujeres cultas con ese tipo de orígenes y con una sensibilidad occidental eran muy escasas. Ahora hay muchas más, pero son demasiado jóvenes para mí, claro..., han llegado tarde. Yo no conocí a gente como ésa. Lo peor de todo para mis padres debió de ser el hecho de que su posición social nunca les acercó a familias con hijos educados. Eran campesinos en el sentido que no connota nada peyorativo. Descendían de campesinos y sabían que ellos mismos, que su clase, eran el obstáculo para que se cumplieran sus propias

ambiciones conmigo, para que resarciera su vergüenza.

En cualquier caso, yo mantenía poca relación con ellos. Mis visitas a su casa en Londres estaban distanciadas por meses, y a veces hasta por años. De hecho, los vi más durante el único mes que necesitaron mi ayuda con su hipoteca que en todo el resto del tiempo desde que me fui de su casa a la universidad. Apenas hablábamos por teléfono. Una vez, transcurrieron tres años sin contacto. Cuando Emily me había preguntado si podía conocer a mis padres —tres meses después de que ella me presentara a Robín y cuatro después de conocer a Penelope— le explique cómo estaban las cosas, pero después añadí. *claro* que puedes, y me ofrecí a llevarla a la casa de mis padres.

—Pero si ellos no te dejan entrar —dije— o si dicen que no quieren hablar contigo, yo no puedo hacer nada.

—¿Y lo harían?

—No quiero desanimarte, deberías de saber cómo son estas cosas, pero si me lo preguntas, tengo que decirte lo que pienso. Y creo que ellos no te dejarán entrar. Pero es posible que me equivoque.

Emily no presionó al respecto, y yo no le expliqué que ya había hablado con ellos y que. dijeron que no querían saber nada de ella y que no querían que volviera a mencionar su nombre en su presencia.

Por eso yo sabía que me casaría fuera de allí y que por tanto mis padres nunca asistirían a la boda, así que cuando Emily empezó a hablar de llevar a la gente en avión a una villa italiana, cuando Emily se refería a la pequeña iglesia que había en una ladera que daba al valle, como lugar para la ceremonia, y cerca de la cual, una vez, en una exuberante pendiente, de hierba —¡sagrada blasfemia!— habíamos hecho el amor, cuando Emily abordaba todos esos detalles del día de la boda, bailoteando como una niña, yo sólo podía pensar en las consecuencias de que mis padres no estuvieran allí.

Y, de hecho, yo no quería que asistieran. Haber deseado su presencia allí sólo habría tenido sentido si hubiera querido que lo disfrutaran, sí hubiera querido que dieran su bendición, pero yo sabía que eso era pedir demasiado. Primero tendría que desear que una parte de ellos fuera capaz de regocijarse. Y también estaba el temor a la vergüenza. No se trataba del miedo a una vergüenza banal, a unos padres que vuelven a contar historias comprometedoras de la infancia, como si mi padre o mi madre, pudieran hacer

un discurso de boda en inglés, sino un miedo a la vergüenza ante el evidente abismo abierto entre ellos y yo. ¿Por qué iba a avergonzarme eso? No lo sé. Lo que sé es que cuando pensaba en esa ruptura, cuando pensaba en las distintas formas en que me he alejado de mis padres, las formas en que ellos me parecen unos extraños y yo se lo parezco a ellos, temo que otros puedan pensar lo mismo y que también lleguen a la conclusión de que soy un ser humano inviable, así que la vergüenza que siento no es la universal vergüenza infantil —papá, déjalo ya, que me estás avergonzando— sino una angustia más profunda acerca de quién soy.

Así que cuando Emily hablaba de fletar un avión, de una boda en una iglesia toscana que se levantaba casi en la cima de una colina, pensaba en cómo la mitad que era yo no estaba a la altura de su fantasía, de las ambiciones de una mujer ambiciosa. Imaginaba una boda en la que uno de los dos, la mitad de la pareja, llegaba incompleto, con una ausencia que señalaba una carencia, una brecha que todos tendrían el cuidado de no pisar, tanto daba las inteligentes y conmovedoras palabras que yo fuera capaz de hilar en el discurso del novio.

Por la mañana, tras desayunar en la cama, Emily— hizo una curiosa sugerencia.

—Vamos a ver a un sacerdote.

—¿Para casamos ahora?

—¡No. tonto! Para hablar de casamos. Es lo que se hace, ver a un sacerdote.

—¿No vamos a Inglaterra?

—Podemos ver a uno aquí en cualquier caso. ¿No crees que será divertido?

—¿Hablar con un sacerdote?

Emily estaba encantada con los asuntos prácticos de los preparativos. Era como una niña jugando con muñecas nuevas. Yo sabía que era la posibilidad de perderme definitivamente lo que había llevado las cosas a un punto crítico, pero me preguntaba hasta cuándo perduraría este nuevo estado de ánimo cuando reaparecieran las demandas del trabajo, de la vida profesional. La habitación era un enclave aislado, separado del resto del mundo, de todos los asuntos de la reconstrucción y el desarrollo, un pedazo del mundo que tenía su propia meteorología, su propia noción del tiempo, una isla poblada por sólo

dos personas.

De camino al hotel dos días antes, había visto una gran cruz dorada centelleando bajo el sol brillante, que se alzaba sobre una hilera de árboles, tan alta como un minarete. Un corto paseo por una amplia avenida, cuyo tráfico acelerado convertía el cruzarla en un estimulante peligro, y llegamos a la iglesia católica de Santo Tomás, de la diócesis de Islamabad-Rawalpindi, Pastor Anwar Daniel, M.A.

Llamé y esperé.

—¿Alguna idea de a qué santo Tomás se refiere? —le pregunté a Emily.

—¿Al apóstol Tomás?

—Vaya, sería una ironía.

—¿Por qué?

—Santo Tomás se dirigió al este, mientras los demás apóstoles permanecían en el Mediterráneo. Tomás acabó en India y allí fundó una iglesia.

—¿De verdad?

—Los indios profesaron el cristianismo durante quince siglos antes de que los misioneros cristianos llegaran y les obligaran a convertirse a la Iglesia de Roma. Había nasranis, por ejemplo, parte de la diáspora judía que llevaba largo tiempo asentada en el sur de India, y se convirtieron a la Iglesia de santo Tomás mucho antes de que pusieran allí el pie Vasco de Gama o Fernando de Magallanes. Los portugueses los erradicaron porque se les consideraba herejes de la verdadera fe. El crimen imperdonable de los cristianos indios fue perturbar la imagen que el europeo tenía de sí mismo, y la única respuesta apropiada era matar a esa gente. Vanidad de vanidades. Todo es vanidad. Ya sé lo que estás pensando.

—¿Qué estoy pensando?

—Te estás preguntando, pero ¿dónde está ahí la ironía? Aquí tenemos una iglesia católica con el nombre del santo que fundó la iglesia que fue destruida por Roma.

—¿Cómo sabes todo eso? —me preguntó Emily.

—¿Tú no lo sabías?

—No.

—Dado que no estuve presente cuando sucedió y no conozco a nadie que

estuviera, sólo puedo suponer que me enteré en los libros.

Un cerrojo se abrió detrás de la puerta de la iglesia. Nos saludó un sudasiático achaparrado y bien alimentado, vestido con un *shalwar kameez* y, llamativamente, un alzacuellos clerical. Se dirigió a Emily.

—Buenos días, ¿En qué puedo servirla?

—Vamos a casarnos y queríamos hablar con un vicario —dijo ella.

El sacerdote pareció sorprendido.

—Encantado de hablar con ustedes —dijo.

Salió, cerró la puerta y nos condujo a un pequeño edificio contiguo a la iglesia. Dentro, en sus alojamientos privados, nos sentamos y nos ofreció té, que rechazamos.

—Somos una iglesia católica, lo que significa que no soy vicario sino sacerdote. ¿Son ustedes católicos? —preguntó mirándome sólo a mí.

Tenía un extraño tic al hablar y sacaba la lengua entre las frases, frunciendo los labios, lo que recordaba a un perro bebiendo agua a lengüetazos.

—Anglicanos —dijo Emily interviniendo—, Pero nos encantaría hablar con usted, si no le importa atildarnos.

Yo me estaba preguntando de qué demonios había que hablar. ¿Qué estábamos haciendo ahí? Emily nunca había mostrado la menor inclinación religiosa. Pero ¡claro! Todo era por la ceremonia y el ritual. Había un proceso, una secuencia que seguir, una manera de hacer las cosas.

Si no le importa ayudamos, había dicho. Una bonita expresión manipuladora en todo su esplendor. Pero ¿cómo, de verdad, iba a ayudar un sacerdote? Desde mi punto de vista era un gesto muy extraño, ése de recurrir a un sacerdote, pero todo cuanto Emily sugería parecía ocurrírsele con naturalidad, como si lo hubiera sacado de un manual de ceremonias.

A mí me divertía estar en una iglesia en Pakistán, una nación fundada para los musulmanes de India. Yo sabía que había iglesias en Islamabad, sabía que había una en concreto a la que asistían los expatriados, y pensé que tal vez fuera ésta. Se encontraba en el barrio apropiado. Pero esa posibilidad parecía improbable, pensé, dado que el sacerdote era paquistaní.

Si había algo de lo que hablar, o cualquier comentario pastoral que hacer, el sacerdote ofreció muy poco. Sentía demasiada curiosidad por nosotros,

como individuos y como pareja.

—¿De dónde son?

—Somos británicos —dijo Emily.

—¿Y usted? —preguntó volviéndose hacia mí.

—Nací en Bangladés.

—Ah, bangladesí, ya veo. ¿Qué les ha traído a Pakistán?

—Yo trabajo en Afganistán —dijo Emily.

—Oh ¿de verdad? Pues tendrá mucho trabajo.

Se rio.

—¿Quieren casarse aquí?

—No —respondió ella—, nos casaremos en Italia.

—¿En Italia? —Pareció confundido.

—Sí, mi abuela tiene una casa allí.

—¿Su abuela es italiana?

—No.

Pareció todavía más confundido. Entonces se volvió hacia mí.

—¿De qué trabaja?

—Soy abogado.

—Excelente.

Aparte de satisfacer la curiosidad del sacerdote, la conversación no parecía ir a ninguna parte. Difícilmente podría culparle, dos personas de fuera de su congregación aparecen ante su puerta para pedirle... ¿qué exactamente?

Cuando pareció considerar que se había hecho una idea, le preguntó a Emily si podía verme a solas.

—Esperaré fuera —respondió—. ¿Podría dar una vuelta por la iglesia?

—La puerta no está cerrada con llave —dijo él.

Cuando salió, el hombre se volvió hacia mí y esbozó una amplia sonrisa.

—Tengo que preguntárselo y usted puede decirme la verdad con toda confianza. ¿Por qué quiere casarse con ella?

Yo no sabía muy bien por dónde empezar y él debió de verlo.

—¿La ama?

—Sí —dije.

—Pero —dijo él— esto del amor es algo complicado, ¿no le parece?

Una vez más. no sabía que responder, y él parecía buscar algún tipo de respuesta, aunque sólo fuera para que le permitiera avanzar por una ruta que ya tenía trazada en la cabeza.

—Tiene que ser sincero. ¿Se casa con ella por el pasaporte?

—No.

—¿Está seguro? El demonio siempre nos ayuda a engañarnos a nosotros mismos. —Estoy seguro —dije.

—¿Dónde vivirán?

—No lo sé —dije mientras me acordé de un trillado sermón que había leído en algún sitio: un pájaro y un pez pueden enamorarse, pero ¿dónde formarían su hogar? Es una situación improbable, pensé. Sólo se encuentran cuando el pájaro tiene el pez entre sus garras. ¿Enamorarse?

Yo retenía información, y supe que si se la daba demasiado tarde, él se sentiría ofendido por no habérsela contado antes.

—Tal vez pueda ayudar: tengo pasaporte británico.

—¡Oh, ya veo! —dijo. Se quedó un momento en silencio, dando lengüetazos. como si reordenara sus pensamientos.

—Creo que esta dama es de una familia acaudalada, ¿me equivoco?

—Son ricos.

—Me permite preguntar: ¿es usted de familia adinerada?

—No. no lo soy.

—Ya veo.

Una vez más, hizo una pausa y lamió.

—Entonces debe pensarlo bien antes de dar este paso.

Se miró el reloj.

—Me gustaría mucho volver a verles —añadió—. Lo siento pero ya llego tarde a un asunto urgente.

Fuera, nos acercamos a Emily y una vez más repitió su petición de volver a vernos. Yo tenía la impresión de que era a mí a quien quería ver. Hicimos promesas que creo que todos sabíamos que no cumpliríamos.

—¿Qué te ha preguntado?

—Queda bajo secreto de confesión —dije.

—Anda, cuenta —dijo Emily.

—Se preguntaba si te casabas conmigo por mi pasaporte o por mi dinero

—dije. Por supuesto era el recuerdo de lo que me había dicho una vez Rebecca Sonnenschein, hacía mucho, que volvía para dar forma a mi respuesta.

—¿De verdad?

—Más o menos —dije con una sonrisa.

Comimos en el restaurante del hotel.

Le pregunté si había reservado el billete en el mismo vuelo que yo para esa tarde, sabiendo que no le había dicho en qué vuelo iba. Pero antes de que pudiera responder sonó su teléfono. Cómo odiaba yo aquel teléfono. Sonaba, ella contestaba con un Hola y luego se levantaba de la mesa y se alejaba para responder. Ella volvería, pensé, y no diría una palabra sobre la llamada, ¿Qué derecho tenía yo, pensaba para mis adentros, a saber con quién había hablado? Ninguno. Pero lo que me molestaba, todas y cada una de aquellas veces, no tenía nada que ver con los derechos. Uno espera de cualquiera, si una llamada interrumpe una conversación o una comida, que se dé alguna explicación, por más superficial que sea —*era fulano de tal, tenía que contestar, lo siento*, o incluso, simplemente, *era de trabajo*—, ¿No se supone que es así como se comporta la gente?

Ella volvió y se puso a comer como si nada.

¿Vas a venir conmigo esta tarde?, pregunté de nuevo, aunque el que iba a hacerlo ya había quedado implícito en todo lo que había pasado en las anteriores veinticuatro horas. El simple hecho de preguntar, en esas circunstancias, evidenciaba mis dudas, señalaba que yo sabía que las cosas no iban del todo bien y que ella no era completamente clara. El hecho de que yo no le diera más importancia que la necesaria para hacer una pregunta cuya respuesta no tenía *razones* para cambiar, el hecho de que no buscara el enfrentamiento, sólo aumentaba mi humillación. Yo no dedicaba el menor esfuerzo a cuidar la dignidad que debe mantener todo hombre para poder mirarse a la cara cada día. Eso, la relegación de la dignidad, es una de las cosas que más lamento.

—¿A Dubái? —preguntó.

—A Dubái, camino de Londres.

—Cogeré otro vuelo.

—¿Has cambiado de planes en el último cuarto de hora? —pregunté.

—No.

Me miraba directamente a los ojos mientras decía todo eso, con esa mirada de la que te he hablado, esa mirada que estudia el efecto de lo que está diciendo, que se adapta y reajusta según lo que ve, como si el propósito fuera mantener la realidad firmemente asida al nivel de las palabras que se pronuncian, como si eso fuera posible.

Pasamos el resto de la comida en silencio. Cuando sugerí que tomáramos café, ella volvió a hablar.

—Tengo que asistir a una reunión.

—¿En Kabul?

—No, aquí.

—¿Sabías que la tenías antes de venir a Islamabad?

—He venido a verte.

—¿Piensas salir en el primer vuelo de mañana por la mañana?, ¿te espero?

—Tengo que ir a Kabul para otra reunión.

—¿Mañana?

—Sí.

Yo tenía la impresión de que en el sector del desarrollo y la reconstrucción la gente no cobraba por hora sino por reunión. Reunirse era trabajar, y el trabajo era coordinación, y la coordinación exige una reunión de cerebros y así se convocan reuniones en salas de reuniones, de manera que puedan tratarse los asuntos y llegar a acuerdos y levantar actas, para que pueda llevarse adelante el trabajo.

—¿Te espero?

No me respondió. Era exasperante.

—¿Qué pensabas que *haría* yo?

No dijo nada.

—¿Sabes si Ariana tiene vuelos de Kabul a Dubái? —pregunté.

—No creo.

—Intenta llegar a Dubái mañana por la noche. Podemos coger un vuelo a Londres juntos, seguramente pasado mañana. Hay uno a las cuatro de la tarde.

—Ahora me ha venido a la cabeza un estudio —me dijo Zafar—. Los pacientes...

—No me digas... Otro estudio —le interrumpí.

—¿De verdad crees estar en una posición que te permita burlarte de mi?

—Sigue —dije.

El estudio, prosiguió, se centraba en la inasistencia de los pacientes a las citas programadas, en sus ausencias, algo que siempre ha supuesto un problema en las consultas médicas. Una consulta introdujo un método que consistía en pedir a los pacientes que repitieran al recepcionista la hora de la cita que acababan de concertar. Según parece, el simple hecho de que los pacientes dijeran la hora de su cita produjo una caída de las faltas de alrededor del cincuenta por ciento, algo asombroso.

Una cosa es pedir a un paciente que repita algo en una consulta médica (al fin y al cabo tú le estás dando un servicio), y otra muy distinta pedírselo a un amigo, y aun otra pedírselo a tu amante. ¿Qué truco puedes utilizar y qué precio pagas por hacérselo a alguien tan querido? Yo no tenía ningún truco.

Le expliqué a Emily que tenía que reservar los vuelos, o el mío en cualquier caso con un mínimo de dos horas de antelación. Si no lo hacía, tendría que alojarme en un hotel de Dubái. Y no es barato. Tenlo en cuenta, le dije.

¡Oh, la indignidad! Ahí estoy yo, pidiéndole que vaya a Dubái al día siguiente, pero diciéndole a qué hora sale el último vuelo para Londres. Una parte de mí implícitamente estaba cediendo, sugiriendo que ella podía ir más tarde (porque se trataba de eso. ¿no?), abriéndole una vía de escape para cada cosa que le pedía. Ese era el resumen, esa sensación de estar escindido. Yo tendría que haberme dado cuenta de que algo no iba bien del todo en cuanto ella se presentó en la habitación. Llevaba muy poco equipaje. ¿No contaba con que yo dijera si cuando me pidió que me casara con ella? Un equipaje de mano no le habría bastado, no si pensaba que iba a ir a Londres. Y aun así yo cerré los ojos a lo evidente, Una parte de mí luchaba contra la otra.

—Dentro de nada tengo que irme si quiero coger mi suelo. ¿Quieres que te deje en algún sitio? —pregunté.

—No, aquí está bien. Voy a quedarme un rato; tengo que hacer un poco de trabajo antes de la reunión. Deberías irte ya.

Pagué la cuenta, le pedí al recepcionista que me buscara un taxi para ir al aeropuerto y fui a recoger nuestras bolsas.

Emily y yo nos besamos delante del hotel, yo me subí al taxi y vi como ella volvía dentro.

—¿Al aeropuerto, señor?

—Sí, por favor. Pero antes ¿puede ir hasta el final de la calle dar la vuelta en la rotonda y volver por aquí?

—Claro, señor.

Cuando volvimos a pasar por delante del hotel vi a Emily subiendo a un coche que tenía el rótulo de una compañía de taxis.

—Gracias. Vamos al aeropuerto.

El taxi en el que iba era un Land Cruiser, no el Corolla o el Nissan que uno podía esperar tratándose de un taxi. Al llegar al aeropuerto, no me sorprendió descubrir que el coronel me estaba esperando.

—Hola, Zafar —dijo—, tendiendo las manos y agarrándome con fuerza de los brazos.

—Lamento que tu visita a Kabul fuera tan breve. Confío en que volverás pronto, ¿me equivoco?

—Es posible.

—Me gustaría que supieras que estoy aquí para ayudar, que estamos aquí para ayudar. No creo que necesites ayuda, pero quiero que sepas que ahí está. Espero que hayas tenido un vuelo agradable con nuestra fuerza aérea.

—Sí, estuvo bien. Y gracias por el coche, dicho sea de paso.

—De nada. Aquí seguirá, así como un lugar para que te alojes. Sólo avísame.

—¿Es necesario?

Él se rió.

—¿Cómo está usted?

—Estoy bien, hijo mío. Muy— bien. El sol brilla. ¿Qué más puede esperar uno? Vas en un vuelo de la PIA a Dubái.

—¿Era eso una pregunta?

—Si lo necesitas, tienes una habitación en el Hyatt. En Dubái.

—Gracias.

—Vamos a facturar.

Un avión rugió por encima de nosotros y bajo el ruido estruendoso, como la vez anterior, el coronel se inclinó hacia delante y me habló al oído: cuando vuelvas, quiero que me cuentes qué piensas de ese Crane. Los americanos quieren quitarlo de en medio.

Pensé que el coronel estaba echando un anzuelo a mi curiosidad. No dije

nada.

En Dubái me alojé en el Jumeirah Beach Hotel y empecé la espera. En veinticuatro horas, ella estaría ahí, o no, y habría que tomar una decisión. ¿Qué es lo que hacemos con frecuencia cuando es difícil tomar una decisión? Nada. Ni siquiera esperamos a que el tiempo la tome por nosotros —esperar requiere conciencia y concentración— y más bien apartamos la cuestión, quitándonosla de la cabeza. La palabra *decisión* proviene del latín *decidere*, que significa cortar o acabar con. Puedes verlo en palabras como, por ejemplo, *homicidio*, acabar con un hombre. Una decisión, por tanto, equivale a zanjar una cuestión, eliminando todas las opciones salvo una. Y no hace falta que la decisión sea especialmente compleja de por sí para que dejemos irrumpir al tiempo y que se haga cargo de tomarla, sino que lo hacemos porque si asumimos nosotros mismos la responsabilidad nos agobiamos o angustiamos. Cuando tomamos una buena decisión, podemos tener la satisfacción de haber tomado una buena decisión, o al menos la de haber tomado una. Pero cuando dejamos que el tiempo tome la decisión por nosotros, no se nos concede esa satisfacción. En su lugar lo que sentimos es alivio, y a poco que reflexionemos sobre ese sentimiento, vemos que es el alivio que procede de saber que ahora estamos liberados de tener que sobrellevar el agobio de enfrentarnos a esa decisión. Es sólo alivio. Eso es lo que el tiempo nos hace a todos. Acaba con todas las vidas que podríamos haber tenido, destruye todos los mundos que podríamos haber conocido. Y por eso un hombre puede suicidarse sin llegar a quitarse jamás la vida.

En Dubái no había nada que hacer salvo comprar y allí no había nada que necesitara que pudiera comprarse. El hotel había sido un despilfarro que sólo se me había ocurrido pensando en la posibilidad de que Emily viniera y pasáramos una noche juntos en un inmenso edificio con forma de un largo velero que daba al golfo Pérsico. Delante, en una isla artificial, estaba el que se consideraba único hotel de siete estrellas del mundo. Burj Al Arab, la Torre de los Arabes, cuya imagen aparecía siempre en las páginas de la revista que daban en todo vuelo que cruzaba el golfo. Era un gigante imponente, unido al continente por un paso elevado, con una fachada ornamentada con Rolls-Royces, todos de sólo dos puertas. El tejado tenía un helipuerto, claro, y en una revista he visto la foto aérea de un hombre solitario golpeando una pelota de golf ahí arriba, una pelota que, si no era un posado, acabaría en el vacío

azul del golfo Pérsico.

Volví a mi habitación, saqué mi portátil y bajé a uno de los restaurantes para trabajar un poco. El trabajo legal puede resultar distraído, me gustan las argumentaciones y los alegatos, y de vez en cuando un caso puede plantear un enigma absorbente, tal vez no con tanta frecuencia como podría imaginarse si los programas televisivos fueran la referencia, pero sí se daban problemas complejos esporádicamente. Mi trabajo en Bangladés se centraba básicamente en combatir la corrupción, en parte con litigios pero la mayoría sin relación alguna con el mundo del Derecho. Era lo que denominaban defensa de causas civiles o incluso activismo, un intento de dar lugar a una reforma de las instituciones. También asumí casos comerciales y por entonces llevaba uno de ellos, como representante de un consorcio de constructores de puentes que, contra lo que se decía en el programa del contrato, no había cobrado todavía del gobierno de Bangladés. Intentaba tener cuidado con los casos que aceptaba, evitando cualquiera que pudiera entrar en conflicto con mi trabajo anticorrupción, y, siguiendo el consejo de Hassan Sabir, informaba a los posibles clientes de que me reservaba el derecho a dejar de representarlos sin tener que dar explicaciones. A pesar de lo cual —y posiblemente gracias a la recomendación de Hassan— acudieron a mí algunos clientes. Y algunos de ellos, de hecho, no querían que les representara sino que recorrían Daca buscando el asesoramiento de abogados que por tanto y a partir de ese momento, ya no podrían representar a sus adversarios. A veces, se ven cosas muy parecidas en el D.C., sobre todo si hay un pequeño número de abogados especializados en un campo muy concreto.

El caso en cuestión era un incumplimiento de contrato bastante claro. La demanda del consorcio parecía sólida y no detecté nada impropio. Además, me cayeron bien los ejecutivos, que vinieron de Holanda y Corea del Sur. Cuando me enteré de los tramos concretos de río donde el consorcio había construido sus puentes, cuando me enseñaron los planos para darme algunos antecedentes, recordé que había cruzado ese mismo río no lejos de donde se alzaban ahora estos nuevos puentes. Y recordé que de niño, hacía muchos años, tantos como un cuarto de siglo, había atravesado el río y pensé en aquel otro chico, el chico del tren. Esperaba que los ejecutivos estuvieran demasiado absortos en sus explicaciones para percibir cualquier cambio en mi semblante.

Pero no podía concentrarme en el trabajo. ¿Vendría ella? Mi capacidad, desde la infancia, para evitar todas las preocupaciones a mi alrededor, para no hacer caso a la presencia amenazadora de mi madre y mi padre en el piso, la fuerza para posponerlo todo, salvo lo que tenía delante, mis libros o un problema matemático o un informe legal, esa capacidad de la que yo tanto había dependido, desapareció de nuevo.

Sólo en esos periodos de concentración, cuando el yo desaparece y la mente y el tema se funden y todo el pensamiento se centra y subordina a la cuestión entre manos, es determinado por ella, como si no fueras tú el que se ocupa del tema, del trabajo, sino éste el que requisa las herramientas de tu mente para su propósito intrínseco, pues bien, era durante esos periodos en los que irónicamente yo me sentía con más control, que concedía a la totalidad de mi tiempo —antes, después y durante— una apariencia de voluntad.

A veces me pregunto si me estoy perdiendo algo, si los días acabarían mejor, si yo dormiría mejor, si soñaría mejor, de acostarme cada noche dejando tras de mí una jornada en la que hubiera construido algo con mis manos, labrado la tierra, recogido la cosecha, como mi padre, como la gente de la aldea en la que pasé aquellos años de infancia. En Dubái, en la calle, bajo el resplandor borroso del sol, en obras que tachonaban este filo de arena y mar, había miles de hombres, la mayoría de ellos sudasiáticos, muchos de mi edad, trabajando con sus manos, arrastrando pesadas cargas, una docena de los cuales moriría durante el ensamblaje de cada nuevo rascacielos, aplastados por el cemento o despedazados por cables de alta tensión.

Y con cada esfuerzo para salir de esas divagaciones, de esos pensamientos que me llevaban a lugares aún más oscuros, con cada esfuerzo para volver a la mesa, a la pantalla, y a centrarme en el trabajo que tenía delante, el trabajo que me requería sólo algo tan simple como levantar los dedos, con cada ejercicio de voluntad mental, se abatía sobre mí la sensación de fracaso.

En ese estado, las horas fueron pasando. Estuve allí desde por la tarde hasta que la noche trajo consigo una oleada de comensales y el ver a tanta gente animada me echó del local. En mi habitación, intenté dormir, no pude, vi la televisión, bebí un whisky, vi la CNN, bebí otro whisky, me vestí, bajé y salí. En Dubái, las noches de primavera son frías. Volví dentro y le pregunté al conserje si podía dejarme una chaqueta para ir a dar una vuelta. No mostró la menor sorpresa. Empecé el paseo sin dirigirme a ningún sitio en particular, y

caminé, caminé sin parar en un lugar que no había sido concebido para caminar, donde los coches con aire acondicionado conectan a edificios con aire acondicionado, iluminado por las farolas más feroces del mundo. Y pienso en toda la ciudad, la gente que habita sus viviendas, que duerme ahora y respira su aire reciclado y cuya, actividades durante el día dan vida a esta franja de tierra al borde del desierto, y recuerdo —porque ese pensamiento es siempre un recuerdo— que todos se habrán ido un día, que todos ellos serán expulsados y empujados a la arena, que dentro de cien años, o de doscientos con toda seguridad, cada uno de los seres humanos que han estado aquí, sin excepción, cada amante y cada perdedor, cada magnate de la industria y cada limpiadora de hotel, cada madre, cada padre y cada hijo ya no estarán y que estos edificios permanecerán en pie, no todos, pero si los bastantes, y perdurarán sin *ellos*. Es un pensamiento que me tranquiliza, que me da un momento de calma. Y camino sin parar, en medio del hormigón, el acero y el cristal, bajo luces más intensas que el sol de mediodía, porque es el nudo de la angustia que siento, siempre tensándose y retorciéndose, lo que, por encima de todo lo demás, le recrimino a ella, No hay nada que debilite tanto, nada tan degradante, como ese estado de desazón, de turbación impotente. Y me pregunto si a los whiskies que me he tomado, esos whiskies que ahora se filtran en mi. que ahora cortocircuitan las desgastadas conexiones neuronales, me pregunto si a todos esos whiskies debía sumarles otro más, y luego otro, aunque nunca haya sido propenso a la bebida, ni siquiera a la poca que basta para desequilibrarme; me pregunto si eso me traería la calma, si me aliviaría. ¿Es así cómo se acaba enganchando la gente a las drogas y al alcohol, no por desesperación sino por la angustia, la angustia que desintegra el mecanismo del pensamiento? Y en medio de todo eso. y no por primera vez, sino cada vez, una vez y otra, porque así lo quería, y porque las matemáticas siguen siendo un refugio, pensaba en el Teorema de Incompletitud de Gódel. un teorema fascinante y perturbador, como el amor, un teorema que ilumina por sí solo a la vez que proyecta una sombra sobre las matemáticas, la reina de las ciencias, la reina porque se mantiene al margen, porque reniega con resolución de los métodos de las ciencias, que desprecia incansablemente lo que sentimos, lo que tocamos, lo que probamos. Lo descubrí en un libro de la biblioteca, un precioso pequeño volumen titulado *What Is Mathematics?*, que, con el tiempo, llegaría a entender que era el título perfecto para el libro.

En medio de todo eso, en la larga, fría e iluminada noche de Dubái, oí el *adhan*. la llamada a la oración, derramándose sobre la ciudad. Podría ser sólo debido a la lentitud de la pronunciación de la Península Arábiga, con su musicalidad sin color, una víctima del ascetismo salafi, pero que conserva suficiente belleza para que reverbere contra mi memoria, y su ritmo es perfecto. *Állah-hu-Akbar, Allah-hu-Akbar*, una larga pausa y luego cortando el silencio de la expectación, un segundo pareado, con las mismas palabras ahora alargadas hasta el infinito. *Allaaaah*. Y en la voz oigo el pesar y entiendo lo cerca que están la humildad y el pesar, y si mi corazón habló en ese momento, dijo: Señor, aquí estoy.

Zafar se quedó callado y me pregunté si se echaría a llorar. A muchos hombres, claro, les incomoda llorar, les incomoda su propio llanto y aún más el de otros hombres. Pero a mí no me molestaba la idea de que él estuviera conteniendo las lágrimas porque, por ninguna razón que yo supiera identificar apropiadamente, yo también tenía ganas de llorar. Él no me miraba a mí sino a algún punto de la pared, lejano, y es posible que no se fijara en que me limpié una lágrima antes de que él volviera a salir de su silencio.

Estoy arrodillado, prosiguió, en una calle vacía en plena noche, en una ciudad luminosa entre el desierto y el mar, y recuerdo una historia que había leído en alguna parte, apenas un poco más larga que un párrafo, una historia de autoría incierta, muy apropiadamente. No, no es que la *recuerde* sino que *la traigo a mi memoria*, porque a veces recurrimos a lo que sabemos —una canción, un recuerdo, un poema, una imagen o un relato— para intensificar lo que sentimos, para volver exquisito nuestro momento de sufrimiento privado y perfeccionarlo. La historia es empalagosa, tan cursi como un proverbio en punto de cruz en un bordado cuadrado colgado en la pared de una casa de las afueras. Pero siempre hace que se me salten las lágrimas, y en la intimidad del dolor, el ego y la vanidad apartados, traigo la historia a mi memoria. Un hombre camina con Dios por una playa y, al mirar hacia atrás, ve dos series de huellas, como era de esperar. Pero se fija que en algunos trechos sólo hay una hilera, y se da cuenta de que esos trechos coinciden con los tiempos más arduos de su vida. Se vuelve hacia Dios y dice: Señor, dijiste que siempre estarías conmigo, pero, en los momentos que he tenido más necesidad sólo hay una serie de huellas. Dios responde: mi querido hijo, nunca te he abandonado, porque donde tú sólo ves una serie de huellas es donde yo tuve que cargar

contigo.

Hay iglesias de la tradición oriental en las que recitan una versión del Credo de Nicea que difiere de la que escuchas en una iglesia católica o anglicana. No dicen *Creemos*. Ni siquiera dicen *Creo*. En su lugar dicen *Confío*. Tengo entendido que el uso del verbo creer, *believe*, en el credo inglés sólo refleja la imposibilidad de encontrar una traducción mejor. En cualquier caso, yo no puedo hablar de creer. No puedo decir que crea en el dios cuyo nombre no será pronunciado o cuyo profeta murió en la cruz o cuyo arcángel ordenó leer a un analfabeto. Ni siquiera puedo decir que creo en el único dios verdadero. Pero en aquella noche de Dubái, arrodillado, no por primera vez y muy probablemente tampoco por última, quise depositar mi confianza en Él. Lo más valioso que podemos darle a otro es nuestra confianza. Lo que sacrificaba Abraham no era a Isaac, era la confianza.

A las cuatro del día siguiente, cuando ambos tendríamos que haber estado en el aeropuerto de Dubái cogiendo el vuelo hacia Londres, recibí un *email* de Emily. Yo estaba sentado delante del ordenador, medio esperándolo: medio esperando nada y sin esperar que ella apareciera, pero aun así aferrado a la esperanza de que lo haría.

Estaré ahí mañana por la tarde.

Nada más, ninguna mención de a qué hora de la tarde, ninguna explicación para decir siquiera que había intentado saberla hora precisa pero que no había podido confirmarla, ninguna información que pudiera servirme a efectos prácticos —¿debía reservar billetes para el vuelo de las seis a Londres? ¿Llegaría ella a tiempo para el embarque?—, ni mención de cuándo saldría su vuelo de Kabul ni, menos aún, de cuándo llegaría.

Me quedé mirando el mensaje. ¿Cómo podía ser tan desconsiderada? Porque ella ni siquiera planteaba las preguntas más obvias: en qué hotel me alojaba o dónde reunirse conmigo. ¿Había dado por supuesto que yo le diría dónde me alojaba o ni tan siquiera se lo había planteado? Es un truismo —¿no?— el que puedes saber mucho de la actitud de una persona hacia ti por las preguntas que te hace. Y aun así ella me había hecho aquella pregunta fundamental, la más importante que puede hacerse: *¿Quieres casarte conmigo?* Ésa es una pregunta, no una petición, no es como decirle a alguien en una cena: ¿me pasas la sal? ¿Y si te respondía que sí pero no hacía nada y proseguía con su comida y conversando con su vecino al otro lado de la mesa?

¿Quieres casarte conmigo? es una pregunta porque la respuesta es una declaración sobre la visión del futuro del *interpelado*, del futuro que quiere éste, algo que el que pregunta no puede adivinar.

Y entonces cuando llegó la mañana siguiente, compré un billete de avión. Me había dicho a mí mismo y le había dejado implícito a ella que volvería al este si no aparecía ese día, ¡ay Dios! hasta había concretado el día antes de eso, y ahí estaba cambiando la decisión que había tomado conmigo mismo, porque el billete que había comprado era para el vuelo a Londres. Pero ¿y si ella se echaba atrás? ¿O si se le ocurría echarse atrás en las horas siguientes? ¿No había signos de que ya estaba retrocediendo?, por seguir con la metáfora.

A las tres de la tarde, dos horas antes de la salida de mi vuelo, en el último instante en que podía haberme llegado un *email*, encontré un mensaje suyo.

«Saldré mañana para Londres», había escrito.

Y me pregunté, como hacía con tanta frecuencia, por qué no habría escrito la nota: *Tengo la intención de salir para Londres mañana*.

Yo solía fantasear con una conversación que nunca tuvimos en la que ella decía: cariño, estoy agobiada, mira cómo tengo la agenda de trabajo, y éstos son los datos que desconozco pero que debo tener en cuenta. ¿Te molestaría si mantenemos la provisionalidad de los planes? Te informaré en cuanto sepa si no puedo hacerlo. El sueño que imaginé me anegaba de amor. Cuando soñaba despierto, me sentía querido, cuidado, sentía que pensaban en mi. Una vez quedé con Marcy para comer en Londres, fue antes de que empezara a salir con Emily. Marcy estaba de visita por trabajo. Había traído a Josie, que por entonces tenía cuatro años, y lo cierto es que yo había contratado a una canguro para que Marcy pudiera asistir a sus reuniones. Me presenté con un regalo para Josie, el muñeco de una jirafa, porque las jirafas eran una especie de obsesión para la pequeña. Cuando cogió el muñeco, esta niña de cuatro años, dijo, con sus suaves ojos castaños mirando directamente a los míos y con una voz que contenía un diminuto matiz de sorpresa que casi me rompió el corazón: pensaste en mí. El sueño despierto que yo solía tener era uno en el que yo sentía que Emily pensaba en mi. La vida es breve, como dice el viejo dicho, y disponemos de tan poco tiempo en esta tierra, que nada, ni un minuto, puede ser recuperado, los años de la langosta no pueden restituirse, al menos no aquí, si es que en alguna parte el tiempo perdido nunca vuelve a encontrarse, el tiempo es tan valioso que el respeto por el tiempo del otro

debía ser el principio de todo respeto, de manera que si una amante no puede siquiera darte ese primer signo de respeto, entonces... bueno. Y aunque ella no se presentó, cogí un suelo para Londres. Tal vez, cuando lo pienso ahora, yo ya había asociado mi humillación a la de los afganos. Aunque ¿qué cono quiere decir eso?

Llegué por la noche y había aceptado la invitación de Penelope de alojarme en su casa. Desde allí, llamé al padre de Emily. Penelope le había informado del compromiso y yo casi esperaba una invitación para comer o tomar unas copas, pero cuando no dijo nada yo le pregunté si podíamos vemos. El hombre sugirió que comiéramos al día siguiente. Como era sábado, esperaba que su mujer, la otra señora Hampton-Wyvern. estaría presente, no tanto porque la mayoría de la gente no trabaja el fin de semana, cuanto porque la señora Hampton-Wyvern, la segunda esposa de Robin, no tenía empleo de ninguna clase, así que uno habría esperado que organizara su semana de manera que pudiera pasar tiempo con su marido el fin de semana. ¿Es mucho suponer que eso es lo que hace la gente en los matrimonios felices? Pero cuando llegué la dama había salido, había llevado a Joseph a la peluquería, me explicó Robin mientras me conducía escaleras abajo a la cocina de la planta baja. Joseph era su perro. Hasta esa ocasión yo nunca había visto a Robin sin Emily presente. La cita con el peluquero del perro debía de estar programada de antemano. O no.

Comimos en la cocina, en una pequeña mesa redonda junto a la ventana, donde, imaginé, comían los dos, en silencio, con poco de que hablar aparte de Joseph, adorado por la nueva señora Hampton-Wyvern, la que no podía tener hijos. Nos sentamos formando un ángulo, frente a la ventana, hacia la fuente de luz exterior. La casa era como muchas de las de Kensington, en las que yo había trabajado con Billy Dave. un edificio de cinco plantas de estuco, con escaleras con descansillos, En la parte de atrás había un jardín comunal privado, compartido con los grandes e importantes, el tipo correcto de gente. La casa de Robin parecía no haber visto una reforma desde los años setenta u ochenta. En la cocina había fórmica y encimeras de melamina, y la pintura de los pasamanos tenía la historia incrustada de un acabado semimate con una capa pintada encima de la siguiente, cada pocos años, sin el cuidado de lijar primero, de manera que el detalle de las molduras había desaparecido bajo el espesor de la pintura, borrándose de la memoria, No creo que Robin y su

esposa recibieran muchas visitas aquí; incluso cuando iba con Emily, podíamos tomar un aperitivo en la casa, pero luego nos acercábamos paseando a alguno de los distinguidos restaurantes del vecindario para comer. A Robin no le faltaba de nada, como habría dicho Dave, así que uno se quedaba con la impresión de que la casa nunca había recibido una porción del amor que hubiera podido existir en su interior. Tal vez no había habido tanto como para repartirlo.

Me arrastré por un plato en el que había dos salchichas con una alarmante necesidad de atención médica urgente y donde, separadas por una amplia extensión de porcelana, yacían desamparados trozos de zanahoria y patatas reventadas de tan cocidas que estaban. La conversación no había prendido todavía, pero en la cocina había distracciones para atrapar la mirada. Me acordé del verano con Dave y BUL me acordé de los accesorios de escuela de élite inglesa con la que se había topado en esas casas, las fotografías de clases de niños enviados a los internados. También aquí, en la cocina, había algunas fotografías de Emily y James, y, contemplando esas imágenes en la pared, pensé en que Emily siempre encontraba el modo de mencionar el tipo de enseñanza que habían recibido los demás.

Como sabes, le dije a Robin, asistí a una escuela estatal bastante normalita. pero he estado pensando en estas escuelas públicas de élite. ¿Podrías explicarme en qué crees que se diferencian? Mi pregunta era maliciosa. Quería ver si, y cómo, atemperaba su respuesta en deferencia a mi instrucción genuinamente pública. Por descontado, yo carecía de una referencia de contraste para comparar, nunca sabría qué le habría dicho a alguien que de hecho hubiera asistido a una escuela de élite, pero aun así podría darme pistas.

Robin se metió un poco más de comida en la boca, lo que le concedió un momento para pensarse su respuesta.

Cuando por fin respondió, era evidente que no me había entendido, pero el malentendido mismo resultaba tan elocuente que me contuve y no dije nada para corregirle. Yo me había referido a la distinción entre escuelas públicas estatales y escuelas públicas inglesas de élite. Pero lo que Robin había entendido era que mi pregunta se refería a en qué se diferenciaban las escuelas de élite *entre ellas*.

—Mi padre me contó una historia una vez —dijo Robín—, no sé si es

verdad pero al menos es bastante divertida. Después de la guerra, se fundaron bastantes nuevas escuelas públicas de élite para dar servicio a una clase media cada vez mayor, y al poco estas escuelas formaron a alumnos muy capacitados que fueron a Oxbridge. Al mismo tiempo, los directores de las antiguas escuelas públicas de élite constituyeron una asociación para, se diría, dar una respuesta a la nueva competencia. Se reunían, según se cuenta, en uno de los mejores clubes de Londres...

—¿Donde comían bien?

—Justamente.

—¿Y todos eran peluches?

—¿Perdona?

—Gente presentable.

—Ciertamente.

»En el curso de su conversación —prosiguió Robín— se planteó la cuestión de para qué servían las escuelas públicas de élite. ¿Para qué preparaban sus escuelas a sus alumnos? Los directores de Eton, Westminster, Winchester y otras por el estilo estaban presentes, así como el de Ampleforth. un monje benedictino pues Ampleforth está dirigido por una abadía y es, como sabes, una rareza por ser católica.

—¿Seguramente para Ampleforth no debe resultar tan raro el ser católica? —pregunté.

—Pues lo es —dijo Robin, pasando por alto mi segundo comentario ingenioso y más bien tonto antes de proseguir con la anécdota.

»El director de Winchester afirmó que él preparaba a sus chicos para vidas de erudición; el director de Eton dijo que él preparaba a los suyos para el gobierno; el de Westminster dijo que los preparaba para las fuerzas armadas; y cuando le llegó el turno, el director de Ampleforth afirmó que preparaba a sus chicos para la muerte.

Sonreí como era de esperar y me pregunté si el director de una escuela estatal reconocería algún día que preparaba a sus estudiantes para la decepción.

—Supongo que no tienes ni idea de por qué te he pedido que nos veamos.

Robin nunca respondía rápido, siempre se alargaba intencionadamente, como si las frases se formaran primero, a la manera de los abogados de

tribunales de una generación anterior, así que. para empezar, no percibí ningún matiz nuevo en su voz.

—Podría tenerla, pero no lo aseguraría —respondió.

—Supongo que Penelope te ha dicho que Emily y yo nos hemos comprometido.

—Así es.

Algo en el tono de Robin me inquietó. Entonces tuve ese destello de una visión que se enciende de repente y debe de ser fruto de un cerebro que procesa información recibida de los ojos y oídos pero sin registro consciente.

—Robin, ¿tendría que haberte pedido la mano de tu hija?

Robin no vaciló.

—Bueno, a decir verdad, creo que sí. Sé que puede sonar bastante anticuado en estos tiempos, pero así es.

—¿Debería hacerlo ahora?

—El caballo ya se ha desbocado, ¿no te parece?

Aunque yo no creía que hubiera hecho nada malo, me disculpé ante Robin. Es una costumbre, ¿no? El disculparse ante las quejas de otro para aplacarlo tal vez o simplemente para suavizar la relación, pero sin ningún remordimiento genuino. Es posible que sean las únicas disculpas que funcionan.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Por favor.

—¿Con qué tipo de hombre te imaginabas que se casaría Emily?

De nuevo era una pregunta maliciosa. ¿Hasta qué punto la clase o, ya puestos, la raza, formarían parte del hombre que él había imaginado para su hija?

Robin pareció pensarse otra vez la respuesta.

—Hay una manera de decirlo que podría sonar grosera, pero creo que me entenderás cuando lo diga. Tendía a pensar que Emily haría bien casándose con una especie de terrateniente escocés. Creo que necesita alguien que la ate en corto. Necesita una mano firme.

Pensé que yo no podía distar más de un terrateniente escocés. Pero también me dio asco. Pensé en las mujeres asiáticas que conocía en algunas zonas de Londres, la gente con la que se relacionaban mis padres, recluidas en sus casas y sumisas, y aunque mi madre no fuera una de ellas, siempre estaba el

hecho de que mi padre controlaba las tarjetas de crédito y las cuentas bancarias.

Nunca había pretendido controlar a Emily, y aquí ese hecho se consideraba un defecto. Por descontado, Robin me lo estaba recriminando a mí. Lo que yo había tenido por una virtud se consideraba una flaqueza. Plantearle un ultimátum a Emily, como me había apremiado Penelope una vez, era, según expliqué por entonces, un acto de agresión, aunque ahora ya no lo creo así. Un ultimátum, concebido y formulado apropiadamente, no es una coerción, dado que, en cualquier caso, fuera del matrimonio, nadie tiene derecho sobre la conducta amorosa de otro ser humano: tenemos derecho a plantear un ultimátum sólo en tanto lo tenemos también a no cumplirlo. Ahora veo las palabras de Robin con otra luz. Si se refería a medidas firmes para controlarla, entonces yo no era el hombre. Pero al menos sí podía haber establecido los términos, las condiciones, para el amor, y a eso sí tenía derecho, así como ella lo tenía a aceptarlos o no.

—¿Cuáles crees que son los ingredientes para que funcione un matrimonio? —le pregunté.

—No estoy precisamente en posición para dar consejos al respecto —respondió.

—¿Por qué?

—Estoy divorciado.

—Y vuelto a casar.

—Tendría algo de presuntuoso —dijo.

—Lo sería sólo si no te lo hubiera preguntado. Una vez le pregunté a mi profesora en Oxford qué era lo que hacía que alguien fuera un buen matemático. Ella me respondió que no tenía muy claro que estuviera en condiciones de responder. Yo le dije que ahora que ya hablamos satisfecho la obligación de humildad inglesa, podía decirme lo que de verdad pensaba. Los buenos matemáticos, creía ella, no intentan sólo corregir sus errores sino entender *por qué* los cometieron. Le pregunté entonces si es que también daba por supuesto que los buenos matemáticos cometían errores. Todo el mundo los comete, respondió.

Robin me respondió.

—Confianza y respeto —dijo.

El se habría dado por contento dejándolo ahí, pero yo quería más.

—Sigue, por favor.

—Mira, voy a decirte una cosa, pero con la condición de que no llegue a oídos de Emily.

Me miró esperando que se lo confirmase.

—No sé qué vas a decir —dije.

—No me fio de ella en absoluto, No me fio de mi propia hija, Se parece mucho a su madre, ¿sabes?

No se lo dije a Robín pero recordé que Penelope me había dicho lo contrario, que Emily se parecía mucho a su *padre*. Y el psiquiatra de Penelope había dicho lo mismo.

—Es mi hija y ni que decir tiene que la quiero y todo lo demás, pero no nos andemos con rodeos: es una jovencita completamente indigna de confianza.

—Y respeto. Dijiste confianza y respeto.

—Si, respeto —dijo como si de repente recordara la pregunta que le había hecho—. El respeto es vital.

Después de comer volví a casa de Penelope. Ella a todas luces había estado esperando: quería saber cómo me había ido con Robin. Le dije que había sido agradable y que había comido con él. Me preguntó si la nueva esposa de Robin había estado presente y le dije que Robin y yo habíamos mantenido una charla tranquila a solas, añadiendo que había estado bien conocerle un poco más. Me mostraba reservado porque si había aprendido algo del buen doctor Villier era a no enredarme en la relación de Penelope con su ex marido. Cuando vio que no iba a sonsacarme mucho más, cambió de tema de conversación.

—Le he contado lo del compromiso a algunos amigos —dijo.

—Oh, ¿de verdad?

—Se lo he dicho a Agatha y no cabía en sí de contenta.

Agatha era la madrina de Emily.

—También se lo he dicho a Aisha.

—¿Cómo se lo tomó?

—Qué manera más curiosa de preguntarlo.

—¿El qué?

—¿Cómo se lo tomó?

—Bueno, ¿cómo reaccionó?

—Zafar, no eres ningún tonto, ¿verdad que no? No tienes ni un pelo de tonto, diría yo. En realidad, cuando se lo conté, sus primeras palabras fueron preguntar qué me parecía a mí.

—¿Y qué te parece?

—Estoy encantadísima. Absolutamente.

—Me alegro y te lo agradezco, pero me refería a qué te pareció que Aisha te preguntara qué te parecía el que Emily y yo nos comprometiéramos. Pero, ahora que lo he dicho, parece una pregunta un tanto descabellada.

—Vamos, no nos cortemos. Aisha es una esnob y no tiene más. También se lo conté a la abuela de Emily. Estaba encantada. No la conoces ¿verdad?

—No, no nos hemos visto.

—Pues me parece un poco raro. Emily tiene una relación muy estrecha con su abuela.

Se había producido un reajuste en la actitud de Penelope hacia mí. Se trataba, en realidad, de un matiz insignificante, no de un cambio sustancial en su comportamiento, pero yo percibía una franqueza en ella que no existía antes. Me gustaba esa nueva sensación. Me resultaba desconocida, pero creo que, en sus elementos básicos, era similar a la sensación de formar parte de una familia. Y tal vez fue por eso por lo que le conté a Penelope algo que me había dicho Emily, algo que, aunque ésta no me había pedido que guardara en secreto, yo sabía que preferiría que no lo contara.

Le dije a Penelope que una vez le había preguntado a Emily por qué no me presentaba a su abuela. Hablas a menudo de ella, le dije a Emily, pero no nos hemos conocido y eso que tú la ves con frecuencia, Claro que no hay ninguna *obligación* de que me presentes, pero cuesta creer que el detalle se te haya pasado por alto.

—¿Y qué dijo Emily? —preguntó Penelope.

—Dijo algo que me puso un tanto nervioso, si he de ser sincero.

—¿El qué?

—Dijo que temía que su abuela fuera un poco racista.

—¡Oh, por el amor de Dios! —exclamó Penelope—. Vamos a verla ahora mismo.

—¿A Emily?

—No, a su abuela. Y, de hecho, también a Emily. Estará aquí esta noche.

—¿Has hablado con ella?

—Justo antes de que llegaras.

—Mañana iremos todos a ver a su abuela. Lo organizaré inmediatamente.

A Penelope no le hizo falta oír nada más y salió del salón. La oí subir las escaleras. Prefería hacer las llamadas telefónicas desde el estudio.

Avanzada la tarde, Penelope y yo fuimos en coche al aeropuerto Brize Norton de las Fuerzas Aéreas. Según parecía, Emily había viajado en un avión de transporte militar. Ya era tarde y los dos estábamos cansados, así que no hablamos mucho en el trayecto.

Yo sentía la ansiedad habitual ante la perspectiva de ver a Emily, el temor a descubrir que su disposición había cambiado, el temor a que hiciera o dijera algo que me llevara a dudar de su sinceridad. Me gustaría poder decir que había otra fuente de angustia, algo más noble que tenía que ver con cuestiones ajenas a mi, pero eso sería mentir como un bellaco. Mientras iba sentado en el coche, en silencio, mi mente de hecho vagaba de un modo que en la superficie poco tenía que ver con la relación entre Emily y yo, pero sólo en la superficie. El amor y la política habían convergido desde hacía tiempo.

Emily no era un instrumento de la intervención militar, es decir, no de manera manifiesta, no estaba allí al servicio de los fines militares de las fuerzas invasoras. Así que ¿qué pensar de que cogiera un vuelo de un avión de la RAF? Y, bien pensado, ¿qué es una intervención militar sin la promesa de una reconstrucción? ¿Cómo interpretamos el estar cogiendo con una mano si hay una promesa de que la otra está preparada para dar? Y, en ese caso, ¿quién está al servicio de quién?

Cuando llegamos a Brize Norton, un soldado en la puerta nos envió al edificio de Control de Acceso. Allí le expliqué a otro soldado que no llevaba mi pasaporte ni mi carné de conducir encima, con la esperanza de evitar las humillaciones del registro de seguridad que imaginaba me aguardaban más allá de ese punto. Él dijo que podía permanecer en la base aérea y esperar en esa sala, pero que tendría que pasar por un cacheo primero. Me condujeron a otra sala, donde un oficial en ropa civil me registró, más metódicamente de lo que lo habían en los aeropuertos civiles, debo decir. Volví a la sala de espera, donde Penelope seguía sentada. No le pregunté si también la habían cacheado.

Entró Emily, sonriéndonos a ambos. Sus hombros se alzaron cuando

levantó los brazos y los envolvió alrededor de mi cuello.

Al día siguiente, el domingo, fuimos a visitar a su abuela.

—Tendríamos que decirle lo del compromiso antes de que se entere por otro —dijo Penelope.

—Claro, madre.

—Pues vámonos ya.

—¿No deberíamos quedar a una hora? Por no presentarnos sin anunciar, digo.

—Es tu abuela, cariño, no el lord Canciller.

—¿No estará en la iglesia?

Evidentemente, Penelope no le había dicho que ya le había dado la noticia a la abuela. Yo me sentía un poco incómodo por verme obligado a seguir la mentira, por más piadosa que Penelope la creyera.

—Hoy no va ala iglesia, cariño. Y ahora, pongámonos en marcha de una vez.

Emily permaneció en silencio durante el trayecto y una vez más sentí que se abría una brecha.

—Felicidades. No sabes cuánto me alegra oír la maravillosa noticia —dijo la buena baronesa, sin delatar que ya lo sabía.

Si tenía una formidable reputación como baluarte incondicional de los políticos conservadores, si se había ganado el apodo de «el Dragón», entonces todo eso era para la imagen pública que daba fuera de su casa, hasta donde yo pude ver. Conmigo se comportó como una modélica abuela encantadora, complacida por la noticia del compromiso de su nieta. No había nada en su actitud hacia mí salvo buenos modales y una aparente afabilidad. ¿Qué más se puede pedir? Era infinitamente más, pensé, de lo que mis padres le mostrarían a Emily.

Su marido, el abuelo de Emily, estaba sentado en un sillón, mirándonos fijamente con una amplia sonrisa. Lo había visto una vez, poco después de que Emily y yo empezáramos a salir. Se había pasado por casa de Penelope por su cuenta. Entonces había estado lúcido, aunque daba un poco la imagen de un anciano que se siente más cómodo en los recuerdos de su juventud. Pero en pocos años se había deteriorado pronunciadamente, la demencia había arrasado su cerebro, dejándolo en un estado de asombro pasivo. Sólo habló

para preguntar si yo había ido en coche. Cuando lo preguntó por tercera vez, sonreí y supongo que todos los demás interpretaron mi sonrisa como un gesto de comprensión. Pero confieso que sonreí porque me pasó por la cabeza la ocurrencia de darle una respuesta distinta.

—Supongo que todavía no habréis puesto fecha, ¿no? —preguntó la baronesa mirándonos a Emily y a mi.

—Quedan algunos obstáculos pendientes —respondí.

En cuanto lo dije, me pareció un comentario bastante grosero y hubiera querido borrarlo.

—Los obstáculos están para superarlos —dijo ella animadamente. Nos ofreció té.

Esa noche, acostado en la cama con Emily, en esos pocos momentos de calma antes de quedarnos dormidos, cuando una cama de matrimonio se hace más grande y la repentina soledad acoge nuestros pensamientos íntimos, recordé que Robín no me había felicitado, había mencionado confianza y respeto, pero ¿pretendía compartir una observación propia? ¿Quería decirme algo concreto, tal vez que yo no me fiaba de Emily y ella no me respetaba? Miré a Emily, a mi lado, ya profundamente dormida.

Ella quería volver a Kabul dentro de dos días, y quería que la acompañara, para exhibir a su nuevo prometido, había dicho. Y de nuevo había algo en ella de la niña que había deseado el compromiso, la boda y todo el ritual. Pero incluso mientras la miraba, con infinita ternura —mi prometida, mi futura esposa— una parte de mí sospechaba que tendría que esperar algún tiempo para que ella se casara. Había esperado muchas veces a Emily, esperado a que apareciera, esperado a que diera una explicación de por qué había llegado tarde, esperado y esperado. El análisis más simple, es que todo eso había sido una espera para casarse, pero ahora creo que lo que yo había estado esperando era que Emily cambiara, ¿Nos exige el respeto aceptar a nuestros amantes tal como son? ¿O los tomas o los dejas?

¿Habría tenido razón Robín al final, no en la tesis de que lo que necesitaba Emily como persona era a alguien que la atara en corto —un terrateniente escocés— sino en que sí ella quería un matrimonio *que funcionara*, tendría que casarse con alguien que la atara en corto? No obstante, parece que para mucha gente de nuestra edad, un matrimonio que funcione no es una prioridad de primer orden. ¿No crees?

21

SOBRE LAS PROPOSICIONES FORMALMENTE INDECIDIBLES O LA ESPERA

Violación de mujer o hombre

[1] Es delito que un hombre viole a una mujer o a otro hombre.

[2] Un hombre comete una violación si:

[a] Tiene relaciones sexuales con una persona (sean vaginales o anales) que, en el momento de la relación, no consiente en la misma y

[b] en el momento del hecho él sabe que la persona no consiente en la relación o le es indiferente que la otra persona consienta a la misma.

—Sección 1 de la Ley de Delitos Sexuales de 1956. Inglaterra

Parece que te he amado de formas incontables, incontables veces...

En una vida tras otra, en una era tras otra, eternamente.

—RABINDRAKATH TAGORE.

«Amor sin fin»

Echar raíces tal vez sea la necesidad más importante y menos reconocida del alma humana. Es una de las más difíciles de definir.

—SIMONE WEIL.

Echar raíces

La historia de Bangladés fue única en un sentido. Por primera vez en la historia, la violación de mujeres en la guerra, y las complejas secuelas de las agresiones en masa, recibieron una atención internacional seria. La desesperada necesidad del gobierno de Sheik Mujibur Rahman de conseguir solidaridad y ayuda financiera internacionales era una parte de la razón; una nueva conciencia feminista que consideraba la violación como un problema político y una creciente aceptación práctica del aborto como solución al embarazo no deseado fueron también factores de una importancia crucial que contribuyeron al hecho. Y así, una guerra casi desconocida en un rincón recóndito del globo a ojos occidentales, proporcionó el escenario para un examen del «incalificable» crimen. Por una vez, el horror particular de mujeres desarmadas ante hombres armados tuvo una audiencia general.

SUSAN BROWNMILLER,

Against Our Will: Men, Women and Rape

Si ahora considero buena parte del relato de Zafar como una especie de defensa, esa idea sólo se me ocurrió después de haberle escuchado hasta el final e, incluso entonces, sólo después de haberle dado muchas vueltas. A diferencia de un juicio ante un tribunal, donde se presenta la acusación al principio, me parece que Zafar aplazó cuanto pudo develar la acusación concreta de la que se estaba defendiendo. Pero, claro, el momento tenía que llegar.

En cuanto a juzgar la eficacia de su argumentación, yo no me siento a la altura, no porque nadie pueda tirar la primera piedra, sino porque estoy implicado. De hecho, es posible que la razón por la que considero nuestras conversaciones una búsqueda de absolución, una invitación al ajuste de cuentas, es que yo participé en todo, y soy yo el que se pregunta a sí mismo: ¿hasta qué punto puede considerarse a alguien responsable de las consecuencias de un acto?, ¿hasta qué punto otras causas aligérenla carga de la propia participación en los actos?, ¿o soy yo, como diría Zafar, el chelista que intenta ocultar su error detrás de los del violinista?

La cobertura de la noticia de la muerte de Crane no fue tan amplia como la

que dedicaron dos años más tarde, en 2004, a la muerte de Pat Tillman, que, después del 11S, había dejado su carrera en el fútbol americano profesional para alistarse en el ejército estadounidense.

Según la versión oficial del ejército inmediatamente posterior a los hechos, Tillman cayó en una emboscada en las afueras de la aldea de Sperah a unos cuarenta kilómetros al sur de Jost, cerca de la frontera paquistaní. Más tarde se supo que Tillman de hecho había muerto víctima del denominado fuego amigo, un hecho que los funcionarios de EE. UU. habían ocultado deliberadamente.

Algún tiempo antes de su muerte. Crane había dejado los Marines, de eso sí informaron las noticias. Pero lo que no explicaban los periódicos era qué estaba haciendo en Afganistán. Resulta que Crane, según sus propias palabras, tal como las reprodujo Zafar, se había unido a un contratista militar privado e incluso tenía la intención de montar su propia empresa. El Crane que yo conocía sin duda tenía el carácter para ese tipo de negocios, pero lo que me ha contado Zafar sobre las circunstancias que condujeron a su muerte hace que no tenga tan claro lo que en realidad estaba haciendo Crane. Además, incluso después de escuchar el relato completo de Zafar, sigo albergando mis dudas sobre cuál había sido el papel que él había desempeñado.

Antes de volver a Kabul, Zafar voló primero a Islamabad con Emily. Cuando salieron de las aduanas, explicó, Emily fue a hablar con un funcionario de la ONU asignado en el aeropuerto sobre vuelos de la ONU a Kabul. En los pocos minutos que estuvo apartada de él, dijo Zafar, Mohsin Khalid, el sobrino del coronel y escalador del K2, apareció a mi lado, como si se hubiera materializado misteriosamente de la nada.

Si necesitas quedarte en Islamabad, explicó Khalid, el coronel estará encantado de volverte a ver. Si no, y si así lo deseas, podemos organizarnos para que tengas plaza en uno de los vuelos militares diarios a Kabul. Sale uno dentro de dos horas. Estarás en Kabul a la una de la tarde.

Antes de que pudiera agradecerle la ayuda ofrecida, Khalid se había dado la vuelta y se había marchado.

Cuando volvió Emily, me dijo que había una única plaza en el vuelo de la ONU, y que el próximo programado era para el día siguiente. Nuestro plan — que era el de Emily pues fue la que insistió — había sido llegar a Kabul juntos y que ella me presentara a la gente con la que trabajaba como su prometido.

Pero en el aeropuerto de Islamabad, tras recibir unas llamadas, ella evidentemente había decidido llegar rápidamente a Kabul y aceptó la única plaza. Me sugirió que tomara el avión del día siguiente.

En la base de Bagram.[44] me recibió sobre el asfalto un soldado americano que dijo que tenía órdenes de llevarme al AfDARI.

—¿Órdenes de quién? —pregunté.

—¿Perdón?

—¿Quién le ha dado las órdenes?

—Mi superior, señor.

—¿Acepta órdenes de alguien más?

—Perdón, no le entiendo, señor.

—¿Sabe quién soy?

—No, señor.

—Vamos.

Menos mal que el soldado y yo pasamos el viaje sin intercambiar otra palabra. El soldado necesitaba toda la concentración de la que pudiera echar mano: el personal militar tenía órdenes de evitar reducir la velocidad en los cruces de carretera y de no detenerse nunca. La conducción era de locos.

En el AfDARI, el soldado apenas me dio tiempo de apearme antes de partir acelerando.

Dentro me recibió Suaif. Le pregunté por la familia, en concreto por su hijo, antes de que me llevara hacia la antigua habitación en la casa de invitados.

Suleiman ya estaba allí.

—¿Qué tal ha estado? —pregunté.

—Bien. Tengo la cámara. Usted tiene un plan, ¿no?

—Yo también estoy bien —dije apartando el borde de la cortina para asomarme por la ventana—. Vamos a dar una vuelta —añadí—. Me gusta caminar.

Más allá de las puertas, Suleiman caminaba con paso enérgico. Iba delante. Cruzamos la carretera, llegamos al final de la manzana, y doblamos la esquina antes de hablar de nuevo.

Suleiman estaba nervioso. Hablaba de su país, de su *amado país*, de cómo lo estaban arruinando y no había manera de que gente como él prosperase.

Hablaba con tanta convicción y energía, y con tal aparente despreocupación por mantener la coherencia del discurso, que llegué a preguntarme si sus facultades mentales no se habrían deteriorado. Cuando recordé el Suleiman que había dejado hacía apenas una semana, la voz del joven que tenía delante me pareció que pertenecía a otra persona. Aun así, me dio la impresión de que capté una mirada —si es ése el modo de describir el fugaz movimiento de ciertos sonidos y gestos— que explicaba el sentido en que podría haberse transformado. No seguía todo lo que me estaba diciendo, pero tenía la sensación de encontrarme ante alguien que estaba en los estertores de ver el mundo desde una nueva perspectiva, alguien que en el pasado había hecho observaciones, distantes, sin emoción, con una fría desconsideración hacia su sentido, pero que ahora, tras revisar los datos acumulados, se veía obligado a extraer ciertas conclusiones, conclusiones iracundas que no podían ignorarse, darse por sentadas ni minimizadas.

—¿Se ha entregado hoy un sobre? —intervine.

—¿Para Crane?

—Sí.

—No.

—¿No ha venido el jeep?

—No.

—¿Seguro que no se le ha pasado por alto?

—No ha venido, al menos, no todavía. Lleva dos horas de retraso.

—Y eso no es normal, ¿no?

—No, no lo es.

—¿Y Crane?

—Tampoco ha venido.

—Dígame una cosa: ¿el *jeep* siempre viene de la misma dirección?

—No sé de dónde viene.

—¿llene del este o del oeste? Cuando se detiene en la puerta exterior, ¿en qué dirección apunta?

—El morro apunta en la dirección contraria a la garita de guardia de Suaif.

—¿Siempre?

—Siempre.

—¿Y el coche de Crane?

—Un Land Cruiser.
—¿Dónde aparca?
—Junto a la puerta.
—¿Justo delante?
—Un poco más allá.
—¿Más alejado aún de la garita de vigilancia?
—Sí.
—¿Siempre?
—Sí.
—Con el morro apuntando en la dirección contraria a la garita de Suaif.
—Sí.
—¿Siempre?
—Sí.
—Bien.
—¿Por qué me hace siempre esa pregunta? También la hirió la última vez.
—¿Qué pregunta?
—¿Siempre?
—Siempre ¿qué?
—¿Por qué siempre pregunta *siempre*?
—Intento averiguar qué podemos saber con seguridad.
—Ya veo —dijo.
Pero Suleiman no parecía que lo entendiera.
—La epistemología sin un whisky es como un pez sin una bicicleta —
añadí.
—¿Perdón?
—¿Está Maurice aquí?
—¿Se refiere a ahora mismo?
Asentí.
—Ha salido, pero volverá está tarde.
—Bien. ¿Dónde está el chófer?
—El chófer del señor Maurice está con él.
—Pero he visto un coche en el patio.
—El AfDARI tiene tres.

—¿Hay alguien más que conduzca?

—Hay otro chófer.

—¿Está aquí?

—Sí.

—Bien.

Suleiman escuchó atentamente mientras yo explicaba cómo haríamos que dispusiera de unos minutos para ver y, si era posible, fotografiar, los documentos en la próxima entrega de Crane. Suleiman había mencionado que a veces los hombres del jeep le pasaban el paquete en mano, pero sólo cuando veían que Crane ya estaba en el AfDARI. El plan consistía en hacer que los hombres vieran a Crane pero impedir que éste viera el jeep, contando siempre con que los hombres le entregaran los documentos a Suleiman. La puerta era crucial en todo el plan, y Suleiman tendría que hacer que un chófer se dirigiera hacia ella en el momento exacto para obligar al jeep a hacerse a un lado y quedar así fuera del campo de visión de Crane. Sin embargo, si el jeep avanzaba, el conductor del mismo sí podría ver a Crane de soslayo, siempre que yo consiguiera que éste me acompañara a la casa de invitados. Crane, por su parte, no podría ver el vehículo sin darse la vuelta. Nos lo jugábamos todo en la sincronización.

Cuando acabé, como si quisiera confirmar que seguíamos en la misma página, hice que Suleiman me lo volviera a explicar todo.

Esperé a Crane en la galería exterior de la oficina del AfDARI. El plan podía fallar si Maurice llegaba antes que Crane; y tampoco funcionaría si Crane llegaba a la vez que el *jeep*; de hecho, había incontables maneras de que no saliera bien y sólo una de que sí. Miré la hora en mi reloj antes de abrir el ejemplar de *El americano impasible* de Graham Greene que había llevado y me acomodé para la espera.

Catorce minutos más tarde, la voz de Crane —*¡Déjame pasar, viejo!*— me llegó atronadora por el patio ahogando el sonido del tráfico a sus espaldas. La puerta emitió un chirrido al abrirla y cerrarla.

Desde las escaleras de la galería le hice gestos a Crane para que se acercara.

—Hola, machote. ¿Cómo estás? —Crane pareció alegrarse sinceramente de verme.

—Tirando. ¿Y tú?

Su apretón de manos casi me arranca el brazo.

—Fetén. ¿No es eso lo que decís los británicos? Eh, ¡Sully, colega!

Crane le dio una sonora palmada en la espalda.

—¿Podríamos tomar un té? —le pregunté a Suleiman, que había aparecido en el momento oportuno.

Me volví hacia Crane y añadí:

—A no ser que prefieras una cerveza.

—¿*Vosotros* tenéis cerveza? —le preguntó Crane a Suleiman.

—No, no tenemos —respondió Suleiman.

—Perdone mi metida de pata —le dije a Suleiman—. El té nos vale.

Suleiman se fue.

—Nosotros, los británicos —añadí para Crane— somos famosos por tomar una taza de té de vez en cuando.

—Ya tenemos aquí otra vez el humor británico, Me parto con vosotros.

—Crane. hay un asunto bastante grave que tengo que hablar contigo.

—No me digas.

—¿Por qué no nos sentamos? —sugerí—. Cuéntame lo que sepas de Bagram —le dije.

—¿Por qué?, ¿qué te han contado?

—Se supone que debo reunirme con el relator de la ONU dentro de un par de días, y todavía no me han dicho palabra de cuándo puedo visitarlos.

Lo que no le conté a Crane fue que desde la última vez que había estado en Kabul no había hecho ningún intento más de contactar con ellos. Necesitaba que Crane siguiera esperando.

—No hay nada que contar, bueno, al menos hasta donde yo sé. Claro, hay alguna instalación de detención, pero poco más sé. Y lo que sé es un secreto a voces —dijo.

Estuve entreteniéndolo a Crane unos minutos hasta que Suleiman reapareció.

—Nos hemos quedado sin té. Voy a comprar un poco, ¿vale?

—Muy bien —dijo.

Comprendí que el *jeep* acababa de presentarse, un poco pronto tras la llegada de Crane y que Suleiman improvisaba una señal para avisarme de que llevara a Crane a la casa de invitados, dado que ahora no habría tiempo ni para dar un sorbo antes de la siguiente fase. Al cabo de unos momentos, el

coche del AfDARI que estaba en el patio se puso en marcha y la puerta de entrada dejó escapar su chirrido.

—Crane, vamos a la casa de invitados —dije haciendo un gesto con la cabeza hacia la puerta de la oficina, como dando a entender que la galería no era lo bastante privada. Y un extra imprevisto: Crane pensaría que Maurice estaba dentro y recogería el sobre.

—Soy todo oídos —dijo Crane.

Miré hacia la puerta. Contaba con no poder ver el jeep desde las escaleras de la galería. El coche del AfDARI esperaba mientras la puerta se abría. Suleiman no parecía ir dentro.

El jeep debía de haber dado marcha atrás para dejar salir al coche, y, al hacerlo, había salido del campo de visión, quedando tras el muro. Tenía que evitar que Crane mirara en esa dirección, pero a la vez asegurarme que alguien del jeep lo veía por la espalda.

—He estado hablando con el coronel Mushtaq.

Es extraño: recuerdo que Crane no reaccionó al instante. Una parte de mí debió de registrarlo. Sólo más tarde me di cuenta de que el retraso tendría que haberme desconcertado. Pero en aquel momento, estaba concentrado en mantener su atención alejada de la puerta.

—Sikander Ali Mushtaq —dije—, ¿Le conoces?

—Sé quién es, claro.

—¿Claro?

—Es uno de los gerifaltes de la inteligencia militar. En un sitio como éste, uno tiene que hacer los deberes, colega.

—¿Y qué dase de sitio es éste? —pregunté.

Nos acercábamos a la casa de invitados.

—Una puta zona de guerra —respondió.

—Detrás de ti —dije, asegurándome de detenerme al lado de Crane más alejado de la carretera de manera que mientras me mirara no viera *el jeep*. Vi que se abría la puerta de la garita de guardia. Suleiman iría a recoger el sobre.

Dentro de mi habitación, me dirigí a la puerta del fondo y saqué una cajetilla de cigarrillos.

—¿Fumas, Crane?

—Esa basura te matará.

—Allá donde fueres, aunque sea una zona de guerra... —dije—. ¿Te molesta si yo...?

—No.

—Vamos ahí atrás. Duermo aquí dentro y no me gusta el humo —dije abriendo la puerta de atrás.

Salimos y cerré la puerta.

Crane quedó encajonado entre mí y el árbol negro marchito. Dio la vuelta a la maleza hacia un punto donde tenía más espacio. Yo me acerqué al muro. Si Crane se alejaba demasiado, podría vislumbrar *el jeep*. Tenía que mantenerlo más cerca de la pared y de mi mismo. Bajando la voz, dije:

—Mushtaq tenía algo interesante que decir.

—¿Perdona? —respondió Crane acercándose atentamente, a mí y al muro, y alejándose de la línea de visión hacia el *jeep*.

—Mushtaq parece creer que te traes algo entre manos y me ha pedido que intente averiguar de qué se trata.

—¿Y qué le dijiste?

—Así que sí te traes algo entre manos.

—Aquí, todos lo hacemos. Zafar. Todo el mundo se trae algo entre manos. Yo podría hacértela misma pregunta, ¿Por qué estás aquí? ¿Por qué no esperar hasta que el relator de la ONU llegue, por qué no venir con él y entonces ir a Bagram? Bien sabes que en ese caso te dejarán entrar.

—¿Por qué piensas que no me han respondido?

—Tal vez no se fíen de ti. Tal vez creen que trabajas para el enemigo. ¡Mierda! Tal vez hasta lo hagas.

—¿Y qué enemigo sería ése, Crane?

—¿Qué es lo que quieres preguntarme exactamente, Zafar?

—A decir verdad, no quería preguntarte nada. Quería decírtelo. Eso es todo. Quería contarte algo. Nada de lo que no sé es asunto mío, pero lo que sé, lo sé. y sólo quería decirte que lo sé. Dale el uso que te parezca. Eso sí es asunto tuyo.

—Lo que acabas de decir ¿de verdad era en inglés...?

—¿Entiendes que no te estoy preguntando nada?

—Sigue.

—No naciste ayer, Crane. Conoces la reputación que tienes. Tiendo a

sospechar que hasta la cultivas, al menos parte de ella. Creo que te gusta que te consideren un canalla, un cabrón ruidoso y pendenciero.

—Chico, acabas de salir del siglo SIN, ¿no?

—Pero corre un rumor, algo que te interesará saber.

Crane me miró fijamente y yo dejé que el tiempo se alargase, nos envolviese alejándonos de lo que pasaba en la casa de invitados.

—Tienes la intención de contármelo, ¿no? —preguntó al poco.

—Según parece, has estado conduciendo hacia el norte, a C..., todas las semanas —dije, y me callé.

Una vez más dejé que pasara el tiempo.

—¿Conducir es delito?

—Es curioso que menciones lo del delito. Nunca he estudiado la legislación de extradición, pero, si lo recuerdo correctamente, hay un principio que te interesaría conocer.

—No, si no vas al grano.

—Oh, sí voy al grano. De hecho, todo esto es el grano. En cierto sentido, ya he llegado a él. En general, no puede extraditarse a un hombre de un país A a un país B si el delito del que se le acusa en el país B no es considerado delito en el país A.

—He ido a la facultad de Derecho —me interrumpió Crane.

—Disculpa. Crane. ¿Estudiaste la legislación de extradición?

—No.

—Entonces, prosigo, si me permites. Bien, si, por ejemplo, él es acusado de beber alcohol en público en, pongamos, Arabia Saudí, donde ese acto se considera un delito, cuando llega a, pongamos, Alemania, no puede ser extraditado a Arabia Saudí, porque beber alcohol en público no es delito en Alemania. Por descontado, el paralelismo no debe llevarse demasiado lejos. Preguntabas si conducir es delito. Conducir por la izquierda de la carretera en Estados Unidos, sí, mientras que en la vieja Albión no lo es. Mis bien todo lo contrario, es obligatorio. Pero eso no significa que no te extraditarán de Gran Bretaña a Estados Unidos simplemente porque el supuesto delito no lo sea en el primer país. La alegación tiene que estar debidamente justificada, ya ves. ¿Y qué ocurre con la Ley de Prácticas Corruptas en el Extranjero, la FCPA? No aborda la legislación de extradición pero no por ello deja de ser un tema

interesante. Al respecto, Estados Unidos reclama jurisdicción extraterritorial. Como ciudadano americano, en ciertos asuntos lino tiene que portarse bien en el extranjero. Te das cuenta de los buenos resultados que ha dado la FCPA cuando piensas que la corrupción ha sido casi erradicada de las compañías petrolíferas y de armamento americanas. Pero la jurisdicción extraterritorial no tiene nada que ver con que el país A esté obligado a entregar a alguien al país B. Lo que importa es si lo que alega B que ha sucedido en su territorio constituiría, *mutatis mutandis*. un delito en A.

—¿De qué coño estás hablando?

—Ahora llego.

—Zafar, nadie me acusa de cometer un delito en territorio de Estados Unidos, así que toda esta mierda sobre la extradición no viene a cuento.

—Eso es verdad.

—¿Me estás tú...? —preguntó.

—Si te estoy ¿qué?

—¿Me estás acusando tú de algún delito?

—¿En Estados Unidos? —repliqué.

—Sí.

—No —respondí.

—Bien, y entonces ¿por qué cono estamos hablando de esto?

—Tienes razón, Crane. Estoy prevaricando, Y lo cierto es que me siento incómodo.

—Dilo. ¿Es mi reputación? No creas que no he oído de todo.

—Gracias. Crane, Tienes razón. Estoy seguro de que no hay nada. ¿Vas a peleas de perros?

Crane me miró, y pareció sinceramente desconcertado.

—No me jodas que hablas en serio.

—¿Tú no? —pregunté.

—Se te ha ido la olla —respondió.

—¿No vas a peleas de perros? —pregunté.

—¿Es eso lo que querías decirme? ¿Que el coronel Mushtaq te dijo que iba a peleas de perros? No tengo tiempo para esto. *Tú* no tienes tiempo para esto.

Crane dio un paso hacia la puerta trasera de la casa de imitados.

—¿Y la chica? —pregunté.

Crane se detuvo. Ahora estaba a mi lado.

—¿De qué estás hablando?

—Ya te lo he dicho. Crane, Sólo repito rumores, sin duda falsos, pero deberías saberlos o al menos querer estar informado. Tenemos un amigo común, Crane. Podrías decir que lo hago como un favor a él. ¿Quieres que deje de hablar?

—Sigue.

—Entremos —dije, apagando la colilla en el suelo.

Estábamos dentro, con la puerta trasera ya cerrada, cuando volví a hablar.

—Ésta es, como tú has dicho, una zona de guerra, y lo quépase en Kabul no sale de Kabul, pero sólo si eres discreto. El hecho de que otros se enteren puede suponer problemas.

—¿Qué otros?

Empecé a caminar de un lado a otro, fingiendo que evitaba la pregunta. Me acerqué a la puerta, la que daba al pequeño pasillo que salía al patio.

—Otros. Crane —dije. Me di la vuelta y caminé de nuevo.

—A la mierda.

—Crane, necesitas amigos aquí. Te da igual lo que piensen los afganos. Te lo concedo. Pero no puedes permitirte convertirte en una carga para los americanos, para ti mismo.

—¿Por qué cojones debería preocuparme por los estúpidos rumores?

—¿Y si son más que rumores?, ¿y si hay pruebas?

Llamaron a la puerta.

Me acerqué y abrí.

—¡Sí! —grité.

Le daba la espalda a Crane. Debió de atisbar como mucho la cara de Suleiman pero al menos oyó su voz.

—Lamento molestarles, pero hay una carta...

—¡Gracias! —grité de nuevo y cogí el sobre con las dos manos. Dándole todavía la espalda, Crane debió de oír cómo se desgarraba un sobre.

Suleiman exclamó en ese momento:

—¡No, señor! ¡Es para el señor Crane!

—Gracias, Suleiman —dije cerrando la puerta.

Me di la vuelta y me acerqué hacia Crane. tendiéndole el sobre desgarrado.

—Discúlpame. ¿Por dónde iba, Crane?

—No tengo ni idea.

—Mira. Ésta es la propuesta. Demasiada gente sabe lo de la chica. Si la cosa se difunde más, en el mejor de los casos te expulsarán del país. Y en el peor...

—Y en el peor ¿qué?

—Se está librando una guerra. Crane; hay mucho que perder. Un montón de gente necesita que los americanos sigan aquí, ¿puedes hacerte una idea de la cantidad de dinero que hay en juego? De hecho, creo que sí te la haces. A la gente no le conviene el escándalo del hijo de un senador estadounidense que se tira a una niña afgana. La línea que separa un valor prescindible y un maldito lastre es la conveniencia. Tu muerte no les importa nada. Nada. Detesto decirlo, pero desde su punto de vista es la solución más clara. Un chico americano de pura cepa, limpio, franco y valiente luchando por su país.

—¿De verdad te estás preocupando por mí? —preguntó Crane.

Sonrió. Pareció que la idea le hacía gracia.

—Tenemos un amigo mutuo, ¿no? Llámalo lealtad.

Crane tendió la mano y dio un paso hacia mí.

—¿Cuánto tiempo vas a estar aquí? —preguntó.

—El que haga falta.

—Escucha, ahora tengo que irme, pero ¿podemos quedar mañana o dentro de un par de días? Quiero hablarte de algo.

—¿De una chica? —pregunté, medio en broma.

—¡No! ¡No! ¡No! Te lo contaré más adelante. Nos vemos.

—Sí. Nos vemos —respondí.

Por la ventana vi a Crane atravesar el patio hacia la oficina del AfDARI.

—¡Dios! Me ha asustado.

Suleiman apareció de la nada anunciando su presencia con un golpecito en mi hombro.

—¿Los documentos? —le pregunté.

—Sí.

—¿Les hizo fotografías?

—Sí.

—¿Y la grabadora?, ¿dónde está la grabación de Crane?

Suleiman sacó un lápiz de memoria de su bolsillo, me lo dio y salió por la puerta.

Un minuto después, por la ventana vi a Crane saliendo de la oficina y yo salí al patio. Crane se me acercó.

—¿Por qué no nos vemos mañana a las diez para tomar un café? —dijo.

En aquel momento vi algo honesto en él. Creo que era un deseo, incluso una necesidad, de llevarse bien con los demás.

—No sé si te he ofendido —dije—. Lo siento si ha sido así.

—Mierda, ¡no! Vosotros, los británicos siempre con las disculpas.

—¿Qué te parece en el Café Europa?

—Has encontrado los antros de los expatriados muy rápido —dijo.

—Me entero de cosas.

—Nos vemos mañana.

—Oye, ¿vas a ir esta noche al bar de la ONU? —le pregunté.

—No. ¿Por qué?

—Pensé que a lo mejor te acercabas a tomar una copa.

—Mis chicos y yo estaremos en la embajada americana riendo el partido de anoche. Dios bendiga al VCR. De hecho, ahora voy hacia allí. Tomaremos unas cervezas antes del partido. Oye, ¿no...?

—No, gracias. No es lo mío.

—No es lo que te va, ¿eh? Tú prefieres el té, ¿no? El criquet es vuestro juego. Bueno, hasta mañana entonces —dijo Crane, esbozando una gran sonrisa mientras salía. Me hizo pensar en un perro grande y feliz. Así es como recuerdo a Crane ahora.

Suleiman estaba en el porche y lo habría oído todo.

A las nueve cuarenta y cinco de la mañana siguiente, estaba a punto de salir cuando el chico que se encargaba de limpiar las habitaciones apareció en la puerta. Me pasó un mensaje telefónico de Emily: Estaré *ahí en un minuto*. Me quedé en la habitación. Le pregunté al chico si había algún modo de hacer llegar un mensaje al Café Europa —a Crane— avisando de que llegaría tarde. El chico no me entendió.

Y entonces empezó la espera. *En un minuto*, había dicho. Tengo que

contarte lo de la espera porque si hay una causa inmediata, fue la espera. Pero ¿cómo puede la *espera*, que no es una acción, que es la definición de que no pasa nada, sólo un intervalo entre algo entre dos olas del mar, cómo puede nada engendrar algo? La última vez que había salido de Kabul, la semana anterior, me dirigí a Dubái, donde recibí un *email* de ella que decía: *Estaré ahí mañana por la tarde*. Eso era todo. Ninguna información más. dejándome en una animación suspendida. Pero, ¿en qué vuelo?, ¿cogía primero uno de Kabul a Islamabad o volaba directamente a los Emiratos? Pero, los vuelos directos van a Sarja y no a Dubái ¿no? Pero eso suponía tener que sumar más tiempo porque había que ir en coche hasta Dubái. Muy poca información a la que aferrarse, y tal vez precisamente de eso se trataba, de no comprometerse más, de evitar explicaciones para evitar nada que pudiera parecerse a una disculpa, porque disculparse y, consecuentemente, dar explicaciones, sería reconocer que me estaba decepcionando. Nunca era una *negativa* a disculparse, porque ésta o cualquier cosa que se pareciera a una negativa, deja que lo repita, implicaba un reconocimiento de que había algo que, podría pensarse, requería una disculpa o incluso una explicación. Así que nada de negativas sino, más bien, comportarse como si no hubiera nada que explicar, ninguna palabra que decir. ¿Mi incapacidad para enfrentarme a eso me convierte en cómplice? Un *facilitador*, los llaman, el amigo que invita a su colega, alcohólico en recuperación, al pub. Me acordé de la primera vez, ahora hace mucho tiempo ya. cuando ella fue a las Inns of Court. y entró en la biblioteca para buscarme para ir a comer. Llegó dos horas tarde, pero no dijo ni una palabra de disculpa ni dio ninguna explicación. Así que yo me inventé las disculpas en su nombre, disculpas no por su retraso sino por su falta de explicaciones, porque, me dije, *ella* debía de creer que ella misma no era lo bastante importante para *mí* como para que algo que se aproxime siquiera a su falta de puntualidad pudiera importarme. Un argumento retorcido para evitar la realidad, la única conclusión digna, que era la contraria, es decir, que yo no era lo bastante importante para ella para merecer una disculpa, y menos aún para ser puntual. Y eso sucedía una y otra vez, en un sentido u otro. ¿Le hada yo lo mismo a ella?, empecé a preguntarme. Después de todo, sé que hay un muro a mi alrededor y que también a mí sólo muy raramente se me enfrentan los demás, raramente me reprenden. ¿Acaso mi memoria me libraba de la conciencia de mis propios fracasos cuando no me atenía a las promesas que yo había hecho? ¿Estaba también yo dejando detrás de mí un rastro sucio de

promesas incumplidas? Y por eso mis cuadernos de notas se transformaron, también, en diarios, dejando constancia no sólo de los compromisos rotos sino de cada declaración hecha por cada uno de nosotros, en la que el otro podría confiar razonablemente. Pese a toda la tediosa familiaridad con su falta de fiabilidad y pese a todos mis crédulos acomodados a la misma, había dolor y había rabia, como deben haberlas cuando sientes la indiferencia de alguien a quien amas, que creías que te amaba, que te había dado indicios suficientes — ¡el compromiso!— que apuntaban que, en efecto te amaba. Y luego estaba la otra espera, la espera que había amado, las siete semanas que empezaron el día que me dijo que estaba embarazada. Fue una espera activa, no un limbo sino un tiempo para que la imaginación reuniera materiales del paisaje de la memoria y se pusiera a trabajar. Y al final de esa espera, nada. Nada que justificara la espera. Ninguna conversación, ninguna palabra, sólo nada.

Es fácil mantener la cabeza despejada cuando piensas en algo cuya existencia es exterior a ti, es sencillo pensar en las matemáticas, por ejemplo. Pero ¿se puede pensar en algo que sea más importante que lo que está tan cargado de emociones que el simple acto de pensar se vuelve difícil? Pero ¿cómo puedes mirar a algo que te nubla la vista? Toda mi vida he estado lleno de rabia, y si a ti o a cualquier otro os he parecido tan sosegado como el tipo de pensamiento que requieren las matemáticas, es sólo porque la rabia todavía tenía que encontrar una expresión. El lexicógrafo siempre va por detrás del avance del lenguaje, su explicación es por definición atrasada.

En la casa de invitados del AfDARI. pensé en todo lo que había esperado y sentí algo que me quemaba por dentro. La mayoría de la gente no necesita liberarse de su legado. Pero quienes necesitan desprenderse de su pasado y disponen de los medios para hacerlo no podrán eludir el requisito de la violencia.

A las diez y media me acerqué a la puerta. El chófer y Suaif estaban allí, hablando. Quería que me llevaran al Café Europa, pero primero les pregunté si habían visto a Suleiman.

—Suleiman no ha venido a trabajar —respondió Suaif.

—Ya. pero ¿lo ha visto?

—Hoy no se ha presentado, señor. Hay un mensaje para usted.

—¿Qué dice?

—Que su reunión de esta mañana fue pospuesta.

—¿Cuándo le dio el recado?

—Hoy no trabaja.

—Muy bien. ¿Cuándo pensaba usted darme el mensaje?

—Señor, se me dijo que se lo diera sólo cuando saliera al patio y que no le molestara con él antes.

—¿Y le dijo por qué no vendría a trabajar?

—No, señor.

Le pedí al chófer que me llevara al Café Europa.

Suaif intervino:

—Ha habido un incidente con Artefacto Explosivo Improvisado en Shar-e-Naw. Murieron americanos. Algunos soldados. Ahora es difícil llegar allí.

—¿Sólo soldados americanos?

—Y civiles.

—¿Heridos?

—Cinco afganos. Nadie más, señor —añadió.

—El Café Europa ¿está en Shar-e-Naw? —pregunté.

—Sí.

—Quiero ir.

—Es muy difícil —dijo Suaif.

Insistí y me subí al coche.

Al acercarnos a Shar-e-Naw nos detuvieron en un puesto de control y se nos dijo que no podíamos seguir en coche. Le pedí indicaciones al chófer, le dije que esperara y me dirigí a pie.

Primero llegó el sonido. Gente llorando, no mujeres, sino hombres, lamentos, gritos clamando a Dios, *Hai-Allah*, gruñidos, y voces americanas en megáfonos. Soldados afganos y de la ISAF en desbandada. Entonces doblé una esquina. Si Crane estaba en ese café, no podría haber sobrevivido. Todo era destrucción, escombros y polvo, grandes pedazos de cemento y un cráter delante de una fachada destrozada de un edificio, con rótulo del Café Europa colgando todavía de una esquina. Todavía recuerdo el rótulo, un cuadrado de chapa con las letras pintadas a mano en azul y dorado, y me he preguntado si nuestros ojos se ven forzados a fijarse en algo incoherente, buscando un símbolo que resuma la totalidad de lo que vemos, de la imagen resquebrajada que somos incapaces de asimilar, Nos orientamos mediante metáforas, como

aquel edificio fantasmal que quedó en pie en Hiroshima, la eternidad entera en un grano de arena. Así es como eludimos hablar de sangre y huesos, y de los muñones de los miembros destrozados, y de la cabeza con los ojos abiertos, y de los hombres llorando, hombres adultos, de la edad de mi padre, hombres con barba, apartando los escombros para buscar los muertos. Me sentí asqueado, mis entrañas se convulsionaban como un pez atrapado. Pero lo que recuerdo más vívidamente es una sensación detrás de los ojos, una presión desconocida que me empujaba los glóbulos hacia el exterior, como si ya no fueran míos, como si mi cuerpo los rechazara. ¿Quería llorar o quería evitar el llanto? Quería las dos cosas.

He oído que uno de los signos de que una persona está en *shock* es que se fija en algo trivial. La mujer que acaba de enterarse que su marido se ha visto involucrado en un accidente de tráfico fatal se obsesiona con la falta de leche en casa, incluso cuando el agente de policía acaba de decir que toma el café solo. No puedo decir que yo estuviera en *shock*: controlaba demasiado bien mis facultades racionales para eso. y estaba ya demasiado preocupado, intentando determinar con precisión cuándo habían sucedido diversas cosas. Además, el recurso ala conmoción habría sido una excusa demasiado pobre y facilona para lo que iba a suceder. Sin duda, si hubiera sido mejor persona, habría pensado en Grane, me habría esforzado por encontrarle. Habría contemplado la matanza y reflexionado sóbrela inhumanidad del hombre con el hombre y todo lo demás, Pero en vez de eso, con *shock* o sin él, mi mente se había concentrado en un problema de tiempo. ¿Era posible que me hubiera librado de una muerte segura, puede que por una cuestión de minutos, sólo porque me había que dado esperando a Emily, y Emily, para variar, había llegado tarde? Ella sabía que yo ya estaba en Kabul. Los vuelos de llegada y salida eran infrecuentes, y cuando me había dejado en Islamabad, yo iba, hasta donde ella podía saber, a tomar el vuelo del día siguiente. ¿Cómo se había enterado de que ya había llegado? ¿Sabía algo más? Ella... ¿sabía lo de la bomba? ¿Cómo iba a saberlo? ¿O era sólo su retraso lo que me había salvado? Lo mismo que yo había detestado, el rasgo de su carácter que tanto me angustiaba, la simple falta de respeto al no presentarse a la hora señalada, una y otra vez y sin dar una explicación ni. menos aún, pronunciar una palabra de disculpa. Siempre me odié a mi mismo por esperar, me odié por no darle importancia al haber tenido que esperar. Hasta entonces, me había sentido

mancillado, avergonzado más que enfadado con ella. Y ahora no estaba preparado para aceptar que se había demorado y por tanto yo estaba vivo. No estaba preparado para aceptar que una combinación de su falta de respeto y mi humillante tolerancia de la espera podía haberme salvado la vida. En ese momento, habría asumido de mejor gana que ella hubiera intervenido de un modo consciente en lo sucedido. Y como mi mente se había fijado en la responsabilidad de Emily, había entendido que el tiempo, como en todo, era esencial. ¿Qué había sucedido y cuándo? ¿Quién sabía qué y cuándo? Una cadena de acontecimientos que se remontaban a... ¿a qué?

Abordé a un soldado para preguntarle a qué hora había explotado la bomba, pero no pareció entenderme.

—¡Retrocede! —me respondió; era americano. Añadió algo en un pastún fragmentario antes de repetirlo despacio en inglés.

—Mi amigo está ahí dentro —grité.

—Como si está tu madre. ¡Retrocede! —chilló, esta vez subrayando el gesto con su rifle de asalto.

De vuelta en el AfDARI, le pregunté a Suaif si alguien había preguntado por mí o me había dejado un mensaje.

—¿La señorita Emily? —preguntó Suaif.

—Cualquiera.

—No —respondió Suaif.

—¿Ella no se ha presentado?

—¿Perdón?

—¿Ella no ha venido aquí?

—No —respondió.

La respuesta de Suaif hizo que me preguntara si tal vez Emily nunca tuvo en realidad la intención de presentarse. ¿Era posible que lo único que pretendía al mandarme el mensaje fuera retrasar mi partida hacia el café? Y ahí estaba yo, disculpándola una vez más. Incluso entonces.

—¿Hay algún teléfono en la oficina? —pregunté.

—Tal vez ella llamó —respondió.

—¿Hay teléfono en la oficina?

—Sí.

—¿Y hay algún otro teléfono aquí, en el AfDARI?

—No.

Crucé el patio y entré en el edificio del AfDARI. La puerta al despacho de Maurice estaba cerrada. Llamé pero no hubo respuesta. Entré y encontré a Maurice con la mujer que acababa de follarse. Ella se estaba poniendo el abrigo.

—Hágame el favor... —me espetó Maurice.

—No. no se lo hago. ¿Es ésta su letra? —le pregunté enseñándole la nota que avisaba de la llegada de Emily.

—Le ruego me disculpe, pero no entiendo.

—¿Es ésta su letra? —repetí, Estaba furioso con ese hombre, hasta un punto que, dado lo poco que sabía de él. resulta inexplicable. Estaba buscando si había algo más en la conversación entre Emily y él que no había sido anotado, algo que pudiera ayudarme a averiguar lo que había pasado, y cómo había sido posible que yo eludiera la explosión por unos minutos.

—Salga de aquí —gritó el francés levantando la mano y señalando la puerta.

Aferré la mano del hombre y la doblé por la muñeca. Entrelacé mis dedos con los suyos, y pese a esas circunstancias, o puede que a causa de ellas, pareció un gesto muy íntimo. A Maurice se le escapó un gañido y se le doblaron las piernas cuando empujé su mano por encima del hombro y con la mano libre tiré de su codo hacia mí. Él se agarró con la otra mano al borde de la mesa para no derrumbarse del todo.

Abrí un cajón, revolví dentro, saqué un cuaderno de notas, lo abrí y lo sostuve en ángulo hacia la luz que entraba por la ventana. El mensaje de Emily estaba escrito en ese mismo cuaderno.

—¿Quién llamó? —le pregunté a Maurice.

La mujer hizo ademán de acercarse a la puerta.

—¿Me esperaban? —pregunté volviéndome hacia ella.

Repetí:

—¿Me esperaban?

—No —respondió ella dócilmente.

—¿Espera que el hombre salga afuera con usted?

La mujer negó con la cabeza, pero no se movió más. Ya no iba a ninguna parte.

Le pregunté a Maurice:

—¿Quién le llamó?

—Emily —respondió.

—¿A su propia línea?

—Aquí sólo tenemos una.

—¿Móvil?

—La red local sólo está habilitada para el personal de la UNAMA.

—¿Teléfono satélite?

—No tenemos.

—¿Qué dijo ella?

—Exactamente lo que he escrito.

—¿Le parezco alguien que va a quedarse con los brazos cruzados mientras sigue jugando conmigo?, ¿qué dijo?

Tiré de su mano. Chilló de dolor. Maurice, ese hombre débil, se había convertido en el objeto de mi ira. ¿No es eso lo que pasa: las emociones que sentimos por algo se aplican a lo que tenemos más cerca? Piensa en esos artículos de divulgación científica de las revistas populares, en los que el periodista te habla primero del científico de niño, un niño o niña irresistiblemente adorable, así que a la página siguiente te descubres jaleando al adulto y luego, como quien no quiere, jaleando también sus ideas. Estaba furioso, claro, pero al final es posible que el único error de Maurice fuera encontrarse presente. Yo no estaba dispuesto a aceptar que nada de lo que había pasado hubiese sido un accidente, que no formara parte de un plan urdido por alguien. Recuerda que Maurice había firmado el recibí de paquetes y sobres destinados a Crane. O eso me había contado Suleiman. Recuerda, también, que había un único teléfono en el AfDARI, como me había dicho Suaif, y que estaba en la oficina de Maurice. Así que ¿qué se habían dicho Emily y él por teléfono cuando ella dejó el mensaje? ¿Algo que arrojara la menor luz sobre lo que había pasado? Y, más importante aún, quería oír algo que me confirmara que no fue la mera, habitual y previsible tardanza de Emily lo que había salvado mi vida. Tenía que ser algo más que eso. sin duda. No podía tratarse de lo que había sido la causa del asco que sentía hacia mí mismo por haber soportado tanta falta de respeto.

—Ya le he dicho lo que dijo —respondió.

—¿Cuándo recibió el mensaje?

—No lo sé. A las nueve y media, puede que un poco más tarde. Hice que el chico se lo llevara al momento.

¿Cómo, me preguntaba, sabía Emily que yo ya estaba en Kabul? Por lo que ella podía saber, pensaba, yo no llegaría hasta esa tarde, en el vuelo de la ONU. ¿Y por qué me pidió que la esperara? ¿Sabía que iba a salir, incluso a qué sitio concreto iba? ¿O me pedía que esperara sólo por si me daba por dejar Kabul?

—¿Qué sabe de la explosión de esta mañana? —le pregunté a Maurice.

—¿Qué quiere decir?

—¿A qué hora fue?

—No lo sé. En algún momento de esta mañana.

Cogí la fotografía de su mujer y su hijo y se la tiré al pecho. Salí de allí, satisfecho porque Maurice sólo era un imbécil dominado por su entropierna.

De vuelta en la puerta, le pregunté a Suaif a qué hora se había enterado de la explosión en el centro de la ciudad.

—Esta mañana.

—¿Puede ser más preciso? Yo salí a las once menos cuarto. Usted me avisó alrededor de esa hora.

—No estoy seguro.

—¿Quién le dijo que había habido una explosión?

—Ahmed, que trabaja enfrente.

—¿Por qué?

—Se estaba quejando del tráfico. Llegó tarde a trabajar.

—¿Vino él a decírselo?

—Sí.

—¿Cuándo?

—El entra a las diez, pero hoy se retrasó. Vino a verme antes que usted, señor.

—¿Poco antes de las diez y media?

—¿A esa hora salió usted, señor?

—Sí.

—Entonces, sí, señor.

—¿Y por qué?

—¿Perdón?

—¿Por qué vino hasta aquí?

—Su jefe todavía no ha llegado y no podía entrar en la tienda. Tal vez su jefe se había retrasado por la explosión o por el tráfico.

—Pero ¿por qué vino hasta aquí?

—A pasar el rato conmigo.

—Pero ¿él ya sabía lo de la explosión?

—Se lo había dicho alguien. Las noticias corren muy deprisa en Kabul.

—¿Vio a Suleiman antes de que ese hombre, Ahmed viniera?

—Sí.

—¿A qué hora?

—No me acuerdo.

—¿A qué hora entra usted a trabajar?

—A las siete de la mañana.

Dejé, a Suaif, no me fiaba del todo de él. Volví a mi habitación para recoger mi bolsa. Apenas podía controlar mi angustia. Las horas del reloj discurrían en mi cabeza; cuándo, qué, quién, y la intención daban vueltas de un lado a otro, chocando contra las paredes del cráneo. Había cálculo y había rabia.

De vuelta afuera, subí al coche y le di al chófer la dirección de Emily. Cuando salí sólo tenía la intención de hablar cara a cara con ella. Una parte de mí quería creer —quería la confirmación— que ella había evitado *a sabiendas* que fuera al Café Europa porque no podía soportar la idea de que su simple retraso involuntario me hubiera salvado. Y dado que no soportaba esa idea, estaba furioso, incluso antes de saber si había sido así o no, y la rabia era tan abrumadora que al final ya me daba igual la confirmación. Tal vez, después de todo, no sea algo tan raro, porque ¿cómo vamos a sentir una rabia contingente, cómo podemos mantener la disposición a sentir una ceguera iracunda, sólo por si al final resulta que algo es verdad? No podemos. Estamos sólo rabiosos y si nuestra rabia no se adueña de todo nuestro ser podríamos acabar renunciando a ella si resulta que era injustificada.

Llegué al complejo de la ONU. prosiguió Zafar, y le pedí al chófer que me esperara. Me presenté en la garita de guardia y se me dijo que esperara mientras un soldado se alejó en dirección a los alojamientos de Emily. Al

cabo de unos minutos, un soldado me explicó que Emily Hampton-Wyvern acababa de salir para palacio. Probé llamar con mi teléfono, esperando que, milagrosamente el *roaming* funcionara. No funcionaba. Le expliqué al soldado que tenía problemas para conseguir conexión —debía de ser por la explosión de esa mañana— y le convencí para que enviara un mensaje de texto por teléfono: *Urgente, a la atención de Emily Hampton-Wyvern. Estoy en el complejo de la ONU pero tengo que irme dentro de veinte minutos para coger mi vuelo. No puedo esperar un minuto más.*

¿Hasta qué punto era degradante por mi parte? No decía *no voy a esperar*, sino *no puedo*. No puedo esperar un minuto más, como si dijera que no dependía de mí, que es como implicar que, si de mí dependiera, podrías seguir llegando tarde. A los treinta minutos un jeep de la ISAF se detuvo delante de las puertas del complejo. Emily se apeó. Ninguno de los dos sonreía.

Dentro de la habitación de Emily, apartado de la vida de la ciudad, de su bullicio, de su ruptura de la concentración mental, me convertí en el instrumento de mi propia furia. Nunca había sentido tanta rabia como entonces, una ira brutal y avasalladora, y por supuesto estaba disparado: acababa de contemplar el escenario de un atentado. Todavía tenía que acabar de entender claramente lo que había sucedido y, aunque ya debía de haber empezado a hacerme una idea, en aquel momento mi cuerpo parecía haberse concentrado por entero en pasar a la acción inmediata, con cada nervio al servicio de los instintos, con cada tendón crispándose y preparado para saltar. ¿Sabes cómo habría calificado mi estado un científico? Excitación. ¿Hasta qué extremo es primitivo el cuerpo que no puede reflejar las distinciones más toscas, mucho menos aún las finas? Tal vez pienses que tendría que estarle agradecido a Emily: se había retrasado y eso era lo que me había salvado la vida. Pero si piensas eso, no habrías entendido nada de lo que te estoy contando. Llevaba toda mi vida esperándola y ni en una sola ocasión ella me había esperado a mí, ni una sola cuando ella llegaba a tiempo. ¿Se había presentado alguna vez más pronto?, ¿me visitó en el hospital?, ¿me había esperado siquiera cuando estuve ingresado? El único futuro con ella fue efímero. Cuando se había abierto la posibilidad de un futuro, cuando se perfiló ante mis ojos una imagen de familia, de amor, afecto, renovación y resolución, ella optó por cerrar la puerta a ese futuro, y entonces, debido a un razonamiento matemático incuestionable, comprendí —no me enteré por ella, porque ella nunca me lo

dijo— que el niño no podía haber sido mío. No me vengas con que todavía no estaba vivo. No me vengas con que todavía no era nada. Yo podría haberme enamorado de una idea. sí. *pero me enamoré de hecho de una idea*, y ¿qué es más?

Me equivoqué. No tenía ningún control sobre la Emily de mi cabeza, ningún poder; no tenemos más control sobre las personas en nuestras cabezas que el que tenemos sobre nosotros mismos. ¿Qué es lo que te dice una ilusión óptica? Te dice que no tienes un acceso directo a la realidad. ¿Cómo vas a controlar un mundo que ni siquiera puedes ver, un mundo que te incluye a ti? ¿Cuánto de lo que hacemos está movido por la vanidad de conseguir dominar a otros, no para poseerlos sino con la intención de proteger nuestras creencias de las pruebas que podrían contradecirlas? La realidad no tiene forma de imponerse sobre nosotros y podemos, de hecho, variar lo que creemos que percibimos para que se ajuste a lo que queremos creer. Escuchar a los demás es difícil porque se corre el riesgo de tener que cambiar el modo de ver el mundo. Preferiríamos destruirlos.

En el aeropuerto, intenté conseguir billete en un vuelo, en cualquier vuelo, que saliera de Kabul, del país. Fui por todas partes buscando a cualquier empleado que me hiciera el favor.

Zafar se había saltado algo. Había pasado de la habitación de Emily directamente al aeropuerto, pasando por alto de una manera muy obvia lo que había sucedido en aquella habitación. Tan obvio había sido que creo que quería que yo le presionara al respecto, le animara, le diera el valor para hablar. Ya se lo plantearía, pensé, pero esperaría hasta que no le quedara nada más que decir, ningún sitio al que ir.

Tenía efectivo para un billete, prosiguió Zafar, dólares americanos, pero parecía que todos los demás también estuvieran dispuestos a pagar la cantidad abusiva que fuera necesaria para quitarle la plaza en un vuelo a un desventurado empleado de una oenegé.

Cuando ya casi había abandonado toda esperanza, apareció un hombre a mi lado, bajo, regordete y calvo, pero con cejas y un bigote tupidos.

—Hola, señor, ¿tiene problemas?

—Intento subir a un avión para salir de aquí.

—¿Juega al ajedrez, señor?

—¿Perdón?

—¿Es jugador de ajedrez?

—Juego al ajedrez.

—Algunas personas creen que el ajedrez depende de las piezas —dijo repitiendo las palabras del coronel Mushtaq.

Volví a mirar a ese hombre, un tipo de aspecto verdaderamente raro, y me quedó claro que cada vez que su rostro adoptara una expresión, aquellas cejas y aquel bigote exagerarían el efecto.

—Lo cierto —respondí— es que depende del tablero. Y uno aprende sólo jugando una partida tras otra.

Por descontado, durante el vuelo reflexioné sobre lo que había pasado con Emily, pero mis pensamientos se veían interrumpidos por ideas que emergían de mi inconsciente, que irrumpían en mi cabeza espontáneamente, sobre lo que había ocurrido en las veinticuatro horas que precedieron a la destrucción del Café Europa y la muerte de Crane. ¿Qué es lo que tiene uno de esos juegos de enigmas, de enigmas lógicos, que nos atrapa de tal modo que no podemos quitárnoslo de la cabeza hasta que lo resolvemos? Ya sabes, del tipo: seis personas tienen que cruzar un río en un bote en el que sólo caben tres, pero el vicario no puede quedarse sólo con el caníbal y demás. Enigmas como ése. Incluso cuando te parece que lo has dejado de lado para seguir con lo que sea que tengas que hacer, el cerebro sigue dándole vueltas, y mientras estás preparando una taza de té y te preguntas cómo pueden hacer tan afilados los bordes de los terrones de azúcar, de la nada te llega la clave del enigma: primero llevas al vicario y vuelves con él. Las imágenes de rostros no paraban de venirme a la cabeza —Suleiman, el coronel. Crane—, rostros que ya había interpretado pero que ahora, al revisarlos mentalmente, habían que dudara de mis primeras impresiones.

¿De qué bando era cada uno? La pregunta sólo tiene sentido si hay bandos de los que hablar. A Occidente no le importa que le recuerden, una y otra vez, que los americanos apoyaron a los yihadistas en la guerra contra la ocupación soviética. Pero si el enemigo de mi enemigo es mi amigo, ¿qué calidad tiene una amistad basada en el odio común? ¿Qué hemos aprendido cada uno del otro cuando lo único que necesitábamos saberes que compartimos un odio? Piensa en dos personas que no se conocen muy bien, cuando su conversación se centra casualmente en un libro, un libro rico y ambicioso que ambos aman. Se animan y de repente sienten una buena voluntad mutua, como si cada uno de

ellos pensara: *ves el mundo tal como yo lo veo*. Pero nunca ha habido dos personas que sientan eso mismo cuando descubren un libro que desagrada a ambas. La conversación no tarda en cambiar de tema.

En el caos de Asia Central hay tantos bandos como oportunidades de imponerse mediante la traición. No son bandos que nos digan quién hace qué, para quién ni por qué. Sólo hay exigencias, estrategias, objetivos a corto plazo, a escala de gobiernos, regiones, clanes, familias e individuos: fractales de intereses, que se solapan aquí, que se excluyen mutuamente allí, y, a veces, hasta coinciden. No hay bandos. Lo que tampoco debería sorprendemos, Después de todo, los dos sabemos que buenas personas hacen cosas terribles, que los amigos te harán daño y que cada uno de nosotros es, de principio a fin, su propio bando.

Al final del vuelo, me había formado una teoría de lo que había pasado, pero sólo después de reunirme con el coronel de nuevo podría confirmar sus detalles.

—Es un placer verte de nuevo, hijo mío. ¿Cómo estás?

—Buenas tardes, coronel.

El coronel estaba en el aeropuerto de Islamabad. Durante el vuelo, había introducido el lápiz de memoria de Suleiman en mi portátil y había descubierto, como esperaba, que estaba vacío.

—Confío en que el vuelo fuera agradable —dijo.

—Sí. Aquellos sobres. No contenían dinero, ¿verdad que no? —le pregunté directamente.

—Correcto.

—¿Planes militares?

—Caliente.

—Planes fabos pergeñados para desviarla acción de los talibanes a algún lugar específico, Van a tender una trampa —dije.

—Muy bien —respondió el coronel como si diera las notas de un examen.

—Suleiman ¿trabaja para los talibanes? —pregunté.

—Para la oposición.

—¿Cómo se enteró de que Suleiman trabajaba para esta oposición?

—Suleiman trabajaba para nosotros, Creía que desconocíamos dónde estaban sus verdaderas lealtades. La cuestión es: ¿cómo supiste *tú* que

Suleiman trabajaba para la oposición?

El coronel no había respondido mi pregunta: demasiada información que compartir.

—No lo sabía con seguridad —respondí—. Pero, como me había recomendado el Café Europa, sospeché que él no era lo que aparentaba. También me dio pie a creer que existía una grabación de Crane incriminándose a sí mismo, pero la memoria estaba vacía. Y luego estaba el hecho de que no se presentara esta mañana. Desaparecido, supongo. ¿Qué decía exactamente el mensaje que usted le mandó a Emily?

El coronel ni pestañeó. Durante el vuelo, había llegado a la conclusión de que él le había mandado un mensaje a Emily. que a su vez la había impulsado a ponerse en contacto conmigo y pedirme que la esperara. No pareció sorprenderse en lo más mínimo por mi pregunta, y me dio la impresión de que estaba dispuesto a contar lo que pudiera.

—Simplemente que estabas en Kabul —replicó el coronel— y que ibas a coger un vuelo al cabo de una hora.

—¿Y por qué no dejó usted mismo un mensaje para mí en el AfDARI y tuvo que hacerlo Emily en su nombre?

—Porque ella podría haberse enterado por otros medios de que tú ya estabas en Kabul y haberte dejado su propio mensaje. En ese caso habría dos mensajes, potencialmente contradictorios.

—¿Y si ella no se hubiera puesto en contacto conmigo inmediatamente? ¿O si, aun habiéndolo hecho, yo no cambiaba de opinión y optaba por no esperar y acudir al Café Europa?

—Había otras formas de mantenerte alejado de allí, Recibiste el mensaje cuando te lo entregaron en la puerta, ¿no?

—¿Era de usted?

—De nosotros.

—Por supuesto —dije. Recordé mi conversación con el portero del AfDARI. Suaif de hecho no había dicho que el mensaje fuera de Suleiman. Yo le había estado preguntando por Suleiman y él había hablado de un mensaje que decía que mi reunión se había pospuesto. Entre mi nerviosismo por tener que esperar de nuevo a Emily y el escaso dominio del inglés de Suaif, simplemente había dado por supuesto que el mensaje era de Suleiman. ¿Por qué no me hizo llegar el mensaje inmediatamente? —pregunté—. ¿Por qué lo

retuvo hasta la puerta?

—Como diríamos en criquet, el mensaje de Emily era el portero del *wicket*, el primer interceptador de la pelota; el de la puerta, era el segundo defensa, el que se sitúa detrás, para una parada larga.

—Usted colocó ahí al segundo defensa, como usted dice, esperando en la puerta porque si hacía que me lo dieran directamente, podría haberme puesto en contacto con Crane para posponer o cancelar la cita, en cuyo caso Crane no habría acudido al Café Europa ¿es así?

—A ti se te habría mantenido alejado en cualquier caso —respondió el coronel.

—No sé si estoy horrorizado o conmovido —dije—. Dígame: ¿está vivo Crane?

—Lamentablemente, no.

—Pero ¿usted podría haber impedido todo esto?

El coronel no respondió, Había una pregunta obvia: ¿por qué había querido el coronel que Crane fuera al Café Europa? También era obvio que se trataba de una pregunta que no respondería.

—¿Crane era de verdad un pedófilo?

—¿Fue eso lo que te contó Suleiman?

—Sin ahorrarse detalle.

—¿Por qué lo dudas?

—Porque cuando le insinué a Crane que alguien tenía pruebas de su pedofilia, no pareció interesado. Debía saber que no podía existir ese tipo de pruebas. Aun así, curiosamente, ni siquiera reaccionó a la mera idea de que le acusaran de pedofilia.

—¿Y qué te dice eso? —preguntó el coronel.

El método socrático del coronel ratificaba la idea de que yo ya tenía buena parte de la información en mi posesión y sólo tenía que ensamblarla para darle sentido. Cuanto sabía de la venalidad de Crane lo sabía a través de Suleiman. Esto no son matemáticas, en las que el contenido se mantiene y cae por sí solo, sino el mundo, en el que importa la autoridad y el motivo. Pero ciertas afirmaciones son tan terroríficas, tan crueles y repulsivas, que parecemos incapaces de detenemos a pensar si son verdaderas. Su mera insinuación puede destruir una carrera, una vida. Y si ni siquiera podemos pensar si son

verdaderas, ¿cómo vamos a poder reflexionar sobre ellas en ningún sentido, cuando lo son?

—Sin duda, usted lo sabrá, ¿no? —le pregunté al coronel.

—Los viejos soldados tienen propensión a la arrogancia, no a la omnisciencia. Dime lo que piensas tú y, si puedo, te corregiré.

—En realidad, Crane si le hizo creer a Suleiman que era un pedófilo. Pero no era más que una invención para que Suleiman le odiara y así estuviera más que dispuesto a robar esos documentos que se le enviaban misteriosamente. El jeep de la ISAF que los entregaba sólo reforzaba la idea de que los documentos contenían planes militares. En cuanto a Maurice, carecía de importancia, un actor secundario que entregaba paquetes de vez en cuando, sin saber nada.

—Hasta ahí, todo bien.

—Lo que no está claro es quién es esa oposición para la que trabajaba Suleiman. Aparte del papel que desempeñara Suleiman en la muerte de Crane, no hay pruebas de que de hecho trabajara para los insurgentes y no para los americanos.

—¿Por qué querrían los americanos que Crane muriera? —preguntó el coronel.

—No excluyo que haya alguna razón que desconozca —dije.

—Suleiman trabajaba para los insurgentes y Crane para los americanos —explicó el coronel.

—Pero ¿por qué matara Crane? No me refiero a que Suleiman no tuviera un motivo; él pensaba que Crane era un bastardo repugnante. Pero supone muchos riesgos y problemas organizar un atentado con bomba en Kabul con la ISAF por toda la ciudad.

—Mi convicción es que es más probable que su objetivo fueras tú. Metió a Crane en el paquete sin cobrar nada.

—¿No al revés?

—Es posible, pero en el análisis final, no creo que eso importe demasiado.

—¿Y por qué me querría muerto?

—¿Suleiman?

—Él no me impidió ir al Café Europa. Lo hizo usted.

—Resulta bastante tranquilizador, a decir verdad, que él quisiera tu muerte. Confirma que cree que ha conseguido una información valiosa. Matarte te habría impedido informar a alguien de lo sucedido.

—Pero no estoy muerto. Él debe de saberlo.

—Tal vez sí, tal vez no. Pero ¿a quién informabas tú? Suleiman no es tonto. Sabe que no podrías contárselo a nadie sin levantar sospechas, o, aun peor, sin incriminarte a ti mismo. ¿Cómo ibas a explicar que sabías que Suleiman había conseguido el documento? Matarte habría sido lo más limpio, pero no habría servido de mucho.

—Yo podría informarle a *usted*. ¿No lo sabe él?

—A él no le preocupa que me lo digas. Por él está bien, porque cree que queríamos que él se hiciera con los documentos.

—Y en eso no se equivocaba.

—No. Pero no sabe que trabajamos con los americanos en esto, al menos hasta hace una hora. Los americanos llevaban un mes intentando tender esta trampa, pero Suleiman había carecido de las pelotas o de la ingenuidad para intentar copiar los documentos sin que le vieran. Siendo justos con ellos, si se lo hubieran puesto demasiado fácil, habrían despertado sus sospechas.

—Y Crane formaba parte de todo.

—Decidimos meter baza...

—¿Sin decírselo a los americanos?

—Se enterarán muy pronto.

—Y Crane no sabía que los paquistaníes estaban implicados.

—Dices paquistaníes, pero en realidad se trataba de una operación más limitada.

—Y Crane no estaba al tanto.

—No.

—¿No querrán saber los americanos por qué no les informó antes de que Crane muriera?

—Mi querido muchacho. Sólo nos enteramos de que iba a pasar algo cuando un informante confidencial, cuya identidad no puede ser revelada, acudió a mí y me lo dijo, y a esas alturas ya era demasiado tarde para Crane. Pero los americanos ni siquiera necesitan saber eso.

—¿Qué informante?

El coronel sonrió. Se estaba refiriendo a mí.

—¿Crane te parecía un monstruo? —preguntó el coronel.

—Sí y no.

—El problema con él —dijo— es que era incapaz de asumir del todo su nueva imagen pública, como tú acabas de demostrar. No. nuestro buen Crane es una baja de guerra.

—¿Por qué no intervino para salvar a Crane?

—Cuando juegas al ajedrez, ¿importa algo que llevaras las blancas o las negras en una partida anterior? En una partida, juegas con las blancas, en otra, con las negras.

—Usted creyó que debía permanecer al lado de los americanos.

—Puedes ser más preciso, sin duda.

—Usted, coronel Mushtaq, retirado, quiere que los americanos crean que está de su parte. Pero usted, coronel Mushtaq, también quiere que la guerra acabe cuanto antes. ¿Hasta qué punto estoy siendo preciso?

—Vas bien.

—Si el objetivo del ejercicio era despertar el interés de Suleiman por los documentos, ¿por qué se suponía que Crane tenía que dar la impresión de que era un pedófilo?

—Para que Suleiman tuviera un motivo de resentimiento contra él. La política y la religión motivarán a la masa, pero si quieres que un hombre solo pase a la acción, entonces la animosidad personal es mucho más fiable. Necesitábamos que Suleiman se arriesgase a ver el contenido del sobre.

—Pero ¿ese resentimiento fue más lejos de lo que usted esperaba?

El coronel frunció el ceño, pero no respondió.

—El jeep llegó más tarde de lo habitual ese día —dije.

—Sí. Fue una decisión difícil. Mira, si no hacíamos la entrega ese día, aunque fuera un poco tarde, no podíamos estar seguros de que te quedaras en Kabul el tiempo suficiente para la siguiente entrega.

—Pero podía despertar sospechas. Siempre llegaba a la hora.

—Posiblemente. Pero el caso es que Suleiman siguió con lo previsto, ¿no? Y después de tantas molestias, y del hecho de que ya no puede volver, está convencido de la idea de que el botín merece, la pena. Él mismo será el mejor abogado de la fiabilidad de esos planes.

—¿Cómo sabía usted que todo se había desarrollado como esperaba?

—El sobre desgarrado.

No pensaba que el coronel hubiera visto de hecho el sobre, sino que le habían hablado de él. Pensé en Crane. ¿Qué fue exactamente lo que había dicho cuando, antes de separarnos, yo decliné su invitación a ver fútbol americano con él? *Tú prefieres el té, ¿no?* No sé si él había establecido una relación consciente y no se me ocurre por qué querría insinuarme algo, pero aun así en ese momento me pregunté si Crane se había percatado de que el té que había prometido traer Suleiman no había llegado.

—Suleiman me dijo que quería que yo me convirtiera en el director del AfDARI —le dije al coronel.

Pareció esperar a que yo completara la frase.

—Dijo que los administradores también querían un cambio en la dirección. ¿Para qué?

—¿A *ti* qué te parece?

—¿Para halagarme?

—Es posible, aunque no creo que te presentaras como alguien fácil de halagar. Creo que el propósito era algo más sutil. Era para confundir. Él te estaba dejando caer que estaba vinculado al AfDARI, a Kabul y a la vida que llevaba públicamente. Quería que tuvieras ese marco de referencia como el estrecho marco de alguien que quiere hacer carrera profesionalmente.

—Parece posible.

El coronel me miraba como si estuviera planteándose si contarme algo o no.

—Esa noche —dijo—, después de que cenaras con nosotros, el general me preguntó si intentaba halagarte con la atención de tanto pez gordo.

—¿Y qué le respondió?

—No dije nada. ¿Por qué iba a hacerlo? Por descontado, si la adulación funcionaba, pues muy bien. Pero yo contaba con otra cosa. Tú tienes un rasgo de carácter que debes vigilar. Lo sé porque yo también lo tuve. Si puedes controlarlo, serías muy eficaz.

El coronel hizo una pausa, esperando que le preguntara.

—¿Y cuál sería ese rasgo?

—No eres un tipo confiado, pero en realidad *quieres* confiar, y mucho, y,

dadas las circunstancias correctas, lo harás.

—¿Qué circunstancias son ésas?

—El que estés convencido de hacer algo por principios.

El vestíbulo exterior del aeropuerto estaba en sombras, pero se veía luz del sol más allá, sobre los coches y los autobuses. Ya percibía Islamabad como un lugar bastante apartado y hasta el mundo me parecía lejano, una sensación que yo sabía falsa, pero no tenía el estómago para cuestionar el alivio que me producía, por engañosa que fuera.

—¿Y ahora qué? —le pregunté al coronel.

—Ahora tengo que pedirte que pasea tres semanas como imitado mío —respondió.

—¿Sólo tres?

—Gracias, hijo mío. Verdaderamente será un placer para mí.

—Pero dentro de tres semanas habrá noticias interesantes. ¿Talibanes caídos en una emboscada en algún sitio?

—Vamos —dijo el coronel, desentendiéndose de mi pregunta—. Ya habrá tiempo para hablar de eso. ¿Sabes que estarás seguro?

—Usted podría haberme dejado ir al café.

—Justamente. En realidad, disfruto con tu compañía, de verdad.

—Y en estos tiempos es muy difícil encontrar ayuda fiable —dije.

—Así es.

Subimos al Land Cruiser.

—Creo que comeremos algo y jugaremos al ajedrez.

—¿En el rincón? —pregunté.

—En el rincón.

—Me ha arrinconado.

—Sólo literalmente, hijo mío.

De lo que nunca hablé con el coronel fue, claro, de cómo se había enterado de lo que iba a pasaren el Café Europa. Por su parte, él tuvo la elegancia de no mostrar interés por Emily, y yo me pregunté cuánto sabría ya.

Debo contarte la verdad. acabaría diciendo Zafar, en una expresión cuyo peso recae en la palabra *verdad*, una palabra que parece reclamarla totalidad de una frase cada vez que aparece. La verdad es lo que se busca, ¿no? Recuerda el Teorema de Incompletitud de Gödel, que nos dice que la verdad

no siempre puede encontrarse y que no podemos saber antes de la búsqueda si la propia verdad es de un tipo que pueda desvelarse. Por tanto, no es de extrañar que cuando es la verdad lo que se promete, agucemos el oído, como hice yo, Pero, mientras escribo ahora, reflexionando una vez más sobre esa frase tras el paso del tiempo, me descubro pensando no en la *verdad* sino en el *debo*. En algún sitio he leído que debemos reconsiderar las cosas para dar con la sabiduría más profunda. Y al leer ahora la frase de Zafar, percibo un énfasis distinto. ¿Por qué siente alguien que *debe* hablar?

Leí *La balada del viejo marinero* de Coleridge cuando estaba en Eton. Parte del canon literario inglés, es el tipo de poema que entra con precisión en lo esperadle de una educación inglesa decente. Recuerdo al profesor de inglés, el señor Humphries, pidiéndonos que pensáramos sobre la premisa del poema. Un joven marinero retiene a un colega de camino a una boda. Pese a sus quejas iniciales, el imitado a la boda se ve obligado a escuchar la historia del joven marinero. Humphries, recuerdo, también se sentía irritado por la compulsión del joven a contarle su historia a alguien cuyo interés, para los niños de la dase, rayaba, creo, en lo cómico. El aula no supo responder a la pregunta de por qué esa compulsión, de manera que Humphries, recurriendo a una selección aleatoria, me señaló.

—Es fingida ¿verdad, señor? En realidad no importa.

—¿El poema no importa?

—No, señor. Lo que no importa es la compulsión de la que habla usted. Es una forma de contar la historia.

—Pero, ¿eso no requiere una pregunta?

—¿Cómo dice, señor?

—¿Por qué siente él que tiene que contar la historia?

—No lo sé, señor.

Me temo que los matices de la poesía, del viejo marinero, no llegaron a buen puerto aquel día. Sólo ahora me atrevo a aventurar la idea, dejando a un lado al marinero por un instante, de que lo que los chicos vieron en aquella aula era algo que Humphries había llevado allí consigo, una preocupación personal. Hablamos de que nos llevamos el trabajo a casa y no vemos, como vería un niño sin instruir, que es a la inversa, que en todo lo que hacemos nos introducimos nosotros mismos y, como diría Zafar, introducimos también nuestras historias. Se trataba, ahora estoy bastante seguro, de una cuestión

personal para Humphries, y ahora ya no puedo saber qué era lo que hacía que la cuestión del apremio del marinero fuera también la de Humphries. El marinero, que mata a un albatros y de ese modo atrae la desgracia sobre la tripulación, está poseído por el espíritu de la confesión. Por entonces yo era demasiado joven para comprender la redención que produce expresar aquello que el cerebro intenta ocultarse a sí mismo. Sólo la edad pone de manifiesto ese impulso, nuestra compulsión por decir algo. La juventud no tiene nada que declarar.

Todo lo cual es para decir que creo que sobre la cuestión de por qué hablaba Zafar, incluso de las circunstancias de aquel último día en Kabul y los acontecimientos de las últimas horas, en particular de la confrontación con Emily (si *confrontación* es la palabra correcta), la base de cualquier explicación debe ser esa necesidad humana de hablar y contar, el impulso que lleva al religioso al confesionario y a otro al sofá del terapeuta; incluso cuando el deseo de contar se enfrenta a resistencias, incluido, por ejemplo, un impulso a ocultarlo que puede incriminarnos; y aunque haya razones de peso para que nos refiramos a algunos horrores como inefables.

—¿Hay algo que no quieras contar, algo que hayas pasado por alto? No tienes por qué contármelo —dije.

Mientras relataba los sucesos de Kabul e Islamabad, Zafar había parecido inquieto, se removía en la silla, se inclinaba hacia delante, se recostaba, transmitía una imagen de agitación febril. Pero en ese momento se adueñó de él una extraña calma. No me miró directamente a los ojos sino que adoptó aquella mirada distante que tenía a veces, prueba de una mente que está reflexionando sobre sus recuerdos, tal vez pensando en qué decir, y yo no sentía ninguna gana de romper el silencio que se abatió sobre nosotros.

Cuando llegué al último de los cuadernos numerados de Zafar, a la última página escrita, encontré dos entradas. Su yuxtaposición resultaba perturbadora. Cada una de ellas, por sí sola, no causaba una gran impresión, pero verlas escritas obviamente al mismo tiempo, una al lado de la otra, era inquietante. Son los dos primeros epígrafes de este capítulo.

Tal vez. puede que tanto para atenuar el efecto de esos dos primeros epígrafes como por cualquier otro motivo, he añadido dos más, los de Simone Weil y de Susan Brownmiller, ambos extraídos de un cuaderno anterior. Zafar sabía que. en su momento, yo llegaría a esas entradas finales. No sé si por eso

vaciló en el momento crítico, por qué saltó tan rápidamente a Islamabad y a la última reunión con el coronel, Tal vez, él sabía que esas entradas serían lo bastante elocuentes por sí solas, Pero al final, optó por hablar él mismo y volvió a aquella habitación de Kabul, A decir verdad, es posible que nunca saliera de ella.

En aquella habitación cerrada, Emily parecía asustada. No, *estaba* asustada. Cuando eres la causa del miedo de alguien, esa persona no sólo te *parece* asustada. Lo que ves es lo que hay.

Cuando alguien está muy asustado, decimos que está muerto de miedo, paralizado, petrificado. Es posible que la mujer que estaba con Maurice se hubiera asustado, pero al menos tuvo la presencia de ánimo para encaminarse hacia la puerta. Emily no se movió.

No podía moverse, como si su mente ya no fuera la dueña de sus actos. Y sólo ese hecho me producía una abrumadora sensación de control. Estaba aterrada, y debo decirte la verdad: resultaba estimulante, y me sentí una unidad con ella. ¿Te lo imaginas? Una unidad, la síntesis de amenaza y temor. No, amenaza no, sino *violencia pertinente*.

Ya he hablado bastante. Quería contarte algo, creía que sería explícito, que aclararía lo que hice, que no dejaría espacio para esconderme, pero ahora sé que no puedo. He llegado hasta aquí, por el largo río, visitando meandros y desviándome a afluentes por el camino, pero aquí, al filo del abismo, donde el río se encuentra con el mar, no sé cómo hablar de lo inefable. Nuestros actos son siempre preguntas, no respuestas. Si es verdad que nuestra voluntad es libre, ¿cómo es posible que hagamos cosas de las que nos arrepentimos? Ya sé que nuestra jomada está sembrada de hechos que varían el curso de la misma, tan abundantes en el día a día como todos los números irracionales en la recta numérica, y que sólo en la ficción puede un hecho aislado cambiar una vida entera. Pero ¿cómo llegamos a hacer lo que en momentos de lucidez seguramente concluiríamos que sólo puede provocar una caída en desgracia, una caída de la que no podría levantarnos ninguna penitencia?

22

NUESTRAS HOJAS SUELTAS

En aquella parte del libro de mi memoria antes de la cual hay poco que pueda leerse, hay un epígrafe que dice: *Incipit Vita Nova* (Aquí empieza la nueva vida). Debajo de ese epígrafe encuentro muchas cosas escritas, y entre ellas las palabras que pretendo copiar en este librito, sino todas, sí al menos en su sustancia.

—DANTE ALIGHIERI.

Vita Nuova

Toda la humanidad es de un mismo autor y está en un mismo volumen. Cuando un hombre muere no se arranca ese capítulo del libro, sino que se traduce a un lenguaje mejor; y cada capítulo debe traducirse así; Dios utiliza varios traductores; determinados fragmentos los traduce la vejez, y otros la enfermedad, algunos la guerra, otros la justicia; pero la mano de Dios está en cada traducción; y su mano ensamblará de nuevo todas nuestras hojas sueltas, en esa biblioteca en la que todos los libros estarán abiertos unos al lado de otros.

—JOHN DONNE,

«Decimoséptima Meditación»

A primera hora del alba de una mañana de febrero de 2009, mientras yo estaba acostado y despierto tras una noche de insomnio y Kensington dormía

en silencio, oí el ruido grave y apagado de la puerta de entrada al cerrarse. Con una oreja pegada a la almohada, la otra siguió el metrónomo de los pasos que se desvanecían en el exterior. No corrí escaleras abajo, ni siquiera hasta la ventana para llamar porque ya sabía que eso era lo que pasaría y había entendido que él no querría ninguna reacción por mi parte. Echaría de menos a mi amigo, claro, y en las semanas que siguieron le eché en falta bastante más de lo que había creído que lo haría. El había optado, al menos hasta ese momento, por una vida con pocas ataduras, sin los vínculos que atan a un hombre a un lugar o a una persona, y fue una elección hecha con una lucidez que era exclusivamente suya. Ahora sonrío ante mi uso de la palabra *elección*, porque ¿cuánto lo habría cuestionado él? Por mi parte, no puedo aceptar que no podamos elegir. Es posible que nuestras elecciones estén limitadas por lo que recibimos como legado, pero dentro del marco de nuestras circunstancias, de nuestra fortuna, buena o mala, dentro de un perímetro trazado por la herencia o el accidente, creo que elegimos cómo vivir. Si Zafar tiene razón, esa convicción tal vez sea una ilusión que nos concede Dios, o las Moiras, o la selección natural, que nos contemplan con desdén desde las alturas como unos padres mirarían afectuosamente la ingenuidad de un niño. Pero eso puedo concedérselo porque ¿quién negaría que seamos más que unos niños ante la existencia?

Fuera, el cielo de Londres tardaba en aceptar la luz matinal del sol. El tráfico era poco más que un lejano goteo. Los días todavía no eran largos, pero empezaban a alargarse. La casa estaría silenciosa hoy, pensé, mientras yacía en la cama, y no es que Zafar hubiera sido ruidoso. Su presencia se había introducido con facilidad en las escasas tareas cotidianas de mi casa y en los ritmos de mi vida. Lo que no oiré ya es ese latido de mi propio corazón audible sólo en presencia de afecto humano. Notaré la ausencia de Zafar.

Pasarían tres meses hasta que volví a recibir noticias tuyas, en la única ocasión que las he tenido desde que se marchó. Me llegó una postal, una tarjeta sin imágenes. Estaba mi dirección en Kensington, Londres, pero no había ninguna del remitente. El sello era jordano, y contenía la imagen del busto de un hombre, que podría haberse extraído de una estampa mayor. Cuando busqué sellos de Jordania en internet, descubrí que era la imagen de Avícena, un matemático y filósofo persa del siglo X, un nombre que recordaba vagamente de hacía años. Y cuando busqué información y leí acerca de su

obra, descubrí que Avícena había reflexionado sobre los argumentos ontológicos para demostrar la existencia de Dios tiempo antes de que lo hiciera san Anselmo.

En el dorso de la postal, había un URL, escrito a mano con su letra, un localizador de recursos universal, la dirección de una página web, uno de esos diminutos URL abreviados que no revela nada de la información que contiene la verdadera dirección. Eso era todo lo que había en la tarjeta. Tecleé los datos en el buscador de mi ordenador y cuando pulsé Return, apareció una fotografía.

En casa de mi padre hay muchos mapas, colgados todos en una pared de la habitación que llamamos el salón familiar. Ahora ese apelativo, *salón familiar*, parece, una pizca ambicioso. Un hermano o hermana, creo, habría hecho que el nombre fuera más apropiado, le habría dado sentido. Recuerdo a Zafar mirando un mapa y, en otra visita a casa, sin Zafar, dediqué, unos minutos a examinarlo. El mapa mostraba la esquina más nororiental de India durante el Raj, la parte del mundo que hoy incluye a Bangladés y los estados vecinos de India, así como franjas de Bután y Birmania. Ahora lo imagino concentrado en una esquina de esa esquina del mundo, si es que las esquinas pueden tener esquinas. Le imagino ampliando mentalmente su lugar de nacimiento. Sé, claro, que había vivido en Dacca en 2001 y 2002, pero una aldea remota y la capital son mundos aparte. Y aunque no tengo fundamentos en los que basar mi conjetura, me complace la idea de que en algún momento durante los años que desapareció, mi amigo hiciera tal vez una visita a esa zona del mundo, al lugar donde había sido más feliz, como dijo una vez, a la mujer que le había amado.

Zafar no contó nada de lo que había hecho durante esos años, los años que transcurrieron entre su salida de Afganistán y su reaparición ante mi puerta, así que me avergüenza darme cuenta de que lo único que he sabido es lo que ya podría haber descubierto antes, si hubiera hecho el esfuerzo de preocuparme. Por ejemplo, yo nunca le llamé ni le envié una nota cuando estuvo en el hospital, ni fui a verlo cuando salió. Duele decir *por ejemplo*.

Mi amigo me contó algo que su amiga Marcy, la madre de Josie, le había dicho. Él le había preguntado, bastante tontamente, añadió, si resultaba difícil criar a Josie sola, Marcy había respondido que habría sido más difícil si el padre de Josie estuviera con ella. Fue lo que Marcy dijo después, en palabras

de Zafar, lo que ahora me viene a la cabeza. Lo difícil, explicó ella, era no tener a nadie con quien hablar de Josie, no tener a nadie con quien compartirla toma de decisiones. No me malinterpretes, dijo ella (o algo parecido), creo que, en conjunto, he tomado las decisiones correctas y estoy convencida de que habrían sido las mismas si las hubiera tomado con otra persona. Y aun así no hasta sólo con saber eso. Hay algo en hacerlo con alguien más, prosiguió ella, en simplemente hablar sobre el tema, algo que influye en cómo te sientes luego. Las decisiones parecen más leves, todo parece más liviano.

Hay quienes no hablan porque no tienen con quién. Y hay quienes no hablan porque no tienen nada que decir, Comprender que no he pertenecido a ninguna de esas dos clases, que me he llevado yo mismo la mano a la boca, ha sido duro. Hablar, como me dijo mi padre, es más fácil de decir que de hacer. He estado inseguro acerca de muchas cosas, pero nunca he interpretado la incertidumbre como la fuente de alegría que ahora creo que es. Nunca asumí la responsabilidad de mi matrimonio, ni de mis amistades, ni de la relación con mi madre, nunca fui dueño de ninguna de las cosas que no pueden comprarse.

Es difícil entender el Teorema de Incompletitud de Gödel. me parece. Yo nunca pude, en el fondo, no. Lo sé porque, aunque he seguido la prueba —la que encontré en la literatura que a primera vista me parecía más accesible— al final nunca tuve, por utilizar las palabras de Zafar, esa sensación de alivio eufórico, de doblar una esquina y ver las montañas desplegarse y el valle brillar bajo un cielo dorado, cuando del cielo desciende una escalera de ángeles para recibirte. Eso, creo, es lo que algunos han conocido, al menos una vez: la divinidad para los hombres.

Sin embargo, sí sé esto del teorema: que nos lleva —por utilizar palabras que no son siempre más— al punto en el que un camino se bifurca, donde tenemos que elegir y la elección nunca es agradable. Los dos caminos resultantes nos introducen en ámbitos matemáticos de un lenguaje sencillo despojados de la presunción humana. Por un camino va la inconsistencia insoportable, un mundo en el que el negro es blanco, y el blanco, negro, y no hay manera de diferenciarlos, en el que —sin una pizca de exageración, con apenas una pincelada de hipérbole o melodrama— uno equivale a cero. Eso nos deja contemplando el otro camino, no menos cautivador y difícil pero que tiene la ventaja no de llevarnos a la misericordiosa comprensión, pero sí, al menos, de libramos del tormento de las contradicciones. Por este camino se

extiende otro mundo, también de un lenguaje sencillo. Pero es un mundo crepuscular porque en su abrazo múltiple hay cosas que son verdad, proposiciones cristalinas, que son todo lo verdaderas que un hombre pudiera concebir que algo es verdadero, pero son cosas —ironía de las ironías— que el hombre nunca *sabr* que son verdaderas, no porque meramente se extiendan más allá de la inteligencia de la criatura, sino porque las propias matemáticas condenan a los hombres a la ignorancia. Eso es lo más extraño de todo: las verdades matemáticas para las que nunca habrá demostración. Las notas de Zafar registran la pérdida de la esperanza tras haberse aferrado en el pasado a un sueño infantil; sé que él sabía que las matemáticas nunca responderían todas o siquiera alguna de las cuestiones de la vida y el sufrimiento humanos, pero el sueño consistía en que, en su propio territorio, en su propio creciente fértil, las matemáticas al menos ofrecerían respuestas a sus propias preguntas y nunca se burlarían del viajero con pozos estériles, nunca le negarían la prueba de cómo esas verdades cristalinas son verdades.

Zafar se había dedicado a la búsqueda del conocimiento y, para mí ahora es obvio de un modo que no lo era antes, lo había hecho no para «mejorarse a sí mismo», como suele decirse, sino para despejar un terreno en el que asentarse, es decir, para ir a casa, a alguna parte, y echar raíces. Creo que había fracasado en esa misión y había acabado entendiendo, como él mismo decía con tantas explicaciones, que la comprensión no es algo que nos dé esta vida, que las respuestas sólo pueden generar preguntas, que la honestidad impone, una declaración no de fe sino de ignorancia, y que la única misión a nuestro alcance, la que se nos ha encargado, si es que alguna mano ha intervenido, es dejar que se desplieguen las preguntas, recorrer el río sabiendo que va a parar al mar, y aceptar nuestro lugar como servidores de la vida.

La imagen cuyo enlace me remitió mi amigo —por tanto vinculándome a él, dado que él la veía también, como esa luna que todos vemos— es una de Kurt Gödel y Albert Einstein. Los dos hombres caminan en Princeton, Nueva Jersey, por el sendero que lleva de Fuld Hall a Olden Farm. La fotografía los capta a cierta distancia, dos exiliados en una tierra ajena. Es un día desapacible, el viento tira de sus abrigos, y sólo vemos las figuras de espaldas, de manera que, sin más información, no sabemos cuál de ellas es Gödel y cuál la de su amigo.

La fotografía significa mucho para mí. Por supuesto, me recuerda mi

infancia en Princeton, liberando aquella época de las mareas profundas de la memoria. Aquellos fueron años felices. Pero es la austeridad de la imagen lo que más me conmueve, la sencillez de su contenido. Cuando miro esta fotografía veo a dos personas que no se dejan intimidar por el paso del tiempo, caminando y hablando, tropezándose entre ellas, mientras tratan de las cosas que les importan y de por qué les importan.



AGRADECIMIENTOS

Estoy en deuda con Eric Chinski y Gabriella Doob, de Farrar, Straus and Giroux; Paul Baggaley, Kris Doyle y Kate Harvey, de Picador; y Charles Buchan, Sarah Chalfant, Andrew Wylie y Alba Ziegler-Bailey de la Wylie Agency. Con Eric, Kris, Kate, Sarah y Andrew he contraído una deuda especial. Las charlas con Eric fueron vitales. Mi agradecimiento a Ivan Birks, Seyda Emek, Ruth Franklin, Anja König, Lauren Marks-Nino, Sanjay Reddy, Amy Rosenberg y Melinda Stege-Arsouze. Amy realizó delicados comentarios sobre el manuscrito. Le agradezco a una doctora sus respuestas claras a mis preguntas. Me gustaría expresar mi agradecimiento al personal y a los benefactores de la British Library, la New York Public Library y la Saratoga Springs Public Library. Es un placer dejar constancia de mi gratitud a Elaina Richardson, Candace Wait, y la Corporation of Yaddo.

NOTAS

[1] Traducción de Miguel Sáenz. Anagrama, 2001.

[2] Traducción de Rosa Gallego. Debate, 2013.

[3] El año siguiente, leí en la prensa la detención y posterior condena de varios miembros de Combat 18. aunque dos de sus cabecillas evadieron la justicia fugándose a Estados Unidos donde, curiosamente, pidieron asilo político.

[4] La charla de Zafar sobre los mapas continuó, pero he optado por incluirla aquí como una nota al pie de página. Me recuerda un fragmento de *El filo de la navaja* de Somerset Maugham (un autor que me gustaba mucho de niño] en el que el narrador dice: *Me pareció oportuno advertir al lector que puede saltarse este capítulo sin perder el hilo de la historia que tengo que contar, dado que en su mayor parte no es nada más que el relato de una conversación que mantuve con Larry. Tras haber despachado de ese modo el fragmento, el narrador prosigue, ilógicamente me parece, y afirma: Sin embargo, debo añadir que, de no haber sido por esta conversación tal vez nunca habría considerado que valiera la pena escribir este libro.*

Me abstendré de un apéndice como el de Maugham, e incluiré seguidamente la charla de Zafar sobre las proyecciones cartográficas, He añadido dos gráficos extraídos de internet, que corresponden a los que el propio Zafar esbozó burdamente en el curso de la charla.



—¿Has visto —me preguntó Zafar— la proyección de Peters?

—He oído hablar de ella.

—¿La has visto?

—Me parece que no.

—Es una versión del mapa del mundo en la que las superficies terrestres se reproducen de manera proporcional — dijo Zafar.

—Es ésta en la que —le interrumpí— África parece inmensa. Sí. la recuerdo.

—Africa parece inmensa porque es inmensa. De hecho, en la proyección de Mercator, que es, con diferencia, la más usada, la que todos reconocemos, la que todos recordamos, Groenlandia se reproduce más grande que Africa, cuando en realidad cabrían catorce Groenlandias en el conjunto de África.

—No tenía ni idea.



—La cosa mejora —dijo Zafar—, En la proyección de Mercator, Brasil tiene aproximadamente el mismo tamaño que Alaska, cuando en realidad es tres veces mayor, otro extraño detalle es que Finlandia parece más larga, de norte a sur, que India, Cuando de bocho es al contrario.

»Cuando se presentó por primera vez en la década de 1980 —prosiguió mi amigo—, la proyección de Peters armó mucho revuelo, precisamente porque era obvio que la selección de la proyección del mapa tenía implicaciones políticas para la manera en que vemos el mundo. Los críticos de la proyección de Mercator habían señalado sus defectos, y tenían sus razones; después de todo, ¿cuántos escolares han mirado los mapas y preguntado cuál es el país más grande del mundo?

»El problema básico de trazar un mapa del globo es cómo trasladar la superficie curva de la tierra, un esferoide achatado, a una superficie plana. Y hay otra dificultad: Nunca encontrarás ningún límite. Puedes desplazarte sin parar alrededor del mundo. Pero si estás en un mapa, una hoja rectangular de papel, y haces lo mismo, tarde o temprano llegarás al margen del papel. Conseguir una representación de la superficie curva de la tierra en una hoja de papel plana con sus límites, ésa es la función de la proyección.

»Te enfrentas al mismo problema al traducir poesía. Partes de un idioma y tienes que proyectarla obra en otro. Y la semejanza es aún mayor. En las proyecciones de mapas, hay diversas cosas que quieres conservar, como el área, las distancias, los ángulos en los triángulos, y demás. Pero el problema es que no puedes conservarlos todos. La matemática no lo permite. Tu mapa plano no puede reflejar cada uno de esos detalles ni siquiera

aproximadamente. Tienes que elegir cuáles quieres conservar. Y es ahí donde entra la selección de la proyección.

»Hay una forma fácil de mostrar cómo se llega a la proyección de Mercator. Coges una pelota y le cortas las partes de arriba y de abajo. Luego imagina que la estiras de manera que acabe pareciendo un tubo hueco. Entonces cortas en línea a lo largo del tubo hueco. Así que puedes desplegarlo sobre una mesa. Ten en cuenta que ya has perdido la parte superior e inferior de la pelota y, de hecho, si miras el mapa del mundo de Mercator más común, verás que no refleja los polos, ni el norte ni el sur, ni siquiera las pequeñas regiones que se extienden a su alrededor. Esa es la proyección de Mercator, pero hay otras formas de proyectar el mundo.

—¿Y la semejanza con la poesía? —pregunté.

—El trabajo del cartógrafo consiste en tomar el material que existe en la superficie del globo —lagos, montañas y ciudades— y representarlo en una superficie plana. El traductor toma un poema, un texto, en un idioma dado, y su tarea es la de intentar representar aspectos del poema —la rima, la métrica, el ritmo, las metáforas y el sentido— en otro idioma. Un cartógrafo no te da un globo en miniatura que reproduzca a la perfección sobre él todos los detalles que tiene el propio globo terrestre. El traductor tampoco te da simplemente el poema en la lengua original acompañado de un diccionario de húngaro.

»Los dos hombres se enfrentan al mismo problema, a saber: que no pueden capturarlo todo con exactitud y tienen que renunciar a ciertas cosas para transmitir al menos una parte. Al pasar de la superficie esférica de la Tierra a la superficie plana de un mapa, el cartógrafo quisiera, idealmente, preservar ciertos aspectos tales como las distancias relativas (para que la distancia entre Islamabad y Kabul guarde la proporción justa con la distancia entre Londres y Dacca en el mapa, como la guarda en el mundo real), las áreas relativas (para que la ratio de la superficie de Nigeria con respecto a la del barrio de Brooklyn sea la misma sobre el mapa que en el mundo real), los ángulos (para que el ángulo delimitado en la base aérea de Bagram a las afueras de Kabul por las líneas que llegan a esa base desde la isla de Diego García en el océano Índico, sede de una base americana, y desde la de Brize Norton de la RAF en el Condado Real de Oxfordshire, sea el mismo en el mapa que en el mundo real), y así sucesivamente. Hay muchos aspectos más. aparte de los pocos que he mencionado, pero lo cierto es que el cartógrafo no puede conservarlos

todos.

»Todo depende de lo que quieras que muestre el mapa y del uso que vayas a darle. La gente dice que en la traducción siempre se pierde algo, pero lo cierto es que en la traducción también puede ganarse algo. Un cartógrafo puede añadir detalles, como límites o fronteras que pueden o no tener una manifestación física sobre la tierra. Pero incluso si hay una valla para señalar el filo del mundo, esa valla no es lo mismo que la frontera política representada en el mapa: una fisura en la valla no invalida la frontera política. Después de todo, la línea roja del mapa no representa la valla y, de hecho, la propia valla sólo representa la frontera.

»Pero el sentido de todo lo anterior es que todas estas representaciones o traducciones surgen de necesidades. En consecuencia, la pérdida de información y comprensión que implica todo acto de representación es consecuencia de un acto de destrucción que cumple una necesidad. Tal vez parezca que hemos avanzado un paso, pero lo cierto es que dimos un paso atrás y dos adelante. Cada vez que queremos comprender algo, tenemos que simplificar y reducir y, no hay que olvidarlo, renunciar a la perspectiva de llegar a comprenderlo todo y así despejar el camino para comprender al menos algo. Esto, creo, es aplicable a toda indagación humana.

[5] Zafar se refiere a la Fuerza Internacional de Asistencia para la Seguridad.

[6] Misión de Asistencia de las Naciones Unidas en Afganistán.

[7] Zafar se refiere a la representación decimal de los números. El número 2.743, Por ejemplo, significa tres 1. cuatro 10, siete 100 y dos 1.000, y cada posición señala una potencia de 10 sucesivamente mayor.

[8] Utilizada por el Ejército de EE. UU. en la Segunda Guerra Mundial y en la guerra de Vietnam. la granada de mano defensiva Mk2 recibió el nombre de pineapple («piña») por los canales grabados como estrías en su carcasa para, según parece, mejorar la fragmentación a la vez que. de paso, hacía más fácil el asirla.

[9] «Keep, ancient lands, your storied pomp!» cries she / With silent lips.
«Give me your tired, your poor, / Your huddled masses yearning to breathe free, / The wretched refuse of your teeming shore, / Send these, the homeless, tempest-tost to me, / I lift my lamp beside the golden door!» [Fragmento de *The New Colossus*, el poema original de Emma Lazarus, *N. del T.*]

[10] Oskar Morgenstern era un economista que, junto con John von Neumann, ideó la teoría de juegos. Von Neumann era un matemático excepcional que realizó contribuciones en muchos campos. Hay una historia, en relación con Gödel, que dice mucho tanto de él como de Von Neumann. El 7 de octubre de 1930, la tercera y última jornada de una conferencia en Königsberg, en Alemania, durante la indigesta sesión de sobremesa de preguntas y respuestas del final de la conferencia, Kurt Gödel anunció su asombroso teorema en una frase, como un comentario improvisado: *Hay proposiciones que son ciertas pero no pueden demostrarse*. Pasó inadvertida para todos menos para uno: John von Neumann, que había venido de visita desde Estados Unidos y abordó a Gödel después de la sesión. Así fue como el Teorema de la Incompletitud de Gödel vio la luz.

[11] Como respuesta a la publicación del libro *One Hundred Authors Against Einstein*, una obra explícitamente dedicada a atacar su física, Albert Einstein dijo: «Si estuviera equivocado, con uno habría bastado».

[12] La guerra indo-paquistaní de 1971 estalló cuando India intervino nueve meses después de que empezara a librarse la guerra de liberación de Bangladés, meses durante los cuales India se vio desbordada por refugiados de la nueva nación. Un aspecto del que se ha informado poco de esta guerra de la que se informó poco en general fue la complicidad americana. Reproduzco aquí un fragmento recogido en las notas de Zafar, que es un extracto del libro de Christopher Hitchens *Juicio a Kissinger*.

En 1971, la palabra «genocidio» era muy fácil de entender. Aparecía en un cable de protesta que envió el consulado de Estados Unidos en lo que era por entonces Pakistán Oriental, el «ala» bengalí del estado musulmán de Pakistán, conocida por sus inquietos habitantes nacionalistas con el nombre de Bangladés. El cable fue redactado el 6 de abril de 1971 y su principal signatario, el Cónsul General en Dacca, se llamaba Archer Blood. Pero en cualquier caso habría acabado siendo conocido como el Telegrama de Blood [Sangre]... No se trataba tanto de un informe sobre el genocidio cuanto de una denuncia de la complicidad del gobierno de Estados Unidos en el genocidio. [Hitchens lo describe como «la denuncia diplomática más pública y contundentemente expresada de funcionarios del Departamento de Estado al propio Departamento de Estado de la que se tiene constancia».] Su sección principal dice:

Nuestro gobierno no ha denunciado la supresión de la democracia. Nuestro gobierno no ha denunciado las atrocidades. Nuestro gobierno no ha adoptado medidas enérgicas para proteger a sus ciudadanos y, a la vez, ha hecho lo imposible por apaciguar al gobierno de Pakistán Occidental y limitar cualquier reacción, merecidamente punitiva, contra ese gobierno en las relaciones públicas internacionales. Nuestro gobierno ha dado muestras de lo que muchos considerarán una insolvencia moral, y lo ha hecho irónicamente en un momento en que la URSS enrió al presidente Yahya Khan [el administrador de la ley marcial, con base en Pakistán Occidental] un mensaje defendiendo la democracia, condenando la detención de un líder de un partido mayoritario democráticamente elegido y, dicho sea de paso, prooccidental, y pidiendo el fin de las medidas represivas y el derramamiento de sangre... Pero nosotros hemos optado por no intervenir, ni siquiera moralmente, con el argumento de que el conflicto de Awarni, al que desgraciadamente es aplicable el tan manido término genocidio, es exclusivamente un asunto interno de un Estado soberano. Ciudadanos americanos han manifestado su repugnancia. Nosotros, como funcionarios profesionales, manifestamos nuestra discrepancia con la política actual y confiamos con vehemencia en que nuestros verdaderos y duraderos intereses aquí se definan y se replanteen nuestras directrices.

[13] Los *redskins* era un grupo *skinhead* de la década de 1980 cuyos miembros adoptaron valores antirracistas e izquierdistas.

[14] Karzai fue presidente del país entre 2001 y 2014. En la actualidad lo es Ashraf Ghani [N. del T.]

[15] El recuerdo que tiene Zafar de este incidente difiere ligeramente del mío, pero en un detalle clave. Yo estaba presente, en la barra del refectorio, en la cola, dos o tres personas por detrás de él. Zafar pidió un plato principal y Steven respondió: Sí, señor. Pero, a diferencia de su versión, en ese momento Zafar no sólo pidió a Steven que lo llamara «Zafar». Lo que dijo fue: Steven, cuando dices «señor», busco a mi padre. Por favor, llámame Zafar. No puedo imaginar que Zafar se dirigiera a su padre con un «señor» antepuesto. Dudo que jamás le hablara en inglés.

[16] Aquí imagino que la segunda vez que Zafar utilizó el pronombre, cuando le dio énfasis, lo utilizaba con mayúscula inicial.

[17] «La Chacona —escribió Brahms—, la pieza de música más hermosa e insondable. En un pentagrama, para un pequeño instrumento, el hombre

recrea escribiendo el mundo entero de los pensamientos más profundos y los sentimientos más poderosos. Si yo imaginara que podría haber creado, o siquiera concebido, la pieza, estoy convencido de que el exceso de emoción y la experiencia trascendental me habrían hecho perder la cabeza.»

[18] En realidad, la respuesta de la directora consistió primero en situar la pregunta en el contexto del problema más amplio de un actor intentando transmitir estados emocionales o mentales en general. Mencionó el nombre de Duchenne, un neurólogo francés del siglo XIX, que había identificado ciertas expresiones faciales que exhibimos todos y que, concluyó el neurólogo, eran por tanto involuntarias, entre ellas una sonrisa concreta, que hoy conocemos como sonrisa de Duchenne, que no puede formarla una persona sino que es efecto involuntario de un estado emocional. Los músculos específicos que intervienen en la expresión de esta sonrisa no pueden moverse a voluntad de forma consciente; sólo se activan cuando alguien se siente genuinamente muy a gusto. Antes de que pudiera preguntarle a la actriz reconvertida en directora cómo había conocido a ese neurólogo francés decimonónico, ella explicó que la obra de Duchenne le interesó mucho al director ruso Constantin Stanislavski, el padre del «método». El problema que se planteó Stanislavski fue cómo podía transmitir un actor emociones cuyas expresiones faciales correspondientes no estaban sujetas a su voluntad. Cuando, un día, le pregunté a Zafar por qué la fotografía de Emily en casa de Penelope le había horrorizado, me respondió que ella esbozaba una sonrisa de Duchenne. Incluso los niños sordomudos de nacimiento, dijo, pueden tener sonrisas luminosas. Yo nunca la había visto sonreírme así.

[19] No conservo la servilleta pero he reproducido el dibujo tras consultar unas páginas en internet. Por descontado, el dibujo también aparece en las notas de Zafar, donde, debajo, se leen las palabras *Saber no arregla las cosas*. Cuando escribió esas palabras, me he preguntado, ¿estaba refiriéndose a algo concreto, algo que llegó a saber, algo que era una respuesta a una cuestión concreta, pero que nunca resolvió las cosas para él?

[20] Zafar no me dio ninguna referencia, pero he podido aclarar que el comentario se lo atribuyó Hans-Lukas Teuber a Purkyne en un volumen con un título bastante inquietante *Visual Field. Defects After Penetrating Missile Wounds of the Brain* (1960) [Defectos en el campo visual tras heridas penetrantes en el cerebro causadas por proyectiles].

[21] A partir de un conjunto de axiomas dado, utilizando el razonamiento lógico, los matemáticos derivan afirmaciones que son ciertas, Hilbert creía que las matemáticas eran consistentes, es decir, que no es posible derivar dos afirmaciones diferentes que se contradigan entre sí. Eso era lo que le decía la intuición a Hilbert. pero no tenía una prueba.

[22] Busqué la carta a la que se refería. Se la envía el teniente coronel paquistaní Sultán Ahmed al brigadier Hardit Singh Kler del ejército indio:

Estimado Brig:

Espero que la presente te encuentre de buen ánimo. Hemos recibido tu carta pidiéndonos que nos rindamos. Quiero decirte que los combates que has visto hasta ahora son poca cosa, de hecho, la lucha ni siquiera ha empezado. Así que dejemos de negociar y empecemos a pelear.

40 misiones de combate, puedo señalar, son insuficientes. Pide más.

Tu comentario acerca de tratar bien a tu mensajero era superfluo. Demuestra lo mucho que subestimas a mis chicos. Espero que el té fuera de su gusto.

Da recuerdos de mi parte a los *muktis* [combatientes de la resistencia paquistaní aliados con los indios]. Déjame que te vea con un subfusil Sten en la mano la próxima vez en lugar de la pluma que parece dominar tan bien.

Ahora, adelante y luchemos.

Atentamente,

Comandante de la Fortaleza de Jamalpur

(Tte. Col. Sultán Ahmed)

El teniente coronel Sultán Ahmed y sus hombres fueron derrotados poco después de que se recibiera esta carta.

[23] En realidad, tal como yo lo entendí, Zafar estaba en periodo de prácticas sobre regulación bancaria.

[24] En aquel momento no era ni siquiera abogado todavía.

[25] El cristianismo y el islam comparten en gran medida teología. Tienen los mismos profetas, Jesús ocupa una posición importante, como el Mesías

que volverá al final de los tiempos, en la teología islámica. Pero el demonio en el islam es un *yinn* caído; y los *yinn* eran seres de «fuego sin humo», una raza de seres sobrenaturales con poderes especiales, diferenciados de los ángeles, creados a la par que el hombre pero invisibles para éste. Según parece, la palabra inglesa *genie* comparte raíces con el árabe *yinni*. como los términos *gene* y genios. En los cuadernos de Zafar encontré estas líneas: *¿Qué les habría parecido la etimología a los hablantes de francés antiguo, inglés medio tardío, latín o griego antiguos si hubieran tenido registros a los que recurrir? ¿Todavía pensamos hoy en día que los idiomas europeos nacieron en Europa?*

[26] Encontré el siguiente material en los cuadernos de Zafar, que, a juzgar por los demás asuntos que trata, fue escrito mucho antes de su conversación con el coronel. Doy por supuesto que es un texto redactado por el propio Zafar, porque no consta ninguna atribución. No es ninguna sorpresa que detrás de cualquier cosa que digamos haya un catálogo completo de cosas no dichas, Pero lo que me resulta perturbador del siguiente extracto es que abre una ventana a lo mucho que Zafar se callaba cuando hablaba, ofrece un atisbo de ese catálogo de lo no dicho.

Si en 1947 la partición de India creó dos nuevas naciones, la más pequeña sólo pudo concebirse en medio de la locura reinante en aquellos tiempos: un pájaro con dos alas y sin cuerpo, Y si Pakistán Occidental y Pakistán Oriental eran dos regiones unidas por una fe compartida, también eran dos pueblos separados por idiomas distintos. Incluso el nombre de la nueva nación, la más fiel expresión del idioma de un pueblo, su etiqueta distintiva, fue un acto de exclusión y subordinación. El montaje de un tal Choudhary Rahmat Ah: *P. Punjab, A, Afgania, K, Kashmir [Cachemira] y —stán*, el sufijo de tierra, tierra de los PAK, con una *i* como anaptixis epentética, ya sabes, sólo para arraigar el aerónimo en la tierra, todo lo cual hacía un pequeño y limpio juego de palabras, la Tierra de los Puros, los musulmanes, mientras unía a los pueblos que los constituían. Sólo que no era así. ¿Dónde quedaban los bengalíes?, ¿dónde estaba la *B*? Los separaban mil millas de territorio indio. Sin duda no los habían excluido simplemente porque el juego de palabras no funcionaría sino que nunca se los consideró una pieza del país, una parte del cuerpo principal. A continuación, en 1948, el Occidental convirtió el urdu en la única lengua oficial de las dos partes. Imagínatelo, convertir el urdu —que nada

tiene que ver ni en el habla ni en la escritura— en el único idioma oficial de la parte Oriental, cuyo pueblo era uno de los más vinculados a su lengua materna... En el Oriental se rebelaron contra la imposición y, el 21 de febrero de 1952, las cosas entraron en una espiral crítica con enfrentamientos entre militares de Pakistán Occidental y estudiantes en la Universidad de Daca. Hubo muchos muertos. Eso ocurre antes de que la situación entre en una crisis sin vuelta atrás, antes de la guerra de Liberación de 1971. Hasta hoy, Bangladés recuerda la fecha, conocida como el Día de los Mártires de la Lengua, y es festivo. De hecho, en 2000, la UNESCO convirtió esa fecha, el 21 de febrero, en el Día Internacional de la Lengua Materna. ¿Quién lo supo?, ¿a quién le importó?

En el curso de los años he mantenido siempre la misma conversación con los taxistas paquistaníes. Ahí estoy, en un taxi de Londres o Nueva York y, dado que me interesa la migración de los taxistas, esa gente —ellos muy a menudo emigrantes también—, cuyo trabajo consiste en llevar a los demás de un sitio a otro, le pregunto al conductor de dónde es. O tal vez lo pregunto porque quiero discutir. El taxista paquistaní responde y, tras una rápida mirada por el retrovisor, me pregunta lo mismo. De Bangladés, digo, añadiendo que he pasado la mitad de mi vida en Occidente, ¡Somos del mismo país! ¡Somos hermanos musulmanes!, exclama el taxista paquistaní en el último inglés que cree que está usando con su cliente antes de pasarse al urdu. Tengo que interrumpirle para decirle que no entiendo una palabra de ese idioma, aunque no sea verdad, y le pregunto si habla bengalí. No, dice, riéndose. No, dicen con una carcajada horrisona, como si la idea fuera ridícula de por sí. ¿Por qué se ríen? Entonces me dicen que debería aprender a hablar urdu. ¿Y usted debería, replico, hablar bengalí? Se ríen. ¿Sabe usted, digo, que el bengalí es la quinta lengua más hablada del mundo?, ¿sabe que se libran guerras por la lengua, guerras en las que mueren millones? A partir de ese momento, se callan durante lo que quede del trayecto.

Al menos, eso es lo que imagino que les digo.

[27] «Si no hubiera visto tanta riqueza podría sobrellevar el ser pobre.»
[N. del T]

[28] Traducción de Aurora Bernárdez, Circulo de Lectores, 2000.

[29] En un artículo de la revista *Science* de 2000. uno de esos enlaces que mi padre me manda por correo electrónico, el novelista David Foster Wallace

escribe:

La matemática moderna es como una pirámide, y los cimientos básicos, la parte ancha, a menudo no son divertidos. Es en los niveles más altos y apicales de la geometría, la topología, el análisis, la teoría de los números y la lógica matemática donde empieza la diversión y la profundidad, cuando las calculadoras y las fórmulas sin contexto sobran y lo único que queda es el bolígrafo y el papel y lo que se denomina «genio», a saber, la particular combinación de razón y creatividad arrebatada que caracteriza lo que de mejor tiene la mente humana. Aquellos que han sido privilegiados (o forzados) para estudiarlas comprenden que la práctica de las matemáticas más elevadas es, de hecho, un «arte» y que depende no menos que otras artes de la inspiración, el valor, el esfuerzo, etc... pero con la restricción añadida de que las «verdades» que el arte de las matemáticas intenta expresar son verdades deductivas, necesarias, *a priori*, susceptibles tanto de derivación como de demostración mediante una prueba lógica.

En el punto donde Wallace, describe las matemáticas como un «arte», añade una nota al pie citando un libro del matemático de Cambridge G. H. Hardy (al que se conoce por haber descubierto al genio matemático autodidacta indio Tamanujan). El libro, *A Mathematician's Apology*, me lo regaló Zafar hace muchos años, para mi graduación. Es una conmovedora exploración de los goces y penas de las matemáticas. Citado por Wallace, Hardy escribe:

Las pautas del matemático, como las del pintor o las del poeta, deben ser hermosas: las ideas, como los colores de las palabras, deben encajar en armonía. La belleza es la primera prueba; no hay un lugar permanente en el mundo para las matemáticas feas.

La nota al pie de Wallace resulta especialmente conmovedora cuando uno piensa que Hardy se quitó la vida no mucho después de terminar el libro, y que Wallace hizo otro tanto, un detalle que el *Financial Times* encontró espacio para anotar pese al abrumador listado de informaciones de quiebras empresariales en septiembre de 2008.

[30] Los títulos sintéticos que queríamos vender tenían que estar modelados de modo que fuera relativamente seguro que los inversores recibieran pagos. Y ahí entraba la idea brillante: crea un tipo de título, A, que sea el primero en disponer del conjunto de pagos hipotecarios recibidos y en

pagar a los inversores que hayan comprado ese título. Lo bueno de esto era que, aunque se supone que el paquete de hipotecas va a recibir un total de, pongamos 10 millones cada mes en pagos de propietarios de casas, todos los títulos de tipo A pagarán a los inversores un total de, pongamos, dos millones (asumiendo que se haya vendido un número apropiado de títulos de tipo A). De ese modo, incluso si un gran número de propietarios incumple los pagos, de manera que el paquete sólo recibe, digamos, siete millones, los títulos de tipo A, siendo los primeros en disponer del paquete, serán pese a todo capaces de pagar los dos millones a los inversores (con un sobrante de cinco millones).

Pero no hay ninguna razón para detenerse ahí, al menos no parecía haberla entonces. ¿Por qué no crear un título B, que pague sólo después de que se hayan realizado los pagos al A? Podrían venderse otros 2 millones en esos títulos. La idea es que los pagos deben hacerse en primer lugar a los inversores en A y después a los inversores en B. La empresa especial tendría que pagar un total de cuatro millones cada mes a inversores en A y en B. El riesgo para los inversores en B era que tantos propietarios incumplieran los pagos que el paquete de hipotecas que tenía la empresa especial no sólo no cobrara los 10 millones de dólares (que únicamente cobraría si ningún propietario dejara de pagar) sino que no llegara a los cuatro millones, pongamos que cobrara tres. Los dos primeros millones irían a los inversores en el título A. Pero entonces sólo quedaría un millón en el paquete para pagar a los inversores en títulos B, Por tanto, el título B es un poco más arriesgado que el A, pero no mucho más. Después de todo, los pagos a los inversores en el título B sólo están amenazados si más de un 60 por ciento de los hogares no pueden pagar en un mes concreto sus cuotas de hipoteca. Sin embargo, dado que el B era teóricamente más arriesgado que el A, tendría un precio de venta más bajo que éste.

Los banqueros tienen nombres para todos estos productos, claro. Por ejemplo, las empresas offshore creadas para recibir los pagos hipotecarios se denominan vehículos de propósito especial o vehículos de inversiones especiales. Los títulos como A y B se denominan obligaciones colateralizadas mediante deuda, CDO en sus siglas en inglés, y a A y B se les considera tramos diferentes del título en cuestión: A, el tramo sénior y B, el tramo mezanine (podría haber todavía un tramo inferior y de más riesgo, y por tanto

más barato, que se denominaría tramo júnior). Pero el lenguaje aquí no importa, como tampoco buena parte de los detalles, salvo quizá para preservar la mística del sacerdocio.

[31]

[32]

[33] Inter-Services Intelligence, cuyos oficiales superiores proceden del ejército.

[34] No pretendo pasar por una autoridad en urdu, todo lo contrario, pero sé que en esa lengua, así como en otras del sur de Asia, existe aún. otra segunda persona informal, una que connota un grado de informalidad todavía mayor, en general reservada para dirigirse a niños y sirvientes, pero también utilizada por personas que se conocen desde hace mucho. Estoy convencido que es a esa segunda persona a la que se refiere Zafar, [«hágase tu voluntad/tuyo es el Reino», rezan los versos del padrenuestro (*N. del T.*)]

[35] Nawaz Sharif fue el primer ministro democráticamente elegido de Pakistán entre 1990 y 1993, y entre 1997 y 1999.

[36] *Mohajir* es una palabra árabe de uso común en Pakistán para describir a los inmigrantes musulmanes de otras zonas del sur de Asia que emigraron al nuevo estado de Pakistán (fundamentalmente a la mitad occidental) tras la partición. En los primeros tiempos de la nueva nación, una parte de la población nativa establecida mostró cierta ambivalencia hacia estos recién llegados.

[37] Abdul Sattar. ministro de Exteriores de Pakistán. 1999-2002.

[38] No he podido identificar a esa persona. Es posible que Zafar entendiera mal el nombre.

[39] Traducción de Jordi Fibla, Literatura Random House, 2007.

[40] *Espero que recuerdes*, dijo. Yo ni siquiera sabía cuántas oes tenía el apellido Woolf hasta que lo busqué. La versión recordada por Zafar (de sus propias notas, que no del original, según resultó} se acercaba pero no era literal. Las palabras exactas son de. la novela de Woolf *Noche y día*: Pero el amor... ¿acaso no decimos todos un montón de tonterías sobre él? ¿Qué queremos decir?... Es sólo un cuento que uno se inventa en su mente sobre otra persona, consciente en todo momento de que no es verdad. Claro que uno lo sabe, y por eso uno siempre se toma la molestia de no destruir la ilusión.

[41] Zafar se equivoca en puntos importantes: Indonesia no es, ni fue

nunca, un estado oficialmente musulmán; además, aunque la población musulmana de India es numerosa, la de Indonesia la supera. Sin embargo, lo que hace que la conversación entre Zafar y Tomaso resulte interesante es que mi amigo debía de saber que lo que decía no era verdad. Por descontado, no quiero decir que Zafar sea infalible, pero dado el tema de las afirmaciones concretas que hizo, sosteniéndolas con absoluta seguridad, me cuesta creer que desconociera los datos. Pero ¿por qué mentir? Mi amigo era un cabronazo escurridizo. Al revisar el diálogo, me pregunto si estaba poniendo a prueba la superficialidad de los conocimientos de Tomaso, a la vez que tendiéndole una trampa. Cuando Zafar le «corrigió», Tomaso respondió *Vale*, aunque mi amigo sabía que la corrección no era tal. Ésa es una cara de Zafar que nunca me ha gustado: si él quería jugártela, no la veías venir y, peor aún, ni siquiera te dabas cuenta cuando ya te la había jugado.

[42] No creo haberme dado cuenta antes, pero lo vi en ese momento. Los ojos de Zafar parecían retirarse como si estuviera leyendo una página mental en la que estaban escritas esas palabras. Las encontré, claro, en uno de sus cuadernos.

[43] Téngase en cuenta que en Inglaterra y Gales, con matices y variantes, existen básicamente tres tipos de escuelas (de enseñanza primaria y/o secundaria): las *State schools* (es decir, las públicas, propiedad del Estado o de una administración local, gratuitas), las *Private schools* (escuelas privadas, de pago) y las *Public schoob* (privadas, muy caras, y, por lo general, elitistas, como las mencionadas en el párrafo). En la traducción de éstas últimas, en el párrafo, para conservar los juegos de palabras, se ha mantenido el término «escuela pública», pero recurrido, donde pudiera prestarse a confusión, poco menos que a un oxímoron en castellano «escuela pública de élite». [N. del T.]

[44] Zafar no dijo si había tomado el vuelo militar paquistaní ese día o el vuelo de la ONU del día siguiente, pero por su exposición posterior puede concluirse que voló el mismo día.